

Cinco amigas. Un juego. Cinco razones ocultas para participar.
Y un destino truncado. ¿O tal vez no?

LOS
COLORES
DE UNA
VIDA GRIS

PILAR MUÑOZ ÁLAMO



LOS COLORES DE UNA VIDA GRIS



PILAR MUÑOZ ÁLAMO

NARRATIVA DE FICCIÓN

1ª edición: abril 2014

© 2013 Pilar Muñoz Álamo

Registro de la Propiedad Intelectual: CO-113-13

Maquetación ebook: Pilar Muñoz Álamo

Diseño de portada: Pilar Muñoz Álamo

Imágenes de portada: © #25376098 girl giving a serious expression; © #13109170 rainbow abstract - istockphoto.com by Getty Image.

Correo electrónico de la autora: ellastambienviven@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis padres,
a quienes debo todos y cada uno de mis logros.
Porque ellos me enseñaron el valor de la responsabilidad,
del esfuerzo y del trabajo bien hecho.*

A mi hermana Inma, una heroína de la vida real.

*Os quiero.
Con el alma y el corazón.*

PRÓLOGO.

(Junio 2003)

Nada más salir del baño caminé parsimoniosa hasta el armario con una leve punzada en la boca del estómago. Abrí sus puertas raídas, di un gran paso hacia atrás y observé concienzudamente mi ropa, tal y como solía hacer diez años antes cuando debía acudir a una cita social relevante. Tardé un tiempo en percatarme de que esa maniobra me permitía barrer, de un sólo golpe de vista, el interior del amplio y lujoso vestidor de que disponía entonces, pero que resultaba innecesaria ahora que mi fondo de armario había disminuido tan drásticamente que a duras penas conseguía vestirme tres o cuatro días consecutivos sin repetir prenda.

Mi hija Paula me observaba tumbada boca abajo sobre la cama, sin pretensión de interrumpir lo que resultaba ser un ritual desconocido para ella. Divertida a la vez que sorprendida, examinaba mis movimientos y mis gestos mudos de asentimiento o negación ante cada combinación de prendas extraídas del ropero.

—¿Por qué tardas tanto en decidirte hoy? —me preguntó intrigada.

La miré un instante sin saber qué contestar, tratando de buscar una sencilla respuesta que pudiera complacer tanto a ella como a mí.

—Tengo una cita importante —dije al fin, y volví a centrar la atención en lo que prometía ser una tarea ardua y comprometida.

—¿Con quién? —La madurez de Paula, crecida por encima de sus ocho años de edad, no me iba a permitir zanjar aquella conversación con la facilidad que yo pretendía—. ¿Es alguien de tu trabajo o es una amiga? ¿Vas a salir con tu novio?

—No es mi novio, Paula —recalqué sonriendo—. Voy a encontrarme con unas antiguas amigas, o eso creo.

—¿El qué crees, que vas a encontrarte con ellas o que son amigas?

Me giré buscando el rostro de mi hija ante la insistencia y el interés que mi cita parecía haber despertado en ella.

—Creo que eran amigas —le contesté dubitativa—, aunque ahora me cuesta asegurarlo.

Miré el reloj y advertí que disponía aún de algún tiempo hasta la hora de marcharme, así es que decidí sentarme sobre la cama y tomarme un pequeño respiro charlando con ella. Me tumbé a su lado boca abajo y cogí una de sus manos pequeñas y regordetas acariciándola con dulzura. Siempre que nos hacíamos confidencias o manteníamos alguna conversación trascendental, adoptábamos la misma postura.

—Tal vez cuando vuelva de hablar con ellas y consiga aclarar ciertas cosas pueda decirte si eran

amigas de verdad o simples conocidas, como tantas personas con las que convivimos diariamente sin saber de ellas mucho más de lo que muestran al exterior.

—¿Como nuestra vecina Rosario? —preguntó Paula haciendo un esfuerzo por comprender.

—Como nuestra vecina Rosario —afirmé sonriendo—. Hay veces en que una misma palabra puede tener significados diferentes y no somos conscientes de ello. Yo no entendí realmente lo que significaba *amistad* hasta que conocí a Ana y a su grupo. Ellas me han enseñado que ser amigas es mucho más que ir juntas al cine, tomarse una copa los fines de semana o citarse para hablar de moda, peluquería y tratamientos de belleza; pero eso ya lo irás comprendiendo conforme te vayas haciendo mayor. —La miré con dulzura, apreté suavemente sus manos y la besé en la frente con un derroche de sentimiento—. Debo vestirme, Ana está al llegar y aún no sé qué ponerme. ¿Te gusta éste? —le pregunté mostrándole el único traje de firma que mantenía intacto desde hacía diez años.

—No, con ese te parecerás a las que salen en las revistas. Tú estás más guapa con tu ropa de siempre.

La aseveración de Paula me hizo reaccionar. Ya no me sentía identificada con ellas, no tenía por qué seguir aparentando lo que había dejado de ser. Elegí un vestido estampado, me calcé unas sencillas sandalias de tacón y salí al vestíbulo del apartamento dejando a Paula en compañía de Ana, mi mejor amiga, compañera de trabajo y un bastión indispensable en mi vida actual. Ana no sólo me había brindado una ayuda inestimable en momentos cruciales, había conseguido además que germinara en mí la serenidad necesaria para poder afrontar el difícil día a día de mi nueva etapa vital. La sola compañía de un café nos bastaba para pasar horas y horas debatiendo en torno a cualquier cosa, comprobando que no existe una perspectiva única para interpretarlas. Ana solía dejarme absorta cuando conseguía demostrarme, con su voz suave y aterciopelada, que no existen las verdades absolutas y que todo aquello en lo que siempre hemos creído, bien puede no ser verdad. De su mano, tenía la profunda convicción de haber evolucionado moral y espiritualmente a pasos agigantados en los últimos seis años, y era consciente de haber desterrado de mi vida muchas de las ideas superfluas y banales y muchos de los anhelos materialistas y pedantes que habían formado parte de mí hasta entonces. Había descubierto con cierta fascinación que fuera de La Luna todo cuanto nos rodeaba se apreciaba de manera diferente: los colores tenían otro matiz, los sentimientos solían ser más viscerales y no era necesario correr a la búsqueda de emociones; la propia vida se encargaba de plantarte cara día a día con nuevos retos que afrontar, y el más importante de todos, el de la propia supervivencia.

Aun así, el palpito acelerado del corazón me decía que sentía un cierto recelo a presentarme ante ellas; no me estimaba con la seguridad suficiente como para salir airoso de las péfidas miradas que analizarían minuciosamente cada centímetro de mi aspecto, de las previsibles sonrisas falsas de cortesía que se dibujarían en sus rostros estirados por el *lifting* y las cremas caras y, sobre todo, no me sentía preparada para escuchar lo que probablemente iban a ser verdades a medias, como ellas mismas.

No tenía la menor idea de cuánto podría durar el encuentro, ni podía augurar si tras él vendría alguno más, por lo que decidí firmemente no volver a casa sin encontrar respuesta a dos cuestiones de trascendental importancia: quién era el padre de Paula y quién, de ellas cuatro, me había estado persiguiendo y amenazando desde que mi hija nació.

PRIMERA PARTE



«Si haces lo que no debes, deberás sufrir lo que no mereces»

(Benjamín Franklin)

1.

(Junio 1992)

Olga entró en la cocina en busca de María, su asistente, una mujer de mediana edad, afable y educada que había comenzado a trabajar en casa por recomendación de la madre de Pablo. Sus buenas dotes culinarias habían alentado a Olga a ampliarle sus atribuciones a cambio de un aumento de sueldo que no llegaba a compensar las horas restadas a su tiempo libre; pero su condición de inmigrante ilegal volatilizaba cualquier posibilidad de elección.

María arribó a España acompañada de un puñado de viejas amigas cuyo fin común no era otro que el de huir de un país deshecho y con las maletas cargadas de una única ilusión, la de alcanzar a toda costa una vida mejor para ellas y para unos hijos a los que deseaban, con fervor enfermizo, enviar a la universidad para evitarles un futuro tan desalentador como el suyo propio, que se hacía patente cada vez que miraban en derredor suyo y observaban el lujo excesivo y aberrante de que otros disfrutaban. No eran pocas las veces en que a diario ella ponía en tela de juicio algún dogma católico, elevando la vista al cielo y preguntando una y otra vez: «Si todos somos tus hijos, Señor, ¿por qué le quitas a unos para dárselo a los otros?». Esperaba una respuesta que nunca llegaba y proseguía trabajando con la resignación que la pobreza infunde y con el único acicate de mandar su preciada plata a cuantos había dejado al otro lado del océano.

En casa de Olga Mendizábal y de Pablo Ferrer, ella disponía de un pequeño apartamento semi independiente al que se accedía por una puerta trasera alejada de la entrada principal, cuyo uso tenía vetado. Sus amigas juzgaban tal hecho como una expresa humillación, así como que el acceso a cualquier parte de la casa hubiera de hacerlo irremediamente a través de la cocina; pero María se alegraba de que ese muro invisible le permitiera mantenerse ajena a las tropelías que podían verse y oírse a diario entre aquellas paredes cuajadas de ornamentos, y en el fondo, hasta llegaba a considerarse una mujer de suerte —como solía recordarle Olga una y otra vez— por no verse obligada a desempeñar trabajos denigrantes como otros tantos de sus compatriotas ni vivir en antros de mala muerte por falta de recursos económicos con que pagar el alquiler.

María salió con premura del lavadero al escuchar su nombre, con las manos embadurnadas de jabón.

—¿Dónde estaba metida?! —exclamó Olga con irritación—. Acaba de llamar el señor para decirme que tenemos invitados a comer, serán dos cubiertos más. Y no los conozco de nada, María, no son de confianza, así es que habrá que impresionar. Deje lo que está haciendo y póngase con ello, cambie el menú, si es necesario. Avíseme si hay algún problema, estaré en mi dormitorio.

Olga abandonó la cocina con pasos acelerados y cruzó el vestíbulo como una exhalación. El pasillo que daba acceso al mismo albergaba a ambos lados sendos vestidores en marfil y cristal cuyo fondo acogía un grueso desfile de prendas de alta costura, una cantidad ingente de zapatos y un

acervo desmedido de complementos de moda. Una cama alta con dosel en madera de ébano presidía una estancia de dimensiones mayores que el apartamento de María, coronada por un lujoso baño donde compartían espacio un doble lavabo de cristal y una zona de *spa* con cabina de hidromasaje, baño turco y un jacuzzi hexagonal.

Con admirable habilidad y ante la premura de tiempo, Olga recogió su melena en un moño bajo y optó por tomar una ducha. Un mechón de pelo oscuro caía sobre su frente haciendo juego con el acentuado color negro de sus ojos. A sus veintiocho años, tenía la piel tersa y aterciopelada, una mirada profundamente embaucadora, una boca coronada por labios carnosos y bien perfilados y un rostro redondeado que evocaba tímidamente la belleza oriental, con pómulos insinuantes aportándole un atractivo especial. Apenas necesitaba maquillaje para realzar su belleza natural, pero le gustaba hacer uso del mismo para incrementar al máximo su poder de seducción. Extrajo del armario un ceñido vestido que remarcará cada centímetro de sus curvas excelentes —resultado de un cocktail de juventud y de las acertadas instrucciones de su entrenador físico personal— y se aseguró de lucir con un generoso escote el producto espectacular de su última intervención quirúrgica.

Pablo llegó a casa sin que el ruido del coche delatara su presencia. Entró a través de la puerta del garaje con paso firme y un aire de presunción adquirido en su primer año de Derecho en Harvard y del que aún no se había desprendido, el mismo que embaucó a Olga a sus veinte años al verlo montar a caballo en el Club Hípico de La Luna. Por entonces, Pablo tenía veinticuatro, un espectacular atractivo y el augurio de un futuro prometedor. Había finalizado la carrera de Derecho con un brillante expediente académico y ejercía como abogado en el prestigioso bufete dirigido por su padre, sin apartar de su mente una testaruda obsesión por crear su propia empresa, un sueño que sólo hubo de esperar un año gracias a la fuerte inversión económica de su progenitor y que comenzó a producir resultados excelentes en poco tiempo dada su inteligente —aunque poco ortodoxa— visión del mundo jurídico y por los buenos fichajes que consiguió incorporar a su equipo de letrados. Su relación con Olga Mendizábal no fue amor a primera vista. La trayectoria académica de la chica podía catalogarse de absoluto desastre, más preocupada por salir airosa de los continuos embrollos en los que se veía involucrada —y para lo que siempre contaba con la inestimable ayuda paterna—, que por superar las materias universitarias a las que consideraba en exceso aburridas. No fue aquél, sin embargo, el mayor obstáculo para hacerla merecedora de la atención de Pablo —que en el fondo de su ser detestaba la idea de pasar el resto de su vida conviviendo con un brillante intelecto haciéndole sombra a diario—, sino un carácter aññado en conjunción con un cuerpo extremadamente poco formado para su edad, lo que no alentaba una libido masculina que se mantenía en permanente ebullición. Finalmente, la íntima amistad de los progenitores de ambos se encargó de conseguir que una enamoradísima Olga Mendizábal acabara unida en matrimonio a Pablo Ferrer, quien había sabido extraer el máximo partido a su ventajosa posición en la relación marital.

—¿Qué tal? —saludó escuetamente al entrar.

—Sabes que me pone nerviosa que traigas invitados a comer sin previo aviso —objetó Olga con sequedad.

—Sí que te he avisado, con dos horas de antelación, es más que suficiente. Sólo te exijo que organices mi casa, espero que al menos eso sepas hacerlo bien.

—Enterremos el hacha de guerra, ¿qué tal estoy? —preguntó ella posando las manos sobre sus caderas y girándose con lentitud.

—Es una comida informal, no una cita social, eso fue lo que te dije.

—Ya estoy cansada de verte babear ante tus invitadas, tal vez así pueda hacerles un poco de sombra.

Pablo se acercó a Olga con ademán seductor, la asió por la cintura y le susurró mirándola fijamente a los ojos.

—Los gallos se sienten atraídos por las gallinas de corrales ajenos, es un instinto natural. Soñar con apropiarse de lo que no es tuyo, de lo desconocido, tiene mucho más morbo que revolcarse una y otra vez con la que ya conoces hasta el hastío. De todas formas, me gustas así vestida, me hace sentir bien que los demás deseen lo que sólo puedo tener yo.

Pablo deslizó las manos por su cuello y la besó en la boca, largo y profundo, con instinto animal. Olga le correspondió. En su fuero interno, no acertaba a comprender qué clase de poder ejercía sobre ella para someterla a su entera voluntad, ni cómo explicar la fuerte atracción que sentía hacia él a pesar de las humillaciones frecuentes que debía soportar.

El sonido agudo del interfono de la verja exterior los hizo distanciarse. Olga se acomodó el pelo y se retocó los labios mientras María abría la puerta por indicación de Pablo, que visualizaba la imagen en la pequeña pantalla ubicada en el vestíbulo. Ambos salieron al exterior para dar la bienvenida a sus invitados, recién instalados en una espectacular casa de diseño modernista en su misma urbanización, La Luna. Jorge Soler bajó del coche con una parsimonia tal que permitió a Olga apreciar su interesante atractivo físico, aderezado por un elenco de ademanes exquisitos. Observó cómo rodeaba el vehículo y se dirigía hacia el otro lado para abrir la puerta a quien deseaba que fuera una esposa nada agraciada. Pero no era así. Al más puro estilo de la malograda Grace Kelly, Laura Soler bajó del mismo dejando al descubierto una impresionante melena rubia veteada por el sol, unos cristalinos ojos verdes y una esculpida silueta. Olga giró la cabeza carcomida por los celos para no perder detalle de la reacción de Pablo, que tenía los ojos abiertos como platos y la boca seca.

—Me alegro de volver a saludarte, Jorge —balbució Pablo con dificultad sin desclavar la vista de ella—. Tú debes de ser Laura, encantado de conocerte —se anticipó.

Laura, consciente de la admiración que acababa de despertar, se centró en alabar la belleza de los jardines con la evidente intención de derruir el muro que sin duda se había levantado entre su anfitriona y ella, mientras reanudaban el paso hacia al interior.

—Bajemos a la bodega —indicó Pablo—. Abriremos una botella del mejor vino para celebrar nuestro acuerdo comercial. Jorge Soler es diseñador y dueño de la prestigiosa firma de moda Solum's Cloths, querida —apuntó al comprobar el gesto torcido de Olga ante la descortesía de no haberla presentado.

El aroma afrutado del vino entremezclado con el rústico olor de la madera noble les dio la bienvenida a un lugar de la casa que a Pablo gustaba especialmente y de cuyas barricas de varias décadas de antigüedad presumía a la menor ocasión. Con gesto decidido descorchó una botella de cava espumoso y vertió una pequeña cantidad del líquido dorado en la copa de Jorge, y esperó a que éste lo catara y lo paladeara despacio a sabiendas de que era un gran amante de los buenos caldos y de una esmerada gastronomía. Tras observar su gesto de aprobación, llenó las demás copas con orgullo, elevó la suya y animó a sus invitados a hacer lo mismo.

—Por que nuestra relación laboral... y personal —añadió—, sea todo un éxito.

Tintinearón las copas y bebieron ligeramente ante la perplejidad del rostro de Olga, que aún no

conocía con detalle lo que estaban celebrando. La galantería de Jorge exaltó la rudeza de Pablo.

—Solum's Cloths acaba de contratar su representación jurídica con el bufete de Ferrer Abogados —se apresuró a aclarar—. El acuerdo incluye todas las causas civiles, penales o administrativas que puedan afectar a la entidad jurídica en sí, a los socios de la misma y a todo aquello que pueda estar relacionado con el diseño y el modelaje de la firma. En principio, nos hemos comprometido a mantener una relación por tres años, prorrogables, por supuesto, si todo va bien.

—Lo celebro —contestó Olga sin entusiasmo, la relación comercial no la preocupaba en absoluto—. ¿Por qué Solum? ¿Significa algo especial?

Jorge sonrió.

—Son las primeras sílabas de mis apellidos, Soler y Umbral —contestó con complicidad.

—¡Ah, claro! No se me había ocurrido. Por lo que veo, además de clientes seréis vecinos... —inquirió, cambiando drásticamente el hilo de la conversación.

—Aún no hemos terminado de instalarnos —apuntó Laura—. Amueblar la casa nos está llevando más tiempo del que pensábamos. Tanto a Jorge como a mí nos encanta la decoración, pero a veces discrepamos en nuestros gustos, y eso dificulta el trabajo —confesó con una sutil caída de ojos y una sonrisa que le iluminó el rostro.

—¿Por qué no dejas que se ocupe ella? Estoy por apostar que cuenta con más tiempo libre que tú —señaló Pablo con intención de adivinar si desarrollaba alguna actividad profesional.

—Laura colabora en el taller de diseño de nuestra firma de costura. Estudió Moda y Diseño en París y allí fue precisamente donde nos conocimos, en una conferencia a la que asistí como ponente. Ahora se ha tomado unas largas vacaciones y me ha dejado a mí todo el trabajo —bromeó—, así es que cuenta con más tiempo libre que yo para ultimar detalles, eso es cierto.

—Si necesitas que te eche una mano, no dudes en pedírmelo —se ofreció Olga con el deseo oculto de vigilarla—. ¿Qué os ha traído por aquí?

—La Luna nos pareció un lugar ideal —señaló Laura—, rodeada de espacios naturales y con unas innovadoras medidas de seguridad. Me gustó especialmente la idea de criar a mis hijos aquí, alejados del ruido, de la contaminación y de los peligros de la capital. Y la casa nos enamoró nada más verla, es... como si estuviera pensada para nosotros.

—¡Sin olvidar el nivel social y económico de quienes viven aquí! —añadió Pablo con presunción.

Tras una obsesión insidiosa por las mujeres, el segundo bastión en la vida de Pablo lo constituía un materialismo económico y social de extrema pureza. Jorge sonrió internamente ante su comentario inmaduro. También a él le gustaba gozar de buenos placeres, pero no cabía duda de que disfrutaba de ellos con mayor refinamiento y mejor educación. Preveía que sería difícil congeniar a nivel personal, pero ello no debería interferir en una relación profesional que, a priori, prometía ser satisfactoria para los intereses comerciales de su empresa.

—El almuerzo está servido. ¿Pasamos? —anunció Olga ejerciendo el papel de anfitriona ejemplar.

—Necesito entrar al baño, si no es molestia —objetó Laura.

—Por supuesto, sígueme.

Laura subió las escaleras siguiendo los pasos de Olga. Entró en el aseo, aseguró la puerta y sacó su teléfono móvil, estaba sonando.

—¿Mamá? —saludó sorprendida.

—Hola, hija, te he llamado a casa pero no estabas. Disculpa que te llame al teléfono de Jorge.

—Estoy en casa de unos amigos, nos han invitado a almorzar.

—Me dejaste preocupada la última vez que hablamos, Laura.

—Mamá, ahora no es momento —interrumpió—. Te llamaré cuando llegue a casa.

—¡No puedo esperar! Quiero que lo dejes estar, Laura, no merece la pena.

—No, mamá. No he llegado hasta aquí para abandonar ahora. Me costó mucho convencer a Jorge de que compráramos esta casa y voy a continuar hasta el final.

—Laura, la vida se encargará de ponerlo todo en su lugar, no tienes por qué hacerlo tú.

—La vida es una pura injusticia, mamá. Y la culpa la tenemos los que hemos aprendido a resignarnos ante ella por una simple falta de valor —afirmó con indignación.

—Prométeme que no harás nada de lo que puedas arrepentirte —suplicó, con gravedad en la voz.

—No te alarmes, seré cautelosa. Cuídate, mamá.

—Un abrazo, cariño.

2.

Una suave melodía clásica resonaba a través de los altavoces del hilo musical instalado en el dormitorio de Olga, mientras ella, tumbada boca abajo en una estrecha camilla, recibía uno de sus masajes anticelulíticos semanales de manos de un atlético fisioterapeuta que debía de dedicarse, según ella, a la pasarela publicitaria como segunda ocupación. No acertaba a adivinar con exactitud si le resultaba más estimulante verse liberada de la antiestética piel de naranja o notar la firme presión de las manos de su atleta particular deslizándose con habilidad por sus muslos y sus nalgas. Ambas cosas, tal vez.

María entró en la habitación irrumpiendo en ese momento mágico, haciéndole saber que Linda esperaba al otro lado del hilo telefónico.

—¡Hola, bonita! —saludó Olga.

—Imagino que tienes al súper bombón de Marco sobándote el trasero en estos momentos —advirtió Linda con su desparpajo habitual.

—Cierto y me gustaría que fuera más lejos.

—¡Pamplinas! Si tuvieras oportunidad te rajarías. Tú no eres capaz de ponérselos a tu endiosado Pablo.

—Puede que lleves razón —confesó Olga.

—¿Hoy hay partido de tenis?

—Tenemos pista reservada, pero Teresa no está en condiciones físicas de jugar. Dijo que vendría para tomar el aperitivo después del partido.

—Pues dile a Marco que se venga con nosotras, jugará de compañero conmigo —bromeó Linda.

—Tenemos vecina nueva, podríamos invitarla a ella.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cuándo la has conocido?! —preguntó ansiosa.

—Te haré la ficha completa cuando nos veamos, ahora no es momento —contestó en un susurro—. Voy a tratar de localizarla. De cualquier forma, nos veremos en la pista a las once.

—De acuerdo, allí estaré. Bye!

Linda Sanz era de origen inglés, con un carácter alocado, algo frívolo y un comportamiento liberal que no obedecía en absoluto a la pulcra educación británica que sus padres se habían hecho el firme propósito de imponerle desde que nació. Su rebeldía continua ante los convencionalismos sociales y las anticuadas normas de comportamiento bajo cuya tutela habían querido educarla, habían dado pie a innumerables enfrentamientos con su progenitor, quién, según ella, se habría sentido plenamente feliz siguiendo a rajatabla el protocolo estricto y encorsetado de la realeza. Su lenguaje descuidado, su descontrolada tendencia a llamar a las cosas por su nombre y su fresca espontaneidad para

manifestar sus sentimientos fueron los causantes de que Javier Olivares quedara impactado por su personalidad nada más conocerla. Las chicas que Javier incluía entre su círculo de amistades en Madrid podían encajarse, sin excepción, en un mismo estereotipo de mujer. Sus expectativas se hicieron añicos cuando tuvo la oportunidad de charlar con Linda en una fiesta de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cambridge, donde su padre, socio mayoritario de un holding de empresas dedicadas a la construcción y defensor acérrimo de las entidades privadas, decidió que debía ir a estudiar. Desde aquel momento, Linda quedó incrustada en una parte importante del cerebro narcisista de Javier y regresaron de la mano a Madrid, unidos en matrimonio un año después de que él terminase la carrera de Arquitectura y con la oposición frontal del padre de Linda, que siempre consideró esa relación como uno de tantos caprichos de su indómita hija.

El lujoso Club Deportivo de La Luna se alzaba en una de las lomas de la urbanización, que venía a ser como una especie de ciudad fortificada con todos los servicios necesarios para goce y disfrute de unos residentes que, en muchos casos, se sentían identificados con los intocables señores feudales de la Edad Media, ajenos y alejados del pueblo mundano que quedaba al otro lado de sus verjas de forja y de afilada punta.

Olga, en compañía de Laura, estacionó su BMW en el parking exterior del Club. Con ropa deportiva, visera y gafas de sol cruzaron los escasos metros que las separaban de la entrada principal, soportando un incipiente calor que prometía llegar a su punto álgido en pocas horas.

—No llevas ropa de Solum's —afirmó Olga observando a Laura con detenimiento—. Tiene una línea deportiva, ¿no?

—El mayor éxito de Solum's es que ofrece buenos diseños con una excelente relación calidad-precio, pero esa calidad jamás podrá compararse a la de alta costura. Un elevado número de artículos iguales fabricados a partir de un mismo patrón hacen que el coste de la prenda baje considerablemente. La ropa es muy bonita, sí, y se adapta muy bien al cuerpo, pero yo sería incapaz de llevar un modelo que puede encontrarse en el armario de cientos de mujeres.

—Totalmente de acuerdo contigo —repuso Olga dirigiendo la vista a la pista de hierba donde las demás ya habían iniciado el calentamiento con un suave peloteo—. ¡Qué tal, chicas! —saludó alzando la voz—. La que está al fondo es Linda y ella es Elena —dijo señalándola discretamente al tiempo que se aproximaban.

—Encantada de conoceros, yo soy Laura. Imagino que Olga ya os habrá hablado de mí.

—La verdad es que no ha habido mucho tiempo —apuntó Linda—, pero ya nos ocuparemos de eso. Ahora vamos a jugar, antes de que apriete el calor. Por cierto, Teresa nos espera en la cafetería.

Algo menos de dos horas fueron suficientes para que Laura y Linda exhibieran sus buenas dotes físicas y tenísticas en un partido a tres sets. Laura había comenzado a practicar tenis de pequeña guiada por su madre, que había llegado a jugar en competiciones profesionales a nivel regional, y Linda había buscado un entrenador personal desde que viera por primera vez a Steffi Graf en un torneo de Grand Slam. Con gran bullicio e intercambiando comentarios en torno a las mejores jugadas, entraron en la cafetería donde las esperaba Teresa, desplomándose sobre los sillones de médula barnizada.

—Tú debes de ser Laura. —Teresa hizo amago de levantarse para saludarla con dos besos en las mejillas—. Me pregunto si podrías darme algunas clases, tienes una derecha bárbara —bromeó.

—Sería un placer, me temo que voy a tener demasiado tiempo libre.

—No debes preocuparte por eso, querida, contamos con un buen repertorio de actividades de ocio. ¡Para trabajar ya están ellos! —exclamó Olga provocando las risas de las demás.

—¿Sabes cuál es nuestro mayor logro? —añadió Linda—. Hacerles creer que no seríamos nada sin ellos. Con unos cuantos halagos y un polvo de vez en cuando, los tenemos en el bote.

—Sois unas víboras —exclamó Teresa sonriendo—. ¡Pobrecitos!

—A ti te resulta fácil decir eso porque Esteban sólo tiene ojitos para ti —aseveró Linda—, pero ya sabes que los demás no son como él.

—Yo tampoco tengo queja de Jorge —apuntó Laura.

—¿Jorge es tu marido?

Laura asintió con la cabeza.

—Su único problema es que tiene una adicción mayúscula al trabajo —continuó—, y eso no le permite pasar demasiado tiempo conmigo. Aun en casa tiene asuntos pendientes que resolver o nuevas ideas para desarrollar. Su estudio fue el primer rincón que amueblamos nada más comprar la casa.

—¿Cómo estás tan segura de que es adicción y no preferencia por el trabajo? —preguntó Linda con malicia.

—Jorge no es demasiado efusivo, pero sí es detallista y romántico, y sé que me tiene en cuenta en los momentos importantes de su vida. Después de su divorcio no se habría casado conmigo si no estuviera seguro de sus sentimientos.

—¡Ja! —sonrió Olga—. Pablo está casado conmigo y se va detrás de unas buenas medidas como alma que lleva el diablo. Hay muchos tipos de sentimientos: de amor, de compasión, de interés, de poder... Vete tú a saber cuál de ellos sentían el día en que se unieron a nosotras.

—¿Por qué os casasteis, entonces?

—¡Por sexo! —exclamó Linda al notar que la conversación cobraba demasiada seriedad—. ¡Javier folla de muerte!

Teresa, con su tímida y decorosa actitud habitual, se cubrió el rostro con las manos mientras movía incesantemente la cabeza de un lado a otro. Las risas se hicieron notar.

Un hombre de mediana edad se acercó a las chicas con aspecto cansado. Vestía un pulcro uniforme con una asfixiante pajarita en el cuello que odiaba a muerte en los días de calor. Les preguntó cortésmente lo que iban a tomar, haciendo uso de una diminuta libreta de bolsillo.

—Tres vermut, una bebida isotónica para Laura y una buena jarra de cerveza inglesa para mí.

—Está bien, Linda, cuéntanos —alentó Olga—. ¿Qué tal en Londres?

—La parte familiar, nefasta, como siempre, pero la parte lúdica, de maravilla. La final de Wimbledon fue espectacular —exclamó con la emoción inundando sus ojos azules—. Siempre he sido seguidora de Steffi Graf, pero la verdad es que Mónica Seles me impresionó. He vuelto con un entusiasmo renovado por el tenis, chicas, así es que vais a tener que acompañarme.

—¿Javier estuvo contigo? —preguntó Teresa.

—No, yo estuve en la final femenina, y después, mientras él asistía a la final masculina, di una vuelta por Harrod's y las grandes boutiques ¡y me he traído unos cuantos modelazos que cortan la respiración!

—Esteban tiene una reunión el 24 de julio para ultimar la apertura del hotel de Marbella —anunció Teresa—, pero intentará estar libre para asistir el día 25 a la inauguración de los Juegos Olímpicos y quiere que vaya con él a Barcelona.

—Emilio y mi padre también irán, ya lo tienen confirmado. Yo, no —dijo Elena con desgana.

—¿No te gusta el deporte o es la compañía?

Elena apuró el vermut y contestó con contundencia.

—No me gusta mi padre, Olga. Y lo más lamentable es que mantiene con Emilio una excelente relación, eso es lo que más me fastidia. Supongo que la estrecha amistad entre su familia y la mía ha tenido mucho que ver.

—¡Joder, con los papás! —exclamó Linda—. ¿Por qué ha de ser tan complicada la relación con ellos?

Laura bajó ligeramente la cabeza, le incomodaba la conversación. Temía verse obligada a intervenir y a mentir sobre una relación con su padre destrozada desde hacía años.

—Creen que tienen derecho a decidir sobre nuestras vidas al igual que hacen con sus negocios —apuntó Olga con amargor—. Mi padre aún no me ha perdonado que abandonara la carrera de Derecho. Solía repetirme una y otra vez que no era digna de pertenecer a su familia y que estaba harto de sacarme de líos. El día en que me casé con Pablo creo que fue el más feliz de su vida porque supuso su liberación. Aunque, para seros franca, yo sólo era capaz de ver a mi padre a través de su dinero, que espero que sea mío algún día. Me podía permitir disfrutar de todo lo que me viniera en gana sin tener que dedicar mi tiempo a las aburridas asignaturas de Derecho, ni pasar horas en una biblioteca estudiando la mejor forma de resolver los problemas de los demás, que ni me van ni me vienen. Ahora veo esa misma imagen en Pablo. Mientras siga costeando mis caprichos seguiré haciendo lo mismo que he hecho hasta ahora: nada.

—Llevaba unos cinco meses sin ver a mi padre —confesó Linda dirigiéndose a Laura, la única que desconocía su vida familiar—. Mi madre suele visitarme con frecuencia pero él está siempre ocupado engordando el montante económico de su cuenta corriente, y yo prefiero coger un vuelo a Pekín antes que uno a Londres para ir a verlo. En los pocos días que hemos estado allí, he vuelto a tener la misma pelea de siempre.

—Por Javier —apostilló Olga, que ya tenía constancia de sus anteriores reyertas familiares.

—Mi padre sigue empeñado en que fue un capricho casarme con él.

—¿No se llevan bien? —preguntó Laura cautamente.

—Mi padre lo considera un nefasto arquitecto y un niño de papá. Dice que su educación en Cambridge fue un completo despilfarro, que no conseguiría ver ejecutado ninguno de sus proyectos si no los construyera la empresa de su padre.

—Los adosados que están haciendo a la entrada de La Luna son un proyecto suyo, ¿no? —preguntó Laura.

—Íntegramente, y es un buen proyecto, créeme. Pero mi padre piensa que la construcción de viviendas es el *abc* de la arquitectura, y aun así, no cree que sea capaz de hacerlo sin la ayuda de profesionales más cualificados.

—¿El padre de Javier aún persigue fusionarse con tu padre? —preguntó Teresa ante los comentarios de Linda.

—Mi suegro aún cuenta con esa posibilidad, pero mi padre no está dispuesto a fusionar hasta que haya un digno heredero de ese imperio. Esta última vez me dejó muy claro que no había levantado un enorme patrimonio para dejarlo en manos de su hedonista hija y de su muñequito de turno. En el fondo piensa que acabaré cansándome de Javier, así es que tampoco quiere arriesgarse a que sus empresas puedan terminar en manos ajenas a su propia familia.

Linda indicó al camarero que le sirviera un vaso de agua fría con el que hidratar su garganta reseca antes de continuar.

—¿Y tener hijos entra en tus planes? —preguntó Elena.

—Si es la única forma de hacerme con la herencia de mi padre, sí —respondió con claridad—. Tiene suficiente dinero para garantizarle una vida cómoda a unas cuantas generaciones, incluso compartiéndolo con mi hermano.

—¿Y a qué esperas? —alentó Olga.

—Javier y yo llevamos casi año y medio sin usar métodos anticonceptivos, pero nada. Me hice un chequeo ginecológico completo y parece que está todo bien, espero que no sea Javier el que tenga problemas, sería la excusa perfecta para mi padre. Hasta ahora me lo había tomado con calma esperando que todo fuera una simple rabieta, pero estoy empezando a alarmarme. Si no consigo quedarme embarazada en poco tiempo tendremos que ponernos en manos de tu marido, Elena.

—¿Es médico? —se interesó Laura.

—Emilio es químico. Dirige los laboratorios farmacéuticos Martí, que son propiedad de su familia, pero cuentan con una división especializada en la investigación de fármacos y técnicas de fecundación artificial.

—Pero sólo se dedican a la investigación... —añadió con interés.

—También cuentan con una clínica médica donde se aplican esos fármacos y las técnicas que ya han sido autorizados legalmente.

—Perdonadme, chicas, pero son las dos —dijo Teresa mirando su reloj mientras se incorporaba en el sillón—. Esteban viene hoy a comer y si no me doy prisa no me encontrará en casa cuando llegue.

—¿Vais a ir al hípico el domingo? —preguntó Linda poniéndose en pie.

—No tenemos nada mejor que hacer, ¿no? —contestó Elena—. ¿Te apuntas, Laura?

—Jorge es un amante de las carreras de caballos, creo que iré con él.

—Los nuestros vendrán también —añadió Linda—. Esteban suele acompañar a Teresa, y a Pablo y a Javier, aunque no les atraen mucho los caballos, hay otro tipo de ganado que les encanta mirar.

—Nos vemos donde siempre, entonces, junto a la tribuna oeste —dijo Elena dirigiéndose al parking—. ¡Hasta el domingo!

Olga condujo el coche de vuelta a casa en compañía de Laura, declinando la invitación de ésta para visitar su casa bajo el pretexto falso de que Pablo la esperaba para comer. La invitación se hizo entonces extensiva a ambos, con una insistencia un tanto obstinada en que Pablo la acompañara. En pocos minutos coronó la calle que la llevaba a casa, ralentizando la marcha al llegar. La puerta de la cancela se abrió sin haber hecho uso de su mando a distancia. Un pequeño utilitario de color rojo salió de allí apresuradamente, no sin antes permitirle captar de manera difusa la silueta femenina de rizada melena negra y amplias gafas de sol sentada al volante. Por la rapidez con que tomó el asfalto

y giró a la derecha sin detenerse, se diría que no era la primera vez que circulaba por allí, aunque no acertaba a recordar cuál de sus vecinas disponía de ese modelo de auto. Dio por sentado que alguna conocida de María había entrado en casa sin su permiso, pero se sorprendió al ver el coche de Pablo estacionado en el garaje. Él estaba en casa. Entró y esperó de sus labios algún comentario que justificara la enigmática visita, esperanzada en que se tratara de un asunto de trabajo, pero no lo hizo. Y María, cuando fue preguntada, no supo qué contestar.

3.

Teresa Martín y Esteban Palma formaban la pareja más convencional de su círculo de amistades. El carácter afable y tranquilo de Esteban y una diferencia de edad de casi ocho años, hacía que protegiera a Teresa con instinto paterno más que conyugal, a pesar de los veintisiete años de edad con que ella contaba.

Llevaban dos años residiendo en La luna, desde la vuelta de un viaje de recién casados que Esteban se encargó de organizar con un romanticismo de cuento de hadas, recorriendo los parajes más emblemáticos del mundo y agasajándola como a una reina hasta rayar el empalago. Estaba profundamente enamorado de Teresa y no concebía pasar demasiado tiempo lejos de ella, por lo que hacía que lo acompañara con frecuencia en sus continuos viajes hoteleros a través de la geografía española.

Aunque dispares, sus caracteres se complementaban y encajaban como las piezas de un puzzle, si bien Teresa echaba de menos algo de espontaneidad y locura en su lineal relación. Esteban era excesivamente clásico y conservador para sus treinta y cuatro años de edad. Amante del buen cine, la lectura, los caballos y el relax huía de la improvisación, la sorpresa o cualquier otra actividad que implicara emociones fuertes, cosas que Teresa, dinámica y entusiasta, necesitaba experimentar de vez en cuando para sentirse viva. A ella le agradaba escuchar las experiencias de pareja contadas por sus amigas y sentía una cierta inclinación a compararse con ellas, porque aun siendo consciente de las desavenencias ajenas intuía que existía entre ellos una atracción descerebrada y visceral que ella no recordaba haber sentido jamás por Esteban. Las quejas exacerbadas de Olga hacia Pablo por sus constantes líos de faldas y el frecuente trato de humillación que le dispensaba se disipaban ante un gesto de cariño o una mirada lánguida y profunda al corazón de sus ojos; y ella no acertaba a adivinar por qué, era un simple dictado de la sinrazón. Y Linda, liberal y rebelde en todas las facetas de su vida, decía sentir un inexplicable remolino de emociones que la arrastraba hasta Javier como un caballo desbocado, a pesar de haber llegado a construir bajo el mismo techo casi dos vidas paralelas repletas de actividades autónomas e independientes. Linda aseguraba que el nexo de unión entre ellos era el sexo, pero Teresa intuía que debía de existir algo más, porque su atractivo físico y su frívolo carácter le habrían garantizado ese tipo de relación física cuando y donde hubiera querido.

Teresa no recordaba haber tenido nunca alborotado el corazón ni la mente. Siempre había pensado que es sumamente difícil poner nombre a las emociones cuando su intensidad no llega a experimentarse en toda su magnitud. ¿Una emoción puede percibirse en diferente grado? ¿O es ese grado el que hace que sea catalogada con términos diferentes? No tenía duda de que quería muchísimo a Esteban, pero en su fuero interno sentía que jamás había estado enamorada de él, tal vez ni siquiera lo amaba.

La cadena Palmahoteles había comenzado su andadura con la inauguración de un pequeño hotel a

las afueras de Sevilla. El abuelo de Esteban heredó un cortijo antiguo que contaba con cuadras de caballos y un pequeño tentadero para la lidia de toros que reclamaba a voces una buena reforma para poderlo habitar. Para una familia de tres miembros acostumbrada a vivir en un modesto piso del barrio de Triana aquél era un gasto excesivo dadas sus nimias necesidades. Decidió entonces plantar cara al futuro y afrontar el reto de rehabilitarlo al estilo de las antiguas posadas —remansos de paz y descanso para los viajeros—, alquilando las habitaciones al justo precio que le permitiera ir saldando la letra de la hipoteca. La calma y el sosiego que garantizaba una estancia rodeada de arboleda a unos cuantos kilómetros del bullicio sevillano y la posibilidad de practicar equitación o de tentar algún novillo, hizo que su nombre se extendiera como la pólvora entre los círculos taurinos y deportivos. Jamás pudo imaginar la magnitud del éxito que tendría aquella inversión avalada con interminables jornadas de maratoniano trabajo por parte del trío familiar. En pocos años, inauguraron otros dos hoteles más de semejantes características, uno de ellos, en Jerez de la Frontera y el otro, en la sierra madrileña. Desde muy corta edad, el padre de Esteban contribuyó a edificar con su propio esfuerzo lo que hoy se había convertido en una de las cadenas hoteleras nacionales más emblemáticas, a punto de comenzar su proyección internacional.

Esteban conoció a Teresa una mañana de invierno en que su madre la trajo a casa. Tenía cinco años y hacía tres meses que había perdido a sus padres en el derrumbe de la cocina de uno de los hoteles Palma en Madrid, donde ambos trabajaban como cocineros, debido a un desafortunado escape de gas. El hotel no había cumplido con pulcritud las medidas de seguridad por negligencia de los peritos de la compañía de suministro y aunque sus padres jamás se consideraron directamente culpables de ambas muertes, no quisieron turbar su conciencia dejando desatendida a una niña tan pequeña en una más que precaria situación económica. Esteban la acogió como si fueran hermanos y Teresa así lo percibió hasta su madurez. Pero no fue el caso de Esteban. En los lugares más recónditos de su subconsciente, un eco de creciente intensidad gritaba que aquella chiquilla morena de vivarachos ojos negros portaba genes con diferente apellido. Y el corazón hizo el resto.

Aquella mañana de domingo lucía especialmente clara y luminosa. El sol se filtraba a través del visillo de lino que cubría el balcón del dormitorio de Teresa y alcanzaba a besar sutilmente su tez somnolienta. Se giró levemente y observó que Esteban no estaba en la cama. Miró el reloj de su mesilla de noche, un recuerdo de su último viaje a Venecia, y sus ojos nubosos alcanzaron a ver que las agujas marcaban casi las nueve y media de la mañana. Sin que su mente hubiera recibido orden racional alguna, comenzó a relatar, en un susurro, una sucesión de actos encadenados.

—En dos minutos entrará por esa puerta con su bata de verano anudada en la cintura, el pelo mojado, recién peinado y con aroma a loción contra la caída del cabello. Traerá una bandeja con café, tostadas, un croissant y zumo de naranja y me dará los buenos días con sonrisa angelical mientras espera a que me incorpore para depositar la bandeja sobre mis piernas.

En ese momento abrió los ojos de par en par al percatarse de que hablaba en voz alta, temiendo que él pudiera haberla oído. Por suerte aún no había cruzado la puerta, aunque en breves segundos la escena comenzó a desarrollarse tal cual, como si aquello hubiera sido una premonición. En realidad era producto de la costumbre, de una rutina que venía repitiéndose domingo tras domingo a lo largo de los últimos dos años, lo cual comenzaba a producirle un cierto hastío.

Abandonó la cama tras tomar íntegramente su desayuno, tomó una ducha y se vistió con un modelo Channel en color beige que consideró apropiado para asistir a las carreras de caballos. El domingo

solía ser el día libre del servicio por lo que habían reservado mesa para comer en el Asador de Juan, a unos cuatro kilómetros del Club Hípico al que llegaron cuando aún faltaban veinte minutos para el comienzo de la primera carrera. Estacionaron su vehículo junto a la entrada del parking, buscando la protección de un sol al que un fino viento no dejaba calentar en exceso y se dispusieron a sortear el resto de los coches aparcados hasta la puerta de acceso al hipódromo. Una Harley Davidson pasó por su lado circulando despacio, buscando un hueco apropiado donde parar. Teresa permaneció unos segundos observando aquella estampa. Siempre había sentido debilidad por las motos, sin saber dónde ni cuándo habría adquirido esa afición. El motorista giró la llave de contacto para hacerla parar y procedió a quitarse el casco sin apearse de la misma. Un ligero escalofrío recorrió la columna vertebral de Teresa en escasos segundos. Ataviado con pantalón deportivo, camisa polo, mocasines sport y unas gafas de sol, aquel hombre de veteado pelo cano le pareció, cabalgando aquella pieza, el más atractivo que había tenido ocasión de ver en sus últimos años.

Buscó fugazmente la silueta de Esteban entre los coches del estacionamiento y lo vio a unos cuantos metros por delante de ella, pero los pies de Teresa parecían haberse quedado anclados al asfalto, que no estaba dispuesto a dejarla marchar. Siguió observando todos y cada uno de los movimientos de aquel desconocido mientras se apeaba de su moto, se alisaba el pelo con ligereza y se dirigía, con el casco en la mano y su porte esbelto, a la entrada principal del hipódromo donde Teresa había olvidado por unos instantes que debía acudir. Reinició el paso con calma sintiendo un bullicio en su interior que no supo interpretar y sonrió para sí misma ante lo que quiso explicar como el embelesamiento propio de una quinceañera por su profesor de educación física. Alzó la vista de nuevo y comprobó que su seductora aparición se encaminaba directamente al encuentro de una mujer, a la que cogió de la mano con gesto seguro y leve sonrisa. Era Laura Soler. Y el protagonista de la escena que quedaría grabada en su retina debía de ser Jorge, su marido.

Las carreras de hípica constituían un acontecimiento social en el que los caballos, lejos de ser los merecidos protagonistas del día, pasaban a ocupar un segundo plano para dar preferencia a las relaciones afectivas e incluso comerciales. Un entorno alejado de las presiones propias de un despacho y algún que otro comentario ecuestre para relajar la tensión propiciaban el escenario ideal donde ultimar acuerdos económicos y laborales de gran interés. Para las féminas era la mejor pasarela de moda en vivo a la que asistir y en las que hacer odiosas comparaciones con las que matar el tiempo mientras muchos de sus maridos pavoneaban ante los demás tomándolas de la cintura para lucirlas como trofeos.

Las chicas comenzaron a subir las escaleras de la Tribuna.

—Ese sombrero te sienta de maravilla, Linda.

—Gracias, Olga, es uno de los que me traje de Londres. ¿Y el vestido? ¿Verdad que el escote de la espalda es muy sexy?

—Para levantar pasiones —contestó Olga siguiendo el juego—. Yo quería haberme puesto un último modelo que me trajo Pablo de París, pero estaba arrugado. Me han dado ganas de ponerme a chillar, aunque habría sido inútil, la planchadora no estaba allí para escucharme —lamentó con desprecio—. Aunque ya no me oírás, porque a casa no vuelve.

—Tal vez se haya arrugado al colgarlo en el vestidor —apuntó Teresa restándole importancia.

—¡No voy a investigar quién tiene la culpa! —exclamó Olga con arrogancia.

—Por allí viene Elena —dijo Linda con los prismáticos en la mano—, pero no veo a Emilio, tal vez llegue más tarde.

—¿Y dónde están Javier y Pablo? —preguntó Olga sentada en la grada.

—Han ido a hacer las últimas apuestas. Esos dos necesitan darle a esto algo más de emoción. Chicas, con este trasto se ve la curva de la Tribuna Este a la perfección. Estoy viendo algo en la grada que serviría para mojar pan, y no son caballos, precisamente —dijo poniéndose en pie.

—¡No tienes arreglo! —exclamó Elena—. Déjame ver.

Esteban subió presuroso al anunciarse por megafonía el inicio inminente de la primera carrera, ocupando un asiento libre junto a su mujer. Tenía predilección por un pura sangre cuya trayectoria deportiva había tenido ocasión de seguir de cerca, pero no era muy amigo de hacer apuestas. Jorge tomó asiento junto a Emilio, al que acababa de conocer en la puerta de la cafetería, y Pablo, acompañado por Javier —su amigo más afín—, charlaba de forma distendida con una espectacular pelirroja que había encontrado en su camino hacia el circuito. Olga arrancó los prismáticos de la mano de Elena para analizar con detalle a aquella desconocida. «¡Maldito cabrón!» —dijo Olga para sí misma—. «No hay color de piel que se le resista.»

El juez de carrera dio la salida y el público comenzó a ovacionar y a animar a sus caballos favoritos con un entusiasmo desbocado. Teresa, habitualmente contagiada de la pasión de Esteban por el arte ecuestre, asentía a sus comentarios sin escucharlo, prestando atención a otros puntos de referencia por los que sentía un mayor interés. Pablo y Javier animaban incesantemente a los equinos en los que habían depositado su material confianza, clamando a voz en grito el nombre que acababan de aprender gracias a su boleto de apuestas. Linda observaba a través de sus prismáticos escenas donde no precisamente se encontraban los protagonistas de cuatro patas. Olga mantenía la mirada clavada en la pelirroja que le había fastidiado el domingo, intentando encontrar un nexo común entre todas las mujeres objeto de la adulación de Pablo, cosa que aún no había conseguido ultimar con éxito. Elena parecía estar manteniendo, a pesar del incesante ruido, una fervorosa conversación telefónica, ajena por completo al espectáculo hípico y a sus acompañantes. Y Laura, con su habitual postura erguida y su porte elegante, tenía asido el brazo de Jorge, que parecía haber encontrado en Emilio un buen interlocutor con el que charlar amigablemente. Allí terminó el barrido visual de Teresa, y allí se mantuvo, observando impertérrita el semblante maduro de Jorge, plagado de gestos y ademanes deliciosos; sus manos largas y bien cuidadas que imaginaba desplazándose con destreza al trazar los bocetos en el papel, o quizás sobre otras superficies aún más delicadas; y el movimiento de su cuerpo en continuo vaivén para no perder detalle de una conversación que le habría gustado infinitamente poder escuchar. Lo imaginaba inteligente, culto, exquisito en su trato hacia los demás, lo cual no era muy habitual entre quienes creían que el nivel socioeconómico confería automáticamente más derechos fundamentales que los recogidos en la Constitución. Querría haberse marchado de allí y mantener intacta esa imagen de por vida junto al sentimiento físico y visceral que tantas veces lamentaba no haber sentido, y que en ese momento temía poderosamente perder cuando el raciocinio volviera a hacerse con el control de su corazón.

Al término de la cuarta carrera alguien dijo tener la boca seca y propuso abandonar la grada para ocupar un puesto de preferencia en la cafetería de turno, moción bien acogida por el resto del grupo que no acostumbraba a sufrir en propia piel los avatares del calor.

—¡Joder, Javier! ¿Qué les da tu padre a sus albañiles para que aguanten poniendo ladrillos sin desmoronarse? —preguntó Pablo con tono jocoso mientras se limpiaba el sudor.

—Esos nacen con otra piel, como los negros —contestó riendo—. Es pura supervivencia, amigo Pablo, no les queda más remedio que aguantar.

Entraron en la cafetería y una bocanada de aire fresco les cambió el semblante. Un camarero de mediana edad y porte servicial vistió una mesa para diez comensales próxima a una gran pantalla donde podían verse las imágenes de las dos últimas carreras.

—La próxima vez las veo desde aquí, con aire acondicionado y una cerveza en la mano.

—Yo te acompaño, Pablo —agregó Javier—. Por cierto, es la última vez que hago apuestas, no hemos acertado una.

—¿Dónde vais de vacaciones? —preguntó Elena.

—Pablo estaba pensando hacer un crucero este año, pero aún no ha tenido tiempo de organizarlo —contestó Olga—. A mí me encantaría ver los fiordos noruegos, dicen que son una preciosidad.

—¿Por qué no lo organizas tú? —sugirió Laura.

—¡Ni loca! —exclamó—. Pablo es muy especial, no me apetece tener una bronca por cada detalle que no esté a su gusto.

—Emilio tiene que viajar a Estados Unidos para ultimar los detalles de un acuerdo de colaboración con unos laboratorios de Houston —dijo Elena—. Es posible que aprovechemos la ocasión para pasar allí un par de semanas, aún no conozco Nueva York. ¿Dónde vais vosotros, Laura?

—No lo tenemos decidido —contestó pensativa—. Jorge deberá pasar el mes de agosto con su hijo y lo tendrá que compaginar con el trabajo. Abrimos un nuevo centro en Valencia y aún quedan muchas cosas por concretar para la próxima colección de primavera-verano.

—¿Jorge tiene un hijo?! —preguntaron casi al unísono.

—Alberto, tiene seis años. Creo que ya os comenté que Jorge es divorciado. El niño pasa con él determinadas temporadas a lo largo del año. Vendrá a primeros de mes.

—¿Y cómo se lleva eso de encontrarse de repente con un hijo ajeno? —preguntó Olga.

—Cuando nos casamos tenía tres años, lo conozco desde que era muy pequeño y lo cierto es que nos llevamos bien. Supongo que el hecho de pasar periodos de tiempo muy cortos con él hace que nos volquemos más cuando está con nosotros. Jorge intenta programar su tiempo y su trabajo para poder dedicarle más atención. ¡Tendríaís que verlo, es un padrazo!

Teresa notaba cómo su corazón volvía a rebelarse. Comenzaba a preguntarse una y otra vez dónde escondía los defectos, porque alguno habría de tener, pero no se atrevía a musitar palabra por temor a delatarse a sí misma.

—¿Y la relación con su ex? —preguntó Elena.

—Intentan llevarlo lo mejor posible por el bien del niño, pero no siempre es posible. Ella tiene un carácter muy fuerte y se comporta como si el crío le perteneciera en exclusiva. Jorge está seguro de que lo utiliza en su contra, lo que perjudica el equilibrio emocional del niño, pero a pesar de todo él siente pasión por su padre.

—Pablo estaba especializado en temas de familia cuando ejercía en el bufete de su padre. Llegó a hacerse un verdadero experto en poco tiempo —apuntó Olga—. Si tenéis algún problema con la custodia del niño estoy segura de que os puede ayudar.

—Gracia, Olga —contestó Laura, notando una ácida sacudida en el estómago—. Jorge pensó que podríamos llevarlo a visitar Eurodisney, pero no es seguro —añadió variando el rumbo de la conversación.

—Yo creo que le encantaría —se atrevió a decir Teresa.

—Sí, pero parece ser que aún no funciona del todo bien. Están teniendo problemas con el personal, con los hoteles..., problemas económicos e incluso políticos. Si Jorge puede dejar zanjado el tema de Valencia no muy tarde, tal vez lo llevemos al de Florida.

—Parece que te gustan los niños, ¿eh? —observó Linda—. Me da la impresión de que no vas a tardar mucho en tener uno tuyo.

—Antes tendría que convencer a Jorge. No es muy partidario de tener hijos a los que no puedes dedicarle tiempo suficiente.

—Para eso estás tú —dijo Elena.

—Los hijos necesitan dos referentes para tener estabilidad emocional. Cada progenitor asume un papel determinado y si ambos se complementan, las carencias de uno las suple el otro. El resultado es que el niño adquiere la visión de un modelo completo con el que identificarse y aprender. Jorge no quiere que su hijo vea en él, únicamente, la razón de su estabilidad económica. Quiere una implicación mucho mayor, quiere tener que ver con su educación física y mental y participar en su madurez personal y emocional. Pero eso implica tener un vínculo afectivo mucho mayor que el de un simple beso de buenas noches.

—Algunas de nosotras hemos crecido con un patrón educativo muy diferente del que tú defiendes y no creo que estemos tan mal de la cabeza.

—Yo no he dicho eso, Olga. Pero recuerda cómo tú misma pasaste tu juventud asociando la figura de tu padre con su dinero, cosa que ahora se repite con Pablo, eso fue lo que dijiste. —Olga calló sin saber qué contestar—. Eso es precisamente lo que él pretende evitar.

—Voy al baño —dijo Olga levantándose repentinamente.

—Te acompaño. Debo de tener algo en este ojo, me está molestando —exclamó Linda.

Olga cerró la puerta con fuerza nada más entrar.

—¡No aguanto sus peroratas de terapeuta frustrada! —exclamó con enfado—. Nos habla como si fuéramos unas perfectas ignorantes.

—Era su opinión, Olga.

—¡Eso es lo peor! ¡Expresa sus opiniones de forma categórica, como si fueran verdades absolutas! No soporto que me diga cómo tengo que educar a mis hijos ni cómo he de llevar mi matrimonio.

—Estás celosa —dijo Linda con una leve sonrisa.

—¿Celosa? ¡Pero si Jorge ni tan siquiera la mira, ¿no te has dado cuenta?! Presume de marido perfecto y de ejemplar matrimonio, y apuesto a que no es mejor que cualquiera de los nuestros.

—Estás celosa porque Pablo la mira con cara de querer tirársela y tú lo sabes.

—No permito que me den consejos sin yo pedirlos —continuó Olga sin querer escuchar—. No sé qué tipo de relación ha podido tener ella con su padre, me da exactamente igual, pero no consiento que ponga la mía en tela de juicio, ni admito que cuestione mi forma de pensar.

—Estás sacando las cosas de quicio, Olga, tranquilízate. Por si te sirve de consuelo, te diré que Teresa ha estado mirando a su amado Jorge durante todo el tiempo —confesó con voz socarrona.

Olga desvió su mirada hacia Linda y permaneció callada unos segundos.

—Eso no significa nada —contestó al fin.

—Si automáticamente miras a tu marido para ver si se ha percatado de algo, esa mirada se convierte en sospechosa. Y Teresa ha estado moviendo la cabeza de un lado a otro como si estuviera presenciando un partido de tenis. Sin mencionar la expresión de su cara, he estado a punto de acercarle una servilleta para que se limpiara la baba.

—¡Qué loba eres! No se te escapa una —exclamó Olga.

—Prefiero ese calificativo al de «sexóloga frustrada» —dijo haciéndola sonreír—. Creo que necesitamos esas vacaciones, cambiar un poco de aires nos vendrá bien.

—¿A dónde te vas?

—A Río de Janeiro —contestó Linda.

—Ten cuidado con las cubanas, son muy peligrosas —dijo Olga maliciosamente.

—¡Que tengan ellas cuidado conmigo! —contestó bromeando—. Salgamos de aquí, van a pensar algo extraño de nosotras y no quiero manchar mi reputación.

Volvieron a donde estaban sentadas. Todos se habían puesto en pie para marcharse. Elena guardaba el teléfono móvil en su bolso con el gesto contrariado.

—Emilio, mis padres nos esperan para comer —le anunció—. Parece ser que debéis concretar algo de vuestro viaje a Barcelona.

—¿Vuestro? —preguntó sorprendido—. ¿Acaso tú no vienes?

—Ya hablaremos de eso. Ahora vámonos, no quiero escuchar por enésima vez el retórico discurso de la puntualidad en el almuerzo.

Se despidieron sin saber cuándo se volverían a ver. Quizás en septiembre, una vez terminado el período estival.

Elena y su marido subieron al deportivo blanco que habían estacionado horas antes en el parking del hipódromo, haciendo una rápida maniobra para salir. Emilio conducía por la urbanización sobrepasando los límites de velocidad establecidos. Aunque era un hombre sosegado y tranquilo, le ponía especialmente nervioso llegar tarde a cualquier cita, le inquietaba que le hubieran de esperar. Elena lo miraba fugazmente. Le exasperaba la prisa con que solía acudir a las llamadas de su padre sin llegar a entender que obedecía más a un acto de cortesía que de afecto. Aun así, en esta ocasión optó por callar y no recriminar su arriesgada conducción. Tras cinco años de matrimonio empezaba a ser consciente de que el respeto mutuo y la mesura a la hora de hablar le permitían obtener más beneficios personales que la vía del enfrentamiento.

Llegaron a la mansión principesca de los padres de Elena con el tiempo justo de sentarse a almorzar. Magda era una mujer de gran temperamento y porte regio que Elena identificaba con alguna reencarnación de la época victoriana, de ahí la austeridad de sus costumbres y el gusto por una decoración recargada que parecía absorber el oxígeno hasta la asfixia.

Emilio saludó a sus suegros con gesto afable mientras Elena pasaba de largo casi sin decir nada.

—La educación jamás ha sido tu punto fuerte, Elena —recriminó Magda—. ¡Qué inútil ha sido el esfuerzo de tantos años!

—Hola, Magdalena —la saludó, siendo consciente de que odiaba que la llamara así.

Magda le lanzó una mirada furtiva y tragó saliva. No estaba dispuesta a dejarse provocar al inicio

de la velada.

—¿Cómo estás, Emilio? —preguntó Magda insinuando su mejilla para recibir un beso.

Una mujer bajita de mediana edad apareció en la puerta con un uniforme negro de mayor talla que la anchura de su cuerpo, un delantal blanco repleto de encajes y una cofia extremadamente ancha que casi le quedaba a la altura de las cejas.

—Almorzaremos en el salón, Cecilia —ordenó la anfitriona.

—¡Por Dios Santo! ¿De dónde has sacado semejante esperpento? —preguntó Elena sorprendida.

—Rosario se rompió el brazo al caer de la escalera mientras limpiaba las lámparas del comedor. He tenido que prescindir de ella y le he dado a Cecilia su uniforme.

—¿La has echado por tener un accidente? —preguntó incrédula.

—Son cuarenta días de escayola y esta casa ha de seguir atendida —contestó sin vacilación.

—Supongo que volverá cuando se la quiten... —sugirió Elena.

—Después de la fractura y del largo tiempo con el yeso puesto el brazo se le habrá quedado entumecido, tardará meses en poder utilizarlo a pleno rendimiento. No quiero lisiadas en mi casa —expresó con crueldad.

Elena lanzó a su padre una mirada inquisidora esperando conocer su opinión ante semejante atrocidad. Rosario llevaba trabajando quince años en aquella casa y era la primera vez que tenía un percance de cierta importancia. Había tenido innumerables problemas económicos y familiares que todavía acarrearaban consecuencias negativas y jamás había faltado a sus obligaciones como asistenta.

—Mi trabajo está fuera de aquí, de puertas para adentro quien organiza es tu madre —respondió Roberto con laxitud extrema.

—Sabes que no es mi madre —contestó en un susurro, con voz de resentimiento.

—¡No empecemos, Elena, por favor! Tengamos la fiesta en paz —exclamó Roberto con autoridad.

—Jamás ha habido paz en las fiestas de esta casa, papá, y tú lo sabes.

—Emilio, por favor, hazla callar —ordenó Magda con severidad.

—¿Como tú haces callar a mi padre? —dijo Elena dirigiéndose a ella—. Llevas toda la vida manejando el timón y protegiéndote bajo su sombra.

—Elena, cálmate —dijo Emilio cogiéndola por los hombros, violentado por la situación.

—¡No consiento que le hables así a mi mujer! ¡Y menos en mi casa! —exclamó Roberto enfatizando sus últimas palabras.

—No es tu casa, ¡es la suya! —acusó Elena—. Vine a vivir aquí porque ella lo consintió. Si no hubiera accedido me habrías cerrado esa puerta y me habrías obligado a seguir hundida en una miseria que tú provocaste —dijo encendido de odio.

Emilio clavó los ojos en su mujer mientras escuchaba perplejo el cruce de acusaciones. Era consciente de que siempre habían existido ciertas desavenencias en la familia y una actitud irascible por parte de Elena hacia su madre en particular, pero no acababa de comprender de qué demonios estaba hablando ella ahora.

—¡Deberías estarme agradecida por eso, mal nacida! —exclamó Magda con acritud—. Todo lo que tienes nos lo debes a nosotros.

—Te equivocas —contestó Elena—. Él se lo debía a mi madre —dijo acusándolo con el dedo.

—¿Podéis explicarme de qué diablos estáis hablando? —preguntó Emilio notando que perdía la calma por primera vez.

—Sácame de aquí, Emilio —dijo Elena cogiendo su bolso—. Ya tendréis ocasión de hablar del viaje en otro momento.

—¡Me siento mareada, Roberto! —exclamó Magda.

—Espera un momento, Elena, esto no puede quedar así —dijo Emilio consternado.

—Esto no tiene arreglo, Emilio —contestó—. Para solucionarlo tendríamos que volver treinta años atrás y reescribir la historia, y eso es imposible.

—¿Puedo ayudar a la señora? —preguntó la asistenta visiblemente alterada.

—Tráigale a la señora Magdalena uno de sus mágicos placebos y un vaso de agua. Le sientan de maravilla —ordenó Elena con absoluto sarcasmo.

—Te llamaré, Roberto —se despidió Emilio.

Elena abandonó la casa y entró presurosa en el coche mientras ocultaba su rostro bajo unas enormes gafas de sol, y encendió la radio esperando evitar una sarta de inquisidoras preguntas a las que no le apetecía contestar.

—No sé lo que ha pasado ahí dentro —dijo Emilio bajando el volumen—. Ni sé lo que ha pasado a lo largo de tu vida para que los odies de esa manera. No espero que me lo expliques ahora porque mi estado de ánimo no me permite estar lo suficientemente receptivo, pero en un futuro muy próximo quiero que me lo aclares —dijo Emilio masticando las palabras.

—No tienes derecho a exigirme una explicación. Son mis padres.

—Si eso es lo que piensas, estás muy equivocada. En primer lugar, porque tu relación con ellos interfiere en mi vida familiar y en segundo lugar, porque creo que tengo perfecto derecho a conocer los aspectos más importantes de la vida de mi mujer, máxime cuando pueden tener repercusiones negativas para mí. —Elena permaneció en silencio en un intento de calmarse—. Espero sinceramente que tu explicación no me haga sentir engañado, porque, a juzgar por lo que he podido escuchar, me has hecho creer en una vida que era una completa farsa. ¡Y espero también que tu engaño no me salpique directamente! —exclamó con indignación.

4.

Sentada en el sillón descalzador de su amplio vestido, Elena trataba de abrocharse la hebilla de sus zapatos con una mano mientras sujetaba con la otra el auricular del teléfono. Llevaba varios minutos hablando sin atreverse a levantar la voz en exceso por el constante ir y venir de la señora de la limpieza, afanada en dejar reluciente hasta el más recóndito rincón de su dormitorio.

—No he vuelto a hablar con ellos desde entonces, abuela. Sabes que son extremadamente orgullosos.

—También tú, Elena, y no debes olvidar que ellos no tienen nada que perder, pero tú sí.

—Esta última vez las cosas fueron demasiado lejos, el enfrentamiento fue mayor que de costumbre.

—¿Quién inició la discusión? —preguntó la abuela con suavidad.

—Tal vez yo —contestó con sinceridad—, pero es que esa arpía me saca de quicio, no puedo soportar su actitud déspota hacia los demás. Arrasa con todos los que no son de su estirpe.

—Elena, la conoces desde que tenías cinco años y ahora tienes treinta. Nunca me he cansado de decirte que tienes que jugar bien tus cartas y si no eres más comedida la partida la ganarán ellos —advirtió la abuela con serenidad en la voz.

—Magda es mucha rival, no la menosprecies, abuela. Desde siempre ha tenido muy claro hasta dónde puede llegar y sé positivamente que hará lo posible por dejarme fuera cuando haya de repartirse el pastel.

—Por eso no debes fomentar su enemistad, enfrentarte a ella supone distanciarte de tu padre y él es el único que puede beneficiarte en un futuro.

—Mi padre es un completo monigote. No hace absolutamente nada sin su consentimiento y su aprobación. Ha estado dominado por ella durante toda su vida.

—Tal vez por eso hizo lo que hizo —dijo la abuela entre dientes—. Necesitaba demostrarse a sí mismo que él también tenía poder.

—Lo que no acabo de entender es por qué accedió a acogerme, supongo que así retenía a mi padre y a su dinero con él —comentó Elena pensativamente—. En el fondo hay veces en que él me da pena, abuela. Creo que no es tan mala persona.

—No te fies de las apariencias, mi niña.

—De pequeña, muchas veces me dormía pensando que tal vez mi padre habría elegido quedarse con mi madre si no se hubiera visto atrapado por las circunstancias. Y aún lo pienso. Es un hombre débil de carácter, a pesar de que quiera aparentar lo contrario con sus rígidas costumbres y su estricta educación.

—Hace muchos años que no hablo con él —dijo la abuela—. Desde que te llevé a esa casa sólo he sabido de su vida a través de ti. No sé si habrá cambiado lo suficiente para merecer tu apoyo y tu perdón, pero créeme si te digo que tenía un corazón de piedra cuando yo supe de él por primera vez.

—No quiero hacerle daño, abuela —dijo Elena—. Creo que después de todo me ha tratado bien.

—No pretendo aconsejarte que hagas lo contrario, debes vivir tu vida libremente según tus propias decisiones. Pero debes comprender que todavía llevo dentro el dolor por mi hija y ese sentimiento aún logra dominarme.

—Yo te comprendo, abuela, pero entiende que lo inusual habría sido tirar por la borda su matrimonio y su estabilidad económica para dejarse llevar por el amor joven e impulsivo que sentía hacia mi madre.

La abuela permaneció en silencio, dudando si merecía la pena cambiar la versión de los hechos después de haber mantenido la mentira durante años por la felicidad de su nieta. Pero un impulso inexplicable la llevó a pensar que Elena debía afrontar la verdad de su propio origen. Pensaba que tenía derecho a tomar sus decisiones futuras con pleno conocimiento de causa y con una información completa de cuál fue la verdadera relación entre sus padres. Ella era una de las pocas personas en las que siempre había podido confiar y comenzaba a sentir remordimiento por mantenerla sumida en el engaño.

—Elena, cariño —dijo al fin—, algún día, cuando tengamos un poco de tiempo, quiero contarte algo.

—¿De qué? —preguntó intrigada.

—Acercas de tus padres. Hay ciertas cosas que creo que deberías saber, pero de eso ya hablaremos, no hay prisa.

—Me estás asustando, abuela.

—Llámame cuando quieras que nos veamos. Cuídate mucho.

—Un beso, abuela.

Elena colgó el teléfono y permaneció unos instantes sentada, sin apenas moverse, sintiendo resonar por su cabeza la última parte de su conversación. ¿Qué había querido decir? ¿Qué tenía que saber?

Se encogió de hombros y volvió a ser consciente de lo que se disponía a hacer antes de que sonara el teléfono. Entró en el baño, extrajo un frasco de su mejor perfume y depositó unas gotas en el cuello, muñecas y escote con ayuda del tapón. Perfiló sus labios y les aplicó carmín en un tono rojo oscuro similar al de su vestido, un modelo de Valentino muy favorecedor. Elena llevaba su larga y alborotada melena suelta, teñida con mechas de color cobrizo que rememoraban el dorado natural que su cabello poseía de pequeña, antes de que se hubiera ido oscureciendo con el paso del tiempo. A pesar de sus treinta años conservaba una cierta expresión infantil en un rostro donde sus ojos azules adquirían el mayor protagonismo.

Pasó por la cocina y advirtió al servicio para que no la esperaran a almorzar, dejando instrucciones expresas de que informaran que estaba de compras en Madrid si se recibía alguna llamada.

Circuló despacio hasta salir de la urbanización y aceleró ligeramente al tomar la autovía que la llevaba a la capital. Maldijo una y mil veces la afluencia del tráfico, insufrible en esa hora en que se producían los cambios de turno y las salidas para comer, hasta alcanzar el parking privado que los

laboratorios Martí poseían en pleno centro, a unos trescientos metros del edificio de oficinas donde Emilio tenía instalado su despacho de dirección.

Aparcó el vehículo y fue caminando unos veinte minutos hasta llegar al Hotel Carlos I. Saludó a una de las recepcionistas con una cordial sonrisa y esperó sin decir nada a que le diera la tarjeta para entrar en la habitación.

—La está esperando —dijo la recepcionista con discreción.

—Gracias, Alicia.

Elena entró en la habitación tras desviar ligeramente la mirada hacia ambos lados del pasillo. Siempre temía encontrar alguna cara conocida en aquel lugar. A la entrada del salón de aquella lujosa suite se encontraba Luis, con su tez morena, la camisa desabrochada dejando entrever su bien formado cuerpo y una rosa de tallo largo esperándola llegar. Abrió sus brazos y la invitó a acercarse a él, besándola con pasión.

—No me vuelvas a hacer esto —susurró Luis al oído de Elena—. No puedo pasar tanto tiempo sin verte.

—Lo sé, tampoco yo. Pero debemos ser muy cautos, Emilio cada vez reclama más de tu tiempo y empieza a ser difícil liberarse de él.

—He pedido el almuerzo, por desgracia hoy no tengo mucho tiempo. Emilio me llamó esta mañana para pedirme que resolviera ciertos asuntos que había dejado pendientes en su despacho y después he de volver a los laboratorios para supervisar las primeras pruebas de un nuevo proyecto que se acaba de aprobar.

—Deja de hablar de Emilio y de trabajo, no me interesa en absoluto. ¿No puedes dejar de pensar en tu jefe aunque estés conmigo? —preguntó con voz lánguida mientras recorría su cuello con los labios.

Golpearon en la puerta y alguien se anunció como el servicio de habitaciones. Luis le permitió la entrada y le indicó dónde servir lo que previamente había pedido. Le dio la oportuna propina e invitó a Elena a tomar asiento mientras él abría una botella de Rioja para acompañar el almuerzo.

—¿Cómo has evitado acompañarlo a Barcelona? —preguntó Luis con dulzura en los ojos.

—Le dije que no me apetecía viajar en compañía de mi padre y a él no le pareció una razón de peso para dejarlo solo en un viaje de placer —contestó Elena mientras saboreaba el vino—. Pero ese mismo día tuve una buena discusión con mis padres y revelé cierta información sobre mi vida que él desconocía.

—¿Qué clase de información? —preguntó Luis interesado en el suceso.

—Emilio siempre ha creído que Magda era mi madre, él no sabía que fui a vivir con ellos cuando tenía cinco años. Supongo que ésa ha sido la razón de que nunca haya entendido la aversión que siento hacia ella. Tampoco ha sido consciente del resentimiento de Magda hacia mí desde que llegué a esa casa.

—Pero tu familia y los Martí se conocen desde que eran jóvenes —apuntó Luis tratando de comprender.

—Sí. De hecho, el padre de Emilio fue quién consiguió que Magda se quedara embarazada de mi hermano. Esa rata necesitó un tratamiento de fertilización porque no conseguía quedarse en estado. ¿Cómo pensaba Emilio que Magda podría haberme tenido si era prácticamente estéril?

—Secreto profesional. El padre de Emilio puede que nunca contara a su hijo lo que consideraba parte de la intimidad de tus padres.

—La cuestión es que se ha sentido tremendamente ofendido por un engaño que aún no conoce en su totalidad. Apenas hemos hablado desde entonces. No volvió a preguntarme por el viaje, reservó plaza de hotel para mi padre y para él y se marcharon casi sin despedirse.

—¿Te preocupa? —preguntó Luis acariciándole la mejilla.

—Todavía tengo recuerdos de mi infancia, Luis. Muchas noches aún veo en sueños la casa diminuta en la que vivíamos en compañía de mi abuela y los platos de porcelana desconchada que ella ponía sobre la mesa para comer. Estaban medio vacíos —recordó con la mirada perdida—. Y aquel barrio repleto de adolescentes descamisados y niños mocosos que parecían vagar sin rumbo alguno por las calles llenas de basura...

—No pienses ahora en eso, Elena, no te martirices.

—No recuerdo nada sobre mi madre. Todo lo que sé de ella ha sido a través de mi abuela. Sin embargo, esos malditos recuerdos me han acompañado durante toda mi vida. Un cerebro infantil no es capaz de borrar fácilmente lo que deja huella. —Elena tomó aliento y miró a Luis a los ojos—. Me da pavor pensar que pudiera volver a vivir aquello.

—Eso no va a ocurrir —tranquilizó Luis.

—Sé que es un pensamiento irracional, sé que en mi situación actual es muy difícil que pudiera volver a encontrarme como entonces, pero aun así, pensarlo me angustia. —Elena se sirvió un vaso de agua para hidratar su garganta y apretó fuertemente la mano izquierda de Luis—. Ni siquiera estoy dispuesta a correr el riesgo de disminuir el nivel económico del que disfruto ahora. Estando aquí —dijo señalando una cierta altura con la mano—, puedo permitirme el lujo de disfrutar de la vida y hacer que la disfruten los que tengo a mi alrededor: mi abuela, que se merece lo mejor de este mundo, mis hijos, tú... —Luis sonrió sin saber qué contestar—. Me gusta el lujo, la casa en la que vivo, los vestidos caros, los buenos restaurantes y los viajes a lugares que nunca pensé poder visitar. Pero cada vez que disfruto de algo así, no puedo evitar traer a mi mente la maldita imagen de los suburbios y su gente maloliente. Eso me permite apreciar lo que tengo y luchar para no perderlo. Y eso es lo que me diferencia de todas las que han vivido atiborradas de lujo desde que nacieron. ¡Y lo que me hace ser mejor persona que ellas! —exclamó, en un intento de justificar su propia vida—. A pesar de ser mis amigas las detesto por ello.

—Basta ya, Elena —dijo Luis con ternura—. No debí de preguntarte acerca de Emilio, siento profundamente que esta cita se haya convertido en algo doloroso para ti.

—No quiero engañarte, Luis, a ti no. Te quiero, te quiero mucho, pero no voy a dejar a Emilio. Sé que Magda moverá sus piezas estratégicamente para que el imperio de mi padre pase íntegramente a mi hermano. Mi única estabilidad económica proviene de Emilio y no estoy dispuesta a perderla. Estoy enamorada de ti como nunca lo he estado de él. Quiero seguir viéndote y amándote. Pero si tú no estás dispuesto a mantener una relación de este tipo, lo entenderé. Dímelo y me iré —concluyó acariciando sus manos.

Luis se acercó, inclinándose por encima de la mesa, hasta rozar los labios de Elena, ignorando por completo el solomillo de ternera que apenas habían probado. Se levantó, se dirigió hacia ella y comenzó a acariciarle el cuello y los senos, embaucado por el perfume que llevaba el día en que la conoció y que ya sólo usaba para él. La desnudó con suavidad e hicieron el amor sobre la alfombra

del salón, bajo la tenue brisa del ventilador colonial que pendía del techo. Observando relajada su rítmico movimiento, se quedó dormida.

La insistente llamada de un teléfono móvil sonó a lo lejos. Era el de Luis.

—Hola, Paul —contestó escuetamente, en voz baja.

—Luis, el fármaco experimental no parece dar buenos resultados —dijo su interlocutor.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿En qué fase está?

—En la última. Según los datos, no produce una mejoría mayor que la de cualquier placebo.

—¿Sabes cuál será el informe del Jefe de Investigación?

—Aún no lo tiene del todo claro, pero estima que la inversión será mayor si tratan de averiguar los errores que si plantean una línea de investigación nueva.

—¡Pero eso llevaría muchísimo tiempo!

—Ya, pero tú sabes mejor que yo que los laboratorios persiguen sobre todo la rentabilidad. No harán nada hasta que tengan garantizado que no sufrirán más pérdidas, incluso puede que abandonen el proyecto.

—No sé lo que va a pensar Emilio de todo esto, ¡maldita sea! —se lamentó Luis—. Estaba convencido de que funcionaría, por eso lo defendí de forma tan radical.

—Emilio tendrá una reunión con mi director antes de que finalice el verano. Esta cuestión está anotada en el orden del día. Ellos decidirán lo que van a hacer.

—¿Cómo van las negociaciones con el laboratorio de Houston? —preguntó Luis.

—Parece que por buen camino —contestó Paul—. La terapia genética es el futuro. Llegar a un acuerdo de colaboración supondría para nuestra filial de Martí un gran empuje en ese campo. El de Houston es pionero en muchas de estas técnicas y se está adentrando en investigar enfermedades que otros muchos ni se plantean.

—Esperemos que al menos eso salga bien.

—Confía en Emilio. Es un buen gerente y con una buena visión de futuro.

—Gracias, Paul —se despidió Luis con clara voz de desolación—. Estaremos en contacto.

Colgó el móvil y volvió hasta donde había dejado a la mujer de sus sueños. Observó por un momento una fragilidad aparente que escondía una gran fortaleza interior. A pesar de que era hora de volver al trabajo, se recostó de nuevo junto a ella. No quería marcharse sin antes despedirse.

—No podría dejarte, Elena —susurró, abrazándola fuertemente—. Nunca te he contado la historia de mi vida, pero el día en que lo haga lo entenderás.

5.

(1993)

Pablo se había despertado antes de lo habitual aquel sábado. Apenas había dormido y se sentía particularmente cansado, por lo que decidió tomar un relajante baño en el jacuzzi de su dormitorio con cuidado de no despertar a Olga; quería evitar que le perturbase la mente con su continua charla.

Los últimos meses habían sido bastante estresantes en el bufete. Se había visto obligado a incrementar la plantilla de asesores jurídicos y laborales con que contaba habitualmente por el aumento de la demanda sobrevenida en tales materias. La crisis económica que comenzó a vislumbrarse en los últimos meses del año anterior empezaba a incidir en las empresas con bastante seriedad. La caída de la bolsa en más de un 20% había hecho mella en medianas empresas que, lejos de seguir los consejos de los expertos bursátiles, habían optado por invertir gran parte de su capital en paquetes de acciones de alto riesgo, creyendo optimistamente que la bonanza económica de años anteriores seguiría imparable. La necesidad de hacer reajustes laborales, la imposibilidad de cumplir con los contratos mercantiles e incluso la declaración de algunas de ellas en situación de suspensión de pagos habían provocado una avalancha de problemas legales que no tenían tiempo material de resolver. Una de las entidades que había solicitado su asesoramiento era la empresa constructora del padre de Javier. A pesar de la envergadura de su grupo empresarial prefería tomar precauciones y paliar de antemano las nefastas consecuencias de lo que se preveía que podía ser una grave crisis del sector inmobiliario y de la construcción.

La mesa del despacho de que disponía en casa estaba repleta de documentos que había decidido llevarse para ojear en el fin de semana, aunque antes de sentarse en ella decidió darse un último respiro y tomar aliento con un fuerte desayuno mientras leía el diario de noticias.

Sentado en el *office* de la cocina, ordenó a María que le preparase un café con leche, tostada con paté de oca, un poco de bacón y zumo de naranja. El noticiario de aquel 27 de febrero se abría con el titular de un atentado terrorista en el World Trade Center de Nueva York, con una gran foto en portada mostrando un primer plano del fatal desastre. Previsiblemente, seis muertos y un número de heridos que podría acabar cercano al millar, constituían el balance de la hazaña terrorista. Pablo pensó que ya tenía suficiente con sus propias preocupaciones como para seguir linchando su mente con fatídicos sucesos nacionales e internacionales que no le afectaban de manera directa, por lo que decidió dejar de leer.

—Señor Ferrer, el señor Soler está al teléfono —anunció María.

—¡Buenos días, Jorge!

—Buenos días, Pablo, espero no haberte despertado.

—No te preocupes, por desgracia hace tiempo que estoy levantado. Estaba leyendo lo del atentado

de Nueva York mientras esperaba el desayuno.

—¡Oh, cielos! —exclamó Jorge—. Ayer estuvieron dando información durante todo el día, ha sido terrible.

—Pues yo no sabía nada. El trabajo me tiene sorbido el seso últimamente, estamos a tope.

—Entonces tal vez no sea buen momento para pedirte un favor.

—Si es un asunto de trabajo no es un favor, Solum's es cliente nuestro —dijo sonriendo.

—Es algo personal, no está relacionado directamente con la empresa. Si no puedes hacerte cargo, dímelo, no pasa nada.

—Cuéntame de qué se trata. Aunque sea ajeno a la empresa no voy a dejarte en la estacada —contestó haciendo alarde de benevolencia.

—A Amparo, mi *ex*, le han ofrecido trasladarse a Miami para desarrollar en Estados Unidos la campaña de marketing de la empresa para la que trabaja. En principio, está previsto que sea por un año a partir del próximo mes de septiembre, pero podría ampliarse si lo consideran necesario.

—¿Es una exigencia de la empresa o puede elegir libremente entre ir o quedarse?

—No está obligada, pero dice que le supone una gran oportunidad para engordar su currículum y afianzarse en la empresa. Así es que ha decidido aceptar. La cuestión principal es que quiere llevarse a Alberto con ella y yo no estoy dispuesto a permitirlo.

—¿En qué condiciones sería?

—Quiere buscarle un colegio allí, por supuesto, pero no tiene intención de venir mientras dure el traslado porque no quiere someter al niño a viajes tan largos en avión.

—Y eso te obligaría a desplazarte tú para poder verlo —apuntó Pablo.

—Exacto. Y yo no voy a pasar por ahí. Además, considero que no es bueno someter a Alberto a un cambio de entorno tan radical para un único año de estancia allí. Me parece una barbaridad.

—Si quieres que interpongamos una demanda necesitaré conocer algunos detalles más sobre el acuerdo relativo a la custodia. Por lo pronto, puedes ir firmando los documentos necesarios para que pueda representarte y empezar a trabajar.

—Me paso por el bufete cuando tú me digas —dijo Jorge con disposición.

—No te molestes, el lunes tengo que visitar los adosados de Javier aquí, en La Luna; tiene un pequeño problema con la licencia de obras, así es que me quedaré trabajando en casa. Daré orden para que alguien del bufete me traiga esos documentos el lunes por la mañana. Pásate por casa durante la tarde y terminamos de concretar. No olvides traer lo referente a la custodia.

—De acuerdo, ahí estaré. Muchísimas gracias, Pablo.

—No hay de qué.

—¡Ah, Pablo!, lo olvidaba. He pedido a Laura que visite los colegios cercanos y solicite información sobre sus instalaciones y los planes de estudios, quiero tenerlo todo planificado de antemano por lo que pueda pasar. ¿Crees que a Olga le importaría acompañarla? Tal vez ella tenga algunas referencias más, al fin y al cabo lleváis más tiempo viviendo aquí.

—Se lo comentaré, no te preocupes.

—Laura empezará este mismo lunes, dile a Olga que por favor la llame para darle una

contestación.

—Descuida, así lo haré.

Pablo colgó el auricular y se dispuso a tomar el desayuno que María había dejado sobre la mesa. Olga entró arrastrando los pies, con ojos somnolientos, algo despeinada y un bostezo incontrolado desfigurándole el rostro.

—Debería avergonzarte aparecer así —recreminó Pablo—. Parece mentira con la facilidad que puede perderse el glamour.

—Buenos días, cariño —saludó haciendo caso omiso a sus palabras—. María, mi desayuno.

—¿Qué desea tomar la señora?

—Lo mismo que él —contestó mientras ojeaba el plato—. Por cierto, María, hay un tomo de polvo sobre la consola del vestíbulo. Parte de tu trabajo es supervisar a la señora de la limpieza y asegurarte de que lo hace bien. No quiero estar pendiente de eso —recreminó.

—Me pregunto cómo has podido ver el polvo a través de esos párpados hinchados —apuntó Pablo jocosamente.

Olga lo miró con desdén, pero no encontró fuerzas para contestar.

—He estado hablando con Jorge Soler. Me ha pedido que el lunes por la mañana acompañes a Laura a visitar los colegios de la zona para ver sus instalaciones. Están buscando centro educativo para su hijo —dijo Pablo sin dar excesivas explicaciones.

—No me apetece ir a ver colegios con esa estirada —contestó de mala gana—. Que vaya ella con su amado Jorge. Un padrazo como él debe conocer de primera mano qué tipo de educación recibirá su hijo. Además, el lunes por la mañana tengo cita con Marco para el masaje.

—¡Déjate de monsergas! —exclamó, mirándola con extrañeza—. No sé a qué viene toda esa perorata, pero me importa un carajo. Tengo un contrato millonario con ese hombre y voy a hacer lo posible por complacerlo, y si eso implica que saques a pasear a su querida esposa, lo harás. Tu apreciado Marco no tendrá inconveniente en toquetearte otro día.

Apuró el resto del zumo y se levantó arrastrando la silla de mal humor. Olga lo miró con recelo pero, aun a su pesar, no se le ocurrió contrariarlo.

Nada más abrir la puerta principal, una bocanada de aire frío penetró hasta sus huesos. Era difícil hacerse una idea de la temperatura exterior cuando la calefacción en el interior de la casa le permitía vestir con ropa ligera, e incluso caminar descalza sobre el suelo radiante. Olga volvió a su vestidor en busca de una estola de piel para abrigarse el cuello y salió presurosa cerrando la puerta tras de sí. Pablo estaba en casa, acababa de regresar después de haberle echado un vistazo a los adosados de Javier y se quedaría el resto de la mañana trabajando allí. Olga decidió esperar en la cancela exterior hasta que llegara Laura. No le apetecía que ella se viera las caras con su infiel Romeo.

Laura detuvo el coche y dejó el motor en marcha a la espera de que Olga subiera. Linda la acompañaba. Había tenido oportunidad de hablar con ella ese fin de semana y ésta le recomendó dos colegios bilingües donde se impartían las clases con un perfecto nivel de inglés y que disponían de muy buenas instalaciones.

—¿Pero Alberto sabe inglés? —cuestionó Olga.

—No, sólo tiene algunas nociones básicas. El colegio al que asiste no imparte el segundo idioma hasta primaria y sólo dos horas a la semana.

—¿Pero a qué colegio va? —preguntó Linda incrédula.

—A uno cercano al lugar de trabajo de su madre —contestó Laura.

—¿No será privado? —dudó Olga.

—Según parece es concertado.

—Es lo mismo —dijo Olga con desprecio—. Si reciben subvenciones del estado están obligados a respetar ciertas normas; no pueden seleccionar a sus alumnos como estimen oportuno, han de admitir a los que les correspondan, sean quienes sean.

—¿Y cómo ha consentido Jorge que vaya a un público? —preguntó Linda extrañada.

—Amparo conocía a la directora del colegio y además le correspondía por domicilio laboral. Con su horario de trabajo necesitaba la comodidad de tenerlo cerca.

—Pues yo creo que fue una metedura de pata —dijo Olga—. La educación pública es una auténtica porquería.

—En Inglaterra inciden desde pequeños en el aprendizaje de un segundo idioma, hoy día es fundamental para el mercado laboral —añadió Linda.

—Ya no es sólo cuestión de idioma —continuó Olga—, las instalaciones son precarias, apenas hay actividades deportivas, en muchos de ellos ni siquiera cuentan con comedor, la mayoría de los profesores están desfasados y no tienen motivación alguna por reciclarse, y encima tus hijos tienen que relacionarse con cualquiera que tenga derecho a entrar en ese colegio, ¡hasta con inmigrantes!

—Basta, Olga —dijo Linda—. Me vas a hacer vomitar. Gira a la derecha, Laura. Aquel edificio que se ve entre los árboles es el Green College.

—¿Todas las materias las imparten en inglés? —preguntó Laura mientras buscaba la puerta de entrada.

—No, la enseñanza es progresiva. Cuando son pequeños van alternando los dos idiomas, y lo van ampliando de forma paulatina a medida que se avanza de nivel educativo —contestó Linda—. Pero todo eso nos lo explicarán ahora. Ya verás que te va a gustar.

—Señor Ferrer, una empleada de su oficina pregunta por usted —anunció María, tras llamar a la puerta.

—Está bien, hágala pasar, la atenderé en un minuto. María, ¿la señora se ha marchado ya?

—Sí, señor, hace rato. Iba con la señora Soler, pero no sabría decirle a dónde.

—De acuerdo, no importa.

Pablo acababa de tomar una ducha después de nadar unos cuantos largos en la piscina interior. Llevaba puesto un grueso albornoz con el escudo bordado de Palmahoteles, regalo de cortesía que la cadena hotelera solía hacer a sus mejores clientes. Volvió a entrar en el aseo de su despacho y terminó de secarse ligeramente el pelo con una toalla, peinando después cada mechón con sumo cuidado. No tuvo prisa en salir cuando oyó abrirse de nuevo la puerta del despacho. Su *ego* engordaba sobremanera al saber que le estaban esperando pacientemente, le infundía una grata sensación de poder.

—Buenos días, señor Ferrer —balbució Esther con timidez—. Le traigo los documentos que me pidió y estos otros para firmar, aunque creo que habría bastado con su firma electrónica —se atrevió a objetar.

—Hay documentos que me gusta firmar de puño y letra, creo que deberías saberlo —contestó enfatizando sus últimas palabras.

—Lleva razón, lo siento —se disculpó, bajando los ojos ruborizada.

—Déjalos sobre la mesa, enseguida los veo.

Esther se dirigió hacia la robusta mesa de madera oscura situada al fondo del amplio despacho de Pablo Ferrer. Bajo ella, una alfombra de lana natural acogía el exclusivo mobiliario de trabajo, dispuesto delante de un ventanal desde el que podía observarse una parte del jardín que parecía haberse extraído de uno de los cuadros de Monet. Depositó el portafolios sobre la mesa y se mantuvo junto a la misma, sin atreverse a tomar asiento, a la espera de recibir instrucciones. Miró el reloj con gesto de preocupación por temor a una excesiva tardanza.

—No te preocupes por la hora, soy el jefe —afirmó con prepotencia—. Mientras estés conmigo nadie va a pedirte explicaciones por tu demora.

—Gracias —contestó con un tímido tono de voz.

—Hay algo que me gustaría que tratáramos antes de ver esos papeles. La Jefa de Administración me dijo la semana pasada que tu contrato termina dentro de tres meses. —Pablo se sirvió pausadamente un vaso de whisky.

—Así es —contestó poniéndose algo tensa; no esperaba que el director del bufete abordara con ella aquel asunto de forma directa.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con nosotros, Esther? —preguntó girándose hacia ella con el vaso en la mano.

—Llevaré tres años cuando cumpla el contrato —contestó la chica a sabiendas de que él conocía sobradamente ese dato.

—Renovar tu contrato implica firmar otro con carácter indefinido, supongo que estarás informada, ¿verdad? ¿Te encuentras a gusto con tu trabajo? ¿Te tratamos bien?

—Sí, señor Ferrer, estoy encantada de trabajar en su empresa, para mí ha sido una gran oportunidad. Espero que el bufete también esté satisfecho de mi trabajo, al menos ése es mi mayor empeño —contestó de corrido siendo consciente de que debía aprovechar la ocasión para hacerse valer.

Pablo sonrió sin que Esther supiera muy bien cómo interpretarlo; no era capaz de discernir con claridad entre la franqueza y el sarcasmo. Él se fue aproximando lentamente, con la cabeza inclinada hacia abajo mientras hacía girar su vaso, provocando el tintineo continuo del hielo contra el cristal.

—Estamos contentos contigo, lo cierto es que trabajas bien. Eres eficiente y aprendes rápido.

Él siguió avanzando en dirección al vértice de la mesa, con la aparente intención de rodearla para tomar asiento, pero se detuvo a espaldas de la chica, que se mantuvo impassible a la espera de que éste continuara su camino. Pablo se aproximó ligeramente y se detuvo a escasos veinte centímetros de Esther, mientras observaba su alborotada melena rubia y el prieto trasero embutido en el ceñido pantalón que tantas y tantas veces lo había hecho babear por los pasillos de la oficina.

—Tengo el informe favorable de la Jefa de Administración, sólo me queda un detalle por ultimar —le anunció.

—Usted dirá de qué se trata, aunque no sé si depende de mí —apuntó cautelosa.

—Tengo un pequeño problema y me gustaría saber si podrías ayudarme, ya sabes, hoy por mí... y mañana por ti —contestó, invadiendo el espacio de veinte centímetros que lo separaban de ella.

—Dígame, señor Ferrer —susurró, notando su aliento cerca del cuello y una mano en su cintura.

—Te lo voy a decir de forma que puedas entenderme bien.

Pablo acercó su boca al oído de Esther mientras ceñía su cintura fuertemente con los brazos. La chica se quedó petrificada al notar como el pene erecto de Pablo se clavaba en sus nalgas a través del albornoz. No pudo articular sonido alguno, cerró los ojos e imploró mentalmente que aquello terminase pronto.

—Esther, no me gusta cómo me la chupa mi mujer, tal vez tú puedas hacerlo mejor —susurró en tono lascivo.

Ella contuvo el aliento y un sudor frío comenzó a inundar su cuerpo. En pocos segundos pasaron miles de imágenes por su mente, enturbiadas por la náusea y acompañadas por el sonido sordo de los latidos de un corazón próximo a estallar. Notó los dedos de Pablo ascender ágilmente hasta su blusa, dispuestos a liberar la atadura de los botones mientras quedaba apresada entre su cuerpo y el grueso borde de la mesa, que se incrustaba vilmente en la parte delantera de sus muslos temblorosos. Deseaba con todas sus fuerzas salir corriendo de allí e hizo amago de zafarse de aquellas manos que comenzaban a sobarla con total libertad y de aquella daga que parecía llevar un tiempo interminable invadiendo sin ningún decoro lo que no le pertenecía.

—No seas tonta, bonita —dijo Pablo en voz baja, accionando a distancia el bloqueo de la puerta del despacho—. Sé inteligente, una simple mamada a cambio de un contrato indefinido no es maltrato, ¿no te parece?

Mientras su cuerpo se inclinaba hacia la puerta, a punto de vomitar, su mente fue testigo de una vertiginosa cascada de convincentes razones: un sueldo digno, una empresa de gran solvencia, una precaria situación económica familiar y un escaso currículum con el que volver a afrontar el difícil mercado laboral. Dos lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas al ser consciente de su rendición. Se giró lentamente, mirándolo a los ojos con terrible frialdad.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—Ahora.

Pablo la cogió de la mano y la condujo hasta el otro lado de la mesa mientras deshacía hábilmente el nudo de su albornoz. Tomó asiento en su sillón de cuero negro y se recostó ligeramente mientras ella, con el alma rota y la autoestima destrozada, se arrodillaba a sus pies sobre la alfombra de lana.

Cuando Olga abrió la puerta de entrada se dio de bruces con Esther, que salía con premura, la cara pálida y los ojos enrojecidos. Retrocedió ligeramente sin articular palabra y la vio subir a un pequeño vehículo que debía de ser de ocasión. Por un momento evocó la escena en que aquella desconocida salía de casa conduciendo un coche, pero el perfil físico de esta mujer no se correspondía con la que ella creyó ver aquel día. Entró y fue directamente a la búsqueda de Pablo, que estaba en su despacho ojeando ensimismado ciertos documentos.

—¿Quién era el espectro que acaba de salir? Iba blanca como la pared —preguntó Olga sin

saludar.

—Una empleada del bufete. Después de casi tres años haciendo el mismo trabajo aún comete errores imperdonables. La he reprendido, reconozco que con algo de dureza, y se me ha echado a llorar, ¿te lo puedes creer? —contestó con cinismo.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Por un momento pensé despedirla. Pero tal vez le dé otra oportunidad. No todo el mundo ha tenido la suerte de estudiar en buenos centros como nosotros —dijo con falsa condescendencia.

—Acaban de aprobar la creación de dos universidades privadas en Madrid, nos lo acaban de decir en uno de los colegios en los que hemos estado, ¿lo sabías? —preguntó Olga sentándose sobre sus rodillas.

—Por fin saldrán universitarios de nivel, que falta hacen —contestó Pablo dándole un tenue beso en los labios—. Y ahora, déjame trabajar, quiero terminar este informe antes del almuerzo.

6.

A las nueve de la mañana era especialmente difícil encontrar una mesa libre en el Café Brasil. Situado en un enclave eminentemente empresarial y de negocios, la afluencia de clientes atraídos por sus exquisitos cafés con pastas alcanzaba cotas muy elevadas en días laborables, pero eso le permitiría pasar desapercibida entre los clientes y el propio servicio del establecimiento.

Laura Soler entró en el café envuelta en un chaquetón nacarado de piel artificial y sin apenas maquillar. A pesar de una elegancia innata de la que le resultaría imposible desprenderse, podía confundirse fácilmente con las trabajadoras de grandes empresas que acudían a desayunar a diario a ese mismo lugar. Echó un vistazo rápido y su mirada se detuvo en un pequeño velador situado al fondo del establecimiento, parcialmente oculto por una viga forrada de espejos. Una alborotada melena de rizado pelo oscuro se perfilaba entre las cabezas de algunos clientes. Laura se dirigió hacia allí con diligencia y tomó asiento junto a ella.

—Buenos días, Soraya —la saludó mientras depositaba su bolso en una de las sillas vacías.

—¡Buenos días! —dijo sobresaltada—. No la oí llegar.

—¿Café? —preguntó Laura observando que no tomaba nada.

—Sí, por favor.

Laura pidió dos cafés expresso con unas pastas de nata haciendo un verdadero esfuerzo por que el camarero pudiera verla.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Laura sin rodeos.

—Todo va según lo previsto, señora Soler.

—¿Has vuelto a tener alguna cita con él? —le preguntó Laura con naturalidad mientras ponía azúcar en su café.

—En dos ocasiones. La última fue hace un par de semanas.

—¿Y?

—Follamos —respondió Soraya con contundencia—. Está resultando más fácil de lo que pensé. Ese tío se pone caliente con sólo mirarlo.

—Bien. Supongo que seguirás fingiendo una relación comercial con él, ¿no?

—Sí, he contratado su asesoramiento jurídico para mi casa de masajes. Eso fue lo que le planteé el primer día en que acudí a su despacho.

—¿Le has dicho que eres prostituta?! —preguntó Laura alarmada.

—Tranquila, señora Soler. Lo que parece demasiado evidente despierta menos sospecha. Además, mi verdadero objetivo era acostarme con él y los tíos de esta calaña se sienten más libres de hacer proposiciones indecentes, o de aceptarlas, cuando se trata de mujeres de mi profesión; se creen

superiores —aclaró ella.

—¿Dónde os habéis seguido viendo?

—En el hotel Carlos I, es de los pocos hoteles de lujo donde alquilan habitaciones por horas a sus clientes habituales. Desde que su mujer me vio salir de su casa en nuestra primera cita, no me fio de seguir apareciendo por allí —aclaró Soraya.

—¿Y tu amiga, la pelirroja?

—Amanda. Él se quedó boquiabierto cuando la conoció en el Hípico. Preparamos un encuentro accidental a la salida de su bufete y dio resultado, nos invitó a un café.

—Su mujer se percató de aquel encuentro en el Club —advirtió Laura.

—Vuelvo a decirle que mientras más evidentes son las cosas menos sospechas levantan. Su mujer se pondría celosa, pero jamás pensaría que sería capaz de charlar abiertamente con ella si tuviera un lío de faldas.

—No conoces muy bien a Pablo —dijo Laura—. Yo pienso que sí sería capaz.

—No se preocupe, señora Soler. En cuanto a Amanda, yo creo que en poco tiempo accede a tirársela.

—Soraya —comenzó a decir Laura en voz baja echando un rápido vistazo a su alrededor—. El día que programemos la instalación de la cámara quiero un *ménage à trois*.

Soraya la miró sorprendida.

—En un principio hablamos de grabar un par de relaciones extramaritales normales —advirtió.

—Estoy convencida de que ese cabrón está harto de ponérselos a su mujer y me da la impresión de que ella empieza a ser consciente de ello sin hacer nada por evitarlo. Necesito algo más fuerte. Quiero un *ménage à trois* de Pablo, Amanda y tú, y quiero que sea lo más parecido posible a una película pornográfica —exigió con firmeza.

—Eso le va a costar bastante más caro.

—No hay ningún problema. Tú ocúpate de que todo salga según mis deseos y te aseguro que no te arrepentirás de haber trabajado para mí.

—Ok —contestó Soraya con gesto complaciente.

—Mantenme informada de todos vuestros movimientos y no planifiques ese encuentro hasta no estar segura de que va a salir bien, ¿me has entendido? —preguntó mirándola a los ojos.

Soraya asintió con un leve movimiento de cabeza. Se levantó despacio y se dirigió a la salida sin despedirse. Laura abonó la cuenta y miró su reloj percatándose de que su cita había durado más tiempo del previsto. Había quedado con Teresa en la puerta de los estudios de Jorge para los preparativos del desfile de Navidad de Solum's Cloth.

Alzó la mano cuando vio pasar un taxi libre por el lado opuesto de la calzada y cruzó la calle casi sin mirar. Aunque los estudios estaban relativamente cerca, no le daría tiempo a llegar caminando.

Teresa llevaba unos quince minutos deambulando de un lado para otro delante de la puerta del moderno edificio de oficinas donde se encontraba la sede de la firma propiedad de Jorge Soler. Un apretado nudo en el estómago delataba su estado nervioso, a pesar de la valeriana que había

decidido tomar antes de salir de casa. Desde que Laura le propuso desfilarse con ropa de Solum's Cloths no había podido controlar su desbordada emoción.

Laura llevaba un tiempo relativamente largo sin participar de forma activa en el negocio; sin embargo, su proximidad y mayor contacto con la clientela habitual de la cadena le permitía tomar apreciaciones directas y reales de las demandas del público en general, que habitualmente no podían percibirse desde una mesa de despacho. Sus ideas innovadoras dirigidas a la mejora del marketing de la empresa eran tomadas en cuenta con bastante frecuencia por Jorge Soler, que solía someterlas a debate ante su grupo de asesores.

La última aportación de Laura había sido la acertada idea de crear una línea de vestidos de noche apropiados para lucir en las fiestas navideñas. Las firmas de alta costura los comercializaban a un precio excesivamente caro para las modestas economías familiares y la mayoría de las tiendas de confección de gran tirada no ofrecían modelos glamourosos, favorecedores y casi exclusivos, como era el deseo de aquellas mujeres que soñaban fervientemente con sentirse reinas por un día a un precio razonable. Ése era el reto de Solum's Cloths para ese año, vestir como princesas a las mujeres de clase media en las fiestas navideñas sin que ello las obligara a tener que rebajar en exceso la calidad de los productos de la cena de Nochebuena.

La moción de Laura, tras duras apelaciones, tuvo aceptación, como también la tuvo el hecho de que el desfile de presentación no fuera protagonizado por modelos profesionales con medidas corporales alejadas de la realidad física de la mayoría de las mortales, sino por una representativa selección de féminas con buena presencia y aceptable físico, con las que pudieran sentirse identificadas las potenciales clientas de esa línea de creación. Y ahí es donde Teresa entraba en juego. Laura, apreciando sus facciones juveniles y sus buenas medidas físicas, la había animado a que subiera a la pasarela y luciera lo que sin duda iba a ser el gran éxito de la temporada.

Laura bajó del taxi de forma acelerada y pidió disculpas por el retraso.

—No importa —dijo Teresa—, me ha venido bien tomar el aire, estoy algo nerviosa.

—Tranquilízate, tenemos un equipo fenomenal, todo irá como la seda. Subamos, es la última planta.

El estado de ansiedad de Teresa aumentaba a medida que en el visor del ascensor iban discurriendo los dígitos de las plantas. Llegaron a la décima y las puertas se abrieron accediendo directamente a la recepción del estudio. Decorado con una exquisitez absoluta, mostraba el trasiego continuo de hombres y de mujeres afanados en sus respectivas tareas.

—Buenos días, señora Soler —saludó la recepcionista.

—Buenos días, María Luisa, ¿sabes dónde está Jorge?

—Creo que está supervisando la sesión de fotos de los modelos de Navidad.

—Gracias. Ven conmigo, está al fondo del pasillo —le indicó.

Teresa la siguió sin dejar de observar todo lo que ocurría a su alrededor, asemejándose a uno de esos escolares que asiste perplejo a su primera visita a unos estudios de cine o televisión. Aquel mundo le resultaba completamente desconocido, opuesto a la serenidad y el tedio que emanaban los burocráticos despachos administrativos de la cadena Palmahoteles, los únicos que había tenido la oportunidad de conocer de cerca.

Laura abrió la puerta y accedieron a una amplia sala repleta de cámaras fotográficas, con una gran disparidad de muebles auxiliares y paneles decorativos diferentes para emular los ambientes

apropiados en los que lucir la ropa. La modelo se movía constantemente, con una soltura admirable, agitando su vestimenta, tocándose el pelo y adoptando un aprendido repertorio de posturas por iniciativa propia y por sugerencia del fotógrafo, que no cesaba de incitarla a cambiar de pose. Jorge se hallaba ligeramente retrepado en un sillón plegable, en primera fila, con el dedo índice apoyado levemente sobre sus labios y unas gafas pequeñas y rectangulares a través de las que observaba tomando escuetas anotaciones en una libreta de papel. Cuando Teresa tomó conciencia de su presencia desaparecieron los focos, la modelo, el fotógrafo, incluso Laura. Sólo él y nada más que él en medio de la nada.

Laura se aproximó y posó una mano sobre su hombro sin querer distraerlo en exceso. Él levantó ligeramente la mano izquierda indicándole que esperara y terminó de hacer una última anotación.

—Está bien, Carlos, creo que ya es suficiente —dijo dirigiéndose al fotógrafo—. Hazle unas cuantas más con el plateado y se acabó. Mañana elegiremos las que irán en publicidad. ¿Cómo estás, querida? —saludó a Laura acercándose para besarla.

—He venido con Teresa. Quiero que conozca a Antonio para que le explique un poco cómo irá el desfile. Está algo nerviosa.

Jorge se giró y con una sonrisa en los labios la cogió cariñosamente por la cintura. Ella notó un escalofrío encantador por todo el cuerpo.

—No tienes por qué preocuparte, lo harás fenomenal —le dijo, con un suave tono de voz y mirándola a los ojos.

—Eso espero, todo esto es nuevo para mí, no sé lo que he de hacer, no sé nada.

A Teresa le costó un pequeño esfuerzo controlar su leve temblor de manos y las fluctuaciones de su voz.

—¿Qué ha dicho Esteban de todo esto? —preguntó Jorge aún sin soltarla.

—Está encantado. Creo que me ha visto feliz con la idea y eso para él es suficiente. —No se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Me alegro. ¡Antonio! —llamó, elevando la voz.

—Hola, Laura, qué alegría verte —saludó.

Jorge hizo las presentaciones.

—Antonio, ella es Teresa, es una de nuestras modelos de la línea de Navidad. Antonio es nuestro maestro de desfiles, es él quien te va a enseñar a moverte y a caminar sobre la pasarela junto al resto de tus compañeras. Cuando hayamos progresado lo suficiente, nuestro coreógrafo os dirá lo que tendréis que hacer la noche en que desfiláis.

—Muy bien —dijo Teresa con cierta timidez.

—Pasaré de vez en cuando para ver qué tal va, ¿de acuerdo?

Permaneció allí unos minutos a la espera de que Jorge diera a su subordinado unas cuantas referencias sobre la imagen que pretendía conseguir con el desfile. Le advirtió que no se trataba de modelos profesionales ni pretendía que lo fueran. Quería que el público apreciara un trabajo bien hecho pero no profesional, para que asumieran, de forma subliminal, que a cualquiera de las allí presentes le podía resultar cualquier vestido tan favorecedor como a la chica de la pasarela.

Teresa estaba fascinada. Le sorprendía sobremanera la capacidad de Jorge para atender aspectos tan variados a la vez y con tanta maestría. El trato respetuoso y afable con que se dirigía a cada uno

de sus subordinados no estaba acostumbrada a verlo con asiduidad. Normalmente, los directivos mantenían relación directa con los responsables de los distintos departamentos y estos eran los encargados de transmitir las órdenes a todos los demás y de hacer que se cumplieran. No era fácil apreciar un trato directo de la cúpula con la base empresarial. Jorge, sin embargo, era asequible a todo el personal de la empresa y establecía sus directrices de forma directa y sin intermediarios. Laura siempre había defendido la relación calidad-precio de la ropa de Solum's Cloths como la base fundamental del éxito de la cadena, pero no debía olvidar que la buena gestión y dirección de su dueño le permitía rodearse de un inestimable plantel de buenos profesionales que garantizaban la estabilidad de una empresa de la que se sentían orgullosos.

Volvió a pensar en aquella chiquilla que se enamora de su profesor de educación física y ya no le pareció una similitud tan acertada. Jorge Soler comenzaba a constituir para ella una auténtica fijación y lo más preocupante es que en muchos aspectos comenzaba a compararlo con Esteban, por lo que amenazaba con perder su catalogación de amor platónico para convertirse en un sentimiento vivo y real.

7.

Aún no sabía con certeza por qué había elegido ese viernes para desplazarse a casa de su abuela en busca de una tan ansiada como temida explicación de sus orígenes vitales. Tal vez había sido fruto del incontrolable impulso sentido durante la noche, cuando volvió a soñar una vez más con aquellos niños sucios hurgando entre la basura de su barrio natal. Las palabras pronunciadas por su abuela en una de sus últimas llamadas telefónicas aún seguían resonando en el cerebro asustado de Elena Calderón, que sentía el mal presagio de que existían detalles de la vida de su madre que aún le quedaban por conocer. Y auguraba que no debían de ser muy agradables a juzgar por el hecho de que le habían sido ocultados durante treinta años.

Intentó liberar su mente no divagando sobre lo que podría descubrir en las horas siguientes y encendió la radio del coche con la pretensión de escuchar música que le sirviera de distensión, pero fue un intento infructuoso. El fallecimiento de D. Juan de Borbón copaba la emisión en casi todas las frecuencias de radio que trataba de sintonizar mientras conducía, como si aquél fuera el único suceso acaecido en el país en las últimas horas. Desde que ocurriera el día anterior, había tenido ocasión de rememorar la vida al completo de la familia real, las dificultades sobrevenidas en el exilio y las controvertidas relaciones del padre del Rey con Francisco Franco y con su propio hijo. Una lección intensiva de historia ofrecida por todos los medios de comunicación en un sólo día. Sin embargo, a pesar de la gran trascendencia histórica del suceso, lo único importante para ella aquel dos de abril era desvelar su tortuoso pasado personal y familiar.

Faltaban apenas diez kilómetros para llegar a una bifurcación que la conduciría hasta la casita de campo de la abuela Mercedes, a través de un camino de tierra y piedras cuajado de baches que Elena había aprendido a sortear con extraordinaria habilidad a fuerza de circular por él.

Mercedes había sido una mujer de gran temperamento y con una dura vida a sus espaldas que contar, pero que prefería ocultar por ser enemiga acérrima de la compasión ajena, de la que opinaba que nunca servía para ayudar, sino para hundirte aún más en tus propias miserias. A sus setenta y cinco años conservaba una mente lúcida y particularmente sensata; tal vez como consecuencia del trabajo y esfuerzo constante a que la había estado sometiendo con el único fin de poder sobrevivir dignamente en un mundo de locos, como ella so-lía decir.

Pocos meses después de que Elena contrajera matrimonio, ésta la obsequió con una pequeña casita inmersa en una gran arboleda y cercana a Madrid, cumpliendo así uno de sus mayores anhelos: huir de la urbe contaminada y mísera que la había tenido atrapada en contra de su voluntad desde su más tierna juventud. Incontables días, al atardecer, solía sentarse en una vieja mecedora bajo el porche de madera y, observando el cielo enrojecido por la puesta de sol, imaginaba ser Katherine Hepburn en «El estanque dorado». Entonces sonreía feliz.

Elena tomó la última curva y enfiló los últimos metros del endiablado camino, observando a lo lejos el humo gris de la chimenea de leña que su abuela debía de tener encendida aquella fría mañana

de abril.

—¡Muy buenos días, mi niña! —saludó la abuela estrechándola en un fuerte abrazo.

—¿Cómo estás, abuela? —le preguntó Elena acariciándole el pelo con ternura.

—¡Con el frío metido en los huesos! Pasa, te daré una taza de chocolate y unos churros de los que te gustan.

—Engordaré, abuela —advirtió Elena.

—¡Patrañas! ¿Cómo están las cosas con Emilio?

—Bien —contestó sin convicción.

La abuela se le quedó mirando a los ojos durante breves segundos.

—No me engañes, niña, esa mirada triste me dice que no tan bien.

—Emilio no es lo que más me preocupa ahora, abuela. Tú sabes a lo que he venido y eso sí que me preocupa.

Mercedes terminó de servir las tazas de chocolate sin contestar, agarró la bandeja con los churros y el azúcar y tomó asiento en un sillón próximo al que ocupaba Elena. Suspiró profundamente y se limpió los lacrimales con un pañuelo bordado que aún guardaba como recuerdo de su hija.

—No debí decirte nada, Elena —acertó a decir.

—Pero lo hiciste y ahora necesito una explicación.

—Mi único objetivo desde que tú naciste ha sido cuidarte y protegerte —justificó la abuela— y eso me ha obligado a ocultar ciertas cosas que pensaba que podrían hacerte daño. Me habría gustado que tu madre hubiera estado aquí, para que yo pudiera hacer igual que todas las abuelas del mundo: malcriarte y dejar tu educación en manos de ella. —Mercedes hizo una pausa y tomó un poco de chocolate para suavizar el nudo de su garganta—. Pero ha llegado un momento en que esa protección no es compatible con el derecho a conocer tu propia vida, y con mi deber de no ocultar un suceso del que eres protagonista. Lo que deseo profundamente es que todo esto no te haga cambiar ni un ápice de lo que eres y de cómo eres.

—Eso es algo que no te puedo garantizar, abuela. Los sentimientos mandan y el cerebro no puede imponerse a ellos siempre que quiere —advirtió Elena.

—Pasé una vida muy difícil, mi niña. Ya sabes que a tu abuelo lo mataron poco antes de terminar la guerra civil, estando yo embarazada de tu madre. Si dura fue la guerra... lo que vino después fue aún peor. A duras penas pude criarla con el poco dinero que sacaba sirviendo en las casas de los señoritos ricos de Madrid. —Mercedes hablaba con la mirada perdida entre los dolorosos recuerdos—. Mi niña no tuvo más remedio que dejar sus estudios y ponerse a trabajar cuando tenía catorce años.

—Todo eso ya lo sé, abuela —susurró Elena con dulzura.

—Cuando tu madre tenía dieciocho años yo trabajaba en una de las mejores casas de Madrid. Me mataba ver cómo la explotaban durante todo el día haciendo faenas que nadie quería, así es que le pedí al señor de la casa que me ayudara a encontrar para ella un empleo más digno que aquél, sabiendo que tenía influencia y muy buenas amistades en la alta sociedad. En poco más de un mes me dio una carta de recomendación para que se presentara en el despacho financiero de tu padre, propiedad de tu abuelo en aquel momento. —Mercedes terminó de apurar su taza y se levantó para llevarla a la cocina como pretexto para hacer una pequeña pausa y tomar aliento—. Tu madre era una

preciosidad. Con un cuerpo bien formado rezumando juventud por todos los poros de su piel y una expresión inocente en su rostro se presentó en aquel despacho y dejó boquiabierto a tu padre cuando la vio —recordó como en una ensoñación y con un deje de pena en la voz.

—¿Allí fue donde se conocieron?

Mercedes asintió con la cabeza.

—Por entonces tu padre tenía casi treinta y cinco, quince años mayor que ella, y estaba casado con Magdalena Mengual. Para ti ese nombre no significa nada, pero la familia Mengual pertenecía a la alta burguesía de este país y estaban muy próximos a la familia Franco. El padre de Magda era un alto cargo en la administración del Generalísimo y su madre se contaba entre el círculo de amistades de Doña Carmen Polo. —Elena abrió los ojos sorprendida por aquella revelación. Siempre se preguntó de dónde habría sacado Magda su porte regio y sus rígidas costumbres, y ahí estaba la explicación—. Roberto, tu padre, se encaprichó de mi Merceditas, de su frescura, de su espontaneidad y por supuesto, de su atractiva juventud, opuesta por completo a su estirada y encorsetada esposa. —Elena sonrió. Sabía que su padre había estado enamorado de su madre—. Pero jamás pensó, ni por un instante, en la posibilidad de abandonar a su mujer. —A Elena le cambió el semblante. Aquella parte comenzaba a no coincidir con la versión original de los hechos. Mercedes le cogió las manos cariñosamente—. Dejar a su esposa no sólo implicaba renunciar a un enorme poderío económico sino también a un tremendo poder político. Y en tiempos de Franco, aquel poder era más importante incluso que disponer de las arcas llenas.

—Si no tenía intención de dejar a su mujer, ¿por qué mi madre consintió tener una relación con él? —preguntó con curiosidad.

—No consintió ella, la obligó él —sentenció Mercedes. Elena sintió que se le revolvía el estómago. Miró a su abuela fijamente y le apretó las manos temiendo que siguiera adelante—. No tuve conocimiento de aquello hasta que fue tarde, bien lo sabe Dios —se justificó Mercedes con los ojos vidriosos—. Él la estuvo acosando continuamente, haciéndole todo tipo de proposiciones deshonestas bajo la amenaza de echarla a la calle sin ninguna contemplación y ella, considerando nuestra precaria situación económica y la dificultad que tenían las mujeres para encontrar trabajo en esa época, lo siguió aguantando y esquivando mientras pudo. Ella lloraba muchas noches cuando creía que yo dormía, pero nunca quiso revelarme nada. Hasta que un día la oí llorar con más fuerza que de costumbre y le dije que no saldría de aquel cuarto hasta que me dijera la verdad. —Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas y se detuvo para beber un poco de agua. Elena estaba bloqueada, no podía articular palabra, no podía consolarla. Sentía en su cuerpo una mezcla de pena, dolor y rabia que no sabía cómo encajar—. La había violado. Esa bestia inmundada había esperado hasta que el despacho quedó vacío y la entretuvo con la excusa de redactar una carta urgente que debía enviar. Comenzó insinuándose como de costumbre, pero al ver que ella no accedía empezó a ofuscarse y terminó abusando de ella en su propio despacho.

—¿Mi padre violó a mi madre? —preguntó Elena para cerciorarse de lo que acababa de oír.

Mercedes asintió con el rostro empapado en lágrimas y Elena, turbada, se levantó a abrir la ventana para aspirar algo de oxígeno. Se estaba ahogando.

—Y yo soy el resultado de aquello...—afirmó con el corazón roto.

—Él quiso que abortara. Tu madre siguió acudiendo al trabajo como si nada hubiera pasado. En aquellos tiempos, la deshonra era para la mujer, todos pensarían que ella lo había provocado o seducido y que él, como hombre que era, habría sentido la necesidad de desahogarse sin más.

—¡Maldito bastardo! —exclamó Elena.

—Le ofreció llevarla a Londres para practicarle un aborto, diciéndole que eso la ayudaría a lavar su honra, pero ella se mantuvo firme en su decisión de seguir adelante. Bastante desgracia había tenido ya como para ensuciar además su conciencia con el asesinato de una inocente. —Elena volvió a sentarse con lentitud, sin poder despegar los ojos del rostro cansado de la abuela Mercedes—. La despidió del trabajo, por supuesto. Pero no se limitó a eso. Hizo todas las llamadas telefónicas que consideró oportunas para evitar que pudiera encontrar un trabajo decente en Madrid. Yo siempre estuve ahí, trabajaba en lo que podía y todo el tiempo que hacía falta para poder mantenernos las tres; pero ella, angustiada por una situación de la que siempre se creyó responsable, cogió un día su maleta y decidió buscar trabajo en las ciudades próximas a la capital. —Elena notaba el pulso martilleando sus sienes y una opresiva angustia que no sabía cómo canalizar. Dudaba entre llorar, gritar o golpear lo que hallara más próximo a ella para desprenderse de una impotencia que le estaba corroyendo el alma—. El autocar en el que viajaba camino de Ciudad Real se salió de la carretera en una curva sin señalizar. Nunca he comprendido qué mal pudo haber hecho para que Dios la castigara de esa forma.

Elena tomó las manos de su abuela entre las suyas y las besó. «¿Y tú?» —pensó— «¿Qué mal hiciste tú para seguir pagándolo aún?».

—Me dejó su mejor tesoro en propiedad, a su pequeña de cuatro años, con su misma cara, con su mismo pelo... —recordó paseando una mano por la cabeza de Elena—. Hice cuanto pude durante un año, pero comencé a pensar hasta qué punto era justo que vivieras con tantas carencias cuando podías tenerlo todo. Y por qué no estaba él obligado a asumir la responsabilidad de lo que hizo. Mi mayor temor cuando decidí llevarte a esa casa era que pudieras crecer sin afecto y sin amor en el seno de esa familia, por eso opté por callar los aspectos más amargos de toda esta historia, para pintarla de un ligero tono rosa que te hiciera mirar a tu padre con un sentimiento de afectividad que él, sin duda, acabaría correspondiendo.

—¿Cómo pudiste pasar tantos años con esto dentro? —le preguntó Elena con compasión.

—Debía esperar a que tuvieras la suficiente madurez para afrontarlo. Y aun así no estoy segura de haber hecho bien revelándotelo. Tal vez sólo sirva para envenenarte el alma, pero te juro que se me espesó la sangre cuando te oí compadecer a tu padre creyéndolo víctima de la situación. Las únicas víctimas hemos sido nosotras, Elena. Pero de eso ya ha pasado mucho tiempo y una aprende a vivir con el corazón encallado.

—¿Qué puedo hacer por ti, abuela?

—Llevas toda tu vida a mi lado, demostrándome tu apoyo y dándome tu amor. Es más de lo que puedo pedir. Aunque sí hay algo que quiero decirte, si me permites un nuevo consejo —contestó Mercedes.

—Por supuesto, eres mi guía, abuela.

—Cuida de Emilio. No tengo el gusto de conocerlo personalmente pero sé que es un buen hombre y viene del seno de una buena familia.

—Creo que ya no me fio de nadie. El dinero envilece.

—No te equivoques, Elena. A lo largo de mi vida he tenido la oportunidad de servir a muchas familias acomodadas y de buena posición social y puedo asegurarte que muchos de sus miembros, a pesar de su dinero, han sido gente íntegra y de buena moral. No pienses que una olla entera ha de

estar podrida por encontrar algunos garbanzos negros. ¿Recuerdas el barrio en el que vivíamos?

—Casi todas las noches —contestó Elena en un lamento.

—Muchos de aquellos sucios descamisados comían a diario a costa de robar en los pocos comercios que aún podían mantenerse abiertos, otros muchos trabajaban de sol a sol en lo que surgía para poder disponer del mismo plato de lentejas que se habían comido sus vecinos. Todos no eran ladrones, Elena, a pesar de estar hundidos en la misma miseria.

—Debo irme, abuela —dijo con voz contenida—. Vendré a verte pronto.

—Cuidate, mi niña. Y no te dejes llevar por las emociones, pueden ser muy traicioneras.

—Lo haré —le aseguró para tranquilizarla.

Elena salió de la casa arrastrando las piernas, que parecían haberse convertido en plomo, y con una congoja en el pecho oprimiéndola hasta sentir dolor físico. Subió al coche dedicándole una última sonrisa y desapareció castigando la carrocería del vehículo a través de aquel pedregoso camino como nunca antes lo había hecho.

Luis Bermúdez llegó a los laboratorios Martí al filo del mediodía, aparcó su vehículo en el subterráneo de las instalaciones y cogió un negro maletín de piel, regalo de Elena Calderón, que contenía toda la documentación necesaria para su próxima reunión.

Luis había pasado a formar parte de la empresa hacía unos seis años. Terminó sus estudios en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense de Madrid con un expediente académico digno de mención, habiendo participado en numerosos estudios de investigación patrocinados por la propia Universidad, lo que le facilitó su incorporación al mercado laboral incluso antes de finalizar sus estudios. Tras dos años de prácticas en un laboratorio agroalimentario dio el salto a los afamados laboratorios de la familia Martí, por cuya actividad farmacéutica y sanitaria sentía mayor interés.

Su currículum académico, su docta inteligencia y su capacidad innovadora para dirigir nuevas líneas de investigación habían contribuido a un vertiginoso ascenso que lo había llevado a ser uno de los principales colaboradores de Emilio Martí. Su cuerpo atractivo, su dulce y encantador carácter y su origen humilde le sirvieron para llegar a convertirse en el perfecto amante de Elena Calderón. Se puede decir que Luis Bermúdez era un digno servidor de ambos miembros del matrimonio.

En escasos minutos, alcanzó la tercera planta y se dirigió a la Sala de Juntas donde había sido citado por Emilio junto a algunos otros miembros del Consejo de Administración. Se disponía a saludar a su jefe cuando su teléfono comenzó a sonar. Luis, al ver el nombre de Elena estampado en el visor del móvil, se mostró violentado y dubitativo, sin saber bien cómo debía reaccionar.

—Atiéndelo —dijo Emilio—, aún falta alguno por llegar.

—Disculpa —dijo Luis saliendo de la sala con discreción—. ¿Sí? —contestó escuetamente sin atreverse a mencionar su nombre.

—Luis, necesito verte —dijo Elena con voz llorosa.

—Ahora no puedo, tengo una reunión dentro de cinco minutos.

—¡Me importa un carajo esa reunión! —exclamó Elena con desesperación.

—La convoca Emilio, estoy con él. ¿Dónde estás tú?

—En una gasolinera próxima a la M-30. Vengo de hablar con mi abuela, estoy destrozada Luis — dijo Elena más pausada.

—Te comprendo, pero ahora me resulta imposible, la reunión es urgente. No creo que dure mucho tiempo pero no sé si Emilio me seguirá reclamando cuando termine. Te llamaré en cuanto pueda, tranquilízate.

—Iré a buscarte si no lo haces.

—No seas boba, no puedes hacer eso y tú lo sabes. Te llamaré.

Luis volvió a la sala donde el resto de asistentes lo esperaban cotejando la carpeta de documentos que habían encontrado sobre la mesa.

—Perdonad —se disculpó—. Mi madre... Ya sabéis cómo se ponen los mayores, creen que estamos disponibles a cualquier hora.

Emilio no contestó. Se limitó a extenderle el dossier con la información de que debía disponer y que ya estaban ojeando los demás.

—Bien. Esta reunión tiene carácter urgente por la rapidez con que debemos adoptar una decisión. No hay tiempo para que cada uno de vosotros la estudie con tranquilidad, necesito que lo analicéis ahora conforme a la documentación que os he entregado y que emitáis vuestro voto a favor o en contra. Partiendo de ahí, yo seré quien tome la última decisión.

Todos asintieron con la cabeza sin saber exactamente de lo que hablaba, a excepción de Luis, a quien Emilio había puesto ligeramente en antecedentes cuando lo convocó a la reunión.

—El Centro de estudios del Polimorfismo Humano de París ha hecho público el primer mapa físico del 90% del genoma humano —anunció Emilio.

—¡Joder, con los franceses! —exclamó Luis.

—Hace unos meses este mismo Consejo tomó la decisión de firmar un acuerdo de colaboración con los laboratorios de Houston para el desarrollo y la investigación de técnicas de manipulación genética en determinadas enfermedades que en la actualidad siguen sin un posible tratamiento farmacológico. Desde entonces, nuestra filial en Estados Unidos ha iniciado tres líneas de investigación de la mano de nuestros colaboradores.

—¿En qué nos afecta lo publicado por el Centro de París? —preguntó uno de los miembros del departamento financiero.

—A nuestros socios americanos les encanta ser pioneros en todo, y más en lo que concierne a investigación. Les ha fastidiado muchísimo que se les adelanten los franceses en una cuestión de tremenda relevancia científica. Nuestros colaboradores de Houston, que están dedicados a ello a pleno rendimiento, han decidido intensificar las investigaciones y acaban de proponer, con el voto a favor de todo su Consejo de Administración en pleno, elaborar el mapa genético de todas las poblaciones humanas estudiando a un total de quinientos grupos étnicos.

Emilio hizo una pausa para beber un poco de agua y dar tiempo a que todos los presentes pudieran ir asimilando la información.

—Sigo sin saber en qué nos afecta —apuntó de nuevo el mismo consejero.

—Nos han propuesto formar parte de ese equipo —anunció Emilio—. Pero en este caso, nuestra colaboración sería técnica, humana y por supuesto financiera. Debemos contestar en cuarenta y ocho horas.

—¿De qué inversión estamos hablando? —preguntó uno de los asesores económicos.

—Todos los datos y cifras están en el dossier que os he entregado. Que cada uno de vosotros estudie la parte que le afecta —dijo Emilio.

—¡Es una inversión descabellada! —contestó uno de los asesores—. Yo no puedo pronunciarme a favor o en contra sin hacer antes un estudio de rentabilidad.

—No hay tiempo para estudios —sentenció Emilio.

—Entonces que al menos alguien me explique las repercusiones positivas y directas que puede tener en las actividades que nosotros desarrollamos.

—Houston no nos facilitará la información obtenida en ese estudio a menos que colaboremos con ellos —aclaró Emilio—. Podría ser muy ventajoso para avanzar en las técnicas de manipulación genética que llevamos a cabo allí.

—No lo veo factible. El esfuerzo económico es muy alto para Martí —concluyó el asesor económico.

—Estoy de acuerdo con él —apuntó el responsable del departamento financiero.

—Luis, ¿le ves alguna proyección futura lo suficientemente positiva para nosotros como para aceptar? —preguntó Emilio.

—Por supuesto —respondió con contundencia—. El mapa físico del genoma determinará la secuencia exacta y «normal» —puntualizó— del conjunto de cromosomas de una célula humana. Esa información ya la tenemos, el 90% nos lo acaban de facilitar los franceses. El estudio de los genes de distintas poblaciones llevado a cabo con una muestra de seres humanos tan elevada nos puede permitir conocer además las alteraciones genéticas que con mayor frecuencia dan lugar a determinadas enfermedades. Tal vez Houston pretenda, únicamente, conocer las diferencias genéticas entre grupos étnicos, pero si nosotros tenemos un acceso directo a esa información y participamos activamente en el proyecto, podremos centrarnos en el estudio de las alteraciones y con qué frecuencia se producen en las distintas poblaciones. Eso no sólo constituye un avance para nuestros estudios de manipulación genética, también nos permitiría saber si merece la pena invertir nuestro esfuerzo y nuestro dinero en investigar la creación de fármacos efectivos para combatir los efectos provocados por dichas enfermedades, en función del grado de incidencia y de las poblaciones en que se producen.

—¿Estás hablando de crear fármacos para paliar los efectos de las «enfermedades raras»? —preguntó sorprendido el asesor económico—. Sabes que eso no es rentable.

—Si la incidencia de una enfermedad de este tipo es muy alta en una determinada población, o en un determinado país, ¿por qué su gobierno no habría de incluir su tratamiento en su sistema sanitario o conceder ayudas a los afectados para poderlo costear? —planteó Luis.

—Eso es interesante —reconoció Emilio.

—De cualquier forma, la competencia para tratar farmacológicamente las enfermedades comunes es bestial. Producir un fármaco eficaz para el tratamiento de una enfermedad de baja incidencia, y fabricarlo en exclusiva, podría llegar a ser incluso más rentable, ¿no te parece?

—El número de clientes que consumirían ese medicamento sería muy escaso. Eso elevaría su coste a niveles insostenibles económicamente —contestó el asesor financiero.

—Vuelvo a poner sobre la mesa la misma cuestión. Dado, precisamente, el escaso número de

afectados por esa supuesta enfermedad rara, ¿no podrían los gobiernos de países con sistemas sanitarios de calidad costear su tratamiento aunque el precio fuera alto? El reducido número de enfermos en cada país no dispararía su presupuesto sanitario, pero contabilizando los afectados a nivel mundial nos encontraríamos con una aceptable demanda de un producto que comercializaríamos en exclusiva.

Emilio le clavó la mirada con la mente disparada hacia nuevas proyecciones. Los miembros del Consejo permanecieron en silencio ante un planteamiento que no se atrevieron a tachar de descabellado.

—Has iniciado un debate que quiero retomar en un futuro próximo —dijo Emilio dirigiéndose a Luis—. Me ha parecido una sugerencia bastante interesante que habría que estudiar con más detenimiento, pero que deberíamos tener presente ahora para ayudarnos a decidir.

Miró su reloj y dio un ligero respingo en el sillón.

—Debo marcharme —anunció Emilio—. En la última hoja que os he entregado, redactad un pequeño informe especificando vuestra decisión, a favor o en contra, y una sucinta explicación que la avale. Las quiero encima de la mesa de mi despacho antes de las cinco de esta tarde. Os informaré de la decisión que yo he tomado a la vista de vuestras consideraciones y de la mía propia.

Emilio se levantó, recogió sus papeles y los metió en un maletín de piel negro que le había regalado Elena en su último cumpleaños. Luis lo miró perplejo y sonrió al comprobar que era idéntico al suyo. A la mujer de su vida le gustaba jugar, y cuanto más próxima al fuego... mejor.

8.

La fachada acristalada del Centro Comercial La Luna amparaba en su interior a un tumulto desbocado de clientes que se habían dado cita en él aquella tarde de sábado. La llegada repentina del calor proclamando el próximo periodo estival había propiciado que los escaparates de las firmas de alta costura lucieran atractivos modelos de exultante colorido, con tejidos ligeros y vaporosos combinados con pedrería y complementos de ensueño. Féminas estiradas recalaban en todas y cada una de ellas, buscando los más favorecedores atuendos con que lucir sus cuerpos esculpidos en muchos casos a golpe de bisturí y en otros tantos, a base de sofisticados tratamientos de belleza cuya eficacia nunca podía asegurarse que llegara a justificar su precio.

Olga y Linda salieron de una tienda de sandalias exclusivas con las manos perdidas entre un sinfín de bolsas. Querrían haberse detenido en la perfumería París, pero Elena las estaba esperando en un acogedor bar de copas para acompañarlas durante el resto de la velada.

—¡Qué tonta has sido al no venirte antes! —exclamó Linda mirando a Elena, que se encontraba sentada con pose relajada en un comfortable sillón bajo—. No sabes lo que te has perdido, hay verdaderas preciosidades. ¡Y hay un dependiente nuevo en Balenciaga...! —exclamó mirando al cielo—. He cogido los vestidos dos tallas más grandes para que viniera a ajustármelos al probador.

Tras arrancar una risotada común, Linda se arrellanó en uno de los sillones con la garganta reseca por la elevada potencia del aire acondicionado.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó Olga—. No sé lo que me apetece realmente.

—Tal vez sea temprano, pero el cuerpo me pide cerveza —contestó Linda.

—Yo prefiero una tónica —dijo Elena—, tengo algunos ardores.

—¿Te ocurre algo, Elena? —le preguntó Olga—. No tienes muy buen aspecto últimamente.

—Nada importante, todas pasamos por rachas bajas de vez en cuando. Emilio y yo no estamos en uno de nuestros mejores momentos, pero confío en que se arreglará —contestó, eludiendo dar excesivas explicaciones.

—Creo que éste no está siendo un buen año para nadie —agregó Linda—. Nosotros tampoco estamos en nuestro punto óptimo. Yo empiezo a obsesionarme con el embarazo y Javier está en baja forma emocional por razones de trabajo, así es que nos pasamos medio día dándole al tema —confesó acompañando la expresión con un gesto obsceno—. Entre que yo estoy deseando quedarme preñada y que a Javier cuando está deprimido le da por follar..., es uno detrás de otro. Mirad qué cara se me está quedando —dijo hundiendo los pómulos—, estoy por dejar el gimnasio.

—¿Qué le pasa a Javier? —preguntó Elena.

—La construcción ha dado un bajón tremendo en este año. Tienen problemas con proveedores y clientes porque la demanda ha disminuido bastante, muchos de los contratos de ejecución de obras

para este año se han quedado paralizados y algunos de ellos eran proyectos de envergadura —explicó Linda—. El mayor problema está en aquellos en los que se han iniciado las obras sin haber vendido previamente. Ahora tienen que seguir haciendo frente a los costes sin tener garantizada la inversión.

—Pero la empresa de tu suegro es fuerte, tiene suficiente solvencia para salvar la situación —afirmó Olga.

—La magnitud de las inversiones se hace en función de la magnitud de la empresa. Grandes empresas, grandes inversiones. Con lo cual, las repercusiones de una crisis de este tipo pueden ser tan catastróficas en ellas como en las pequeñas. Los adosados de Javier, en La Luna, son una pequeña inversión y sin embargo, tendrán que tomar medidas drásticas si no quieren perder un montón de dinero.

—A Pablo le he oído comentar ese tema en general, sin especificar de quién hablaba por aquello del secreto profesional, que cuando le interesa lo practica a raja tabla. El bufete está cargado de trabajo por la cantidad de empresas que están demandando asesoramiento legal ante los problemas económicos que ahora tienen que afrontar.

—Una de las cuestiones que preocupa a Javier son los gastos de personal. Tienen que reducirlos y están estudiando cómo.

—Tendrán que despedir a gente si es necesario —dijo Olga con frialdad.

—O contratar a inmigrantes —añadió Linda—. Están dispuestos a trabajar más horas por menos salario, incluso algunos de ellos se prestan a trabajar sin Seguridad Social.

Elena asistía a aquella conversación sin apenas intervenir. Últimamente escuchaba más que hablaba, siguiendo de nuevo el consejo de su abuela, que siempre le advertía que ésa era la forma más acertada de aprender.

—Odio a los inmigrantes —escupió Olga—, nos están invadiendo. Pero he de reconocer que al menos en estos casos resultan de utilidad.

—Creo que fue Pablo quien le recomendó una opción de este tipo a Javier —informó Linda.

—Anoche estuvimos en el cine, viendo «La Lista de Schindler». Sin llegar a desear un holocausto como aquél, Pablo sugirió en tono de broma que no vendría mal hacer una limpieza étnica así en España de vez en cuando. Creo que en el fondo hablaba más en serio de lo que quiso aparentar —advirtió Olga.

El silencio se hizo por unos segundos. Elena mostraba un semblante extraño. La expresión dibujada en su rostro no era reflejo de una emoción única, sino de una mezcla de odio, asco y repulsa enmascarada bajo el intento de simular naturalidad y aceptación por las opiniones que estaba escuchando.

—¿Quieres que nos marchemos, Elena? —le preguntó Linda—. Creo que no estás bien.

—Sí, tal vez sea lo mejor.

—¿Vendrás mañana a ver el desfile de Jorge? —le preguntó Olga.

—¡Tenemos que ver a Teresita! —la animó Linda—. Hoy he hablado con ella y está de los nervios. Tenían que ultimar algunos detalles, Laura también estaba allí.

—Sí, por supuesto que iré —dijo Elena aparentando normalidad—. Estoy sola, así es que no tendré prisa en volver. Emilio se ha marchado de nuevo a Estados Unidos, parece ser que han

aceptado participar en un proyecto de gran envergadura y se quedará allí un mes para dejarlo todo bien atado.

Omitió que Luis había viajado con él. Emilio quería supervisar el contrato e incluir la posibilidad de investigar las alteraciones cromosómicas que se pudieran hallar, tal y como había sugerido Luis.

—Nos veremos mañana, entonces —dijo Linda—. Cuidate.

Se despidió con un beso en la mejilla que a Elena le pareció de un cariño sincero.

—Gracias —le contestó Elena. Y entonces recordó las sabias palabras de su querida abuela: «No te dejes llevar por las emociones, pueden ser muy traicioneras».

Un gran panel publicitario hecho en tela ondeaba en la fachada del Centro de Exposiciones San Alberto Magno de Madrid, anunciando la Colección «Modelos de Noche de Solum's Cloths». Eran las once de la mañana y ya había un tránsito continuo de gente dispar y variopinta a las puertas del mismo y en la propia recepción, esperando ver un desfile que había generado una gran expectación. Aunque una parte del público asistiría al evento por invitación directa de la organización, la mayor parte de él había podido adquirir sus entradas como regalo por las compras efectuadas en diferentes establecimientos, premiando de esta forma su fidelidad como clientes. El matiz de popularidad que caracterizaba al desfile era un aspecto más de la exitosa estrategia de marketing ideada para promocionar la colección, por hacer partícipes directas y testigos de excepción a quienes estaban llamadas a ser clientas potenciales de tales modelos.

Las chicas entraron en la sala donde tendría lugar el desfile. La austera decoración propia de las exposiciones habituales de pintura y escultura que solían desarrollarse en aquel escenario se había transformado de manera espectacular. Los carteles e iconos dedicados a la moda vestían las paredes y adornaban los rincones de la estancia, iluminados por miles de vatios de luz y acompañados por una sugerente música ambiental que ayudaría a las modelos a marcar el paso en un perfecto compás. Las sillas enfundadas en tela beige, dispuestas alrededor del escenario y la pasarela, portaban sobre el asiento el folleto explicativo de todos y cada uno de los conjuntos seleccionados.

Buscaron la ubicación que les había sido asignada en primera fila, muy próximas al escenario, un lugar privilegiado que su amiga Laura había tenido la deferencia de reservar.

Teresa estaba en un amplio camerino habilitado para vestido y maquillaje, inmersa en una vorágine de locura. Estilistas, maquilladoras, costureras, planchadoras..., todas a un mismo tiempo intentando hacer su trabajo de forma rápida y eficaz, y en el ojo del huracán, las modelos, que como auténticas marionetas se dejaban llevar y traer, poner y quitar, por completo a merced de los profesionales del desfile. Jorge Soler no perdía detalle de todo cuanto acontecía, supervisando a cada una de ellas hasta el último detalle y dando órdenes estrictas de rectificar todo aquello que no resultara de su agrado. Teresa, con los nervios a flor de piel, se sentía en el fondo protegida por la vigilancia constante que Jorge hacía de ella y las continuas sonrisas tranquilizadoras que le dedicaba cada vez que podía. Cuando estuvo vestida, peinada y maquillada, Jorge se acercó a ella para observar el resultado en su conjunto. La miró de arriba abajo con detenimiento, la giró tomándola por la cintura para ver cómo quedaba el vestido por la espalda, observó el recogido que llevaba en el pelo y la volvió a girar asíéndola de la mano totalmente concentrado en su trabajo. Teresa no podía desclavar sus ojos de él, analizando cada centímetro de un rostro que en ese momento tenía sumamente cerca. Jorge la sujetó por la barbilla elevando su cabeza y observó su maquillaje.

Finalmente la miró a los ojos y le dedicó lo que a ella le pareció la sonrisa más deliciosa del mundo.

—¡Estás espectacular! —dijo en un susurro—. Si mueves ese cuerpo como lo has hecho en los ensayos, vas a despertar pasiones.

Teresa quedó extasiada con sus palabras y con el tono de su voz. Jorge le llevaba más de diez años, la consideraba una amiga y sus comentarios de halago formaban parte de su repertorio dialéctico profesional. Pero a Teresa le resonaron en sus oídos como si hubiera sido una verdadera declaración de amor, aunque la pizca de raciocinio que le quedaba se empeñara en contradecirla.

—¡Está bien, chicas, escuchadme! —exclamó Jorge, reclamando atención—. El desfile dará comienzo dentro de diez minutos, sabéis perfectamente el orden en que debéis salir. Antonio os irá indicando el momento exacto de saltar al escenario. Recorred esa pasarela como si estuvierais dispuestas a comeros el mundo —dijo señalando el acceso a la sala—, la imagen de divas que vosotras proyectéis será la que crean para sí mismas todas esas mujeres que están sentadas ahí fuera esperando el momento de ir a nuestras tiendas para comprar su vestido favorito.

Todas comenzaron a revolverse inquietas ante el nerviosismo y la incertidumbre de cómo resultaría su primer debut. Ninguna de ellas había tenido anteriormente la oportunidad de vivir una experiencia parecida.

—En cuanto terminéis de hacer el pase, abandonad el escenario con tranquilidad y venid aquí después con toda rapidez para cambiar de vestido —concretó—. ¡Suerte y pasadlo bien!

El volumen de la música se elevó, prendieron los focos de colores orientados hacia el escenario y un cañón de luz iluminó el centro del mismo para dar la bienvenida a Jorge Soler, que debía hacer la presentación oficial del desfile.

Esteban se hizo paso a través de las butacas sumidas en la semioscuridad y tomó asiento en la silla que tenía reservada junto a Linda.

—Creí que no me daba tiempo a llegar —dijo con la voz entrecortada.

—No sabía que vendrías —contestó Linda en voz baja.

—No me lo perdería por nada del mundo, es muy importante para ella, hacía tiempo que no la veía tan feliz.

Linda sonrió sin decir nada. Sus pensamientos perversos se dispararon ante tal comentario, pero obviamente optó por callar.

Al término del desfile y como celebración del éxito augurado, un catering fue servido en el jardín de la casa de los Soler. Entre los invitados se contaban sus amigos habituales, las modelos que habían participado en el desfile y todos los demás colaboradores, y la prensa especializada en moda a nivel nacional. La organización había corrido de la mano de Laura con una maestría exquisita.

Las protagonistas del evento reservaron su aparición hasta el momento posterior a la llegada de los invitados, vestidas aún con el último conjunto con el que habían desfilado, posando de forma desenfadada junto a la alargada piscina de agua salada que Jorge Soler había hecho instalar en un lateral del porche que rodeaba a una vivienda digna de admiración. Y entre ellas, Teresa, pletórica y radiante de felicidad, sintiéndose reina por un día, como en el mejor de los cuentos infantiles.

9.

No había sido necesario que Jorge Soler llegara a interponer una demanda contra su ex mujer en relación con la custodia de su hijo Alberto. Pablo Ferrer había llegado a un acuerdo con el abogado de la parte contraria para que de forma amistosa pudieran sortear los problemas que suponía el inminente desplazamiento de Amparo a Estados Unidos. Por un momento, habían conseguido dejar al margen sus diferencias como ex pareja y velar, íntegra y exclusivamente, por el bienestar del pequeño. Laura no sabía ciertamente si los mecanismos empleados por Pablo habían sido por completo legales o había echado mano de algunas de sus habituales argucias para casos difíciles, porque era de extrañar que Amparo hubiera cedido con tanta facilidad siendo una defensora a ultranza de los derechos maternos sobre los paternos, a menos que en el fondo hubiera asumido que llevar al niño a vivir con ella en tales circunstancias iba a suponerle una auténtica complicación.

Las obligaciones profesionales de Jorge le habían impedido darle personalmente a Pablo los documentos firmados del acuerdo de custodia, por lo que Laura, a instancias de su marido, se había prestado a llevárselos aceptando la invitación de Olga de tomar un café y un baño en la piscina exterior. Alberto la acompañaba, tal y como era de esperar.

—¿Amparo ya se ha marchado? —preguntó Olga sentada en una de las hamacas de la piscina.

—Se fue hace unos quince días, adelantaron un poco el viaje porque había ciertos problemas que resolver allí —contestó Laura—. En el acuerdo se decía que Alberto pasaría este año las vacaciones al completo con su madre y vendría a vivir con nosotros a mediados de septiembre, pero al final no ha sido así.

—Y te ha fastidiado tus planes... —auguró Olga con perspicacia.

—El último trimestre de trabajo nos ha absorbido mucho tiempo. Apenas nos hemos visto y casi ni hemos podido hablar. Habíamos pensado dar una escapada a alguna isla perdida, un par de semanas los dos solos, sin teléfonos ni interrupciones. Pero Alberto no entraba en los planes, claro —lamentó con resignación.

—La verdad es que viajar con niños no es viajar. Se te pasan las vacaciones entreteniéndolos todo el tiempo sin poder dedicarte a lo que realmente te gusta.

—Si quisiéramos hacer turismo tal vez podríamos llevarlo sin excesivos problemas, pero lo que pretendíamos, al menos yo, era estar a solas dedicándonos un tiempo del que normalmente no disponemos. Y ahí sobra todo el mundo.

—¿Y qué opina Jorge?

—Él está encantado de que Alberto ya esté con nosotros. Jorge es feliz con encontrarnos en casa cuando llega de trabajar. Vernos unos minutos y saber que estamos ahí le resulta suficiente, tal vez porque es un adicto a su trabajo y realmente disfruta con él; no le pesa el número de horas que le dedica.

—¿No decías que le encantaba pasar el tiempo jugando con el niño? —preguntó Olga provocando su reacción.

—Es muy diferente recibir la visita de los niños en días determinados que tenerlos en casa durante todo el tiempo. Jorge incluía la visita de Alberto en su agenda como una obligación más a la que debía atender. Se preocupaba de no programar ninguna otra tarea coincidente para poder dedicarse al niño en exclusiva. Los dos disfrutaban muchísimo, sobre todo el crío, que se había formado una imagen de su padre excepcional porque siempre que estaba con él acaparaba su atención por completo, creyendo que sería así las veinticuatro horas del día. Alberto ha llegado a decir que quería más a Jorge que a su madre, a pesar de que ella ha estado ocupándose de él a pleno rendimiento. Pero claro, ella compartiría la dedicación al niño con el resto de sus obligaciones habituales, como es lógico, y eso le impediría prestarle toda la atención que él demandaba. Ahora que está con nosotros de forma permanente, Jorge tiene que seguir ocupándose de sus compromisos laborales y personales, por lo que ya ha empezado a darle al niño más de una negativa a sus sugerencias, cosa a la que él no estaba acostumbrado.

—El endiosamiento paterno se le va a romper en pedazos —apuntó Olga.

—Me temo que sí. Y mientras tanto, en sustitución de las horas que su padre no le dedica, aquí estoy yo, quitándole tiempo a mi tiempo —dijo enfatizando el posesivo— para compensar su falta de atención. Por lo pronto, ya tenemos entretenimiento para esta noche. Su padre le prometió acompañarlo a ver *Jurassic Park*; cuando me llamó para pedirme que le trajera a Pablo esos papeles me avisó de que llegaría tarde a casa y que no podría llevar a Alberto al cine. Por supuesto, me preguntó si me importaría llevarlo yo —dijo con el gesto contrariado.

—Cuando comience el colegio volverás a disponer de bastante más tiempo —la animó Olga—. De todas formas, yo me preocuparía de contratar a alguien que se ocupe de él. Es injusto que tengas que renunciar a ti misma para dedicarte a algo que tú no has buscado —dijo mirando a Alberto, que nadaba entretenidamente en la piscina.

—Ese es otro problema. Una de las condiciones de Amparo que Jorge ha aceptado es mantener a Alberto en su colegio habitual. Han decidido someterlo a cambios mínimos y eso implica evitarle un traslado de centro. No hay autocar que haga esa ruta, así es que tendré que desplazarme todos los días hasta allí para llevarlo y recogerlo. ¡Imagina que pérdida de tiempo!

—Si Jorge lo ha dispuesto así, entonces que lo lleve él y si no que busque quien lo haga —dijo Olga con intransigencia—. Yo si fuera tú, contrataría un chófer.

—Ese será el motivo de la próxima disputa que tengamos. Ya van unas cuantas desde que él llegó —confesó, señalando al niño con la cabeza—. Sinceramente, espero que el trabajo de Amparo no dure tanto como está previsto. Yo no estaba preparada ni mentalizada para ocuparme de un niño de forma tan repentina. Al menos, cuando una se queda embarazada tiene nueve meses para hacerse a la idea y cambiar progresivamente el ritmo de vida.

Un fuerte golpe sonó repentinamente en el interior de la casa. Laura y Olga dieron un respingo en sus asientos y miraron de inmediato hacia la vivienda intentando averiguar lo que había podido ocurrir. Olga se levantó y salió corriendo hacia el interior al oír los quejidos de María. Laura sacó a Alberto del agua por si necesitaba su ayuda.

Cuando Olga entró en casa a través de la puerta de la cocina encontró a María tirada en el suelo con la frente y la parte superior de la cabeza sangrando. Había cristales en el suelo, la puerta de una de las vitrinas de los muebles bajos de cocina estaba rota. Olga se alarmó considerablemente.

—¿Qué ha ocurrido, María?! ¿Está bien?! —preguntó con voz sobresaltada.

María no acertaba a decir nada, sólo emitía ligeros quejidos llevándose las manos a la cabeza. Olga miró a su alrededor deseando saber qué demonios había podido pasar. Había aceite en el suelo y las huellas de las zapatillas de la asistenta estaban repartidas por toda la cocina. Era posible que se hubiera escurrido y hubiera caído al suelo golpeándose la cabeza contra el cristal de la vitrina.

Laura apareció en la puerta de la cocina de la mano de Alberto.

—¡Dios mío! —exclamó al ver la sangre en el suelo y en el rostro de María—. Llama a una ambulancia, Olga, está sangrando.

Olga se quedó por un momento bloqueada sin saber qué hacer. Intentaba reanimar a María y comprobar que estaba bien, sin atreverse a tomar ninguna otra decisión.

—Por el amor de Dios —seguía diciendo Laura con preocupación—, llama a una ambulancia o lo hago yo, esta mujer está perdiendo sangre.

Olga no sabía cómo reaccionar. Sacó un trapo de cocina de uno de los cajones para limpiar la cara de María y colocárselo en la frente y, acto seguido, cogió el auricular del teléfono.

—Llamaré a Pablo.

—Pero, ¿qué puede hacer Pablo? —cuestionó—. ¡Necesita un médico!

Olga marcó con torpeza el número de teléfono de Pablo e insistió en una llamada que no parecía dispuesto a atender.

—¡Contesta ya, maldita sea! —vociferó alarmada—. Pablo, María ha tenido un accidente —acertó a decir sin esperar saludo alguno—. Se ha escurrido en la cocina y ha roto el cristal de la vitrina con la cabeza, está sangrando.

Laura la observaba atónita. No podía comprender el grado de dependencia de Olga hacia su marido y su lamentable incapacidad para tomar decisiones incluso en casos de extrema urgencia.

—¿Has hablado con alguien? —preguntó Pablo impasible.

—No. Laura me ha dicho que llame a una ambulancia pero aún no lo he hecho. No sé dónde debo llamar.

—Quítale el uniforme y ponle ropa de calle, pero no la muevas demasiado. Llamaré a la Clínica El Azahar y hablaré con Pedro para que envíen una ambulancia. Si te preguntan los de urgencias, les dices que estaba en casa de visita, ni se te ocurra mencionar que trabaja para nosotros, ¿me has entendido? —preguntó Pablo masticando las palabras.

—Pero El Azahar es privado, tendremos que pagar la factura...

—Haz lo que te he dicho Olga, ¿entendido? —volvió a repetir Pablo con tranquilidad.

—Entendido —repitió ella.

—Laura, por favor, ayúdame a cambiarla de ropa. Pablo ha llamado a una ambulancia, estará aquí en poco tiempo —dijo ensimismada.

—¿A cambiarla de ropa? —preguntó incrédula—. ¿Para qué? No deberíamos moverla, no sabemos si tiene cristales en la cabeza.

—No lo entiendes —susurró Olga sin mirarla—. No está asegurada. Es una inmigrante ilegal, no tiene permiso de trabajo, ni siquiera sé si tiene derecho a asistencia sanitaria, pero aunque lo tenga no podemos decir que está trabajando aquí, podemos tener problemas.

Laura no daba crédito a sus oídos. ¿Cómo era posible que Pablo fuera tan ruin, inhumano y despreciable?!

—¿No te parece que está justificado pagar la multa correspondiente a cambio de preservar su integridad física? —acusó Laura.

—Una vez le escuché a Pablo decir que si algo grave llegara a ocurrir, incluso podríamos tener problemas penales. No sé si estaba exagerando, pero no estoy dispuesta a arriesgarme a eso —dijo mirando a Laura con acritud.

Olga se dirigió con rapidez al dormitorio de María en busca de una falda y una camisa que pudiera ponerse con relativa facilidad, y a pesar de su bloqueo mental, acertó a mancharla previamente de sangre para evitar preguntas molestas. Laura no se movió, no estaba dispuesta a colaborar en una hazaña tan deleznable. Por un momento hizo intención de marcharse y evitar que Alberto fuera partícipe del triste espectáculo, pero en su fuero interno necesitaba conocer de primera mano hasta dónde eran capaces de llevar la situación. Lo que estaba presenciando incrementaba la terrible aversión que ya sentía hacia Pablo Ferrer y contribuía a justificar, aún más, la justicia que había decidido impartir personalmente.

Olga, con una fortaleza atípica en su frágil carácter, terminó de abotonar la camisa de María con pulso firme y cogiendo una de sus manos clavó la mirada en sus ojos lánguidos y parcialmente abiertos.

—María, escúcheme atentamente —advirtió con gravedad en la voz—. ¿Puede oírme bien? Apriéteme la mano si así es.

María movió ligeramente su mano en un vano intento de emplear una fuerza que había perdido, pero suficiente como para que Olga supiera que la estaba escuchando.

—Cuando llegue la ambulancia déjeme hablar a mí, usted no diga nada, ¿me ha entendido? —preguntó con voz clara y pausada. María agitó los dedos de su mano con suma dificultad—. Vamos a llevarla a la clínica y la vamos a curar. Haremos lo que sea necesario para que se recupere, pero usted no puede decir que está trabajando aquí, ¿me ha comprendido? —Olga masticó las palabras para que pudiera comprenderlo todo con claridad—. Usted ha venido a verme y ha resbalado en la cocina.

Laura notó un incipiente mareo. Era en extremo humillante el trato de Olga hacia su empleada. Oyó la sirena de la ambulancia aproximarse a la entrada de la casa y salió al exterior para indicarles el acceso y tomar un poco de aire, que a pesar de su calidez, le pareció menos viciado que el del interior.

Los camilleros entraron a toda prisa hasta la cocina, seguidos por dos sanitarios, una médica y una enfermera. Olga comenzó a mover las manos incesantemente con gesto nervioso.

—Estábamos charlando en la cocina y ha resbalado con el aceite que había en el suelo —comenzó a explicar con torpeza—. Ha roto el cristal de la vitrina de un golpe con la cabeza.

Los sanitarios comenzaron a inmovilizar el cuello y la cabeza de María con un silencio sepulcral, después de comprobar sus constantes vitales y su estado físico en general.

—Póngase en contacto con sus familiares y dígales que nos la llevamos para El Azahar —dijo la enfermera.

—De acuerdo —contestó Olga—. ¿Puedo acompañarla? Soy amiga suya —dijo intencionadamente.

—Por supuesto —contestó la doctora—, pero antes facilíteme un poco de agua y jabón, el olor a pescado que impregna sus manos puede resultar bastante desagradable. —Olga permaneció unos segundos mirándola fijamente con una súbita palidez en el rostro—. No es necesario que diga nada —apostilló la doctora arrodillada aún en el suelo—, no lo estropee. Pedro ya me ha puesto en antecedentes.

Olga respiró con cierta tranquilidad. Pedro era el director de la Clínica El Azahar y Pablo debía de haber hablado directamente con él para tratar el asunto. Gracias a su intervención, era probable que se evitaran preguntas comprometidas y la aplicación del protocolo establecido para los casos de accidente laboral. La doctora lavó con habilidad y rapidez las manos de María y se dispusieron a salir por el porche delantero donde estaba estacionada la ambulancia.

—Quiero que sepa que me limito a acatar las órdenes del director porque él ha asumido personalmente la responsabilidad en este caso —dijo la doctora de forma seca y directa—. Las dos sabemos perfectamente la relación que existe entre esa señora y usted. Voy a evitar mencionar los calificativos que a mi juicio merece su actitud, pero no cuente conmigo para nada que no sea una actuación estrictamente profesional; diríjase a Pedro.

La doctora dio media vuelta y no esperó respuesta alguna por parte de Olga, que no habría sabido qué decir aunque le hubiera brindado esa oportunidad.

Laura recogió la ropa de Alberto y fue en busca de su automóvil para salir cuanto antes de allí. Olga subió a la parte trasera de la ambulancia y se sentó junto a María, por quien sintió lástima por primera vez. La enfermera le había dicho que llamara a su familia, pero la única que tenía estaba a miles de kilómetros de distancia.

10.

El *Body Center* de La Luna era considerado como uno de los más emblemáticos centros de belleza de Madrid por su avanzada tecnología y por la aplicación de los tratamientos faciales y corporales más innovadores. Sus instalaciones ensalzaban el culto a la imagen hasta la saciedad, con perfectos bustos engalanando los rincones y multitud de fotografías de cuerpos esculturales y rostros angelicales exhibidos como si fueran, exclusivamente, resultado de la química del laboratorio o de las pequeñas intervenciones quirúrgicas de sus profesionales, pretendiendo obviar la magna experiencia del fotógrafo de turno que habría hecho uso, sin duda alguna, de las herramientas informáticas precisas para contribuir a la consecución de tan magníficas efigies. Sus clientes, en su mayoría mujeres aunque con el colectivo masculino *in crescendo*, mantenían hasta la obsesión una pugna continua por descontar años a su apariencia física.

Con el verano tocando a su fin, la afluencia al centro era masiva. Los excesos gastronómicos propios de la época estival se dejaban notar en las zonas más vulnerables del cuerpo, y cualquier tratamiento al respecto era más rápido y liviano que el uso de la abstinencia y la fuerza de voluntad.

Las chicas se habían decantado por un pack intensivo que incluía la aplicación de una mascarilla facial hidratante y un tratamiento corporal a base de barro y algas para restaurar la tersura y elasticidad perdida bajo las nocivas horas de sol. Tras un breve recorrido por la recién inaugurada zona *spa*, decidieron hacer una pausada inmersión en un espectacular jacuzzi con vistas a la sierra madrileña.

—Parece mentira que apenas use el jacuzzi de casa y en cambio me apetezca tanto estar aquí — exclamó Linda sumergiéndose hasta el cuello.

—En casa estás sola y aquí te acompañan tus maravillosas amigas, ésa es la diferencia —apuntó Olga sonriendo.

—A excepción de su amado esposo, que apuesto a que lo ha compartido con ella en más de una ocasión —dijo Elena con mirada pícara.

—¡Ahhhh! —exclamó Linda elevando la vista al cielo—. ¡Esas burbujas resbalándote por todo el cuerpo..., absolutamente por todo el cuerpo...! ¿Me vais a decir que no lo habéis probado? —preguntó incrédula mirando a sus compañeras.

—¿Tú crees que con un niño permanentemente en casa podemos tener relaciones de ese tipo? —preguntó Laura con resignación.

—Cuando se vaya a dormir... —sugirió Olga.

—¡Es sonámbulo! ¡Ese maldito niño es sonámbulo! Hace un par de noches me dio un susto de muerte —exclamó Laura—. Volvía de la cocina y lo encontré caminando a oscuras por el pasillo. El médico dice que padece estrés como consecuencia de la marcha de su madre, y ahora Jorge, para que el niño se tranquilice, se mete en la cama con él a leerle un libro hasta que se duerme, ¿os lo podéis

crear?

—Bueno, eso tampoco es tan malo —justificó Teresa.

—No, si no fuera porque más de una noche él también acaba dormido. Jamás pensé que el niño pudiera acaparar tanto de nuestro tiempo libre.

—¿Y aun así te planteas tener otro? —preguntó Elena.

—Al menos ése sería mío —respondió con frialdad.

—¿Y tus vacaciones? Querías irte a solas con Jorge, ¿no? —recordó Olga.

—¡Ni me hables! —exclamó—. Jorge organizó un viaje de dos semanas a Lanzarote, y para poder relajarnos sin que el niño incordiará invitó a unos amigos que tienen un crío de la misma edad. Lo que él no podía suponer es que ambos eran completamente incompatibles, no tenían ni una sola afición en común. Y yo, con la madre del niño, aún menos. Los que sí llegaron a compenetrarse a la perfección, como era de suponer, fueron Jorge y su amigo. Así es que él ha pasado unas vacaciones formidables, pero yo he vuelto peor de lo que me fui.

—Entonces igual que yo, bonita —se lamentó Linda—. Javier quiso sorprenderme con unas vacaciones entrañables y reservó tres semanas en Las Bahamas, y ¿sabéis qué? —inquirió elevando la ceja.

—Que habéis encargado el niño —apuntó Teresa con emoción.

—¡Eso es lo que yo quisiera! Cuando llegamos al hotel me di de bruces con mis padres. Javier y mi madre se habían puesto de acuerdo para hacer la reserva, por aquello de que no nos vemos demasiado. No acaban de enterarse de que ninguno de los dos deseamos vernos más.

—¡Vaya chasco! —exclamó Olga—. ¿Y cómo fue?

—Los primeros días conseguimos mantener la cortesía y disfrutar del entorno. Pero el ambiente se fue enrareciendo paulatinamente, hasta que llegó a preguntarme directamente si el niño de mi marido era estéril o impotente.

—¡Joder! —exclamó Elena—. ¿Y qué le dijiste?

—Lo mandé a la mierda, me levanté, hice las maletas y volví a casa.

—¿Y Javier? —preguntó Teresa con preocupación.

—Aún no sabe exactamente lo que pasó. Es consciente de que hubo una fuerte desavenencia entre mi padre y yo, pero no cuál. No podía contarle lo que me dijo, quiero a Javier bastante más de lo que mi padre cree.

—Entonces... de niños, nada —lamentó Teresa, que había errado en su predicción.

—Nada de nada. Y de veras que no sé qué hacer. Las últimas pruebas no señalaban problema alguno. El médico ha insinuado que tal vez sea una cuestión de incompatibilidad entre nosotros.

—No te apures —tranquilizó Elena—. A veces es cuestión de tiempo y los nervios no ayudan demasiado.

—No tengo mucho tiempo, Elena. Estamos pasando por momentos de crisis económica y mi padre se está planteando hacer algunos ajustes y cambiar la titularidad de sus empresas en España para que las inversiones sean más rentables. Si decide situar a mi hermano al frente de ellas sin cederme un paquete de acciones aceptable, pasarán a ser íntegramente de su propiedad. Y ya me ha dejado bien claro que no lo hará si no tengo descendencia. Puede que sea una absurda obsesión, pero es lo que

hay —concluyó con el semblante contrariado.

—Tal vez yo podría hablar con Emilio, si ambos estáis de acuerdo —ofreció Elena—. Los últimos avances en inseminación artificial parece que están dando muy buenos resultados. La lista de espera es larga, pero estoy segura de que Emilio podría arreglarlo para que os vieran pronto. Aunque quizás el mayor problema esté en que yo pueda ver a Emilio.

—¿Todavía está fuera? —preguntó Olga extrañada.

—Sí. Continúan con el proyecto genético que os comenté y ahora creo que quieren iniciar otra investigación paralela por iniciativa de Martí, así es que Emilio ha decidido quedarse allí hasta dejarlo todo zanjado.

—Entonces, ¿no te has ido de vacaciones? —preguntó Laura.

—He pasado un mes en Houston, compartiendo el tiempo con Emilio, su teléfono móvil y un sinfín de consejeros e investigadores de bata blanca bastante atractivos. ¡En fin, unas vacaciones muy divertidas y relajantes! —exclamó con ironía.

—Me estáis deprimiendo, chicas —alertó Olga—. ¿Qué os parece si el próximo año organizamos unas vacaciones exclusivamente femeninas?

—¿Seríais capaces de iros sin maridos? —preguntó Teresa.

—Por supuesto que sí —exclamó Linda sin dudar.

—Creo que Esteban no lo aceptaría de buena gana, no puede estar sin mí.

—¿Y tú sin él? —la increpó Elena—. Lo importante es que tú sí puedas prescindir de él, Teresa, lo demás es intrascendente —advirtió sonriendo.

—Lo cierto es que yo me sentiría liberada —confesó Olga—. Podría mirar libremente a quien me diera la gana.

—Eso puedes hacerlo aunque esté tu marido delante —dijo Linda—. ¿Acaso no lo hace él?

—La verdad es que sí —admitió—. En el crucero que hemos hecho este verano, he estado varias veces a punto de invitar a nuestra mesa a un grupo de jovencitas que viajaban sin pareja. Se las comía con los ojos de la forma más descarada.

—¡Todos iguales! —balbució Linda, incorporándose repentinamente para salir del jacuzzi.

—No los metáis a todos en el mismo saco —advirtió Laura—. Yo no puedo quejarme de Jorge en ese aspecto.

—¿Sabes lo que te digo? —preguntó Olga a la defensiva—. Que los hombres de noble apariencia pueden llegar a ser los peores. Vete tú a saber cómo es tu Jorge cuando tú no estás presente, rodeado todo el día de guapísimas modelos que se quitan la ropa delante de sus narices.

—No vas a conseguir ponerme celosa —advirtió Laura con temple—. Jorge es muy profesional en su trabajo, no se le ocurriría mirar a esas mujeres con ojos libidinosos.

—Eso es cierto —apuntó Teresa espontáneamente—. Yo ya he tenido la oportunidad de trabajar con él, y Laura tiene razón, no hay nada obsceno en su mirada.

Todas, perplejas por la rápida intervención de Teresa, clavaron la mirada en ella hasta hacer que se sonrojara sutilmente al ser consciente de que su defensa había estado fuera de lugar. Linda esbozó una pícaro sonrisa mientras alcanzaba el albornoz que la clínica ponía a disposición de sus clientes.

—Yo tengo que irme, chicas —anunció Linda—. He quedado para almorzar con Javier y unos

buenos amigos de la empresa. Elena, en cuanto tenga oportunidad de hablar tranquilamente con mi marido te comunico lo que hemos decidido, ¿de acuerdo?

—Ok —afirmó Elena—. Si no pudiera hablar con Emilio me pondría en contacto con un tal Luis, que ahora parece ser su hombre de confianza y sustituto.

—¿Nos marchamos ya? —preguntó Laura sin mucho ánimo de renunciar al placer.

—Si os parece, podríamos picar algo en el restaurante, aquí mismo. Ponen unos pinchos ibéricos que están para morirse —sugirió Elena relamiéndose.

—Por mí encantada, no tengo prisa en volver a casa. Pablo me dijo que se quedaría a comer en el bufete porque tiene un asunto urgente que resolver —comentó Olga.

—Entonces, vámonos —resolvió Elena—. ¡Bienvenida a la soltería!

11.

—Señor Ferrer —anunció su secretaria por el teléfono interior—, doña Soraya Montaña me pide que le pregunte si podría dedicarle unos minutos. Le he dicho que sin cita era imposible porque estaba usted muy ocupado, pero dada su insistencia...

—No se preocupe, Sonia —contestó Pablo amablemente—. ¿Está aquí o al teléfono?

—Aquí, la he hecho pasar a la sala de espera hasta que usted me contestara.

La mente de Pablo se puso a funcionar a velocidad vertiginosa. Tenía entre manos un caso delicado que le exigía concentrar al máximo cinco de sus sentidos, pero el sexto, el que poseía entre las piernas, se accionaba irracional e irremediabilmente cuando escuchaba el nombre de esa mujer. Un cuerpo deslumbrante, una voz sensual, una actitud y un comportamiento conforme a las más estrictas normas de protocolo, gusto, elegancia..., todo un cúmulo de buenos atributos que le hicieron sentirse atraído por ella desde su primera visita al bufete, cuando solicitó que Ferrer Abogados se ocupara de la representación legal de su empresa. Pero las cualidades que le hicieron perder la cabeza fueron fundamentalmente dos: su capacidad para hablar lo estrictamente necesario y un perfecto conocimiento de la sexualidad masculina, cualidad que tuvo oportunidad de demostrarle con indudable maestría en su última cita, a la que no dudó en catalogar como «el polvo del siglo».

No sabía exactamente a lo que había venido, pero no iba a perder la oportunidad de seguir contactando con ella cada vez que tuviera ocasión. Si a cambio de una mejor atención jurídica y personal seguía recibiendo favores sexuales de calidad semejante, estaba dispuesto a hacer un hueco en su agenda aunque fuera a empujones.

—Dígale que pase, Sonia, trataré de atenderla si no me lleva demasiado tiempo —anunció finalmente.

La secretaria abrió la puerta del despacho y Soraya entró en él con una resplandeciente sonrisa. Llevaba su larga melena negra sujeta con las gafas de sol en la parte alta de la cabeza, un ajustado vestido de punto en color café con un generoso escote, un pequeño pañuelo anudado al cuello y unos zapatos de fino tacón que hacían resaltar sus esbeltas y bien formadas piernas. Pablo contuvo el aliento y notó la comprometida reacción de su sexto sentido al acercarse a saludarla y percibir el aroma del mismo perfume que llevaba la noche de su arrebatadora cita.

—Buenos días, Pablo. Perdona que te moleste, intentaré ser breve —dijo con sublime encanto.

—No es ninguna molestia —contestó saludándola con dos besos en las mejillas—. Tú dirás en qué puedo ayudarte.

—Es una carta del Ministerio del Interior —le advirtió, extendiéndole un sobre—. Quieren deportar a una de mis chicas si no puede legalizar su situación en España. Es una de las mejores, Pablo, no puedo perderla.

Pablo echó un vistazo al contenido de la resolución y la volvió a guardar en el sobre.

—Déjamela aquí, veré lo que podemos hacer. Si necesito alguna información adicional que no esté en tu expediente, te llamaré.

—¿Crees que puede arreglarse? Estoy un poco intranquila —insistió ella.

—Me ocuparé de ello personalmente. Si no hay una solución factible estudiaremos vías alternativas, no tienes por qué preocuparte —advirtió con sosegada voz.

Soraya cogió su bolso y se levantó pausadamente. Pablo se puso en pie y se acercó a ella para despedirla a una distancia bastante más corta de la que marcan las normas de cortesía.

—Sé que hoy has tenido hacia mí un trato preferencial —murmuró Soraya con mirada y voz sensual—. Tu secretaria me ha dicho que no recibirías a nadie que no tuviera cita programada.

—Es cierto. Tengo un caso entre manos bastante complicado y necesito dedicarle toda mi atención —contestó Pablo.

—Pues a mí también me gustaría tener algo entre manos como señal de agradecimiento —susurró cerca de su oído de manera pausada y lasciva. Pablo sonrió, notando cómo se le aceleraba el pulso—. ¿Volveremos a vernos fuera de aquí? —preguntó ella en voz baja mirándolo a los ojos con provocación.

—¿Piensas cobrarme? —cuestionó Pablo con excitada sonrisa mientras le pasaba una de sus manos por las apretadas nalgas.

—Sabes que mis servicios son parte de tus honorarios, tengo posibilidad de pagar en especie —contestó mirándose a sí misma—. Sólo tienes que aceptar.

Pablo paseó su mirada obscena por el cuerpo de Soraya y se detuvo en el escote, tremendamente próximo a él.

—Lo acepto —le dijo al oído estrechándola contra sí mismo—. ¿Será como la otra vez o me darás a probar algo nuevo? —musitó clavándole su erección en el vientre.

—¿Estás abierto a todo? —preguntó ella con voz licenciosa mientras deslizaba lentamente los dedos por su pecho.

—¿Qué me propones? —preguntó excitado.

—Impresionaste a una de mis chicas. Tal vez quiera venirse con nosotros y participar de la fiesta —sugirió posando la otra mano en la entrepierna de Pablo—. ¿Has tenido alguna vez a dos mujeres a tu disposición?

Él se mantuvo mirándola fijamente, advirtiendo cómo un violento e incontrolado latido le machacaba las sienes.

—A la vez, no. ¿Quién es ella? —preguntó con la lengua trabada.

—Amanda, mi escultural pelirroja —contestó—. Déjanos volverte loco —le susurró acercándose lentamente hasta besarlo en la boca. Pablo tardó en reaccionar. Por un instante deseó bloquear la puerta y dejarse llevar por el desbocado impulso animal que creía incapaz de controlar, pero intentó calmarse aun a sabiendas de que necesitaría una fría ducha en cuanto Soraya saliera por la puerta. Se sentía babear-. ¿No me dices nada? —preguntó ella con una sugerente insistencia.

—Tal vez lo pueda arreglar para la semana que viene.

—¿Sólo tal vez? —cuestionó para asegurar la cita.

Pablo alargó la mano y cogió la agenda que tenía sobre la mesa ojeando las páginas lentamente.

—El viernes de la semana que viene —afirmó.

—Reservaré una suite en el Carlos I —anunció Soraya—. Te llamaré para que me confirmes la hora.

—¿Seguro que tu chica está dispuesta? —preguntó Pablo.

—Seguro. No olvides que está bajo mis órdenes —apuntó con maliciosa sonrisa—. Hasta el viernes, cariño.

Soraya puso un ligero beso en sus labios y se dirigió a la puerta contoneando el cuerpo.

—Procura que sea una cita larga —advirtió ella—, la vas a disfrutar.

Soraya dio media vuelta y abriendo la puerta salió sin detenerse. Pablo se sentó en el sillón y se retrepó ligeramente cerrando los ojos. Estaba completamente bloqueado. Volvió a mirar su agenda para ver si había forma de adelantar esa cita porque le pareció que no iba a soportar sus depravados pensamientos durante tanto tiempo. Llamó a Sonia por el teléfono interno y le pidió que le trajera un café bien cargado. Le iba costar un magno esfuerzo recuperar la concentración; se había esfumado tras los tacones de aguja de Soraya Montaña.

—Señora Soler —dijo Soraya a través del teléfono cuando estuvo a una prudencial distancia del bufete—, la cita tendrá lugar el viernes de la semana que viene, si no hay cambios imprevistos.

—¿Se hará como acordamos? —preguntó Laura escuetamente.

—Sí. Ese tipo se va a ahogar en su propia libido cualquier día, creí que me iba a arrancar la ropa en el mismo despacho.

—¿En el Carlos I? —se aseguró Laura.

—En el Carlos I, reservaré la suite el día completo para la instalación de las cámaras.

—¿Conoces a alguien de confianza que pueda hacerlo?

—Por supuesto —afirmó Soraya—. Grabar las escenas de cama es una demanda de mis clientes bastante habitual.

—Amanda no se echará atrás, ¿verdad? —preguntó Laura con recelo.

—No se preocupe, señora Soler. Déjeme hacer a mí. Todo saldrá bien.

—Mantenme informada en todo momento.

—Lo haré.

La mañana de aquel frío viernes de noviembre despertó soleada y brillante, con multitud de minúsculos arco iris formados por el paso de la luz a través de las gotas de lluvia que aún no habían desaparecido tras la tormenta del día anterior.

Elena llegó en un taxi a la puerta del hotel, enfundada en un abrigo largo de piel y una ancha estola para combatir el frío, que sólo dejaba al descubierto la parte del rostro no escondida tras las gafas de sol. Entró en el hall y se dirigió a la recepción, como ya era habitual, para recoger la llave de la suite que venía reservando con demasiada regularidad. Sus citas con Luis se habían convertido en

parte indispensable de su solitaria vida. Desde que los laboratorios Martí aceptaran intervenir de lleno en los últimos proyectos de investigación en Estados Unidos, las ausencias de Emilio eran cada vez más largas. La soledad de su casa se estaba convirtiendo en una constante diaria en su vida. Sus padres no habían vuelto a visitarla desde aquel fatídico incidente; a duras penas había mantenido el contacto telefónico con su padre, ajeno al conocimiento de Elena de su verdadera historia. Su hermano, con el que afortunadamente seguía manteniendo una buena relación, cada vez estaba más abstraído por los negocios financieros de su padre, en los que iba acortando posiciones con extrema rapidez en su camino hacia la cúspide. Únicamente podía contar con sus femeninas amistades, hacia las que tenía sentimientos encontrados de desprecio por haber disfrutado de una infancia de placer privada de sufrimiento, y de afecto, porque en el fondo reconocía que la vida que les había tocado vivir era producto del toque mágico de la suerte y no una elección personal.

Cogió la tarjeta de la suite que le acercó Alicia, la discreta recepcionista, y se dirigió al ascensor. Delante de ella esperaban otras tres personas, una de ellas con una larga melena pelirroja que llamaba poderosamente la atención. Entraron en el ascensor y no pudo evitar mirar fijamente durante algunos segundos el rostro de aquella mujer que le resultaba familiar, sin acertar a adivinar de qué podría conocerla. Cuando el elevador paró en la quinta planta ambas bajaron, Elena y la enigmática pelirroja a la que pretendía encontrar desafortunadamente en algún recóndito lugar de su memoria. A paso lento, Elena giró hacia el pasillo de la derecha y observó de soslayo que la mujer seguía de frente buscando en todas las puertas el número de su suite. No daba una imagen de huésped habitual, sino de ocupar por primera vez la habitación a la que se dirigía, pero no llevaba equipaje alguno, sólo un diminuto bolso de mano a juego con el impecable conjunto de alta costura que llevaba puesto. Elena no pudo controlar su extrema curiosidad y se volvió con paso felino hasta el pasillo que había dejado atrás. Simulando un olvido involuntario con un ademán perfecto, volvió a girar sobre sus pasos para observar directamente la puerta en la que se había detenido y que alguien abrió desde su interior para hacerla entrar. Suite 525. Elena conocía perfectamente aquella planta de hotel en la que había estado en innumerables ocasiones y cuyas suites se pagaban a precio de oro cuando se reservaban por horas.

«¡La pelirroja del hípico!», acertó a recordar, «la que estuvo hablando con Pablo antes de que comenzara la carrera», pensó con grata satisfacción por su gran logro memorístico.

Reinició el paso que había suspendido temporalmente al centrar su mente en aquel recuerdo y se apresuró a llegar a la suite donde se había citado con Luis alrededor de las doce. Elena esperaba que aquél fuera un encuentro más largo de lo habitual. Llevaba dos semanas sin verlo, sólo habían mantenido esporádicas y escuetas conversaciones en los pocos descansos de los que Luis había podido disfrutar últimamente. En las largas ausencias de Emilio había pasado a ocuparse personalmente de la mayoría de los asuntos relevantes de los laboratorios de Madrid, sin menoscabar su preciada colaboración voluntaria en todo cuanto hiciera posible que el proyecto genético que se estaba llevando a cabo en Estados Unidos pudiera resultar un éxito. Antes de acudir a su cita, Luis le había prometido tomarse libre la mayor parte del día y eso implicaba refugiarse durante bastantes horas en su guarida secreta, alejados de miradas indiscretas que pudieran coartar su libertad para hacer y dejarse hacer.

Luis llegó sobre las doce y media del mediodía, con una rosa roja en la mano y una botella de Don Perignón en la otra. Elena lo esperaba con un salto de cama blanco de fino encaje y una flor prendida en su alborotada melena rubia. Le arrebató la botella y ancló la rosa en su prominente escote, arrastrándolo con fuerza hasta la gruesa alfombra que rodeaba la chimenea encendida.

—Déjame hacer y no digas nada —advirtió ella—. No quiero oír que te tienes que marchar, me lo prometiste —concluyó besándolo apasionadamente.

Elena terminó de vestirse con parsimonia. No tenía deseo alguno de volver a casa, preferiría haber permanecido de forma indefinida en aquella habitación de hotel, pero la imprevista llamada de Emilio anunciando su inminente llegada a Madrid la obligaba a suspender la cita que tenía programada hasta bien entrada la madrugada. Se mantuvo unos instantes observando la tez relajada de Luis, con las mejillas iluminadas por las ráfagas de luz que irradiaba el fuego de la chimenea, y se sintió confusa. «¿Por qué a veces es tan difícil conjugar lo que te hace feliz?» —pensó—, «¿por qué raciocinio y sentimiento se empeñan en caminar por sendas diferentes?».

Dejó una nota junto a su amante con la rosa roja sobre la misma, explicándole el motivo de su partida y le dio un sutil beso en los labios sin ánimo de despertarlo. Cerró la puerta despacio y enfiló el pasillo hacia el rellano del ascensor cuando vio una silueta familiar cruzando perpendicularmente al final del mismo. En un defensivo acto reflejo bajó la cabeza y giró rápidamente un cuarto de vuelta, mientras trataba de dilucidar quién era aquel conocido cuya presencia la había hecho sentirse en la cuerda floja. Comprobó que había pasado de largo y respiró aliviada, con la intención de permanecer unos minutos en el lugar donde estaba hasta asegurarse de que no había nadie más que pudiera sorprenderla. Pero un pequeño detalle la hizo alarmarse. ¡Era Pablo! La forma de alisarse el pelo hacia atrás con ambas manos a la vez era un ademán típico de él. Recordó entonces a la pelirroja que había entrado por la mañana en el mismo pasillo hacia el que Pablo se había dirigido. «Pero, ¡qué demonios, no puede ser!» —pensó—. «No puede tratarse de una cita entre ellos».

Aceleró el paso sin poder evitar su malsana curiosidad. Tenía que cerciorarse. Llegó al final del pasillo y asomó la cabeza lentamente temiendo que pudieran verla. Era Pablo, delante de la puerta de la 525. Agudizó el oído lo más que pudo y escuchó nítidamente una voz femenina invitándolo a entrar. Por un momento le pareció extraña aquella conducta tratándose de una cita oculta, carecía de la menor discreción, pero el apelativo extremadamente cariñoso empleado por la fémica hacía sospechar que pudiera tratarse de un asunto de cuernos.

Bajó en el ascensor sumamente confusa, sin saber cómo debía actuar. Su semejante experiencia personal la invitaba a la discreción, su recelosa actitud ante el género masculino la empujaba a delatarlo ante su esposa, su contrariado sentimiento hacia su amiga la hacía dudar entre ponerla al tanto de su nueva situación o ahorrarle el sufrimiento de conocer lo que tal vez fuera una única aventura pasajera, un fugaz y esporádico desliz que la haría poner en tela de juicio su bienestar matrimonial.

Se dirigió a la recepción para devolver la tarjeta de la habitación y esperó pacientemente a que la empleada del hotel terminara de atender a una escultural morena de vestir exquisito.

—Por favor, tenga la amabilidad de comunicar al servicio de habitaciones que me sirvan una botella de champán y tres copas —dijo la mujer educadamente—. Cárguelo a la suite 525 —dijo sonriendo.

Elena, con gesto perplejo, observó detenidamente aquel rostro tratando de grabarlo a fuego en su mente. No debía avisar a Olga sin cerciorarse primero de la naturaleza exacta de aquella cita. Se retiró ligeramente del mostrador mientras la mujer firmaba la nota de cargo, simulando no estar pendiente en absoluto de la conversación y volvió a dirigirse a la recepcionista cuando hubieron terminado.

—Señorita, por favor, quisiera entregar la llave de la suite 512 y reservar, si es posible, la 525 —dijo Elena con excesiva amabilidad—; es por una ocasión especial —concluyó justificando su elección.

—Lo lamento, esa suite está ocupada —dijo la recepcionista.

—¿Es posible que quede libre para la noche? —insistió Elena.

La empleada consultó el ordenador.

—En principio, estará ocupada hasta media noche, pero es posible que pueda prorrogarse —dijo con un gesto de lamento.

—Está bien, muchas gracias.

«La han reservado por horas» —se dijo a sí misma. Elena había alcanzado a ver la pantalla del ordenador cuando la recepcionista consultó la reserva. Desde las once de la mañana hasta las doce de la noche, dos adultos más una tercera persona.

—¡¿Qué demonios irán a hacer?! —exclamó en voz baja.

Elena salió del hotel con el aparatoso teléfono móvil en la mano. Tal vez se equivocaba, pero aquello se asemejaba a una cita extramatrimonial, y no precisamente convencional, sino una conducta depravada que su mujer merecía conocer.

—¡Qué tal, Olga! —saludó sin esperar contestación alguna—. Soy Elena, escúchame atentamente y no me preguntes nada, por favor.

—Si pretendes asustarme, lo estás consiguiendo —advirtió Olga.

—Hotel Carlos I, habitación 5—2—5 —dijo recalcando la numeración—. Pablo está allí en compañía femenina.

Olga comenzó a palidecer. Aunque en el fondo no sentía extrañeza alguna por la noticia en sí, confirmarla expresamente y tener que darse por aludida sin paliativos hacía que le temblaran las piernas.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó.

—Por favor, no me preguntes —repitió Elena—. Yo sólo quiero ponerte sobre aviso para que actúes como creas que debes hacerlo, nada más.

—¿Por qué he de suponer que no es una cita comercial o profesional? —preguntó a la defensiva.

—Hay otros muchos lugares donde se puede tener una cita de trabajo con cierta intimidad, no es necesario reservar una suite por horas en un hotel de lujo. El champán y otros detalles más que prefiero obviar de momento me sugieren que se trata de una cita de otra índole. Pero si tú quieres pensar lo contrario, estás en tu perfecto derecho.

Olga no supo qué contestar, ni qué hacer. ¿Cómo iba a tener la osadía de presentarse delante de Pablo y pedirle explicaciones si no sabía lo que iba a hacer con ellas? Si no era lo que parecía, sentiría un ridículo espantoso; pero si efectivamente confirmaba que había tenido un escaqueo con otra mujer, ¿cómo se suponía que debía actuar?

—Olga, ¿estás bien? —preguntó Elena ante su prolongado silencio.

—Estoy hecha un lío, Elena, no sé lo que se supone que debo hacer.

—Emilio está a punto de llegar a casa, pero si estás dispuesta a venir al hotel te esperaré. Estaré en la cafetería, pero no tardes demasiado, no sé cuánto tiempo más permanecerá aquí. Por el camino

tendrás tiempo de aclarar tus ideas.

—De acuerdo —contestó Olga tras un leve titubeo—. Pero prométeme que de verdad me esperarás. No quiero verme sola.

—Aquí estaré.

Olga se dirigió rápidamente a su dormitorio en busca de un abrigo largo que la protegiera del frío y, tal vez, del escándalo, del ridículo o de la vergüenza. Se puso unas gafas oscuras para esconder sus ojos de un sol que se había puesto hacía rato y calzó sus pies con unos elegantes zapatos de tacón alto, que además de elevar su estatura también contribuían psicológicamente a incrementar su autoestima.

El taxi la estaba esperando en la verja exterior. Su confusa mente no le permitía concentrarse lo suficiente como para conducir su propio vehículo. Los treinta y cinco minutos que tardaron en alcanzar el Carlos I fueron de un silencio sepulcral, tan sólo el monólogo escueto y lineal de la chica de la central de taxis podía oírse de fondo mientras duró la lucha infernal contra el tráfico rodante. Finalmente, cuando el vehículo se detuvo en la puerta principal, Olga abandonó ligeramente su sarta mental de preguntas sin respuesta para abonar el importe de la carrera, dudando por unos segundos si volver a casa y adoptar una conducta lo más parecida posible a la de un avestruz.

Llegó hasta donde estaba Elena y se sentó frente a ella, mirándola a los ojos sin decir ni casi ver nada. Estaba bloqueada por los nervios. Movía incesantemente sus manos y las frotaba con ahínco una contra otra. Elena las tomó entre las suyas y trató de tranquilizarla.

—Cálmate, Olga. Esto está a la orden del día, no le des más importancia de la que tiene —dijo lamentando por un momento haberla llamado, al ver el estado en el que se encontraba.

—Mi vida es una balsa de aceite, Elena. No existen los altibajos para mí, porque Pablo es quien se encarga de allanarme el camino. Te puede parecer que no tengo orgullo propio o incluso que no siento respeto por mí misma, pero no es verdad. Sus continuas humillaciones me corroen por dentro, pero a veces no puedo evitar pensar que tengo lo que merezco.

—No te estoy cuestionando, Olga, ni lo voy a hacer, haz lo que hazas —dijo Elena con reconfortante voz—. Pero no quiero que pienses que te lo mereces.

—Tal vez lo elegí yo, Elena. Preferí la ignorancia, la dependencia, la simplicidad de mi vida... Preferí cederle a Pablo el papel preponderante en nuestras vidas y en nuestra relación, porque de esa forma está garantizada mi seguridad y mi bienestar físico, e incluso emocional. ¡Hasta qué punto tengo ahora derecho a morder la mano que me da de comer! Siempre le he endosado todos los problemas, absolutamente todos, y jamás he cuestionado su forma de resolverlos, sencillamente porque me beneficiaban. Nunca he puesto en tela de juicio su conducta hacia los demás. ¿Tengo derecho a cuestionar su conducta hacia mí? —preguntó inquisitivamente. Elena la observaba fijamente, no sabía si le hablaba a ella o expresaba en voz alta interrogantes propios que nunca antes se atrevió a plantear—. Dime, Elena —repitió—, ¿hasta qué punto tengo ahora el derecho a cuestionar su conducta hacia mí?

—Me gustaría tener una cátedra en ética y moral para poder contestarte, Olga, pero no es así. Tal vez la respuesta esté en que en una relación interpersonal lo que se da y lo que se recibe debe estar lo más equilibrado posible, y no me refiero precisamente al aspecto material. Da igual cómo resuelva sus problemas personales, profesionales o sociales, eso no tiene nada que ver. Lo que sí tienes que analizar, por la relación de pareja que tenéis, es si él te muestra a ti el mismo respeto y la

misma consideración que tú tienes hacia él.

Olga se mantuvo a la escucha intentando sacar algo en claro de aquella conversación. Al menos, por unos breves instantes en su vida, estaba intentando dar respuesta a dudas morales y existenciales que jamás pensó que pudieran residir ni tan siquiera en una parte ínfima de su cerebro.

—Olga, dejar en sus manos la resolución de todos los problemas de tu vida no le da ningún derecho a ponerte los cuernos —acabó diciendo Elena abandonando una filosofía barata que no llevaba a ninguna parte—. Eso es atentar contra tu dignidad sin que tú hayas hecho nada por merecerlo. Que dependes de él hasta la saciedad, es cierto; que escurres el bulto ante cualquier mínimo problema, es cierto; pero también es cierto que jamás cuestionas sus decisiones, y tal vez haya sido su ansia de poder lo que ha contribuido a que eso sea así. No te culpes por ello.

A medida que hablaba, Elena cada vez se sentía peor consigo misma. Olga le había trasladado algunas cuestiones morales cuya respuesta no era válida para sí misma. ¿En qué momento Emilio había atentado contra su dignidad para justificar su continuo adulterio? Estaba claro que era mucho más fácil analizar y justificar las conductas ajenas que las propias, en las que la mezcla de razón y emoción acaban dando al traste con los postulados teóricos.

—Olga —continuó Elena haciéndola salir de su absorto pensamiento—. Si no subes y compruebas lo que está ocurriendo en esa habitación, la duda te estará corroyendo durante años. Al menos así serás consciente de la verdadera naturaleza de tu marido e incluso de la tuya propia.

Olga se puso en pie como un resorte. La idea de poder justificar sus impropias conductas futuras ante sí misma o ante los demás la animó a cerciorarse del presunto desliz de Pablo.

—Espérame aquí, no tardaré —dijo Olga con firmeza.

—Suerte —deseó Elena.

12.

En la última reforma de la quinta planta del Hotel Carlos I habían cuidado en exceso, y con deliberado esmero, tanto la decoración interior como la insonorización de sus habitaciones. El color de las paredes, los motivos de sus cuadros, la candidez de su iluminación... invitaban sobremanera a dejarse llevar por el placer de los sentidos con la despreocupación de saberse libre de miradas indiscretas o de imprevistas escuchas, a excepción de que alguien invadiera tan celosa intimidad colocando microcámaras en ciertos lugares estratégicos de la habitación.

Los secuaces de Soraya Montaña apenas habían tenido tiempo de preparar el escenario. La impaciencia de Pablo Ferrer por su irrefrenable atracción por la chica le había llevado a adelantar la hora del encuentro. No obstante, una indudable maestría en el arte del soborno y la coacción les había permitido concluir la instalación en una escasa media hora, comprobando expresamente el buen funcionamiento del sistema.

Amanda recibió a Pablo con un cariñoso saludo y un beso en los labios con sensual ademán, dejando entrever a través de su generoso escote su carente ropa interior. Con mirada profunda e insinuante sonrisa se giró lentamente invitándole a seguir el contoneo de sus caderas, marcadas por una estrecha falda cuya transparencia delataba la forma en que un sutil encaje acababa perdiéndose entre sus nalgas.

Pablo aflojó ligeramente el nudo de su corbata, absorto por la visión de aquella pelirroja que parecía fundirse con el fuego encendido de la chimenea.

—¿Y Soraya? —acertó a preguntar.

—Está al llegar —contestó Amanda a su espalda mientras lo desprendía de su chaqueta—. ¿Deseas que te sirva una copa? —susurró, haciéndole notar su aliento en la nuca.

—Aún no tengo la boca seca —contestó con prepotencia.

—Tranquilo, cariño, te aseguro que no podrás decir lo mismo cuando esto acabe.

Amanda se dirigió al bar para servirle un whisky y comprobar de cerca si los sistemas funcionaban correctamente. La puerta de la suite se abrió en ese instante y Soraya entró con paso lento, cerrando la puerta con un suave golpe de tacón. Pablo desvió su mirada y la observó con detenimiento, analizando cada centímetro de su perfecta anatomía. Una leve sonrisa acarició su rostro mientras esperaba que aquella diosa se acercara a su encuentro.

—Hola, mi amor —saludó ella con acaramelada voz—. ¿Amanda? —dijo cortésmente dirigiéndose a la chica.

—Por un momento creí que te habías arrepentido —insinuó Pablo asiéndola con firmeza por la cintura.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó ella acariciando sus labios carnosos con los

dedos enguantados, al tiempo que Pablo oprimía la turgencia de sus pechos contra el suyo propio—. No sé cómo demonios lo haces, señor Ferrer, pero me pones a cien con sólo mirarme.

—Seguro que sueles decírselo a todos tus clientes —dijo sonriendo maliciosamente.

—Olvídate de mis clientes —sugirió, haciéndolo caer sobre un sillón y sentándose a horcajadas sobre él—. Míranos —dijo invitando a Amanda a acercarse—. Ahora, tú eres nuestro único dueño y señor, cariño —anunció paseando los labios por su cuello—. Estamos a tu entera disposición. Dinos lo que te pone y te llevaremos al cielo.

Amanda, a su espalda, comenzó a deslizar sus manos por el interior de su camisa.

—¿Prefieres dar órdenes o recibirlas? —preguntó con una especie de ronroneo sugerente—. ¿Haces o te dejas hacer?

—Yo siempre soy quien da las órdenes —contestó visiblemente excitado.

—Perfecto —susurro Amanda con tono sumiso.

—Hemos traído algunos juguetes que puede que te gusten, aunque tal vez ya acostumbres a usarlos con tu mujer —apuntó Soraya con sutileza, provocando su reacción.

—¿De veras crees que mi mujer sabría usarlos? Debería enviártela para que le des unas nociones de sexo masculino. No tiene ni idea. Cree que con tener un cuerpo de gimnasio y unas buenas tetas está todo hecho. Pero a la hora de la verdad, se mueve en la cama igual que un pato mareado. ¡Y no tolera un lenguaje soez! —exclamó con burla—. Dice que ella no es ninguna prostituta.

—Aquí puedes hablar como te parezca —susurró Soraya arrastrándolo hasta la cama, al tiempo que Amanda se desnudaba—. No vas a olvidarte fácilmente de esta cita, te lo aseguro.

Olga avanzaba muy lentamente por el corredor de la quinta planta, mirando con nerviosismo el suceder de números de las suites. Su corazón desbocado y el fuerte nudo que le oprimía el estómago hacían que le faltara el oxígeno. Llegó a la altura de la habitación 525 y se detuvo largo rato con la vista clavada en la puerta. No se oía absolutamente nada. Tal vez todo fuera un error, un sorprendente y agradable error.

Con la mente confusa y las manos temblorosas golpeó la puerta, sintiendo cómo se paralizaba su respiración. Una voz femenina pareció oírse dentro de la suite.

—¿Sí? —preguntó escuetamente.

Olga permaneció en silencio durante unos eternos segundos, cerrando los ojos y deseando fervientemente que se tratara de alguna trabajadora del servicio de limpieza.

—Servicio de Habitaciones —contestó finalmente con voz dubitativa.

—Discúlpame, cariño —advirtió Soraya en un susurro—. Debe de ser el champán.

—Olvídate del champán y vuelve aquí —exclamó Pablo sujetándola con fuerza—. Os quiero a las dos.

Olga, ostensiblemente nerviosa, dudó por un instante entre volver a llamar o marcharse de allí. No estaba preparada para poner las cosas en su sitio ante Pablo, ni siquiera sabía lo que debía decir en semejante situación, aunque era consciente de que previamente necesitaba cerciorarse de que realmente le estaba siendo infiel. Y tenía que saber quién, y cómo, era la mujer que estaba con él.

Armándose de valor volvió a tocar en la puerta, esta vez con mayor contundencia.

—Servicio de Habitaciones —volvió a decir elevando la voz.

—Déjame ir, cariño —pidió Soraya melosamente—. Me temo que quiere cumplir bien con su trabajo.

Soraya se deslizó bajo el cuerpo de Pablo, quien maldijo la inoportuna interrupción, y se encaminó hacia la puerta sin apenas cubrirse. Al tiempo en que ella desplazaba suavemente la maneta de la puerta, Olga la empujó con decisión en un intento de evitar que le impidieran el paso. Soraya dio un respingo y retrocedió dos o tres pasos ante la inesperada intromisión, mostrando toda su exuberancia a través de los recortes de su atuendo de lycra negra. Olga, inmóvil y con los ojos desorbitados, acusó la defunción temporal de sus cuerdas vocales.

—¡Vaya! —exclamó Soraya con descaro—. Extraño uniforme para un servicio de habitaciones. ¿Se agotó el champán? —preguntó, tratando de intimidarla.

—Tengo entendido que mi marido está aquí. Quiero hablar con él —acertó a contestar con la mayor serenidad de que fue capaz.

—Esto es una cita privada, cielo —advirtió Soraya cortándole el paso hacia el interior—. Esta suite está reservada y no se te permite la entrada.

—Llama a seguridad si lo crees conveniente porque voy a entrar ahí —dijo señalando con firmeza hacia el interior.

Olga apartó a la chica con un brusco ademán y avanzó con paso decidido, oyendo el agudo sonido de los tacones de Soraya corriendo tras ella.

Quedó petrificada al percatarse de que no era una, sino dos mujeres las que estaban con él, y por el estilismo de su ropa y la disposición en que se encontraban, profesionales sin duda alguna.

—Lo siento Pablo, no he podido detenerla —dijo Soraya aproximándose a él.

Pablo Ferrer se giró despacio, con su cabello ondulado cayéndole hacia el rostro y el cuerpo sudoroso, sin mucho ánimo de interrumpir su fuente de placer.

—¡Joder! —exclamó malhumorado—. ¿Qué diantres haces tú aquí? —preguntó sin apenas mirarla.

Soraya se situó junto a Pablo y Amanda con la intención de hacer un frente común y maldiciendo interiormente que todo aquel montaje se estuviera yendo al traste.

—¿Tienes tú algo que ver en esto? —le preguntó a Soraya con ligera desconfianza.

—Por favor, cariño, mi mayor consigna es la discreción. ¿Qué podría yo ganar con esto, sino mala reputación? —contestó acariciándole el pelo mientras mantenía la vista clavada en el pálido rostro de Olga.

—No esperaba esto de ti, Pablo —dijo Olga con un hilo de voz—. Era consciente de que flirteabas con cualquiera, pero no pensaba que pudieras llegar a esto, de veras.

—Éste no es momento para disputas matrimoniales. Ya hablaremos.

—¿Hablar? Te va a costar trabajo poder explicarme lo que acabo de ver. No mereces que te vuelva a mirar a la cara —aseveró Olga con desprecio.

—Pero, ¿de qué demonios estás hablando? ¡Yo no tengo que explicarte absolutamente nada! Lo que has visto es lo que es. Dos carísimas prostitutas dándome placer.

—No te es suficiente conmigo, ¿verdad? —preguntó dolida.

—Quiero más. Amo el sexo, y necesito probar sensaciones nuevas que van más allá de lo que tú estás dispuesta a ofrecerme.

—¡Eres un cerdo, Pablo! A veces me pregunto si serías capaz de respetar a alguien de los que te rodean.

—A estas dos preciosidades. Respeto a estas dos preciosidades por lo bien que hacen su trabajo —dijo asiéndolas por la cintura y acercándolas hacia sí—. Y ahora, si me disculpas, tengo algo pendiente de concluir, aunque podrías unirme a nosotros si te apetece. Tal vez así podrías ganarte un poco de mi respeto.

Olga respiró profundamente y se encaminó a la salida de forma presurosa, ahogando las lágrimas que amenazaban con inundar sus profundos ojos negros y que se negaba a exhibir, y con un mezclado sentimiento de ridículo, desprecio y dolor.

Optó por usar la escalera por temor a enfrentarse a miradas ajenas. Sentía vergüenza de sí misma, al igual que si hubiera sido ella quien cometiera el delito. Se sentía degradada y humillada.

Alcanzó la planta baja con la respiración entrecortada, asfíxiada por la angustia que le oprimía el pecho. Buscó a Elena con mirada desesperada y corrió hacia ella como a una tabla de salvación, rompiendo a llorar.

—Chsssss, vamos a sentarnos —dijo Elena rodeándola con su brazo.

—Tenías razón, no eran negocios —confesó Olga limpiándose las lágrimas del rostro—. Estaba con dos furcias, Elena —confesó con voz de asco—. Tú lo sabías, ¿verdad?

—La intuición femenina rara vez falla. Pero, por favor, no me preguntes nada; algún día, cuando todo esto haya pasado, te contaré los detalles. Y ahora dime qué ha pasado ahí arriba, ¿cómo ha reaccionado Pablo? —preguntó mientras le acercaba un poco de agua.

—Es un auténtico cerdo, Elena. Dice que no tiene que explicarme nada. Me ha hecho sentir culpable por tener que tirarse a esas dos putas, y hasta me ha invitado a acompañarlos.

—¿Dónde está ahora? ¿Se ha marchado?

—¡Ja! —sonrió Olga con ironía—. Me ha echado de la habitación para poder terminar la faena.

—No es un cerdo, Olga, ¡es un cabrón! —exclamó con énfasis.

Olga la miró a los ojos con extrañeza. Rara vez la había oído emplear semejante vocabulario si no era en broma.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quieres venir a casa? —ofreció Elena.

—No, gracias, supongo que estarás deseando ver a Emilio. No quiero fastidiaros el encuentro.

—Olga, no creo que estés de ánimo para mirarlo a la cara cuando llegue a casa. Deberías tomarte un par de días para analizar las cosas con tranquilidad y pensar lo que vas a hacer. Puedo facilitarte el teléfono de un buen abogado matrimonialista; con Pablo lo vas a necesitar.

—¿Un abogado? ¿Para qué? —preguntó inquisitoriamente con los ojos enrojecidos. Elena, atónita por la pregunta, permaneció en silencio unos segundos, titubeando antes de contestar—. No lo entiendes, Elena. No necesito un abogado, lo que necesito es averiguar la forma de retenerlo a mi lado —dijo Olga ante la mirada incrédula de su amiga.

—Olga, ¿me estás diciendo que después de lo que ha ocurrido ahí arriba, y de la forma en que te ha tratado, ni por un momento te plantearás dejarlo? Has llegado aquí llorando, te faltaba el aire y me

has dicho que te ha humillado y degradado delante de esas dos prostitutas. ¿Y aun así me dices que deseas retenerlo? —cuestionó Elena con exasperación—. ¡Por supuesto que no lo entiendo, Olga!

—¡Odio lo que me ha hecho, odio su sentimiento de superioridad y su autoridad! Pero me siento fascinada por él y por su dinero, Elena —afirmó con frialdad—. Tengo todo lo que cualquier mujer pudiera desear: posición, respeto social y una cuenta bancaria que me permite satisfacer cualquiera de mis caprichos. Estoy rodeada de comodidades, al igual que tú. Y por el contrario, apenas tengo obligaciones ni preocupaciones, cualquier contratiempo es resuelto por mi marido antes de que yo me percate de él. A su lado me siento muy protegida. Con él estoy donde está el poder. ¿Cómo crees que podría yo vivir sin nada de eso? Antes muerta, Elena. Antes muerta —repitió agotando el agua que había en el vaso.

Elena permaneció en silencio largo rato, sin atreverse a mirarla, confusa y sorprendida.

—¿Y tu dignidad, Olga? —masculló Elena.

—¿La dignidad me permitirá continuar con el nivel de vida que disfruto ahora? —cuestionó con profundo sarcasmo.

—Lamento que todo esto no haya servido para nada —confesó Elena con pesadumbre—. Si hubiera sabido que estabas dispuesta a soportar esta humillación de manera tan impasible, no te habría llamado. Te habría dejado vivir en tu tranquila ignorancia, de veras —concluyó levantándose del sillón en que estaba sentada—. Debo irme, ya nos veremos —dijo ofuscada.

—Elena, he decidido mantenerme al lado de mi marido. Pero lo que ha ocurrido hoy ha servido para abrirme los ojos y conocer un poco más a fondo a quien tengo junto a mí. Y tal vez también haya servido para darme alas con las que volar sin remordimiento.

Elena cogió su bolso sin decir nada. Enfundó sus manos en los guantes de piel y se dirigió hacia el hall con paso firme. No se giró cuando escuchó a Olga darle las gracias. Necesitaba un par de días para asimilar lo que había pasado y poner en claro sus sentimientos hacia ella, ahora más confusos que nunca.

Soraya y su pupila despidieron a Pablo con un caluroso y efusivo beso antes de que el mismo saliera por la puerta.

—Ha sido un verdadero placer estar de nuevo contigo —dijo Soraya con amabilidad—. ¿Volveremos a vernos?

—No aquí, desde luego —contesto él—. No voy a permitir que mi mujer vuelva a importunarnos. Lo que no acierto a comprender es cómo podía saber que yo estaba aquí.

—No le des más vueltas, cariño. Tal vez haya sido simple casualidad. Lo que me preocupa es que ese pequeño incidente te haya impedido disfrutar plenamente de este encuentro —sugirió melosa.

—Tengo que reconocer que habéis estado soberbias. Espero continuar resolviendo con eficacia todos tus asuntos legales, el pago de tus facturas es de los que más me satisfacen —dijo dando una suave palmada al trasero de Soraya—. Por cierto, la deportación de tu chica está casi solucionada. Te llamaré para informarte con detalle.

—Gracias.

Pablo abandonó la suite alisándose el pelo con ambas manos y ajustando el nudo perfecto de su corbata. ¿Por qué diablos se le ocurriría casarse con una mujer pudiendo tenerlas a todas?

Soraya Montaña despidió a Amanda felicitándola por sus servicios y se quedó a solas en la suite escasos minutos. Descolgó el teléfono y buscó un número en su agenda con bastante agilidad.

—Señora Soler —anunció con voz grave—. Me temo que no tengo muy buenas noticias.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Laura tras reconocer la voz.

—La grabación ha salido perfecta y el numerito también, pero ha surgido un imprevisto. La señora Mendizábal irrumpió en la suite sin esperarla. No sé quién pudo avisarla de que Pablo estaba aquí.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó alarmada—. ¿Qué es lo que ha visto?

—Todo, señora Soler —contestó con temeridad.

—¡Maldita sea, Soraya! ¿Para qué sirve ahora todo lo que hemos hecho?

—Le entregaré la grabación igualmente. Tal vez se le ocurra cómo darle utilidad.

—Si su esposa ya conoce el contenido de esa cinta, ¿cómo se supone que lo voy a poner en un aprieto? —preguntó sutilmente sin atreverse a mencionar la extorsión.

—Señora Soler, aunque hubiera salido como pretendíamos, me temo que no le habría servido para sus propósitos. Pablo no ha perdido en absoluto la compostura delante de su esposa. Ha admitido tranquilamente lo que estaba haciendo y se ha permitido humillarla sin un ápice de remordimiento. Coaccionarlo con la amenaza de poner la cinta a disposición de su mujer no habría tenido ningún efecto. Creo que habría sido capaz de entregársela él mismo.

Laura Soler permaneció en silencio unos instantes.

—Me pondré en contacto contigo para que me hagas llegar esa cinta —anunció finalmente—. Si no es comprometida para su esposa tal vez lo sea en su entorno social o profesional.

—De acuerdo, señora Soler. Quedo a la espera, buenas tardes.

Laura colgó el auricular sin despedirse, contrariada por lo ocurrido. Aunque, pensándolo bien, tal vez acabara agradeciendo la inoportuna intromisión de Olga. El desprestigio social de Pablo Ferrer podría suponer mayor descalabro que un conflicto matrimonial.

13.

María trabajaba en casa de Olga soportando estoicamente los pinchazos de su cadera derecha, que clamaba a voz en grito que la dejaran reposar. A pesar de los puntos de sutura que hubieron de darle en la parte derecha de la cabeza por los cortes del cristal, sin duda alguna el impacto de mayores consecuencias lo había sufrido la cadera, que podía dar gracias al cielo por no haberse fracturado. No obstante, la incumplida recomendación médica de hacer reposo absoluto durante al menos un par de semanas había provocado que quedaran secuelas físicas difíciles de sortear, cuando además, la posibilidad de asistir a las sesiones de rehabilitación se hacían tremendamente difíciles si no imposibles.

Quien sí parecía estar practicando un estricto reposo absoluto era Olga Mendizábal. Pasaba la mayor parte del tiempo vagando de sofá en sofá, sin ánimo para salir, acicalarse e incluso comer. María la miraba de soslayo cada vez que pasaba por su lado, preguntándose a sí misma qué le había podido pasar. A pesar de ser víctima de continuas insolencias, la asistenta no podía evitar sentir compasión. Rodeada exclusivamente de lujo y de caprichos materiales, a sus 29 años la veía sola y vulnerable, incapaz de conducir su vida con madurez y decisión, y preocupada en exceso de no romper el cordón umbilical que le unía a Pablo Ferrer, el único vínculo familiar que parecía conservar de manera estable. En los años que María llevaba trabajando como asistenta en su casa, había tenido ocasión de ver a los padres de Olga tan sólo un par de veces. Ramón Mendizábal tenía fama de hombre severo y dictatorial y parecía congeniar con su yerno a la perfección, en quién había delegado plenamente la obligación de cuidar de Olga con la previa recomendación de disciplina y mano dura. Cualquier desavenencia entre Pablo y ella era tachada por Ramón Mendizábal como fruto del comportamiento descerebrado de su hija, estimando que las actitudes de supremacía masculina de su yerno siempre obedecían directamente a la provocación de su mujer. Lucía, la madre de Olga, era una mujer afable y educada, pero muy mediatizada por las opiniones y los deseos de su marido. Amante del lujo y las buenas costumbres, sólo aspiraba a ejercer a la perfección su papel de esposa ejemplar, rayando en la sumisión más absoluta.

Ninguno de sus progenitores estaba al tanto del delicado estado emocional en el que Olga se encontraba sumida. Confusa, desorientada y con sentimientos contradictorios, se esforzaba por poner un poco de orden en su cabeza abstrayéndose de cualquier estímulo exterior. A María le asustaban los repentinos cambios de expresión de su rostro, que deambulaba por un continuo de emociones sin control; de la tristeza profunda a la rabia contenida, de la resignación aprendida a un temible deseo de venganza.

Pablo no volvió a casa aquella noche. Llegó al día siguiente con hora de almorzar, mostrando una hiriente indiferencia hacia su mujer, que intentaba por todos los medios evitar el cruce de miradas en lo que se perfilaba como una situación extremadamente violenta. Hasta la fecha, y ya habían transcurrido tres lamentables semanas, Olga no había recibido disculpa alguna por semejante afrenta,

ni había conseguido percibir en su actitud posterior señal alguna de lamento o arrepentimiento. Por contra, en una de las escasas veces en que Pablo le había dirigido la palabra, había recibido una dura recriminación por su desastroso aspecto y había sido obligada a volver a hacer uso del lecho conyugal recordándole expresamente el cumplimiento de sus deberes de esposa.

—¿Está usted bien, señora? —preguntó María una vez más—. ¿Quiere que llame a alguien? ¿Al médico...?

Olga apenas levantó la cabeza para mirarla. Siguió acurrucada en el sillón, con la cabeza apoyada en un cojín de grandes dimensiones.

—No necesito nada, María —contestó con voz lineal.

—¿Quiere que le traiga algo de comer? No tiene buena cara, se va a enfermar —advirtió la asistente con dulzura.

María se giró repentinamente al escuchar el timbre del teléfono exterior. Sin esperar instrucciones de Olga se dirigió al hall y vio a Elena a través del visor de la puerta de entrada.

—¡Ay, señora Elena, gracias a que ha venido! —exclamó aliviada.

—¿Qué ocurre, María? —preguntó alarmada.

—La señora Mendizábal está mal. Lleva muchos días vagando por la casa como alma en pena. No sé qué le pasa.

—¿Por qué no ha querido atender mis llamadas? —preguntó Elena antes de entrar en la sala de estar.

—Dice que no quiere ver ni hablar con nadie. Perdóneme usted, pero está como ida. A veces la veo como triste y otras veces parece que tiene cara de loca, hasta miedo me da preguntarle algo. Yo creo que debería de verla un médico.

—¿Y el señor Ferrer? —preguntó Elena para cerciorarse de su ausencia.

—El señor Ferrer apenas para en casa. Yo no quiero ser una indiscreta pero me da que no están muy bien entre ellos. Apenas se hablan, señora Elena, y el señor la trata mal, aunque ella se calla. Lo mira con muy mala cara, pero no le dice nada, sólo mira para otro lado. Estoy preocupada.

—Tranquílcese, María. Ya veremos qué podemos hacer —dijo Elena tocando amigablemente el brazo de la asistente.

Se desprendió de su abrigo y de la gruesa bufanda que le envolvía el cuello y se adentró en la casa en dirección al salón, tal y como le había indicado María silenciosamente con el dedo.

—¡Vaya, por fin puedo hablar contigo! —exclamó mirando a Olga con despreocupación—. Últimamente estás de lo más perdida.

—Hola, Elena —saludó sin efusividad.

—¡Ufff! Ya veo que te alegras de verme —dijo sonriendo—. A ver, ¿qué tal estás? —preguntó con algo más de seriedad.

—Muy jodida —respondió con acritud.

—¿Habéis podido hablar? —preguntó inquisitivamente, acercándose a ella—. ¿Te ha dado alguna explicación?

—Parece mentira que aún no conozcas a Pablo. Su soberbia, su prepotencia y su descomunal machismo le impiden admitir que es un cabrón.

—Pues sí que es verdad que estás mal. Pocas veces te he oído hablar así.

—Digo lo que siento, Elena. No estoy de humor para andar con paños calientes.

—¿Cómo está Pablo?

—Perfectamente. Yo creo que verme hundida lo revitaliza. Procura hacerme sentir como la única culpable de esta situación y hasta tiene la desfachatez de recriminar mi actitud hacia él, como si yo me hubiera buscado semejante humillación.

—Siempre se ha sentido por encima de ti, Olga, y tú se lo has permitido.

—Yo no le he permitido que arremeta contra mi dignidad, Elena, no te equivoques —respondió ofendida.

—La dignidad no es únicamente una cuestión sexual, Olga. Dependes de él hasta el último extremo, necesitas su aprobación hasta para mover un dedo, jamás te permite tomar decisiones por propia iniciativa que vayan más allá de las cuestiones culinarias, y en su círculo social te está desprestigiando continuamente. ¿Qué eres para él, Olga? —preguntó elevando el tono de voz para hacerla reaccionar.

—Dímelo tú —contestó mirándola a los ojos.

—¡Nada! —respondió con dureza—. Sólo una perfecta marioneta a la que utiliza constantemente para sus propios fines. Una pareja fiel para los eventos sociales, una perfecta anfitriona para sus fiestas de negocios, una buena esposa para salvaguardar su falsa moral, una experta ama de llaves para organizar su casa y un polvo barato, como diría Linda, para todas esas noches en que no ha podido conseguir uno mejor. ¡Lleva atentando contra tu dignidad desde que se casó contigo, Olga!

Elena se giró y lanzó un suspiro al aire temiendo haberse excedido en su sarta de verdades. Olga mantuvo la vista clavada en su espalda sin articular palabra, admitiendo por un momento que no le faltaba razón.

—Levántate de ese sillón —dijo Elena imperativamente—. Si no puedes soportar el seguir conviviendo con él después de lo que ha ocurrido, haz la maleta y vete de aquí. Pero si no tienes valor suficiente para salir de esta casa y de su vida, entonces asume lo que ha ocurrido y aprende a vivir con ello. Manteniendo esta actitud sólo te estás perjudicando a ti misma, porque a Pablo jamás conseguirás hacerlo cambiar, deberías saberlo.

Elena, con el semblante rígido, extendió su mano en dirección a Olga con intención de obligarla a ponerse en pie, y esperó pacientemente observando impertérrita su contrariado gesto. Finalmente, tras un largo rato de tensa espera, Olga alargó su mano y asió con fuerza la de su amiga, fría como el hielo.

—Ya te dije que no puedo permitirme abandonar todo esto —advirtió Olga mirando a su alrededor—, pero no pienses que esto quedará así.

—Yo no pienso nada, Olga. Eso es cosa vuestra. Ahora quiero que te des una ducha y que te pongas espléndida, porque he quedado con las chicas para ir a casa de una antigua amiga mía. Da una fiesta exclusiva para mujeres y puede que haya alguna que otra sorpresa —anunció con sonrisa pícaro.

—De acuerdo. No tardaré.

—No te preocupes, aún es temprano. Tómate el tiempo que necesites.

La majestuosa verja exterior de la mansión Dubois permanecía abierta de par en par para permitir la libre entrada de las invitadas a la fiesta. Dos guardias de seguridad apostados en la entrada del parking controlaban el acceso, exigiendo que se les mostrara la tarjeta de invitación antes de bajar del vehículo.

Alejandra Dubois, de origen francés, había llegado a España hacía algo más de diez años con el único propósito de introducir en el mercado español su afamada firma de joyería y complementos de vestir femeninos que le habían permitido estar en boga entre la alta sociedad francesa durante los últimos años. Tan liberal como egocéntrica, sintiéndose admirada y envidiada por su independiente y libertina vida, amén de por su buen gusto, pensó que podía prestarle mayores favores al conjunto de mujeres de la sociedad madrileña que a las parisinas, que parecían estar de vuelta de las extravagancias de comportamiento por las que las españolas aún parecían escandalizarse.

Sus lujosas fiestas, organizadas hasta el más mínimo detalle, eran de sobra conocidas entre los círculos de la élite social de Madrid, pero el acceso a ellas requería gozar de un elevado poder adquisitivo, ya que las invitaciones únicamente podían obtenerse en las boutiques Dubois al efectuar compras superiores al «módico» importe de un millón de pesetas. Ahora bien, asistir a ellas, además de permitir actitudes desinhibidas totalmente incontroladas por el sexo opuesto, hacía posible establecer influyentes vínculos amistosos y, no en raras ocasiones, íntimamente afectivos entre quienes nunca se atrevieron a manifestar abiertamente su verdadera condición sexual.

Elena bajó del coche y le entregó las llaves del vehículo al joven uniformado que había tenido la deferencia de abrírle la puerta, proporcionándole una generosa propina por estacionarlo.

—¿Por qué le has dado propina? Es su trabajo —cuestionó Olga mientras hacía un esfuerzo para no caerse de los tacones.

—Le deben de pagar una miseria por estar toda la noche aquí, aguantando un frío de espanto —replicó Elena—. Ese chico no debe de tener más de veinte años.

—Ya, pero ése no es tu problema. A propósito —dijo variando el tema de conversación—, ¿cómo has conseguido una invitación para mí?

—Alejandra es clienta de Emilio desde hace años. Él le facilita productos de los laboratorios Martí a bastante mejor precio que el de mercado, así es que, de vez en cuando, me regala un par de invitaciones para que me divierta.

—Y... ¿Emilio lo sabe? —preguntó incrédula.

—Por supuesto, y ya le ha propuesto varias veces que organice fiestas masculinas para que él también pueda descocarse —contestó sonriendo.

—Yo no sé lo que pensaría Pablo si supiera que estoy aquí —dijo con vacilación.

—Pablo está tan seguro de ser el centro de tu universo que no se le ocurriría pensar, ni por lo más remoto, que pudieras serle infiel ni mentalmente —apuntó Elena tirándole del brazo—. Anda, olvídate de él y vamos a divertirnos.

Elena entregó las invitaciones a uno de los guardias de seguridad y éste les abrió amablemente la puerta que daba acceso a la bodega. Una bocanada de aire tibio con extraño olor a perfume y a tabaco les sacudió el rostro. Casi un centenar de exuberantes féminas ocupaban la estancia charlando y riendo bajo la tenue iluminación y al compás de una música cañera que parecía estar reñida con su buen gusto, pero a cuyo ritmo, a pesar de todo, contoneaban sus esculpidas formas corporales. Entre ellas, una decena de esculturales camareros servían, descamisados, todo lujo de exquisiteces

culinarias, haciendo alarde de una musculatura torneada y deseable.

Olga intentó abrirse paso entre los animados corrillos para encontrar al resto de las chicas. Alzándose sobre sus tacones consiguió ver a Linda al fondo de la bodega, cerca de una especie de escenario elevado del suelo apenas un metro.

—Nos ha costado trabajo encontraros, esto está a rebosar —comentó Elena sofocada por el calor.

—Es que os habéis venido al último rincón... —apuntó Olga.

—¿Veis a todas esas monadas sirviendo los canapés? —preguntó Linda.

—Sí —contestaron ambas al unísono.

—¿Veis este escenario rodeado de focos? —volvió a preguntar.

—Sí —afirmaron mirando hacia arriba.

—Pues intuyo que esos cuerpazos van a hacer una exhibición de baile encima de este escenario, ¡y yo quiero estar en primera fila, chicas! —exclamó con entusiasmo.

—Eso es un poco peligroso —advirtió Teresa cautelosamente—. En todos los shows de este tipo acaban sacando a la palestra a los de la primera fila.

—¿Y cuándo has estado tú en shows de este tipo? —preguntó Linda sorprendida.

—Bueno..., no quería decir de este tipo —rectificó azorada—. Me refiero a los espectáculos con público. Siempre que necesitan a alguien echan mano de la primera fila.

—Pues aquí estoy yo para lo que quieran —afirmó Linda—. ¿Alguna más está dispuesta?

—Yo también me apunto —agregó Olga—. Pero antes necesito un par de copas.

—¿Serías capaz de sobar a un guayabo que no sea Pablo? —preguntó Linda con exageración—. ¡No puedo creerlo!

—Hoy soy capaz de cualquier cosa, sólo necesito ese par de copas.

—Voy a por ellas, ¿qué quieres beber? —se ofreció Elena.

—Lo dejo a tu elección, Elena, cualquier cocktail me vendrá bien.

—Tráele algo fuerte, esto no me lo pierdo —apuntó Linda—. ¿Qué te ha pasado, hermosura? —preguntó dirigiéndose a Olga—. ¿Otra pequeña putada de tu amado, o es que tu *ego* por fin ha decidido resurgir?

—Mi amado es un cabrón —contestó con rotundidad.

—¡Uff! —exclamó Linda—. De pequeña putada, nada. Debe de haber sido una gran putada.

Laura giró sobre sus talones fingiendo buscar algo. Se sentía algo incómoda con la conversación y no deseaba tener que intervenir. Hipócritas palabras de consuelo era lo último que le apetecía pronunciar.

La música aumentó de volumen y los focos se encendieron al unísono, cautivando las miradas lascivas de quienes aventuraban un espectáculo subido de tono. Elena se incorporó al grupo y ofreció a Olga una de las dos copas de Manhattan que había pedido.

—¡Por nosotras! —dijo Elena levantando su copa.

—¡Por nosotras, las únicas que valemos! —añadió Olga elevando al aire su copa vacía—. ¿Alguna de vosotras quiere la guinda? —preguntó haciendo muecas por el amargor del whisky—. Voy a por otro.

—¿Qué demonios le ha pasado a ésta, Elena? —preguntó Linda con gesto perplejo.

—Digamos que por fin se ha dado cuenta del calibre del cañón con el que vive, pero mejor que os lo cuente ella.

—Deberíamos llevárnosla de aquí —advirtió Laura elevando su voz, apenas audible entre los fervorosos gritos de animación de las asistentes al festejo—. Creo que no está en su mejor momento.

—¡Déjala que disfrute! —exclamó Elena—. Lo necesita. Por un día que se descoque no va a pasar nada.

—Lo peor es que si llega bebida a casa, Pablo se enfadará —apuntó Teresa con preocupación.

—No vamos a dejar que Pablo la vea en ese estado. Si bebe más de lo que debe, me la llevo a dormir a casa. Emilio no está. Además, ahora no creo que quiera irse —advirtió divertida—. Mirad dónde está.

Las chicas giraron la cabeza en dirección al escenario y observaron perplejas cómo Olga, con una copa en la mano y al ritmo sensual de la música, se iba aproximando lentamente al *stripper* masculino que acababa de iniciar su número de baile. Linda soltó una carcajada y comenzó a dar rítmicas palmadas para animar el espectáculo invitando a las demás a hacer lo mismo, mientras Teresa tapaba sus ojos con ambas manos para evitar ruborizarse. La sala ovacionó la iniciativa y comenzaron a vociferarse las primeras palabras alentando a la espontánea a cometer obscenidades.

—¿Es amiga tuya? —preguntó Alejandra Dubois a Elena, con un claro acento francés.

—¡Alejandra, qué alegría! —exclamó Elena acercándose a ella y propinándole los tres besos de rigor—. ¡Me alegro de verte! Es mi amiga, sí —contestó sonriendo.

—Parece atrevida.

—No creas, en el fondo es bastante tímida, sólo que hoy se siente un poco... liberada.

—Mis chicos tienen orden de hacer pasar un buen rato a mis invitadas —dijo con lenta pronunciación y maliciosa sonrisa—. Llegará hasta donde ella quiera llegar —le susurró con un guiño.

—Para eso estamos aquí, para dar rienda suelta al desenfreno, ¿no?

—Por supuesto, querida. Aquí no hay nada ni nadie que nos recrimine el abandonar nuestra encorsetada actitud moral. Invertimos demasiado tiempo en representar un buen papel como esposas, madres o modelos ejemplares de exquisita educación. ¡Al diablo con ello! Saquemos la pantera que llevamos dentro —concluyó riendo—. ¡Divertíos!

—Gracias —contestó Elena con efusividad.

—¡Oh, Dios! Me da vergüenza —confesó Teresa sonriendo—. ¿Tú estás viendo eso? —preguntó a Elena—. Le está pasando las manos por todo el cuerpo.

—¿Y tú le estás viendo la cara? —preguntó Linda—. ¡Se lo está pasando en grande!

Olga bailaba en el escenario completamente ajena a su condición de casada, animada por el alcohol, el ambiente sórdido de la fiesta y el profundo despecho de mujer ultrajada. Como abducida por el elevado volumen de la música y la intensidad de los focos, no acertaba a ver más allá del cuerpo escultural que tenía a escasos centímetros de distancia, participando activamente en el espectáculo que ella misma había generado. El apuesto *stripper*, de apenas veinte años y escasa timidez, se había limitado a bailar en torno a Olga con insinuantes ademanes al tiempo que se iba despojando lentamente de su ropa, aunque sin la osadía de rozar un solo milímetro de la piel de su

inesperada espontánea. Pero a medida que el espectáculo había ido avanzando, Olga lo había incitado cada vez más a aproximarse a ella, obligándolo a asirla por la cintura como señal expresa de su concesión para poder acariciarla.

A partir de ahí, el espectáculo comenzó a cobrar un tinte erótico alejado de la casi rutinaria puesta en escena habitual de todos los años. El casi centenar de mujeres congregado en la fiesta ovacionaba encendidamente a la heroína desconocida que se había atrevido a dar rienda suelta a sus instintos libidinosos sin recato alguno, provocándole una subida excesiva del nivel de adrenalina que la hacía estar completamente fuera de sí.

Las chicas comenzaron a mirarse ligeramente preocupadas por su anormal conducta, sobre todo al observar la forma en que Olga invitaba a su *stripper* a arrancarle los botones de su blusa de cachemire, mientras ella paseaba la mano efusivamente por la entrepierna del chico. En breves segundos, la camisa de Olga salió disparada hacia el otro extremo del escenario dejando al descubierto parte del conjunto de lencería negra de Christian Dior que realzaba aún más sus perfectísimos senos artificiales que el chico no dudó en acariciar con perfecta maestría.

—Hay que bajarla de ahí —comentó Teresa sin atreverse a tomar la iniciativa en solitario.

—Ya es mayorcita, sabe lo que está haciendo.

—Está bebida, Elena —advirtió Laura—. Alguien acaba de acercarle otra copa y se la ha bebido de un solo trago. Está borracha.

—¿Qué opinas, Linda? —preguntó Elena.

—Me temo que si no acudimos en su rescate ese cabrón se la tirará encima del escenario y ella consentirá encantada. Y lo peor de todo es que mañana no recordará absolutamente nada. ¡Sería una pérdida para los sentidos! —exclamó jocosa.

—Y una sesión de porno gratis —agregó Elena—. ¡Vamos a por ella!

Las chicas comenzaron a abrirse paso entre las enardecidas espectadoras hasta llegar a la parte trasera del escenario.

—Subid a por ella —ordenó Elena—. Voy a hablar con Alejandra.

Linda escaló a saltos los escalones que se elevaban hasta el escenario y se acercó a Olga entre los abucheos de la audiencia femenina.

—Discúlpame, guapo, pero este numerito termina aquí.

—Lástima —se lamentó el chico—, creí que habías decidido unirte a nosotros.

—¡No te pases, guaperas! —exclamó enfadada—. Nosotras somos las que decimos el qué, hasta dónde y hasta cuándo, y tú obedeces. Las demás libertades están reñidas con tu sueldo.

—No quiero irme —contestó Olga arrastrando las palabras—. Quiero follármelo.

—Estás bebida. Vuelve a buscarlo cuando estés sobria, si es que aún sigues pensando lo mismo. Ahora, vámonos de aquí.

Linda empujó a Olga en dirección a la escalera, sujetándola firmemente por la cintura para evitar que perdiera el equilibrio.

—Adiós, cariño —se despidió del chico—. ¿Nos volveremos a ver? —preguntó con dificultad—. Aunque no me has dicho tu nombre.

—Ángel, me llamo Ángel —contestó con dulzura.

—Un día de estos te llamaré, Ángel. Te llamaré, sí, seguro que te llamaré. ¿Verdad que lo llamaré, Linda?

—Sí, seguro que sí —contestó pacientemente.

—Venid conmigo —anunció Elena—. Le he comentado a Alejandra que no podemos llevarnos a Olga en estas condiciones y se hace cargo de la situación. Me ha sugerido que pasemos a una de las salas del piso superior hasta que se encuentre mejor. Su asistenta le va a hacer una infusión a ver si se le pasan un poco los efectos del alcohol.

Subieron a la planta superior por una amplia escalera de mármol que había al final del corredor. En pocos instantes, las voces desaparecieron ahogadas por los gruesos muros de hormigón. Entraron en una amplia sala que bien podría hacer las veces de biblioteca, a juzgar por la extensa cantidad de libros que saturaban las librerías. Una chimenea central devoraba lentamente unos gruesos troncos de leña insinuando un acogedor juego de claroscuros sobre los muebles blancos de aquella estancia. Apenas dos lámparas de mesa estaban encendidas, la luz justa para no alterar el equilibrio de paz y serenidad que constituía la razón de ser de aquel comfortable lugar de la casa, a no ser que la misma fuera invadida por una mujer ebria y su grupo de amigas, en cuyo caso, tan cálida atmósfera perdía irremediablemente el sentido de su creación.

Olga tropezó ruidosamente con un revistero de forja que había a la entrada de la habitación.

—¡Joder! —exclamó confusa—. ¿Quién demonios ha puesto aquí este expositor? Encended las luces, aquí no se ve nada —dijo con la lengua trabada, al tiempo que se descalzaba para mirarse los dedos de su pie.

—Es un revistero, Olga —dijo Elena riendo—. Anda, ven conmigo. Te ayudaré a sentarte.

Bordearon el conjunto de sofás dispuestos alrededor de una gran mesa de ébano y tomaron asiento dejándose caer sobre los mullidos cojines de plumón de oca.

—¿Cómo estás, Olga? —preguntó Teresa comedida.

—Cabreada —exclamó apoyando la cabeza de forma descontrolada sobre el respaldo del sofá—. Yo quería tirármelo.

—No sabes lo que dices, querida. ¿Cómo ibas a hacerlo encima de un escenario? —apuntó Laura.

—Me da igual donde estuviera, quería tirármelo. A ése o a cualquier otro, me es indiferente —continuaba diciendo con los ojos cerrados.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Olga? Nunca te había visto así —advirtió Linda—. Me alegra que te diviertas, pero me sorprende que no tengas la sombra de Pablo pululando por tu cabeza.

—¡Chssss! —exclamó dando un respingo en el sofá—. Queda prohibido mencionar a ese cabrón —ordenó con los ojos extraviados—. Porque es un cabrón. Qué digo, cabrón. ¡Es un supercabrón! —exclamó sentenciando con su dedo índice.

—Eso lo dices ahora porque estás un poquito borracha —dijo Linda con cierta delicadeza—, pero mañana, cuando superes la resaca, volverás a babear por él.

—¡Y una mierda!

—Basta ya, Olga —susurró Elena—. Cuando te tomes la infusión te vienes conmigo a casa.

—Tú sabes lo que ha ocurrido, ¿verdad Elena? —preguntó Linda con perspicacia.

—No te voy a decir nada, Linda —contestó con contundencia.

—Anda, cuéntaselo —alentó Olga vocalizando con torpeza—. Ya no me importa. Todas sabéis de sobra como es mi... Pablo. Apuesto a que a alguna de vosotras también le ha hecho alguna insinuación. ¿Me equivoco? —preguntó mirándolas a todas con un vaivén de cabeza.

—No digas tonterías —contestó Teresa poniendo la mano sobre su hombro—. Somos todos amigos, ¿no? Sólo faltaría que nos liáramos entre nosotros.

Olga giró la cabeza y permaneció unos interminables segundos mirando a Teresa con sus penetrantes ojos negros.

—¿Tú no serías capaz, Teresita? —preguntó en tono jocoso. ¿No te gustaría tener un lío con alguno de nuestros maridos? —inquirió con leve sonrisa de complicidad.

—Soy feliz con Esteban —acertó a decir con torpeza y evidentes signos de nerviosismo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —alegó Linda con despreocupación—. Echar una cana al aire rejuvenece el cuerpo y la mente, y ayuda a romper un poco la monotonía del matrimonio, que llega a ser un verdadero aburrimiento.

—Eso lo dices porque Javier no te ha sido infiel —masculló Olga con un cojín sobre su rostro—. Pero si te los hubieran puesto así de grandes, como a mí —dijo elevando las manos por encima de su cabeza—, ahora estarías tremendamente cabreada, te lo digo yo.

—Si me los hubieran puesto así de grandes, razón de más para follarme a quien me viniera en gana —contestó efusivamente—. Y tal vez hasta me vendría bien. Quizás fuera la mejor forma de quedarme embarazada —concluyó bromeando.

—¿Accederías a acostarte con mi marido, Laura? —farfulló Olga a bocajarro sin ser consciente del cariz de su pregunta.

—¿A qué viene eso, Olga? —inquirió Laura alarmada por el trasfondo de la pregunta.

—A que yo creo y pienso —comenzó a decir con intriga— que al hijo de puta de mi marido sí que le gustaría acostarse contigo.

—No digas bobadas —contestó Laura nerviosa.

—Vi cómo te miraba el primer día que llegaste a mi casa —dijo Olga con altibajos en la voz—. Vi su baba a punto de resbalar por la comisura de su boca. Y no es la primera vez que babea por ti, te lo puedo asegurar.

—Eso tal vez sea lo que quiere Pablo, pero no yo —afirmó claramente incómoda.

—Sí, tal vez tengas razón. Mi marido sueña con llevarse a la cama a todo bicho viviente que tenga buenas piernas y unas buenas tetas.

—Mientras sólo sea un sueño... —apuntó Linda.

—Los sueños de mi marido se convierten en realidad. Él mismo se encarga de ello. Por eso quiero pagarle con la misma moneda —afirmó con recelo quitándose el cojín de un manotazo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Acostarte con el primero que se cruce en tu camino? —preguntó Elena.

—Podría ser... —contestó pensativa.

—Con el primer... desconocido, que se encontrara en su camino. Porque si ese primer hombre fuera alguno de los nuestros... —concluyó sonriendo.

—Me lo tiraría igual.

—Está de broma y además, bebida —advirtió Laura—. ¿No la veis?

—No estoy de broma, Laura —dijo masticando las palabras—. Me lo tiraría igual. Estoy cansada de ser un cero a la izquierda, de que me pongan los cuernos cada vez que le place a ese innumerable, de hacer el papel de buena esposa y de amante complaciente, de ir a las mismas tiendas, a los mismos centros comerciales, a las mismas fiestas, de visitar los mismos lugares una y otra vez, porque ya los he visto casi todos, de saquear la tarjeta de crédito cuando me invade el aburrimiento... Necesito y quiero emociones más fuertes, quiero sentirme viva. Ya no me basta con lo que tengo, deseo más. Un poco de riesgo o algún otro placer oculto no estarían mal para empezar. Follar con un desconocido sería muy fácil. Sin embargo, cometer un acto de lujuria con alguno de vuestros hombres sería más interesante, ¿no os parece?

Las chicas, perplejas ante aquella confesión, se mantuvieron en silencio durante un breve espacio de tiempo, sin acertar a adivinar hasta qué punto podía ser consciente de lo que estaba diciendo, a pesar del alcohol.

—¿Estás hablando en serio? —acertó a preguntar Linda.

—Por supuesto. Y tú deberías animarte a hacer lo mismo. Tal vez la semilla de alguno de nuestros hombres sea más fructífera que la de Javier —dijo Olga con extraña serenidad.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —apuntó Laura—. Estáis desvariando, chicas, no podéis hablar en serio.

—¿Tú no dices que Jorge dedica su vida exclusivamente al trabajo y a su hijo? ¿Cuántas veces te has quejado de que no existe el tiempo para ti?

—Ésa no es razón de peso para acostarme con otro, Olga —contestó Laura.

—Pues busca alguna, seguro que la encuentras. Todos tenemos alguna debilidad oculta —reiteró—. Y tú, Elena, ¿cuántos días al año te ves completamente sola en esa casa, haciendo lo mismo hora tras hora y día tras día? No puedo creer que estés satisfecha viviendo de esa forma. ¿Y qué me decís de Teresa? —dijo casi sin mirarla—. Estaba completamente eufórica por un simple desfile de moda. La mente cuadriculada y extremadamente rutinaria de su amado Esteban no le cede espacio a la sorpresa y a la improvisación. Apuesto a que en muchos momentos te gustaría vivir con un poco más de vértigo en el estómago —sugirió dirigiéndose a ella—. ...Pero acompañada por alguien de costumbres menos anticuadas —concluyó guiñándole un ojo a espaldas de Laura.

—Por tus palabras, pareces insinuar que deberíamos liarnos todas con todos... —apuntó Linda.

—¿Por qué no? —preguntó Olga con los ojos vidriosos.

—Olvidas que también se necesita el beneplácito de los hombres para poder hacer eso —advirtió Elena—. ...Y yo, francamente Olga, no creo que estén dispuestos.

—Yo no necesito acostarme físicamente con ninguno de ellos, me bastaría con su esperma —exclamó Linda jocosamente.

—¡Pues cojamos su esperma! —gritó Olga extendiendo los brazos—. Qué mejor venganza hacia Pablo que quedarme preñada de otro. O lo que es mejor..., ¡hacer que críe al hijo de otro sin saberlo! —concluyó echándose a reír.

—¡Estáis locas! Nunca dejaréis de sorprenderme, de veras —balbució Teresa.

—¡Juguemos, chicas! —animó Olga incorporándose en el sofá—. ¡Juguemos! ¡Divirtámonos de forma diferente! ¡Hagamos que se nos forme un nudo en la boca del estómago que hasta nos cueste

trabajo respirar! ¿De verdad que ninguna de vosotras desea experimentar emociones fuertes?

Las chicas comenzaron a mirarse unas a otras con perplejidad en el rostro, sin acertar a comprender lo que estaba proponiendo realmente.

—Explicate, Olga, si es que puedes —ordenó Laura—, porque te aseguro que no entiendo absolutamente nada de toda esta conversación.

—Suponed que todas nosotras nos regalamos mutuamente el esperma de nuestros hombres, pero sin conocer su procedencia, por supuesto, como en el juego del «amigo invisible», habiendo dejado previamente de usar anticonceptivos. ¿Imagináis cómo viviríamos durante el siguiente mes y medio hasta saber si hemos quedado embarazadas? ¡Debe de ser de infarto! —exclamó Olga extremadamente emocionada.

—¡No pienso participar en esa desfachatez! Me parece realmente absurdo —sentenció Laura.

—¡Eres una remilgada! —dijo Olga con desprecio—. ¿No te sentarías nunca en la cuerda floja? —inquirió—. ¿Por nada ni por nadie?

Laura permaneció largos segundos observándola fijamente, con la mente perdida en rincones ajenos a los de aquella sala.

—Reconozco que la idea es sumamente original y extravagante, una sugerencia lúdica bastante fuera de lo común —adujo Linda—. Pero a la vez imposible. ¿Cómo demonios piensas llevar a cabo ese procedimiento? Lo planteas como si fuera lo mismo que intercambiar tomates.

—Tal vez sea posible —apuntó Elena en un susurro.

—¡Oh, Dios! ¿Tú también, Elena? ¿Vas a seguirle el juego? ¡Está bebida! —dijo Laura alarmada.

—¡Sólo he dicho que tal vez sea posible, no que vayamos a hacerlo! —contestó con aspereza—. Creo que podría hacer uso de los medios del laboratorio, ahora que Emilio no está.

La puerta de la biblioteca se abrió repentinamente y Alejandra Dubois avanzó hacia ellas con agilidad.

—¿Qué tal? —preguntó cortésmente—. ¿Va todo bien? ¿Nuestra *nouvelle strip* se siente mejor?

—Sí, creo que su sangre se va normalizando —apuntó Elena sonriendo.

—Me alegro. Debo ausentarme un momento, estaré de vuelta en un par de horas. Cualquier cosa que necesitéis no dudéis en pedírsela a mi asistenta.

—No es necesario —contestó Elena con rapidez—. Creo que ya podemos marcharnos, ¿no, Olga? —preguntó con un sutil asentimiento de cabeza.

—Sí, ya me encuentro bastante más serena. Elena tiene razón, no debemos abusar de su hospitalidad.

—Como queráis. Os doy las gracias por vuestra asistencia y espero veros por aquí la próxima vez.

Alejandra Dubois, con exquisita cortesía, extendió su mano y fue estrechando las de las chicas con efusividad. Después giró sobre sus tacones y desapareció con el mismo delicado paso felino con el que había entrado.

Las chicas comenzaron a ponerse sus abrigos y demás artilugios invernales con los que habían venido, evitando descuidar a Olga, que aún no era capaz de mantener plenamente el equilibrio corporal. Elena se detuvo en seco al llegar a la puerta y la bloqueó sutilmente para evitar que salieran.

—Me ocuparé de hacer las indagaciones oportunas para saber si podríamos llevar a cabo el juego de Olga —anunció—. Nos volveremos a reunir en mi casa pasadas dos semanas para hablar de ello. Entonces será el momento de pronunciarnos a favor o en contra de participar en él, si es que fuera factible. Hasta entonces, pensadlo.

Elena abrió la puerta de la sala y sujetó a Olga de un brazo para ayudarla a bajar las escaleras. Ninguna de ellas articuló palabra alguna, la perplejidad y el desconcierto se lo impedían. Y ninguna de ellas se aventuró a hacer partícipes a las demás de una prematura decisión.

14.

Linda se ofreció a acompañar a Olga hasta casa y cerciorarse de que era capaz de meterse en la cama sana y salva. Había ido conduciendo el coche extremadamente despacio, con especial cuidado en las curvas y evitando maniobras bruscas que pudieran provocarle un repulsivo vómito; lamentaría manchar la tapicería beige de su Porsche deportivo.

Olga cerró los ojos nada más subir al auto, y por los continuos vaivenes de su cabeza podría asegurarse que había conciliado un profundo y soporífero sueño, en tanto que Linda parecía haberlo perdido completamente a raíz de la última y extraña conversación.

Abandonó por un instante sus pensamientos para enfrascarse en el concienzudo registro del bolso de Olga, en busca del mando de apertura de la verja exterior, cerrada a cal y canto a tan intempestiva hora. Debió de sonar algún tipo de alarma en el interior, porque Pablo apareció repentinamente bajo el quicio de la puerta principal antes de que el silencioso vehículo comenzara a rodar por los aledaños interiores de la casa.

—Buenas noches, Pablo —saludó Linda cuando acertó a bajar del coche—. ¿Aún levantado?

—No es habitual que mi mujer llegue a casa después que yo —advirtió con despotismo—. Me gusta encontrarla en ella cuando llego, máxime si es de noche.

—Pues alguna vez tenía que ser la primera —replicó con despreocupación—. Vamos, ayúdame a bajarla.

—¿Viene dormida o borracha? —preguntó con crudeza.

—Digamos que un poquito pasada de copas. Se ve que no está acostumbrada a beber.

Pablo se inclinó hacia adelante y pasó sus brazos bajo la espalda y las piernas de Olga, llevándola en volandas hacia el interior con ademanes poco delicados.

—¡No seas brusco con ella! —exclamó Linda siguiéndolo con esfuerzo.

—¿Me dirás tú dónde ha estado y lo que ha hecho?

—No. Sólo me digno a darle explicaciones a mi marido.

—Entonces no vengas a decirme cómo debo yo tratar a mi mujer —replicó dándole la espalda con desprecio.

—Cuando te lo propones sabes ser realmente odioso.

Linda giró sobre sus talones y aceleró el paso para entrar en el coche y resguardarse del intenso frío. Encendió la radio y pensó en Javier, tan afín a Pablo y a la vez tan distinto, sobre todo con ella. En muchas ocasiones había pregonado que la razón de su éxito como pareja giraba en torno al sexo y a las aficiones comunes que disfrutaban mutuamente sin sentirse coartados por inútiles compromisos ni deberes conyugales. Sin embargo, cuando esa noche llegó a plantearse la posibilidad de engañarlo

de forma premeditada sintió revolotear mariposas en el estómago, embargándole un sentimiento de afecto profundo completamente desprovisto de matices carnales.

Entró en casa despacio y en silencio, intentando evitar el crujido de la alfombra de sisal que cubría el suelo del hall de entrada. Se despojó de su ropa en el vestidor y avanzó hasta el dormitorio siendo consciente de que no podría conciliar el sueño con facilidad. Javier estaba en la cama, con la cabeza ligeramente elevada sobre un cojín, un libro abierto caído sobre su pecho desnudo y la televisión encendida. Linda sonrió con ternura recordando aquella época de estudiante en que necesitaba desviar su atención hacia estímulos más divertidos cuando tenía que asimilar las asignaturas más áridas de la carrera, aunque sólo fuera por breves minutos. Desde entonces, no había perdido la costumbre de hacer ambas cosas a la vez.

Le retiró el libro con suma suavidad y apagó el televisor. Eliminar el estímulo sonoro al que estaba habituado hizo que Javier despertara. Ella lo miró cándidamente y elevó cejas y hombros como gesto de disculpa, sin decir nada, y Javier, observándola como si de una aparición divina se tratase, extendió su mano invitándola a acompañarlo.

—¿Lo pasaste bien? —preguntó en un susurro con los ojos entornados.

—Sí, duérmete, es muy tarde —le contestó rozando su mejilla con los labios.

Despertó bruscamente hacia las once de la mañana cuando la asistenta entró en el dormitorio sin ser consciente de que ella aún estaba allí. Tardó unos cuantos minutos en poner su mente en orden respecto a dónde había estado, qué había pasado y lo que tenía que hacer aquella mañana de no sabía qué día. El punzante dolor de cabeza le impidió escuchar las disculpas de la asistenta que optó por abandonar la estancia enfrascada en un soliloquio ininteligible.

Miró al otro lado de la cama y la encontró vacía y fría. Javier debía de haberse levantado hacía rato. Se aproximó a la ventana con movimientos lentos y perezosos y dejó que el sol acariciara su rostro durante algunos segundos. No había descansado bien, y no era sólo a consecuencia del alcohol. Un cúmulo de sueños repletos de imágenes inconexas la había estado atormentando en las escasas horas en que había dormido. Años atrás habría recurrido a uno de sus libros de cabecera, *La interpretación de los sueños*, para analizarlos al más puro estilo freudiano, pero aquella moda ya pasó. Hacía tiempo que había dejado atrás sus dudas existenciales para dejar paso a la practicidad más absoluta, por lo que extrajo una única imagen de toda aquella escenografía mental, la única que prevalecía de forma clara y atrayente entre todas las demás: la imagen de un bebé.

Sintió momentáneamente la necesidad de salir y tomar el aire, o tal vez fuera el deseo de abstraerse de todo cuanto había a su alrededor para poder pensar con claridad. Se vistió con ropa deportiva y eligió una ancha cinta de tenista para sujetarse el pelo, no sin antes bañar su cara en abundante agua fría para despejarse por completo. Tomó un café cargado sin mediar palabra con su asistenta, que estaba mondando patatas a velocidad vertiginosa y salió por la puerta trasera sin más explicación. Enfiló uno de los escasos caminos de tierra que habían sobrevivido a la invasión de las máquinas constructoras, en dirección a un pequeño lago de aguas cristalinas, conservado como una de las Joyas de la Corona, y buscó una roca amplia y lisa donde sentarse. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Se detuvo entonces a contemplar la depurada silueta de las casas de diseño abriéndose paso entre cuidados jardines y árboles frondosos, movidos por la suave brisa, refulgentes por el sol. Escuchó tenuemente los roncós ladridos de algunos perros al paso de los vehículos de lujo, coloristas y aerodinámicos, y se dijo a sí misma que no se permitiría renunciar a aquella estampa.

La idea de Olga era absurda. Pueril y extremadamente absurda. Pero removió algo en su interior

que la hacía sentirse a un tiempo confusa y esperanzada. No quería renunciar a Javier ni al dinero de su padre, pero ambas cosas aspiraban lentamente a tornarse incompatibles. Amaba a Javier porque con él se sentía libre. Respetaban la mutua esencia de cada uno y banalizaban la parte superficial. Se entendían a la perfección: un sólo gesto, una mirada, una caricia... y su extraordinaria complicidad hacía encajar sus almas como las piezas de un puzle. Una vida en común con apenas unas cuantas normas básicas que cumplir y dos vidas independientes con libertad de hacer y de sentir; dos balones de oxígeno esenciales para mantener una relación fresca y duradera, alejada del hermetismo asfíxiante que acaba corroyendo los sueños y anhelos de tantísimas parejas. Pero codiciaba el dinero, indispensable para mantener su estilo de vida y su autonomía personal, tantas veces defendida ante su progenitor y origen de su pésima relación.

Compaginar ambas cosas se había convertido en su auténtica obsesión, y en una empresa que debía acometer y culminar en solitario. ¿Cómo explicarle a Javier que su ardiente deseo de tener un hijo distaba mucho del afamado instinto materno, para convertirse en mero interés económico? ¿Cómo explicarle que sin hijos jamás formarían parte del patrimonio de Brett Sanz, por su carente confianza y aprecio personal hacia él? ¿Cómo explicarle que no estaba dispuesta a pasar el resto de su vida dependiendo exclusivamente de un capital que no era suyo, a pesar del amor que pudiera profesarle? Lo más sensato era sin duda ponerse en manos de Emilio Martí y de sus especialistas en inseminación artificial. Su clínica contaba con buenos médicos para intentar incluso, de forma previa, un tratamiento hormonal menos agresivo que la propia inseminación, pero aun así, tal opción suponía la necesidad de hacer a Javier partícipe directo del problema y su solución. Y ni siquiera le había mencionado su intención de ser madre. Simplemente habían obviado el uso de anticonceptivos como un componente más de su libertad de acción sexual.

Aceptar el juego no le garantizaba el éxito, y aun cuando así fuera, el riesgo de destruir su matrimonio tal vez fuera demasiado evidente. Javier podría llegar a tolerar un escarceo físico entre ella y otro hombre, pero siempre y cuando no entrara en juego el aspecto emocional. Algo estrictamente físico lo consideraría como un desbordamiento puntual de su líbido, pero si lo adornaba con tintes emocionales lo tomaría como una traición, estaba segura. Y tener un contacto sexual con algún conocido, máxime si era amigo, conllevaría irremediablemente trascender lo corporal. ¿Cómo salvar la situación si las consecuencias que derivaban de ella iban a ser de por vida? ¿Cómo explicarle razonadamente la forma en que se produjo si la idea era tan demencial como increíble?

Tiró con fuerza una pequeña piedrecilla haciéndola saltar sobre el agua unas cuantas veces con casual habilidad. Javier no tenía por qué enterarse. Y ella quería jugar. Si después de aquello no ocurría nada, no dejaría de ser una mera anécdota extraordinaria y excitante, fuera de lo común, de lo aburrido. Si tenía la suerte de quedar embarazada, era previsible que comenzara a disfrutar en vida de la herencia de su padre. Hacer a Javier partícipe directo de su riqueza lo haría desviar su atención del fenotipo genético que pudiera mostrar su hijo si ella dejaba constancia de que la razón de tanta generosidad había llegado de la mano de su recién nacido. Además de ser un poco ingenuo, Javier también sentía devoción por la Diosa Fortuna.

Se levantó de un respingo al notar el picotazo de una enorme hormiga roja a pesar de su protección Nike. Sacudió vigorosamente la hojarasca que había quedado adherida a su ropa y se dispuso a volver. Se sentía bien. Lúcida, despierta y con todo en orden. Deseaba más que nunca abrazar a Javier, besarlo, acariciarlo con toda la ternura de que fuera capaz. Pero no lo haría. Seguiría tocándolo de forma libertina y espontánea, empleando el soez y divertido lenguaje de siempre y

como siempre. Porque tenía claro que cualquier cambio de actitud hacia la pareja alimenta una incipiente sospecha de infidelidad.

Los preparativos navideños habían comenzado en el hogar de los Palma con la tradicional compra de dos grandes abetos, que el propio encargado de los viveros Guadarrama acababa de colocar flanqueando la puerta de la entrada principal. A partir de ahí, las guirnaldas, las luces y demás adornos decorativos centrarían la atención de Teresa durante varios días, creando una entrañable y emotiva obra maestra de luz y color. Sólo conservaba un recuerdo de sus primeras navidades infantiles, el flash visual de un pequeño árbol repleto de bolas de cartón pintadas a mano por su madre, y bajo él, un pequeño nacimiento iluminado tenuemente por diminutas velas y un único regalo, un muñeco bebé con el cuerpo relleno de trapo y las extremidades rígidas y perfectas durmiendo plácidamente en una preciosa cuna, fabricada con una cesta de mimbre para la fruta y unas sábanas bordadas confeccionadas a partir de uno de los manteles desechados por el hotel. Aquel regalo de reyes había sido para ella el más maravilloso de toda su vida, porque era lo único que desde entonces le había permitido mantener un consciente vínculo emocional con sus progenitores, el único estímulo capaz de evocar una imagen cargada de entrañables sentimientos que le habían impedido desarraigarse de sus orígenes biológicos. Desde entonces, año tras año, las fiestas navideñas comenzaban con la llegada de dos abetos, grandes como el espíritu de quienes la vieron nacer, y se ocupaba con especial esmero de que brillasen resplandecientes hasta que los Magos de Oriente volvieran a dejar junto a la chimenea su regalo más preciado, conservado con celo extremo desde entonces.

No recordaba exactamente dónde había guardado los adornos del año anterior. Aunque cada Navidad solía renovar la práctica totalidad de los mismos, siempre conservaba aquellos que por cualquier extraña razón despertaban en ella algún sentimiento especial. Su elección había llegado a convertirse en un auténtico ritual, por lo que siempre esperaba a estar sola para evitar distracciones inoportunas en el desarrollo de una rutina de la que disfrutaba personalmente. Tomaba asiento en el suelo, sobre una de las muchas alfombras que cubrían el mármol italiano del salón, e iba extrayendo, pieza a pieza, todos y cada uno de los adornos bien conservados del año anterior. Los elevaba a la altura de sus ojos, les daba vueltas y más vueltas y permanecía observándolos fijamente durante varios segundos, minutos incluso, dando tiempo a su mente para jugar al escondite con sus recuerdos más preciados. A veces no resurgía ninguno, entonces lo desechaba depositándolo en la gran bolsa de basura que esperaba con la boca abierta a un escaso metro de distancia. En otras, por el contrario, una tierna imagen o cualquier otro evocador efluvio sacudían su mente como una descarga eléctrica, y se dejaba llevar por el mismo, con la mirada perdida en cualquier punto del objeto, gozando plenamente de la emoción. Si alguien le hubiese preguntado el porqué de esa extraña costumbre, tal vez no hubiera sabido qué contestar. A decir verdad, no podría afirmar si era fruto de su carácter romántico, de su constante deseo de felicidad, si era una oleada de incontenible nostalgia o un burdo producto de su aburrimiento habitual. Tal vez fuera un compendio de todo ello.

Optó por comenzar la búsqueda en un pequeño cuarto trastero situado en el sótano de la casa, aunque tal vez debiera esperar la llegada de su fornido jardinero para que le ayudase a subir las cajas más pesadas, si es que se encontraban allí. Miró el reloj de estilo victoriano situado sobre la chimenea, una herencia de la abuela de Esteban que rompía de forma atroz la armonía decorativa del salón, pero que nunca se atrevió a relegar por su gran valor sentimental. Faltaban escasos minutos

para las once de la mañana. El timbre de la puerta sonó repetidamente, con irritable insistencia. Teresa se dirigió hacia ella diligentemente sin esperar a que el personal de servicio atendiera la llamada, sorprendida por la actitud poco comedida de Antonio, su jardinero. Abrió directamente y se sobresaltó al darse de bruces con aquel desconocido que no era, precisamente, a quien esperaba encontrar. Un muchacho desmelenado, de apenas veinte años y con cierto aire chulesco portaba un paquete grande de unos quince centímetros de grosor. Mascaba chicle con la boca entreabierta y en el lateral izquierdo de su camisa azul a medio abotonar podía apreciarse el emblema de una conocida empresa de mensajería. Una indecente imagen que atentaba contra la credibilidad y publicitada seriedad de esa firma internacional.

—¿Teresa Martín vive aquí? —preguntó sin dejar de masticar.

—Sí, soy yo —contestó mientras echaba una rápida ojeada al interior de la casa deseando ver a alguna persona del servicio.

—Ah, vale. Esto es para ti —dijo empotrándole el paquete en el pecho.

Teresa lo sostuvo con la mayor agilidad de que fue capaz, sin haber sido advertida de la posible fragilidad del contenido de aquella caja.

—Firma aquí —ordenó apoyando su grasiento dedo en un recuadro del papel.

—¿Me permite un bolígrafo, por favor?

El imberbe mensajero extrajo un rotulador azul del bolsillo de su camisa y se lo tendió con el gesto torcido. Teresa firmó la nota de recepción de manera descuidada, deseosa de que aquel individuo abandonara la entrada lo antes posible y le entregó el papel semiarrugado, empujando la puerta sin tan siquiera esperar a que se girara. No era la primera vez que irrumpían en el interior de las viviendas de lujo tras haber obtenido información a través de repartidores o mensajeros que previamente las habían visitado con cualquier excusa. La Luna tenía buenas medidas de seguridad, pero los atracadores cada vez eran más sagaces y las bandas organizadas comenzaban a proliferar.

Permaneció unos segundos tras la puerta, con el paquete en las manos y el oído agudizado intentando adivinar si el desconocido mensajero aún continuaba allí. Aquella visita le resultaba un tanto extraña, porque no recordaba haber hecho ningún pedido que debiera recibir a domicilio. Giró el paquete en ambas direcciones a la búsqueda de alguna tarjeta o etiqueta identificativa del remitente y encontró un pequeño sobre, del mismo azul turquesa del envoltorio, insertada en uno de los dobleces del papel. En el margen superior derecho pudo leer «Solum's Cloths», y notó un fuerte palpito en el pecho que le aceleró bruscamente el latido de las sienas. Por unos segundos se sintió contrariada. No encajaba que Jorge, con su extremada pulcritud empresarial, hiciera uso de una firma de mensajería con un personal tan descuidado, pero, en ese preciso instante, no tenía tiempo ni intención de buscar la explicación.

Entró en el salón, tomó asiento en un mullido sofá frente a la chimenea encendida y depositó el paquete cuidadosamente sobre su regazo. Extrajo la tarjeta que había en el interior del sobre, tratando infructuosamente de contener el temblor de sus manos. Esbozó una sonrisa al sopesar lo irracional de su actitud. Probablemente aquel envío y aquella tarjeta habrían sido remitidas por la encargada de turno de cualquier sección de Solum's Cloths de forma burocrática y protocolaria, sobre todo en esas fechas próximas a la Navidad. Pero no era así. La tarjeta estaba escrita de puño y letra por Jorge Soler. «Deseo que brilles esta Navidad como una auténtica princesa, aquélla que siempre soñaste ser. Un beso. Jorge.»

La encantadora cortesía y los exquisitos modales de Jorge Soler dejaban su impronta en cualquiera de sus acciones. Teresa leyó y releyó aquella dedicatoria hasta la saciedad, acariciando el trazo firme y seguro de la pluma sobre el papel, imaginando y sintiendo ser *su* princesa. Con una boba sonrisa dibujada en su semblante tiró suavemente de uno de los extremos del lazo blanco que rodeaba la caja y levantó la tapa con dilación. Habría querido prolongar aquel momento infinitamente. Desprendió el fino papel que cubría el interior y dejó al descubierto uno de los vestidos con los que había desfilado meses atrás, el mismo modelo que eligió para asistir al cocktail que Laura Soler había organizado en casa para atender a la prensa tras el desfile y que uno de los invitados había quemado con su grueso puro sin haber prodigado disculpa alguna. Desconocía si Jorge había procedido igual con el resto de sus modelos. Probablemente, sí. Pero ella prefería ignorarlo y soñar que era especial.

Cayó en la cuenta entonces de que, inconscientemente, había estado intentando no pensar en Jorge desde que Olga las invitó a participar en aquel estúpido juego; aunque haciendo alarde de sinceridad para consigo misma, tenía que admitir que durante unas horas su mente creyó haber encontrado la manera de disfrutar de sus bulliciosos sentimientos sin traicionar su sentido del deber conyugal. Pero ese pensamiento se desvaneció tras aquellas efímeras horas. La participación en aquella ruleta constituía una traición premeditada y alevosa. No era necesario el contacto carnal para ser infiel. Albergar en tu vientre al hijo de otro y desearlo ardientemente por su procedencia genética constituía un acto de infidelidad de igual magnitud. Y ella sentía un tremendo respeto hacia Esteban, un asfixiante respeto hacia Esteban. No sabría dilucidar qué prisión la retenía más, si la jaula de oro en la que vivía o los invisibles barrotes de su estricta moral. Lo que sí comenzaba a lamentar con creciente frecuencia era no haber sabido dejarse llevar por sus impulsos de juventud, no haber podido escuchar la coherente opinión de que el hecho de compartir felices experiencias con personas ajenas a su familia adoptiva no implicaba necesariamente una falta de agradecimiento y lealtad, no haberse dado el suficiente tiempo para sentirse abordada por el amor pasional. Resumidamente y en pocas palabras, lamentaba haber cumplido sus 29 años sin haber vivido con mayor intensidad.

No deseaba un hijo de Jorge, querría vivir con Jorge, poder mirarlo, escucharlo, acariciarlo, disfrutar de su cortesía y cabal romanticismo, ni desmedido ni rancio. Desearía hacer el amor con él frenética y ardientemente, dejándose llevar por el tumulto pasional de la amante enamorada, no de la amante agradecida, y sentirse acariciada como una mujer en plena efervescencia, no con la delicadeza casi filial con que lo hacía Esteban.

No participaría en aquella pantomima lúdica. Jorge Soler se había adentrado en su mente, fuertemente protegido por su hemisferio cerebral derecho, en pugna con el izquierdo que intentaba a todas luces tachar de absurda la situación. Pero allí permanecería, como el más platónico de sus sueños mientras no atisbara la posibilidad de cumplirlo de forma íntegra. No jugaría con los sentimientos de Esteban, no utilizaría a Jorge contra su voluntad, no arriesgaría su estabilidad matrimonial ni su equilibrio emocional por una diversión absurda. No accedería a concebir un hijo confiando a la suerte la elección del padre. Aquello no era un juego. Era una aberración.

—Me alegro de verte, hija —saludó Begoña, apretando a Laura contra su pecho—. Últimamente sólo he podido escuchar tu voz.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —preguntó entrañablemente.

—Bien. Entra, he preparado café caliente y encargado unas pastas con nata.

—¿Estás sola? —preguntó Laura mirando a su alrededor.

—Sí, la hija de Lola se ha puesto de parto y la he dejado ir. ¡Pobre, estaba nerviosísima! —exclamó sonriendo—. Es su primer nieto. Espero ser capaz de tomármelo con calma cuando me llegue la hora —comentó con gesto cómplice.

—¡Cualquier momento es bueno para hacer campaña, ¿eh?! —respondió con dulzura tomando asiento junto al ventanal—. Sabes que no sólo depende de mí.

—¿Dónde has dejado a Alberto?

—En casa, tiene clase de inglés y de matemáticas.

—¿Necesita apoyo? —preguntó Begoña con interés.

—No, el niño es inteligente como su padre —contestó orgullosa—, pero Jorge no está muy satisfecho con el nivel educativo del colegio, así es que está complementando su educación de forma particular.

Begoña agitó suavemente la cucharilla dentro de la taza de café tras haber añadido una sola pastilla de edulcorante. Miró a Laura con cautela, apreciando su semblante relajado y tranquilo.

—Me da miedo preguntarte, Laura, pero necesito saber si aún sigues empeñada en lo de Pablo —manifestó con preocupación.

—Prefiero mantenerte al margen, mamá, ya has sufrido bastante.

—Veo que sigues en ello. Quiero que lo dejes, Laura, por favor, por nada del mundo querría que pusieras en peligro tu propia felicidad.

—Mi felicidad llegará el día en que se haga justicia —respondió categóricamente.

—¡Dios mío, Laura! ¿Es que no has aprendido nada de lo que te enseñé? —cuestionó con desazón—. La justicia se imparte en los tribunales, no se la toma uno por su mano según le parece.

—Los tribunales son las primeras víctimas de los soberbios engaños de los buenos abogados, como Pablo. Si no podemos hacer uso de sus armas con igual destreza hay que buscar una forma alternativa de obtener el mismo fin.

—Me da pavor oírte hablar así. Yo no quiero nada, Laura, yo no busco nada. Estoy bien, estoy tranquila. Vivo en paz conmigo misma, sin remordimientos de conciencia. Sé que tú no eres creyente, y lo lamento, porque yo pienso muchas veces que tal vez estaría de Dios que me pasara esto. La vida no es un camino de rosas, Laura, hay obstáculos que sortear.

—De eso se ha valido la religión durante siglos para mantener su poder, de la resignación del pueblo ante las injusticias —afirmó Laura soltando la taza bruscamente sobre la bandeja.

—No confundas religión con Iglesia. Mi religión ensalza los valores nobles del ser humano, y la venganza y el rencor no se encuentran entre ellos. Y menos por dinero —apuntó pacientemente—. Lo que me hizo tu padre me habría dolido muchísimo más si lo hubiera motivado cualquier otro sentimiento no material.

—No digas tonterías, mamá. Arrebatarte todo lo que poseías no fue sólo cuestión de dinero, como tú siempre te has empeñado en afirmar. Tú no eras una desconocida para él, eras su esposa. Preparar durante años todas las argucias legales necesarias para conseguir su propósito sin error no fue sólo un atentado a tu estabilidad económica, fue un atentado hacia tu persona, al amor que le profesabas, a la fidelidad que te prometió ante el Ministro de tu religión. Traicionó tu confianza y tu gran bondad. ¡Y ahora se está aprovechando de tu benevolencia!

Laura se retrepó bruscamente en el sillón y desvió la mirada por un momento intentando calmarse. Begoña, cabizbaja y nerviosa, respiraba profundamente lamentando haber iniciado una conversación que siempre terminaba en disputa.

—De cualquier forma, Laura, la víctima fui yo. Y quiero ser yo quien elija cómo debo seguir afrontando ese bache. Aunque tú no lo creas, se aprende con la superación de cada problema. Las vivencias que uno tiene oportunidad de experimentar cuando está inmerso en algún contratiempo son enriquecedoras, te ayudan a valorar lo que has perdido y a apreciar lo que realmente merece la pena. Te incitan a analizarlo todo desde una óptica diferente y te enseñan a ser capaz de ir eliminando paulatinamente el lastre inútil que arrastramos en la vida; nos permite quedarnos, en última instancia, con lo que conforma la esencia pura de la felicidad. No me taches de resignada, Laura —dijo asiendo su mano con duzura—, me ofendes. Tal vez sea demasiado espiritual, pero me gusta esa condición. Me satisface abrir los ojos cada mañana sin nada en mi mente que me atormente. Tu abuelo me enseñó a ser positiva, a buscar lo mejor de cada persona, de cada acción. Hasta los paisajes más oscuros tienen siempre algo de luz, si no fuera así no podríamos verlos y saber que existen. Créeme si te digo que mi única empresa en esta vida es, además de verte feliz —apuntó con lacónica sonrisa—, aspirar a un estado de perfección espiritual, alejada de intrascendentes y vulgares deseos materiales propios de la decadencia humana.

—Ahora eres tú la que me estás dando miedo a mí —objetó Laura abriendo los ojos y elevando su ceja izquierda—. No sé si estoy delante de mi madre o del Dalai Lama. —Ambas se echaron a reír—. Aun así, mamá, quiero que comprendas que ésa es tu particular perspectiva de esta historia, pero no la mía. Mi padre, al que me avergüenza llamar así, abusó de tu honestidad, de tu inocencia, de tu amor incondicional, de tu bondad, de tu inexperiencia, de tu confianza..., movido única y exclusivamente por tu capital económico, del que no dudó en despojarte de la manera más ruin. No voy a decirte que no me importa el dinero porque te estaría mintiendo, pero también es cierto que su traición hacia ti destrozó mi corazón como no puedes llegar a imaginar. Y mi problema es que yo no encuentro consuelo en el plano espiritual. Lamento defraudarte —confesó—, pero yo soy terrenal, profundamente terrenal, y me mueven las emociones ésas que tú designas como propias de la decadencia humana, sobre todo si la afectada eres tú. No concibo que alguien pueda hacerte daño, eso es algo que nunca he podido ni podré tolerar. ¡A ti, no! Y el que osa hacerlo, lo paga, tú lo sabes bien, mamá —advirtió con las pupilas dilatadas y el odio impregnando su voz.

—¡Oh, Virgen Santa, aún permanece en ti esa obsesión tan destructiva! —musitó en voz baja—. Pensé que habías conseguido superar ese condenado trastorno, pero ya veo que todavía sigue obligándote a sentir lo que no debes.

—No hables como mi psiquiatra, mamá —le rogó dolida—. A lo que vosotros llamáis trastorno u obsesión, yo lo llamo amor, amor por ti, incondicional. Muchas veces me dijiste que serías capaz de dar la vida por mí, ¿verdad? Pues yo siento lo mismo hacia ti magnificado con creces y eso no me lo arrebatará tratamiento alguno. Por ti soy capaz de cualquier cosa, mamá. De cualquier cosa —enfaticó.

Begoña permaneció mirándola directamente a los ojos con pena y resignación, estimando agotados sus recursos para hacerla reaccionar y abandonar una misión que nadie le pidió emprender, siendo consciente además de que el amor enfermizo que Laura sentía hacia ella, y del que no había conseguido desprenderse, la forzaría irremediablemente a continuar hasta el final. Pasara lo que pasase.

—Puedo comprender tus perniciosos sentimientos hacia tu padre, pero lo que no acierto a entender es tu gran empeño por destruir a Pablo —aseveró Begoña reflexivamente.

—¿Te sorprende? —preguntó extrañada—. Si no hubiera sido por él, mi padre no habría culminado su plan con semejante éxito. Pablo lo ayudó a tejer su perfecta tela de araña. Durante años, mamá, de forma lenta, elaborada y segura. Es tan culpable como mi padre.

—Pablo se limitó a hacer el trabajo por el que le estaban pagando. Si no hubiera sido él, cualquier otro abogado lo habría hecho —objetó Begoña.

—No todos los abogados son de la podrida estirpe de Pablo, mamá. Él no sólo se presta a realizar trabajos sucios, además disfruta y se regodea de ello. Eso es lo que le diferencia de sus colegas.

—¿Cómo piensas actuar contra él? —preguntó Begoña sin estar segura de querer escuchar la respuesta.

—Esta conversación termina aquí, mamá. Lo que piense o haga a partir de ahora es cosa mía, no quiero que volvamos a hablar de esto. Vive tranquila y deja que yo venza a mis propios fantasmas... o que ellos me venzan a mí.

15.

Lucía un sol especialmente tímido aquel jueves 16 de diciembre, sin apenas fuerza para derretir la nieve que se había acumulado sobre el asfalto la noche anterior. Elena conducía despacio, disfrutando del paisaje, del silencio y de su propia soledad, tan deseada y triste a la vez. Se sentía como una sirena en medio del mar, al alcance de todos y en compañía de ninguno. Sus amigos, su familia, su amante, su marido..., piezas de un puzle cubriendo una parte de los ingentes vacíos de su vida, sin conseguir llenarla jamás. Últimamente, Emilio pasaba gran parte de su tiempo a miles de kilómetros de distancia, imbuido por un proyecto de trabajo que constituía para él un reto personal amén de profesional, kilómetros de distancia emocional y física que les costaba un verdadero esfuerzo acortar incluso en los breves periodos de encuentro vacacional; aunque Elena no conseguía dilucidar si, en el fondo de su ser, pretendía realmente conseguir un acercamiento. No se sentía bien consigo misma fingiendo ser quien no era, suscitando en Emilio un amor que no le era correspondido, traicionando su confianza en ella como la mujer de su vida. Odiaba serle infiel porque le infundía un profundo respeto por su integridad moral, su honestidad, su caballerosidad... Pero necesitaba amar y sentirse amada de forma desbocada y pasional, con el mismo romanticismo y la misma inconsciencia adolescente con que se vive el primer amor, capaz de erizarte la piel con un roce sutil, de hacerte flotar con un suave susurro, de hacerte soñar con un fugaz pensamiento o sonrojar con una mirada profunda. Emilio era racional. Luis era visceral. Emilio era comedido y respetuoso. Luis era impulsivo y deliciosamente irreflexivo. Emilio era seguro de sí mismo y plenamente autosuficiente. Luis era vulnerable, sensible y humano. Emilio constituía su equilibrio y Luis la devolvía a la locura. Emilio le aportaba solvencia económica y Luis... solvencia emocional. ¿Cómo podía renunciar a alguno de ellos? Elena no sabía exactamente hacia dónde dirigir su vida, pero sí sabía hacia dónde no estaba dispuesta a ir. Había conocido muy de cerca al equipo perdedor, con su hatillo de sufrimiento siempre adosado a la espalda, y era plenamente consciente de la situación privilegiada en que se encontraba en aquel momento. Sus frívolas amigas, como así las consideraba, no tenían ni la menor idea de cuánto podían perder. Trivializaban y banalizaban lo que para muchos otros podía llegar a constituir la razón de su existencia, y lo hacían por diversión, aburrimento, hastío o a saber qué.

Cuando la indiscreta y evidente borrachera de Olga hizo que ésta se sincerara, Elena se sintió divertida. Cuando analizó su profundo dolor de esposa despechada, sintió lástima por ella. Cuando adivinó que no dudaría en arrastrar su dignidad por conservar su status social y económico, entonces sintió repulsa. Cuando escudriñó profundamente el rostro de todas las allí presentes y dedujo, por su mirada perdida y la atención abstraída, que podrían estar sopesando seriamente la posibilidad de participar en aquel estúpido y frívolo juego, sintió náusea y asco. Consideraba una tremenda falta de escrúpulos arriesgarse a concebir un hijo de otro por simple diversión, por dinero, por embelesamiento adolescente, por venganza... o a saber por qué otra razón. Toleraba muchas actitudes en la vida, pero poner en riesgo el bienestar y el equilibrio físico y emocional de una vida

humana por un mísero acto lúdico era, cuanto menos, odiosamente indecente. A pesar de todo, estaba decidida a seguir adelante para comprobar de primera mano aquello de lo que eran capaces. Si no era divertido, al menos sería una experiencia interesante.

Atravesó la verja exterior de los laboratorios Martí, extremadamente elevada, con sus puntas de lanza amenazando al cielo como arqueros dispuestos al ataque. La plaza de garaje de Emilio estaba libre, pero no deseaba llamar la atención. Ni siquiera había avisado a Martina de su llegada, tan sólo se había asegurado de su presencia allí por una breve y anónima llamada telefónica. Estacionó su vehículo en la zona común de empleados y no se desprendió de sus gafas de sol hasta haberse adentrado en las instalaciones por una puerta privada con acceso al ala noble. Empujó suavemente la hoja de vidrio templado que daba al pasillo y se dio de bruces con Luis.

—¡Caramba, Elena, me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí? —preguntó claramente sorprendido.

—Hola, Luis —saludó dubitativa—. Tampoco yo esperaba verte —adujo, dándose tiempo para pensar.

Elena miró a ambos lados de la galería y dio un paso adelante para rozar los labios de Luis con un frugal beso.

—¡Elena, por Dios! Podrían vernos —repuso en voz baja.

—¿Temes por ti o por mí? —cuestionó divertida.

—Por los dos, yo pierdo mi trabajo y tú a tu marido. Ambas nóminas se van al traste —contestó con leve sonrisa—. Aún no me has contestado, ¿qué haces aquí? Sería iluso pensar que has venido a verme, ¿verdad?

—El aburrimiento es nefasto para mi estado de salud. Hace tiempo que le dije a Martina que me tomaría un café con ella para ponernos al día de nuestros asuntos y he pensado hacerlo hoy, aunque ni siquiera sé si tendrá algo de tiempo libre.

—Lleva dos semanas que no suelta las pipetas ni los tubos de ensayo. Dice que está a la búsqueda desesperada del eslabón perdido y parece estar próxima a encontrarlo. Tal vez le venga bien un poco de descanso, una mente despejada piensa con mayor coherencia —informó Luis apartándole del rostro un mechón de su cabello—. Llámame antes de irte. Estas últimas semanas se me han hecho eternas —confesó mirándola a los ojos.

—¿Cuándo vuelve Emilio? Tú debes de saberlo mejor que yo, últimamente no me rinde muchas cuentas de sus idas y venidas.

—¿Y por qué no le preguntas?

—Porque siempre cambia de opinión a última hora, y siempre por cuestiones de trabajo, con lo cual, la información más novedosa siempre la tienes tú —contestó resignada.

—La última reunión en Houston es el día 22.

—Entonces, aún tenemos tiempo de vernos al menos un par de veces, si es que no estás excesivamente ocupado.

—Cancelaré parte de mi agenda si es preciso. Quiero llevarte a una pequeña cabaña rodeada de nieve, a unos 50 kilómetros de aquí, y pasar la noche al calor del fuego, con velas encendidas y música romántica sonando hasta el amanecer. Los dos solos, sin nada ni nadie que nos pueda incordiar —dijo rozándole las manos con disimulo—. ¿Estás dispuesta?

—Para todo lo que me pidas —susurró aproximándose a él—. Sabes que si Emilio no está aquí, estoy dispuesta a seguirte donde me pidas. ¿Cuándo será?

—Te llamaré. Intenta estar preparada para huir en cualquier momento.

—Lo estaré, no te preocupes.

Elena se acercó y rozó su mejilla con los labios permitiéndole apreciar la dulce fragancia de su preciado perfume, aquél que siempre se ponía para él. Después, giró sin decir nada y se adentró en el pasillo que conducía a una de las múltiples salas experimentales en la que habitualmente solía trabajar Martina.

Apenas hubo golpeado la puerta con los nudillos, Elena asomó ligeramente la cabeza hacia el interior de la sala lanzando una vertiginosa ojeada para comprobar si su amiga se encontraba allí, y si estaba sola o acompañada. Al fondo de la misma, una silueta con bata blanca y manos enguantadas observaba silenciosamente a través de la lente de un microscopio, sin apenas moverse. Su lacia melena rubia recogida improvisadamente con un bolígrafo la delató. Mantenía esa costumbre desde la niñez. Su madre decía que la falta de hierro y las gomas del pelo arrancaban el cabello sin compasión, pero el gusto por las melenas largas y el insoportable calor de aquel barrio sin aclimatar se hacían del todo incompatibles, así es que usaba cualquier artilugio medianamente largo para dejar su nuca al descubierto sin renunciar a la estética.

Elena conocía a Martina desde la infancia. Ambas habían nacido con pocos meses de diferencia, en el mismo edificio del mismo barrio. La madre de Martina, algunos años mayor que la suya, se había casado con un honrado y viejo frutero un tanto desaliñado y se habían mudado a un piso contiguo al de la abuela de Elena. Con los recursos económicos al borde de la miseria, la profunda concepción machista del padre de Martina jamás permitió que su madre aportara una sola peseta al sustento familiar, obligándola por demás a permanecer físicamente al frente del hogar familiar excepto en las contadas ocasiones en que su asistencia al mercado, o al médico del barrio, se hacían ineludibles. Fueron innumerables las horas que Elena pasó en compañía de Martina. Cuando Mercedes murió, Elena encontró en su casa una parte de lo que había perdido y de lo que nunca tuvo: una madre y una hermana. A pesar de su separación a los pocos años de edad, aquellos recuerdos tan sentimentales jamás perdieron espacio en su corazón, avivados de continuo por un contacto que nunca perdieron. Martina consiguió terminar sus estudios gracias al esfuerzo y al coraje de su madre, que no dudó en prescindir de lo imprescindible para culminar la empresa de ofrecerle a su hija las posibilidades de un futuro prometedor, alejado del anquilosamiento al que ella misma se había visto sometida desde el mismo día de su boda. El puesto de trabajo en los laboratorios Martí le vino de la mano de Elena, razón por la que le estaba profundamente agradecida.

—Acabo de saber que el negrero de tu jefe no te deja ni respirar —advirtió Elena abordándola por la espalda.

—¡Elena! ¡Qué alegría me da verte! ¿Qué tal estás? —preguntó alborozada.

—Muy bien —contestó mientras se acercaba para besarla—. A ti ni te pregunto, te veo espléndida.

—No puedo quejarme, no. ¿Cómo tú por aquí? Últimamente te prodigas poco, ¿eh?

—Vengo expresamente para charlar contigo, ¿tienes un poco de tiempo para dedicarme?

—¿Problemas? —cuestionó elevando una ceja.

—No, no. Pero me llevará algo de tiempo explicártelo, es un poco... bastante inusual.

Martina miró su reloj y desvió la mirada hacia un soporte basculante con muestras en su interior.

—Si me concedes veinte minutos, podré dedicarte las próximas dos horas con mayor tranquilidad.

—¡Hecho! —exclamó Elena—. ¿Dónde nos vemos?

—¿A la luz pública o con discreción? —preguntó Martina con gesto cómplice.

—Con discreción.

—En la sala de café de la primera planta, a la plebe no les está permitido usarla. En veinte minutos estoy allí.

—Ok.

Elena dio media vuelta y se dirigió despacio hacia la puerta cuestionándose qué hacer durante el tiempo de espera. Optó por subir y acomodarse en la sala picando cualquier cosa de comer que pudiera encontrar. Necesitaba aplacar la náusea de su estómago vacío y pensar cómo se las iba a ingeniar para involucrar a Martina en todo aquello sin parecer deleznable.

Entró en un pequeño salón que no había visitado desde la última reforma de los laboratorios. Amplio ventanal, mullidos sofás y acogedores muebles de exquisito diseño para disfrutar cómodamente de un café dispensado por un artefacto industrial de indudable calidad, y un surtido de galletas y bollería fina en pequeños paquetes precintados con el emblema de Martí. Había espacio para unas quince personas, veinte a lo sumo, lo justo para acoger exclusivamente a la cúpula empresarial.

Tomó asiento frotándose las manos con nerviosismo, sintiéndose una extraña en su propia casa. En incontables ocasiones había rechazado el ofrecimiento de Emilio de buscarle una ocupación laboral en el organigrama de la empresa. Trabajar a la sombra de su marido no le resultaba una idea atractiva y no poseía preparación académica suficiente como para estar a su altura. Desde que comenzara su andadura extramarital con Luis había rehusado visitar las instalaciones con la asiduidad de antaño. A diferencia del edificio administrativo situado en pleno bullicio comercial, no había allí nada atractivo que justificara su presencia y prefería evitar el riesgo de adoptar irreflexivamente conductas imprudentes.

Giró la cabeza ante el chirriante sonido de la manilla de la puerta, sobresaltada por la desconocida intromisión.

—Ya estoy aquí —advirtió Martina dejando caer su bolso sobre una mesa—. Es el sillón favorito de Emilio —confesó apuntando con el dedo—. Ése, en el que estás sentada, se ve que aún existe compenetración entre vosotros —afirmó sonriendo—. Cuéntame, soy toda oídos.

—Antes de empezar, ¿podrías darme algo para comer? Necesito hacer callar a mi estómago.

—¡Por el amor de Dios, Elena, estás en tu casa. Coge lo que te plazca! —exclamó señalando el surtido de repostería—. Los de crema están buenísimos.

—Para serte sincera, Martina, no sé qué demonios estoy haciendo aquí. Ni siquiera sé cómo plantearte esto —objetó sin atreverse a mirarla de frente.

—Me das miedo, Elena, ¿tan grave es?

—No es grave, es absurdo, tan absurdo que me avergüenza pedírtelo.

—Entonces nos limitaremos a reír cuando lo hagas, si eso te hace sentir mejor —dijo infundiéndole calma.

Elena hizo una pausa y respiró en profundidad, tomando de nuevo asiento lo más cómodamente que pudo sin perder la compostura.

—Eres una de mis mejores amigas, Martina, y de todas ellas, tú eres la persona en quien más confío, por la que mayor afinidad siento y la que mejor me conoce y me comprende.

—¡Arranca ya, Elena, me estoy poniendo nerviosa!

—En varias ocasiones te he comentado que mi círculo de amistades sociales está formado por mujeres con las que me divierto, voy de compras, juego al tenis y poco más, en resumen, con las que no comparto nada trascendental, entre otras cosas porque jamás me he sentido como una de ellas.

—¿Y a eso le llamas «amistades»? —interpeló enfatizando el término—, son simples conocidas. Si no estás a gusto con ellas, ¿por qué frecuentas su compañía? Disculpa si te parece que te estoy cuestionando, pero es que hay cosas que no entiendo.

—No tengo a nadie, Martina —contestó con crudeza mirándola a los ojos—. Las pocas amigas que merecían la pena las perdí al entrar en este círculo social que te arrastra y te condiciona la vida por completo, pero no estoy dispuesta a salir de él, así es que ellas son lo único que me queda.

—No digas tonterías, Elena, el dinero no está reñido con la amistad. Hay muchas mujeres con una gran cultura vivencial de las que se podría aprender muchísimo y con las que merece la pena compartir los ratos libres, y ahí sobran las tarjetas de crédito. Y muchas otras mujeres con un buen nivel económico conseguido a costa de esfuerzo y capacidad intelectual y en las que difícilmente apreciarías un alarde de su boyante cuenta corriente. Busca gente así para compartir tu vida. Has ido a rodearte de la casta más mundana que has podido encontrar.

—Son los amigos de Emilio, Martina, no puedo desligarme de ellos.

—Excusas. Pasas mucho tiempo libre tú sola, Elena. Y tu tiempo puedes elegir compartirlo con quien te apetezca —recriminó con dureza—. Lo que has venido a pedirme tiene que ver con ellas, ¿verdad?

Elena permaneció unos segundos mirándola fijamente a los ojos, hasta que al fin se atrevió a hablar.

—Una de mis amigas inventó un juego al que podríamos llamar «la ruleta rusa espermática». —Se detuvo por un momento esperando ver una reacción que no se hizo esperar. Martina abrió los ojos elevando las cejas y aproximando ligeramente la cabeza en dirección a Elena, a la espera silenciosa de que le fuera revelado el significado de tan curiosa expresión—. Consiste, básicamente, en extraer el semen de nuestros maridos e inseminarnos artificialmente con él, sin saber, como es obvio, de cuál de ellos procede.

Martina prolongó su perpleja mirada durante algunos instantes más, permitiendo a su cabeza reorganizar los circuitos cerebrales necesarios para poder asimilar tan despampanante idea.

—¿Qué pretendéis con ello? —preguntó al fin con la mayor templanza de que fue capaz.

—Supongo que diversión y un poco de emoción en nuestras vidas —contestó Elena temerosa.

—Y quieres que yo intervenga en lo que concierne a la inseminación —afirmó Martina enarcando las cejas.

—Sí.

—No voy a entrar a cuestionar los aspectos éticos y morales de todo esto porque entiendo que no me conciernen, pero sí el aspecto material y económico —apuntó Martina con seriedad—. ¿Sabes a lo que asciende el coste de cada inseminación como las que tú pretendes hacer?

—Ni lo sé ni me importa, Martina —contestó Elena con severidad.

—Tal vez haya diversiones que resulten aún más caras que ésta, Elena, pero Emilio tiene en mucha estima su trabajo, su laboratorio, su clínica y la función que cumplimos aquí para que tú lo banalices todo de semejante forma —explicó con vehemencia—. Si Emilio se entera de esto me pone de patitas en la calle, no te quepa la menor duda.

—Lo sé, Martina. De todas formas, no pienses que te iba a dejar sola, yo asumiría mi responsabilidad.

—Elena, me estás pidiendo que ponga en peligro mi futuro profesional en esta empresa por una niñería vuestra. Es un juego caprichoso, y además, inmoral —calificó enfadada—. ¿Por qué te prestas a ello? ¡Es que no lo entiendo, créeme! ¿Qué hay de positivo en todo esto?

Martina abandonó el sofá y comenzó a deambular de un lado a otro de la sala, moviendo incesantemente la cabeza.

—¿De verdad estás dispuesta a correr el riesgo de tener un hijo de otro... por simple diversión? —inquirió incrédula y mirándola directamente a los ojos.

—Yo no voy a participar, Martina. A ellas les haré creer que sí, pero yo no quiero participar.

—¿Entonces, qué pretendes? —preguntó confusa—. ¿Hacerles el favor de brindarles diversión... o reírte de ellas?

—Lo segundo, tal vez —respondió fríamente. Martina se acercó a la nevera para beber un poco de agua, que fue tragando a pequeños sorbos y muy despacio—. Me lo debes —añadió Elena al verla dubitativa.

Martina se giró con el vaso aún en la mano, sesgando el silencio con su hiriente e impotente mirada.

—¿Cómo habéis pensado hacerlo? —cuestionó finalmente.

—Eso debes decirlo tú. Tú eres la experta en estos temas. Recogeremos las muestras como y cuando nos digas, las traeremos aquí, tú las guardarás y, finalmente, nos dirás cuándo hemos de venir todas para proceder a la inseminación.

—¿Tus amigas están de acuerdo en someterse a esto? Me has dicho que la idea ha sido de una de ellas. ¿Las demás ya se han decidido?

—No, pero quiero tenerlo todo previsto para cuando surja ese momento. De todas maneras, mientras más les allane el camino mejor predisposición tendrán —dijo Elena con semblante tenso.

—Déjame unos días que lo piense y lo planifique, esto no es tan fácil como parece. Garantizar la calidad del semen es complicado, teniendo en cuenta que lo extraeréis vosotras, ¡y a saber cómo!, y que además deberéis traerlo hasta aquí. ¡Joder, Elena, menuda historia te has montado!

—Llámame cuando tengas algo en claro —advirtió Elena. Martina se limitó a asentir con la cabeza, parpadeando con pesadez—. Gracias, Martina.

—¡Lárgate, anda! Me acabas de dar el día.

16.

La cabaña de madera resultó ser entrañablemente confortable y acogedora. Sencilla, con pocos muebles y repleta de grandes cojines y gruesas alfombras donde retozar libremente. Apenas noventa metros cuadrados repartidos entre el salón, la pequeña cocina, un minúsculo baño y una coqueta buhardilla que hacía las veces de dormitorio principal, el único, y desde el que podía divisarse un hermoso paisaje flanqueando los costados de la casa.

Hacía escaso rato que había dejado de nevar, pero los cristales cuarteados de las ventanas permanecían todavía empañados por el contraste de temperatura con el exterior. Dentro, la chimenea encendida consumía con lentitud los gruesos troncos de leña cortada, repartiendo el calor por todos los rincones de la casa a través del entresijo de conductos escondidos en sus paredes.

Luis y Elena habían conseguido acceder a aquel paraje hacia las cuatro de la tarde, después de luchar duramente contra la ventisca que los había venido azotando a lo largo del camino. Habían tardado más de dos horas en recorrer los escasos cincuenta kilómetros que los separaban de aquella propiedad ajena, pero el entorno bien merecía el tiempo empleado en alcanzarlo. Enclavada en un bosque de pinos, alejada de las fisgonas miradas de vecinos indiscretos, con la única compañía de los pájaros y las pequeñas ardillas que sólo osaban asomar el hocico por los huecos de los árboles, sin atreverse a salir al exterior.

—Es una preciosidad —exclamó Elena desplomándose en el sofá—. Te hace pensar que estás a miles de kilómetros de Madrid.

—Te dije que te iba a gustar —advirtió Luis tomando asiento junto a ella.

—¿De quién es?

—De un amigo.

—Soltero, supongo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No hay nada personal en esta casa. No hay fotos, ni libros, ni recuerdos de ningún tipo. Parece un refugio temporal, no un hogar. Cuando una casa es frecuentada siempre por las mismas personas, acaba adquiriendo un toque especial, acaba impregnándose de la esencia de quienes la habitan —musitó pensativa al tiempo que paseaba la vista por todos y cada uno de los rincones de la estancia—. Y la esencia que yo percibo es la de un lugar de escapadas —dijo girando la cabeza en dirección a Luis—, y no precisamente para hacer senderismo —rio.

—Deja las especulaciones y ven aquí —ordenó en un susurro buscando sus labios—. Mejor no saber, ¿no crees?

—Tampoco sé nada de ti —añadió penetrando profundamente en sus ojos—. Apenas tu nombre, dónde trabajas... y poco más.

—¿Necesitas conocer más detalles para seguir conmigo?

—A veces pienso que estoy en desventaja. Tú sabes mucho de mi vida a través de tu relación con Emilio. Me intriga no saber de dónde procedes, cómo fue tu infancia, cómo es tu familia, y cómo eres tú realmente cuando no estás conmigo.

—Tampoco yo te conozco, Elena. Sólo sé que vives en una bonita mansión en La Luna, que eres la mujer de mi jefe y que no eres feliz con él. Lo demás no me importa, ni a ti tampoco debería importarte.

—En una relación íntima, la pareja acaba conociéndose en profundidad. ¿No te resulta chocante que después del tiempo que llevamos viéndonos aún seamos unos extraños el uno para el otro? —preguntó Elena recostándose sobre las rodillas de él.

—¿Dejarías a Emilio para venir a vivir conmigo? —preguntó sin rodeos.

—No me preguntes eso, Luis, ya te dije una vez lo que pensaba, creo que fui sincera contigo. Es más, aun obviando la cuestión de la estabilidad social y económica que Emilio me da y de la que ya te hablé, creo que, en el fondo, no querría irme a vivir contigo porque deseo que sigas siendo mi amante, no mi marido —confesó incorporándose lentamente—. La emoción me hace sentir viva y no tengo otras emociones de que disfrutar. Me atrae el morbo de lo prohibido. Verme contigo a espaldas de Emilio me recuerda cómo se me aceleraba el pulso cuando me besaba con algún novio del colegio a escasos metros de la puerta de mi casa, sabiendo que Magda me estaría espiando por la ventana. La sensación de hacerlo allí, tan cerca, esquivándola, me producía mayor placer que el beso en sí —hablaba con un brillo excepcional en los ojos—. Además, cuando nos vemos, aunque sea en escasas ocasiones, me dedicas todo tu tiempo y toda tu atención. Con mi marido puedo pasar las horas enteras en el mismo lugar y no llegar ni a mirarnos a la cara.

Elena se levantó y tirando un cojín sobre la alfombra del salón se tumbó delante de la chimenea, desprendiéndose de la camisa de seda blanca que llevaba puesta.

—...Y esa maldita monotonía que sólo reporta hastío y aburrimiento —continuó—. ¡Es tan fácil y tan cómodo hacerlo todo de la misma forma y en el mismo lugar, que la imaginación acaba cayendo en el desuso más absoluto! Cuando te quieres dar cuenta, ya no te apetece innovar. Contigo es diferente —advirtió girándose sobre sí misma para mirarlo de frente—. La necesidad de buscar algún lugar escondido donde vernos, la intriga de saber cómo vendrás vestido, la impaciencia con que espero la siguiente cita sabiendo que no puedo estar contigo cada vez que quiero, mis ganas de sorprenderte porque sé con certeza que no me rechazarás, tus mimos, tus atenciones, tu deseo de hacerme disfrutar... Todo ello estoy segura de que lo perdería si dejara a Emilio para ir contigo. No quiero ser tu esposa, Luis, quiero ser tu mujer.

—Ya eres la mujer de Emilio, Elena —apuntó con voz celosa.

—Soy su esposa, no su mujer —sentenció—. La condición de esposa es una legalidad, un papel firmado lo acredita, nada más. Ser la mujer de alguien es algo espiritual y profundamente sentimental, e implica un intercambio de amor, afecto y dedicación que nos encadena sin remisión. Pertenece a quien amamos, Luis. No lo olvides. Es muy fácil dejar de llamarse esposa, basta con romper los papeles que nos unen, pero no es nada fácil ir en contra de los sentimientos. Una llamada a mi abogado es suficiente para distanciarme de mi marido, pero el corazón no atiende a las órdenes de igual manera, al contrario, suele rebelarse como si tuviera vida propia. Creo que no me resultaría sencillo romper contigo, a pesar de que en apariencia nada nos une. Siento que soy tu mujer, y tú el hombre de mi vida —susurró abrazándolo con fuerza—. Y no quiero que eso cambie.

—Entonces, ¿para qué hemos de saber más el uno del otro? La convivencia diaria requiere ese conocimiento, los encuentros esporádicos no. Todo va en función del tipo de relación que desees mantener. Si quieres amistad, necesitas saber de la lealtad del otro; si buscas un compañero de trabajo necesitas conocer su capacidad profesional; si buscas un buen cliente, te asegurarás de constatar su solvencia económica; pero si lo que quieres es tener a tu lado a un buen amante, sólo debes comprobar que es capaz de ofrecerte lo que tu marido no te da, nada más. De dónde viene y a dónde va, te debe de dar igual.

—Pero tú no estás buscando lo que otra no te da, estás buscando una auténtica relación —apuntó Elena sin atreverse a mirarlo.

—Yo no busco nada, Elena, cojo lo que me dan. Si tú me ofrecieras una relación alternativa no me importaría abrirme y confesarte mis debilidades, y tal vez te pediría hacer lo mismo por tu parte. Mientras eso no ocurra, prefiero seguir conociendo única y exclusivamente aquello que me gusta de ti —confesó con mirada lánguida—. Venero tu imagen porque la forman aquellas cualidades que me llenan y me satisfacen, y que me hacen disfrutar y sentirme bien contigo. Es como estar en una eterna fase de embelesamiento, el mismo que siempre se acaba destruyendo cuando la razón retoma las riendas de la relación en detrimento de la emoción desbocada y demencial. En mi caso, no estoy dejando que eso ocurra, porque no me permito saber nada de ti que pueda enturbiar tu imagen. Lavemos nuestras miserias en la intimidad, Elena, no juntos. Vivamos el presente, cada instante y cada segundo, sin preguntarnos quiénes somos ni qué nos ocurrirá.

—Me gustaría que este momento durara eternamente —advirtió Elena besándolo con suavidad.

—Acabaría perdiendo su encanto. Lo bueno jamás debe ser eterno, créeme.

—¡Demonios, alguien parece estar de acuerdo contigo! —exclamó agudizando el oído—. Está sonando mi móvil.

—Contesta —ordenó Luis ante la pasividad de Elena.

Con ademanes perezosos, Elena terminó de incorporarse y alcanzó su bolso sin mucha premura. Por la insistencia de la llamada su interlocutor debía de haber marcado dos veces. Reconoció el número de teléfono que aparecía en el visor del auricular.

—¡Hola, Linda! —saludó.

—¡Elenita, hija, por fin te encuentro! —exclamó efusivamente—. Te he llamado a casa en varias ocasiones y nunca estás allí, y esa asistenta que tienes..., ¡Dios mío, que discreción!, no suelta prenda jamás.

Elena sonrió divertida.

—Está bien enseñada, es parte del curso de formación —bromeó.

—¿Te pillo en buen momento? ¿No estarás en alguna compañía especial? —curioseó pícaramente—. Porque sé que Emilio no ha vuelto aún...

—¡Eres incorregible! Siempre pensando en lo mismo. Mi abuela solía decir que cree el ladrón que todos son de su condición —rió—. Por lo pronto, aún no me he planteado frecuentar compañías masculinas especiales, si es a lo que te refieres —apuntó irónicamente fijando la vista en Luis—. Estoy bien como estoy.

—¡Pues, tonta de ti! Con tu hombre a miles de kilómetros de distancia bien podías divertirte un rato, y más teniendo en cuenta que tu Emilio no es precisamente la alegría personificada. ¡Que hay

que engrasar las piezas periódicamente, Elena, que se oxidan!

—¡Bueno, vale ya! —profirió Elena alegremente—. ¿Me has llamado por algo en concreto o sólo para buscarme un lío?

—Hablé con Javier de la cuestión de los niños —dijo recobrando la seriedad—. Al principio no puso muy buena cara, ya sabes..., eso de ponerles su hombría en entredicho no les sienta muy bien; pero insistí en mi cada vez más fuerte instinto maternal —declaró con voz teatral—, y me ha dicho que si a mí realmente me hace ilusión, accede a visitar la clínica.

—Tu instinto maternal... ¡Qué bruja eres!

—Sería muy cruel por mi parte decirle que es única y exclusivamente una cuestión de herencia —expresó con sinceridad—. ¿Podrás hablar con Emilio?

Elena permaneció pensativa durante unos segundos, percatándose de que había estado hablando con demasiada libertad en presencia de Luis.

—Volverá para Navidad. Lo hablaré con él en cuanto tenga oportunidad, no te preocupes.

—De acuerdo, no te molesto más, tú me avisas cuando sepas algo.

—Durante las fiestas, porque supongo que nos veremos. Tengo intención de organizar algo para fin de año.

—El infeliz de Javier me había propuesto pasar las Navidades en Londres con mi familia, como si a mí me hiciera ilusión —lamentó—. Si organizas una fiesta para despedir el año me darás la excusa perfecta para venirnos antes de allí.

—Cuenta con ello. Ya he buscado una empresa de organización de eventos, porque yo lo único que quiero es divertirme, no trabajar —aseveró con naturalidad—. Emilio aún no sabe nada, pero después del tiempo que llevamos sin vernos no creo que sea capaz de negarme el capricho —auguró observando la sutil mueca contrariada de Luis.

—De acuerdo, se lo comentaré a Javier. ¿Las chicas también irán?

—De momento sólo he hablado contigo, pero pretendo que sea una especie de macrofiesta. Los amigos y compañeros de Emilio que quieran asistir también estarán invitados.

—¡Genial! Entonces, ya me concretarás los detalles. Chao, bonita —se despidió.

—¡Linda! —exclamó dubitativa.

—¿Sí? —contestó con rapidez.

Elena permaneció leves instantes sin articular sonido alguno, dudando si era procedente sondearla.

—¿Pensaste lo de Olga? —preguntó al fin.

Un breve silencio se produjo al otro lado del auricular.

—¡Humm! —exclamó Linda—. ¿Tú también le has estado dando vueltas?

—Sí —respondió Elena escuetamente, algo azorada.

—No he podido quitármelo de la cabeza desde entonces —admitió Linda—, pero supongo que sólo es el fruto de mi desesperación. Olga estaba borracha como una cuba y las demás... con la sensatez intacta. No creo que quieran prestarse a ello.

—¿Y si te dijera que yo me lo he estado planteando? —esbozó en un murmullo casi ininteligible.

—Me sorprendería, pero no te haría desistir de la idea. Elena, para mí quedarme embarazada de

esa forma sería tremendamente difícil, pero si ello implica una posibilidad más no voy a renunciar a ella. Algo me dice que Javier y yo sólo podemos follar, pero no procrear —manifestó con dureza.— Elena permaneció escuchando sin atreverse a mascullar demasiadas palabras en presencia de Luis—. De todas maneras —continuó Linda—, aunque todas tuviésemos intención de participar no creo que fuera factible. ¿Cómo íbamos a hacerlo?

—Sí, te veré en los Laboratorios Martí —anunció en voz alta, con la pretensión de hablar en clave.

—¿El qué? —preguntó Linda descentrada.

—Que te veré en los Laboratorios Martí —repitió enfatizando la última parte de la frase. Linda permaneció unos segundos en silencio intentando hilar la conversación—. ¿Me has oído, Linda? —cuestionó Elena—. Sí, parece que no hay mucha cobertura. En los Laboratorios Martí, Linda, sin duda es el mejor lugar —volvió a repetir.

—¿Por qué diantres no me hablas claro? Realmente estás en compañía de alguien, ¿verdad? ¿Intentas decirme que lo haríamos en los laboratorios?

—¡Vaya, por fin te enteraste! Concretaremos los detalles cuando nos veamos, ¿de acuerdo?

—¡Te podías haber metido en el baño y habérmelo contado con detalle! —increpó elevando la voz—. Me vas a dejar con la intriga en el cuerpo.

—Nos veremos pronto. Pórtate bien —se despidió Elena.

—Tú también. Intuyo que no estás siendo demasiado buena esta tarde. Un beso.

Elena cerró el teléfono móvil y lo guardó pausadamente. Se giró pensando con rapidez en la forma de evitar demasiadas preguntas. Insinuándose, tal vez.

—Mi amiga Linda —espetó antes de verse interrogada—. Está deseando tener un hijo y parece que no puede quedarse embarazada. Le ofrecí hablar con Emilio para que la vieran en la clínica, a ver si era recomendable una inseminación artificial.

—Emilio ha delegado esas atribuciones, Elena. Ahora tiene asuntos más importantes que gestionar —le informó Luis.

—¿Con quién tendría que hablar, entonces?

—Conmigo, y ya lo has hecho. Así es que olvídate ahora de los problemas ajenos y resolvamos los nuestros. Tenemos unos cuantos pendientes por zanjar.

Elevó el volumen de la música, encendió la hilera de velas aromáticas y descorchó la botella de cava soterrada en la cubeta de hielo.

—Se acabaron las intromisiones ajenas —anunció Luis—. A partir de ahora no existe nada ni nadie, sólo tú y yo.

17.

—Deberíamos darnos prisa, Elena, ha dejado de nevar. No quiero tener dificultades para la vuelta —apuntó Luis, mirando a través de la ventana—. Te espero en el coche, quiero comprobar que arranca.

Luis se puso una gruesa chaqueta de forro polar y salió al exterior portando un bolso de viaje con sus escasos enseres de fin de semana. Abrió la portezuela del coche, arrancó el motor, graduó la climatización a elevada temperatura y encendió su teléfono móvil. A los pocos minutos comenzó a sonar.

—¡Oh, *my God*, Luis! —exclamó su interlocutor—. ¡Por fin contestas!

—¿Qué ocurre, Paul? —preguntó extrañado.

—Llevamos todo el fin de semana intentando localizarte. ¿Por qué has tenido el teléfono apagado? —interrogó irritado.

—Ya sabes, la batería... que no dura mucho. Y ahora, ¿puedes decirme qué ocurre? —volvió a preguntar con voz templada.

—La última vez que hablamos te dije que el laboratorio había suspendido el Proyecto F porque no estaba dando buenos resultados y era necesario replantear las líneas de investigación, si es que podía asumirse el coste económico —apostilló.

—Sí —confirmó Luis con atención.

—Emilio no se resistía a dar por zanjada la cuestión, pero era casi evidente la imposibilidad de Martí de seguir financiando la investigación después de la gran inversión económica que va a suponer su colaboración con Houston en el nuevo proyecto. —Luis permanecía a la escucha sin articular palabra, intentando adivinar lo que pretendía decirle—. Como último recurso, se le ocurrió pedirle a sus colegas que financiaran parte de ese programa —anunció Paul con voz nerviosa.

—¡Eso sería genial! —exclamó Luis con entusiasmo.

—Emilio ha pasado esta última semana invitando a comer, en plan amistoso, a todos los peces gordos de Morgan Lab., intentando convencerlos de la rentabilidad de la inversión. El viernes, un miembro del comité le pidió el informe económico y financiero del programa para estudiarlo antes de la reunión de mañana lunes, con idea de meterlo en el orden del día de esa reunión si veía factible que pudiera llevarse a cabo. No podría iniciarse el año que viene porque el presupuesto lo cerraron definitivamente a primeros de diciembre, pero sí podrían comenzar con los trámites legales para meterlo en el presupuesto del siguiente año, si estimaran que merece la pena, claro.

Paul hizo una pausa para aclarar su garganta reseca.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Luis con impaciencia.

El tono de voz de Paul comenzó a decaer, adquiriendo tintes de decepción.

—Que el dossier económico está en Madrid. Hay una copia en una caja de seguridad de los laboratorios, a la que, según parece, sólo tenéis acceso Emilio y tú. Un borrador de ese informe definitivo lo tiene Emilio en su casa, en la caja fuerte de su despacho, y podría haber servido aunque con pequeñas matizaciones. No hemos podido localizaros, ni a ti ni a su mujer. Yo te he estado llamado insistentemente, al margen de las veces que haya podido llamarte Emilio. Me consta, además, que habló ayer con un par de compañeros tuyos y le dijeron que no habías vuelto al trabajo desde que te marchaste el viernes, aproximadamente sobre las dos. Por su parte, ha estado todo el fin de semana intentando hablar con su mujer y está desaparecida, nadie sabe dónde se ha metido.

—¿A qué hora es la reunión? —preguntó Luis mirando su reloj.

—A las ocho de la mañana.

—Que aquí será la una de la tarde —susurró abstraído.

—No te molestes, Luis —advirtió Paul adivinando su intención—. Se marcharon todos a comer y no volverán hasta mañana. Hoy es domingo y han tenido una semana muy intensa, con una agenda de trabajo excesivamente apretada. Se han tomado unas cuantas horas de descanso. Emilio ha dado por perdido el intento.

—¡No me digas eso, Paul! —exclamó con profunda preocupación—. Bueno, tal vez pueda incluirse en alguna próxima, haré las gestiones oportunas.

—No seas ingenuo, Luis. Tú sabes que estas cosas no se preparan de un día para otro, han de ajustarse al calendario que marcan los protocolos, esto había sido una clara excepción. En Morgan Lab. suelen ser bastante rígidos en ese sentido, te lo puedo asegurar —lamentó Paul.

—¿Insinúas que no hay vuelta atrás?

—Insinúo que debes ser realista y comenzar a pensar que, hoy por hoy, la vía farmacológica ya no es viable. Deberás centrarte en la investigación genética, pero ése es un proyecto a muy largo plazo, Luis.

—¿Dónde está Emilio?

—Ya debe de estar en el aeropuerto. Me ha dejado todos los documentos que debía presentar en la reunión de mañana, que sólo será una mera formalidad, y ha adelantado el vuelo para estar un día antes en Madrid —detalló Paul.

—¿Sabes a qué hora llega?

—No tengo idea. Sólo sé que el vuelo salía sobre las seis de la tarde.

—Preguntaré en Barajas e iré mañana a recogerlo al aeropuerto —anunció con la voz quebrada.

—Prepara una buena excusa, Luis. Tiene un cabreo gigantesco.

—Gracias, Paul, estaremos en contacto.

Elena apareció súbitamente a un escaso metro de distancia, con una maleta de viaje de grandes dimensiones en una mano y un paraguas abierto en la otra. Había comenzado a nevar débilmente.

—Ya estoy. No te vayas a olvidar de cerrar la puerta. No nos la volverían a prestar —dijo bromeando. Luis se giró sobresaltado al oírla hablar—. Oh, disculpa —exclamó Elena sonriendo—. No pretendía asustarte. ¿Te encuentras bien? Estás blanco como la nieve.

—Entra en el coche, voy a echar la llave —susurró con gesto contrariado.

Elena colocó su bolsa en el maletero del auto y tomó asiento cerrando el paraguas con rapidez.

Permaneció unos instantes mirando fijamente la tez nacarada de Luis mientras éste arrancaba el vehículo.

—Emilio lleva dos días intentando localizarnos —espetó preocupado.

—¿A los dos? ¿Pará qué?

—Por una cuestión de trabajo. Necesitaba urgentemente un informe que tenía en el laboratorio y en casa —contestó al tiempo que maniobraba para salir de allí.

—¿Y eso es tan preocupante como para hacerte perder el riego sanguíneo? —trivializó.

—Depende de la magnitud del negocio.

—Era nuestro fin de semana, teníamos derecho a disfrutarlo sin interrupciones familiares ni laborales —sentenció.

—No lo entiendes, Elena. Mi teléfono móvil es propiedad de Laboratorios Martí y su misión básica es mantenerme localizado permanentemente. Emilio me paga un complemento bastante generoso en concepto de disponibilidad horaria. Una familia entera podría vivir perfectamente con ese dinero al mes —explicó enojado.

—Eso no es trabajo, es esclavitud.

—No digas sandeces, Elena. Nadie me ha obligado a adoptar ese compromiso, lo he elegido yo, y ha sido por dinero —contestó irritado—. Los esclavos no tienen ese privilegio.

—¡Emilio y su trabajo! —insinuó pensativa—. La lacra de mi matrimonio y ahora de nuestra relación.

Luis detuvo el coche a un lado de la carretera y respiró profundamente intentando infundirse calma.

—Perdóname, Elena, estoy un poco nervioso. Soy el hombre de confianza de Emilio, su mano derecha, y no quiero perder ese rango. Tú deberías entender eso, también quieres mantener tu status permaneciendo a su lado a costa de lo que sea —acusó con crudeza—. Ese puesto de trabajo me reporta un buen nivel económico y profesional, Elena, y no quiero descuidarlo. Con este altercado puedo haberle hecho perder una formidable inversión.

—No se puede ser perfecto, Luis. Todos debemos asumir que se pueden cometer errores. Somos humanos —concluyó intentando animarlo.

—Me siento doblemente culpable —confesó con la mirada perdida—. No sé cómo demonios se lo voy a poder explicar.

—¿Explicar qué? No tienes que explicarle nada, sólo inventar una excusa. Una simple y jodida excusa —respondió exasperada—. A tu teléfono se le ha agotado la batería y no te has dado cuenta de ello hasta ahora, nada más. Ha sido una maldita coincidencia que la primera vez que eso te ocurre te haya estado llamando urgentemente. ¿Cuántas veces ha intentado localizarte en los últimos fines de semana?

—Debí de haber ido a los laboratorios tanto el viernes por la tarde como el sábado por la mañana —continuó—, eran días laborables.

—¿Tú nunca enfermas? —preguntó agitada—. ¿Nadie de tu familia enferma? ¿Nunca has tenido que ausentarte por alguna urgencia inusual? Estás bloqueado porque has estado conmigo y te sientes amenazado. Piensas que esto puede ser el detonante que le haga saber de nuestra relación y estás muerto de miedo. ¡Eso es lo que te preocupa, no el maldito negocio!

—¿Qué sabrás tú de ese maldito negocio, como tú lo llamas! —vociferó visiblemente irritado—. ¿Qué sabrás tú si me importa realmente o no! —Elena abrió los ojos sorprendida por su reacción. Jamás pensó que pudiera osar hablarle en ese tono—. Tú no eres lo único importante que hay en mi vida, Elena —confesó—. El hecho de estar contigo no lo disculpa todo, no seas tan egocéntrica.

—Primero me das voces y ahora me insultas —objetó solemnemente.

—El tono de tu voz tampoco ha sido excesivamente melodioso —apuntó en un cruce de acusaciones—. Tal vez lleves razón, es posible que sienta miedo. Pero eso indica que tengo algo que perder. ¿Y me preocupa esa posibilidad! Prefiero esta actitud a la impasibilidad que tú muestras.

Elena guardó silencio y desvió la mirada. No estaba preparada para afrontar problemas de relación a dos bandas. Se suponía que con sus altercados conyugales ya tenía suficiente, su vínculo con Luis debía ser limpio, dulce y tranquilo, casi celestial. Por supuesto que tenía cosas que perder y se lo había repetido hasta la saciedad, pero el miedo no es buen asesor en la resolución de conflictos. Si algo había aprendido a lo largo de su vida era a tomarse el tiempo necesario para procurarse suficiente calma y pensar con lucidez; las decisiones posteriores solían ser bastante más eficaces.

Luis arrancó el vehículo y se incorporó a la vía con precaución. Sentía rabia porque todo hubiera acabado de forma agrídulce. El fin de semana había sido perfecto, digno de un prolongado recuerdo y se resistía a marcharse a casa con aquella amarga sensación. Hasta ese momento, ciertamente, no había sido consciente del respeto que le infundía Emilio a nivel personal y profesional, subestimando además las negativas consecuencias que podía acarrearle su actitud.

—Mejor será no darle excesivas explicaciones —susurró Luis en tono conciliador—. Cuando de mentiras se trata, mientras más se habla es mayor la probabilidad de incurrir en contradicciones, ¿no es cierto? —sugirió observando sutilmente el rostro de Elena.

—Piensa lo que quieras —contestó con rudeza—, yo ya tengo suficiente con buscar mi propia excusa.

—Buenas tardes, señora Soler —saludó Soraya tomando asiento discretamente en el mismo velador del café donde tuvieron su último encuentro.

—Buenas tardes, Soraya. ¿Café? —ofreció cortésmente.

—Un té con limón, por favor.

Laura buscó al camarero con la mirada e hizo la petición sin esperar a que éste alcanzara el lugar donde se encontraba la mesa. Soraya extrajo un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y se lo tendió a Laura con una sonrisa cómplice.

—¡Felicidades! —exclamó al percatarse de que la indiscreta mirada del maître se encontraba fijamente clavada en ambas.

—Gracias, no tenías por qué molestarte —contestó Laura reaccionando hábilmente—. También yo tengo algo para ti.

Laura le entregó una pequeña bolsa de papel decorado, en cuyo interior había un sobre que optó por mantener oculto.

—Si deseas ver lo que contiene hazlo en el baño, aquí sería una indiscreción —advirtió Laura con

mayor libertad tras cesar la inoportuna intromisión.

—No es necesario. Confío en que todo está bien. La cinta está grabada en VHS para que pueda visionarla en cualquier aparato casero. Aparte, hemos incluido la microcinta con la grabación original por si desea hacer algún otro uso de ella.

—¿Crees que sería posible hacer un montaje? —preguntó Laura con cautela.

—¿De qué tipo?

—Sustituir a una de vosotras dos por otra mujer, por ejemplo —contestó sin mucha convicción—. ...O al menos, hacerlo creer.

Soraya permaneció pensativa unos segundos sin acertar a entender exactamente lo que tenía en mente. No obstante, le resultaba violento instarla a dar más detalles sobre ese aspecto.

—Sin conocer con exactitud lo que pretende hacer es difícil contestarle. De momento, guarde la grabación hasta estar segura de lo que quiere mostrar y luego hablamos. Lo más conveniente sería consultarlo con verdaderos profesionales —le aconsejó.

—Hablo de cortar, insertar, pegar... y hacerle creer a todos que ocurrió lo que no ocurrió —insinuó Laura con ligero rubor—. ...Porque la versión original, tal y como está grabada, no estoy segura de que pueda servir a mis fines después de la intromisión de Olga..., de la señora Mendizábal —corrigió con rapidez.

—Eso sería obra de un estudio de grabación y montaje. Puedo ponerla en contacto con uno de confianza si lo necesita. Sólo tiene que decírmelo.

—Te lo agradezco, Soraya, lo tendré en cuenta. No descarto hacer uso de tu ofrecimiento en el futuro.

Laura retiró su silla con suavidad y se levantó sin prisa. Estrechó con firmeza la mano de Soraya y le agradeció sinceramente sus servicios.

—Por mi parte, ya no tendrás que verte más con ese impresentable —anunció Laura.

—Bueno —sonrió—, va a ser un poco difícil librarse de él.

La llegada de Emilio a casa había sido menos tortuosa de lo que Elena esperaba. El avión había llegado con retraso y su rostro acusaba el cansancio del largo viaje, las horas previas de espera y la diferencia horaria. Luis se había ofrecido a recogerlo en el aeropuerto a pesar de la incertidumbre sobre la hora de llegada. Tras cruzar la puerta de entrada, soltó la maleta y se despojó de la chaqueta arrojándola sobre uno de los sillones del hall y sin mediar palabra fue al encuentro de su mujer saludándola con un cálido beso en los labios y un tierno abrazo.

Su relajado gesto y el cordial cruce de monosílabos con Luis denotaban una ausencia de rencor por lo ocurrido. Su hombre de confianza había hecho uso de la excusa que su propia mujer le había sugerido, una imprevista descarga de la batería del teléfono móvil y una repentina urgencia de salud familiar que le había llevado a pasar parte del fin de semana en un hospital de Madrid, sin que pudiera ponerlo de nuevo en acción. No ofreció más detalles. Hizo valer su derecho a la intimidad cuando Emilio, sin ánimo de indiscreción, acertó a preguntarle por esa parte de su vida tan celosamente guardada, haciéndole asumir que su vínculo personal se circunscribía exclusivamente al ámbito profesional, por lo que no estaba obligado a ofrecer explicaciones relativas a sus asuntos familiares.

El cúmulo de horas de travesía transoceánica había permitido a Emilio relajarse y pensar. El gran proyecto genético que le había reclamado una atención extrema en los últimos meses ya estaba iniciado y no requería, de momento, de mayor dedicación. Los estudios farmacológicos en los laboratorios Martí se desarrollaban según el protocolo establecido y con resultados satisfactorios. Los análisis económicos reflejados en los informes de la división de ventas eran razonablemente positivos, a pesar de la crisis económica, gracias al incremento de producción de medicamentos genéricos y de productos básicos, que habían logrado amortiguar el efecto negativo de los recortes presupuestarios en sanidad. Y por último, su pequeña joya, lo que constituía su bien máspreciado por su carácter social y casi humanitario, su clínica de reproducción asistida donde se brindaba a muchas parejas, con un índice de éxito bastante elevado, la última y tan ansiada esperanza de poder engendrar un vástago después de que la madre naturaleza les hubiera negado ese derecho sin razón aparente. Todo marchaba. Todo funcionaba especialmente bien. Todo... menos su matrimonio.

Su relación con Elena se había enfriado sobremanera desde que tuviera aquel extraño altercado familiar. La presencia de secretos inconfesables y profundamente trascendentes en la vida de su mujer le había hecho replantearse cuán conocida, realmente, era para él. Y ante todo y sobre todo, si la falta de conocimiento mutuo no era debida a una total ausencia de comunicación entre ambos. Tenía que reconocer que desde el mismo día en que contrajeron matrimonio se habían dejado llevar por los hábitos rutinarios del común de los mortales de su misma clase social: una luna de miel maravillosamente cara aunque no en exceso romántica, una envidiable mansión donde vivir, un círculo de amistades con quien compartir los —para él— escasos ratos de ocio y placer, y una cruel rutina de autómatas actividades diarias marcadas por un calendario al más puro y rancio estilo militar. Nada espontáneo, nada sorpresivo, nada inusual y ni tan siquiera afectivo. Dedicaba demasiado tiempo a sus labores profesionales y reconocía que incluso en sus momentos de estancia hogareña su mente permanecía abstraída por el trabajo impidiéndole disfrutar plenamente del buen sabor del momento.

En varias ocasiones le había ofrecido a Elena trabajar para él, a lo que ella se había negado en rotundo. Y no dejaba de reconocer que no le faltaba razón. Puede que en el fondo no buscara que Elena se sintiera útil ejerciendo una labor profesional, sino hacerla invertir su tiempo para evitar que pudiera demandarle parte del suyo. En otras ocasiones le había recomendado ocuparse en actividades formativas que le pudieran resultar amenas y agradables: pintura, escritura, diseño... Pero ella siempre insistía en que su elección había sido la de vivir en pareja y que ello implicaba compartir momentos con él, si no en cantidad, al menos de calidad.

Él era consciente de que Elena se sentía sola. A veces, ni siquiera alcanzaba a entender cómo podía pasar tantas horas de su vida sin un rumbo fijo, sin una meta que alcanzar o un objetivo que perseguir. Era consciente de que no le estaba ofreciendo la afectividad que ella necesitaba, el amor que le reclamaba, y de que Elena se había ido distanciando de forma progresiva e imparable. Hasta ese día. El intento continuado de localizarla durante el fin de semana sin éxito alguno le había hecho percatarse de que le importaba realmente no encontrarla en casa a su vuelta. Sentir su presencia en el hogar familiar tal vez fuera suficiente para él, pero no para Elena. Y estaba dispuesto a provocarse un cambio por el bien de una relación que no quería seguir lastimando.

Despidió a Luis con extraordinaria diplomacia dándole las gracias por acompañarlo a casa y le anunció que no acudiría a trabajar hasta pasado el día de Navidad. Necesitaba descansar y había pensado acompañar a Elena a hacer las compras navideñas como nunca lo había hecho. Antes de marcharse, Luis buscó inquisitivamente una mirada cómplice de Elena, una señal de sus ojos

indicándole que a pesar de la irrupción de Emilio todo estaba bien entre ellos dos. Pero no la encontró. No supo si por decoro, respeto... o porque la primera y única discusión entre ambos había levantado una ampolla de desencanto en el corazón de Elena.

—Estuve llamándote todo el fin de semana —objetó Emilio con voz dulce aproximándose de nuevo a su mujer—. En un principio, para que me enviaras ciertos documentos; después, por curiosidad de saber dónde estabas y lo que estabas haciendo, y finalmente, y para serte sincero, porque sentí miedo —confesó.

—¿Miedo? —preguntó sorprendida.

—Miedo de que te hubieras marchado. Irracional, lo sé, pero fue como una especie de impulso que no pude controlar. Me ha alegrado profundamente encontrarte en casa al volver. Estos dos últimos días te he echado tanto de menos...

—Me he tomado la libertad de organizar una fiesta para fin de año —explicó Elena con voz melosa—. Me he puesto en contacto con una empresa de organización de eventos para que se ocupen del catering, la música y la decoración de la casa. Me apetecía hacer algo especial, diferente. Espero que no te importe.

—Para nada —contestó con franca sonrisa—. También yo necesito alterar un poco las viejas costumbres.

—El viernes por la tarde estuve en Madrid, concretando los honorarios que nos cobrarán por ello. Y el sábado por la mañana decidí ir a pasar el fin de semana con mi abuela —apuntó con cierta expectación—. No hay cobertura de teléfono móvil donde ella vive.

—¿Con tu abuela? —cuestionó dubitativo—. Dirás con tu abuelo.

—No. He dicho con mi abuela, con la madre de mi madre —detalló, esperando su reacción.

—No entiendo. La madre de Magda...

—Falleció —concluyó Elena—. Me refiero a mi abuela Mercedes, la madre de mi verdadera madre. Magda es la mujer de mi padre, Emilio, nada más. Mi padre estaba casado con ella cuando dejó embarazada a mi madre. Es una historia un poco larga de contar —advirtió sintiéndose realmente aliviada por la confesión.

Emilio permaneció inmóvil, observándola fijamente, perplejo.

—Vístete —le sugirió dulcemente—. Te llevo a cenar y me terminas de contar con tranquilidad. Por lo que veo, tenemos muchas cosas de que hablar.

El timbre del teléfono comenzó a sonar de forma intempestiva a temprana hora de la mañana. Elena aún permanecía en la cama, profundamente dormida junto a Emilio, cuya tez distendida y relajada denotaba el sublime placer de hallarse por fin en casa. Habían vuelto extremadamente tarde la noche anterior. Se habían permitido saborear la cena charlando de cosas intrascendentes y recordando los pequeños detalles de antaño que les hacían sonreír, pasando el resto de la velada en compañía de una copa interminable que les brindó la oportunidad de sincerarse sobre muchos aspectos personales y emocionales que habían ido creciendo y tomando forma en el interior de cada uno, sin que el otro hubiera podido tomar conciencia de ellos ni por lo más remoto. Elena explicó, largo y tendido, su casi desconocida aunque propia historia personal, dejando al descubierto con total franqueza su miedo extremo a retornar a sus orígenes vitales. Puso de manifiesto su necesidad de afecto y dedicación personal, por encima de los excesos materiales y financieros con que se veía

agasajada, y reivindicó su derecho a la libertad, entendida como la posibilidad de poder elegir libremente no dejarse llevar por las rígidas costumbres sociales, familiares y demás conductas estereotipadas propias de su clase social. Emilio, por su parte, trató de defender su posición como víctima de la vorágine profesional y empresarial, aquélla en la que te ves inmerso y que te arrastra irremediabilmente hacia el juego del todo o nada; el trabajo bien hecho genera más trabajo y mayor inversión, lo cual te subyuga a nivel laboral y económico, pues de lo contrario, de no responder con éxito, la pérdida de confianza y de prestigio profesional te puede reportar mayores pérdidas de las óptimamente recomendables para hacer perdurar la rentabilidad del negocio. En cuanto a su carácter para con ella, Emilio lamentó no poder, o no saber, exteriorizar sus sentimientos con muestras físicas de cariño y de afecto hacia ella, perjurando con insistencia que el amor que sentía había continuado invariable desde el inicio de su relación, aunque hubiera permanecido mudo por mero desconocimiento del lenguaje corporal que Elena tanto parecía necesitar. A lo largo de tan cortés y delicado circunloquio, callaron, rieron, lloraron, se miraron, se acariciaron y se perdonaron por todo aquello que pudiera haber evocado recelo o dolor en el corazón del otro, adoptando un compromiso mutuo de trabajar por y para su relación. Al llegar a casa, vencido por la dilatada y agotadora jornada, Emilio se quedó dormido al poco de sumergirse entre las sábanas, no sin antes envolver a Elena en un tierno y cálido abrazo que la hizo refugiarse entre su pecho desnudo, que había comenzado a olvidar.

Se giró bruscamente al rescate del auricular para hacerlo cesar en su intento de despertar a Emilio y contestó en voz baja, apenas audible.

—Elena, soy Martina. ¿Aún dormías? —preguntó apurada.

—No te preocupes, es que ayer nos acostamos un poco tarde —explicó con diplomacia—. Dame un minuto y me cambio de teléfono, no quiero despertar a Emilio. —Elena colgó el auricular con suavidad y salió del dormitorio en dirección a la cocina, desde donde podría hablar abiertamente al tiempo que tomaba un café—. Ya estoy, cuéntame.

—He estado dándole vueltas al juegucito —expresó con retintín—. Sé más o menos cómo podría hacerse, aunque lo más peliagudo va a ser la recogida de las muestras, teniendo en cuenta que las víctimas masculinas no pueden sospechar absolutamente nada. ¿Quieres que te lo explique con detalle o te lo resumo?

—Ahórrate los detalles técnicos y científicos —masculló Elena casi bostezando.

—Muy bien. El día que determinemos, cada una de vosotras recogerá una muestra de semen de su pareja y la traerá al laboratorio, obligatoriamente en un tiempo máximo de una hora. Yo estaré aquí para hacerme cargo de ella y aplicarle, de forma inmediata, el tratamiento oportuno de crioprotección para la congelación.

—¿Es necesario congelarlas? —preguntó ignorante.

—Es imposible hacerlo todo a la vez. El esperma comienza a deteriorarse tras una hora de su extracción y es muy vulnerable a agentes externos como la temperatura, por ejemplo. Es impensable que podáis tener relaciones sexuales todas vosotras el mismo día y a la misma hora, que os dé tiempo a llegar al laboratorio en menos de una hora y culminar el proceso de inseminación —explicó Martina con paciencia—. Materialmente imposible.

—De acuerdo, continúa —alentó Elena mientras disfrutaba del estimulante café.

—A cada muestra le asignaremos un código para saber de quién es y yo lo archivaré en mi

ordenador junto al nombre de cada uno. En el ordenador central guardaré las demás características de registro exigidas legalmente para los bancos de semen.

—Martina, bajo ningún concepto quiero que quede constancia oficial de todo esto —apuntó alarmada.

—Sólo será hasta el momento de su utilización. Por motivos de seguridad hacemos recuentos automáticos, meramente protocolarios, para garantizar que el número de muestras físicas disponibles en el laboratorio coinciden con los registros del fichero de donantes. No quiero que salten las alarmas si se hace uno de esos recuentos durante el tiempo que dura este juego. Cuando todo acabe, destruiré los cinco registros creados.

—No sé si serán cinco —corrigió Elena—. Aún no sé la opinión de las chicas. Puede que alguna de ellas no quiera participar.

—Es lo mismo. Lo que trato de explicarte es que la recogida se puede hacer de forma paulatina, conforme cada una lo crea oportuno. Una vez recogidas todas las muestras y congeladas, sólo habrá que ponerse de acuerdo para la inseminación, que sí se hará una a una en la misma sesión.

—¿Y eso es fácil? ¿No sería un problema hacerlas todas a la vez?

—La descongelación es bastante más sencilla. Basta con sumergir la pajuela unos minutos en un recipiente al baño María y aplicar un producto para eliminar el agente crioprotector. Tras ello, sólo quedaría inyectar la muestra. Podría hacerse en una misma sesión, aunque tardemos algunas horas incluyendo los preparativos previos.

—La inseminación también tendrías que hacerla tú... —se aseguró Elena.

—No es una de mis funciones, te recuerdo que no soy médico, y ellos son los únicos profesionales capacitados y autorizados legalmente para realizar ese tipo de prácticas. Yo sólo lo he hecho un par de veces en un curso práctico y con supervisión médica, por supuesto —confesó Martina—. De todas formas, supongo que no querréis llevar a cabo una inseminación artificial en toda regla, sino más bien una «*pseudoinseminación*» —sugirió—. Querréis correr algo de riesgo en quedaros preñadas, pero no que garanticemos al cien por cien el éxito de la operación, ¿no?

—Sí, llevas razón —sonrió Elena—. «Aunque a Linda no le vendría mal» —pensó—. ¿A qué te refieres con «*pseudoinseminación*»? —repitió con dificultad.

—En las inseminaciones reales se intenta garantizar el éxito del embarazo adoptando ciertas medidas tanto en el tratamiento de la muestra como en la propia técnica de inseminación —explicó Martina—. Se prescriben fármacos para inducir el crecimiento de un mayor número de folículos en los ovarios, se induce artificialmente la ovulación y se calcula el momento exacto en que debe inyectarse la muestra para garantizar el encuentro de óvulo y espermatozoides. Pero además, en el procedimiento habitual, se elimina de la muestra el plasma seminal para evitar reacciones alérgicas anafilácticas y posibles infecciones y se depositan los espermatozoides directamente en el fondo del útero mediante la introducción de una cánula a través del cérvix. Eso ha de hacerse en el momento de la ovulación, aprovechando que el orificio cervical está completamente abierto —advirtió—. Ni siquiera cualquier médico está cualificado para hacer eso. ...Y yo soy química.

—¿Entonces? —preguntó Elena alentándola a seguir.

—Cuando hablo de pseudoinseminación me refiero a coger la muestra de semen una vez descongelada y tratada y depositarla, vía vaginal, lo más cerca posible del orificio cervical, pero en ningún caso en el interior del útero. Eso puede hacerse con una jeringa esterilizada de las que hay en

el laboratorio utilizando, a lo sumo, un simple espejo. Es lo más que me atrevo a hacer, Elena — advirtió con sutil firmeza—. Aun así, debéis saber que existirá un cierto riesgo de infección.

—De acuerdo, me parece bien —asintió Elena—. Hay otro detalle que no me ha quedado suficientemente claro. ¿Por qué decías que la recogida de la muestra será lo más complicado?

—Las recogidas siempre se hacen en recipiente estéril, evitando que cualquier foco de contaminación entre en contacto con la muestra, incluyendo las manos —informó—. Es algo sencillo siempre y cuando se cuente con la colaboración del donante, pero en vuestro caso no es una donación voluntaria, es un asalto a mano armada —rió.

—Pues si tampoco podemos hacer uso de las manos lo tenemos complicado —espetó pensativa.

—Hace escasamente un año, el laboratorio empezó a comercializar preservativos estériles para varones con hipersensibilización a las infecciones. Es lo único que se me ocurre que os pueda servir, siempre y cuando se ponga y se quite con unas cuantas precauciones reglamentarias. Os facilitaré un pequeño bote térmico para garantizar que el esperma mantiene al máximo su temperatura natural, y depositaréis el preservativo en su interior tal y como lo quitéis. Yo me encargaré de extraer la muestra del interior —especificó Martina con naturalidad—. ¿Alguna duda?

—De momento no se me ocurre nada. Supongo que cuando se lo expliquemos a las chicas surgirán cientos de preguntas, pero ya se resolverán sobre la marcha. Primero he de ver si finalmente se hará.

—¿Expliquemos? —preguntó Martina.

—Tú y yo. En la fiesta de Fin de Año. Estáis todos invitados a cenar la noche del treinta y uno, y después beberemos y bailaremos hasta que nos hartemos —anunció Elena—. Ése será el momento de plantearlo, cuando todas tengamos alguna copa de más que nos haga trivializar este asunto. Aun así, Martina, te recuerdo que yo no creo que vaya a participar.

—¡No puedo creer que estés moviendo todo esto y ahora seas la primera en echarse atrás!

—No me has entendido —objetó Elena—. He dicho que no sé si voy a participar «realmente» — enfatizó—, es decir, de verdad. O si por el contrario, haré una pantomima y te diré que te las ingenies para inyectarme un placebo. Algo parecido a una muestra de semen, pero limpio de espermatozoides. —Martina permaneció en silencio sin dejar constancia de su opinión, tal vez porque no la tenía—. Ya te insinué que no participaría —continuó Elena—. Después de mi reencuentro con Emilio, casi te lo puedo asegurar. De todas maneras, cuando vea la reacción de las demás acabaré de confirmártelo.

—De acuerdo. Intentaré estar en esa fiesta. ¡Pero no por ti! —exclamó bromeando—. ¡Sólo porque tengo ganas de divertirme!

18.

Habían transcurrido unas dos horas desde que Linda colocara la maleta abierta sobre el diván del vestidor y sólo había llegado a introducir un par de prendas de ropa interior. Estaba descentrada, ensimismada y profundamente desganada. No le apetecía volar a Londres, pero su progenitor tomaría como una ofensa hacia la familia el hecho de no compartir con ellos tanto el día de Navidad como el famoso Boxing Day, cuya trascendencia se debía más a su emblemático significado que a las acciones que en verdad se practicaban en tan señalado día. Romper con las tradiciones era tarea ardua y difícil para un inglés de rancia estirpe, por lo que no tenía otra alternativa que viajar si no quería anotarse un nuevo tanto en contra de la afectividad de su padre.

Javier cruzó el vestidor semidesnudo en dirección al baño sin reparar en la presencia de su mujer. No se prodigaba mucho por el estudio de arquitectura en los últimos meses, no había nuevos proyectos en los que trabajar. La falta de actividad estaba minando su amor propio al sentirse dependiente de las inversiones bursátiles y financieras de su padre para poder mantener la subsistencia de la sociedad, donde ya habían comenzado a rodar las primeras cabezas por la grave repercusión de la crisis económica. Los rumores de vividor y mediocre arquitecto ya eran patentes en numerosos círculos de la empresa, avivados tal vez de forma injusta por la crispación nerviosa de una preocupante falta de trabajo, por lo que había decidido mostrar su conducta ociosa fuera de las instalaciones del estudio para evitar seguir siendo objeto de comentarios jocosos e hirientes por parte de los empleados. Linda era plenamente consciente de la situación y de su magna preocupación.

Tocó ligeramente en la puerta antes de irrumpir en la intimidad de Javier y entró tomando asiento en el borde de la bañera, que aún no había terminado de llenarse. Oprimió la esponja con decisión sumergiéndola en el agua y dejó caer su tenue cascada sobre el cuello y los hombros de Javier, invitándolo a relajarse.

—Te noto muy callado últimamente —susurró Linda modulando la voz—. Vagas por la casa como si fueras un guapo fantasma —dijo sonriendo delicadamente—. ¿Preocupado, tal vez?

Javier continuó haciendo volar las irisadas pompas de jabón, sin mirarla.

—No paso por mi mejor momento —confesó lacónico.

—¿Personal o profesional? —preguntó Linda sintiéndose amenazada.

—Profesional, aunque supongo que eso repercute en lo personal; en caso contrario, no estarías sentada aquí ahora mismo haciéndome preguntas —contestó mirándola a los ojos.

—La empresa tiene suficiente solvencia para soportar la crisis, no debes preocuparte.

—No sólo es la crisis, Linda, soy yo. El personal de la empresa cuestiona a diario mi valía como arquitecto. Es humillante oír a mis espaldas que estoy salvando el pellejo gracias a mi padre.

—Solemos ser crueles cuando nos sentimos amenazados, atentamos contra cualquiera que se cruce en el camino. Eso no quiere decir que tengan razón.

—Ni tampoco que les falte —aventuró.

—Tienes mucho tiempo por delante, Javier —animó Linda condescendiente—. La experiencia es un grado y no se adquiere de hoy para mañana. Ya tendrás oportunidad de demostrar quién eres.

Linda se aproximó y puso un beso en sus labios, acariciándole el cabello mojado.

—He estado pensando en lo del niño, Linda. No creo que sea un buen momento.

—No digas tonterías —contestó a la defensiva—. No le va a faltar de nada.

—No es por él, es por nosotros. No estoy seguro de querer tener hijos y, de hecho, me sorprende que tú estés tan segura de tu decisión, nunca has mostrado instinto materno.

Javier la conocía demasiado bien, no iba a ser fácil maquillar sus sentimientos.

—Nuestra vida cambia sin que apenas nos demos cuenta, Javier. Una noche te vas a dormir convencida de lo que quieres y a la mañana siguiente te apetece justo lo contrario sin saber por qué. Y yo no soy mujer de reflexiones —mintió—, me dejo llevar por impulsos. Tal vez no sea lo más ortodoxo, pero es mi forma de ser. Me apetece vivir la experiencia de ser madre y me gustaría compartirla contigo.

—Nuestro estilo de vida conyugal no es precisamente de lo más familiar —objetó—. Somos demasiado libres, no nos gustan las ataduras. Tú misma lo has dicho, nos dejamos llevar por impulsos. Eso es incompatible con la crianza de un hijo.

—No seas puritano, Javier. Criar bien al niño no presupone tener que dedicarle el tiempo en exclusiva. ¿Tienes miedo de sentirte esclavizado en tu nueva faceta de padre? —preguntó jocosa.

—Sí.

—Confía en mí, cariño —susurró melosa—. Siento que necesito darle un giro a mi vida, sentar un poco la cabeza, preocuparme por cuestiones más trascendentales que la de fundir la Visa —bromeó.

—Me gustas así.

—Para ti seguiré siendo así, te lo prometo.

Se inclinó suplicándole en silencio que aceptara su decisión. Javier sonrió tras unos breves segundos como señal de complacencia.

—Voy a terminar de preparar la maleta —anunció aliviada—. ¡Nos esperan las súper divertidas fiestas británicas!

—He hablado con Emilio esta mañana —espetó Javier haciéndola detenerse—. Nos ha invitado a la fiesta de Fin de Año que darán en casa.

—¿Qué le has contestado? —apremió ella.

—Que iremos, sé que te apetece.

—Un poco de diversión no nos irá mal. No conseguiremos nada con deprimirnos —comentó en voz alta esbozando una abierta sonrisa.

Emilio había experimentado un cambio espectacular desde que volviera de Houston. Elena estaba gozando de su compañía como no lo había hecho desde su luna de miel, desconcertada por las

muestras de cariño sincero que exhibía ante ella de manera espontánea e inconsciente. En apenas tres días habían compartido más cosas que en los últimos dos años, sin menospreciar un diálogo abierto, fluido y constante que les estaba permitiendo poner en claro numerosos aspectos de su relación y de sus propias vidas incomprensibles hasta entonces. Elena lo percibía como un pequeño paréntesis, como si el mundo hubiera decidido detenerse por un tiempo para permitirles poner un poco de orden y de cordura con los que poder maximizar la probabilidad de reconstruir con éxito su deteriorada relación. Nunca lo notó tan receptivo a sus sentimientos, a sus miedos, a sus anhelos, ilusiones y esperanzas. Su empática actitud le había permitido sincerarse con él, por primera vez en su vida, revelándole los más escabrosos detalles que había tenido la desgracia de padecer y que aún le iba a llevar bastante tiempo superar. Tales confesiones no habían mermado la calidad de la relación de Emilio con los padres de Elena, pero sí le permitía comprender los pormenores de los eternos conflictos con su mujer y la vehemencia de ésta hacia ellos, mostrando benevolencia cuando tiempo atrás era incapaz.

—Quiero que esta Nochebuena sea lo más entrañable posible —le había dicho a Elena hacía escasamente dos horas—. Quiero conocer a tu abuela.

Elena permaneció muda unos instantes, profundamente descolocada ante tan inesperado anuncio.

—Eso la haría inmensamente feliz —contestó.

—¿Y a ti?

—También. La llamaré para avisarla —anunció emocionada—. Gracias, Emilio.

El remordimiento comenzó a aflorar. Los sentimientos que creía perdidos tan sólo parecían haber estado adormecidos. Cierto era que durante sus años de matrimonio había intentado hacerlos resurgir en varias ocasiones sin que aquélla hubiera sido una empresa de éxito, y que, tal vez, los invisibles obstáculos los había interpuesto Emilio con su silencio, con su ignorancia y con su perfecta dejadez. Pero si él había vuelto dispuesto a cambiarlos, Elena se sentía con la suficiente fuerza moral como para no desaprovechar la oportunidad. Conjugar dinero y amor era su máxima aspiración.

Sonó el timbre de la puerta con timidez. Emilio se había ausentado para recoger un envío certificado de carácter personal y el servicio parecía estar demasiado ocupado para abrir la puerta. Se dirigió a ella con parsimonia sin adivinar que era Luis quien se encontraba al otro lado. Se sobresaltó al verlo. Y, paradójicamente, no se alegró.

—¿Puedo pasar? —preguntó ante la estática postura y el mutismo de Elena.

—Sí, claro, por supuesto.

—Necesito ver a Emilio —anunció con formalidad.

—No está, pero volverá en un rato. —Un tenso silencio asoló la estancia. Luis se giró para marcharse ante la ausente invitación de Elena de esperarlo en casa—. ¡Luis! —exclamó haciéndolo detenerse—. ¿Podemos hablar?

—Éste no parece el lugar ni el momento oportunos —objetó.

—Seré muy breve. No quiero dejarlo por más tiempo.

—Quieres romper —afirmó Luis desde la puerta.

Elena desvió la mirada y comenzó a frotarse las manos frenéticamente.

—Estoy muy confusa, Luis. No estoy segura de lo que siento ni de lo que quiero. Sólo tengo claro que no deseo hacerte daño.

—Me lo harás si me dejas —sentenció.

—Tampoco quiero herir a Emilio, no se lo merece.

—Eso deberías de haberlo pensado antes, Elena. Cuando se juega con dos amores, uno siempre acaba irremediabilmente dañado. Y en este caso, prefieres que sea yo.

—No seas injusto, Luis. Siempre fui franca y sincera contigo. Te aseguré que no abandonaría a Emilio por lo nuestro y aun así quisiste que mantuviéramos nuestra relación. Nunca te engañé. Tú me has dado durante todo este tiempo lo que Emilio me ha estado negando, pero es otro desde que volvió de Houston, Luis. Hemos hablado mucho y hemos compartido pequeños secretos que nos han abierto los ojos a cómo somos y a quiénes somos. El corazón me pide que nos demos una nueva oportunidad.

—No estaré esperando a que fracase, Elena. Te quiero demasiado para permitir que me tomes y me sueltes cada vez que te plazca. Me destrozaría —dijo con voz temblorosa.

—Lo sé.

Luis cruzó levemente el quicio de la puerta y puso un tenue beso en sus labios.

—Adiós, Elena.

Dio un paso atrás y se marchó sin girarse, ocultando las lágrimas que inundaban sus ojos. Siempre temió que llegase ese momento, y aun así, nunca se permitió pensar en él. Si algo había aprendido en la vida era a vivir el momento. Porque el futuro, además de impredecible, podía ser muy cruel.

—¿Teresa?

—¡Olga, que alegría me da verte! ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué haces por aquí?

—Compras navideñas —contestó elevando las bolsas—. Llevo toda la tarde dando vueltas, tengo un dolor de pies horroroso y no encuentro nada apropiado para la madre de Esteban. ¡Qué difícil es encontrar un regalo cuando se tiene de todo! —exclamó cansada.

—Y sobre todo si es para tu suegra —bromeó Olga—. Yo me echo a temblar cuando tengo que regalarle algo a Carlota, es una verdadera pesadilla, pero a ver cómo se lo digo a Pablo. No soy capaz —sonrió.

—Me dejaste preocupada la noche de la fiesta. Espero que Pablo no se enfadara demasiado contigo.

—¿Quieres que nos sentemos a tomar algo? —sugirió Olga—. Nos vendrá bien un descanso.

Encaminaron el paso hasta la cafetería más cercana que pudieron encontrar y tomaron asiento en un confortable rincón, alejado del bullicio navideño del Centro Comercial.

—No me enteré de nada —afirmó Olga—. Me quedé dormida en el coche de Linda, bastante antes de llegar a casa. Desperté a la mañana siguiente con un dolor de cabeza horrible y Pablo no estaba. Evité cruzarme con él durante todo el día y me limité a no contestarle cuando me hizo alguna que otra insinuación. Con él es mejor no entrar al trapo.

—Bebiste mucho.

—Sí.

—Y hablaste mucho —afirmó Teresa con sutileza.

Olga la miró con ternura y sonrió.

—Siento haber dicho algo que pudiera haberte molestado. El alcohol nos hace perder el decoro y la vergüenza, y nos incita a hacer y a decir cosas extrañas.

—El alcohol nos desnuda, Olga. Hace que nos mostremos tal y como somos, y que digamos exactamente lo que pensamos, sin cortesía ni diplomacia. Sinceros como niños.

Olga la miró con perplejidad. No sabía a dónde pretendía llegar.

—Vuelvo a repetirte que lo siento. De veras. A medida que pasan los días voy recordando fragmentos de lo que dije y me arrepiento de ello. Aquélla no fue una buena noche para mí. La había tenido con Pablo y arremetí contra todas vosotras de forma injusta. No debí haceros partícipes de mis paranoias mentales.

Teresa esquivó su mirada momentáneamente, dubitativa, como asustada.

—Olga —dijo al fin—. Tus insinuaciones eran acertadas. —Olga se incorporó en la silla alentada por el cariz de aquella declaración. Mantuvo silencio sin desclavar la mirada del rostro inocente de su pequeña amiga. Le concedió tiempo para proseguir—. Siempre creí en el amor a primera vista, soy una romántica empedernida. Pero jamás lo sentí por Esteban ni por ningún hombre, hasta que vi a Jorge en el aparcamiento del hípico. Pensé que estaba rememorando un pasaje de novela rosa que acabaría nada más dejar de soñar. Pero no puedo quitármelo de la cabeza. Me pongo nerviosa con sólo escuchar su nombre. Nervios de adolescente, Olga, aquí, en la boca del estómago —señaló—. Creo que el día del desfile fue el más feliz de mi vida. Incluso más feliz que el día de mi boda —confesó con una mezcla de pesadumbre y emoción. Olga no despegó sus labios. Estaba realmente sorprendida por la franqueza con que Teresa, habitualmente parca en palabras, se estaba sincerando, y temía bloquear el flujo de sentimientos liberados que clamaban desde hacía tiempo por salir al exterior—. No puedo dormir. Estoy envuelta en un mar de confusión. Dudo de lo que siento por Esteban, no sé cómo llamarlo. Creo que lo quiero como quería a mi padre o como habría querido a mi hermano. Es una especie de amor agradecido, Olga, pero no es pasional. Le tengo cariño, pero ahora empiezo a estar convencida de que no lo amo.

Teresa calló y observó fijamente la reacción de Olga a través de su rostro. Esperó a que dijera algo que pudiera orientarla, incitándola con mirada profunda y el gesto contrariado.

—Difícil tesitura —se limitó a decir.

—Y sin futuro —objetó—. Jorge está enamorado de Laura y a mí me dolería muchísimo hacerle daño a Esteban. Y a mis suegros —añadió—. Le debo tanto a esa familia...

—La vida es una auténtica paradoja —afirmó Olga con resignación—. Tú le estás tan sumamente agradecida a Esteban que por nada del mundo querrías hacerle daño, pero no sientes amor por él. Yo, en cambio, siento una pasión irrefrenable por Pablo y sin embargo me gustaría verlo ahogado en más de una ocasión. Es difícil encontrar la felicidad completa en un sólo lugar y con una única persona. No nos queda más opción que buscarla por partes y unirla como en un rompecabezas.

—Buscarla por partes —repitió Teresa pensativa—. Sí, tal vez ésa sea la única opción.

Laura llevaba un tiempo desmesurado dando vueltas por la casa, sola, observando cuanto tenía a su alrededor y sopesando el sentido real que todo aquello tenía para ella. Dudaba si habría

construido su hogar de la misma manera y en el mismo lugar de no haber sido por su deseo de venganza, y esa noche, por primera vez, se detuvo a analizar concienzudamente si merecía la pena empeñar su forma de vida, su futuro y el de su familia por resarcir a su madre del daño que Pablo y su propio padre le habían ocasionado. Sentada en el borde de la piscina, con el gélido viento acariciándole el rostro y sin más compañía que la de un cielo estrellado, escuchó su propia voz reprochándole su deleznable conducta y lamentando con tristeza que no aspirara a ninguna otra noble empresa en la que emplear mejor su tiempo y su dedicación. Pero el sentimiento de odio se asemeja al del amor. Te invade el corazón de tal manera que es difícil imponerse a sus dictados y a sus irracionales impulsos sin sacrificar la calma y la paz interior que te embarga cuando actúas conforme a tus propósitos, quizás porque las emociones no atienden a razones sino que son profundamente déspotas; sólo te aportan sosiego cuando obedeces, jamás cuando osas enfrentarte a ellas. Y Laura se conocía a sí misma lo suficientemente bien como para saber que jamás nada, a excepción de la venganza, mitigaría su rencor por el daño infligido a su madre, aunque aquello constituyera la prueba irrefutable de la supremacía de sus instintos primitivos sobre la cualidad moral que su progenitora, con malgastado esfuerzo, le había intentado inculcar.

El juego de Olga le había parecido inicialmente una insensata estupidez, propia de mentes vacías surcando el sinsentido y la sinrazón. Pero la desafortunada irrupción haciendo añicos su estratagema perfecta contra Pablo, la invitaba a analizar la propuesta de Olga bajo una óptica diferente. Un embarazo de Pablo podría ser un colofón perfecto y una prueba indubitada del violento acoso sexual que Laura pretendía simular con la ayuda de un esmerado montaje audiovisual. El único inconveniente era cómo adivinar la muestra acertada, porque no estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios de nefastas consecuencias.

19.

El murmullo y la algarabía de la gente hacinada en la Puerta del Sol se filtraban a través de los altavoces instalados en la carpa que Elena Calderón había ordenado montar en el jardín de su casa. El casi centenar de invitados a su Fiesta de Fin de Año contaba impaciente los últimos minutos que le separaba del nuevo año, pendiente de la gran pantalla que le permitía, como un magnífico ventanal, asomarse al emblemático reloj cuyos acordes habían sido, año tras año, compañeros de baile de las uvas de la suerte.

Elena había decidido desempolvar una tradición parcialmente perdida desde su alianza con Emilio, contrariamente al consejo protocolario de sus elitistas amigas que abogaban por la costumbre americana de contar hacia atrás bajo las agujas del reloj para acabar con un simple brindis de felicitación por el año venidero. En un guiño de complicidad hacia la abuela Mercedes, Elena quiso dar la bienvenida a 1994 al ritmo de las campanadas del reloj de la Puerta del Sol —a donde siempre se desplazaban—, y obviando la tercera de las doce uvas, la de marzo, la misma que su abuela nunca más volvió a tomar por ser el fatídico mes en que murió su hija.

El ambiente creado bajo la lona blanca se impregnó con el aroma del cava derramado por el estallido de los abrazos efusivos, los besos emocionados y las sinceras felicitaciones. Como siempre, unos cuantos segundos de amnesia temporal que nos permite olvidar las rencillas y los malos deseos ajenos en pro de la bondad.

La orquesta contratada elevó de forma súbita los decibelios de ruido ambiental haciendo sonar un vals, la pieza reina de los bailes de alta alcurnia, con la promesa de acompañar a los selectos invitados hasta que pudieran vislumbrarse las primeras luces del alba. Una veintena de parejas abordó la pista de baile que había quedado libre tras retirar las mesas. Elena esperó, apostada en un extremo del stand de las bebidas, hasta que el ambiente se animó lo suficiente como para permitirle dejar de ejercer de anfitriona y pasar desapercibida; apenas transcurrió una hora, señal inequívoca de que había gana de diversión. Con una rápida visual distinguió a Emilio sentado y dialogando enfáticamente con Luis; a Jorge, en compañía de Esteban y de Javier; y a Pablo, como no podía ser de otra forma, flirteando descaradamente con una empleada de los Laboratorios Martí. No había rastro de las chicas, pero al menos no estaban bailando ni entremetidas en el círculo masculino. Vio a Martina en la pista de baile, próxima a ella. Cogió un vaso semi vacío y se fue aproximando al ritmo de la música.

—¿Estás preparada para la charla? —le preguntó Elena al oído. Martina le clavó la mirada durante unos segundos, dejándole entrever su legible expresión tachándola de aguafiestas. Asintió en silencio—. Te avisaré cuando estemos todas —advirtió Elena.

Dio media vuelta, soltó su vaso en la primera mesa que encontró y se apresuró a alcanzar una cabellera rubia que le pareció de Laura y que amenazaba con volver a perderse por los entresijos del jardín.

—¿Sabes dónde están las chicas? —le preguntó sujetándola del brazo.

—Estamos tomando un poco el aire. Hace demasiado calor ahí dentro.

—Dile a todas que os espero abajo en diez minutos, en la bodega.

—No me parece una buena idea mezclar la bebida. Si no acabo como empiezo me siento fatal.

—Quiero hablar con vosotras, no daros vino —objetó.

Laura se mostró imperceptiblemente dubitativa, pero no le dio tiempo a preguntar. Elena se marchó por donde había venido sin decir nada más, regresó a la pista de baile y con una leve inclinación de cabeza advirtió a Martina de que había llegado el momento, girándose con prontitud para mantener la distancia. No deseaba que las vieran en compañía.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó Elena cortésmente al entrar en la bodega. Ninguna de ellas contestó. La conocían lo suficiente como para saber que sus respuestas carecían de trascendencia en ese momento—. Está bien, al grano, ¿no? —se dijo a sí misma—. Sentaos donde queráis. Os presento a Martina —dijo con una indicación de mano al verla entrar. Todas ellas desviaron su mirada hacia la mujer desconocida, con una ligera mueca de incertidumbre en sus rostros—. Martina, además de una buena amiga, es una excepcional y cualificada empleada de los laboratorios Martí.

—¡Oh, Dios mío! Ya sé por dónde va esto —exclamó Olga espontáneamente—. ¡No me digas que te tomaste en serio lo que dije! Pero si no me acuerdo ni yo...

—No es necesario que finjas delante de ella, Olga, sé que lo pensabas en serio.

—Espera, Elena —balbució Martina—. Creía que todas lo teníais claro, pero si no es así, yo me voy y lo discutís abiertamente.

—No hay nada que discutir, sólo tenemos que definirnos. ¿Ninguna de vosotras se lo ha planteado en estos días? —Silencio por respuesta—. Venga, chicas —insistió—, vamos a ser sinceras. Olga... Te conozco bien y he visto la expresión de tus ojos observando a Pablo flirtear con Andrea. Se te han revuelto las tripas. No me creo que el despecho de aquel día haya quedado en agua de borrajas.

—No te metas en mi vida, Elena. Yo podría preguntarte qué interés tienes tú en que yo me vengue de Pablo.

Martina hizo amago de marcharse.

—Está bien, perdona —se disculpó Elena—. Llevas razón. No tengo ningún interés especial en que hagamos esto. Tú lo planteaste aquel día y me pareció que no eras la única que estabas dispuesta a jugar, pero tan sólo fue una impresión. Equivocada, tal vez. Os dije que si decidíamos poner un poco de emoción en nuestras vidas, tal vez podríamos contar con los medios del laboratorio. Me tomé la libertad de plantárselo a Martina para ver si era factible y hoy la he hecho venir para que nos explique cómo. Pero sólo si todas estamos dispuestas, por supuesto.

Las chicas comenzaron a mirarse unas a otras con un mutismo absoluto. Ciertamente se lo habían planteado, y habían llegado a una conclusión, pero sentían rubor por delatarse. Lo último que deseaban era ser tachadas de mujeres superficiales y carentes de escrúpulos, y eso era lo más probable teniendo en cuenta que ninguna de ellas estaba dispuesta a confesar abiertamente la razón que les movía a participar en el juego.

—Podríamos haber dado nuestra respuesta de forma anónima, pero ahora ya no me parece justo. Yo he confesado mi intención de jugar trayendo a Martina hasta aquí —afirmó Elena con seriedad.

—Yo también participo —dijo Linda en un alarde de valentía mirando a las demás.

—Ya somos dos —advirtió Elena alentándolas a seguir.

—De acuerdo —dijo Olga con un leve tono de resignación.

—¿Convencida? —cuestionó Linda.

—Convencida.

Las miradas se volvieron hacia Laura y Teresa, profundamente violentadas por la situación.

—No sé... Creo que no podría... Esteban... —musitó Teresa con timidez.

—¿Y tú, Laura? —inquirió Olga.

Laura permaneció inmóvil, con la postura erguida. La refinada educación moral que procuraba mostrar se oponía a la decisión de tomar parte en tal experiencia, por lo que el hecho de asentir la dañaría profundamente al dejar al descubierto una imagen reprochable de sí misma. Pero aquello le brindaba una oportunidad de venganza que no podía dejar escapar.

—Sí —se limitó a contestar escuetamente tras un nervioso balbuceo.

—Faltas tú, Teresa —exclamaron casi al unísono.

Teresa disputó un apurado partido de ping pon entre lo racional y lo emocional. «Buscar la felicidad por partes» —se recordó una vez más—. «Esteban por entero y algo de Jorge». Eso era mejor que nada.

—De acuerdo —asintió finalmente—. Espero no arrepentirme.

Todas se revolviéron en sus asientos ante la última declaración. Lo que se inició como una propuesta descabellada y sin fundamento parecía haber tenido aceptación, provocando el asombro y la perplejidad de Martina que se mantenía ajena a las divagaciones ocultas que habían inducido a todas y cada una de ellas a participar.

—Llegó tu turno —anunció Elena dirigiéndose a Martina.

Martina carraspeó, sin saber por dónde empezar.

—Bien —comenzó a decir levemente nerviosa por su atentado a la profesionalidad—. Según tengo entendido, el fundamento de vuestro juego es el de inseminaros recíprocamente con el semen de vuestros maridos de manera anónima. Debo de entender que se trata de correr un cierto riesgo de concebir un hijo, no de garantizar un embarazo.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Linda.

Martina ofreció una explicación científica y técnica, como ya hiciera en la conversación telefónica mantenida poco tiempo atrás, para que todas supieran con exactitud a lo que se exponían.

—Me estoy poniendo nerviosa —advirtió Teresa.

—Entonces, aquélla de nosotras que esté ovulando cuando decidamos hacerlo tendrá más probabilidad de quedarse embarazada que las demás... —advirtió Linda.

—Os pondré a todas de acuerdo para que iniciéis, en la misma fecha, un tratamiento de inducción de la ovulación. Sólo por uno o dos meses. De esa forma, ninguna de vosotras partirá con desventaja. O con ventaja, según se mire.

—¿Eso no alterará la regularidad de la menstruación? —preguntó Teresa.

—Ése es uno de los riesgos menores que implica este juego. Yo diría que es insignificante, en comparación con los que estáis dispuestas a asumir. Hay sin embargo un detalle importante que sí

debemos tener en cuenta: el factor Rh de vuestro grupo sanguíneo. Si alguna de vosotras es negativa habría que tener en consideración el Rh sanguíneo de todos vuestros maridos, de lo contrario podríais tener problemas en un próximo embarazo. ¿Alguna de vosotras es Rh negativo? —Todas negaron con la cabeza—. Perfecto. Un problema menos.

—Bueno, y ¿cómo tenemos que hacerlo? —cuestionó Olga.

—Vamos a establecer unas pautas comunes para todas. De vosotras mismas depende hacerlo bien, porque supongo que no os vais a vigilar unas a otras —conjeturó sonriendo—. Deberéis mantener entre tres y siete días de abstinencia de relaciones para garantizar la calidad del semen. Para la recogida os facilitaré preservativos estériles fabricados en nuestro laboratorio para las inseminaciones y unos pequeños recipientes donde guardarlos.

—Pablo no se pone un preservativo ni loco —objetó Olga.

—Eso es cosa vuestra. Idead lo que podáis para que así sea y recordad que estas recomendaciones no van dirigidas únicamente a una participación ecuánime en el juego, también van dirigidas a preservar vuestra salud en la medida de lo posible. Una vez recogida la muestra en el preservativo, deberéis quitarlo con sumo cuidado, para evitar pérdidas —apuntó jocosa—, y depositarlo en el recipiente térmico que mantendrá la muestra a temperatura casi corporal. No lo guardéis en frío. Y ahora viene uno de los grandes inconvenientes: la muestra debe estar en mi laboratorio antes de una hora.

—¿Una hora?! —exclamó Linda.

—Por encima de ese tiempo no se garantiza la calidad del semen. Tenéis que hacérmelo llegar antes de ese tiempo para que yo inicie el proceso de congelación y conservación.

Los comentarios ante tal requerimiento no se hicieron esperar. Multitud de preguntas fueron lanzadas al viento con respecto a la dificultad de planificación de la relación sexual, coincidencia del acto con la presencia de Martina en el laboratorio y sobre todo, cómo interrumpir la íntima relación, vestirse y salir corriendo para llegar al laboratorio en menos de una hora. Imposible.

—¡Un momento, por favor! —gritó Elena, tratando de poner orden—. Vamos a hacer las preguntas una a una.

—¿Cómo sabremos si tú estás en el laboratorio? —preguntó Laura.

—Esta operación ha de hacerse de noche e implica un riesgo profesional para mí —advirtió Martina mirando a Elena—. Por lo tanto, no voy a pasarme dos meses enteros acudiendo allí a partir de las diez de la noche. Puedo justificar, a lo sumo, uno o dos días por semana de estancia nocturna, no más. Cuando sepa de forma exacta los días más apropiados os lo haré saber y vosotras tendréis que adaptaros a ese calendario para mantener la relación sexual y recoger la muestra.

—Pero, ¿cómo demonios vamos a llegar allí en una hora? —preguntó Olga con cierta irritación.

—Tendremos que ayudarnos entre nosotras —apuntó Elena.

Se hizo un silencio.

—Sólo se me ocurre que nos avisemos unas a otras cuando vayamos a...

—Follar —concluyó Linda.

—Sí —afirmó Elena.

—¿Y qué? —alentó Linda.

—Una de nosotras estará esperando fuera para llevarse la muestra. Así podrá terminar la faena con tranquilidad y sin levantar sospechas.

—Yo no lo veo claro —afirmó Olga—. Primero, tengo que incitar a Pablo a tener una relación sexual; después, antes de comenzar, tengo que llamaros a una de vosotras para que os vengáis a mi puerta; luego, he de convencerlo de que se ponga un preservativo; y finalmente, tengo que ingeniármelas para quitárselo yo, meterlo en el recipiente y salir medio desnuda a la puerta de la calle para dárselo a la que esté allí. ...Y todo eso, sin que Pablo sospeche de nada.

—¡No me digas que tienes que convencer a Pablo de que mantenga relaciones! —cuestionó Linda.

—Bueno, de eso tal vez no, pero todo lo demás no podré conseguirlo.

—De acuerdo —afirmó Elena—, reconozco que es un poco lioso, pero este tipo de detalles ya lo maduraremos nosotras. Dejemos que Martina termine con la parte técnica.

—No tengo mucho más que añadir, sólo fijar las fechas. Los meses de enero y febrero los dedicaremos a la recogida de muestras. A primeros de marzo, iniciaréis el tratamiento de inducción de la ovulación y a primeros de mayo, fijaremos la cita para inseminaros a todas a la vez —apuntó Martina.

—¿A la vez? ¿Tan fácil es? —objetó Linda.

—Digamos que esa parte del proceso es bastante más sencilla -aseveró-. ¿Tenéis alguna duda más?

Un tintineo de cristales se oyó al fondo de la bodega, próximo a una puerta de salida. Todas apuntaron la mirada hacia el mismo lugar y mantuvieron silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Laura.

—Parecía una botella —espetó Teresa.

—¿Quién podría bajar hasta aquí? —cuestionó Linda levantándose lentamente.

—Olvidé que hay un servicio junto a esa puerta al que puede accederse desde el jardín. Cualquiera podría haber bajado —advirtió Elena nerviosa—. En las fiestas, los invitados suelen colarse por todas partes.

—El ruido podría haber venido de fuera, no le deis más importancia —tranquilizó Martina.

—Yo no estaría tan segura —murmuró Olga dubitativa—. La sombra que he visto antes detrás de ese botellero ha desaparecido.

—Y estas huellas húmedas de zapato creo que tampoco estaban aquí —reparó Elena.

20.

(1994)

La reunión concluyó con más premura de la esperada. La inquietud que les había producido el hecho probable de haber sido espiadas y escuchadas las obligó a diseminarse hacia el exterior a la expresa búsqueda del infiltrado. No supieron distinguir el sexo de aquella figura opaca, ni por supuesto sus rasgos físicos, deformados por el cambio continuo de las luces procedentes del jardín. Subieron las escaleras con gran agilidad tras comprobar que nadie ocupaba el baño y recorrieron visualmente y con extrema avidez todos los espacios próximos a la salida. Les preocupaba expresamente que pudiera haber sido cualquiera de sus hombres, pero no pudieron acertar a encontrarlos entre semejante multitud, que se movía incesantemente de un lado a otro bajo el ritmo de la música y la agitación del alcohol. Un par de camareros resurgieron próximos a ellas portando sendas bandejas repletas de copas vacías y algunas botellas de vino de reserva sin descorchar, de las que Emilio solía atesorar en la bodega para ocasiones especiales. Aquella imagen les devolvió la calma y disipó su desconcierto, lo que indujo a Elena a desaparecer unos minutos en compañía de Martina para reiterarle su intención de no inseminarse y pedirle la utilización de cualquier sustancia inocua que pudiera inyectarse con el fin de no levantar la más mínima sospecha entre sus amigas. Cuando se reunió de nuevo con ellas, las alentó a iniciar lo que habían quedado en calificar jocosamente como una «ruleta rusa espermática».

—Se abre la veda, chicas. Si no hay cambio de planes, Martina estará en el laboratorio los martes y jueves de diez de la noche a dos de la madrugada, durante los meses de enero y febrero, aunque me lo acabará de confirmar a lo largo de la semana. El próximo sábado, a las doce de la mañana, nos veremos en la cafetería del Body Center. Allí os daré los preservativos y los botes de conservación y nos pondremos de acuerdo en la forma de avisarnos unas a otras para llevar las muestras hasta el laboratorio; éste no es el mejor lugar ni el mejor momento para concretarlo, ¿de acuerdo?

—Ok —contestaron casi al unísono.

La fiesta acabó alrededor de las siete de la mañana, aunque los más rezagados retozaron por el jardín algo más de tiempo intentando evaporar su borrachera con la ayuda de un café bien cargado.

Teresa había sido una de las primeras en marcharse. La escasa jovialidad de su marido, unida a la incertidumbre de su decisión, no le había permitido distenderse y disfrutar. Una vez más, el sentimiento de traición conyugal contrapuesto a un impulso de amor visceral le hacía perder el equilibrio emocional produciéndole un incómodo estado de ansiedad. De nuevo se había dejado llevar por la forma impulsiva de ser que había recuperado en el mismo instante en que vislumbró la idolatrada silueta de Jorge, abandonando así la extremada y contagiosa racionalidad de Esteban. Al igual que a Laura, tan sólo le quedaba un importante detalle por concretar: cómo se las iba a ingeniar para elegir la muestra adecuada, porque no estaba dispuesta a arriesgar inútilmente su matrimonio

engendrando al hijo de cualquier otro.

El sábado siguiente amaneció lloviendo, con un cielo plomizo y gris abrazando con fuerza la sierra madrileña. Teresa, cuyo estado de ánimo era especialmente vulnerable a los cambios de tiempo, volvía a albergar dudas en torno a su participación, a diferencia de Linda, que mostraba una jovialidad renovada ante la oportunidad inesperada y bastante probable de quedarse embarazada. Laura intentaba de forma premeditada no dejar entrever sus sentimientos. Su máscara artificial de mujer sensata, honesta y en absoluto mundana no debía hacerse añicos, y su intervención en aquel juego podía poner en tela de juicio tales aptitudes. Optó por la indiferencia, atribuyendo su decisión, con suma sutileza, al empecinamiento por parte de sus congéneres de divertirse de tal forma. Por el contrario, Olga era transparente como el más límpido cristal. Su deseo de venganza hacia Pablo pagándole con la misma moneda de cambio que él solía utilizar era de sobra conocido por todas las demás, hasta el punto de ser la única razón válidamente desvelada en el grupo. En los ínfimos segundos de silencio propinados por un reconfortante sorbo de café, todas acertaron en un mismo pensamiento. A excepción de la razón de Olga, ninguna de ellas conocía a ciencia cierta el motivo real de las demás para acometer semejante empresa, todas daban por hecho que era la frivolidad ajena la que las incitaba a divertirse de una manera tan burda. Sin embargo, no tenían la misma opinión con respecto a sí mismas; el ego poderoso de cada una de ellas se vanagloriaba de tener al menos una justificada razón que la convertía en mejor persona.

El convencimiento general de continuar con aquella pantomima evitó que Teresa se desmarcara. Comenzaron a divagar sobre la mejor forma de organizar lo que bautizaron como «noche H», surgiendo innumerables obstáculos personales y conyugales para abordarla con éxito: el uso de ese concreto preservativo, cómo y cuándo guardarlo, la forma de avisarse unas a otras y de no coincidir, cómo excusarse para llegar hasta la puerta, y en el caso de Olga, cómo ponerle el cascabel a Pablo sin masacrar su sentido de la hombría. Tras múltiples sugerencias recíprocas optaron por limitarse a concretar la cuestión de los avisos para la entrega de la muestra; los entresijos sexuales y las inhibiciones de cada pareja debían resolverse en la intimidad como bien decidiera cada cual. Acordaron unirse por parejas para que todo resultase más fácil. Olga y Linda se llamarían mutuamente, y Teresa y Laura lo harían entre sí. Elena se decantó por llamar a Martina directamente. Dos de ellas intentarían mantener su relación sexual en enero y las otras dos en febrero. Un mensaje de móvil indicando «noche H» avisaría a su cómplice de que era bastante probable practicar sexo esa noche en las condiciones deseadas, lo que induciría a la otra a apostarse en la puerta de la casa hasta serle entregado el bote térmico que debería llevar, a toda velocidad, hasta el laboratorio donde Martina esperaba.

—Insisto en que lo mío va a ser un sufrimiento, chicas —advirtió Olga—. Pablo es impredecible y le gusta marcar la pauta de lo que hacemos.

—¿No te dijo que deberías aprender de las prostitutas? —sugirió Elena casi en un susurro—. Pues compórtate como una puta.

—Ellas no usan preservativos.

—Te equivocas —apuntó Laura—. Algunas lo ponen con tal sutileza que el cliente ni se entera.

—¡Venga ya! —exclamó Olga—. Cuando yo empiece a manipular a Pablo ya me contarás si no se entera.

—Pues no uses las manos —sugirió Linda impudicamente.

—¡Bueno, vale ya! Nos estamos adentrando en terrenos escabrosos —dijo Elena sofocando el hilo de la conversación—. Cambiemos de tema. Hay otro detalle que me gustaría plantear.

La atención se centró instantáneamente en los ojos azules de Elena.

—Hoy por hoy, todas nosotras estamos considerando esto como lo que es, un juego. Queremos divertirnos, arriesgarnos, sentir vértigo en el estómago, hacer algo completamente inusual que nos reporte emociones fuertes que no solemos sentir a diario. Sin embargo, las repercusiones que puede tener van más allá de las triviales consecuencias de cualquier evento lúdico.

—Al grano, Elena —apuntó Linda.

—Si a pesar de ello hemos decidido jugar, debemos ser consecuentes con lo que nos pueda acarrear, eximiendo a todas las demás de cualquier repercusión negativa e interesada por parte de la víctima de esta ruleta. Cada una de nosotras debe asumir en solitario lo que le depare este juego sin reclamar absolutamente nada, ni resarcimiento personal ni por supuesto económico a ninguna de las demás y ni mucho menos al que resultara ser el padre del niño en caso de un probable embarazo.

—Creo que eso es algo que todas tenemos sumamente claro —objetó Laura.

—Ahora sí. Pero no estoy segura de cómo podemos reaccionar en el futuro. No nos engañemos, mientras los problemas no existen las amistades perduran; pero cuando las personas sienten amenazada su estabilidad física, emocional o económica comienzan a sacar las uñas con todo el despecho de que son capaces.

—¿Qué propones? —preguntó Teresa.

—Firmar un documento renunciando a cualquier reclamación tanto económica como de paternidad en caso de embarazo.

Hubo un silencio tenso durante breves segundos. El matiz legal de todo aquello empañaba lo que había comenzado como un simple acto de diversión.

—No quieres ver peligrar tu matrimonio ni tu solvencia económica compartiéndola con un hijo ilegítimo —afirmó Linda.

—Exacto. Y sospecho que vosotras tampoco.

—No creo que lo que estás planteando sea legalmente válido —matizó Laura—. Son derechos del niño, no tuyos. No creo que puedas renunciar a lo que por ley le corresponde a tu hijo. ¿Cómo vas a privarle de la posibilidad de que su padre biológico asuma su paternidad con los beneficios que conlleva?

—Pues alguna forma habrá de hacerlo. No quiero afrontar ese riesgo.

—¿Te olvidas que la embarazada puedes ser tú? —puntualizó Olga.

Elena hizo un levísimo amago de réplica, pero se contuvo.

—Firmemos una confesión expresa y detallada de lo que estamos haciendo —sugirió Linda—. Si alguna de nosotras se plantea la reclamación de los derechos de paternidad deberá ser consciente de que ese documento puede usarse para eximir al padre de su responsabilidad. Una forma diferente de llegar al mismo sitio, ¿no te parece, Elena?

—Ok. Me parece buena idea. ¿Alguna de vosotras tiene algo que objetar? —Todas negaron con gesto inexpresivo—. Redactaré una copia individual para cada una. De esa forma, en el caso de tener

que utilizarla no se verían comprometidas las demás. ¡Se inicia el juego, pequeñas! A partir de ahora, contamos con dos meses para la recolección —concluyó risueña.

Condujo despacio hasta casa, buceando una vez más entre sentimientos encontrados de diversión y remordimiento por haberlas alentado a lanzarse a una aventura tan trepidante como indigna, poniendo a su disposición los medios técnicos de que disponía. Si la abuela Mercedes tuviera conocimiento de lo que se traía entre manos se habría sentido avergonzada por su actitud, pero el daño que se le inflige a quienes amamos resulta más difícil de calibrar que el nuestro propio, y las reacciones que desencadena pueden llegar a ser impulsivamente nocivas y complicadas de controlar. Se convenció a sí misma diciéndose que en ningún momento había empleado la coacción, sino que habían sido ellas mismas, con sus vacíos existenciales y sus propias ambiciones, quienes se habían puesto en manos del más caprichoso destino.

Llegó a casa y observó complacida que el coche de Emilio estaba allí. Habían llegado al acuerdo tácito de compartir el tiempo lo más posible, siendo conscientes de las obligaciones profesionales que a todas luces resultaban inevitables. Atravesaba en aquel entonces una dulce etapa en su vida conyugal. Miradas cómplices, gestos amables y palabras edulcoradas que hasta entonces no existían parecían haber cobrado protagonismo en su relación sin excesivas dificultades. Emilio le había devuelto el uso a su despacho de casa y resolvía desde allí los asuntos burocráticos que no necesitaban de la estrecha colaboración de sus asesores y directivos. Había redescubierto el uso del teléfono y disfrutaba de un entorno más acogedor y cálido desde el que trabajar, y eso permitía a Elena hacer más viable el flujo de comunicación entre ambos, amén del entrañable sentimiento de afecto que despertaba en ella el simple hecho de tenerlo cerca.

Comprobó que el coche de Luis también se encontraba allí. Visitaba la casa con excesiva frecuencia, tal vez por mera necesidad profesional, pero aquello la incomodaba. Resultaba extraño experimentar recelo donde no hacía excesivo tiempo fructificaba el amor, si es que podía llamársele así y no había sido en realidad una simple falacia de sus sentidos inducida por la notoria ignorancia de su marido. Lo cierto era que semejante situación afectiva la incitaba a adoptar involuntariamente un comportamiento tenso y superficial, con una creciente preocupación personal por que Emilio pudiera atisbar cualquier indicio de relación entre ellos despojada de tintes meramente sociales y diplomáticos.

Deslizó la llave y abrió la puerta con excesiva cautela para no sorprender a quienes se encontraban en su interior. No esperaba hallar nada especial, simplemente le atraía descubrir el natural comportamiento de la gente en su ausencia; nunca supo si llamarlo curiosidad o desconfianza, tal vez fuera una mezcolanza de ambas cosas.

Atravesó el hall de entrada inundado de la cálida luz que se filtraba por las grandes cristaleras que enmarcaban el patio interior, atiborrado de plantas y arbustos de gran tallo cual si fuera un vergel en mitad del desierto. El salón estaba vacío, impregnado de una mezcla sutil de perfumes varoniles cuya esencia podía desgranar sin la menor dificultad. La voz de Luis, confundiendo con la de Emilio, partía del despacho de éste colándose sin secretismo por la puerta un palmo entreabierta.

—Espero poder mantener nuestra inversión en el proyecto —apuntaba Emilio oteando a Luis por encima del borde superior de sus gafas—. Aunque creo que para ello deberemos rentabilizar algo más algunas de nuestras líneas comerciales, incluso suprimirlas si es necesario.

—¿A qué te refieres?

—Cosmética y belleza. Hay demasiadas buenas cremas en el mercado con las que competir. Creo que no merece la pena mantenerlas a juzgar por el beneficio neto que nos reportan.

—Ponte al habla con el departamento de marketing y lanza una buena campaña publicitaria. Retirar productos del mercado es como admitir que no son buenos; mala prensa gratuita para el laboratorio.

—Es que algunos no son buenos, Luis.

—Eso lo sabemos nosotros, pero no deben saberlo los consumidores. Se retiran productos cuando son nocivos para la salud, nada más. Antes de recurrir a eso es preferible modificarlos y lanzarlos al mercado como una renovación de los anteriores, nunca como una sustitución de los mismos y mucho menos eliminarlos totalmente. La gente asociaría que Martí no es bueno en cosmética si acaba retirando sus propios productos.

—Pero eso va en contra de lo que yo pretendo, que es precisamente un ahorro de costes que nos permita mayor liquidez con la que hacer frente a la genética, que es hoy por hoy nuestra mayor apuesta.

—¿Tan grande es la inversión?

—Luis, tu propuesta de hacer uso de la información genética para abordar la creación de medicamentos que palien los efectos de las enfermedades raras aumentó considerablemente el coste de nuestra inversión —recordó Emilio.

—No tenía constancia de eso. Se suponía que nuestra intervención en el estudio de Houston nos daba pleno derecho a hacer uso de esa información sin más.

—No seas ingenuo, Luis. ¿Crees que a Houston, una vez obtenidos los resultados del genoma de esas poblaciones, no se les iba a ocurrir hacer lo mismo que a nosotros? —Luis mantuvo la vista fija en su interlocutor, de nuevo más ávido que él—. Introduje una cláusula en ese contrato. Conservamos el derecho a investigar en exclusiva un fármaco para las cinco mutaciones genéticas más significativas que encontrásemos en esos estudios, por un período de diez años. El resto les concierne a ellos. Y si transcurrido ese tiempo no hemos sido capaces a encontrar la panacea farmacológica para esos males podrán continuar ellos.

—¿Eso significa que no podemos optar por investigar cualquier alteración que nos parezca?

—Parece mentira que tú preguntes eso, Luis —enfaticó—. Hablamos de enfermedades de por sí poco comunes, y nos estamos asegurando las de mayor incidencia para obtener un mayor índice de rentabilidad. Y aun así, ni siquiera sabemos si merecerá la pena. Añadir esa cláusula en el contrato nos ha costado una fortuna que, en el mejor de los casos, tardaremos mucho tiempo en recuperar. Ésta es una inversión a largo plazo, Luis. Y no es segura.

—¿De qué tiempo hablamos?

—Diez o quince años, teniendo en cuenta nuestro potencial técnico y humano actual.

El gesto contrariado de Luis sorprendió a Emilio. El ceño fruncido y su mirada perdida dejaron entrever su espontánea preocupación.

—¿Luis? —inquirió Emilio ante su absoluto mutismo—. ¿Hay algo que deba saber?

—No, nada —contestó con rapidez—. Pensé que la intervención de Morgan Lab. haría que el proceso fuera más rápido. Me preocupa haberte inducido a realizar esa inversión si la rentabilidad es tan tardía. Y tan poco segura —añadió—. Tal vez no ha sido buena idea; puede suponer un

quebranto económico importante para nosotros.

—No olvides que nuestras propuestas las analizan asesores económicos. No seas tan presuntuoso —bromeó—. Aunque seas muy bueno en esto jamás acometeré tus sugerencias hasta no saber que pueden ser rentables a nivel comercial.

Elena empujó la puerta con suavidad para hacerse paso, no estaba segura de que la hubieran visto husmear tras ella. Avanzó hasta Emilio con paso firme y pulso tembloroso.

—Hola, cariño, ¿ya de vuelta?

Emilio extendió su brazo y la rodeó por la cintura con suma cortesía. Siempre había sido discreto en público, casi tanto como en privado. Elena lo besó apenas rozándole los labios, se sentía profundamente incómoda ante la mirada ausente de Luis, violentado por la situación e irritado por la imperativa necesidad de contener su emoción.

—Hola, Luis —saludó Elena—. ¿Cómo estás?

—Debo irme, Emilio —anunció obviando el saludo—. Aún tengo cosas pendientes que hacer, si me disculpas...

—Por supuesto —contestó confuso.

—Yo también te dejo —replicó Elena—. He de hacer una llamada.

Luis comenzó a recoger con sublime parsimonia los papeles que había desparramado por la mesa del escritorio, dejando escapar los minutos necesarios para que Elena se esfumara. Salió tras ella aspirando un perfume desconocido, fresco y afrutado, jovial, alejado del aroma dulzón que tantas veces le embriagó y que en tal momento le parecería muy triste.

Elena se adentró en la intimidad de su dormitorio y descolgó el auricular.

—¿Martina?

—¿Me dirás que habéis cambiando de opinión?

—Ingenua. Desconoces hasta dónde llega el aburrimiento de mis amigas.

—La esperanza es lo último que se pierde —comentó jocosa.

—Todo está en marcha. Deberás estar en el laboratorio los días que hablamos y en el horario que me dijiste. No me falles.

—¿A ti o a ellas?

—A todas.

—Está bien. Indícales que deberán llamar al timbre de la puertecilla trasera, ya sabes, la que tiene reservada el personal directivo para sus escapadas. No es necesario que entren, me dan el bote en la puerta y se van. No quiero riesgos.

—No te preocupes. También ellas querrán evitar situaciones incómodas. Gracias, Martina.

21.

Por unos instantes lamentó seriamente haberle confesado a Javier su férreo deseo de ser madre. Mantener relaciones sin protección formaba parte de las innovaciones sexuales que permitían a Linda y a Javier huir de la monótona y aburrida sensación de control en la que siempre habían evitado caer en exceso, pero nada les impedía retomarla; no necesitaban explicación alguna, formaba parte de su libertad de hacer. Pero la firme decisión de crear un vástago reducía las opciones a sólo una, y era la de no volver a usar métodos anticonceptivos. ¿Qué explicación podría dar a Javier para volver a usar puntualmente un preservativo?

Prefirió no seguir dándole vueltas a la cabeza. La última semana se la había pasado luchando contra una cordura que hacía demasiado tiempo que no la visitaba y no se sentía cómoda en su compañía. La presión de salir airosa de situaciones comprometidas le había demostrado ser buena consejera en numerosas ocasiones. Quizás esta vez también fuera así. No pensar, no meditar, no planificar. Aquélla era su esencia, al fin y al cabo. Confiaba en que su instinto no la traicionaría.

Deambuló por la cocina en busca de una bombonera en la que aún atesoraba algunos dulces de Navidad, enemigos acérrimos de su esculpida silueta, pero cuya ingesta se permitía en fechas excepcionales como aquélla. Abrió su bata de seda azul y comprobó fehacientemente que ningún trozo de carne insurgente violaba sus preciadas curvas, que se adivinaban con sutileza a través del encaje de su ropa interior. Javier abrió la puerta de la cocina por sorpresa, luciendo una amplia sonrisa apenas esbozada en los últimos tiempos. Soltó su bolsa de deporte con brusquedad y se aproximó a Linda atraído por su bata entreabierta.

—¡Hummm! Sabes a chocolate —masculló mientras la besaba.

—Me alegra verte contento —confesó acariciándole el pelo—. ¿Hay alguna razón especial?

—¿Aparte de ganar al tenis?

—Menos importante que ganar al tenis, por supuesto —contestó con complicidad.

—Nos han renovado uno de los créditos empresariales. Eso nos permite seguir adelante con el complejo inmobiliario de La Medina, en Marbella. Ya sabes que los ricos y acaudalados no compran sobre plano, sino a proyecto hecho.

—Es una buena noticia, me alegro de veras. Tu padre estará feliz.

—Olvídate de mi padre. Vamos a celebrarlo —dijo ciñéndola contra sí.

—¿A qué día estamos? —preguntó súbitamente.

Javier la miró desconcertado.

—A 13 de enero.

—¿Lunes, martes...?

—Jueves; pero, ¿a qué viene esto ahora? Ese impulso desbocado que tanto me gusta... ¿se ha perdido? —inquirió poniendo una mano sobre su pecho.

Linda miró su reloj de pulsera con excepcional disimulo. Las siete de la tarde. Jueves. Repentinamente notó que le temblaban las piernas. Podría ser ese día, pero aún era temprano y tenía que avisar a Olga. Absorta en sus divagaciones no se percató de que Javier la había desprendido parcialmente de su bata de seda, de que había deslizado uno de sus tirantes de fino encaje haciéndolo caer a un lado del cuerpo y que comenzaba a recorrer su cuello con sus labios húmedos.

—¡Espera, Javier! —exclamó echándose ligeramente hacia atrás.

Él se detuvo con la mirada perdida, sin rebajar la fuerza con que la sujetaba.

—No vayas tan rápido, disfrutémolo —susurró.

—Tú y yo siempre hemos ido rápido.

—Por eso. Hoy quiero que sea diferente. Cenemos primero.

—¿Cenar? ¡No puedo dejarlo ahora, estoy encendido! —exclamó encelado.

—Chsssss... Ten calma, hoy me toca hacer a mí —balbució con voz sensual—. Abre una botella de vino y espérame. En dos minutos estoy aquí.

Linda se dirigió a la puerta despacio, contoneando el cuerpo, mostrando los encantos que él había dejado al descubierto instantes antes y haciendo un brutal esfuerzo por no dejar entrever el comprometido temblor interno de su cuerpo. Bajo el umbral de la puerta se giró y mantuvo durante unos segundos una estudiada y provocativa pose y nada más traspasarlo echó a correr. Saltó los dos escalones que salvaban el desnivel del salón y esquivó con agilidad el respaldo del sofá dispuesto frente a la chimenea. Había un teléfono en el comedor, pero estaba demasiado próximo a la cocina. Mejor era usar el del dormitorio. Oyó como Javier la llamaba suplicándole que volviera y sus nervios se exacerbaban aún más. Los treinta metros que separaban el dormitorio de la cocina le parecieron interminables. Al fin cogió con fuerza el auricular y marcó el número de teléfono de Olga rezando por que estuviera. Por un momento, la voz de la asistente la desarmó.

—Sí, señora Sanz. La señora Olga se encuentra en casa.

Linda aspiró una bocanada de oxígeno aliviada por la noticia y la instó a avisarla con prontitud.

—Olga, será esta noche.

—¡No me fastidies, Linda, he quedado con Pablo!

—No puedes irte, Olga, hoy es jueves. Acordamos que durante este mes ambas estaríamos disponibles, ¿recuerdas? Martes y jueves, los dos días.

—¿Y qué le voy a decir a Pablo? Estoy intentando un acercamiento.

—Ya te acercarás otro día, joder, Olga, ¡hoy no!

—Si no me acerco a Pablo, ¿cómo demonios voy a acostarme con él sin que le extrañe?

La voz de Javier volvió a oírse en la distancia.

—Ya lo pensaremos. De momento, espero que estés en mi puerta a las nueve y media, Olga, por favor. Te prometo que a esa hora todo habrá terminado y podrás verte con tu marido, ¿ok?

—Ok.

Linda soltó el teléfono bruscamente y asaltó el baño a la caza de su mejor perfume. Retocó la

máscara de sus pestañas, el carmín de sus labios y volvió con rapidez a la cocina donde Javier la esperaba con una copa de vino en la mano. Ella inició melosa su juego de seducción, un juego largo y profundamente excitante que comenzó su culminación cuando las campanadas de un viejo reloj de pared marcaron las nueve. En ese instante deslizó su brazo en dirección al cajón de su mesilla de noche y extrajo con sutileza el envoltorio cuidadosamente sellado de aquel depósito especial. Observó con cautela la mirada extraña de Javier, pero no obtuvo réplica. Su grado de excitación era tal que no se atrevería a poner objeciones que pudieran mermar mínimamente su ansiada explosión final.

Permaneció varios minutos sin moverse, absorta en averiguar cuál sería la mejor forma de extraer aquello con la mayor pulcritud posible y, por supuesto, sin desprestigiar ni una ínfima parte de su contenido. Oyó un leve resoplido de Javier próximo a su oído y supo que era el momento. Lo asió con sutileza y lo deslizó lentamente al tiempo que ponía un beso lento y cálido en sus labios para incrementar la calma que solía acometerlo tras cada encuentro sexual. Linda buscó el bote térmico con la mayor templanza de que fue capaz, se enfundó un grueso albornoz y salió al exterior suplicando mentalmente que el coche de Olga estuviera en la puerta.

—¿Ha ido bien? —preguntó con pueril entusiasmo.

—Genial, ya te contaré mañana más despacio. Vuelvo dentro antes de que nos pille. Gracias, Olga.

—No me des las gracias. Esto mismo tendrás que hacerlo tú.

22.

—Perdona que te lo diga, pero la cena ha sido un total aburrimiento. Esa mujer no ha dejado de hablarme de economía, del *p.i.b.*, que no sé qué demonios es...

—El Producto Interior Bruto —aclaró Pablo con desgana.

—Da igual, sigo sin saber lo que es. De los intereses del mercado interbancario... ¡Qué me importará a mí todo eso!

—Es asesora financiera en la empresa de su marido. Una mente prodigiosa en un cuerpo lamentable. ¡Lástima! Pocas veces se conjugan ambos atributos en una misma mujer: inteligencia y buen cuerpo.

Olga mantuvo silencio durante breves segundos.

—Adivino lo que prefieres —susurró ella.

—Por supuesto que lo adivinas. Estoy contigo. Si buscara lo contrario de lo que tengo ya te habría perdido de vista.

—¿Debo suponer que en mí no concurren ambos atributos?

—Por favor, Olga, no te hagas la culta. Ni la tonta. Ya nos conocemos.

—Entonces he de entender que prefieres cuerpo, porque yo no estoy nada mal —apuntó con seducción. Pablo la observó de soslayo y devolvió la mirada al frente parsimoniosamente, sin decir nada—. El aspecto positivo de la cena ha sido que no te has dignado a mirarla.

—Era una cena de negocios. Me interesaba su marido, no ella.

—¡Ja! Tú eres capaz de negociar con todos los sentidos a la vez, si es necesario.

—No suelo seducir a las mujeres en presencia de su marido.

—¡Ah! Lo haces a sus espaldas.

—Sí.

—¡Y me lo dices abiertamente!

—A ti te gusta que yo sea así.

—¿Cómo? ¡Eres un narcisista prepotente!

—Vamos, Olga, si en el fondo no te fuera mi marcha no seguirías conmigo. Te pone que pueda llevarme de calle a cualquiera que me proponga y que tan sólo tú seas mi mujer.

Olga salió del coche cerrando la puerta con fuerza; le molestaba sobremanera que pudiera llevar razón. Y le atormentaba la imagen patética que algunas veces tenía de sí misma. Con paso tosco se encaminó a la puerta interior del garaje seguida de cerca por Pablo, que se alisaba el cabello con irónico gesto en el rostro.

—A veces dudo de que yo sea tu mujer. No lo siento así.

—Los chantajes emocionales no van conmigo. Ahórratelos. Digamos que legalmente eres mi mujer y lo seguirás siendo mientras yo quiera.

—Y mientras lo quiera yo —puntualizó Olga irritada.

—No te tomes atribuciones que no tienes, cariño —anunció elevando la comisura de la boca con aire de superioridad—. Lo nuestro terminará cómo y cuándo yo quiera.

Olga entró en el dormitorio bajándose la cremallera de su ajustado vestido de punto gris. Le exasperaba que él disfrutara avasallándola de aquella forma, pero por alguna extraña razón le excitaba esa actitud. No era la primera vez, ni probablemente sería la última, que bucearía en aquella dicotomía entre odio y deseo hacia su marido. Por otro lado, mientras más se rebelaba, mayor era la atracción que despertaba en él. Poner en duda la supremacía masculina de la que tanto alardeaba constituía un cebo perfecto para acercarlo a ella.

Durante las últimas semanas, había macerado su mente intentando esbozar una línea de actuación creíble que le permitiera acercarse íntimamente a Pablo sin provocar un ápice de extrañeza en él por su actitud, sobre todo después de los escasos encuentros afables que le había dispensado desde su humillante altercado con las prostitutas. Entonces adivinó cómo. No sería ella quien se aproximara a él. Sería al revés.

Miró el reloj de agujas que había sobre la encimera de mármol que coronaba la chimenea. Marcaba las once y media de la noche. Vio a Pablo sirviéndose una copa de whisky en el bar del salón y decidió dejarse llevar por su instinto. Tardó medio minuto en transcribir un escueto mensaje para Linda. «Noche H». Si Linda no estaba en su puerta según lo previsto lo llevaría ella misma. Fuera como fuese.

Se despojó completamente del vestido y sin descalzarse de sus zapatos de tacón alto cruzó el salón con un corpiño de lycra negro y unas medias de liga ancha por las que Pablo sentía pasión.

—Me pregunto si cuando estás con otras bebes tanto como cuando estás conmigo —apuntó con indiferencia.

—¿A qué viene eso ahora?

—Supongo que no. Sería humillante para ti que no se te levantara.

—Eso no depende del alcohol. Depende de la compañía.

—¡Ja! —exclamó con mordacidad—. Entonces eres como todos, necesitas que te exciten; si no... no funcionas, Pablo Ferrer. ¡Bienvenido al mundo de los mortales!

—No me provoques, Olga. Estás jugando con fuego.

—Ahora entiendo por qué siempre me culpas a mí. Es una manera muy cobarde de no reconocer abiertamente que necesitas de buenos estímulos para follar bien.

Pablo apretó la mandíbula con una incipiente ira contenida. Soltó el vaso sobre el cristal de la mesa y se aproximó a Olga con la cabeza baja.

—¿Qué sabrás tú lo que es follar bien! ¿Acaso has tenido otras experiencias con las que comparar?

—¿De veras crees que has sido el primero? Y aunque así fuera, las mujeres hablamos de algo más que de trapos y maquillajes. Y sí, comparamos lo que hacen unos y otros —continuó mirándolo desafiante—. Y cómo lo hacen —enfaticó—. Y muchos de ellos no necesitan tener delante un cuerpo

voluptuoso insinuándose como una puta para que suba lo que tienen entre las piernas.

Pablo avanzó unos pasos y pegó su cuerpo al de Olga oprimiéndole la mandíbula con los dedos.

—¿Quieres contar mañana lo que he sido capaz de hacerte? —inquirió soberbio.

—No. No me apetece —contestó zafándose con brusquedad.

—¿Dónde crees que vas!

—A dormir.

Pablo la sujetó con fuerza por la muñeca y tiró de ella hacia sí obligándola a darse la vuelta. Entremetió los dedos por su cabello y tiró ligeramente hacia atrás, forzándola a mirarlo.

—No me rehúyas. Ninguna tía osa despreciarme y menos mi mujer —profirió besándola en la boca.

Olga lo golpeó en el pecho con el puño cerrado intentando retirarse, notando la violenta reacción de Pablo sujetándola con contundencia.

—Eres un cerdo. ¡Suéltame! —exclamó al notar como la cogía en volandas y la llevaba hacia el dormitorio. Completamente enfurecido la tiró sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre ella asiéndola por las muñecas.

—Eres mi mujer. ¡Ésta es tu obligación!

Olga comenzó a oponer una menor resistencia con la mayor sutileza de que fue capaz.

—¡Estás bebido!

—Aun así voy a demostrarte quién es tu hombre de verdad.

Volvió a besarla con fiereza en la boca y en el cuello, arrancando bruscamente el tirante de su corpiño. Ayudándose de sus rodillas entreabrió las piernas de Olga y se mantuvo unos instantes presionándola fuertemente con sus excitados atributos, mirándola a los ojos con el rostro enrojecido, esperando su reacción. Olga supo que era el momento de iniciar la rendición. Le devolvió una mirada profunda y fingió una respiración acelerada. Poco a poco fue elevando el rostro, aproximándolo al de Pablo que se encontraba a escasos veinte centímetros del suyo. Le rozó los labios húmedos y mostró una sonrisa ligeramente lasciva. La expresión de Pablo comenzó a transformarse.

—Te gusta, ¿eh? —Olga no contestó. Lo besó en el cuello y comenzó a contonearse suavemente—. Eso es. Que te quede claro quién manda aquí —masculló con la mandíbula prieta.

Olga asintió victoriosa y Pablo continuó arrancándole la ropa mientras ella se centraba en excitarlo aún más con movimientos sinuosos.

—Sólo quiero pedirte algo —musitó con sumiso tono de voz—. He dejado la píldora, tenía calambres en las piernas. ¿Te importaría usar un preservativo?

—Ni lo sueñes. No me la vas a enfundar como si fuera un plátano. Ya sabes que ése es problema tuyo, no mío.

—Sólo por esta vez, por favor. Me ha dicho el médico que evite el riesgo de embarazo al menos este mes. ¡Por favor! —suplicó.

Pablo guardó silencio durante un instante.

—Yo no pienso tocarlo. Si sabes ponerlo tú, de acuerdo.

—Muy bien, yo lo haré —dijo conteniendo la emoción.

—Olga...

—Qué.

—Sin manos.

Lo miró fijamente durante unos segundos. Linda ya debía de estar en la puerta, tenía que terminar cuanto antes con aquel circo. Tal vez no tuviera otra oportunidad.

—Está bien —dijo finalmente bajo la fría sonrisa de Pablo—. Sin manos.

23.

Laura llegó a casa de los Ferrer al filo de las cinco de la tarde, con su rubia melena al viento, una estola de piel negra y botas hasta la rodilla, guareciéndose del frío de manera impecable, como siempre. Llevaba un sobre de recio papel marrón bajo el brazo, protegido por su mano enguantada mientras con la otra sujetaba un exclusivo bolso de *Louis Vuitton*. Olga abrió la puerta personalmente; sabía con certeza que era ella ante el anuncio de su llegada.

—¡Hola bonita! ¿Qué tal? —saludó Laura mientras se desprendía de sus gafas de sol.

—No esperaba que estuvieras aquí. Creí entender que te marchabas con Jorge a Los Angeles.

—Surgió un problema en el taller y tuvimos que anular los pasajes. ¡No sabes cuánto nos hemos alegrado por ello! El terremoto nos habría pillado allí.

—¿Qué terremoto?

Laura la miró extrañada mientras terminaba de acomodarse en el sofá.

—Pero, ¿tú en qué mundo vives, nena? El lunes pasado hubo un terremoto en Los Ángeles. Puede haber medio centenar de muertos y miles de heridos. Se me pone el vello de punta de sólo pensarlo. Mi madre me llamó alarmada para saber si nos habíamos marchado. Dice que ésta es la prueba evidente de que el destino existe —comentó sonriendo.

—Tal vez tenga razón —apuntó Olga con desinterés.

—Prefiero achacarlo a la casualidad. En esta vida cada uno tiene lo que se busca. Por cierto, ¿cómo va nuestra operación? ¿Habéis comenzado ya? —preguntó bajando el tono de voz.

—Ya lo hemos hecho. Linda y yo. Quedáis vosotras.

—¿Algún problema con el preservativo?

—No. Linda se justificó por la mañana diciéndole a Javier que tenía una pequeña infección. Yo calenté a Pablo masacrando su ego masculino; fue un cebo perfecto para forzarlo a tener una relación conmigo.

—¿Y pudiste ponérselo? ¿Cómo te las ingeniaste?

—Prefiero ahorrarme los detalles, si no te importa —contestó avergonzada.

—Yo hay veces en que me cuestiono lo que estamos haciendo, Olga. Es inmoral. No sé cómo me he prestado a esto —fingió—. Supongo que a ti te ocurrirá igual.

—Yo lo único que me cuestiono es cuál es la mejor forma de joder a mi marido sin que lo sepa, porque si lo adivina estoy perdida —alegó con contundencia—. Y tú... no te hagas la boba. Seguro que también tienes tu pequeña razón.

—¿Yo? —preguntó a la defensiva—. ¿Qué razón podría tener? Estoy muy bien con Jorge.

—Yo no he dicho lo contrario. Por cierto, ¿qué te trae por aquí? —cuestionó con ligera insolencia.

—Jorge me ha pedido que le traiga a Pablo unos documentos. Tema de negocios.

—Pablo no está, y creo que tardará en volver —anunció alentándola indirectamente a no esperarlo.

—No importa, no necesito respuesta. Se los dejo donde tú me digas. ¿En su despacho, tal vez?

—Déjalos aquí, no te molestes. Yo los llevaré después.

Laura dudó instintivamente. Le pareció que Olga se mostraba más displicente de lo habitual, pero no tuvo opción. Se levantó pausada y se puso su abrigo mientras caminaba hacia la puerta sin mediar palabra. Olga la observó de arriba abajo al darle la espalda. Le irritaba su extrema elegancia.

Ella agarró el pomo de la puerta y la abrió con firmeza sobresaltándose ante la presencia inesperada de Pablo.

—¡Laura! Un placer verte —dijo en sentido literal—. ¿Ya te marchas?

—Sólo he venido a traerte unos documentos de Jorge. Me ha dicho que tú ya sabes de qué se trata.

—¿No quieres que los veamos juntos?

—No me inmiscuyo en los asuntos de mi marido.

—Lástima. Mis dudas preferiría preguntártelas a ti —confesó penetrándola con la mirada.

—Debería darte vergüenza flirtear conmigo delante de tu mujer.

—No seas tan presuntuosa —respondió dolido—. No estás a la altura.

—¡Por supuesto que no! Tu altura es sumamente escasa para mí. No sé cómo consientes esto, Olga, de veras —apuntó con acritud.

Pablo se perdió malhumorado mascullando insultos entre dientes y Olga, por primera vez desde que la conociera, se vio abordada por una incipiente simpatía hacia ella que nunca creyó poder sentir.

Laura cerró la puerta del auto enérgicamente y lo arrancó con cierta rabia por haber perdido los papeles ante la insolencia de Pablo. Eso era lo último que debía hacer. Provocar un distanciamiento o la más ínfima desconfianza no le convenía; él era un tipo excesivamente sagaz. Pero su desmesurada prepotencia y sus continuos alardes de autosuficiencia le provocaban náusea y en esta ocasión le habían hecho perder la compostura de manera involuntaria. Por otra parte, ese pequeño incidente afianzaba con fuerza su deseo de resarcirse del daño que les había ocasionado a su madre y a ella misma, lo cual podía materializarse a través del malévolo juego que sus incautas amigas habían planeado. Intentaría por todos los medios que le fuera inyectada la muestra de Pablo; rezaría día y noche por quedarse embarazada de él; encargaría un montaje videográfico simulando su violación, haciendo uso de la grabación que Soraya le había facilitado; y lo denunciaría ante los tribunales con la prueba evidente de su embarazo solicitando, si era preciso, una prueba de ADN para corroborar su versión. Aquélla sería la secuencia exacta de su estratagema, el tejido de su perversa tela de araña. No era fácil que saliera bien, pero lo intentaría por todos los medios. Había iniciado aquella *vendetta* y no descansaría hasta salir victoriosa de ella.

Cuando el sol comenzaba a perderse tras el perfil rojizo del horizonte atravesó la cancela de lo que consideraba su dulce hogar. Se adentró en él despacio, con una tediosa resignación a ser recibida por el silencio y la extrema quietud que ya se habían constituido como una parte importante de su escasa familia. Para su sorpresa, Jorge estaba allí. Sin despojarse de su ropa de abrigo se dirigió

hacia su despacho, de donde provenía el monólogo que debía corresponder a una llamada telefónica. Jorge hizo un gesto de asentimiento para que entrara y se acomodara; la conversación no debía de ser confidencial ni privada. Laura rodeó el sillón en el que estaba sentado y lo abrazó suavemente por la espalda. Jorge colgó el auricular y girándose para mirarla le brindó un beso de bienvenida.

—¡Qué grata sorpresa! No esperaba que estuvieras tan pronto en casa. ¿No te habrás traído trabajo? —preguntó recelosa.

—No, hoy vengo con las manos vacías.

—Perfecto. Entonces sugiero que comencemos el fin de semana con una cena fuera de casa y... ¿un cine, tal vez?

—De acuerdo, pero antes me gustaría hablar contigo.

—Me das miedo cuando empleas ese tono de voz.

—No es nada importante, no te inquietes. Es sólo que han surgido algunos problemas en nuestro centro de Valencia. Quiero que lleven a cabo una auditoría y sustituir al equipo directivo que está al frente. Y quiero estar allí cuando ocurra —añadió.

—¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Alrededor de un par de meses.

—¡¿Un par de meses?! —preguntó extrañada—. ¿Piensas ausentarte un par de meses y me dices que no es nada importante? Para ti y tu empresa, tal vez no; para mi vida personal, sí lo es.

—No saques las cosas de quicio, Laura.

—Empiezo a encontrarme cansada de estar sola.

—Si no apareces más tiempo por la empresa es porque no quieres. Sabes que tú siempre eres bienvenida y tus sugerencias muy bien aceptadas.

—No quiero estar donde tú estés, quiero estar contigo.

—Laura —dijo tras un breve silencio—, antes de casarte conmigo te lo advertí, te lo dejé bien claro. Solum's es mi vida, mi pasión, el fruto de mi vocación. No quiero darte a entender que estás de más, por supuesto, pero en su momento te dije que ésa era mi máxima prioridad. Fui extremadamente claro contigo. Cuando formulaste tus planes de futuro conjunto te confesé que tendrías que compartir tu vida no sólo conmigo, sino también con mi mundo, con mi devoción por la moda. No te mentí. Te quise. Te quiero. Muchísimo. Pero a mi manera. Fue así desde el principio y así sigue siendo ahora.

—Creí que las cosas cambiarían con el tiempo —lamentó.

—Esa conjetura la hiciste tú, Laura. Yo no soy culpable de que no se haya cumplido, no fue una promesa mía. Hasta ahora, creo no haber roto ninguna. Soy fiel a mis convicciones y a cuanto te prometí. No necesito más, soy feliz así, con lo que tengo y en el mundo en el que vivo.

—Pero mis necesidades sí pueden haber cambiado.

—Entonces tendremos que poner los dos nuestro máximo empeño para compaginar las cosas, pero no me pidas que renuncie a ellas.

—No es cuestión de renunciar, Jorge, es cuestión de disminuir el tiempo que le dedicas. Delega facultades. Reparte obligaciones. No pretendas supervisar todo personalmente. Haz como otros muchos empresarios: marca las directrices y mantente al margen de cuestiones intrascendentes.

—Eso es lo que he hecho con el centro de Valencia y mira lo que ha ocurrido. Me ha ido bien aquí con mi modelo empresarial. No quiero cambiarlo.

—Entonces tendrás que cambiarme a mí.

—No seas drástica, Laura, por favor. No me hagas esto. Me siento muy feliz cuando estás a mi lado. Reconozco que tus necesidades emocionales pueden ser superiores a las mías, pero estoy en una etapa de mi vida en la que no puedo ofrecerte cantidad. Puedo hacer todo cuanto esté en mi mano por darte mi alma entera en los momentos en que estemos juntos, pero no puedo ofrecerte más tiempo. Compréndeme, por favor —suplicó acariciándole la cara con sus manos.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana, tal vez. Queremos empezar el lunes a primera hora.

—¿Mañana? —preguntó sobresaltada.

—Vente conmigo a Valencia.

—No puedo.

—¿No puedes? No hay nada que te ate aquí, Laura.

—Mi madre.

—Tu madre estará perfectamente. Vendremos algún fin de semana a verla, si te parece.

—¿Y tu hijo?

—Sobrevivirá sin mí estos dos meses.

—¿Amparo no dirá nada?

—Ella estuvo un año ausente por razones de trabajo. Lo mío no deja de ser una escapada. —Se hizo un breve silencio y la besó en los labios—. Entra en mi mundo, Laura. No te arrepentirás.

—Ya hace mucho tiempo que entré en tu mundo, Jorge. Eres tú el que no te dignas a aproximarte al mío.

—Cenemos, vayamos al cine, bailemos... Olvidémonos de todo por esta noche. Y mañana nos vamos. Tú y yo. Con maleta o sin ella, me es indiferente, pero juntos. Por favor, Laura, vente conmigo.

La mirada fría y distante de Laura fue adquiriendo cálidas connotaciones a medida que examinaba el rostro de Jorge. La candidez de sus ojos, su franca sonrisa, sus facciones distendidas y relajadas. Su postura corporal, sus cariñosos ademanes... Le pareció volver a atisbar aquella mezcla de hombre interesante, inteligente y dulce a la vez. Decidió entonces dejarse llevar por un remolino de sentimientos hacia él, placenteros y profundos, olvidando por unos momentos que Jorge esperaba una respuesta que ella aún no había dado.

—¿Por qué has esperado tanto para decírmelo? —cuestionó con un sutil tono de voz al percatarse de lo que aquella partida tergiversaba sus planes.

—He estado pendiente del auditor. Hasta esta mañana no he recibido su confirmación.

—De acuerdo, marcharemos a Valencia, pero antes hay ciertos asuntos personales que he de resolver, si no te importa.

—En absoluto —contestó sin preguntar nada—. ¿Saldremos a cenar?

—Podríamos pedir que nos la trajeran a casa, me apetece tener una velada íntima contigo.

Olvidémonos de todo, ¿no era eso?

Jorge sonrió.

—Soluciona tus asuntos. Yo me encargo.

Laura salió presurosa a la caza y captura del primer teléfono que pudiera encontrar. Marcó nerviosa el número de Elena. Era viernes. No estaba previsto que Martina estuviera en el laboratorio pero no tenía otro día. No deseaba arriesgarse a que cualquier complicación en Valencia la obligara a una vuelta demasiado tardía para culminar sus planes. Si hubiera sido una trivialidad sin más lo habría dejado pasar, pero aquello suponía para ella algo más que un simple juego.

Elena cogió el teléfono tras seis o siete interminables tonos.

—¿Sí?

—Elena, soy Laura, tengo un problema. Jorge y yo nos marchamos a Valencia mañana.

—¿Para qué vas a Valencia? Hay mejores lugares en Europa para visitar.

—No voy de turismo, acompaño a Jorge por trabajo. Elena, tenemos previsto no volver antes de un par de meses. Nuestro juego se va al traste si no lo hago esta noche, pero Martina no estará allí si tú no la avisas.

—Un par de meses... —repitió pensativa—. Vuelves para finales de marzo, tal vez haya tiempo todavía.

—Eso es lo que se prevé, pero ya sabes que no siempre se cumplen los plazos iniciales. ¿Sería posible que hablaras con Martina para saber si podría estar allí esta noche? Yo hablaré mientras con Teresa para avisarla. No tengo mucho tiempo, Elena, Jorge me está esperando.

—Teresa se ha ido a pasar el fin de semana a Santander. No vuelve hasta el domingo por la noche.

—¡Oh, cielos! Entonces no sé cómo hacerlo.

—Trataré de localizar a Martina. Si ella está disponible, yo misma pasaré por tu casa a recoger la muestra.

—No quisiera importunarte, tal vez tengas planes.

—No te preocupes, vuelvo a estar sola. Emilio está en Houston.

—¿En Houston? Entonces, ¿tú también tienes problemas para jugar?

La perplejidad sacudió el cuerpo de Elena con una fuerte sacudida. Había hablado más de lo necesario. Intentó agudizar su ingenio para salir airosa con rapidez.

—Emilio y yo estamos bastante bien últimamente, tú ya me entiendes. Hace algo más de dos semanas que me puse en contacto con Martina para que pasara por casa. Creo que la de Emilio fue la primera muestra que congeló y ahora me alegro de ello porque el viaje a Houston tampoco estaba programado —mintió—. Te llamaré lo más rápido posible, no te pongas nerviosa, haz lo que tengas que hacer. Si es posible la recogida, bien; y si no, disfruta y nada más.

—Inventa una buena excusa por si Jorge atiende la llamada.

—Tranquila. Hasta ahora.

Laura volvió al salón. Estaba vacío. Buscó a Jorge por distintas dependencias de la casa sin encontrarlo, no estaba en el despacho ni tampoco en la cocina. Entró en el comedor dando por sentado que estaría preparando la mesa para la cena. Todo desierto. Se adentró entonces en el

dormitorio para cambiarse de ropa, tenía intención de ponerse un vestido de noche para la ocasión aunque no tuvieran planeado cenar fuera. Jorge estaba allí. En el escaso tiempo que había durado su llamada a Elena él había encendido un par de luces tenues e indirectas, había prendido una decena de velas aromáticas a la cabecera de la cama, sobre el mantel de lino blanco de una pequeña mesa y en algunos otros rincones de la estancia; y había hecho que sonara música romántica para acompañar la velada. Laura permaneció de pie a dos pasos de la entrada, observando la escena emocionada. Jorge tendió su mano y la invitó a entrar.

—Tenía intención de cambiarme. Quería lucir un vestido de noche para esta ocasión especial.

—No necesitas un vestido de noche. Estás preciosa.

En ese mismo instante sonó el timbre agudo del teléfono rompiendo intempestivamente la magia del momento.

—Disculpa —dijo Laura.

—Déjalo sonar.

—¿Y si es algo importante? Seguro que es cuestión de un minuto.

Laura alargó el brazo y descolgó el auricular sin separarse en exceso de Jorge, que no pretendía dejarla marchar.

—¿Sí? —contestó con ligera incertidumbre.

—Laura —anunció Elena al otro lado del hilo telefónico—. Adelante. Ella estará allí. Dime a qué hora aproximadamente paso por tu casa.

—No estoy muy segura, creo que dijo que a partir de las once, pero yo no estaré. Nos marchamos mañana a Valencia.

—¿Jorge está cerca?

—Sí, eso es.

—¿A partir de las once?

—La verdad es que no estoy muy segura si dijo a las once o a las doce, pero será mejor que llegues a las once por si acaso. Todo lo que puede pasar es que tengas que esperarla un poco.

—¡A ver si me vas a tener dos horas en la puerta, encanto! ¿La velada será larga, o qué?

—Sí, puede ser.

—De acuerdo, estaré allí a las once. Procura no extenderte en los preliminares, bonita, a ver si me matas de aburrimiento.

—Sí, gracias, lo intentaré. Aunque ya sabes..., los asuntos de trabajo suelen ser más tediosos de lo que quisiéramos. Te veo a la vuelta. Un beso.

—Chao.

—Era Elena —dijo al colgar el auricular—. Habíamos quedado para echar un tenis mañana por la mañana, pero ya le he dicho nuestro cambio de planes.

Jorge la abrazó por la cintura menospreciando una conversación que en aquel momento no le interesaba en absoluto. Subió el volumen de la música con el mando a distancia e inició los primeros pasos de un baile lento que llevaban años sin practicar, con sus cuerpos fuertemente entrelazados. Laura percibió de cerca su exquisito aroma corporal, exento de matices superficiales, rememorando

con los ojos cerrados los atardeceres parisinos que tantas veces fueron testigos de sus encuentros clandestinos en sus años de juventud. Hubiera querido detener el tiempo en ese preciso instante. Sentirse amada de aquella manera no era una constante en su vida. Tal vez por ello agradecía considerablemente ese tipo de encuentros que, como pareja, le recordaban de vez en cuando los arraigados sentimientos que Jorge tenía hacia ella, aunque fueran escasas las veces en que los veía aflorar.

Cenaron con una calma extrema. Sin prisa. Como sumergidos en un mundo intemporal en el que sólo existieran ellos dos. E hicieron el amor de la misma forma; lenta, pausada, romántica, a la luz de las velas, bajo su embaucador aroma y al compás del ritmo parsimonioso de una música delicada y dulce. No le importó que Elena tuviera que esperar. A pesar de la traición que tenía intención de perpetrar, amaba a Jorge en lo más profundo, y hacía excesivo tiempo que no se encontraban mutuamente de forma tan entrañable. No lo estropearía.

La música continuó sonando hasta que Jorge se quedó dormido abrazando a Laura contra su pecho. Lo miró con dulzura y, por un momento, dudó si continuar con su estratagema, pero el amor profesado hacia su madre la obligó a reaccionar. Con la mayor delicadeza posible guardó la prueba de su traición y salió al exterior en busca de Elena que comenzaba a desesperarse. No le dio opción a decir nada. Le entregó el preciado bote y volvió al interior para seguir compartiendo con su marido aquella memorable noche de intimidad.

24.

Había decidido que ocurriera ese día, no porque fuera especial, sino porque alguno de ellos tenía que ser. Llevaba tres semanas sin intercambiar palabra alguna con sus amigas, las mismas que llevaba Esteban sin insinuársele en la cama. Suponía que no tardaría mucho más tiempo en hacerlo, pero le parecía un exceso de confianza pretender que eso ocurriera en los días clave, así es que no tendría más remedio que propiciar ella el encuentro a pesar de su pobre iniciativa sexual.

Se detuvo en la cocina y pasó los siguientes diez minutos asomada al cristal del horno observando el chisporroteo del besugo que la asistenta había dejado asándose a fuego lento antes de irse. Por alguna extraña razón aquel sacrificio le pareció similar al de Esteban, un ser inocente convertido en víctima para deleite de otros. Aquel pensamiento provocó una incipiente repulsa que se vio obligada a sofocar haciendo a su mente cambiar de escenario. No podía volver a cuestionarse moralmente todo aquello, ya lo había discutido demasiadas veces con sus amigas y consigo misma, y aunque seguía reconociendo que era una aberración ya no podía volverse atrás; la ensalzada imagen de Jorge dirigiendo sus células nerviosas lo impedían.

Esteban entró en la cocina con un pijama de franela a rayas abotonado en su parte delantera y con el pelo mojado pulcramente peinado dejando entrever las amplias entradas de su incipiente calvicie, provocando que los efluvios de su loción *after shave* se entremezclaran con los aderezos ácidos del pescado. Su ancha complexión corporal mantenía tensa la tela de las piernas y del abdomen y la falta del botón superior de su chaqueta insinuaba una frondosa mata de vello pectoral que jamás se permitiría recortar. Teresa desvió la mirada y le regaló una sonrisa plácida y conciliadora, casi filial, y pensó automáticamente si la imagen de Jorge seduciendo a Laura sería tal cual. Por supuesto que no.

—Huele bien —dijo aproximándose a ella.

—Podríamos acompañarlo con un buen vino blanco.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido—. Creía que sólo bebías vino en los restaurantes.

Teresa se sintió ridícula e incapaz de actuar con la debida naturalidad.

—Ya es hora de modificar algunos hábitos —acertó a sugerir con poca convicción.

—Rompamos moldes, entonces. Nada de vino blanco. Un buen tinto ligero y afrutado acompañará de maravilla a ese besugo que has puesto al horno. Creo que podré encontrar una botella en la bodega, lo tomaremos frío.

Teresa vio a Esteban abandonar la cocina y corrió a la búsqueda del teléfono móvil que se encontraba invariablemente en la cómoda próxima a la entrada. Puso el mensaje a Laura sin detenerse a pensarlo. «Noche H». Tal vez aquella fuera la mejor forma de iniciar todo el proceso sin que hubiera marcha atrás. Borró el rastro de su anuncio tras haberlo enviado y volvió a la cocina donde acomodó un pequeño velador con dos cubiertos y manteles de hilo para la cena. Deseaba algo

romántico, acogedor, pero sin que supusiera una drástica ruptura con la costumbre que formaba parte de sus vidas desde su vuelta del viaje de luna de miel.

Sirvió el pescado en una fuente de porcelana decorada a mano y lo acompañó con verduras asadas que la asistenta había limpiado previamente con sumo esmero. Teresa notó un ligero rubor en las mejillas, un indicio incipiente de que no se encontraba cómoda en su papel de seductora. Esteban descorchó la botella con la mayor naturalidad del mundo y sirvió un poco en cada copa. Se detuvo a observar su color y a apreciar su textura, su cuerpo, su ligera acidez. Para entonces Teresa ya había apurado hasta la última gota. Él esbozó una ligera sonrisa y la miró con incertidumbre. Acto seguido comenzó a desmenuzar el pescado con detenimiento —era un enemigo acérrimo de sus espinas—, sin apenas percatarse de los roces insinuantes de Teresa en cada uno de sus movimientos. Ella tomó su segunda copa y tras ésta, una tercera, con el único fin de hacer que se esfumara la terrible vergüenza que sin duda sentiría cuando mostrara aquel preservativo que no había confesado hasta el momento haber comprado. Por lo demás, esperaba que después de aquel alarde de romanticismo fuese Esteban quien comenzara los preámbulos de su deseada relación.

Pero no fue así. Esteban se metió en la cama tras la cena, acomodó meticulosamente sus gafas a la altura idónea de su nariz y se dispuso a leer una gruesa novela histórica ambientada en la Guerra Civil. No tenía ninguna intención de jugar aquella noche. Cuando Teresa entró en el dormitorio y observó la situación, volvió a la cocina apremiadamente y se empinó la botella de vino para beberse de un trago los últimos tres dedos de contenido. A los diez minutos comenzó a ver una ligera oscilación en todos los muebles de la casa y a notarse la lengua especialmente tosca. Nunca había sentido tal sensación. ¿Borrachera, tal vez? Hizo un esfuerzo por llegar a la cama y se subió a ella por los pies, arrastrándose hasta Esteban con ayuda de las manos y de las rodillas. Éste dejó caer lentamente el libro sobre su pecho y la observó perplejo por encima de la montura de sus gafas.

—¿Estás bien? —acertó a preguntar.

—Perfectamente —contestó ella marcando las sílabas.

—No estás acostumbrada a beber, creo que te has pasado un poquito hoy.

—Ya te lo dije, es hora de cambiar los hábitos —anunció concentrada en tirar de la pernera de su pantalón.

Esteban dejó el libro en la mesita de noche y se quitó las gafas.

—¡Espera, espera! Ya te ayudo, me los vas a romper.

—Me da vergüenza.

—¿Estar bebida? —preguntó Esteban mientras doblaba sus pantalones sin prisa.

—No. Hacer esto que estoy haciendo. No soy una buscona.

—Por Dios, Teresa, eres mi mujer. Lo raro es que no lo hayas hecho antes —contestó condescendiente.

—Quítame la blusa, mis botones se mueven.

Esteban comenzó a reírse, divertido ante una situación extraña y completamente atípica.

—No te rías de mí, Esteban. Lo peor viene después.

—¡Vaya! —exclamó—. No me digas que aún hay más. ¿Qué pasará luego?

—Te voy a poner un preservativo. Lo he comprado yo sola —anunció abriendo completamente los ojos.

—No puedo creerlo. ¿Has sido capaz de pedirlos en una farmacia o los has comprado en un supermercado?

—No seas grosero, ni que fueran tomates.

—Aún me quedaban algunos, no tenías que haberte molestado.

Teresa miró a Esteban con una fijeza extraña durante algunos segundos y se abalanzó sobre él besándolo en los labios con una desmesurada efusividad. En un breve respiro de la acometida sexual, Teresa alcanzó a oír el sonido agudo de un mensaje de móvil. Se detuvo en seco y tardó varios segundos en reaccionar.

—Discúlpame, J... Esteban —corrigió toscamente—. Voy a ver qué es.

Teresa se levantó de la cama y con paso oscilante llegó hasta la cómoda de la entrada donde había dejado el teléfono anteriormente. Leyó la grafía casi deletreando y tras un par de minutos consiguió reconstruir el mensaje. «Perdóname, Teresa, olvidé decirte que estoy con Jorge en Valencia. No podré recogerla. Llama a alguna de las chicas. Un besito y suerte. Laura».

El jarro de agua fría que supuso aquel mensaje consiguió devolverle algo de sobriedad. Era demasiado tarde, todo había comenzado y acababa de ponerle el preservativo a Esteban cuando sonó el móvil. No podría volver a pasar por todo eso de nuevo. Sólo tenía dos opciones: continuar sola o retirarse del juego. Volvía a tener la oportunidad de desligarse, tenía la excusa perfecta. Dio tres vueltas girando sobre sí misma sin saber qué hacer ni qué decidir. Oyó a Esteban llamándola desde la habitación, quería saber si todo iba bien. Aún se puso más nerviosa al pensar que pudiera manipular el condón, o quitárselo, lo cual sería todavía peor. Eran las doce de la noche, no era hora de llamar a nadie. ¿Y si lo llevaba ella? Pero, ¿qué le diría a Esteban para salir de casa en mitad de la noche? Nunca había tenido la necesidad de pensar tan rápido. Por lo pronto debía volver al encuentro de Esteban.

Los efluvios del alcohol aún no se habían evaporado por completo, no podía ver con claridad, las imágenes aparecían ante ella distorsionadas y sus pensamientos aún más. Llegó a la habitación con la intención de acabar con todo aquello, pero en la penumbra de la estancia, cuando la tenue iluminación pereció completamente, la imagen de Jorge volvió a hacerse patente en su mente con una claridad extrema. Teresa cerró los ojos y a partir de ese preciso instante, las manos, la boca y el cuerpo de Jorge desplazaron a Esteban. Aquélla fue la señal inequívoca de que el juego debía continuar.

Se levantó de la cama bajo el pretexto de sentir una necesidad imperiosa e ineludible de visitar el baño y no dudó en tirar de aquel artilugio de látex sin importarle lo que Esteban pudiera pensar. Se lavó la cara y pulverizó su pelo con agua fría para intentar desprenderse al máximo de los nocivos efectos de aquellos trece grados y medio de alcohol que contenía el vino. Tenía que conducir. Y a no poca velocidad.

—¿A dónde vas?! —preguntó Esteban al verla vestida.

—Olga ha tenido problemas con Pablo y me ha pedido un favor. Pero no me preguntes, es algo entre nosotras. Quiere discreción, ni siquiera le agradaba la idea de que te lo dijera a ti, pero ha entendido que la hora es algo intempestiva y que me resultaría difícil ocultártelo. Lo que sí te ruego, por favor, es que no le menciones nada a Pablo, a él no le gusta que aireen sus trapos sucios y no quiero que lo pague con ella.

—Te acompaño.

—¡Pero, Esteban, si ella no quería que lo supieras, cómo vas a venir! No tardo nada, de veras. Me llevo el teléfono, si así te sientes más tranquilo.

No esperó respuesta ni le dio opción a reaccionar. Salió corriendo con el bote térmico en la mano y mirando el reloj que ya había descontado quince minutos de la cuenta atrás. No sabía exactamente si sabría llegar, de noche perdía muchas de las referencias que solían servirle de guía.

Condujo con más rapidez de lo habitual, agarrando el volante con ambas manos y ejerciendo una fuerte presión por miedo a que sus reflejos pudieran pasarle factura tras la ingesta del vino. Comenzó a dolerle la cabeza debido al deslumbramiento de los faros de los coches que circulaban en sentido contrario y al esfuerzo por leer las indicaciones de los carteles dispuestos en la autovía; si se pasaba del cruce correcto tendría que recorrer casi treinta kilómetros hasta retomar el camino de nuevo. Frenó bruscamente para leer la última indicación y el conductor del vehículo que circulaba detrás comenzó a hacerle ráfagas de luz y nerviosos aspavientos con las manos, pero no le importó, aquello le permitió tomar a tiempo la salida que la llevaba hasta los laboratorios Martí. Apenas quedaban quince minutos para completar la hora.

Entró en el aparcamiento sin haber cometido ninguna incorrección, orgullosa de su forma de reaccionar ante una situación comprometida y con su ego reafirmado al no haber dependido de Esteban en esta ocasión para resolverlo todo. Bajó del coche y corrió hacia la parte trasera buscando la pequeña puerta por la que Martina les había dicho que debían acceder. Llamó al timbre unas cuantas veces. No se oía ruido alguno, todo estaba en silencio. Echó un amplio vistazo al aparcamiento y tan sólo vio unas cuantas furgonetas con el logo de la empresa dibujado a ambos lados de la carrocería, pero ningún vehículo particular. Comenzó a desarmarse. Todo parecía acabar allí, de aquella mala manera. Tal vez fuera nuevamente un capricho del destino, que le advertía una y otra vez de la conveniencia de no seguir adelante con su proyecto. Insistió una vez más y retrocedió un par de pasos para irse de vuelta a casa. La puerta se abrió. Tras ella todo estaba oscuro, pasaban algo más de diez minutos de la una de la madrugada.

—No te esperaba hoy —susurró Martina—. Estaba a punto de irme.

—No es el de Laura, traigo el mío —advirtió en voz baja.

—Lo sé. El de Laura ya está aquí, sólo faltabas tú.

—Llego con la hora justa, no sé si servirá.

—No te preocupes, ya lo analizo yo —contestó Martina como si realmente le importara la calidad de la muestra.

—Muy bien, me marcho entonces. Esteban me está esperando.

Martina cerró la puerta y no se molestó en encender la luz del pasillo interior. Entró directamente en la sala del laboratorio donde debía pasar las horas siguientes tratando la maldita muestra. Soltó el bolso, se desprendió de su chaqueta y se sumergió en un proceso de meditación trascendental mientras trabajaba, con el único fin de acertar a comprender el funcionamiento de aquellas mentes vacías.

25.

Estaban citadas para el sábado, 12 de febrero, en la bodega de la casa de Elena, en el mismo rincón húmedo y de aroma dulzón donde Martina les dio instrucciones por última vez. Poco habían hablado desde entonces, tan sólo para avisarse unas a otras de que debían ayudarse mutuamente, nada más. A lo largo de las tres semanas que había durado el proceso de recogida de aquella materia viva, habían notado altibajos emocionales que de alguna forma habían conseguido romper la monotonía de su sentir habitual. Poner un poco de riesgo en sus vidas, en su estabilidad marital, tomar decisiones a espaldas de quienes siempre habían tomado la iniciativa en los momentos importantes y creerse en la necesidad de solventar los inconvenientes de todo ello, les producía un incremento en su nivel de adrenalina francamente satisfactorio, y que ya difícilmente podían conseguir a diario con sus rutinas de vida cómoda y fácil. Si además todo ello servía para la consecución de objetivos concretos e improbables de alcanzar de alguna otra forma alternativa, su crecido entusiasmo no entraría en conflicto con su conciencia.

Para sorpresa de Elena, Martina llegó a casa acompañada de Emilio y de Luis, su hombre de confianza. Ambas mujeres intercambiaron miradas sorprendidas bajo el quicio de la puerta y se apresuraron a saludarse con la cortesía propia de quienes hace tiempo que no se ven, sin ser muy conscientes de cuándo había tenido lugar su último encuentro confeso. Emilio había programado una reunión de última hora ese mismo día y había tenido el acierto de convocarla en su propia casa, a la que comenzaba a tener un apego desproporcionado. Elena no quiso indagar en exceso en el cariz de la reunión ni en el tiempo que duraría; se limitó a mostrarse especialmente exquisita en su trato personal hacia quien seguía considerando una vieja y buena amistad, invitándola a participar en la tertulia femenina de moda y belleza para la que, aparentemente, se habían citado minutos más tarde en la bodega. Martina insinuó a Emilio una mirada inquisitiva intentando adivinar si le resultaría posible aceptar la invitación.

—No tardaremos mucho —apuntó—. El asunto más peliagudo puedo tratarlo a solas con Luis.

En apenas media hora, Martina entró con paso firme al encuentro de sus demenciales clientas, como había optado por llamarlas ante la ausencia de un apelativo adecuado que las relacionara con ella. El temor inicial a ser descubierta en casa de su jefe sin una excusa válida para justificarse se había disipado oportunamente. Sólo tenían que ser cautas en su conversación, en su tono de voz y, ante todo, ser breves, porque la hora en que aquella tertulia tendría lugar invitaba a la degustación de un buen vino para acompañar al aperitivo.

Las cuatro mujeres enmudecieron al verla entrar. Su banal conversación no merecía desperdiciar ni un minuto de tiempo tras la advertencia de Elena de que Emilio estaba en casa. Martina tomó asiento frente a la puerta desde donde podía divisar la mayor parte de la estancia, aunque algunos recodos volvían a quedar impunemente fuera de control.

—Voy a ser muy breve —anunció con la espalda erguida y la postura tensa—. Ante todo quiero

que sepáis que las muestras han sido tratadas con éxito.

—Congeladas, te refieres —aclaró Olga.

—Eso es. A partir de ahora, para que todas podáis jugar en igualdad de condiciones, deberéis tomar pastillas para inducir la ovulación. Será sólo por una vez y con la única finalidad de provocaros la regla aproximadamente al mismo tiempo. A partir de ahí, dejaremos que cada cual reaccione como su cuerpo lo estime. Supongo que eso también formará parte de la emoción —subrayó con un deje peyorativo en el tono de su voz.

—Espera que lo entienda —interrumpió Teresa—. ¿Se trata de que todas tengamos la primera regla al mismo tiempo y que luego a cada una le baje cuando quiera?

—Efectivamente. Pretendo que el punto de partida sea el mismo para todas, pero si realmente queréis emoción, lo mejor es dejar que cada cuerpo siga ovulando cuando le parezca, así el final no sólo dependerá de si la inseminación cuaja o no —explicó con vulgaridad—, sino también de la mejor o peor disposición física de cada una.

—¿Y si alguna de nosotras no las toma? —preguntó Linda.

—Ése no es problema mío. Sois vosotras quienes debéis tener confianza suficiente como para continuar con esto hasta el final. Y hacerlo como se disponga —apostilló.

Las cuatro amigas se miraron buscando un gesto de aprobación.

—Aquí tenéis el nombre de las pastillas.

Martina entregó un papel pequeño a cada una de ellas con el nombre manuscrito y las instrucciones de dosificación.

—Deberéis tomar la primera el día 16 de febrero, no antes. Si todo va bien, ninguna de vosotras estará con la menstruación el día de la inseminación. Si eso ocurriera tendríamos que posponer la fecha.

—¿Cuándo será? —preguntó Elena.

—El 8 de mayo. Según el calendario de actividades del laboratorio, ésa es la mejor semana. Además, creo que Emilio tiene previsto viajar a primeros de ese mes —anunció mirando a Elena.

—De acuerdo, el 8 de mayo. Yo misma llamaré a Laura para ponerla al tanto de todo —apuntó Linda.

—¿Estará de vuelta para entonces?

—Creo que sí. Comentó que estaría en Valencia sólo un par de meses.

—Entonces, si no tenéis ninguna otra duda, nos vemos ese día a las diez de la noche. Por la puerta de atrás, como siempre —concluyó Martina levantándose de la silla.

—Te acompaño —dijo Elena—. Tomaos una copa mientras. Pronto no podremos beber alcohol.

Salieron con silenciosa calma y subieron las escaleras sin mirarse. Ambas sabían ya lo que cada una pensaba de todo aquello, para qué volver sobre el asunto. Al alcanzar el último peldaño, Luis apareció sin esperarlo.

—¿Ya te marchas? —preguntó dirigiéndose a Martina—. Una visita breve.

—Tengo cosas que hacer aún.

Martina pasó por delante de su compañero y se dirigió directamente hacia la puerta de salida sin

volverse atrás. Cerró tras de sí y dejó a Elena en su compañía. Luis había optado por permanecer al pie de la escalera sin definir su rumbo y con la mirada fija en su antigua amante.

—Martina no encaja en tu círculo —aseveró—. No la imagino pasando horas y horas hablando de maquillaje, trapos caros y clases de tenis.

—Eres injusto conmigo y lo sabes. Martina y yo hemos sido muy buenas amigas, pero hace tantísimo tiempo que no nos vemos que ponernos al día nos llevaría unas cuantas horas. Y lamentablemente, no las tenemos.

Luis avanzó con lentitud hacia Elena enarcando la ceja inquietantemente.

—¿Tantísimo tiempo, dices? ¿No hace ahora un par de meses que fuiste a buscarla al laboratorio para tomar un café con ella y charlar un rato?

Elena se mantuvo impasible mientras contenía la respiración intentando encontrar una razón acertada con la que justificarse.

—Mientes, cariño —afirmó él—. Pero no sé por qué.

El domingo 8 de mayo amaneció pintado de nerviosismo para todas ellas, aunque, a decir verdad, tal vez sólo fuera el colofón de los últimos tres meses en que la ansiedad las había venido acompañando como una constante a duras penas evitable. Habían cumplido con su obligación de tomar religiosamente aquellas píldoras indicadas para concebir y, día más o día menos, la menstruación las había visitado sin defraudarlas, incluyendo a Laura, que desde la distanciada Valencia había secundado las órdenes del grupo.

Una nueva ausencia de Emilio les vino como la seda para darse cita en casa de Elena pocas horas después de que el astro rey las saludara por la ventana. Todo con una doble excusa: compartir sus últimas horas de temores fundados e ignorados, disipando así cualquier atisbo de abandono, y la posibilidad de desplazarse conjuntamente hasta el laboratorio a la hora convenida sin levantar sospechas con salidas tardías e intempestivas ante sus consortes.

Los minutos del día transcurrieron entre conversaciones forzadas, momentos aislados de miradas perdidas, pensamientos ensimismados que alguna otra no dudaba en interrumpir de manera intencionada y un continuo devenir para rellenar los estómagos que emitían sonidos guturales producto de la excitación, confundida en este caso con la llamada del hambre.

Alrededor de las nueve de la noche, las incesantes miradas lanzadas al reloj hicieron que se removieran de sus asientos y se pusieran en camino recogiendo sus cosas casi al unísono sin decirse nada, tan sólo cruces de miradas vacías de contenido. Elena ofreció su coche para desplazarse con un alarde de serenidad en el pulso de la que carecían las demás, dejando que las notas musicales calmaran el desasosiego que reinaba en su interior y que, de alguna forma, también les resultaba atrayente a la vez que repleto de emoción, de una emoción extraña, la que reporta lo prohibido, el riesgo a ser descubiertas, el miedo a lo desconocido.

Al llegar al laboratorio, Elena franqueó la puerta con una llave semi oxidada por el desuso, rodeada de sonrisas con rictus nerviosos y monosílabos sin sentido. Con un leve movimiento de cabeza les marcó el paso hasta la sala de inseminación en la que se había citado con Martina tras su última conversación. Entraron en aquella estancia en tropel, con un ansia sobrevenida de forma repentina por descubrir los entresijos de lo que constituía la esperanza médica y científica de muchas

parejas que buscaban huir de la esterilidad como de la pólvora. Todo era transparente y cristalino. Había, en primer lugar, una antesala pequeña con apenas un par de amplios butacones y un sofá formado por módulos de líneas rectas, a los que se anteponía una mesita baja plagada de revistas de autoayuda física y psicológica, monográficos de medicina con artículos relevantes de tesis doctorales versadas en técnicas de fertilización, avances en inseminación y estudios analíticos que contrastaban la eficacia de determinados tratamientos farmacológicos. Al fondo, una mampara de cristal templado instalado desde el suelo hasta el techo permitía observar con claridad la compleja maquinaria que constituía el soporte técnico con que materializar los sueños, respetando escrupulosamente las necesarias medidas de seguridad y aislamiento requeridas. Una puerta de un blanco impoluto y de anchura mayor a la habitual daba paso al centro neurálgico de operaciones. Una sofisticada camilla ginecológica esperaba en el centro de aquella especie de quirófano plagado de instrumental, aunque gran parte de él quedaría esperando ocasiones reales.

Martina apenas levantó la vista de la pantalla del ordenador ante el que estaba sentada con el ceño ligeramente fruncido por la preocupación. Se limitó a susurrar un «hola» apenas perceptible y no reparó en la forma en que todas ellas soltaron sus bolsos y los jerséis de punto fino dejándose caer sobre los mullidos sillones como si se hubieran tragado un alambre. Balbucieron algo entre ellas y se centraron en escuchar el ininteligible monólogo que Martina dejaba escapar entre dientes. «¡Maldita sea, pero si estaban aquí!». Elena empujó con suavidad la puerta acristalada y se adentró en el laboratorio dejándola sin cerrar.

—¿Ocurre algo?

—No encuentro las fichas. Las archivé con nombre falso y ahora no las encuentro ni por el orden alfabético ni por la fecha en que las grabé.

—Puede que no recuerdes bien los nombres que les pusiste.

—Hice la correspondencia en una base de datos de mi ordenador personal. El archivo está cifrado con clave de seguridad. Me cercioré de que se grababan tal cual las archivé en el mío y les puse a todas la misma fecha para evitar confusiones.

—¿Para qué sirven las fichas? —preguntó Linda con cierta inquietud tras escuchar la conversación.

Martina levantó la cabeza. No le gustó que el problema hubiera trascendido tan fácilmente. Pensaba que la puerta estaba cerrada.

—En las fichas está grabada la numeración que corresponde a cada una de las muestras. Sin ellas, no sé cuáles son. Supongo que no querréis que usemos otras, ¿no? —preguntó jocosa.

Linda volvió a ocupar su asiento y el mutismo absoluto sirvió para ceder terreno a un tumulto de pensamientos que saltaba de una a otra con vertiginosa rapidez. Era absurdo haber llegado hasta ahí para nada, tirar la dulce venganza por la borda, ver marchar a un codiciado heredero, dejar desvanecerse la huella imborrable de un amor platónico o seguir permitiendo con impunidad las diabólicas andanzas de un execrable individuo. Más de una hora llevó a Martina poner el banco de datos patas arriba, a la busca y captura de aquellas cinco intrusas que amenazaban con pasar a formar parte real del banco de semen destinado a las verdaderas inseminaciones, las que se hacen con todas las de la ley, médica y formal, con todos los requisitos que dictaban los protocolos del laboratorio y que garantizaban la seguridad de las pacientes y de los embriones que pretendían engendrar. Eso era ciertamente lo que provocaba un palpito ensordecedor en el pulso de Martina, no el hecho de ver truncado el grotesco futuro de aquellas damas. Al fin apareció la primera. Dejó escapar una

exclamación de alivio que las hizo ponerse en pie.

—¡Uff, menos mal! —apuntó Elena con la tráquea tan obstruida que apenas le pasaba el aire—. ¿Dónde estaba metida?

—Tiene la fecha cambiada. Las daté a todas con el uno de febrero, el día en que Teresa trajo la suya. Fue la última. Ésta tiene fecha de abril, por lo que está metida en otro lote.

Siguió buscando con ágiles maniobras de ratón.

—Aquí están las demás. Todas son de abril.

El semblante de Elena pareció tornarse gris.

—¿Qué crees que puede haber pasado?

—No te asustes, Elena —advirtió Martina con intención de calmarla—. Puede que se deba a algún error informático por los muestreos periódicos que se hacen. Es mero protocolo. Como mínimo, se hacen conteos de muestras trimestralmente y se cotejan con la información de que dispone la base de datos. Ambas deben cuadrar. Si no es así, hay que comprobarlas una a una por otros medios más sofisticados. Puede que el ordenador le haya puesto a estas muestras la fecha en que se hizo la comprobación.

Elena mantuvo la mirada fija en Martina intentando adivinar la veracidad de su explicación. No le parecía muy factible que pudieran darse ese tipo de errores en sistemas tan complejos y perfeccionados como los usados en Martí. Pero al fin y al cabo, la entendida era ella.

—Bueno, ya está —exclamó desviando la atención—. Seguimos adelante. ¿Quién va a ser la primera? —preguntó intentando romper el hielo.

Laura dio un respingo y se puso en pie intentando ganar tiempo. Aquel imprevisto no le había permitido averiguar aún de qué forma podía asegurarse de hacer una correcta elección. Desde luego, ella no estaba allí para insuflarse el semen de cualquiera.

—Disculpa mi desconfianza, Martina. Este incidente me ha puesto un poco nerviosa. Todas nosotras hemos llegado a un acuerdo previo de que este juego no saldría de los límites de nuestras propias parejas. No quiero que me interpretes mal, sé que dominas tu trabajo y no pongo en duda que manejas estos artilugios informáticos a la perfección, pero yo soy un poco miedosa, o tal vez, recelosa, si prefieres pensar eso.

—¡Al grano, Laura! —inquirió Linda.

—Me gustaría que hicieras delante de nosotras las comprobaciones oportunas para que veamos que, efectivamente, coinciden todos los datos de las muestras que nos vas a... inyectar. Es decir, el nombre verdadero, el nombre falso y la numeración que consta en el tubo congelado. Perdona mi terminología.

Laura miró a su alrededor esperando la aprobación de las demás.

—A mí me da igual de quién sea —aseveró Olga.

—A mí también —corroboró Linda.

—Yo preferiría comprobarlo, si no os importa. Estoy con Laura —susurró Teresa con un hilo de voz.

Las cinco miraron a Elena.

—Enséñanoslas —sugirió condescendiente.

Martina se incorporó con la mayor resignación de que fue capaz, transpirando el deseo de acabar con todo aquello de una maldita vez. Mostrar esos datos podía volatilizar el anonimato de los donantes, pero confiaba en que la serie numérica era tan larga que difícilmente podrían memorizarla para acertar a saber si tales muestras pertenecían a los miembros de su grupo o a donantes reales. Desconocía el verdadero cariz de aquella comprobación. Se limitó a pensar que era un puro trámite. De cualquier forma, si aquello acababa alterando el compromiso inicial contraído por todas o las propias reglas del juego, a ella le daba exactamente igual.

Abrió la base de datos introduciendo una larga y enrevesada contraseña y visualizó en pantalla las cinco series numéricas seguidas de los nombres falsos que había grabado. A continuación, maximizó el archivo de su ordenador personal dejando al descubierto la consonancia de ambos nombres. No sabía si con ello tendrían suficiente o también querrían que les mostrase los tubos con la etiqueta numérica adherida para cerciorarse plenamente. Olga y Linda permanecieron impasibles delegando la tarea en aquel par de desconfiadas. Elena tenía la mirada clavada en la pantalla del ordenador y la vista perdida. Teresa y Laura barrieron de un plumazo la información de los monitores y memorizaron la secuencia de los últimos seis números correspondientes a Pedro López y Julián Camacho. Los diez primeros números ni los vieron; si tan sólo habían de elegir entre cinco muestras no existían muchas probabilidades de que la secuencia final se repitiera en más de uno de aquellos tubos. Es más, si alguna cadencia solía repetirse en el mundo de las cifras, casi siempre ocupaba el lugar de los prefijos.

—Los tubos...

—No es necesario, no te preocupes, Martina —cortó Laura—. Ya es suficiente. Te pido disculpas de nuevo. Ahora estoy más tranquila.

687562-687562-687562...

143996-143996-143996...

Aquellas secuencias de números resonaron como un eco hasta la saciedad en sus mentes desiertas. Cientos de repeticiones hicieron que se le quedaran grabadas como si fueran víctimas del holocausto nazi. Lo visualizaron en todas y cada una de las páginas de las revistas con las que pretendieron matar el tiempo y sus nervios, en el vainilla de las paredes de aquella pequeña sala, en el mármol de Carrara del revestimiento de las vigas.

—¿Cómo queréis hacerlo? —preguntó Martina enfundándose unos ajustados guantes de látex—. ¿Elegís vosotras o lo hago yo?

Con una tenue sonrisa pretendió devolver un poco de jovialidad al evento, que más que un juego de emoción parecía ser el preámbulo de la consumación de la pena de muerte.

—Prefiero elegir yo —se apresuró Laura—. No quiero culpar a nadie de lo que pueda venir después.

Una sonrisa forzada surcó su rostro sin que la excitación de sus compañeras les permitiera apreciarla.

—Yo también elijo —profirió Teresa.

—¡Eah, pues empezad vosotras! —exclamó Olga—. A ver si después os vais a arrepentir, tan remilgosas como estáis hoy, ¿no te parece, Linda?

—Sí, mejor será. No me importa ser la última.

—¡Claro! Y si hay problemas, tú te libras, ¿verdad?

—Ventaja por desventaja, Elena. Me vais a dejar al *partenaire* que os dé la gana y voy a tener que conformarme con ello.

—Igual es el mejor —apuntó Olga.

—¿Y cuál se supone que es el mejor?

—El más potente —contestó con un movimiento obsceno de brazo.

—Venga chicas, dejaos de bromas. Son más de las doce. A ver a qué hora acabamos con esto. No quiero que mi jefe me pille por la mañana limpiando el laboratorio a la carrera. Acomodaos —sugirió—, os voy a ir llamando una por una. Os advierto que tardaremos en culminar todo el proceso. Cuando entréis en la sala elegiréis la muestra y descongelaré el vial. Eso me llevará un tiempo. Una vez hecho, depositaré el contenido en una pistola de inseminación y, tal y como ya os dije en nuestra primera reunión, depositaré el semen lo más cerca posible del orificio cervical. ¿Alguna duda?

Negaron con la cabeza, tensaron el cuerpo y esperaron a escuchar su nombre para pasar. Laura en primer lugar, con el corazón clamando venganza, oculto bajo una expresión de resignación, como si hubiera sido arrastrada a participar en contra de su moralidad. Teresa después, con el deseo latente de arrullar un platónico vástago, pero mostrando al exterior una preocupada expresión de traición hacia el «hombre de su vida». Elena, con irónica sonrisa y una mueca de perplejidad ante lo que pensaba que no serían capaces de culminar. A continuación, Olga, con la victoria marcada en la cara, con regodeo y sin ánimo de ocultar el orgullo personal por la venganza cumplida. Y por último, Linda, con el rostro iluminado por la esperanza de poder recabar de una vez por todas lo que legalmente le pertenecía.

26.

Olga entró en casa bien entrada la madrugada, sorteando obstáculos de puntillas mientras los poros de su piel rezumaban la emoción que se había ido acumulando en su cuerpo durante días. Había sido una de las últimas en salir de allí. Por prescripción de Martina y suya propia, había permanecido tumbada largo rato invitando a aquellos seres extraños a ascender hasta los recodos más insospechados de su estilizado vientre, como todas las demás, en un deseo de llevar el juego hasta sus últimas consecuencias físicas y psicológicas. Después condujo despacio, saboreando con placer el gusto de la venganza, embargada por sensaciones de supremacía, de superioridad con respecto a Pablo que no había disfrutado jamás a lo largo de los años que llevaba junto a él. Sintió que volaba, respiró profundamente incontables veces para aspirar hasta el último átomo del oxígeno que en aquel instante le pareció un reconstituyente único. Admitió para sí que le habría gustado regodearse abiertamente de él, no a escondidas, pero el miedo aún era más fuerte que ese punto de transitoria locura en la que estaba inmersa. Anticipar lo que podría estar a punto de ocurrir le provocaba un atisbo de pánico que empañaba el regocijo del momento. Pánico a ser descubierta. Y ciertamente podía ocurrir. Su embarazo. Había incumplido ligeramente las instrucciones de Martina adelantando un par de días la ingesta de las píldoras tras analizar concienzudamente el calendario. Ajustó sus predecibles ciclos menstruales de veintiocho días para que su ovulación tuviera lugar lo más próximo posible al señalado domingo, ocho de mayo. Ya sólo faltaba mantener relaciones con Pablo lo antes posible, a lo sumo en la noche siguiente, con el fin de evadir sospechas en caso de producirse un posible embarazo. Ver a Pablo disfrutar con un vástago de genes extraños como si fuera suyo le produciría un deleitable placer.

Entró en el dormitorio, lo encontró sumergido en un sueño apacible y le alegró escuchar sus ronquidos profundos y largos. Tal vez la hubiera estado esperando, y no deseaba enturbiar su momento con tediosas y falsas explicaciones de dónde había estado, lo que había hecho y con quién. Se mantuvo observándolo con deleite, largo rato. Su pelo oscuro y ondulado, alborotado sobre la frente; sus varoniles facciones de prepotencia odiosa y masculinidad deseable; su pecho desnudo elevándose pausada y rítmicamente, sosegado, contrario a la respiración violenta que mostraba cuando se enzarzaba en una discusión con ella; la cara plácida de una moneda profundamente hiriente por el envés. Amor, odio y atracción entremezclados como en una vorágine de locura. Eso era exactamente lo que sentía.

Caminó despacio hasta el vestidor con la intención de desnudarse y arrellanarse en la cama con quietud, recobrando la ilusión volátil que la estaba haciendo flotar desde hacía unas horas para dejarla caer luego brutalmente en décimas de segundo. Una maleta cargada de ropa ocupaba una parte del vestidor. Se alarmó al pensar que pudiera ser suya, sentirse descubierta con tal premura le produjo pavor. Pero no, era de Pablo. Camisas dobladas con pulcritud, jerseys finos de hilo, chaquetas colgadas en fundas impermeables, corbatas, zapatos impecables, ropa interior aún con

etiqueta...

A llegar a la cama lo encontró despierto, aunque con un alto grado de somnolencia.

—¿A qué viene esa maleta?

—Voy a París, a unas jornadas de Derecho Penal —contestó vocalizando con torpeza.

—A París. ¿Y se puede saber cuántos días?

—Un mes.

—¿Un mes? ¿Y no me dices nada?

—No tengo por qué darte explicaciones, tú no me las das a mí. Mira la hora que es. ¡A saber dónde has estado!

Olga adoptó una postura defensiva y suavizó el tono de voz.

—Con mis amigas.

—¿Hasta las cinco de la madrugada? —preguntó incorporándose ligeramente—. Estoy harto de tus fiestecitas. Estoy harto de decirte que quiero verte en casa cuando llego, y sobre todo a la hora de dormir. No parece entenderlo y mi paciencia se está agotando, Olga, te lo advierto.

El rictus y el temblor de labios resultaban amenazantes.

—Emilio se ha marchado de nuevo a Houston. Hemos estado acompañando a Elena durante todo el día y nos hemos entretenido charlando más de lo habitual. Tendría que haberte llamado.

—Deja las llamaditas para tu madre —aseveró con acritud.

La mente de Olga comenzó a revolverse, un mes era demasiado tiempo. Si se quedaba embarazada no saldrían las cuentas, tampoco habían mantenido relaciones en las últimas semanas. Dudaba que Pablo llevara la cuenta exacta de sus roces maritales pero no podía arriesgarse.

—No te enfades, por favor. Ha sido un encuentro como tantos otros. Ya sabes. Hablando de moda y de estética se nos escapa el tiempo sin darnos cuenta —explicó en tono conciliador—. Me gusta verte dormir —continuó acercándose lentamente—. Con el pelo alborotado estás muy atractivo, Pablo Ferrer.

Olga se inclinó a horcajadas sobre la cama rozando sus labios con parsimonia.

—¿Qué buscas? ¿Crees que siempre puedes calmarme con sexo? Cambia de estrategia, ya no te sirve. Sólo estás dispuesta a complacerme cuando me ves irritado. ¿Te doy miedo, Olga? —preguntó amagando una sonrisa gélida.

—No —mintió.

—Entonces dame lo que debes cuando esté de humor, ahora tengo que dormir. En un par de horas sonará mi reloj y me temo que llegaré a París hecho una auténtica basura.

—Llévame contigo —balbució a la desesperada—. Al menos unos días, un mes es demasiado tiempo para quedarme aquí sola.

La carcajada de Pablo la sobresaltó.

—Vete con tus padres, hace mucho que no los ves.

—Sabes que no estoy a gusto en compañía de mi padre, un par de horas son suficientes para enzarzarnos en una discusión sin salida ni argumentos, y mi madre no actúa de mediadora, precisamente —advirtió con pesadumbre—. Nunca me ha defendido.

—Entonces será porque no lo mereces, ¿no crees? Me alegra saber que no soy el único que piensa así.

—Déjame que vaya, Pablo, las jornadas no serán todo el día —insistió con un leve temblor de voz—. Cuando termines podemos pasear por los Campos Elíseos, visitar Notre Dame, ver la ciudad desde Montmartre o algún espectáculo en el Moulin Rouge.

—Tengo mejores planes para las noches parisinas. Ya haremos escapadas románticas en otra ocasión.

Pablo acomodó su almohada y se giró bruscamente dándole la espalda. Olga aún permanecía en el borde de la cama, sentada sobre sus nalgas con las piernas dobladas y el rostro marcado por el estigma del desprecio. Comenzó a abrumarla un miedo atroz y lamentó haberse metido en aquel maldito embrollo. Subestimó a su víctima y sobreestimó sus posibilidades. Las sensaciones de supremacía y superioridad se dieron de bruces contra el suelo. Volvía a considerarse débil y lamentable, pero ya no había vuelta atrás. Todo estaba hecho.

En el tiempo que vino después apenas hubo comunicaciones intrascendentes. Nunca los nervios estuvieron tan a flor de piel, cual pequeños capilares recorriendo cada milímetro en una maraña pulsátil con aparente vida propia, incapaces de contenerla. Se resistían a escuchar voces ajenas a las suyas anunciando el éxito o el fracaso temido o deseado, según quién. Una sola imagen copando sus mentes hora tras hora, minuto a minuto. Incapaces de escuchar, charlar o incluso centrarse en actividades tan mecánicas y rutinarias como tomar una ducha, comer, cepillarse los dientes o dejarse acicalar en un salón de belleza. Durante cuarenta y cinco interminables días vivieron aisladas, a solas con sus propias miserias, con su propia ambición, con sus licenciosos deseos o con el rechazo hacia sí mismas que le producía sentir de cerca las nefastas consecuencias de su hazaña. Las confesiones comenzaron a caer como una esperada llovizna de verano. En algunos casos, sin más revelación que la noticia en sí; un tono lineal carente de emociones pendientes de llegar, como el de Elena:

—«Me ha bajado la regla, chicas. Se acabó la tensión. La verdad es que me alegro, esto ha sido más fuerte de lo que esperaba». Eso les dije, Martina. Así, sin más. He sido la primera en romper la baraja y creo que están tan asustadas que no me han hecho un sólo comentario. Vaya cuarteto de bobas. No quiero ni pensar el mes que habrán pasado.

—Pues ya es hora de que te pongas nerviosa. Emilio ha detectado el desfase en el número de muestras.

—¿Qué me estás contando?!

—El día veintiséis hicieron el recuento del segundo trimestre, pero esta vez han cruzado más datos de lo normal. Emilio vino personalmente a comentarme que le resultaba extraño que las muestras de la base de datos real coincidieran con los listados de seguridad del programa INFERA, pero que hubiera cuatro menos en la copia virtual con respecto a las que aparecían hace un par de meses. Esos tres datos deben coincidir.

—No me entero de nada, Martina.

—Sólo grabé los datos de las muestras en mi ordenador personal. No las di de alta en los ficheros oficiales. Di por hecho que se harían los recuentos habituales, pero ya te dije que habían llevado a cabo un conteo extraordinario de manera automática después de que yo las hubiera guardado en el

laboratorio. La copia virtual detectó entonces esas cuatro nuevas muestras y ahora no están. Lo que no acabo de entender es por qué hicieron ese recuento y por qué se modificaron las fechas de archivo.

—¿Por qué dices cuatro muestras? Éramos cinco.

—Céntrate, Elena. A ti te inyecté suero.

—¿Y qué puede pasar?

—No lo sé, pero no suelen obviarse esos desfases. El protocolo de seguridad se lleva a rajatabla y me preocupa que sea Emilio el que esté tirando del hilo. Es muy pertinaz.

—Martina, si tú caes...

—No me hagas decir lo que pienso, Elena. De momento, recemos por que esto pare. Si pierdo mi puesto de trabajo, ya veremos.

En otros casos, una inflexión en la voz impregnada de un alivio anhelado, como la de Teresa:

—No estoy embarazada. ¡No sabes la alegría que me ha dado ver la mancha sonrosada en mi ropa interior! Bendita sea. Qué peso me he quitado de encima.

—¿Ya no tienes mariposas pululando por tu estómago?

—Qué mala eres, Olga. Aún me queda alguna, sí. Pero he estado loca participando en esto. A lo largo de este mes he tenido tiempo de pensar en muchas cosas y de valorarlas detenidamente. Ya no tengo quince años, no puedo dejarme llevar por impulsos. Eso tendría que haberlo hecho antes, pero no casi a los treinta. No sé cuánto me puede durar este embobamiento, por llamarlo de alguna manera, pero un hijo es para toda la vida. Me he preguntado cientos de veces en estos días qué ocurriría si me quedara embarazada y perdiera el interés por Jorge de aquí a un par de años. Le habría sido infiel a Esteban para nada. Le habría obligado a invertir todos sus recursos materiales y humanos en un ser ajeno a él, y me habría obligado a mí misma a recordarme día tras día semejante atrocidad sin disfrutar de nada a cambio, porque el amor a Jorge habría pasado ya. Fue una verdadera insensatez.

—Al menos te queda la emoción. Una experiencia novedosa con que aliñar tu vida, algo fuera de lo habitual. No está de más alterar nuestras rutinas de vez en cuando para matar el hastío de lo cotidiano.

—Puede ser. De cualquier forma, me alegro de que haya terminado así. A ver cómo acabas tú, aún no te has pronunciado.

Un deje de profunda decepción marcó la revelación de Linda. Tal vez la confesión más clara y cristalina, la más sincera y real expresada a viva voz ante todas ellas:

—¡Mierda, mierda y mierda!

—Ya está aquí, ¿no?

—¡Joder! ¿Por qué será que no me puedo quedar preñada como todo el mundo?

—No todas se quedan preñadas —objetó Elena—, si no que se lo digan a Emilio. O a Martina, sin ir más lejos.

—Ya no espero más. Voy a hacerme las pruebas que me sugirió tu marido, Elena, a ver si existe algún tipo de incompatibilidad. Y si es así, le plantearé a Javier una inseminación en toda regla de un donante anónimo.

—No aceptará —afirmó Olga.

—Eso o la separación. Así de claro. Quiero esa maldita herencia cueste lo que cueste.

El tiempo de incertidumbre se prolongó considerablemente para Laura y Olga. Una semana, diez días más, tal vez. Habían perdido la cuenta. Para Laura aquello significaba un halo de esperanza contenida, hábilmente simulada bajo la evocación del miedo a lo desconocido, a lo que podría significar para su futuro el desenlace esperado. En su fuero interno, sin embargo, un tímido entusiasmo aumentaba su volumen como un globo de cumpleaños. Estaba segura de haber elegido bien, de haber memorizado los dígitos correctos. Había tenido sexo con Jorge, pero dos semanas después, demasiado alejado de la probable fecha de su ovulación, aunque bien pensado tampoco podía presumir de exactitud. Daba igual. De estar embarazada encargaría un montaje por violación. Con las imágenes del vídeo y una prueba de ADN podría ganar el juicio sin problemas. Eso serviría para chantajear a Pablo con la difusión de las imágenes en su idílico entorno.

—¿Qué tal vas, Olga?

—No me noto absolutamente nada, Laura. No tengo dolor de ovarios, ni de riñones. No tengo tensión en las mamas. Lo único que tengo es miedo. Creo que en el fondo no pensaba realmente que esto pudiera salir, a pesar de haberlo planificado lo mejor posible. Cada vez que miro a Pablo a la cara se me aflojan las piernas.

—No tiene por qué saber nada.

—A pocas cuentas que haga sabrá que no puede ser el padre. Se fue a París al día siguiente, Laura, ¡un mes! Treinta días sin sexo, más todos los que pasamos en blanco antes del ocho de mayo por culpa de otro enfado descomunal. Lo adivinará. Y estaré sentenciada —afirmó bajando los ojos cadenciosamente.

—Alguna manera habrá de enredarlo. De todas formas, y perdona por lo que voy a decirte, con todos los flirteos extramaritales que debe de tener le resultará difícil acordarse de los días en que lo hizo contigo.

—Podría mentir en el tiempo de embarazo.

—No adelantemos acontecimientos, Olga, no sabemos lo que va a ocurrir. Ya lo pensaremos, estamos las dos en esto. Yo también estoy nerviosa, tal vez más que tú. Jorge no merece lo que le estoy haciendo.

—Jorge no es un desalmado como mi marido.

—¿Qué puede pasarte? Si rompes tu matrimonio con él no habrás perdido nada especial.

—Eso es lo único que me reconforta, que tendría que compartir conmigo sus bienes y su dinero. Me consta que en los últimos años ha aumentado considerablemente su patrimonio. La crisis económica duplicó el número de clientes, y los embargos bancarios, según cuentan sus colegas, le han dado la oportunidad de invertir en inmuebles a muy bajo precio. Nunca me ha interesado tanto ese tema como ahora. El miedo agudiza el ingenio, y sobre todo el oído.

Un test de farmacia y un *Predictor* confirmaron lo que tanto habían barruntado. Una leve sonrisa y una mueca sombría conformaron la cara y la cruz de sendas monedas. Olga ocultó la buena nueva. Dejó pasar el tiempo, y que los recuerdos se emborronaran en la testa de Pablo hasta perder la noción y el orden de los acontecimientos. Laura actuó con prontitud. Con diligencia medida y premeditada. Proceder cuanto antes era lo más seguro y acertado. Su vientre no debía aparecer hinchado en un intento de violación.

Ocho de agosto. Tres meses después del famoso día D, Laura se calzó sus tacones, un vestido con frunces bajo el pecho que permitía acomodar la incipiente curva de su abdomen, apenas perceptible, y un sobre repleto de fotos en el interior de su bolso blanco de *Louis Vuitton*. Cruzó los jardines con infinita calma, hinchando los pulmones de aire en previsión de una respiración cortada en presencia de Pablo. Llegó a la puerta principal del bufete Ferrer y Asociados y se detuvo en seco, dándose una última oportunidad para replantearse lo que iba a acometer instantes después. No dudó. Reanudó la marcha y pulsó el botón de llamada del ascensor con tal firmeza que se le quedaron marcados los puntos de Braille en la yema de su dedo. Cerró los ojos en los escasos segundos que tardó en subir y avanzó con pasos cortos y elegantes haciendo un sumo esfuerzo por controlar el nervioso bamboleo de los tacones. No tenía nada que temer. Los técnicos habían hecho una verdadera obra de arte, por algo le había costado una verdadera fortuna —por la obra y por su silencio—. Hacer una grabación resultaba complicado, por el doblaje, los movimientos, la suplantación de aquellas chicas por ella misma y por todos los elementos de aquella habitación que era conveniente camuflar. En sustitución de aquello le plantearon posar y fotografiarla. Pablo había practicado escenas de sadomasoquismo con aquellas prostitutas; sacadas de contexto podían pasar por escenas propias de violación. No resultó en exceso complicado extraer fotografías de aquellas imágenes y superponer las de Laura, con muecas y gestos forzados de dolor y sometimiento que tal vez fue lo más complicado de conseguir por su carente habilidad para el arte dramático. Por último, los programas informáticos de tratamiento de la imagen se encargaron de acoplar los perfiles a la perfección y de eliminar todo aquello que pudieran delatar el lugar y el tiempo. Gozaban de una apariencia sorprendentemente auténtica y real.

Laura se anunció a su secretaria bajo el pretexto de un asunto urgente. El morbo que aún suscitaba en Pablo recortó en bastante tiempo la espera de su visita. Él le abrió la puerta personalmente y la invitó a sentarse, al tiempo que Laura, armada en valor, le pedía que cerrara la puerta con llave si quería preservar su intimidad. Pablo recorrió el borde lateral de la mesa mirándola fijamente, aquella advertencia no había sido de su agrado. Nadie osaba entrar en su despacho dando órdenes ni utilizaba el más mínimo atisbo de amenaza contra él. El pulso de Laura se aceleró y el tono amoratado de las sienes se le acentuó. Le habría gustado verse la cara, notaba el odio fluyendo como un río corriente abajo.

—¿A qué has venido?

Laura abrió despacio el dorado broche de su bolso y tiró el sobre con desprecio encima de la mesa, a escasos centímetros del torso de Pablo. Mantuvo silencio largo rato, observando acobardada la tez soberbia de su rival, sin saber cómo empezar, cómo abordar aquella tesitura con la mayor eficacia posible. El gesto impasible de Pablo la hizo temblar.

—Voy a denunciarte por un delito de violación.

Un silencio perturbador recorrió el despacho por completo.

—¿En la persona de quién?

—En la mía, por supuesto —contestó con contundencia sosteniendo la mirada.

Pablo en ningún momento reparó en el sobre. No lo tocó. Se limitó a acribillarla con una insidiosa y perversa mirada, levantándose del sillón con ademanes ralentizados. En unos largos e interminables segundos llegó hasta ella, que se había ido hundiendo en el sillón con cada uno de sus

pasos. Pablo apoyó una de sus manos en la tapa de la mesa, la otra en el respaldo de la butaca de Laura, se inclinó lentamente y acercó sus labios al rostro de ella hasta casi rozarlo.

—Vaya, tienes más agallas que tu madre —afirmó masticando las palabras—. ¿La señora Castelar está bien? —El sobresalto de su estómago casi la hizo vomitar. Lo último que esperaba era oír retumbar el apellido de su madre en aquel despacho y en boca de Pablo Ferrer. Ignoraba cómo había conseguido relacionarla. Desde el mismo día de su boda adoptó el apellido de Jorge para evitar un enlace con su padre y, por extensión, con la víctima de ambos. Pablo comenzó a reír mientras a ella se le emborronaba la vista ante la repentina paralización de sus ojos, detenidos en el ventanal postrero a la mesa de Pablo y por el que sintió el breve impulso de lanzarse.— Me limité a cumplir con mi obligación —escuchó decir en la lejanía—. Con la obligación de representar a mi cliente, Don José Carlos Montero, un gran tipo, por cierto, y no tengo por qué pagar por aquello. Todos somos celosos de nuestra profesión.

—No con argucias como las tuyas. Le ayudaste, o mejor dicho, le asesoraste durante años para ir tejiendo una repugnante tela de araña con la que desvalijar a mi madre por completo. Sacasteis provecho de su bondad, de su fe ciega en un marido que no dudó en dejarla en la calle a pesar de ser a ella a quien debía todo cuanto era y todo cuanto poseía.

—Yo no tengo culpa de ser tan buen abogado. Tu madre podría haberse buscado otro igual y no lo hizo. Le bastó aquel papanatas que sabía de leyes lo que yo de astronomía. Nada. El único canalla de esta historia fue tu padre, Laura. Pero no tengas dudas que si he de volver a hacerlo, lo haré, y sobre todo si es cuestión de defensa personal. ¿Has visto alguna vez a un animal salvaje acorralado, Laura? —preguntó susurrándole por la espalda, tan próximo a ella que podía notar su aliento próximo a su oído—. No puedes imaginarte de lo que es capaz.

—Aún no has visto esas fotos —acertó a decir con la nuca contracturada por la tensión—. Mira y comprueba, pueden sorprenderte. Cuento además con un certificado médico de embarazo y una futura prueba de ADN.

—No entraré en un debate legal contigo, no voy a prestarme a eso, y no tengo que ver nada. No necesitaré defenderme en un juicio que no llegará, porque serás tú quien borrará de forma voluntaria esa idea de tu demente cabeza. No vas a sacar absolutamente nada de mí, Laura Montero.

—No me subestimes.

Pablo giró bruscamente el sillón en el que estaba sentada y presionó sus mejillas fuertemente con los dedos de una mano, obligándola a mirarlo.

—Aún tengo suficiente documentación legal de los bienes de tu madre como para terminar de desplumarla. Aunque no lo creas, un resto de compasión por parte de tu padre evitó en el último momento un caos económico del que no se habría repuesto jamás. ¿Quién te duele más, ella o Jorge? Me cuesta trabajo creer que seas tan ingenua. A él lo tengo cogido por las pelotas. Su imperio está en mis manos y puedo hacerlo añicos con un chascar de dedos.

Laura acusó una incipiente pérdida de conciencia. Se encontraba mareada, aflatada por el calor y una tensión emocional incontrolable. Mojó sus labios reseco con la punta de la lengua para devolverle la hidratación perdida y se inclinó con suavidad hacia la mesa para recoger el sobre cerrado que seguía impune desde que llegó. La piel enrojecida en el rostro de Pablo la amilanó aún más, induciéndole a buscar el intercomunicador por si resultaba necesario pedir ayuda. Él dio unos cuantos pasos hacia atrás y se recompuso, se ajustó el nudo de la corbata y suspiró.

—Lárgate de aquí de una puta vez. Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

27.

Olga se desprendió de su camiseta de tirantes y del pirata beige que la acompañaba y se zambulló en la piscina con un aparatoso salto de cabeza. Lo hizo en ropa interior, ni siquiera se molestó en ponerse un traje de baño. El chapoteo de sus brazos surcando el agua a gran velocidad cortó el hilo de la conversación de forma radical. El calor era insoportable a pesar de la caída del sol. Habían hecho múltiples propuestas para celebrar la fiesta del quince de agosto, pero la climatología y el estado de ánimo de algunas de ellas no alentaba planes mejores. Finalmente había sido Pablo quien había organizado una barbacoa nocturna para todos, ajeno a gran parte de las tribulaciones mentales que se cocían en el grupo.

Se habían dividido como siempre: ellos, en el salón de juego, a la espera de que llegara la hora apropiada para comenzar con los preparativos de la cena, disfrutando de un vino espumoso de la mejor calidad, con la climatización funcionando a pleno rendimiento y una baraja de póker en las manos con dinero real sobre el tapete verde minuciosamente rematado; ellas, bajo la pérgola de teka cubierta de enredadera, con un ventilador tropical sobrevolándoles la cabeza y un par de jarras de limón granizado y té helado para combatir la bruma sofocante de la ola de calor.

Laura no cesaba de tocarse la parte baja del vientre apenas hinchado, luciendo un semblante contrariado que no obedecía a dolor alguno, sino al violento malestar que le producía estar en casa de Olga, a escasos metros de Pablo y tras sólo una semana de su grotesca actuación. Apenas habían cruzado una mirada, pero tan elocuente como para esperar con ardiente deseo el momento de salir de allí. Tuvo la impresión, sin embargo, de que a él le producía especial deleite haberla hecho sentir como un títere de feria y temía que pudiera tener la desfachatez de importunarla y violentarla con inadecuados comentarios alusivos al secreto bien guardado.

—¿Tienes molestias? —le preguntó Olga sentada en la escalera de la piscina.

—Pinchazos. Son continuos, pero el tocólogo no le da importancia alguna. ¿Cómo estás tú? No deberías tirarte al agua así, al menos en este primer trimestre.

—¡Bah! Qué más da. Si se estropeara sería un alivio para mí.

—No hables así. ¿Te has parado a pensar que también podría ser suyo? —preguntó, alentándola a pensar lo que ella misma no veía factible—. No sabes cuál escogiste.

Olga reflexionó por un momento. No se le había ocurrido pensar eso.

—El viernes pasado fui al médico por primera vez. Te aseguro, Laura, que deseé con todas mis fuerzas que la pantalla permaneciera completamente a oscuras, pero nada más colocarme el ecógrafo sobre el abdomen apareció aquel punto gris intermitente, latiendo sin cesar. El médico encendió los altavoces y puso el fonendoscopio en el lugar apropiado para que se oyera el retumbar de los latidos. Está bien agarrado, me dijo. No supe si reír o llorar. Miré a Pablo esperando su reacción pero no movió ni un músculo de la cara, parecía que estaba viendo un anuncio publicitario.

—¿Pablo te acompañó? —preguntó extrañada.

—Le dije que estaba embarazada justo antes de salir. Me di de bruces con él en la puerta, a punto ya de marcharme, y me preguntó de manera inquisitiva que adónde iba. La verdad es que no me pareció que estuviera de mal humor, sólo... desconfiado. Volvió a recriminarme que cada vez le doy menos explicaciones de mis salidas y que no lo pensaba seguir tolerando. Entonces me armé de valor y le dije que estaba embarazada. «¡Vaya, últimamente va la cosa de embarazos!», me dijo, pero no sé a qué se refería. —Laura dio un respingo sin atreverse a interrumpir—. Dijo que me acompañaba. No sabes lo nerviosa que me puse, Laura. Era la primera cita, suponía que tendrían que hacerme la historia completa, especificar la fecha de mi última regla... No conseguí borrar de mi cabeza la imagen de Pablo haciendo cuentas de las semanas de embarazo. Pero insistió en que me acompañaba o sencillamente yo no iba. Así de claro. No me quedó otra que acceder. Mentí en la fecha de mi última menstruación, en mi regularidad habitual y en alguna otra cosa sin demasiada importancia.

—¿Te dijo de cuántas semanas estabas?

—Según la longitud del fémur y el diámetro biparietal, de trece, quizás algo más. Todo el tiempo estuve temiendo que pronunciara una cifra y cuando lo hizo no podía dejar de mirar a Pablo. Él observaba fijamente la pantalla del ecógrafo mientras yo lo observaba a él intentando adivinar lo que estaba pensando. Busqué cualquier cambio en su expresión, cualquier gesto de los que tanto conozco. No hizo nada, Laura. Sólo desvió los ojos de la pantalla y se quedó mirándome largo rato sin decir nada, como absorto. De veras que comencé a temblar en la misma camilla, en presencia del médico que seguía su rutina ajeno a mi historia. Después de un rato, en una ausencia del tocólogo, sólo preguntó: «Trece semanas, ¿cuánto tiempo es? ¿Tres meses y algo?». Le dije que sí, pero me apresuré a aclararle que eso era aproximado, porque el niño podía estar más pequeño o mayor de lo habitual. No quise ahondar en el asunto, aunque creo que siguió haciendo cábalas durante algunos minutos más. Pero al menos no se peinó. Me echo a temblar cuando se peina con los dedos tras una discusión.

Olga salió de la piscina, se secó ligeramente con una toalla de rizo americano y se aproximó a la mesa donde estaban las demás. Se había percatado de que habían estado escuchando la última parte de la conversación y se sentía violenta por que pensarán que sólo eran confesiones hacia Laura, cuando en realidad no tenía nada que ocultar.

—La incertidumbre y el miedo a que pueda descubrirme no me va a dejar vivir —continuó—. Esto me está produciendo más ansiedad de lo que pensaba, sobre todo porque no sé lo que a Pablo le ronda por la cabeza. Ahora deseo de verdad que el niño sea suyo, aunque os parezca cobarde, pero la duda de no poderlo saber me va a matar.

Laura se inclinó despacio y bebió un trago largo de té helado mientras sus pensamientos se centraban en advertir silenciosamente que semejante casuística no era posible, porque Pablo era el responsable del hijo que ella llevaba dentro. No tenía la menor duda.

—Tú buscabas venganza, Olga, lo mostraste abiertamente. Ahora no deberías lamentarte.

—¿Y qué buscabas tú, Laura? ¿En ningún momento has lamentado tú haber tomado esa decisión desde que estás embarazada?

—Sólo digo que hay que ser consecuente con las decisiones y con las repercusiones que puedan tener. Lo que sí espero —dijo dirigiéndose a las demás— es que vosotras, aunque no tengáis problemas, nos apoyéis hasta el final.

—Siempre y cuando vosotras cumpláis vuestra parte del acuerdo, ¿no crees, Linda? —apostilló Elena.

—Por supuesto.

—¿A qué te refieres exactamente? No me gusta mucho el tono de ese comentario —advirtió Olga.

—A no reivindicar la paternidad —se anticipó Linda.

—De nuevo temes por tu dinero. Parece ser lo único que te importa en esta vida —acusó Laura con repulsa en la voz.

—Igual que a todas, no os pongáis ahora de santas.

—Javier no nada precisamente en la abundancia —increpó Olga—, no buscarías con tanto ahínco el dinero de tu padre si no fuera así. ¿Qué piensas que le vamos a quitar?

—Lo que es de Javier, poco o mucho, es única y exclusivamente mío. Si él no pudiera responder de sus obligaciones, tendría que hacerlo yo y no estoy dispuesta a ello.

—Vamos a calmarnos, chicas, estamos desvariando un poco —medió Teresa para destensar la evidente crispación—. Tengamos la fiesta en paz, aún hay noche por delante.

Las palabras de Teresa se evaporaron sin apenas ser oídas. Olga no dudó en volver a arremeter contra la impertinencia de Linda.

—Tú eres además la que menos debería de temer. Javier no es precisamente un ejemplo de fertilidad.

—¡No te voy a consentir eso, Olga! Es un insulto personal.

—Te recuerdo que habéis sido vosotras las que habéis comenzado poniendo el parche.

—De eso nada, Laura —exclamó Elena—. Has sido tú la que ha incidido en que las demás os apoyemos hasta el final.

—Me refería a un apoyo moral, amistoso, y al encubrimiento por vuestra parte para mantener esto en secreto, nada más.

Todo quedó en silencio por un instante, suficiente para sopesar que aún no habían comenzado los problemas y ya estaban haciendo uso de unas armas preparadas desde tiempo atrás. Olga no pudo evitar sospechar que todo cuanto se dijo al principio quedaría en agua de borrajas si las cosas se ponían feas. No quería continuar. No tenía la osadía suficiente como para seguir adelante.

—Creo que voy a abortar —soltó a bocajarro—. Así se despejarán mis dudas.

Una nube de estupor esfumó el calor. Tardaron algunos minutos en digerir la noticia que las llevó a sentir un alivio efímero.

—Estás de trece semanas. Las interrupciones legales han de hacerse antes de la semana catorce —recordó Elena.

Laura recobró un tono condescendiente. Si ella estuviera en su lugar quizás también lo haría, conociendo con quién convivía bajo el mismo techo a diario.

—Si el niño viene con malformaciones, el margen de tiempo es mayor; pero no sé cómo podrías justificarlo si en realidad no existen.

—El ecógrafo no era de alta resolución, fui a una consulta de la sanidad pública. Según parece, sólo utilizan ese tipo de máquinas cuando existen sospechas previas de posibles malformaciones o

alteraciones genéticas por antecedentes familiares, edad avanzada de la madre o situaciones parecidas. Para abortar tendría que contar con un médico conocido que certificara las taras fetales, o que estoy de menor tiempo de gestación. Pablo me preguntó cuando salimos de la consulta el porqué había ido allí pudiendo disponer de una clínica con tecnología avanzada. Sólo tendría que proponérselo y no creo que se negara a ayudarme. No tiene instinto paternal y está esperando el momento de echarme en cara el haberme quedado preñada sin su consentimiento. Lo conozco.

Olga se levantó y abandonó la terraza dejándolas solas en un alarde de absoluta descortesía. No tenía ánimos para seguir soportando recriminaciones ajenas. Necesitaba pensar con detenimiento y tomar una decisión. No había tiempo.

Dos días más tarde, un sobre sin franquear entró en casa mezclado con el correo ordinario y los folletos publicitarios. Iba dirigido a Olga Mendizábal. Rasgó la parte posterior con perfecta intriga, no tenía remitente. Extrajo una cuartilla pequeña pulcramente cortada y doblada por la mitad y leyó la grafía escrita por ordenador con letra roja de gran tamaño: «Espero que sigas adelante con tu embarazo. De lo contrario, Pablo lo sabrá todo.»

28.

(1995)

La tensa conversación que tuvo lugar a mediados de agosto produjo un distanciamiento palpable entre quienes habían comenzado con entusiasmo aquella buscada odisea, un distanciamiento agravado además por la inesperada amenaza en la que se invitaba a Olga a evitar un aborto apenas sugerido. El infructuoso intento de adivinar de quién había partido tal iniciativa y por qué, terminó de quebrar su frágil equilibrio emocional. La confianza en ellas comenzó a doblegarse cuando un pensamiento tan fugaz como dañino cruzó su mente sin esperarlo. No conocía las verdaderas razones que las habían movido a participar y no le cabía duda de que iban más allá de lo que se habían limitado a contar. A partir de ahí, un muro invisible cada vez más sólido se fue instalando a su alrededor, colmando todas y cada una de sus miradas de suspicacia y desconfianza. Sólo una pequeña fisura permitía a Laura colarse en su interior a pesar de no quedar por completo exenta de sospecha; no quedarse sola en ese entuerto era móvil más que suficiente para incitarla a materializar la amenaza. Sin embargo, y a pesar de ello, gozaba de un trato de excepción no premeditado, tal vez por empatía o por ser compañera de fatigas, incertidumbre y ansiedad durante un embarazo tan historiado.

Paradójicamente, la afectividad de Laura hacia Olga también se había acrecentado bastante más de lo que nunca pudo sospechar. No en pocas ocasiones habían tachado de idiotéz cuanto habían hecho y provocado, en una especie de confesión mil veces repetida. Sin embargo, a Laura no le bastó la compañía de Olga para obtener consuelo, para sentirse acompañada, cobijada y refugiada en una etapa de su vida especialmente vulnerable. Con la primera patada del bebé, alrededor de los cinco meses de gestación, Laura hizo su maleta y se marchó algo más de un mes en busca del calor materno. La reacción inicial de Jorge al saber de su embarazo no fue especialmente alentadora, si bien lo dejó traslucir sólo a través de la seriedad de su semblante y el acerado tono de voz con que afirmó que esperaba que hubiera sido una decisión consensuada. No pronunció una sola palabra más ni referenció de nuevo el asunto durante las primeras semanas, que sirvieron para asimilar la situación y aceptarla con paulatina delicadeza hacia ella, hacia su estado de salud física y anímica y, sobre todo, hacia el nuevo vástago al que comenzó a referirse como el pequeñuelo de la familia. A partir de ahí, el remordimiento de Laura comenzó a hacerse insoportable, tanto como el hecho de imaginar lo que supondría criar al hijo de aquel desalmado queriéndolo hasta la médula. Pensó que las palabras de su madre serían lo único que podría calmarla, después de que el efecto boomerang de su maléfica artimaña la hubiera alcanzado de lleno. «He hecho algo muy grave mamá, pero no estoy segura de querer contártelo. Sólo necesito tu apoyo. ¿Me lo darás?» —le preguntó.

Hasta el final. El día que notó por primera vez una presión fuerte y un dolor sordo completamente desconocidos en la zona lumbar, fue ella la primera persona a quien recurrió. Begoña tomó un taxi al tiempo que se cercioraba de que Jorge estaba al tanto de la situación. Laura ya lo había llamado. Él había dejado los bocetos sobre la mesa de diseño, se había puesto el abrigo y había salido del

estudio casi sin avisar. Ya en la puerta pronunció con voz muda el nombre de su mujer, articulando la boca y los labios exageradamente para que su secretaria pudiera captarlo desde la distancia. Supo a qué se refería.

Jorge y su suegra llegaron a casa al mismo tiempo. Laura estaba sentada en un butacón de la entrada, sin abrigo excesivo, con una pequeña maleta a sus pies y el gesto extraño de quien no sabe lo que esperar ni lo que sucederá a partir de entonces. Las contracciones no eran frecuentes y la bolsa no se había roto. Begoña cogió su mano y esbozó una sonrisa angelical, tratando de calmar sus nervios desde el silencio. Con los ojos parecía decirle una y otra vez: «No tengas miedo, todo irá bien». Pero la imagen de una miniatura de Pablo saliendo de sus entrañas la perturbaba.

El protocolo del parto comenzó nada más inscribirse en admisión. Un tocólogo, una matrona y un par de enfermeras no tardaron en aparecer. El anestesista vendría después, una vez que terminara de decidir si quería correr con los gastos adicionales de la anestesia epidural y con los riesgos de dudosa probabilidad de que ya le habían hablado. Las siguientes doce horas transcurrieron insoportablemente lentas, y las últimas de ellas insoportablemente dolorosas. La figura de Jorge a su lado respirando al compás, acariciándole el rostro, sujetándole la cabeza a cada empuje la hizo llorar entre quejido y quejido. Era el amor de su vida. Cuando escuchó a la matrona decir «ya está aquí», se agarró con fuerza a los asideros de la camilla, dio un último empujón y cerró los ojos con toda la fuerza de que fue capaz. Después de unos cuantos segundos, un llanto agudo inundó la sala. Jorge la besó en la frente y le susurró «te quiero» con desbordada emoción.

—Es precioso, Laura —dijo empañado de lágrimas.

—¡Abra los ojos, mujer, y mírelo! —ordenó la matrona—. ¡Enhorabuena, Sr. Soler! Es la primera vez que veo a un recién nacido parecerse tanto a su padre.

A las 12 de la mañana del día 15 de febrero, Olga notó un fuerte dolor abdominal y algo húmedo en su ropa interior. Se subió la falda con rapidez, en un impulso por ver si se había roto el saco amniótico como preámbulo de un parto en el que pensaba con excesiva inquietud. Se alarmó al ver el color rojo de la sangre en su braga de algodón, de un rojo intenso y claro, como recién salida de un vaso roto. Corrió hacia el baño con el paso entrecortado por una contracción larga que endureció por completo su abdomen, seguida de otra de la misma magnitud a los diez minutos de la primera. El fluir de la sangre era leve e intermitente, pero continuo. Turbada y asustada cogió el auricular del teléfono mientras se desnudaba con la mayor premura posible. Debía ir al hospital.

El aparato dio tres, cuatro, cinco tonos de llamada.

—Dime.

—Pablo, me he puesto de parto.

—Me pillas en una reunión. Prepara las cosas, luego voy para allá.

—Es urgente. Estoy sangrando.

—No puedo marcharme ahora, Olga, es importante.

—Pablo, me duele mucho, estoy asustada y no sé cómo estará el niño.

—Llama a tu madre y que te acompañe. Y si lo crees necesario, llama a una ambulancia. Yo iré para el hospital en cuanto termine, ¿de acuerdo?

Olga colgó el teléfono y llamó al servicio de urgencias de la clínica El Azahar. Terminó de vestirse, se colocó unas cuantas compresas para no mancharse y preparó lo que su memoria colapsada le permitió recordar. Le costaba trabajo caminar. Cada vez que dejaba caer el peso sobre una de las piernas notaba una punzaba en la parte baja de su abultado vientre. El trayecto en ambulancia sirvió para adelantar su historia médica y un primer reconocimiento, y para que los propios camilleros se pusieran en contacto con Lucía para advertirla de que su hija estaba próxima a dar a luz.

A los pocos minutos de su ingreso, su madre apareció ante ella y recobró algo de tranquilidad, aunque el dolor no le permitía relajarse cuanto hubiera deseado. Un primer reconocimiento manual reveló que la dilatación era aproximadamente de cuatro centímetros. La enfermera le tomó una vía en la que enganchó una bolsa de sangre en previsión de que la hemorragia continuara y colocó dos monitores, uno a ella y otro conectado al bebé para comprobar su evolución, al tiempo que un tocólogo comenzaba a analizar los entresijos de su cavidad uterina mediante una ecografía de alta resolución.

—Hay sufrimiento fetal. Vamos a tener que hacer cesárea.

Lucía agarró la mano de Olga que permanecía en silencio, concentrada en las respiraciones acompasadas que le permitían aliviar ligeramente el dolor.

—¿Has llamado a Pablo? —preguntó Lucía.

—En cuanto termine viene para acá. No tardará.

—Está bien. No te preocupes, ¿de acuerdo? Todo va a ir bien, ya lo verás.

—No te marches, por favor.

—Por supuesto que no. Aquí estaré.

Dos lágrimas recorrieron las mejillas de Olga a medida que la camilla avanzaba en dirección al quirófano. La humedad que notaba entre sus piernas iba en aumento y el dolor también. El camillero aceleró el paso y entró en la sala de operaciones con verdadera urgencia, el equipo médico la estaba esperando. Escuchó lejanamente las recomendaciones del anestesista y en pocos minutos su conciencia comenzó a alejarse permitiéndole flotar en un grado de relax del que no habría querido volver. Con una sorprendente habilidad, el cirujano llevó a cabo la incisión abdominal y en un corto lapso de tiempo una niña rolliza y pequeña vio la luz. Tardó en llorar. Tardó en producirse ese llanto inestimable que le abriera los pulmones y le ayudara a respirar. A los pocos minutos de serle efectuado un rápido reconocimiento inicial, la niña fue trasladada a la Unidad de Neonatología donde podrían hacerle un seguimiento exhaustivo de su estado de salud y estudiar con más detalle si se había visto afectado algún órgano vital, aunque sería más complejo llegar a determinar si la anoxia producida le había ocasionado daños de etiología cerebral.

Olga despertó en la Unidad de Cuidados Intensivos después de haber pasado cuatro largas horas en la sala de reanimación. Tenía recuerdos vagos de haber visto el rostro de su madre próximo a ella, pero era una imagen tan lejana que llegaba a confundirla con un sueño vívido y real.

—La ingresaremos en la U.C.I. una vez que despierte —había informado el equipo médico—. Había hemorragia interna, mayor de lo que pensábamos, e infección. De momento está estable, pero no descartamos que se pueda producir alguna complicación, por eso deberá permanecer unos días en observación. El consentimiento informado para cualquier intervención, ¿lo firmará usted?

—Preferiría que lo hiciera su marido —sugirió con voz queda.

—¿Está aquí?

—Aún no ha podido venir, pero estoy segura de que pronto llegará.

—Si tenemos una urgencia no podremos esperar. Recabaremos el consentimiento del primer familiar directo que esté aquí en ese momento.

Las siguientes cuatro horas transcurrieron en calma absoluta. Lucía no abandonó la antesala de la Unidad de Cuidados Intensivos, a la espera de cualquier imprevisto que pudiera producirse. A las once de la noche se permitía una corta visita a los enfermos ingresados que no presentaran complicaciones importantes. No sabía si podría entrar. Cuando una celadora abrió la puerta de entrada acristalada de acceso a la UCI, Lucía se acercó a preguntar. Le permitirían el paso durante cinco minutos, no más. Se enfundó una bata verde abrochada a la espalda, un gorro rizado y unas calzas con las que ocultar al máximo los zapatos, unos finos guantes de látex y una mascarilla que obstaculizaba la respiración. El grado de somnolencia de Olga no le permitía mantener los ojos abiertos mucho tiempo. Tenía la boca seca y una turbadora pesadez de cabeza, como si estuviera inmersa en una densa y borrascosa nube.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

—Mal.

—Debías de haberte cuidado más, Olga.

—Si vas a hacerme recriminaciones, te vas —dijo con la lengua trabada—. ¿Dónde está mi hijo?

—Es una niña, una niña preciosa.

—Quiero verla, quiero ver cómo es.

—Ya la verás cuando estés mejor, ahora descansa.

—Quiero saber cómo es —insistió.

—Ha pesado tres kilos y medio y está bien.

—Descíbeme su cara, mamá.

Lucía se detuvo a pensar por un momento. No recordaba con detalle las facciones de la pequeña, apenas le habían permitido verla.

—¿Es morena? —preguntó Olga con voz sonámbula.

—No tiene pelito, apenas una pelusilla escasa. Eso significa que va a ser rubia, ya lo verás. Mi abuela siempre lo decía y tenía razón. Los niños que nacen con poco pelo serán rubios después.

Olga dejó caer la cabeza y cerró los ojos con ánimo de dormir, o, tal vez, con ánimo de no pensar. Ella siempre fue una espléndida morena de ojos negros y Carlota, su suegra, siempre alardeó de la mata de pelo negro con que nació su hijo.

Cuatro días después de su ingreso, el equipo médico permitió que Olga subiera a planta. El peligro había pasado, aunque aún tardaría en reponerse algún tiempo. Cuando entró en la habitación empujada por una celadora gruesa y encantadora, vio un enorme ramo de rosas rojas esperándola en el alféizar de la ventana. Pablo no estaba allí, pero pensó que al menos había tenido el detalle de acordarse de ella. Rasgó el sobre y leyó la nota anónima pulcramente caligrafiada: «Ha merecido la pena tenerla. Enhorabuena, la niña es preciosa». Olga esbozó una sonrisa y oyó la voz de Pablo unos cuantos pasos más atrás.

—Vaya, bonitas flores, aunque poco apropiadas para la ocasión. ¿Quién te las ha regalado?

29.

(1996)

En los primeros dieciocho meses de la vida de Paula, el miedo anduvo pululando alrededor de Olga de forma insidiosa y permanente. Se preguntaba una y otra vez quién sería la artífice de tan fiel seguimiento a su vida, aunque tratándose de sus amigas aquello no supondría una gran dificultad. Paula, era preciosa. Con el cabello rubio dorado y profundos ojos de color verde oliva, su parecido con Pablo era meramente testimonial; obedecía más al deseo de encontrar rasgos comunes que a los que en realidad tenía, tal vez los gruesos bucles que remataban su pelo, nada más. Pero tampoco importaba demasiado, Pablo la habría ignorado de igual manera aunque hubieran sido como dos gotas de agua. Siempre sucedía lo mismo. Él acostumbraba a desdeñar cualquier situación en la que no hubiera tomado una decisión directa, y la de tener un hijo no había contado en absoluto con su aprobación. Así es que Olga llevaba año y medio compartiendo en solitario una parte de su tiempo con aquella pequeña a la que seguía percibiendo como ajena a sí misma por su carente sentimiento de maternidad y a la que en su fuero interno culpaba directamente de que su vida se hubiera convertido en la de una funambulista sin experiencia, cometiendo la torpeza de olvidar que Paula no había sido la causa, sino la triste consecuencia de sus decisiones.

Muchas cosas cambiaron a lo largo de ese tiempo, algunas de forma paulatina y otras a mayor ritmo de lo que habría deseado o incluso pensado. Siempre se sintió orgullosa de que sus mejores amigas se hubieran dignado a ocupar el espacio vacío que la familia dejaba en su vida, pero el muro invisible que comenzara a levantarse entre ellas a raíz de su embarazo se estaba volviendo infranqueable. A pesar de que en un principio había sopesado fugazmente esa posibilidad, Olga nunca pensó que llegara a ser tal cual. Todas navegaban en el mismo barco y eso las mantendría unidas, pero era de entender que tres de ellas habían arribado a costa sanas y salvas, y el miedo a prestarle ayuda y acabar hundiéndose las había hecho elevar la guardia hasta ser difíciles de alcanzar. Apenas unas semanas les había bastado para continuar con sus vidas como si nada hubiera pasado, para considerar aquella prueba como una experiencia emocionante o como una frustración personal que no dejaba de ser una mera anécdota. Apenas unas semanas para pasar página y continuar con sus planes de futuro tal y como al inicio estaban trazados.

Linda convenció a Javier para hacerse las pruebas de compatibilidad antes de iniciar los preparativos para una inseminación artificial o una fecundación in vitro con todas las de la ley. Las pruebas revelaron que no podrían tener hijos juntos de forma natural. El jarro de agua fría que hundió a Linda en la miseria psicológica los días posteriores a recibir la noticia también sirvió para despertarla y hacerla resurgir con más fuerza en su empeño personal. Sin más dilaciones, le planteó a Javier la posibilidad de utilizar un donante anónimo para sus pretensiones, a lo que él se había negado en rotundo ante la convicción de que aquello constituiría una especie de cornamenta consentida que no estaba dispuesto a llevar.

Teresa había notado el despertar de un fuerte instinto maternal en los escasos días en que había durado la espera, refugiándose en Esteban mientras huía de la imagen de Jorge como de la pólvora, consciente de que ese amor platónico no correspondido sólo podría acarrearle complicaciones emocionales. Tal distanciamiento había salpicado a Laura, que nunca entendió bien el porqué de su actitud.

Elena estaba viviendo junto a Emilio el mejor momento de su vida, aunque la proximidad a él también implicaba la de Luis en mayor magnitud de la que pudiera desear, apreciando de primera mano cómo la actitud de éste hacia ella iba en aumento a medida que era consciente de que su ruptura no tenía vía de retorno. Por otra parte, la experiencia a la que había inducido a sus amigas le había producido sentimientos controvertidos de placer y culpabilidad y la había llevado a alejarse de sus víctimas ciertas por su conciencia resurgida.

Y Laura, tras sufrir un cierto rechazo conyugal por su decisión unilateral, contaba ya con el apoyo pleno de Jorge. El equilibrio emocional del que disfrutaba la había hecho acercarse a Olga, consciente de su penosa incertidumbre en relación a la paternidad y del miedo que sentía hacia Pablo, amén del temor por las amenazas recibidas. Laura se había convertido en el único apoyo de Olga; precisamente Laura, aquélla con quien nunca creyó poder congeniar.

El llanto de Paula hizo que Olga recobrara la conciencia del momento. La pequeña llevaba despierta largo rato, jugando en su cuna con el carrusel móvil al que faltaban varias piezas que no había dudado en arrancar atraída por la curiosidad de ver su aspecto de cerca y de apreciar su tacto con las manos después de que hubiera pasado los meses previos babeándolas hasta la saciedad. A las nueve y media tenían cita pediátrica para una nueva revisión, algo más completa de lo habitual, como solía hacerse por protocolo médico a los dieciocho meses de edad. Agosto no daba tregua y aquella mañana trajo más calor de lo que había venido haciéndolo en los últimos años. Con un vocinazo incontrolado alertó a la niñera de que debía vestir a Paula mientras ella terminaba de darse los últimos retoques en el pelo y se perfilaba los labios carnosos de un rosa irisado. Cogió su tarjeta sanitaria en la que llevaba anotados los progresos de peso y talla de la pequeña y el carnet de vacunación y los guardó en su bolso con desgana.

No había demasiada gente en la antesala de la consulta. Hizo un conteo rápido y se cercioró de que no había una médica suplente por ser período estival; no iba a poner la salud de su hija en manos de cualquier aprendiz. La enfermera fue llamando, uno a uno, a todos los que tenían una cita previa a la suya... y a los que llegaron después. En poco rato, Olga comenzó a alterarse porque no observaba urgencia alguna en aquellos otros que habían aparecido tras ella para haberlos atendido antes. Con una hora de retraso y a punto de cargar con una reclamación, la enfermera pronunció el nombre de Paula Ferrer y Olga se puso en pie lanzándole una mirada de clara reprobación.

—Buenos días, señora Mendizábal, disculpe la espera. No encontramos la historia médica de Paula. Dos de nuestros administrativos se están ocupados de ello, debe de haberse traspapelado. Tomaré nota de todo y ya la completaremos cuando aparezca.

—¿No la tiene en su ordenador? —preguntó con impertinencia.

—Están cambiando el sistema. Llevamos una semana trabajando en papel. Pero no se preocupe, aparecerá.

Olga comenzó a desnudar a Paula como venía siendo habitual y la pediatra inició su rutina auscultándole el pecho, palpando su abdomen y mirando garganta y oídos para continuar después analizando su equilibrio corporal, espalda, cabeza, caderas, peso, talla y otros muchos parámetros

que fue anotando meticulosamente en una hoja cuadriculada donde acabó calculando los percentiles concretos que le permitieron compararla con el promedio de la población infantil. Estaba perfecta.

La puerta se abrió repentinamente y una mujer de mediana edad con bata blanca entró sin avisar.

—La historia de Paula Ferrer —dijo alargando el brazo para entregarla.

—¿Dónde estaba, Concha?

—En la carpeta de pendientes. Como hace unos días pidieron una copia completa del expediente, aún no se había archivado.

—¿Quién pidió una copia del expediente? —preguntó la doctora frunciendo el ceño.

—El padre de la niña.

Olga miró a la mujer con la boca abierta y los ojos desorbitados. Había dejado a Paula con la camiseta a medio poner, inmovilizada por aquella revelación.

—Está bien, Concha —la despidió—. Bueno, ya ve que por lo menos las cosas aparecen —comentó dirigiéndose a Olga con cierto alivio—. Todo está perfecto. Paula tiene una altura media y un poco más de peso del que debiera, pero nada importante. Si no hay alguna novedad antes, volveremos a verla cuando cumpla los dos años.

Olga salió de la consulta con la urgencia de quien se asfixia, con largas zancadas y lanzando bocanadas al aire para hinchar sus pulmones de oxígeno puro. Tardó largo rato en adentrarse en el coche, no estaba segura de que el temblor de manos le permitiera conducir. No podía seguir así. No estaba dispuesta a seguir así. Pablo no le había hablado de la niña desde que nació. Sabía que no era aceptada y que en el fondo le estaba recriminando continuamente haberla traído al mundo sin su permiso, pero aún estaba esperando que se lo dijera abiertamente. Quería saber lo que Pablo pensaba. Necesitaba esclarecer lo que pensaba. No iba a seguir un minuto más viviendo a la sombra de una duda que no sabía a ciencia cierta si existía o no.

Llegó a casa acalorada y sudorosa, puso a Paula en brazos de su niñera y enfiló directa el pasillo hasta el despacho de Pablo. Él levantó la cabeza sorprendido por la intromisión y se limitó a mirarla.

—¿Para qué querías una copia del expediente de Paula?!

Pablo mantuvo una postura inerte durante algunos segundos.

—¿De qué me hablas?

—No te hagas de nuevas, sabes de lo que hablo. ¿Qué quieres ver en la historia de Paula?

—No quiero ver nada en la historia de Paula, ¡ya me sé la historia de Paula!

Olga retrocedió un instante, no adivinaba el trasfondo de esa afirmación.

—¿Qué es exactamente lo que sabes? —repitió, recobrando el enérgico tono de voz.

—Que la trajiste aquí sin mi consentimiento, que no me preguntaste si yo quería o no que te quedaras embarazada, y que ahora pretendes que la acoja como a una hija cuando no te has dignado aún a preguntarme si a mí me hacía ilusión ser padre.

—¡Eso no tiene nada que ver con lo de la historia! Dices que no toleras que yo haga las cosas sin tu consentimiento y tú te permites hacer lo mismo a mis espaldas cuando te parece. En lugar de pedir su historia sin avisarme podrías haber venido con nosotras cada vez que hemos tenido que acudir a su pediatra. Te habrías informado de todo de primera mano y sin tapujos.

—¡Yo no he pedido ninguna historia, no sé de qué me estás hablando!

—No te creo, Pablo. Te conozco lo suficiente para saber de lo que eres capaz. No te creo. Y lo que más me saca de quicio es que no seas claro y me digas de una vez lo que te ronda por la cabeza. ¡Eres un cínico!

—¡No me cuestiones, Olga, te estás pasando de la raya! ¡No tienes ningún derecho a recriminarme! Tendría que haberte puesto en tu sitio cuando me dijiste lo del embarazo y no lo hice, pero no voy a tolerar más cosas así por tu parte, ¿me entiendes? No pienso consentir que me sigas tomando el pelo.

—No eres invulnerable, Pablo Ferrer —acusó con ira en la voz—. No puedes ir por ahí haciendo daño y pretender que nadie te lo haga a ti. No puedes ir por ahí dando órdenes y sin cumplir ninguna a cambio. ¡Eso se acabó!

—Mide tus palabras si no quieres que te cruce la cara. Nadie me va a hacer daño y menos tú, ¿me has oído? No puede hacerme daño una puta como tú.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Ándate con cuidado si no quieres que te destruya la vida. Ahora lo tengo todavía más fácil.

—¿A qué te refieres? Siempre con amenazas ocultas. ¡¿A qué te refieres?!

—A esa mocosa que andurrea por aquí. Te pongo en la puta calle, pero sin ella, Olga —susurró acercándose con la boca rígida—. No la vuelves a ver, ¿me oyes? No la vuelves a ver en lo que te queda de vida.

—¡Ja! ¡Y una mierda! ¡Esa niña es mía!

—¡Y mía también, lo quieras o no!

—Demuéstralo.

Pablo se detuvo en seco, bajó los brazos con lentitud y clavó su mirada en el rostro congelado de Olga mientras bufaba contenidamente. Su silencio la inundó de pavor. Ella dio un paso atrás con la mente bloqueada. Acababa de percatarse de lo que había dicho.

Aprovechando el noqueo de Pablo intentó deslizarse suavemente hacia la salida, huyendo de una situación que, de momento, se veía incapaz de salvar. Pero un tirón de pelo la detuvo en seco.

—Aclara lo que acabas de decir.

El tono grave de su voz y la lentitud con que lo dijo la hizo temblar.

—Tienes la habilidad de hacerme decir lo que no quiero, me sacas de quicio. Tengo que reconocer que algunas veces te odio y me obligas a hacerte daño con lo que puedo, aunque tenga que inventarlo.

—Esa niña no se parece a mí nada en absoluto. No hay un rasgo en todo su cuerpo que pueda ser mío.

—Muchos niños no tienen parecido con sus padres. Tampoco se parece a mí.

—Su forma de sonreír. Su boca cuando duerme. La manera de arrugar el entrecejo cuando se enfada. En eso se parece a ti. Menciona algún gesto, alguna postura, alguna insignificancia en la que sea igual que yo. No la hay.

—Se pasa el día entero conmigo, Pablo, es normal que me imite. A ti apenas te ve.

—¿Has visto al hijo de Jorge? Ellos tampoco se ven y son tal para cual. Aguanté que la trajeras al mundo sin mi permiso. Aguanté que la metieras en mi casa sin mi permiso. Pero no voy a aguantar

que la críes con mi dinero sin ser mía. ¿Quién es el padre, Olga?

—Estás desvariando, Pablo. Todo ha sido fruto de un arrebato. Hemos ido a la revisión de Paula y la historia se había perdido. La administrativa dijo que su padre había pedido una copia y di por hecho que fuiste tú. Me molestó que hicieras eso a mis espaldas, nada más. El resto ha sido pura ofuscación, no le des más vueltas.

—¿Y qué temías que pudiera ver en esa historia? Entraste preguntándome qué buscaba en la historia de Paula. ¿Qué hay en esa historia que yo no deba saber, Olga? ¿Qué puede haber en ese expediente para que te pongas tan nerviosa?

—Olvidalo, Pablo. Tú mismo lo has dicho. Paula es tu hija lo quiera yo o no.

—Eres una maldita zorra, ¿crees que soy imbécil? No puedes enmendar tan fácilmente lo que dijiste. Me temo que has metido la pata, Olga, y no voy a dejar que salgas indemne de la situación. Voy a hacerme una prueba de paternidad. Pídele a Dios o a quien tú quieras que resulte positiva porque de lo contrario, como bien has dicho, sabes ya de lo que soy capaz.

Pablo soltó el cabello de Olga, que había mantenido enredado entre su puño durante la última parte de la conversación. La empujó ligeramente para que abandonara el despacho y se dio la vuelta con los ojos desquiciados para coger el auricular del teléfono. Desde la lejanía, Olga acertó a oír un diálogo escueto en el que Pablo pedía la recomendación de un buen centro de genética donde hacerse esa prueba con la máxima rapidez. A la mañana siguiente, sin apenas haber dormido, Olga despertó sobresaltada y vio que Paula no estaba en su habitación. Pablo se la había llevado.

Se acurrucó en el suelo, al lado de la cuna, con la cabeza oculta entre sus brazos como si un tornado fuera a derribar el mundo entero sobre ella. Si el hijo de Laura era de Jorge, la probabilidad de que ella hubiera elegido la muestra de Pablo era de un veinticinco por ciento, frente al setenta y cinco por ciento restante. El miedo no le dejaba pensar que ocurriría entonces. Pablo no le permitiría seguir con él, por mucho que le jurase y perjurase que jamás volvería a cuestionar su conducta ni su forma de hacer las cosas. No habría nada en el mundo que indignase más a Pablo que el hecho de descubrir que había llevado encajados un par de cuernos durante la friolera de dieciocho meses. Y lo más curioso de todo es que a ella tal venganza ya no le producía placer, sino la opresiva impotencia de no poder deshacer lo que iba a acabar destrozándole su vida.

La semana siguiente resultó demencial. El insomnio se entremezclaba con las pesadillas propias de las píldoras tranquilizantes. Dormía a deshoras despertándose bañada en sudor y completamente desorientada en tiempo y lugar. La vigilia y el sueño confundían sus realidades sin que acertara a saber dónde se encontraba el límite entre ambos, hasta llegar a confundir en cuál de ellas debía encajar a Paula, a la que no se había dignado a mirar desde la inoportuna revelación. En muchos momentos deseó que no existiera. Deseó que el sufrimiento fetal que acabó sin producir lesión alguna se la hubiera llevado camino de las estrellas.

Al séptimo día de espera, entró en la cocina arrastrando los pies como ya era habitual, despeinada y con los ojos hundidos por la angustia y la desesperación. Abrió el cajón de medicamentos y extrajo uno de los ansiolíticos que se tomaba por pares, haciendo caso omiso al personal de servicio con que se cruzaba por la casa. Alguien tiró levemente del cinturón de su albornoz, pero no lo notó. Un nuevo tirón desabrochó la lazada abriéndolo ligeramente por su parte anterior.

—Mamá —llamó.

Paula silabeó aquella palabra por primera vez aspirando el aire con sublime esfuerzo, haciendo

sonar una vocecita dulce y entrañablemente infantil. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Olga. Dejó el vaso sobre la mesa y se giró con pausa, buscando el rostro de la pequeña. Una sonrisa idéntica a la suya se dibujaba en su cara, con los mismos hoyuelos en sus carrillos sonrosados enmarcados por preciosos bucles dorados, y una expresión en los ojos que le resultaba sorprendentemente familiar, aunque pintada de diferente color. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Era su hija. Por primera vez en dieciocho meses asumía que era su hija, fuera quien fuera su padre. Olga se agachó despacio para ponerse a su altura y Paula le rodeó el cuello con sus bracitos redondos haciendo un esfuerzo por abarcarlo por completo, apretándola con firmeza y forzando una sonrisa estática y permanente con la clara finalidad de hacer cambiar la expresión del rostro de su madre, de contagiarla de su alegría habitual. Olga comenzó a gimotear y Paula salió corriendo sin detenerse para volver de la mano de un gato de peluche, el mismo que utilizaba para dormir y que servía para aportarle seguridad en sus momentos difíciles. Terminó de desarmarse cuando vio cómo la niña le hacía entrega de su gato y la obligaba a abrazarlo. Entonces se sentó en el suelo sumida en un llanto amargo, consciente de que Paula era tan víctima como ella de la situación en que se encontraba. La atrajo hacia sí, la besó y la acurrucó en sus brazos jurándose que nunca la abandonaría.

Minutos más tarde, Pablo apareció de forma súbita en la puerta de la cocina. Miró a Olga con cara desencajada, le tiró un sobre con desprecio y con una frialdad aún más temible que su desalmado temperamento dictó sentencia.

—Te doy una semana para coger a tu hija, recoger vuestras cosas y salir de mi casa.

30.

—¡Virtudes, coge a la niña y llévatela!

Olga puso a Paula en los brazos de la niñera y la empujó hacia atrás para que saliera de la cocina sin demora.

—¡No te vayas y escúchame! —gritó a Pablo mientras intentaba darle alcance—. No pienso salir de esta casa sin lo que me corresponde. Tal vez seas tú el que tenga que irse.

Pablo la miró asombrado por la gallardía con que intentaba defenderse. No acostumbraba a verla así.

—Tengo asesoramiento legal. Conozco mis derechos —apostilló.

—¿Asesoramiento legal?

—Tengo mi propio abogado.

Pablo soltó una carcajada con un patente deje de cinismo.

—¡Un abogado! Conozco cientos de ellos y ninguno iría en mi contra. Y de todas formas, da igual que encuentres uno, no podrá conseguir nada porque legalmente tú no tienes absolutamente nada que reclamar. Es más, voy a impugnar la paternidad de Paula y ni siquiera estaré obligado a pasarte una mísera peseta en concepto de manutención.

—Quiero la mitad de los bienes y la mitad del dinero —recalcó.

Pablo avanzó incrédulo unos cuantos pasos y se detuvo a una cuarta escasa del cuerpo de su mujer. La serenidad se había apoderado de él, estaba acostumbrado a sentir los deleites del triunfo pasara lo que pasase.

—No tienes nada que reclamar, ¿lo entiendes? No tienes dinero ni patrimonio alguno. Nos casamos en régimen de separación de bienes, Olga, entiende de una vez.

La piel de su rostro se volvió lívida de forma súbita. Sostuvo la mirada de Pablo intentando no desmoronarse pero la ausencia brusca de riego cerebral amenazaba con hacerla desmayar. Tenía que estar mintiendo, era sin duda un as guardado bajo la manga para ganar tiempo. Pablo sonrió ante su mirada atónita e insultantemente lela y continuó con su disertación.

—¿Pensabas que yo iba a admitir casarme en régimen de gananciales sin que tú dieras un palo al agua? Me subestimas. Ya era suficiente con mantener tus caprichos y tu nivel de vida, pero se acabó. Si no hay relación, la fuente de ingresos termina.

—¡De nuevo actuando a mis espaldas!

—Habla en pasado. Uno de los muchos papeles que firmaste antes de casarnos fue precisamente el de la preciada separación de bienes. El patrimonio es mío. Los bienes que hay en él son míos. El dinero depositado en cuentas a mi nombre también es mío. Tú te limitaste a usar la VISA sin

preguntar de quién era la cuenta de la que salían los fondos. No tienes nada, Olga —reiteró con placer—, a excepción de la desgracia que pariste hace año y medio. Esa sí que admito que es exclusivamente tuya.

Olga se dejó caer en una silla con la mirada perdida en el suelo. Muda. Perpleja. Asustada. Horriblemente asustada.

—Aun así no soy tan bárbaro como tú piensas —afirmó condescendiente—. Aunque no lo creas siento pena por esa mocosa, no merecía que le destrozaras la vida de esta manera.

Metió su mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un talonario de cheques, anotó una cifra de escasos ceros y lo expidió al portador para no escribir el nombre de su mujer. Lo dobló por la mitad con todo detenimiento y lo tiró sobre la falda de su albornoz.

—El resto reclámasele a tus padres. Que te den la herencia por adelantado, si es que quieres seguir teniendo una vida digna.

Pablo se giró en redondo y salió por donde había venido. El motor del coche emitió un rugido brusco y se perdió en la lejanía. Mientras, Olga luchaba por poner sus ideas en claro con rápida precisión, pero era un vasto esfuerzo el que tenía que desplegar. Debía buscar opciones alternativas a la de visitar a su padre. Sólo pensarlo la hacía temblar.

Preguntó a Virtudes en qué día estaba tras haber perdido la noción del tiempo en la última semana. A 18 de agosto. Era el cumpleaños de Teresa. Recordaba haberle oído decir a Laura que las había invitado a comer ese día. Sólo a ellas. Tenía reservada la noche para celebrarlo con Esteban. Olga había declinado la invitación porque no se encontraba de humor para fiestas y no sabía tampoco si Laura estaría allí. Le había comentado la actitud distante de Teresa hacia ella en los últimos meses y sospechaba que pudiera haber sido invitada por mero compromiso. Aún así, Olga pensó que merecía la pena presentarse ante ellas y pedirles ayuda. Recordó la tensión de su última conversación en la piscina durante su embarazo y el celo con que defendieron sus derechos y su posición, y estuvo tentada de desistir. Pero no le quedaba otra. Las necesitaba aunque sólo fuera para escuchar una buena idea con la que salir del atolladero.

Pidió a Virtudes que vistiera a Paula y en menos de veinte minutos acometía una de las vías asfaltadas que la llevaría al otro extremo de La Luna, a la casa de Teresa. Aparcó de mal modo, cogió a la niña en brazos y llamó al timbre con una insistencia inusual. Eran las dos de la tarde, debían de estar en pleno almuerzo.

Olga entró en el comedor siguiendo los pasos de la asistente. Habría jurado, por la forma en que la miraron, que a alguna de ellas se le atragantó el bocado.

—Pablo ha descubierto que no es el padre de Paula —soltó a bocajarro.

Todas dieron un brinco perfectamente visible. Todas, sin excepción.

Cientos de preguntas saturaron sus mentes. La primera de ellas, crucial: cuánto más sabía Pablo, qué podía saber en relación al origen de aquel embarazo, qué sabía de ellas. Y la segunda, aterradora: si Pablo no era el padre de Paula, ¿quién había sido el elegido? A Elena, esta última no le preocupaba, pero la primera sí. Saber cómo se había desarrollado todo y que ella había puesto el laboratorio a merced de su juego, podía significar una disputa con Emilio de tal magnitud que difícilmente volverían a disfrutar de un momento en su vida como el que tenían. No dijeron nada, permitieron que continuara hablando con la intención clara de saber a qué había venido exactamente.

—Me ha echado de casa. Me ha dicho que tengo una semana para recoger nuestras cosas y

largarme. —El mutismo continuó—. No tengo nada en absoluto. Legalmente, todo le pertenece. Así es que he venido a pedirlos que me ayudéis.

—Esto forma parte de las consecuencias de las que hablamos. Todas asumimos que podía ocurrir y acordamos cargar con ellas en solitario.

—Todas estamos en esto, Linda. No me podéis dejar sola ahora —reiteró Olga.

—No es justo que nos obligues a poner en riesgo nuestra estabilidad.

—¿Económica? ¿Marital? Defínete. ¡Demonios, Linda! ¡Sólo quiero ayuda, no hundir vuestra vida!

—Cualquier cosa que hagamos levantará sospechas. No quiero verme salpicada justificando lo que te ha ocurrido. Firmamos papeles, Olga. No tienes derecho a reclamar.

—Esos papeles hablaban de una reclamación de paternidad y yo no estoy aquí para eso. Estoy abierta a otro tipo de sugerencias. —Se miraron unas a otras sumamente violentadas por la situación. Ninguna dijo nada—. Me basta con decirle a todos lo que hemos hecho. Sembrar la duda será suficiente para destrozar la confianza que tienen en vosotras —amenazó.

—Será tu palabra contra la nuestra —afirmo Elena con rotundidad. Le asustaba en gran medida que Emilio supiera de su hazaña y, además, no quería poner en riesgo la carrera profesional de Martina, que había salido airoso por los pelos de aquella rutinaria comprobación de muestras.

Olga miró a Laura esperando su reacción. Aún no se había pronunciado y le extrañaba mucho después de haber sido su única persona de confianza en los últimos meses. Pero ésta bajó lo ojos con disimulo y eludió una respuesta. Temía que Jorge pudiera ser también el padre de Paula, porque aún no había podido adivinar si su propio hijo había sido engendrado en aquel laboratorio o lo había sido de forma natural en las relaciones que mantuvo en los días siguientes. Y ella ya tenía suficiente con un hijo extramatrimonial. Optó por callar, a pesar de que, una vez más, Pablo había conseguido revolverle las entrañas al hacer pagar a Olga tan cara su infidelidad, cuando él estaba harto de flirtear sin ningún escrúpulo delante de ella y con total impunidad.

—¿Teresa? —dijo Olga para incitarla a hablar.

—No quiero que Esteban se entere de esto, Olga, por favor. Creo que tú ya sabes por qué lo hice, fue una locura por mi parte. Esteban jamás entendería una traición así. No sé que ofrecerte, no sé qué tipo de ayuda necesitas. Aunque sabes que yo tampoco dispongo de dinero personal como para poder facilitarte un poco las cosas, al menos al principio. Tengo una conocida, bastante amiga, en el Hotel Palma Chamartín. Puedo hablar con ella e intentar alojarte allí durante algunos días, un mes, tal vez, hasta que puedas encontrar algo donde quedarte definitivamente. Sin pagar nada, por supuesto. Ahora es lo único que puedo decirte, quizás sea poco, lo sé, pero...

—Gracias, Teresa.

—Habla con tus padres. Con tu madre. Ella seguro que podrá ayudarte.

—Lo haré —contestó desarmada.

—Te llamo en cuanto averigüe lo del hotel, ¿de acuerdo?

Olga les regaló a todas una última mirada recelosa y salió de allí sin despedirse. Laura se puso en pie tras ella, notando en su interior una ola de remordimiento e indignación.

—Me marchó, chicas. Lo siento por ti, Teresa, pero esto me ha quitado el apetito.

Laura siguió de cerca los pasos de Olga. La vio avanzar despacio, cabizbaja, portando a Paula como si fuera una pesada carga. Abrió el coche, bajó las ventanillas y el *compact disc* se accionó de

forma automática. La melodía le resultó familiar, ella misma había regalado a su madre el álbum en el que estaba incluida, *La carretera*, de su amado Julio Iglesias. Escuchó una parte mientras Olga acomodaba a Paula en su silla de auto, llenándola de correas de seguridad por todo el cuerpo.

*«Aquí no regalan nada
todo tiene un alto precio
peldaño que vas subiendo,
peldaño que hay que pagar.
Aquí hay que bailar todo
sin perder jamás el paso
te suelen soltar la mano
si ven que hacia abajo vas.
Vuela amigo, vuela alto
no seas gaviota en el mar
La gente tira a matar
cuando volamos muy bajo...»*

Esperó a que el sonido de la música se perdiera calle abajo y reinició el paso hacia su coche, tomó asiento en su interior y extrajo el teléfono móvil. Marcó con habilidad y esperó a escuchar una voz familiar al otro lado del hilo.

—Hola, Soraya, buenas tardes. Soy Laura Soler. Necesito hablar de nuevo contigo.

Olga esperó en el jardín a que su reloj marcara las 09:30, con la única intención de asegurarse de que su padre había tomado ya las riendas del trabajo fuera del hogar. Aunque a decir verdad, no sabía si había decidido tomar vacaciones estivales en la misma fecha en que solía hacerlo cada año, doce días en el mes de agosto elegidos metódicamente en función de la demanda del negocio y sin dar prioridad jamás a sus propios intereses o a los de Lucía, su mujer. Olga había perdido toda referencia de la fecha en que se habían visto u oído por última vez. El interés era recíproco. Padre e hija no se soportaban y el carácter anodino de Lucía, siempre a la sombra del temperamento de Ramón Mendizábal, mermaba eficazmente las posibilidades de tener encuentros frecuentes en los que ponerse al día de sus respectivas vidas, aunque poco tuvieran que contarse.

Pulsó el timbre de la puerta con la respiración agitada, temiendo encontrarse a quien no debía. Una persona de servicio abrió el portalón de madera y preguntó por su identidad como si fuera una extraña, haciéndola esperar en el distribuidor para anunciar su visita con ritual protocolario. Lucía apareció pulcramente vestida y peinada, con el porte majestuoso que solía lucir en casa, su reino, el único lugar en el que se sentía segura, confiada y dueña de su vida. Con un leve gesto de perplejidad le dio dos besos sin apenas rozarle las mejillas y le preguntó extrañada a qué se debía el honor de su visita. Miró en derredor buscando a Paula como si realmente tuviera interés en verla y se giró para conducirla hasta la sala familiar sin esperar explicaciones.

La joven uniformada que le había abierto la puerta preguntó educadamente si deseaban tomar algo.

Olga pidió café, a pesar de tener los nervios exacerbados; Lucía, un té con limón, acompañado de modales exquisitos.

—Bueno, ¿vas a decirme qué te trae por aquí? —volvió a cuestionar dando por sentado que no era una visita familiar y mucho menos rutinaria.

—¿Te molesta que haya venido? Te noto tensa, mamá. Si quieres me marcho.

Lucía carraspeó, se estiró la falda de su vestido y se acomodó las gafas.

—Me preocupa que pueda llegar tu padre. Está al tanto de lo de Paula. —Olga soltó la taza de café derramándolo en el plato. No podía creer que las malas noticias corrieran tan rápido—. Pablo llamó a tu padre para contarle lo que había sucedido entre vosotros. Le dijo que Paula no era hija suya y que, lamentándolo mucho, no podía hacerse cargo de ella. Que esperaba que comprendiera que no podía acoger a un hijo ilegítimo fruto de una infidelidad.

—¿Qué dijo papá?

—Puso el grito en el cielo. Estuvo dos horas maldiciéndote a voces por ser nuestra desgracia familiar, por no haber parado de dar problemas desde tu adolescencia y por no haber sabido aprovechar el buen futuro que Pablo estaba poniendo a tus pies.

—¿Eso es todo?

—¿Es que hay algo más? —preguntó Lucía alarmada.

—Me ha echado de casa.

Lucía se levantó envarada y comenzó a deambular nerviosa por la habitación, frotándose las manos hasta hacerlas enrojecer.

—¿Qué quieres, Olga?

—Ayuda. No tengo absolutamente nada para subsistir fuera de casa —susurró apocada ante la frialdad con que la estaba tratando. Ahora entendía el comportamiento de la asistenta, su propia madre no le estaba mostrando una acogida mucho más afectuosa.

—¿Por qué no lo pensaste antes de hacerlo?

—¡Qué sabes tú de mi vida, mamá! ¿Cuánto tiempo llevas sin interesarte por mi felicidad? ¿Por qué no cuestionas a Pablo? Él ha hecho lo mismo que yo desde que nos casamos y jamás lo habéis recriminado, ni mi padre ni tú.

—Yo no conozco las andanzas de tu marido.

—Pues ahora ya las sabes. Dime qué piensas.

—Que cada uno debe valorar lo que le compensa y lo que no. Era tu vida, y eras tú quien tenía que decidir hasta dónde estabas dispuesta a aguantar. Si ésta ha sido tu respuesta ante esa situación, carga ahora con las consecuencias. Llevas toda la vida metiendo la pata hasta el fondo y pidiendo ayuda luego para que te solucionen los problemas. Se acabó, Olga. Has colmado el vaso.

—Necesito dinero.

—Como siempre. Primero se lo pedías a tu padre y después a tu marido. Y ahora ya no te lo da ninguno de los dos. Esto no ha sido un problema sobrevenido, te lo has buscado tú. Papá no está dispuesto a ayudarte bajo ningún concepto, lo dejó muy claro antes de irse.

—No se lo estoy pidiendo a papá, te lo estoy pidiendo a ti —dijo pausadamente mirándola a los ojos.

—Yo no tengo nada.

Olga mantuvo un silencio tenso durante unos minutos. No acertaba a adivinar si aquello era una simple y rotunda negativa a su petición o debía interpretarlo en sentido literal.

—Mamá, dentro de unos días saldré de casa con Paula. No sé lo que voy a hacer ni adónde ir. Pero no te preocupes, te garantizo que no volveréis a verme, al menos para plantear problemas, te lo aseguro, créeme. Pero necesito algo para empezar de nuevo —dijo con un hilo de voz—. Me avergüenza pedirte esto. Por Paula. No lo hagas por mí, hazlo por ella. Cédeme algo de la herencia del abuelo. Es ahora cuando lo necesito.

Lucía esquivó su mirada y se sentó con pesadumbre. Bebió el último sorbo de té frío, aclaró su garganta y volvió a recomponerse.

—No tengo nada, Olga, nada, ¿lo entiendes? Tu abuelo murió en la ruina más absoluta, en la miseria más gloriosa —dijo elevando los brazos.

—Me estás mintiendo, ¿verdad? —preguntó incrédula.

—Aguanto día tras día la vida que tu padre ha elegido para mí. Vivo como quiere que viva, actúo como quiere que actúe y le doy lo que pide sin protestas. ¿Por qué crees que lo hago? —inquirió con los hombros desplomados—. Porque no tengo donde caerme muerta. Dependo de él para mantener mi status y no lo voy a perder bajo ningún concepto. No a estas alturas. Tú tienes treinta y dos años, puedes rehacer tu vida, pero yo no podría volver a remontar el vuelo aunque quisiera. Eso tendría que haberlo hecho mucho antes, como hicieron Aurora, Sofía, Paola, Victoria. Todas ellas emprendieron negocios en su justo momento, cuando aún tenían la fuerza, el empuje y la inteligencia necesaria para arribar a buen puerto. Ahora son independientes, liberales, no necesitan de un hombre para mantener su nivel social. Pero a mí me resultó más cómodo vivir a costa de los demás, igual que has hecho tú. Primero mi padre, luego el tuyo. Y confié en que cuando alguno desapareciera tendría mi propia fortuna. Y ya ves. El destino juega con nosotros como menos lo esperamos.

—Siempre me pregunté por qué eras tan anodina —advirtió Olga con sinceridad.

—Cuando supe en la posición en que me encontraba, valoré la situación, sopesé pros y contras y tomé una decisión. Aguantar, acatar órdenes y seguir viviendo tal y como lo hago ahora. Si te importa el dinero tanto como creo, me cuesta entender que tú no hicieras lo mismo con Pablo.

—¿Qué pasó con el abuelo?

—Fue un gran empresario en la época franquista, pero también un gran amante de la riqueza, con un afán inversor casi temerario. Era muy arriesgado en sus negocios, a pesar de no entender lo suficiente de política ni economía; tal vez porque se sentía amparado por los beneplácitos del Régimen, que invertía continuamente en sus negocios para recompensarlo por la ayuda prestada desde sus empresas para ganar la guerra. Nunca le bastó con lo que tenía, por lo que decidió invertir en empresas extranjeras; pero el régimen franquista no se lo permitió, así es que destinó todo su dinero y sus bienes a la expansión de sus negocios en España pensando que nada cambiaría a nivel político ni económico. Cuando en 1959 se aprobó el Plan de Estabilización, la economía española mejoró, pero aquello supuso un mazazo para él: la apertura a la inversión extranjera en España, el aumento de la competencia, la reducción del consumo para fomentar el ahorro, la disminución en la concesión de créditos bancarios y la huída de muchos españoles fuera de nuestro país, a la búsqueda de un trabajo digno, con mejores condiciones económicas que las de aquí supusieron el declive de sus empresas y su ruina. Llegó un momento en que ya pudo hacer frente a sus deudas y comenzó a

perder sus bienes para poder saldarlas. Del imperio de tu abuelo sólo quedó la casa en la que vivió hasta sus últimos días, y el estado lamentable en que se encuentra hace que valga bien poco. No tengo herencia para dejarte, tampoco me la dejaron a mí.

Se produjo un silencio ensordecedor. Olga nunca había oído a su madre pronunciar tantas palabras seguidas y con tanto conocimiento de causa. Aquella confesión la impresionó y pensó que era más inteligente de lo que nunca creyó. Puede que llevara razón en lamentarse de no haber abordado el mundo empresarial en su momento como lo hicieron muchas de sus actuales amigas y algunas antiguas compañeras de Universidad; pero la ambición y la buena vida pudieron con ella.

Con mutismo absoluto, Olga se incorporó para marcharse de allí. Todo estaba hablado. La embargó una soledad asfixiante de la que sería difícil salir.

Lucía la observó tratando de ver más allá de la piel que mostraba al exterior y por primera vez en mucho tiempo adivinó cuánto de ella había en Olga. Su hija era menos cauta. Tan sólo eso. Y era justo lo que la había hecho caer.

—Puedo darte algo de dinero, en metálico, para que puedas pasar un tiempo mientras encuentras alguna otra fuente de ingresos. Lo lamento profundamente, pero no dispongo de otra cosa.

—No importa.

—Olga... Lamento no haber sido la madre que esperabas, lamento no haberte educado correctamente, no haberte aportado... la sensatez necesaria para evitar locuras como ésta que acabas de cometer —confesó con los ojos aguados—. Te deseo lo mejor, de veras. No pierdas el contacto conmigo. A pesar de todo, siempre te he querido, no lo olvides.

Olga la miró con recelo. No sabía cómo encajar todo aquello, ni los hechos ni los sentimientos que su madre acababa de revelar. Necesitaría un tiempo para poner cada cosa en su justo lugar.

—¿Sabes lo que me resulta paradójico en todo esto, mamá? Que Pablo ha sido la única persona de cuantos me rodean que no me ha sorprendido en su comportamiento, ha actuado tal cual se esperaba de él. Ha sido fiel a sí mismo, cosa que no habéis sido ninguno de los demás. Ni mis amigas ni tú. Estaba equivocada al pensar que me rodeaba de gente que me apreciaba y nada más lejos de la realidad. Estoy completamente sola, mamá. Sólo os mueven vuestros intereses y cuando alguien los pone en riesgo no dudáis en apartarlo de vuestro camino. Espero que la vida nunca os juegue una mala pasada, porque yo no estaré aquí para ayudaros.

SEGUNDA PARTE



*«La joya no puede ser pulida sin fricción,
ni el hombre perfeccionarse sin dificultades»*

(Proverbio chino)

31.

Entré en una modesta habitación del hotel Palma Chamartín empujando el carro de Paula mientras un imberbe botones hacía lo suyo con mis maletas. Teresa había cumplido lo prometido. Me había buscado alojamiento gratuito para un mes en un cuatro estrellas próximo al Paseo de la Castellana. La ubicación no estaba mal, pero la calidad del establecimiento dejaba un poco que desear.

Di una propina al muchacho y cerré la puerta con temor. Con aquel acto me despedí del mundo, de mi mundo, aquel que me había acogido más de un tercio de mi vida y que acababa de esfumarse como el polvo, de un soplido. Di un paso adelante para encarar lo que estaba por venir, con miedo a lo desconocido, a la soledad, con la vulnerabilidad de quien acaba de perder los miembros que lo sustentan y no sabe si tras caer tendrá las suficientes agallas de volver a levantarse sin la ayuda de nadie. Y con el orgullo desbordado y deseoso de regodearse algún día de cuantos se permitieron esconder su mano y mirar hacia otra parte.

Eran las diez de la mañana. Paula se había dormido y preferí aprovechar el tiempo para deshacer las maletas mientras ponía un poco de orden en mi caótica mente. No sabía por dónde empezar, qué hacer ni adónde ir. Fui desdoblado blusas, colgando faldas en aquellas escasas perchas de un armario que me resultó minúsculo para ubicar todo lo que había arramblado de mi..., de la casa de Pablo. Coloqué mis enseres de aseo en un baño que no disponía de un sólo mueble donde guardar nada, e intenté hacerme inútilmente a la idea de que aquel sería mi hogar durante los treinta días siguientes. Cuando llevaba dos horas en aquella habitación me sentía como un león enjaulado. Me faltaba el aire para respirar. La cama ocupaba una cuarta parte de la estancia; a su derecha, un sofá de dos plazas y un sillón de líneas rectas junto a una mesita redonda similar a una consola de teléfono; frente a ella, una cómoda de cajones que escondía un minúsculo mini bar atiborrado de botellas diminutas de refresco, cerveza y alcohol, y sobre ella, un televisor encendido que me daba la bienvenida a la cadena hotelera de mi antiguo amigo. No había mucho más. Decorada con exquisitez, pero sin mucho más. Tan sólo un espacio libre delante de la cama de apenas seis metros cuadrados forrado con una alfombra de pelo corto que podría servir a Paula para jugar. Treinta metros donde vivir, cuarenta a lo sumo, incluyendo el baño y la terraza cubierta con vistas a la estación. Eso era todo.

Busqué entre mis bolsillos la combinación de la caja fuerte que me habían facilitado en recepción para guardar el dinero y los documentos que traía conmigo. Pasaporte, documento nacional de identidad, tarjeta sanitaria, carnet de vacunación de Paula y poco más. Ése era todo mi patrimonio. Los guardé con cautela en mi bolso y busqué el sobre con el dinero en el fondo de la maleta. En total, novecientas mil pesetas: quinientas mil, de mi madre; trescientas mil, en el cheque que Pablo me había firmado y cien mil que saqué con la VISA antes de que la cancelara. Me pregunté cuánto tiempo duraría y deduje que no mucho.

Lo siguiente que guardé en la caja fuerte como uno de mis bienes más preciados fue la agenda de

teléfonos que Pablo guardaba en un cajón de su escritorio. Se la había quitado esa misma mañana, antes de salir de casa y después de que él, con voz lineal, me deseara suerte antes de marchar. En ella tenía anotados todos sus contactos, a los que yo había añadido un par de páginas arrancadas de una agenda antigua en la que figuraban aquellos otros con los que no habíamos tenido contacto en los últimos años.

Hojeando sus páginas, mi estado de ánimo pareció renovarse. Me sonaba el nombre de muchos de ellos y a otros tantos los conocía personalmente. Me constaba que algunos incluso nos debían favores. Era el momento de recordárselo. En cualquiera de sus empresas tenía que estar mi oportunidad. Sin duda.

Terminé de colocar los enseres de Paula mientras ella se desperezaba somnolienta. Pañales, toallitas húmedas, crema corporal, pomada para las irritaciones, colonia infantil y algunas otras cosas cuyo uso desconocía. Ignoraba los entresijos del cuidado de mi hija, en raras ocasiones me había ocupado de ello, pero no debía ser tan difícil. Virtudes comenzó a darme explicaciones, dándoselas de entendida, cuando me entregó hecho el equipaje de la niña. Por supuesto no la escuché. Ella no era quien para decirme cómo debía hacer las cosas.

Decidí bajar a comer y no abordar la agenda hasta el día siguiente; en un veintiséis de agosto no habría muchas empresas con las oficinas abiertas por la tarde, con suerte lo estarían por la mañana. Así es que pasé esa tarde en la piscina, estableciendo a duras penas el orden en que iría llamando a mis preciados contactos mientras corría detrás de la maldita niña intentando evitar que acometiera sus múltiples fechorías. Acabé agotada. Me resultó difícil entender cómo, a la noche, aquellas mujeres que me habían estado acompañando en las horas vespertinas aún seguían mostrándole una sonrisa espléndida y relajada a cada uno de sus hijos. Yo sólo quería dormir.

El dolor de cabeza me despertó a las ocho y media de la mañana. Paula se había pasado la noche dándome patadas y codazos, intentando acomodarse en aquella cama extraña para ella —o es que siempre dormía así—, y no me había dejado conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Me di una ducha rápida para espabilarme y aún con el pelo mojado tiré del cable del teléfono lo más que pude para acercarlo hasta la terraza con la pretensión de no despertarla. Seguro que intentaría bajarse de la cama y no me dejaría hablar con tranquilidad. Además, tenía un problema. Virtudes había metido en su maleta una caja de leche en polvo y otra de cereales con miel, pero no tenía la menor idea de la cantidad de cada cosa que debía echar en el agua para hacerle el biberón del desayuno, y no tenía tiempo de pararme a leer instrucciones donde quiera que estuviesen.

Inicié la ronda de llamadas con Julián Montesinos. Él y Carmen, su mujer, habían estado en casa en varias ocasiones y su relación con Pablo siempre había sido cordial y satisfactoria. Se entendían bien.

Después de unos cuantos tonos, contestó una voz femenina. Su secretaria, tal vez. Me pidió que me identificara y me dijo que estaba ocupado, pero que intentaría pasarme con la mayor brevedad posible. Estuve más de diez minutos esperando pacientemente, escuchando una y otra vez una empalagosa melodía repetitiva que ya empezaba a cansarme.

—¡Olga, buenos días, qué alegría oírte!

—Buenos días, Julián. Lo mismo digo. Ya hace tiempo que no tenemos ocasión de vernos.

—Es cierto, con tantas ocupaciones... ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. Verás, Julián... —noté como en mis mejillas se concentraba todo el calor

corporal—. Estoy buscando trabajo. Supongo que ya sabrás...

—Sí, ya sé. Las vueltas que da la vida, ¿verdad? Carmen y yo pensábamos que erais la pareja perfecta y ya ves... Nunca se sabe.

—Julián, necesito trabajar y pensé que tal vez podrías buscarme algo en cualquiera de tus empresas. —Noté un tenso silencio al otro lado del hilo—. No quiero ponerte en un compromiso, pedirte esto es difícil para mí, pero... no tengo otra opción y a los amigos es a los primeros que se suele recurrir.

Julián carraspeó.

—Bueno, voy a ver qué puedo hacer. Lo hablaré con administración, ¿de acuerdo? Si hay algo, yo te llamo. Cuídate.

Colgó el teléfono sin haberme dado opción a darle el número de extensión de la habitación del hotel. Ni siquiera sabía el hotel. Lo maldije por su hipocresía y lo taché de la lista sin más. Tenía otros muchos a los que llamar.

Bernabé Ostos tenía un prestigioso despacho de publicidad y marketing. Si de algo estaba segura es de que yo podría desempeñar a la perfección un trabajo de relaciones públicas en cualquier rama empresarial. Marqué el número y atendió mi llamada personalmente. Siempre había sido muy asequible.

—¿Bernabé?

—Sí..., ¿con quién hablo, por favor?

—Soy Olga Mendizábal.

—¡Ah, Olga, qué sorpresa! Me había parecido tu voz pero no esperaba recibir una llamada tuya aquí, en la empresa, disculpa. ¿Qué te cuentas?

—No te preocupes. Bernabé..., no sé si estarás al tanto de lo de... Pablo y yo.

—Sí, hija, sí —contestó con gravedad—. ¿Y quién no?

Sus palabras y el tono con que las dijo me frenaron.

—¿A qué te refieres? ¿Es que ya se ha corrido la voz?

—Como la pólvora.

—¿Quién...?

—Pablo —su voz sonó similar a un susurro—. Anda pregonando la noticia, adornándola con improperios.

Enmudecí. Nunca pensé que pudiera ser él mismo quien anunciara públicamente su cornamenta.

—No creí que se atreviera.

—Olga, ya sabes cómo funciona esto. Si son los demás quienes hablan o cuchichean, la burla está garantizada; pero si eres tú el que lo admite abiertamente y, además, te aseguras de contar la historia a tu manera, entonces te idolatran. Pablo va por ahí alardeando de escarmiento y quienes lo conocemos no dudamos de lo que es capaz de hacer.

—Necesito trabajo —le dije intentando desviar el cariz de la conversación. No quería seguir imaginando los rumores que circularían por Madrid.

—Verás, Olga... Te aprecio. Me hago cargo de la situación por la que estás pasando, si es como

Pablo la va contando por ahí. Pero estoy atado de pies y manos. Entre tú y yo: tu marido es un cabrito, pero es muy buen abogado y un excelente asesor legal. No sólo quiero seguir teniendo sus servicios en la nómina de mi empresa, es que además no me gustaría contarle entre mis enemigos. Lo que voy a decirte te va a sonar muy grave, pero quiero ponerte sobre aviso, Olga. —El ruido de la calle desapareció, mi atención selectiva se centró en lo que pudiera decir Bernabé en los próximos segundos—. Ha lanzado la amenaza de que romperá cualquier relación con aquella empresa que se preste a darte trabajo. —El mundo se me cayó encima, no podía ser capaz. Ya me había hundido lo suficiente, aquél era un resarcimiento excesivo—. Olga, le has dado donde más le duele. —No pude contestar. Parecía estar en medio del océano, a punto de hundirme y sin nada cerca a lo que aferrarme. Las lágrimas afloraron y me apresuré a limpiarlas para que no pudieran enturbiar nada de lo que debía ver—. ¿Estás bien? —me preguntó Bernabé con un deje de preocupación.

—Gracias por todo —contesté con la voz entrecortada.

—Lo siento, Olga. Suerte.

Dejé el teléfono con delicadeza. Paula se estaba desperezando y entreabría los ojos con dificultad por la claridad que le iluminaba el rostro. Me miró y volvió a entornarlos. Así es que agarré la agenda haciendo un esfuerzo por continuar con mi empeño. Sólo había hecho dos llamadas, me quedaban muchas más. No me iba a rendir tan pronto, me resistía a creer que la influencia de Pablo pudiera llegar tan lejos.

Decidí probar suerte con Agustín Ripoll, un catalán casado con una andaluza que me resultaba encantadora y divertida. Yo no había tenido mucha relación con él, pero Elisa siempre presumió de tener a una excelente persona por marido. Los conocía desde hacía varios años, la expansión de sus empresas catalanas en Madrid se hizo gracias a las directrices de mi marido. Tecleé los números con temblor en los dedos y esperé. De nuevo una voz femenina me advirtió que el director estaba en una reunión y no volvería hasta última hora de la tarde. Aquello resultó ser una vulgar excusa. Agustín no atendió al teléfono ni esa tarde ni los sucesivos días en que lo seguí intentando, hasta que acabé emborronando su nombre con el rotulador negro regalo del hotel.

Un olor fétido alcanzó mi nariz como una ráfaga de viento. Paula daba tumbos sobre la cama y en varias ocasiones había estado a punto de caer. Me miraba y sonreía, pero no dejaba de tocarse la entrepierna y de darse tirones del pañal. Me acerqué a ella incapaz de decirle nada. El nudo de mi garganta no me permitía hablar. En una de aquellas volteretas, aproximé algo más mi rostro y un olor náuseabundo casi me hace vomitar. Busqué la bolsa de pañales y un paquete de toallitas húmedas que Virtudes solía usar para aquellos menesteres. Gasté al menos diez, intentando dejar su piel libre de las huellas de aquella descomposición de vientre que, además, le había provocado un sarpullido bermellón de mal aspecto. Miré el reloj y eran más de las diez y media de la mañana, Paula aún no había desayunado y yo tampoco, aunque mi estómago parecía no estar dispuesto a abrirse a nada, y tendría que buscar una farmacia para comprar alguna crema que aliviara la irritación de mi hija.

Cerré la agenda con pesadumbre y abordé la primera de las obligaciones que tenía pendientes. Sabía que llegaría tarde a la habitación, tal vez demasiado tarde para continuar con nuevos intentos en aquella misma mañana, pero no me importó. Necesitaba oxígeno y templanza. Y aquél sólo era el primer día. Aún no tenía motivos para alarmarme.

Los días siguientes transcurrieron como una copia exacta del primero. La única variedad estuvo en que Paula, descansada y adaptada a su nueva morada, cada vez pedía más implicación por mi parte en sus juegos y andanzas, aunque puede que el aburrimiento ante la escasez de espacio y objetos con

los que jugar la llevaran a buscarme como única fuente de inspiración para hacerle pasar el rato. La cuestión es que no me dejaba hacer nada y empezaba a ponerme tensa el sólo hecho de tenerla pululando a mi alrededor. Por lo demás, las llamadas se sucedieron con los mismos compases del primer día. Los tentáculos de Pablo debían ser cada vez más largos porque «mis amigos» rara vez se dignaban a atender el teléfono personalmente y si lo hacían, me remitían al servicio de administración o al departamento de Recursos Humanos para que dejara mis datos personales y un teléfono en el que localizarme cuando encontraran algo adecuado a mi nivel. Unos, empleando un tono cortés y halagador; otros, un tono displicente carente de disimulo. Pero en cualquier caso, no acerté a adivinar a qué se referían con «mi nivel» —¿académico y profesional, o social?—, ni el tono peyorativo que me pareció apreciar en alguna ocasión. Así llegué a agotar una veintena de nombres y apellidos de los que había anotado como preferentes. Y después de casi dos semanas, mi teléfono seguía tan mudo como al principio. Ni siquiera sabía cómo sonaba.

La mañana del diez de septiembre desperté bañada en sudor. Me senté bruscamente en la cama y miré a mi alrededor intentando adivinar si la podredumbre y la basura que me rodeaban se habían quedado en mi sueño o me acompañaban en realidad. Suspiré aliviada, pero no conseguí disipar la tensión con facilidad. El paso del tiempo y la soledad me oprimía el pecho cada vez más. Intenté imaginar qué harían Linda, Elena, Laura, Teresa... Cómo habría sido su despertar esa mañana. Qué haría mi madre, pavoneando en su fortificado reino. Qué haría Pablo, dictando órdenes a diestro y siniestro y jactándose de su hombría por haberme lanzado a puntapiés de nuestra casa.

Encendí el televisor para calmar mis nervios y, sobre todo, para distraer mis pensamientos mientras trazaba una nueva ruta por la que seguir. La programación matinal se debatía entre los culebrones sudamericanos, los concursos televisivos y, sobre todo, las tertulias de la vida social y política del momento. Estuve algo más de quince minutos escuchando atentamente el testimonio de una víctima de la inundación de Biescas. Me costó entender de lo que hablaba porque era la primera noticia que tenía de que se hubiera producido tal desastre en aquel camping de Huesca. Había sido hacía un mes, y yo en esa fecha estaba demasiado atribulada con mis problemas como para atender a los ajenos, aunque lo cierto es que siempre había estado completamente desconectada de la actualidad del país. Ni siquiera sabía que España había cambiado de presidente. A juzgar por las declaraciones de los tertulianos, debía de existir un gran revuelo político y social ante la llegada del Partido Popular al poder después de una hegemonía socialista de catorce años. Era la primera vez que veía una foto del presidente Aznar. Ni siquiera voté en las elecciones. ¡Qué más me daba a mí quien ganara! Mi estabilidad económica y social no iba a cambiar fuera quien fuese el que viviera en la Moncloa.

La opinión y los comentarios de uno de los periodistas presentes en el debate me alentó. Auguraba una mejoría económica para España, una disminución del déficit público, un aumento del Producto Interior Bruto —de nuevo oía ese raro palabro, ya era la segunda vez— y una disminución de la tasa de desempleo. El contertulio socialista se rió en sus narices ante lo que decía ser una utopía, y remarcaba que la nueva política sólo beneficiaría a las empresas en detrimento de la clase obrera. No sabía quién podría llevar razón; por supuesto, la política y la economía nunca me interesaron. Preferí quedarme con la primera opinión, simple y llanamente porque era la más optimista, y yo no estaba para añadir más leña al fuego de mi desazón.

Apagué el televisor y me vestí con un impecable traje de Roberto Verino, me maquillé con discreción y me recogí el pelo en un moño bajo, clásico pero elegante. Terminé de despertar a Paula con un biberón en la mano y preparé su silla y su bolsa de paseo. Había decidido lanzarme a la calle

después de desayunar para visitar personalmente a algunos miembros más de nuestro círculo social. Tal vez así no podrían eludirme tan fácil, aunque iba a necesitar armarme de valor. Sólo pensarlo ya me producía un rubor desmedido.

A las doce del mediodía estaba ante la puerta del Gold Center, una joyería impresionante propiedad de Braulio Marché en cuyo ático se encontraban su despacho y la oficina comercial. Yo tenía muy buen gusto para las joyas y sabía lucirlas a la perfección. Qué mejor carta de presentación ante la clientela que mi presencia en la tienda para asesorarlas. Tal vez no tenía demasiado bagaje cultural, pero allí no se necesitaba, y mis modales había que reconocer que resultaban exquisitos.

Subí empujando el carro de Paula. No era la mejor estampa, desde luego. No resultaba atractivo solicitar ese tipo de empleo con una niña a cuestas, la imagen de «madre» no resultaba atrayente, publicitariamente hablando. A eso había que añadir el hecho de recordarle a Braulio que tenía cargas familiares que atender, lo que podía menoscabar el tiempo de dedicación a la empresa. Pero no tenía con quien dejarla, a no ser que se lo hubiera pedido al guardia de seguridad del edificio.

—Señor Marché, la señora Olga Mendizábal desea verle. Dice que es amiga personal.

—Deme dos minutos y hágala pasar —se oyó por el intercomunicador.

—Le recibirá en dos minutos —dijo dirigiéndose a mí como si fuera sorda.

Di a Paula un poco de agua para hacer tiempo y sobre todo para tenerla entretenida mientras hablaba con Braulio. Sólo me faltaba que nos estuviera importunando. Aun así, pregunté a la secretaria si podía dejarla a su cuidado unos minutos, no tardaría mucho en salir. Ella accedió de mala gana.

La puerta se abrió automáticamente y entré con sigilo, pero con porte estirado y paso firme.

—¡Qué tal, Olga! —me saludó con efusividad—. ¡Qué guapa estás! ¿Qué te trae por aquí? Siéntate.

—Hola, Braulio, encantada de volver a verte. Gracias —dije tomando asiento y pensando atropelladamente cómo abordar la situación—. He pasado varias veces por la joyería, ¡es una preciosidad! Ya sabes que me pierden las joyas —dije con una sonrisa forzada aparentando una tranquilidad que se había evaporado bastante antes de entrar.

—Gracias por el halago. A las mujeres bonitas les atraen las cosas bonitas.

—No me ha parecido ver que tuvierais relaciones públicas en la tienda. Me preguntaba si necesitabais alguna, ya sabes que los grandes —Cartier, Tiffany...— presumen de que contribuyen en gran manera a hacer mejores ventas...

No me dejó terminar. Cometí el error de intentar hacer marketing en su propia empresa, debió pensar que era idiota dándole lecciones a quien llevaba con éxito su negocio desde hacía décadas.

—Mis empleadas son mis mejores relaciones públicas. Están perfectamente formadas para hacer esa labor, es un requisito esencial para trabajar aquí.

Dejó de hablar en seco. Los segundos de silencio que vinieron después fueron sumamente tensos. Me apresuré a reanudar la conversación interrumpida y no se me ocurrió una manera más sutil de hacerlo.

—Necesito trabajar, Braulio. Ya es hora de que me incorpore al mercado laboral.

Aquello me pareció de una extrema falta de convicción, por no decir un engaño. Él debía de estar al tanto de la situación, aunque yo no quería ir pregonándola más de lo que ya lo habría hecho Pablo.

Si alguien había resultado indemne a sus pérfidos intentos, no lo iba a alertar yo con mis confesiones gratuitas.

—Entiendo. La verdad es que el lugar sería perfecto para ti. Tienes clase, buen gusto y belleza. No dudo que alcanzarías un buen nivel de ventas.

Escuchar aquello me resultó no sólo halagador, sino como un soplo de aire fresco, un reconstituyente perfecto. Mostré la mejor de mis sonrisas y esperé a que me diera instrucciones.

—Tengo que hablarlo con Gabriel —dijo girándose hacia un tipo de pelo cano y muy escaso que estaba sentado en una mesa redonda situada en un rincón de aquel despacho. No me había percatado de que estaba allí y me sentí ridícula por haber mantenido aquella conversación en su presencia sin saberlo—. Déjale todos tus datos a mi secretaria. Veremos lo que podemos hacer.

Me levanté sin mucha prisa, no quería delatar mi estado nervioso. Caminé hasta la puerta y me despedí, primero de aquel desconocido y por último de Braulio Marché, el único que hasta entonces me había aportado algo de esperanza.

La puerta se cerró tras de mí y sonó el intercomunicador.

—Estela, anote los datos personales de la señora Mendizábal, por favor.

La secretaria me ofreció una hoja de papel sin apenas dirigirme la palabra. Tenía la falda manchada y había agua derramada por la mesa, los papeles y el suelo. Paula debía de haber estado algo inquieta.

Tomé prestado un bolígrafo y comencé a anotar lo que me habían pedido mientras Estela se alejaba de la mesa sin decir adónde iba. La voz de Braulio se oyó por el intercomunicador aún abierto.

—... y tiene la desfachatez de presentarse aquí a buscar trabajo. No sabe hacer nada, Gabriel, sólo es una muñequita linda además de puta —dijo en tono burlón—. Cree que con la cara y el cuerpo ya está todo hecho. Ya me lo dijo Pablo, que seguro que comenzaría a llamar a todos los conocidos para ponerlos en un compromiso, y así ha sido. Unos cuantos ya me lo han comentado. Es un mal trago tenérsela que quitar de encima, pero es que contratarla sería pagarle por amor al arte, no tiene formación. No sé cómo va a mantener el status de que ha disfrutado hasta ahora. —La voz se perdió un instante. Gabriel estaba hablando pero resultaba ininteligible, empleaba un tono grave, casi susurraba—. Me da igual, Gabriel. Aunque realmente sirviera para vender no voy a poner en riesgo mi amistad con Pablo, y sobre todo después de la putada que le ha hecho.

Arrugué el papel y lo tiré al suelo de mala manera, abochornada. A aquel tipo le bastaron dos minutos para hacer que me sintiera sucia, deshonesta y un despojo profesional. Salí de allí tan rápido como pude y maldije una y mil veces a la pandilla de desalmados con los que mi marido se codeaba. A saber cuántos de ellos habían hecho lo mismo con el consentimiento de sus esposas o sin él.

Crucé la avenida en busca de la parada de taxis más cercana, pero decidí detenerme en un parque infantil próximo para que Paula pudiera estirar las piernas. El aspecto de los niños que allí jugaban me resultaba más agradable que el de los mocosos mal vestidos que normalmente se colgaban de los toboganes y los columpios que teníamos cerca del hotel. No quería que mi hija se relacionara con cualquiera. Mi madre solía decir que las «juntas» lo son todo y creo que esa era una de las pocas cosas en las que llevaba razón.

El golpe bajo de Braulio Marché me dejó fuera de juego unos cuantos días. No me veía capaz de personarme de nuevo ante algún otro amigo de Pablo. Había acabado por darme cuenta de que era él

quien mantenía las relaciones. Sus mujeres les acompañaban como yo a Pablo, pero si ellos fallaban, nuestra femenina amistad también. Y por extrapolación, deduje que los favores no *nos* los debían. Se los debían a él. Sólo a él.

Cerré definitivamente la agenda y saqué las hojas sueltas arrancadas de la mía personal, en la que guardaba los teléfonos y direcciones de antiguos amigos con los que llevábamos bastante más tiempo sin tener contacto. Tal vez la distancia fuera positiva. El radio de acción de mi marido no alcanzaría tan lejos y si lo hacía, muchos de ellos no sucumbirían a sus amenazas porque ya nada les uniría a él. Sin embargo, el hecho de habernos conocido y de haber tenido una cierta amistad en otra época sí que podría jugar a mi favor. Antes sería yo que cualquier otra desconocida.

No acudí personalmente. Opté por un primer acercamiento telefónico con las ilusiones renovadas. Pero no tardaron en caer al fondo del abismo junto a todas las demás. Me pareció que el trato había sido exquisito y por demás, sincero. Pero todos ellos me pedían entregar mi currículum profesional para buscarme un tipo u otro de ocupación. Y no sólo no sabía cómo hacerlo. Es que además no tenía nada interesante que poner en él. No poseía titulaciones, a excepción de un Bachiller Superior que ya no conducía a nada por sí sólo, no tenía cursos, no sabía idiomas, no conocía oficio alguno. Dudaba incluso si tendría la suficiente capacidad para superar un maldito test psicotécnico, requisitos previos para engordar la lista de espera en algunas de las empresas.

A una semana de mi obligada partida del hotel Palma Chamartín, me tumbé en la cama acurrucando a Paula contra mí. Creo que fue el primer día en que yo la busqué a ella como si fuera una tabla de salvación, una fuente de calor físico y moral. Y creo que fue la primera vez en mis treinta y dos años de existencia en que comencé a hacer cuentas del dinero que tenía y de lo que había gastado en las tres semanas previas a esa noche: el precio del cubierto en el bufet, los desplazamientos en taxi, la leche, los cereales y los pañales de Paula, cremas y artículos de aseo personal, peluquería, algunos juguetes y muñecas para mi hija, ciertos medicamentos adquiridos sin receta —entre otras cosas porque no sabía cómo funcionaban los servicios públicos de salud— y algunos otros gastos superfluos en tiendas de alrededor que habían sido irremediables para calmar la angustia y la desesperación. Todo había supuesto un gasto excesivo, difícil de mantener sin una fuente de ingresos inminente y con la necesidad añadida de encontrar un lugar donde vivir... pagando. La opresión en el pecho volvía a hacerse demasiado pesada y lúgubre, como una losa de mármol de un panteón familiar. Así la sentía. Busqué una píldora para dormir en la mesita de noche y la tragué sin agua. Eché de menos mi casa, la seguridad del hogar, de Pablo, y pensando qué estaría yo haciendo en ese instante, de haber seguido en casa, me quedé dormida.

32.

Me dejé caer en un banco de hierro forjado próximo al Paseo de la Castellana, sola, sin Paula, por primera vez desde que aterrizara en aquella parte de la ciudad que hasta entonces únicamente había visitado de pasada para asistir a puntuales eventos, a algún centro comercial o a comer en alguno de los restaurantes vegetarianos que tanto gustaban a Paola y Miguel, unos amigos algo estrambóticos aunque forrados de dinero hasta la cabeza. Había madrugado muchísimo. La habitación me resultaba cada vez más agobiante, claustrofóbica, diría. El paso del tiempo entre sus cuatro paredes resultaba contradictorio. Los minutos avanzaban lentos entre la rutina carente de diversiones; sin embargo, los días parecían correr sin demora con el único objetivo de hacerme salir de allí, de enfrentarme de una vez por todas con una realidad en la que se me hacía difícil pensar.

Había levantado a mi hija aún dormida para poder tomarme un café en el restaurante del hotel. No había comido nada, no me entraba bocado alguno. Una de las chicas del servicio de animación, cuyo nombre, como siempre, no recordaba, se había acercado a nuestra mesa a saludar a Paula, parecía tenerle un aprecio especial. Simpatizaba con sus mejillas sonrosadas y carnosas, sus bucles rubios cayéndole con soltura a ambos lados de la cara, sus expresivos ojos verdes y una boca dibujada y perfilada con esmero. Había aparecido vestida con una bata de colegiala y dos grandes coletas adornadas con lazos rojos, recordando una vuelta al *cole* que muchos de los niños allí hospedados preferirían olvidar, y se había ofrecido a llevarse a Paula y pasar la mañana jugando con ella en la guardería. Agradecí el gesto. A esa edad, aquél era un servicio con coste adicional, pero puede que el descenso en el número de niños en los últimos días de septiembre le permitiera dedicarse a los más pequeños sin alterar su rutina en exceso, y sobre todo porque ya parecíamos formar parte de la familia hotelera.

En la calle, la actividad seguía su curso, el mundo giraba sin detenerse como un carrusel en constante movimiento. Y todos cuantos me rodeaban parecían estar subidos en él. Gente variopinta vestida de forma desigual, trajeada, deportiva, informal, extravagante, deambulando de un lado a otro a un ritmo que huía del paseo ocioso típico del verano; gente trabajando, martilleando una acera, vistiendo un escaparate, recogiendo basura, intercambiando papeles mientras hacían transacciones al aire libre, y gente pidiendo, sentada a las puertas de los buenos establecimientos para abordar a los engominados y a las mujeres con perifollos que raramente se dignaban a mirar de dónde procedía esa cantinela petitoria aprendida probablemente en la misma escuela. Todos moviéndose a mi alrededor con un objetivo en sus vidas. Todos menos yo, que había perdido por completo el norte de dónde estaba, adónde debía ir y qué hacer para llegar hasta allí. Sólo tenía claro de dónde venía. Y eso era precisamente lo único en lo que no debía pensar.

Se me ocurrió la feliz idea de comprar un periódico de anuncios por palabras. De todo un poco: inmobiliaria, laboral, contactos... Eché un vistazo y un cúmulo de pensamientos apremiantes se me agolparon en la cabeza. Debía cambiar mi lugar de residencia, debía encontrar trabajo y sería

recomendable, si no obligatorio, encontrar una escuela infantil para poder dejar a Paula mientras yo me dedicaba a todos esos menesteres, máxime si lograba encontrar empleo. Pero no sabía en qué orden debía actuar. Pensé entonces que lo más urgente era buscar un lugar donde vivir o en poco más de una semana nos veríamos en la calle durmiendo bajo la luna.

Elegí un anuncio de un piso de alquiler. No daba demasiada información, sólo que era céntrico, amueblado y reformado recientemente. Llamé al número de teléfono que aparecía en la última línea desde una cabina telefónica cercana adonde yo estaba. Me atendió la comercial de una agencia inmobiliaria. Me recibió con excesiva amabilidad, la misma con la que me despidió cuando me advirtió que debía presentar una nómina para garantizar el pago del alquiler —«política de empresa», dijo—, y yo le comenté que aún estaba a la búsqueda de empleo. Lo intenté una segunda vez, y una tercera. Si no me exigían una garantía de pago similar, me obligaban a abonar tres meses de fianza por adelantado, el equivalente a tres meses de un alquiler de setenta u ochenta mil pesetas por un piso de apenas cuarenta metros cuadrados. Mis reservas financieras resultarían heridas de muerte si tenía que costear alojamiento, amén de seguir comiendo y satisfaciendo el resto de nuestras necesidades básicas e indispensables sin trabajar. A la vista de todo ello, decidí pasar a la sección laboral.

Si la búsqueda de piso me resultó frustrante, la lectura superficial de las ofertas de empleo fue desoladora. Camareros, peones de la construcción, comerciales de ventas a comisión, servicio de limpieza, cuidado de ancianos... Esas actividades copaban el noventa por ciento de los anuncios. El diez por ciento restante ofrecía puestos de trabajo bien remunerados exigiendo, como requisito básico, una experiencia laboral desorbitada en el sector y buenas referencias empresariales. Me bastaron veinte minutos para descubrir que no encajaba en unos ni en otros.

Cerré el periódico y pensé en Paula. Su futuro me acongojó y el mío, me irritó. Maldije de nuevo la hora en que aquella chiflada idea se cruzó en mi camino. Y maldije todos y cada uno de los momentos en que decidí secundarla. La impotencia de no poder volver atrás y la soberbia ante lo injusto de la situación tensionaron mi mente hasta hacerla estallar. Lloré. Amargamente. Sentada en aquel banco del Paseo de la Castellana. Me vi perdida y sobre todo inútil, incapaz de valerme por mí misma a pesar de mi edad. ¿Qué había aprendido en mi vida? Sólo se me ocurrió una palabra para dar respuesta a esa pregunta: dependencia.

Con las páginas dobladas bajo el brazo y unas enormes gafas de sol, inicié el camino de vuelta al hotel. Atravesé una calle por la que no había pasado nunca para bajar después por Mauricio Legendre mirando de manera ausente los escaparates de los locales comerciales que se sucedían sin tregua. Como atraída por un imán prodigioso, mis ojos se detuvieron en una placa dorada pegada a la pared, junto a una gran luna cubierta por cortinas verticales de oficina que no dejaban entrever lo que había en el interior. «*M^a de los Ángeles Salvatierra Gómez. Graduado Social. Asesoría Fiscal, Laboral, Contable*». Así rezaba el letrero que mediaba entre la puerta y el translúcido cristal. Me detuve en seco. No conocía con exactitud el cometido de aquel establecimiento y si estaba dedicado en exclusiva a servir a las empresas, pero podría ser un comienzo para orientarme en mi embrollonada coyuntura.

Empujé la puerta con decisión. En una amplia sala había cuatro mesas enfrentadas atiborradas de papel, dos de ellas vacías. Un hombre de mediana edad y una chica algo más joven levantaron la cabeza al unísono y me miraron por un corto espacio de tiempo para volver después a su actividad laboral. Me sentí perdida y desubicada, como un mueble del siglo XV en una oficina de la NASA. Esperé un par de minutos ante la indiferencia de ambos.

—Buenos días, señorita, ¿es que nadie piensa atenderme? —pregunté con una insolencia justificada.

La chica levantó de nuevo la cabeza y se permitió mirarme de arriba abajo con total descaro.

—¿Qué quería?

—Asesoramiento, por supuesto. Me gustaría hablar con la graduada social, la señora Salvatierra.

—En este momento está ocupada. ¿Tiene cita?

—No, pero es urgente.

—¿Es cliente nuestra?

—De momento, no, pero eso pretendo.

—Entonces tendrá que pedir una primera cita para que pueda atenderla.

—No puedo esperar, ya le he dicho que es urgente —el tono de mi voz comenzó a elevarse. No podía perder tiempo con protocolos innecesarios—. Ni siquiera sé si pueden ayudarme, no voy a volver otro día para que me diga usted después que no llevan esos asuntos en esta oficina.

De soslayo pude ver que se abría un pequeño hueco entre las lamas metálicas que separaban la cristalera de un despacho que debía de ser, sin duda, el de la graduada social. Debía de haber oído las voces. La puerta se abrió y una mujer morena impecablemente vestida asomó por ella.

—¿Algún problema, Marta?

—Esta señora insiste en que quiere verte pero no tiene cita y no es cliente nuestra...

—Está bien, no te preocupes —la interrumpió—. Pase, pero no tengo mucho tiempo. Discúlpela —me pidió tras cerrar la puerta—, está aprendiendo. Es buena trabajadora, pero sus modales son algo rudos —sonrió—. Siéntese y dígame en que podemos ayudarla.

No me pasó inadvertida la forma en que tuvo de examinar mi aspecto físico, pero no acerté a adivinar si era interés femenino o profesional.

—Gracias. La historia es un poco larga, pero trataré de resumirla lo más que pueda.

Aquella mujer escuchó mi perorata con una estudiada atención. No le conté, por supuesto, el origen de Paula ni por qué había aterrizado en aquel hotel. Inventé que había llegado a Madrid para comenzar una nueva vida y obvié los detalles personales. Me limité a hablarle de mi situación económica, profesional y familiar.

—Me dedico a asesorar a empresas, no a particulares —comentó al fin.

—No puedo perder tiempo en buscar a la persona adecuada. Si no puede ayudarme le ruego que me recomiende a alguien que pueda hacerlo, estoy en una encrucijada de la que no sé cómo salir.

De nuevo volvió a estudiar mi aspecto. Creo que algunos detalles de los que le había contado no encajaban con lo que yo mostraba al exterior, empezando por mi pulsera Cartier de oro blanco que brillaba en exceso. Pero por alguna razón debí de caerle bien, o al menos eso quise pensar. Ya tenía bastantes enemigos reales como para inventar más.

—No sé por qué hago esto; lo consideraremos como una excepción, no viene mal romper con los trámites rutinarios de vez en cuando. Lo que sí quiero es dejarle muy claras un par de cosas. Cobro los servicios por adelantado. —Aquello resultó malsonante—. Un segundo aspecto es que, como diría mi padre, al cura y al abogado es a los únicos que hay que contarles todos los pecados. Necesito conocer con detalle su situación y a ser posible, la versión real —dejó escapar una sonrisa

y un gesto cómplice—. No quiero sorpresas posteriores, sólo provocan una pérdida de tiempo inútil.

Sopesé las contrariedades de contarle mi vida a una extraña y no encontré ninguna que cobrara más importancia que mi necesidad de ayuda. Me acerqué a la mesa en un intento de evitar que mis palabras trascendieran aquellas paredes de cristal y llegaran hasta oídos de la impresentable que me había recibido al llegar.

—Llevo casada siete años, mi marido está forrado de dinero, pero no es el padre de mi hija, que aún no ha cumplido dos. Al descubrir la noticia nos ha echado de casa con tan sólo una maleta de ropa y poco más. Firmamos la separación de bienes sin yo saberlo, por lo que no tengo dinero ni patrimonio, únicamente una cantidad en metálico que no tardará mucho tiempo en evaporarse. No tengo dónde vivir, dentro de una semana tendré que abandonar el hotel en el que estoy, no tengo trabajo y todos mis conocidos, incluyendo a mi familia, han decidido no ayudarme a salir de ésta. No he trabajado nunca y no tengo titulación, formación profesional ni experiencia laboral. Ah! Y mi hija necesita una guardería. No tengo con quien dejarla.

M^a de los Ángeles se retrepó sin decir nada. Tan sólo expulsó el aire con brusquedad, levantó las cejas e hizo un ademán con la cabeza que denotó sorpresa y dificultad.

—Vaya —soltó al fin—. Cualquiera lo hubiera dicho al verla entrar. Esto no se parece en nada a lo que me ha contado antes. —Cogió un folio blanco inmaculado y un bolígrafo azul y comenzó a hacer apuntes de cuanto le había dicho—. ¿Qué espera que haga yo? —me preguntó para mi sorpresa.

—¡Todo lo que pueda! Desconozco por completo los trámites administrativos, laborales... Mi marido se encargaba de todo. Ahora quiero que lo haga usted. Quiero que mi vida vuelva a funcionar.

—Me resulta violento preguntarle esto, pero no me queda otra opción. ¿Tiene suficiente, al menos, para pagar mis honorarios?

—¿Cuánto cobra?

—¿Dispone de un margen de cien mil pesetas? No creo que sea más.

—Sí.

—De acuerdo entonces. Marta le hará firmar una autorización por escrito para que pueda hacer ciertos trámites en su nombre. Tengo mucho trabajo, déjeme un par de días para que estudie lo que más le conviene, aunque me temo que no hay mucho que pensar. Lo primero será inscribirse como demandante de empleo, solicitar un certificado de renta en la Agencia Tributaria y concertarle una cita con un asistente social. Creo que lo va a necesitar.

La miré perpleja, tal y como si me estuviera hablando en tailandés. Le di el número de teléfono de mi habitación de hotel e insistí en la premura de su gestión, teniendo en cuenta que si tardaba demasiado ya no iba a poder encontrarme viviendo allí. Le di la mano estrechando la suya con efusividad, como si fuera una amiga de siempre, aunque pensé que se estaba limitando a hacer su trabajo y era indudable que no lo habría hecho sin cobrar.

Me apresuré a llegar al hotel. No tenía noticias de Paula desde que salí y ya no era posible localizarme, no tenía teléfono móvil. Pablo había cortado la línea y yo lo había tirado a la papelera ante la imposibilidad de hacerlo directamente contra él.

Dos días después de aquella visita, entré por primera vez en una Oficina de Empleo. Cuando Ángeles me habló del INEM no supe si estaba en España o en el extranjero, era la primera vez que escuchaba esas siglas. Me recomendó que acudiera sola; no causaría buena impresión ir a solicitar trabajo acompañada de un gestor personal, aunque lo cierto es que no entendí muy bien por qué. Se

podía tener dinero y estar en paro, y además, una oficina administrativa estatal no debía dejarse llevar por las apariencias, sino por la situación real de quien demandaba tal servicio. A pesar de mi disconformidad y de mi recelo por el hecho de abonar una minuta excesiva por unos servicios que no me prestaba en su totalidad, aquella mañana de lunes me apresuré a cumplir con el primer trámite formal que Ángeles me había indicado.

Un barullo de gente me sobresaltó al entrar. Apenas había sillas para sentarse, por lo que muchos de ellos deambulaban por el escaso espacio libre que había junto a la puerta a la espera de que llegara su turno. En el centro de aquella estancia diáfana había unas cuantas mesas ocupadas por funcionarios enfrascados en meter la información en ordenadores que no sabía si serían de última generación o estarían obsoletos como el resto de las precarias instalaciones de aquella oficina.

Aparqué el carro de Paula junto a una pequeña ventana de cristal fijo y permanecí de pie junto a ella largo rato, después de haber preguntado en qué cola debía situarme. La más larga era la mía. Al menos quince personas esperaban a ser atendidas en un trámite que debía de ser tedioso, a juzgar por el tiempo que tardaban en levantarse de aquella silla tapizada en color gris, con los bordes raídos por el uso y algún que otro cerco en el asiento provocado por la quemadura de un cigarrillo. Paseé la vista por todas ellas, al igual que ellas hicieran conmigo, con la diferencia de que yo repartía mi tiempo de observación y ellas me miraban todas al unísono. Pantalones cortos, sandalias de *guiri* inglés, camisetas sin mangas, vestidos de mercadillo, pulseras de bisutería barata... Aquel desfile era un insulto al buen gusto y sobre todo a la educación. Menos mal que la limpieza parecía ser una tónica general, a excepción de algún aroma a sudor recalentado que de vez en cuando se paseaba por mis narices sin adivinar su procedencia.

Después de una hora y media de aburrida espera, aquello comenzó a parecerme una insolencia. El hecho de hacernos permanecer allí indefinidamente hasta ser atendidos Dios sabía cuándo era un atentado y un menosprecio a nuestro tiempo y a nuestras obligaciones. Me dolían las piernas y la cintura de estar de pie, y no había manera de alcanzar una silla libre antes de que aquellos buscavidas saltaran sobre ella a la menor oportunidad. Pregunté a un chico joven, moreno y con un incipiente bigote si ocurría algo especial o ésa era la rutina diaria. «Hoy hay poca gente» —me contestó—. Mi indignación comenzó a sublevarse. Paula tenía hambre y comenzaba a lloriquear, y me quedaban ocho personas por delante para poder sentarme allí y contarle mi vida a aquel empleado de trato frío e impersonal. Busqué con la mirada a alguien que me pareciera responsable, jefe o como quiera que se le llamara a un superior en aquel antro, con la idea de hacer una reclamación y sugerirle que dieran cita horaria como en el médico, la peluquería u otros cientos de lugares civilizados. Cuando por fin abordé a un enchaquetado, me soltó sin remilgos que nadie me obligaba a estar allí, que era algo voluntario y que si no quería esperar no tenía más que irme, que ellos no podían hacer más de lo que ya estaban haciendo.

Con los ojos como platos y observando las sonrisas burlonas de quienes habían escuchado la escueta conversación, volví a mi sitio y continué esperando con rabia e indignación. Un gesto con la mano por parte del funcionario de turno me indicó que me sentara, o al menos, eso creí interpretar.

—Buenos días —saludé a pesar de mi enfado.

—Buenos días.

Me contestó sin levantar la cabeza de los papeles, y habría preferido que hubiera seguido así, porque cuando su mirada se topó con mi persona fue incapaz de despegarla durante un tiempo que me pareció eterno, analizándome en silencio y provocando que me sintiera violenta ante él.

—Vengo a apuntarme al paro —anuncié en el mismo argot que había escuchado a cuantos habían pasado por la mesa antes que yo. La intimidad de las conversaciones dejaba allí mucho que desear.

—¿Ha sido demandante de empleo antes?

—No, es la primera vez.

—Dígame su nombre.

—Olga Mendizábal Perelló.

—Dirección.

—La verdad es que ahora mismo no tengo una dirección fija —advertí después de varios segundos dubitativos—. Acabo de llegar y estoy buscando vivienda.

—Pues tengo que poner uno a efectos de notificaciones. ¿Algún familiar?

Negué con la cabeza.

—¿Algún amigo, amiga?

Volví a negar pausadamente y con cierto rubor.

—Pues usted me dirá...

Parecíamos haber llegado a un punto muerto. Se me ocurrió darle la dirección de Ángeles y que ella recogiera mis cartas mientras disponía de un domicilio propio. Eso tenía que estar incluido en los honorarios.

—Está bien, el de una graduada social, ¿es válido?

—Haré la observación de que es provisional, sólo a efectos de notificaciones. En cuanto disponga de uno propio tiene que comunicarlo. A ver...

—Mauricio Legendre, 39. Pero tienen que ir dirigidas a M^a de los Ángeles Salvatierra Gómez —dije leyendo la tarjeta de visita que guardaba en mi cartera.

—¿Código postal?

—Ni idea —El funcionario me miró con cara de resignación.

—Teléfono de contacto.

—El de la graduada social. Yo no tengo ninguno fijo donde localizarme. —Volví a sacar la tarjeta —. 914326696.

—Bien, vamos con los datos académicos. Titulaciones...

—Bachiller Superior, C.O.U. y selectividad.

—¿Licenciaturas o diplomaturas?

—No.

—¿Algún grado de Formación Profesional?

—No.

—¿Idiomas?

—No.

—¿Cursos de capacitación profesional?

—No.

—¿De ordenador, de contabilidad, de ofimática...?

—Nada. Ninguno.

—Entonces..., sólo Bachiller Superior. Sin más.

—Sí —contesté ligeramente avergonzada.

—Experiencia profesional. ¿Dónde ha trabajado antes?

—No he trabajado. Es la primera vez que busco empleo.

El funcionario me miró incrédulo. Intuí que se preguntaba qué demonios pintaba yo allí y cómo me iba a encajar en todo aquel entramado burocrático.

—No hace falta que sea remunerado, algo a lo que se haya dedicado aunque sea en régimen de voluntariado. Lo importante es que pongamos experiencia y conocimientos en algún sector.

Tardé en contestar. Me resultaba difícil dar otra negativa. Finalmente, levanté las cejas y él entendió que no había nada que rascar.

—¿Carné o certificado profesional?

—De conducir —dije victoriosa.

—De qué tipo. ¿A, B, C...?

—De coche.

—¿Sólo turismo?

—Para coche normal —apunté sin saber a qué se refería.

El chico suspiró y siguió abordando aquel cuestionario que me estaba resultando particularmente bochornoso.

—Bueno. ¿Y en qué quiere trabajar? —preguntó con una tesitura sarcástica en su voz—. Aunque creo que va a estar un poquito difícil, no quiero ser pájaro de mal agüero, pero...

—Usted verá, tiene más experiencia. Relaciones públicas, o algo así —dije convencida.

—Señora, las empresas que necesitan relaciones públicas para su negocio no vienen a buscarlas al INEM. —Dejó de preguntarme y comenzó a anotar lo que le pareció oportuno mientras iba cantando profesiones en voz baja, casi en un susurro, tal vez por temor a que alcanzara a escucharle. Pero siempre he sido fina de oído—. Limpieza, servicio de hogar, pinche de cocina, camarera, buzoneo...

—Oiga usted, no voy a trabajar en nada de lo que está diciendo.

—Eso le recomiendo que no lo diga aquí abiertamente. Cualquier rechazo a una oferta de trabajo hará que pierda la antigüedad y por tanto la posibilidad de encontrar un nuevo empleo.

—Es que yo no estoy preparada para hacer eso —dije rectificando el tono de mi voz.

—Discúlpeme, pero por lo que me ha dicho... está preparada para desempeñar pocos trabajos —me contestó con un descaro soberbio—. Pondré auxiliar administrativo, a ver si en esa rama sale algo.

Después de diez minutos de tenso silencio, me dio un trozo de papel cuadrado que acreditaba que era demandante de empleo y la fecha en que había sido dada de alta en aquel burdo sistema. Tenía que sellarlo cada cierto tiempo, pero no me detuve a escuchar las consecuencias de no hacerlo. Agarré el carro de Paula, que se había dormido de aburrimiento, y salí de allí asfixiada y angustiada por lo que había tenido ocasión de experimentar. No me gustó en absoluto sentirme identificada con

aquellos desconocidos como si yo fuera uno más, anónima, impersonal y habiendo sido calificada como algunos otros de los que allí había y que tal vez no tuvieran donde caerse muertos.

33.

Mi llegada al triste y lúgubre Hostal Vía Magna fue un nuevo paso hacia atrás en la etapa de cangrejo ermitaño que había comenzado a vivir, con la diferencia de que las cubiertas que yo me buscaba para hospedarme eran cada vez más pequeñas y rudimentarias. Ángeles, con la calculadora en una mano y un bolígrafo en la otra, había plasmado sobre el papel mi futuro económico inmediato, y había resultado desalentador. Hizo oídos sordos a mi sugerencia de prolongar mi estancia en el Palma Chamartín y me puso por delante una lista de veinte hostales dispersos por distintos puntos de la geografía madrileña. En la columna de la derecha aparecían los precios y el número de días que tardaría en abandonarlos de no encontrar trabajo a corto plazo. Hablar de hostel y no de hotel me revolvió el estómago, y ver las estrellas desdibujadas como en los días nublados me angustiaba aún más. Me lancé a señalar con el dedo índice el único que tenía dos y que además se ubicaba en la zona centro de la capital.

—El Vía Magna. Dos estrellas. Próximo al Paseo de la Castellana, aunque más cerca ya del Parque del Retiro. Pero son diez mil pesetas diarias la habitación doble —me advirtió—. En un mes se le habrán ido trescientas mil. No sé a usted, pero a mí aún me parece mucho.

—Estamos hablando de un mes. En ese tiempo ya habrá salido algo.

—No sé yo —dudó—. Le he conseguido una cita con una asistente social, pero no será hasta dentro de dos semanas. Según parece, hay más necesidad por ahí de lo que pensamos.

No di mi brazo a torcer. Si el Palma Chamartín ya tenía carencias, el Hostal Vía Magna no quería ni imaginarlo. Y así fue.

En la habitación sólo cabían dos camas, una mesita de noche, un sillón orejero y una cómoda estrecha que sujetaba un televisor de los años ochenta. El cabecero de forja pintado a brochazos para tapar los múltiples desconchones y las paredes blancas como la leche me recordaron a los albergues estudiantiles que comenzaban a destinarse al turismo rural, un término puesto de moda para justificar sin bochorno que no se tenía presupuesto suficiente para reformarlo y decorarlo en condiciones. El baño de apenas tres metros cuadrados disponía de un lavabo con una gruesa peana de porcelana blanca, un inodoro con la cisterna pegada al techo y un plato de ducha rodeado de una cortina de goma transparente salpicada de peces de colores de pésimo gusto. Creí estar inmersa en el rodaje de una película de Martínez Soria, cuyos decorados siempre pensé que habían sido fabricados a la medida de aquellas historias de humor, sin llegar jamás a imaginar que pudieran existir en realidad. Al poco de entrar allí, apilé mis maletas una tras otra justo al lado de la ventana; en el armario apenas había sitio para la ropa de una semana. Y Paula satisfizo su curiosidad por nuestro nuevo hogar en apenas media hora. No había mucho más que ver.

Di el número de teléfono de la habitación a Ángeles para que pudiera localizarme ante cualquier necesidad, aunque era difícil que me encontrara disponible, estaba deseando escapar de allí. La

mayor parte del tiempo la pasaba escudriñando los rincones a la búsqueda de cualquier bicho de seis u ocho patas que pudiera aparecer. No dudaba de que también fueran clientes del hostel, aunque a decir verdad, aún no me había saludado ninguno. El ambiente enrarecido con olor a naftalina me producía mayores náuseas que las de mi embarazo. No comprendía el rostro risueño y distendido de mis compañeros de alojamiento cada vez que me cruzaba con ellos en los estrechos pasillos, ni las manifestaciones alegres y cantarinas que podían escucharse claramente a través de las rejillas de los respiraderos del baño.

A diferencia del día en que conocí el INEM, Ángeles se había dignado a acompañarme a la cita con la asistente social, en calidad de amiga, por supuesto, no de asesora contratada bajo minuta. Me había aconsejado no ir vestida con ropa cara, joyas ni ningún otro atuendo que denotara un elevado nivel económico. Al fin y al cabo, pretendíamos pedir ayuda social por mi situación actual. Así es que elegí un vestido blanco y rojo, de la colección *prêt a porter* de hacía un par de años, y unos zapatos a juego que ya había usado en cinco o seis ocasiones, sin nada de adornos ni abalorios. Me maquillé lo justo, sin estridencias y dejé mi pelo suelto.

—¿Por qué trae a la niña vestida como si fuera a una boda?

La pregunta incisiva de Ángeles me molestó. Miré a Paula, estaba preciosa. ¿Cómo quería que la vistiera? ¿Como si viviera en las chabolas?

Nos sentamos en la antesala de un pequeño despacho a la espera de ser recibidas. El sello gubernamental en la decoración era inconfundible, el único rastro cálido y acogedor era un par de plantas de tallo grueso y frondosas hojas verdes dispuestas sobre el alféizar de la ventana. En apenas diez minutos, la puerta se abrió y una mujer extremadamente delgada y con los ojos hundidos salió de la sala. Sus facciones demacradas, su pelo grasiento y su ropa remendada hasta el último centímetro me impresionaron. Otra mujer entrada en años la acompañaba con la mano apoyada sobre su hombro. Su tono de aliento y su profunda mirada me embelesó. Cuando aquella efigie lánguida y temblorosa desapareció al fondo del corredor, la mujer angulosa nos indicó que pasáramos. Ángeles cogió una carpeta en la que llevaba ciertos documentos cuya utilidad ignoraba. Me sentí nerviosa. Tenía sentada frente a mí, al otro lado de la mesa, a quien podía ser mi tabla de salvación en ese envite. Y tenía que ponerla de mi lado, fuera como fuese.

—Buenos días, soy Josefina Calero, asistente social —saludó tendiéndonos la mano.

—Olga Mendizábal.

—Ángeles Salvatierra.

—Díganme qué les trae por aquí —inquirió en tono distendido.

Tardé en arrancar, me temblaba hasta la respiración. Dudé si dejar que Ángeles comenzara, pero supuse que debía de ser yo quien contara mi propia historia y que fuera ella quien sopesara los términos legales que la afectaban.

—Verá, yo estoy aquí porque me encuentro en una situación de necesidad.

Josefina no pudo evitar lanzar una mirada rápida a nuestro atuendo, tal vez en mayor medida de lo que a mí me pareció.

—¿En qué sentido?

—Tengo una hija que atender y no tengo trabajo, dinero, ni lugar donde vivir. —Si dos años atrás alguien me hubiera advertido que diría eso alguna vez, lo habría tachado de enajenado mental.

—¿Desde cuándo se encuentra en esa situación?

—Desde hace algo más de un mes.

—¿Por algún hecho en especial?

—Mi marido nos ha echado de casa.

—¿Razón? —preguntó con una inclinación de cabeza para invitarme a seguir.

—Supo que mi hija no era suya.

—Señora Mendizábal, si seguimos con este estilo de interrogatorio no terminaremos en la vida.

Cuénteme la historia completa de forma resumida y yo le preguntaré lo que me interese conocer con detalle.

Solté la misma parrafada que le había lanzado a Ángeles en nuestra primera cita. Cuando terminé hablándole de la necesidad de guardería para Paula, Josefina nos miró a todas luces sorprendida.

—Sé que yo tal vez no encajo en el perfil de las mujeres que acuden a esta oficina, pero...

—No se confunda. La asistencia social está dirigida a adaptar e integrar a cualquier persona que se encuentre en una situación de exclusión social, sea de la índole que sea. No está reservada a niveles socioeconómicos bajos, es sólo que las mujeres de su clase rara vez nos piden ayuda porque les supone una situación demasiado vergonzosa o bochornosa de afrontar. El maltrato psicológico se da con relativa frecuencia en el círculo social en el que usted se mueve, por ejemplo, y puede llegar a ser tan invalidante como el físico. —La voz de aquella mujer me tranquilizó, pero a la vez me hizo sentir miedo y repulsa por mi propia situación, a la que nunca habría catalogado en términos de exclusión social o adaptación. Eso era propio de los barrios bajos, de los nacidos entre la escoria y la mala vida. Y yo no estaba entre ellos—. Al mismo tiempo le voy a ser muy franca. Hay mucha penuria e indigencia ahí fuera —dijo señalando la calle a través de la ventana—, mucha gente con verdaderas necesidades económicas y otras tantas marginadas socialmente que necesitan de nuestro apoyo y de nuestros recursos. Trabajamos según las prioridades y exigimos que quienes reciben nuestra ayuda respondan como se espera de ellos. De lo contrario, suspendemos lo que hayamos podido iniciar y los excluimos del programa. Así de sencillo. —Permanecí en silencio. No tenía nada que decir, sólo que me sentí un poco molesta porque pudiera pensar que mi fatalidad no alcanzaba el nivel de la mujer que acababa de salir—. ¿Dónde está viviendo ahora?

—En el Hostal Vía Magna. Pero pronto tendré que dejarlo, no me lo puedo permitir por mucho tiempo —apostillé al notar el puntapié de Ángeles en mi tobillo.

—¿Es demandante de empleo?

—Sí, ya me apunté en el INEM.

Josefina permaneció demasiado tiempo mirando a Paula, en silencio. Me produjo un cierto temor.

—Bien. Guardería, trabajo y vivienda. Por ese orden —dijo en voz alta—. Para la guardería necesitaré acreditar la insuficiencia de recursos económicos propios con un certificado de Renta.

—Lo tengo aquí —se apresuró a decir Ángeles, que por fin comenzaba a tomar carta en el asunto—. Traigo un certificado de no estar de alta en el Impuesto de Actividades Económicas, ni en Licencia Fiscal y de carecer de rendimientos de trabajo por cuenta ajena o actividades profesionales.

—Vaya. Por lo que veo trae los deberes hechos —sonrió.

—Rellene este cuestionario. Necesitamos tanto sus datos personales como los de su hija, y que

conteste a todas estas preguntas relativas a su situación económica, social y demás. Ella es la que más me importa —advirtió señalando a Paula—. Necesito que me facilite un teléfono de contacto y una dirección exacta, y si cambia cualesquiera de los dos, comuníquemelo. Voy a buscar un centro educativo público para ella y trataré, en la medida en que se pueda, de buscarle algún trabajo con el que poder empezar. Supongo que estará dispuesta a trabajar en lo que sea —cuestionó elevando la ceja mientras esperaba una respuesta afirmativa.

—Sí, claro.

—De momento tendrá que seguir en ese hostel, si es que puede pagarlo. Encontrar plaza en un piso de acogida es algo más difícil, aun así lo intentaré. —Josefina desplazó su sillón giratorio hacia atrás y se levantó con agilidad—. Termine de rellenarlo fuera, por favor. Tengo otra cita dentro de pocos minutos. —Me levanté y estreché la mano de aquella mujer, dándole las gracias con efusividad—. No le garantizo nada, ¿de acuerdo? Todo lo más, la guardaría de Paula. Del resto ya hablaremos cuando tenga más información que darle.

Salí de aquella oficina con una extraña sensación embargándome de cabeza a pies. Creo que fue en aquel momento cuando comencé a tomar conciencia real de dónde estaba, cómo era el mundo que se me avecinaba y qué papel estaría yo obligada a desempeñar en él. Hasta ese momento había vivido inmersa en una especie de pesadilla de la que, inconscientemente, pensaba despertar. Una experiencia traumática, una especie de advertencia vital..., pero sin trascendencia ni repercusiones duraderas. El contacto con aquellos lugares que desconocía que existieran, con aquellas personas inmersas en los problemas cotidianos de gente con la que yo no me había cruzado en mis años de existencia y el hecho de ser testigo de la disminución alarmante de mis recursos económicos sin posibilidad de recuperarlos supusieron una enérgica sacudida con la que devolverme a mi nueva y escalofriante realidad. Un nudo fuerte me aprisionó el estómago.

—Vamos a abrir una cuenta en el banco —oí decir a Ángeles lejanamente—. No puede ir de un lugar a otro cargando con ese dinero en efectivo.

La miré y me alegró tenerla allí, a pesar de lo que me cobraba, no me importó. Un trato profesional me inspiraba más confianza que uno amistoso. O al menos eso era lo que me habían demostrado con creces.

La llamada de Josefina tardó un mes en producirse. Un mes repleto de inquietudes, nervios exacerbados, impotencia, rabia, furia contra todo y contra todos los que me habían abocado a esa situación, entremezclados con el aburrimiento, la claustrofóbica sensación de estar enterrada en aquellas cuatro paredes ajenas a mi vida y a mis costumbres, y la tristeza por Paula, por haberla privado de una infancia digna, por haberle arrebatado cuanto yo viví y cuanto disfruté. Me resultaba complicado imaginar lo que ella debería afrontar, dónde y con quién, por la sencilla razón de que yo nunca había estado en su lugar. Pero había algo de lo que no tenía duda, y es que Paula difícilmente podría ser feliz.

—Olga, buenos días. La llamo porque ya tenemos centro infantil para su hija. La plaza es gratuita, se hace cargo la Comunidad de Madrid.

—¿Dónde está?

—En Vicálvaro.

—¿Vicálvaro? ¿Dónde está Vicálvaro?

—Al sureste de Madrid.

—Pero... esto está muy alejado de la zona centro y del norte de Madrid... Y en el sur..., los barrios son...

—Olga...

El tono apelativo con que pronunció mi nombre me hizo rectificar.

—Está bien, está bien. Pero me queda muy lejos del hostel en el que estoy, tendré que volver a mudarme.

Si la noticia de la guardería de Paula en semejante lugar me había desarmado por completo, la buena nueva que me soltó después me dejó petrificada.

—No se preocupe, me ha costado mucho esfuerzo y mucha insistencia poder conseguirlo, pero lo he hecho. Desde mañana mismo tiene una plaza en un piso de acogida que los Servicios Sociales tienen en el casco histórico de Vicálvaro. Está en la parte antigua, pero queda muy cerquita de la guardería de Paula. Ha quedado vacía una de las cuatro plazas de que dispone. No puedo asegurarle por cuánto tiempo podrá estar allí, pero de momento está resuelto. Todo depende, como ya le dije, de las prioridades que vayan surgiendo. Suelen ser estancias temporales hasta que la situación se normaliza lo suficiente como para disponer de un lugar propio en el que vivir. Mientras no exista una emergencia... podrá quedarse allí.

El tono victorioso de Josefina no me dio lugar a réplica. Y aunque hubiera querido no podría haber dicho nada, la náusea se apoderó de mi estómago y de mi garganta al pensar en compartir una vivienda con tres mujeres desconocidas, en situaciones problemáticas y en una barriada de nivel socioeconómico, como ella lo había catalogado, medio o bajo. Dormir con ellas, comer con ellas, asearme en el mismo baño que ellas. Y someter a Paula a relaciones sociales y afectivas de dudosa conveniencia. No pude dormir. Pasé la noche dando vueltas y más vueltas mientras decidía si aceptar o no, aunque consciente de que no había alternativa posible.

34.

Cuando ya pensaba que nada podría ir peor, nos detuvimos delante de un portal oscuro con más de cuarenta años de antigüedad. La fachada era de un blanco grisáceo, plagada de desconchones, y en las juntas de los ladrillos de la parte superior se acumulaba polvo solidificado en el que no tardarían en aparecer fósiles protegidos por la suciedad y un moho amarillento consecuencia de la humedad. Era un edificio de tres plantas, sin ascensor, con terrazas desiguales, unas cerradas por recargadas cristaleras y otras abiertas al aire libre, protegidas por persianas ennegrecidas por el humo de los coches y la contaminación de años. Josefina se percató de que yo miraba aquel panorama con excesivo interés y con algo de asco en el semblante que no pude esconder.

—La fachada está un poco deteriorada, los vecinos no tienen recursos para arreglarla, pero por dentro están bien. Al menos, limpio, y en buenas condiciones de habitabilidad.

No sé lo que ella entendía por «buenas condiciones de habitabilidad», pero desde luego no lo mismo que yo.

Subimos por la escalera de granito con el olor del patio de luces impregnándolo todo. Yo cogí a Paula en brazos, que no cesaba de mirar con sus ojitos extrañados ese otro nuevo lugar, y Josefina se brindó a subir la silla. Nuestro destino estaba en el segundo piso. Los techos extremadamente bajos me produjeron una sensación de ahogo. Pude adivinar cuál era nuestra vivienda por ser la única que conservaba una puerta de madera lisa sin reformar, con un marco estrecho de hierro bordeándola y una mirilla pequeña y rudimentaria como adorno extraordinario, y un cerco rayado y desteñido alrededor de la cerradura que estaba pidiendo a gritos una mano de barniz. Josefina sacó su llave y abrió la puerta sin avisar, como si estuviera entrando en su propia casa. Yo la seguí sin ánimo de tocar nada, deseosa de analizar qué y quiénes se escondían en su interior. Afortunadamente no había traído nuestro equipaje, opté por dejarlo en el hostel hasta ver dónde tendría que vivir y el espacio de que disponía. Un nuevo problema surgió entonces a juzgar por las dimensiones que parecía tener el piso: cómo acoplar todo el contenido de mis maletas en aquel reducido lugar. Iba a ser algo complicado, por lo que tendría que buscar dónde guardar la mayor parte hasta que tuviera la suerte de poder salir de allí.

Al ser mañana de sábado, mis nuevas compañeras salieron a recibirnos. Por su forma de no extrañarse, supe que ya estaban advertidas de nuestra llegada.

—Ella es Olga, una nueva compañera —les anunció Josefina con naturalidad—. Manoli, Puri y María —dijo dirigiéndose a mí—. Olga estará un tiempo con vosotras hasta que pueda encontrar otro lugar donde vivir. Espero que la acojáis bien. ¡Ah! Ésta es su hija Paula. Es una monada, ¿verdad?

Mis labios produjeron un autómata «hola» mientras mis ojos se enfrascaban en analizar físicamente y de forma minuciosa a aquellas tres mujeres extrañas. Y mi mente se centraba en procesar la información y darle una interpretación y un sentido coherente a lo que percibía. «Dios

mío, dónde me he metido» —fue lo único que pensé.

La tal Manoli tenía un párpado caído y una cicatriz en el lado derecho de la cara, caminaba un poco encorvada y apenas levantaba los ojos del suelo para mirar. Puri estaba famélica. Las mejillas adentradas hacían que sus pómulos huesudos fueran excesivamente prominentes. Estaba peinada hacia atrás con el pelo recogido en una coleta mal hecha y grasienta y le faltaban algunos dientes. Fue la única que no paró de hablar desde que llegamos, con un énfasis excesivo y un tono de voz agudo y estridente. El aspecto de María me tranquilizó un poco. Parecía normal. Callada, mal vestida y con mirada triste, pero normal.

Josefina me enseñó mi habitación y el resto de las dependencias de aquel agujero que no iban más allá de una cocina reducida y anticuada y un baño de azulejos con círculos concéntricos en tonos grises, con un pequeño ventanuco que hacía las veces de respiradero y por el que se oían las voces entremezcladas de los vecinos de patio. Las otras tres habitaciones permanecían cerradas a cal y canto. Cada una era responsable de la limpieza y el orden de su cuarto. El salón, la cocina, el baño y la terraza —que hacía las veces de tendedero—, se limpiaban por turnos. La comida era responsabilidad de cada cual, el frigorífico estaba dividido por estantes, de manera que pudiera distinguirse lo que a cada una correspondía. Ninguna estaba dispuesta a satisfacer los caprichos ajenos, tal cuestión sólo había ocasionado trifulcas. Aun así, había veces en que se ponían de acuerdo para comer, pero no existía obligación de compartir. No había televisión. La mujer cuya plaza había pasado a ocupar yo la masacró en un ataque de furia provocado por el síndrome de abstinencia y aún no habían podido sustituirla. Las normas de convivencia estaban expuestas en un tablón de anuncios de corcho en color café, situado en la entrada de la vivienda. Horarios para dormir y comer. Limitaciones al uso del agua caliente, el termo eléctrico no tenía capacidad suficiente para despilfarrarla a placer. Un teléfono en el que sólo se podían recibir llamadas, para hacerlas había que bajar a la cabina pública más cercana, situada a unos cincuenta metros. Y la prohibición expresa de traer amigos o conocidos a casa para salvaguardar la intimidad de las demás. En ciertas ocasiones no era recomendable airear el paradero de alguna de ellas por seguridad.

Josefina se brindó, tras dos horas de intensivo contacto, a llevarnos hasta el hostel donde debía recoger lo imprescindible para volver allí. Hice todo el camino en silencio, escuchando el parloteo de Paula, que jugaba con su gato de peluche ajena al entorno sobrecogedor que nos absorbía sin remisión. Le dije que parara cerca de la asesoría de Ángeles. Tenía que buscarme un lugar barato donde guardar el resto de los enseres que preveía no poder llevarme y alquilar una caja de seguridad en la entidad bancaria para dejar mis joyas, mientras no me viera obligada a venderlas. Por nada del mundo entraría en aquella casa con alguna de ellas encima.

Los primeros días de estancia allí me resultaron infernales. El escrúpulo y la náusea me sobrevenían por doquier y sólo podía salvarlas permaneciendo encerrada entre las paredes de mi concha prestada, de la que no me atrevía a salir. Me levantaba temprano para usar el baño antes que ellas, lavaba mi ropa a mano para que no se mezclara con sus trapos empapados en sudor y manchas corporales, bajaba con Paula a comer en un pequeño bar de tapas que había un par de calles más abajo porque confiaba más en la higiene de aquella cocina que en la nuestra, sólo guardaba en el frigorífico algunos tarros de comida infantil, yogures y alguna otra minucia para picar entre horas si me atacaba una bajada de azúcar. No me apetecía compartir con ellas mis horas libres, que eran muchas, sentada en el salón o en la cocina, como a veces solían hacer provocando una tertulia que duraba horas. No tenían educación alguna, se llamaban a voz en grito, se expresaban mal y no me gustaba lo que pudieran esconder tras su semblante insólito y singular. Me sentía profundamente

incómoda, como en otro planeta.

Durante aquella primera semana intenté mantener a Paula alejada de ellas lo más que pude, aunque tuve que hacer un esfuerzo tremebundo dadas las dimensiones en las que convivíamos. Ellas no eran ajenas a mi malestar. En más de una ocasión las encontraba cuchicheando con voz baja y entrecortada, y enmudecían mirándome con recelo al acercarme. Hasta que una mañana desperté algo más tarde de lo habitual y vi que Paula no estaba en la cama. Di un salto desorientada y pensé en Pablo y en el día en que se la había llevado. Tardé un tiempo en situarme y reubicarme en aquel tugurio. Miré a ambos lados de la cama para comprobar que no se había caído y entonces oí su risa a lo lejos. Me alteró pensar que estuviera con ellas. Cogí una bata y me la eché apresuradamente sobre los hombros para salir a buscarla. La encontré en el salón, tirada en el suelo desbordando sonrisas mientras Puri le hacía cosquillas por todo el cuerpo bajo la mirada divertida de Manoli, deseosa de participar en el juego. María estaba sentada un poco más atrás, esbozando una sonrisa tímida al tiempo que sostenía en la mano una galleta que trataba de ofrecerle. Cuando me vieron entrar detuvieron el juego.

—¿Qué haces con mi hija?! —pregunté con firmeza.

—Chsss... *cucha* marquesa..., ¡que no le estoy haciendo *na* malo, ¿sabes?! —me contestó Puri levantando ambas manos—. Sólo estoy jugando con ella y haciendo que se ría un poco, que la tienes *amargá*.

Tendí la mano a Paula para que viniera conmigo, pero para mi sorpresa ella se incorporó acercándose a aquella desdentada y comenzó a posar los pequeños deditos en su barriga mientras sonreía esperando que se reanudara la diversión. A mí ni me miró.

—¿La ves? Apuesto a que nunca juegas con ella.

—No te permito que me digas lo que he de hacer con mi hija. No tienes ningún derecho.

—Eres una *desagradecía*. La estaba entreteniéndome mientras tú dormías como una reina. Porque eso es lo que te crees, una reina. Pero aquí no valen las coronas, ¿sabes? Ésas las dejas *pa* tu mundo. Aquí eres una más como nosotras.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Que no? Mírate. Lo único que tienes mejor que yo es la ropa, pero eso pronto pasará. Ya mismo no tienes donde caerte muerta, igual que nosotras. Y si no, dime por qué estás aquí.

—Eso a ti no te incumbe.

—Sí que me incumbe. Estamos viviendo juntas en el mismo sitio y tengo que aguantar tu cara *to* los días. Y que uses nuestro baño y toas las demás cosas. Josefina siempre dice que somos un equipo y que nos tenemos que apoyar las unas a las otras. Así es que si tú estás aquí, tendrás que tratarnos bien y si no, te vas.

—Déjala Puri —intervino Manoli—. Ya se dará cuenta.

—¡No me da la gana! Pregúntale a *la* María cómo nos mira. Siempre con cara de asco como si fuéramos una basura. ¡Y la basura es ella!

—Ja! —exclamé exasperada—. Mírate tú. Mira la cara que tienes, mira tu aspecto. Das asco.

Puri se vino hacia mí con el puño en alto y la cara desencajada. María la sujetó del brazo mientras Manoli daba unos pasos hacia atrás y se refugiaba detrás del sofá.

—¡Cálmate, Puri! Lo último que nos faltaba era liarnos a tortazos. Escúchame bien —dijo

mirándome incisivamente—. No voy a consentir insultos aquí, ¿me oyes? Ni que arremetas contra nosotras creyéndote superior. No sabes nada de nuestra vida, lo mismo que nosotras tampoco sabemos nada de la tuya, pero puedo asegurarte que no eres mejor persona por venir de donde vienes. O nos respetas o te vas a la puta calle, que nosotras estábamos muy tranquilas aquí hasta que tú llegaste, ¿te queda claro? Hemos pasado por muchas cosas en la vida y una yupi como tú no va a pasar también por encima de nosotras. *La Puri* y *La Manoli* son muy buena gente, ¿sabes? Sólo que han tenido muy mala suerte en la vida. Así es que bájate del pedestal ese en el que estás subida y no nos toques las narices, que torres más altas han caído.

Un silencio sepulcral invadió la habitación rompiéndose por la estridencia del llanto de Paula. Mi pequeña se aferró a mi pierna y escondió la cabeza entre sus brazos mientras sollozaba de manera incontrolada. El completo bloqueo de mi cuerpo no me permitió moverme y mi mente no supo cuál era la salida más airosa en aquella situación. Batirme en retirada me parecía humillante, pero no podía hacer nada contra ellas. A pesar de todo, una parte de sus palabras produjeron en mí una especie de espasmo desconocido.

—Pobre *desgraciá* —continuó murmurando Puri bajo la supervisión de María—. ¡Vete por ahí a darte un paseo, a ver si te aireas y se te evaporan los malos humos!

Pensé que aquella era la mejor opción. Giré en redondo con Paula en brazos y entré en mi habitación con ánimo de vestirme y salir a comer. Después podríamos ir al parque hasta que anocheciera. Todo con tal de estar bajo aquel techo el menor tiempo posible.

Después de dos horas aún me temblaban las manos. Me sentía mal conmigo misma y no acertaba a saber por qué. Ellas se movían como pez en el agua y yo como una trucha en medio del océano. A medida que íbamos caminando, Paula no cesaba de mirarme con los ojos llorosos y haciendo pucheros. Apenas comí y ella también parecía haber perdido el apetito.

Deambulamos sin un destino fijo durante un buen rato. Los comercios ya estaban cerrados y no se veía un movimiento excesivo de gente ni de tráfico, al menos en las calles más estrechas de aquella barriada. Me entretuve en mirar hacia arriba, hacia abajo y en todas las direcciones posibles para analizar con detalle el lugar por donde tendría que desplazarme hasta quién sabía cuándo. Las voces salían por las ventanas. Infantiles, adultas, graves o agudas, confundiendo en ocasiones con músicas estridentes o aflamencadas. Programas de televisión, anuncios publicitarios..., cientos de vidas independientes prácticamente revueltas en el mismo espacio.

A pesar de mi desagrado, me sentí tranquila paseando. Josefina había insistido en que allí no solía producirse un número mayor de altercados que en cualquier otra zona de Madrid, a excepción de las urbanizaciones de la sierra madrileña de donde yo procedía, pero sólo porque podían permitirse la contratación de medios de seguridad materiales y humanos. Aun así, mis miedos personales me resultaban difíciles de superar, por lo que no cesaba de inspeccionar el terreno circundante para poder sortear cualquier indicio sospechoso antes de cruzarnos con él.

Llegamos a un parque y dejé que Paula corriera hacia el albero para jugar con la arena. Me incomodaba pensar que después tendría que usar la bañera al llegar a la casa, pero lo que dijo Puri me dolió: que la tenía amargada y que no jugaba con ella. Puede que hasta tuviera razón.

Unos niños se acercaron y sacaron sus muñecos a escasos centímetros de donde estaba mi hija. Automáticamente quise ver quiénes eran sus padres, cómo era su aspecto. Sólo había mujeres allí, y pocas de ellas vigilando. Se mostraban distendidas, charlando, con una tranquilidad aparente y nada a lo que temer. Sólo una silueta masculina podía verse desde donde yo estaba sentada, pero no

apreciaba bien sus facciones, el sol ya estaba muy bajo y me deslumbraba al mirar en su dirección. No sabía cuál de aquellos podría ser su hijo, o su hija. En el rato que estuvimos allí ninguno de ellos se aproximó a él; sin embargo, no se marchó.

A las seis de la tarde comencé a tener frío y me acerqué a Paula para decirle que ya nos íbamos. Aquel hombre se arrellanó en el banco, titubeando entre levantarse o permanecer sentado. En ese momento no di importancia al gesto, pero no me gustó comprobar que se incorporaba al tiempo de marcharnos y que salía del recinto de aquel parque a unos cincuenta metros por detrás de nosotras. Iba enfundado en una chaqueta corta, algo gruesa, y conservaba puestas las gafas de sol. La barba descuidada y las sombras largas del comienzo del anochecer oscurecían su rostro y le hacían parecer demacrado y tenebroso.

Comencé a ponerme nerviosa. Aceleré un poco el paso y me cambié de acera buscando el refugio de los coches aparcados. Lo perdí de vista hasta que torcí la esquina de la calle y tuve la templanza de esperar unos segundos para luego dar marcha atrás y asomarme al lugar por donde habíamos venido. Y allí estaba él, caminando en nuestra dirección de forma presurosa, sin nadie más que lo acompañara. Mi corazón comenzó a palpar a un ritmo inusual. Tanto tiempo allí sentado pacientemente para caminar después con tal rapidez. No me cuadraba. Me puse el bolso en bandolera y cogí a Paula para salir corriendo. No llevaba dinero, lo había gastado en la comida, pero robarme los documentos sería el colofón a mi desgracia, sin contar con el susto de verme en aquella encrucijada por primera vez en mi vida. El aliento comenzó a sucumbir cuando aún estaba a unas cuantas calles de la casa. Me crucé con varias personas, pero fui incapaz de pedirles ayuda y ellas tampoco mostraron una actitud extraña al verme correr. Puede que todo fuera producto de mi imaginación y que en realidad aquel tipo no me estuviera siguiendo, o puede que situaciones de esa índole se dieran, contrariamente a la opinión de Josefina, con más frecuencia de lo habitual y todos quisieran evitar verse involucrados.

Aquella sombra aceleró aún más. Sentí miedo incluso de entrar en casa, no quería que supiera dónde vivía, ni que pudiera atacarme en el interior del portal. Aunque tampoco creía que tuviera una fijación especial por mí; supongo que mi aspecto le habría llamado la atención pensando que llevaría encima más recursos materiales que cualquier mal vestida de las que había en el parque.

A diez metros de la entrada, un coche se detuvo y una vecina de mi misma planta bajó de él. Me saludó cortésmente y entonces vi como el tipo se paraba en seco al principio de la calle. El auto siguió su camino, pero la mujer entró y yo la seguí como alma que lleva el diablo, ahogada por la falta de oxígeno y temblando de miedo. Saqué la llave con grave dificultad y entré en casa cerrando la puerta de inmediato. Ahí me derrumbé. Abracé a Paula y me senté en el suelo llorando desconsolada. El cúmulo de emociones que llevaba a la espalda se desbordó al hacerse añicos la presa que las contenía.

35.

—¡Joder, qué cara traes! Parece que has visto al diablo —me dijo Puri antes de volver a desaparecer camino de la cocina.

María se acercó al oír mi llanto y permaneció un rato de pie junto a mí, mirándome en silencio y supongo que preguntándose lo que me pasaba. A los pocos minutos me acercó un vaso de agua con el rostro serio.

—Toma, anda, bebe. —Negué con la cabeza—. Cuéntame que te ha pasado, antes de que me arrepienta y te deje ahí tirada.

La miré. Me sentí ridícula con mi actitud y traté de recomponerme.

—Un tipo nos ha venido siguiendo desde el parque, nada más.

—¿Te ha hecho algo? ¿Te ha dicho algo?

—No, pero nos estaba vigilando desde que llegamos. Luego ha echado a correr, casi, para no perdernos de vista. Ha llegado prácticamente hasta el portal. No sé lo que quería, tal vez robarme. ¡Oh, Dios mío, he pasado un miedo horrible!

El temblor de mis manos regresó y volví a desmoronarme. Oí los pasos sigilosos de Manoli acercándose a donde yo estaba. Levanté la cabeza. Su tez lucía blanca como la pared. Se agachó despacio hasta ponerse a mi altura.

—¿Cómo era? —me preguntó con voz temblorosa.

—No pude verlo bien, el sol me deslumbraba, había demasiadas sombras. Alto, moreno, creo, con un poco de barba, chaqueta corta y gruesa, botas de montaña...

—¡Que no es el tuyo, Manoli, no te obsesiones! —apuntó María—. Además, a ella no la conoce, ¿para qué iba a seguirla?

—No puedes fiarte de esos cabrones —intervino Puri—. No sé cómo se enteran de *to*, pero lo hacen.

—¡Bueno, vale ya, Puri! —ordenó María—. No eches más leña al fuego. Y tú tranquilízate. ¿Quieres una tila? —me preguntó.

—Yo la hago. Le haré otra a *la* Manoli. Mira cómo está.

—Vamos a sentarnos —me dijo condescendiente. Yo me levanté y la seguí, no soportaría estar sola—. Manoli, dale alguna galleta a la niña, seguro que no ha merendado.

María esperó a que se perdieran por la puerta del salón. Su semblante serio no había cambiado, pero su voz era tranquilizadora.

—Tiene un miedo gigantesco. Siempre piensa que la está acechando. —La miré con un interrogante en la cara. No sabía de qué me hablaba—. Su marido, la tiene acojonada. Ya han tenido

que buscarle piso nuevo varias veces. Ese hijo de mala madre siempre acaba encontrándola. Esta vez lo tiene más difícil, se ha venido a Madrid.

—¿El ojo...? —insinué.

—Le dio con la culata de la escopeta de caza. Casi lo pierde.

Manoli apareció en compañía de Paula. La sonrisa volvía a surcar sus mejillas.

—¡Me ha *dao* un beso cuando le he *dao* la galleta! —exclamó eufórica.

—Aquí traigo las tilas, a ver si os quita el hipo. No puedes ir *vestía* así, marquesa, eres como un imán *pa* los gandules. Conmigo no tienen riles de meterse, le doy una hostia que los mareo, y si me la devuelven, como ya me faltan dientes... —Puri se echó a reír, orgullosa de una fortaleza que yo desconocía si era tal y como aparentaba.

—¿Qué te pasó? —me atreví a preguntar agradecida por el gesto de la tila.

—La heroína que es *mu* mala. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No deseaba seguir viviendo allí, no podía consentir que esa basura rondara a Paula tan de cerca—. No te asustes, marquesa —me advirtió sonriendo y dejando entrever los huecos de su boca—. La estoy dejando, *pa* eso estoy aquí. Ya llevo un año con la metadona y esta vez no pienso recaer, por mis muertos que no.

—Ha llamado Josefina —me anunció María—. Ha hablado con la guardería y sabe que no has llevado a la niña en toda la semana. Quería saber por qué.

—Ya.

—Volverá a llamar.

No dije nada. Paula tenía plaza reservada desde que llegamos, pero se me hacía cuesta arriba dejarla allí sola, no sabía lo que se iba a encontrar ni cómo iba a aguantar tantas horas lejos de mí. Mientras yo careciera de trabajo no sería necesario llevarla, pero claro, tal vez lo mejor fuera acostumbrarla para cuando llegara el momento. No habíamos ido a visitarla, no sabía ni donde estaba. Y lo peor era que sentía un miedo atroz a volver a salir a la calle.

—Si quieres, mañana te acompaño —se ofreció María que parecía haberme leído el pensamiento en los posos de mi tila.

—Está bien.

Me levanté del sofá y cogí a Paula de la mano para bañarla, tenía el pelo amarillo y lleno de arena. Salí despacio de allí, notando una pesadez extrema en las piernas.

—¿Ves? —oí a Manoli—. Te dije que ya se daría cuenta.

—De qué.

—De que nos necesita.

Un Mickey Mouse dibujado en la fachada nos dio la bienvenida, invitándonos a pasar a un espacio multicolor donde una treintena de niños correteaban, jugaban, lloraban y gritaban al unísono sin que las monitoras dieran abasto a atenderlos a todos. «Los principios de curso eran terribles», se justificaron, pero después de algo más de dos meses desde el comienzo, aquello denotaba en realidad una incompetencia pedagógica absoluta, sin obviar que el número de monstruitos a los que daban acogida en un mismo espacio era a todas luces excesivo.

Nos enseñaron el recinto. Una sala educativa de medianas dimensiones; un baño compuesto por cuatro retretes minúsculos y tres lavabos a la altura de mis rodillas; un comedor con varias mesas de colores, sillas pequeñas, un mueble con el menaje desgastado de cristal transparente de *duralex* y un refrigerador para los postres; un despacho administrativo anticuado, y un pequeño patio con un recinto delimitado de albero donde poder revolcarse de cualquier forma, como única y rudimentaria diversión a falta de otros artilugios más apropiados para los niños. El horario era de nueve a cinco y la comida, de catering. Los dibujos de las paredes y la decoración artesanal intentaban disimular la mala conservación del inmueble, al igual que la sonrisa y la excesiva tranquilidad desbordada por la monitora intentaban disimular el comportamiento de aquel batiburrillo multirracial que yo no terminaba de digerir. María me dijo por lo bajito que estaba genial. Lo que yo habría dado por que viera las escuelas infantiles de La Luna, a ver si entonces seguía opinando lo mismo.

—La primera semana no cumplimos el horario completo. La adaptación es paulatina, sobre todo si no ha estado ya antes en algún otro centro infantil. Comenzamos con dos horas. Hasta el viernes no se quedará a comer. Al principio, cuesta, pero no se preocupe, todos se adaptan.

«De estos supervivientes no me extraña» —pensé—, «pero la mía es de otra casta.»

—¿Se queda ya, entonces? —pregunté un poco alarmada.

—Sí. Sobre las once y media puede venir a recogerla.

—¿Y si quisiera hacerlo antes?

—No se lo recomiendo, con eso lo único que consigue es ralentizar su adaptación. Entiendo que esté preocupada, pero Paula estará bien, no lo dude.

No lo habría dudado si no fuera porque seguía llorando cuando volví a recogerla. Tenía los ojos enrojecidos y el corazón encogido. Me hubiera gustado saber si habían intentado consolarla, pero mucho lo dudaba. Meter en vereda a tanto energúmeno debía de ser agotador.

Aspiré oxígeno y saqué a mi hija de allí prometiéndome a mí misma que seguiría las recomendaciones de aquella... ¿profesional? Pero me costó un arduo esfuerzo conseguirlo. El progreso era muy lento, excesivamente lento, y la gota que colmó el vaso fue la comida del viernes. No quise ni preguntar lo que le habían dado, pero suponía que no estaría en muy buenas condiciones trayéndolo desde el quinto infierno. Y allí no había concesiones. Comía o comía. Lo quisiera o no.

A las seis de la tarde del viernes, una vez terminado el calvario y planteándome seriamente la posibilidad de sacarla de allí, recibí la llamada de Josefina.

—He encontrado algo para ti. Un restaurante. Necesitan refuerzos de cara a las Navidades. Ahora sólo serán unas horas al día, cuatro o cinco, de once de la mañana a cuatro de la tarde, más o menos. Un apoyo a la hora del almuerzo, pero si te va bien, es posible que puedas continuar.

—¿Un restaurante? —pregunté entornando los ojos.

—En la cocina —Josefina esperó mi reacción, pero me contuve—. Y por la cuenta que te trae, seguro que te va a ir bien.

—¿Dónde está?

—En Moratalaz, en la zona de Marroquina.

—¿Cómo está de lejos?

—Tienes la línea 100 de autobús que comunica las dos barriadas sin que tengas que hacer trasbordo. Y el horario te permite compaginarlo con la guardería de Paula. Mejor imposible —dijo

con entusiasmo—. Aunque a ti no te noto muy contenta, que digamos.

—No estoy acostumbrada a esto, tantos cambios me sobrepasan. No me da tiempo a asimilar unos cuando ya tengo otros encima. Pero me alegro, por supuesto. Las reservas están ya bajo mínimos —susurré con angustia.

—Comienzas este lunes. —«Pobre Paula», pensé—. Preséntate allí a las diez de la mañana y pregunta por Ana. Es la jefa de cocina.

—De cocina...

—¿Prefieres servir mesas? —preguntó con rudeza al advertir mi comentario.

—¡No, no, no!

—Entonces me temo que comenzarás fregando platos, a no ser que tengas habilidades culinarias ocultas.

Miré mis manos. Llevaba las uñas sin pintar, alguna incluso rota, y dos dedos picados por el detergente y la lejía que usaba para quitar a mano la roña en la ropa de Paula. Y aún no había empezado a trabajar. Moriría en el acto si alguna de las chicas me viera fregando platos en una cocina de restaurante.

No hacía falta que me vieran, con que lo supieran, moriría igual.

—¡Olga!

—Qué.

—Déjame en buen lugar. Ana es mi amiga desde hace muchos años y no me perdonaría que le enviara una patata caliente.

Su comentario me ofendió. Era evidente que yo no le gustaba, no entendía por qué me ayudaba entonces. Tal vez por celo profesional. O quizás por un reto personal.

A las diez y cuarto de la mañana conseguí alcanzar la puerta del restaurante. Había dejado a Paula en manos de la monitora con una sonrisa de oreja a oreja. La miré perpleja, descubriendo cómo se iba derecha a uno de los rincones donde una cocinita de su tamaño hacía las delicias con sus pequeños cacharros y sus puertas batientes donde ocultar sorpresas. No me vio irme, siguió de espaldas ignorándome por completo. «Todos se adaptan» —me recordó la *seño* sonriendo.

Salí de allí sin ninguna excusa válida para eludir mi siguiente gran problema: adivinar cómo demonios funcionaban los transportes públicos en Madrid, no los había usado nunca. Puestos a elegir, agradecía poder trasladarme en autobús en lugar de hacerlo en aquel otro transporte de masas que no había visto jamás, a excepción de en alguna película en la que apareciera el metro de Londres, París o Nueva York, aunque seguía produciéndome una cierta repulsa compartir espacio con personas desconocidas a la hora de viajar. Mis dudas no se las planteé a María, ni a ninguna de las otras dos, sólo me faltaba hacerlas sentir importantes por conocer lo que yo ignoraba, o darles pie a que se rieran en mis propias narices de mi «falta de mundo», como ya me habían criticado en más de una ocasión. Preferí abordar a una señora de rostro amable que encontré recostada sobre el punto de información anclado en el suelo que mostraba el número del bus que yo debía tomar. Mentí diciendo que era la primera vez que viajaba a Madrid y que necesitaba hacer uso de aquel transporte en defecto de una línea directa de metro que me llevara a Vicalvaro, y que desconocía dónde comprar el billete, cómo usarlo y dónde debía subir y bajar de aquel trasto. Me mostró la ruta, me señaló las paradas más próximas a mis lugares de partida y destino y me informó exhaustivamente de

la forma más rentable de viajar.

Me subí a aquel vehículo a la par de los demás. No encontré un asiento libre, la mayoría iba de pie, con los brazos en alto para agarrarse a las barras horizontales y verticales que servían de sujeción, dejando libres los aromas íntimos y a veces agrios producidos por el sudor. Múltiples conversaciones se entremezclaban a mi alrededor bajo la atención ausente de quienes ya sabían adónde iban y dónde se tenían que bajar sin apenas mirar referencia alguna. Menos yo, que por más que aguzaba los sentidos para habituarme a aquello lo antes posible, más me preguntaba cómo tantos de ellos podían llevar años utilizando aquel medio incómodo con total normalidad.

Al llegar al restaurante, me acerqué a un tipo vestido de negro con un delantal que mostraba el emblema de la empresa y que se paseaba con diligencia por entre las mesas sirviendo cafés, tostadas y zumos variados. Me indicó que me adentrara en un pequeño pasillo, en dirección a los servicios, hasta encontrar una puerta con un cartel de *PRIVADO* en color blanco. La empujé con timidez y vi a dos personas afeitadas sobre una mesa de trabajo.

—¿Ana? —pregunté mirándolas a las dos.

Una mujer de mediana edad, con el pelo corto acaracolado e invadido de canas levantó la cabeza. Sus rudas facciones, su cara lavada, exenta de maquillaje y su hombruna corpulencia me intimidó. No la esperaba así. Ella me recorrió con la mirada sin decir nada. No creo que yo la intimidara también, tal vez la sorprendí, a juzgar por su primer comentario alejado por completo de un saludo de bienvenida.

—Ropa poco adecuada para estar aquí. Toma, ponte este delantal si quieres conservar esa blusa indemne. Con la seda no es recomendable usar lejía. —Me lanzó un trapajo enorme con unos largos cordeles para anudármelos a la espalda y al cuello. Estaba horrorosa, esperpéntica, pero ellas también lo llevaban—. Y te recomiendo que te pongas zapatos planos. Como te pases cinco horas diarias moviéndote por la cocina con esos tacones, vas a acabar con unos juanetes descomunales, llenita de durezas y con los gemelos contracturados. —Me miré los pies. No sabía a lo que se refería con lo de los juanetes. Ella llevaba unos zuecos con diminutos agujeritos en color blanco y una cuña de unos dos centímetros de grosor, similares a los que usaba el personal sanitario. Josefina no me había advertido nada de eso, cómo lo iba yo a saber—. A todo esto, tú debes de ser Olga —dijo limpiándose las manos en un pequeño trapo gris—. Encantada de conocerte.

La manera en que lo dijo, carente de emotividad alguna, me indicó que aquello era una mera formalidad.

—Y tú debes de ser Ana —apunté con la misma tesitura de voz. Ella asintió con la cabeza.

—El horario es de once a cuatro, como ayudante de cocina, hasta que pasen las Navidades, o sea, hasta dentro de un mes. Luego, ya se verá. Tómate un café o lo que quieras, lo paga la casa, y en treinta minutos te quiero por aquí funcionando. —Eso ya lo sabía. Lo que no me había dicho ni ella ni Josefina era cuánto me iban a pagar. Me dio reparo preguntarlo, después de la advertencia de la asistente social de trabajar en lo que surgiera sin contemplaciones. La sutil amenaza de hacerse cargo de Paula si fuera necesario me acobardó—. ¿Sabes algo de cocina? —me preguntó al volver.

—Poco.

—¿Poco o nada? —sonrió.

—Nada.

—Ahí tienes un cesto de patatas y en la pared hay un juego completo de cuchillos. Empieza a

pelar, eso no tiene misterio.

Pero sí que lo tenía. Tardé casi diez minutos en quitar la piel a la primera. Me estuvo corrigiendo como si me diera instrucciones para aprender a conducir. Cómo coger la patata, cómo agarrar un pelador extraño que se me escurría irremediablemente y que se atascaba sin remisión al pasar por alguna rugosidad y cómo evitar que la mitad de la patata se fuera pegada a la piel que le estaba quitando. «Si no tienes más cuidado, nos vamos a tener que comer la cáscara también. Estás desperdiciando la mitad de la patata». Después de la piel, llegó el corte. Alargadas y finas, alargadas y gruesas, a tacos, a rodajas... Aquellas tres horas primeras constituyeron un monográfico de patatas. Me dolían las palmas de las manos de sujetarlas y tenía resentido el tendón del pulgar de presionar el pelador. Me dolían los pies y la zona lumbar. Y me dolía el amor propio de verme allí haciendo el mismo trabajo que mi cocinera inmigrante.

—Ya vale de patatas. Se están acumulando platos, el lavavajillas está a tope. Llena ese fregadero de agua. Ahí tienes detergente y un estropajo.

Miré a una pila de platos que había sobre la mesa. Estaban bañados en restos de comida, salsas, servilletas pegadas después de haber sido usadas y hasta motas de ceniza por haber fumado sobre ellos. Se me revolvió el estómago de pensar que tuviera que tocarlos.

Ana me vio dubitativa.

—¿A qué esperas? Quita los restos, échalos en ese cubo de basura y mete los platos en el agua para que se vayan remojando. —Abrió el grifo, puso el tapón del fregadero y dejó que se llenara. Cuando sumergí los platos en él, el agua no tardó en ponerse turbia y con la superficie grasienta y aceitosa, y los restos de comida que aún quedaban comenzaron a navegar por ella a la deriva. La espuma del detergente se tornó multicolor. Busqué unos guantes con disimulo, pero no encontré nada que se le pareciera. No me atrevía a meter las manos allí, me daba un asco terrible—. ¿Piensas empezar algún día o tendremos que servir el guiso en las ollas? —me gritó Ana con la paciencia perdida. La miré con desafío, no me gustaba el tono imperativo con que me hablaba. Ella me sostuvo la mirada, altiva y segura en su posición dominante. Entorné los ojos, sumergí las manos y apreté la mandíbula para no vomitar cada vez que al trastear el agua para sacar un plato, toqueteaba aquellos barcos orgánicos de repugnante procedencia. Cuando dieron las cuatro, saqué las manos de allí, fui al servicio y me las lavé a conciencia con jabón. Me sequé con servilletas de papel y volví a la cocina. Ana me miró con los brazos en jarras—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien —susurré desmoralizada.

—¿Vuelves mañana?

—Sí, claro —contesté resignada.

—Descansa —me recomendó con una leve sonrisa burlona—. Mañana nos vemos.

No comí. El asco me inundó el estómago de tal forma que no dejó sitio para nada más. Recogí a Paula de la guardería y su abrazo me supo a gloria. Al menos ella lo había pasado bien. Pero aquello no podía durar mucho, me dije una y otra vez. Aquello tenía que cambiar.

36.

El dolor de gemelos me acompañó durante toda la jornada siguiente a pesar de haberme calzado unos zapatos planos que llevaba años sin usar. Y una incipiente tendinitis en la muñeca derecha me estuvo machacando de manera intermitente cada vez que la giraba algo más de lo habitual.

Ana casi ni me saludó cuando llegué, se limitó a mirarme sin perder el ritmo de su quehacer. Preparaba un menú completo a diario. Muchos trabajadores de los alrededores solían comer allí por un precio módico —según ella—, albañiles, comerciantes y algunos pequeños empresarios con jornada europea de nueve a cinco o seis de la tarde y sólo una hora para almorzar. A mí el precio me parecía irrisorio. Ochocientas cincuenta pesetas por dos platos, postre, bebida y pan. No sé dónde estaba el margen de ganancia, aunque claro, como primera opción siempre se ofrecía un potaje barato: lentejas, habichuelas, garbanzos, sopa de picadillo, de ajo, de tomate, de fideos... Cuando me asomaba a la olla enorme donde Ana volcaba aquella ristra de legumbres que se maceraba a fuego lento, me moría de asco. Pero la gente lo comía. Una pasta espesa y oscura repleta de lentejas con un pequeño trozo de tocino o de chorizo, y la gente se lo comía. No solía sobrar nada. Parecía que Ana tuviera contados por adelantado todos los cubiertos que iba a servir. Ni sobraban ni faltaban.

Estuve partiendo pimientos, tomates y cebollas durante una hora y media. La primera bronca me la gané cuando comencé a trocear los ajos. Se echaban enteros. No sabía si me revolvían más el estómago los potajes o las voces impertinentes de Ana. Mari Paz, la pinche de cocina que también trabajaba allí, no parecía inmutarse. O estaba acostumbrada a su mal genio o es que no le afectaban porque no iban con ella. No me dirigió una palabra en el primer día y en el segundo se mantenía exactamente en la misma postura.

—Recógete el cabello —me dijo Ana de pasada mientras troceaba el chorizo—. No quiero pelos en la comida. —Saqué una goma del bolso y me la coloqué con pausa. Estaba cansada. Miré el reloj. Aún eran las doce y media. Faltaban los segundos platos por hacer, algo más elaborados pero a años luz de la alta cocina. Con la cantidad que poníamos en cada servicio podían comer tres personas en el Asador de Juan—. ¡Muévete, demonios! Haces más paradas que el metro.

—¿Siempre eres así de desagradable?

Lo dije espontáneamente. No lo pensé. Ella me miró ofuscada.

—Estoy un poco cansada de chicas flojas que pretenden ganarse el sueldo con el mínimo esfuerzo.

—Claro, y yo soy una de esas.

—En mi cocina, todas son culpables hasta que me demuestran lo contrario. Tú aún no lo has hecho.

—Llevo sólo dos días.

—Uno y medio. A ver hasta dónde llegas.

—¿Qué insinúas? Me estás prejuzgando de forma gratuita.

—Vienes a trabajar vestida de alta costura, con manos casi perfectas, pelo perfecto, maquillaje perfecto, ni una arruga en la cara y a las dos horas de estar aquí, te duelen los pies, la espalda y la muñeca derecha, tienes una cara de asco insoportable y no dejas de mirar el reloj deseando marcharte. ¿Te parece que te juzgo gratuitamente?

—Nunca he trabajado en una cocina. Necesito tiempo para acostumbrarme.

—Creo que nunca has trabajado en nada.

—¿Qué te ha dicho Josefina de mí?

—Échale el chorizo y remueve. No me ha dicho nada. No hace falta que me diga nada. Ya lo veo yo por mí misma.

—Bien, pues si no soy de tu agrado, dímelo y me marchó.

—No digas bobadas. Friega esas sartenes, las vamos a necesitar. Me temo que estamos condenadas a entendernos. Yo no puedo fallarle a mi mejor amiga y tú no estás en disposición de ir por ahí haciéndote la gallita.

—Tampoco estoy tan mal como para aceptar cualquier trabajo con un trato denigrante.

—¡Denigrante! ¡Qué sabrás tú lo que es denigrante! Estás recién llegada, no tienes ni idea de lo que es un bar, no tienes currículum ni formación, y aun así, vas a cobrar cincuenta mil pesetas por un trabajo de cinco horas, asegurada y con todos los derechos laborales reconocidos. ¿Eso es algo denigrante? El trabajo de prostituta sí que lo es.

—No estoy hablando del trabajo, me refiero al trato.

—Por la forma en que me miras cuando te doy órdenes, yo diría que tú me tratarías a mí aún peor si tuviéramos los papeles cambiados. —No contesté. Llevaba razón. Tenía la misma forma de hablarme que a Mari Paz, pero yo era incapaz de soportarlo. Treinta y dos años dando órdenes eran demasiados para invertir los papeles a estas alturas—. Friega esas sartenes, lávate las manos y sal ahí fuera. Un camarero está enfermo y Juan necesita ayuda para servir las mesas.

Me descompuse. En la cocina podía mantener el anonimato, pero fuera, a la vista de todo el mundo... Abrí la boca para lanzar mi protesta pero me la tragué al ver la cara de pocos amigos de Ana, con la boca rígida y la ceja izquierda elevada hasta el nacimiento del pelo. Me quité el delantal, me lavé las manos y salí. Juan me dio una pequeña libreta y casi me empujó a tomar la comanda de los primeros clientes que llegaron para comer.

—¡Hombre, Juan! ¿Camarera nueva? ¡Ésta me gusta más que *el* Antonio! ¿Cómo te llamas, guapa?

—Lo acuchillé con los ojos. Me recordó a las películas americanas en las que los camioneros tocan el culo a las camareras cuando se acercan a servirle los huevos revueltos y el zumo de naranja—. ¡Uuhhh! Esta gatita muerde.

—No te pases, Manolo —advirtió Juan—. Es su primer día. Trátala bien.

Manolo cerró el pico sonriendo lascivamente y soltó de carrerilla su petición culinaria. Hice un esfuerzo tremendo por no olvidar nada antes de anotarlo; por nada del mundo querría pedirle que me lo volviera a repetir, aguantar sus comentarios jocosos sería excesivo. Los dos compañeros que estaban sentados junto a él pidieron por turnos, pronunciando con lentitud y dejándome tiempo más que suficiente para escribir. Creo que no querían que me alejase de la mesa. Noté sus ojos clavados en mi trasero cuando me di la vuelta para pasar la nota a la cocina.

—No salgo más. Son unos cerdos —exclamé delante de Ana—. ¿Así son todos?

—No. Sólo algunos. Pero son buenos clientes, así es que no vamos a andarnos con remilgos.

—¡Juan! —se oyó a los lejos—. Dile a la nueva que venga, que quiero cambiar el primer plato.

Las risas inundaron el comedor. A mí me cambió la cara.

—Deja —dijo Ana.

Empujó las puertas batientes de la cocina y salió dando grandes zancadas con su hombruna corpulencia.

—¡Escúchame bien, Manolito! —le dijo con sorna—. A mis niñas, ni esto —advirtió uniendo el índice y el pulgar—. Otro comentario de mal gusto y te pongo las lentejas de sombrero, ¿me has entendido, guapo?

—¿Y qué le digo a mi mujer? —contestó provocando la risa de los demás.

—No hagas que te suelte una obscenidad. Se llama Olga. A ver lo que le dices a partir de ahora. Te estaré escuchando.

—¡Cualquiera se mete con ésta! —dijo susurrando—. Te da una hostia y te estrella.

Volvieron a reír. Ana me indicó con un gesto que saliera y continuara con mi trabajo. Perdí la cuenta de los viajes que hice de la cocina a las mesas y de las mesas a la cocina, pasando por la barra para recoger las bebidas y los postres del congelador. Continuaron los comentarios en voz baja de algunos otros clientes que llegaron después. No pude evitar oírlos, a pesar de la advertencia de Ana de que los obviara. Me acordé de Pablo y de lo que habría hecho de haberlos escuchado. Probablemente, les habría partido la cara allí mismo. O no. Habría sonreído orgulloso, me habría agarrado por la cintura y, delante de sus narices, me habría arreado un beso de tuerca para dejarles clara su posesión.

A las cuatro y diez minutos salí del restaurante con un cansancio tres veces mayor del que tenía al entrar. Caminé hasta la parada de autobús pensando en las cincuenta mil pesetas de que había hablado Ana. Eran una auténtica porquería, por mucho que ella lo quisiera justificar. Con ese dinero no tendría para nada. Recordé entonces sus palabras: «A ver hasta dónde llegas». Por un momento le di la razón. A ese paso, no muy lejos.

Al cabo de dos semanas iba arrastrándome por las esquinas, deseosa de llegar a casa y dormir. Sólo quería dormir. Pero Paula quería jugar. Ella sólo quería jugar. Si el tiempo en el restaurante se me hacía eterno, más aún lo era el resto de la tarde hasta conseguir que mi hija se durmiera. Teníamos trocadas las horas de sueño. Ella salía de la guardería con la siesta dormida y era entonces cuando yo la necesitaba. Me resultaba agotador ocuparme de ella permanentemente, además de cumplir a rajatabla con mi parte de limpieza en el piso compartido. No había forma de eludirlo. Puri se ponía en jarras delante de mí nada más llegar y no paraba hasta verme sacar el cubo y los demás bártulos de limpieza. A veces conseguía escurrir el bulto aludiendo a que Paula quería ir al parque y debía aprovechar el poco rato de sol que aún quedaba. Pero a la vuelta volvía a encontrármela de plano, esperándome. «Cucha, marquesa. Que a ti te quito yo el título antes de irte de aquí. Remángate que tu parte es la única que queda».

En más de una ocasión tenía que detenerme en el supermercado de camino a casa. Raro era el día que no necesitaba comprar algo, a pesar de que ninguna de las dos almorzábamos allí. Pañales, yogur, pan, huevos, leche, mantequilla...; mil cosas insignificantes pero necesarias que me costaba un magno esfuerzo retener en conjunto para no tener que hacerme con ellas por partes. Cuando llegaba la noche y hacía balance de mi tiempo libre descubría que se había evaporado para no volver, al menos

de momento. ¿Cómo podía vivirse así una vida entera? ¿Cómo se aventuraban aquellas mujeres a tener dos, tres o cuatro hijos? ¿A hacer cálculos infinitos para poder comer, vestir y asearse con un mínimo de decencia? Tal vez hubieran nacido para eso. Tal vez un sexto sentido las preparaba ya desde el seno materno para soportar lo que después debían afrontar, con una resignación y un aguante heredado en los genes como el color del pelo o el de los ojos. Pero para mí constituía un símbolo inequívoco de esclavitud. Una esclavitud de la que confiaba en salir para retomar lo que un día me vi obligada a dejar atrás.

Respiré hondo y agilicé el paso para llegar a casa cuanto antes. Ese viernes me había propuesto no limpiar, dijeran lo que dijeren. Me iba a tumbar en la cama con mi hija hasta la hora de la cena, le haría una tortilla francesa y nos volveríamos a recluir en nuestro pequeño reino, alejándonos de la algarabía y las risotadas que suscitaba el cómico *Hostal Royal Manzanares* en mis compañeras de piso. Lo reproducían una y otra vez en un vídeo que no sabía a ciencia cierta cómo había llegado hasta allí, pero que no debía de ser muy legal cuando Puri lo escondía a toda prisa ante el anuncio de visita de Josefina, y lo visionaban en un televisor pequeño y anticuado que había venido a sustituir al aparato destrozado tiempo atrás. Yo no había vuelto a hablar con ellas desde el día de mi incidente, no tenía tiempo ni ganas. Prefería que Lina Morgan copara el diálogo en exclusiva.

Oí las voces al volver la calle. Un tipo enjuto, desgredado y con barba estropajosa llamaba a Puri con una extraña mezcla de estridencia y penosidad. Miraba hacia la terraza, esperando tal vez que ella apareciese en cualquier momento. Me quedé parada, no sabía si inmismirme o esperar a que aquella situación se resolviese antes de entrar. Algunos vecinos habían comenzado a asomarse a las ventanas, gritándole que se callara de una vez. Por un momento pensé que podría ser el hombre que nos había seguido a Paula y a mí aquel día y sentí miedo. Éste tenía un aspecto más demacrado y débil, pero no lo podía asegurar. Paula se refugió en mi pecho y yo subí apretándola contra mí.

La escalera era un hervidero de vecinos. Mi puerta estaba abierta y Puri salía y entraba mientras María y Manoli la sujetaban y trataban de convencerla de no bajar. Ella estaba desencajada. Pasé por detrás y me refugié en la cocina con la intención de entretener a Paula en terreno neutral.

—¡Puri! ¡Vente conmigo, cari, baja! —se oía gritar con voz lastimosa a través de las ventanas cerradas—. Yo te necesito, cari. Mira como estoy. ¡Hecho una mierda, una puta mierda! Y *to* desde que te *fuiestes*.

—No lo escuches —le decía María empujándola hacia el interior—. Sólo quiere darte pena, Puri.

—Pero es que no lo puedo dejar así. Yo soy buena gente, ¿sabes?

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé.

—¿Te vas a ir con él? Llevas un año alejada de esa mierda. Si vas con él volverás a caer.

—No, yo soy fuerte.

—¡¿Es que ya no me quieres, cari?!

—Te arrastrará, Puri. Aguantarás un día, dos, tres como mucho. Y al cuarto te meterás un chute para acompañarlo.

—Pero él me quiere y no tiene a nadie a quien acudir.

—Quiere dinero.

—No, no. Sólo quiere verme.

—Quiere dinero. Está con el mono. ¿Le vas a dar lo poco que sacas fregando escaleras?

—Pero lo necesita —decía lloriqueando y dejando al descubierto las negras oquedades de su boca.

—Así no lo ayudas. Que haga lo mismo que tú. Que le eche cojones y lo deje.

—Eso le decía yo. Pero es *mu* débil. Y yo lo puedo ayudar.

—Vamos a llamar a los de urgencias —intervino Manoli—. Ellos se encargarán.

—¡Puri! ¡Dame algo, Puri! ¡No puedo aguantar más!

—¡Que no, chato, que no! —gritó despavorida—. ¡Que te tienes que quitar!

—¡Esas cabronas te están comiendo el tarro! ¡Voy a subir!

María cerró la puerta de un golpe y echó la llave con determinación.

—¡No cierres, maldita sea! No tienes derecho.

—No vamos a dejar que entre en esta casa —advirtió Manoli.

—Tú no eres nadie *pa* decidir. ¿Y si fueran tus hijos? ¿Eh? ¿Qué harías si fueran tus hijos?

—Mis hijos no van a venir aquí.

—Claro, porque no tienen ni puta idea de dónde estás.

—Mis hijos no son drogatas. Si vinieran, sería *pa* ayudarme, no *pa* joderme la vida como a ti ése que está ahí abajo.

Los golpes en la puerta comenzaron a sonar.

—¡Lárgate de aquí si no quieres que llamemos a la policía! —grito María con rudeza.

—Tú no tienes valor *pa* llamar a la policía —anunció él con voz grave y turbadora.

—Pruébame y verás.

—Déjalo entrar, María —suplicó Puri.

—María, yo te conozco —dijo él en un tono inquietante—. La novia de un colega mío ha *estao* contigo en el trullo.

Ví como María daba un paso atrás. Manoli la miró con gesto perplejo. Y el mío ya... ni digamos. Aquel individuo dio un puñetazo en la puerta y la hizo vibrar. Paula comenzó a llorar.

—Qué quieres, chato.

—Ven conmigo a por caballo, cari —suplicó lastimeramente—. No puedo estar así. No puedo controlarme, estoy nervioso, tengo frío, estoy temblando. Voy a vomitar. Si no me meto algo me muero, cari. Seguro que me muero.

Me senté en el suelo de la cocina. Estaba estupefacta. No quería respirar por miedo a delatar mi presencia. No quería estar allí. Habría dado parte de mi vida por disponer de una máquina del tiempo que me transportara a años atrás. A avanzar no. Ya no confiaba en lo que me deparaba el futuro.

—¿Lo estás oyendo? —susurró Manoli—. No te quiere a ti, Puri. Quiere caballo. Te busca porque tú puedes dárselo con el dinero de tus escaleras. Es lo único que quiere y cuando lo tenga te dejará. Y si no lo hace, tú volverás a fumar y a pincharte. Se te caerán los pocos dientes que te quedan.

—Se te endurecerán las venas —intervino María—, tendrás infecciones de piel, te joderás los

órganos... Si no acabas además con sida, hepatitis o vete tú a saber.

Se me empezó a revolver el estómago. Puri apenas se mantenía en pie, tenía el rostro inundado en lágrimas y los ojos enrojecidos. Sus dos amigas estaban apostadas a ambos lados de su cabeza, susurrándole al oído toda una sarta de escabrosas premoniciones para hacerla reaccionar, temerosas de ser escuchadas por aquel energúmeno que seguía aporreando la puerta y provocando mi pánico y el de mi hija.

—Te lo estás inventando —dijo Puri dirigiéndose a María.

—Mi compañera de celda murió antes de que yo saliera. Tenía el cuerpo entero machacado por la heroína. No me estoy inventando nada.

Miré a María. Oírla hablar de celda me estremeció. ¡Quiénes demonios eran aquéllas tres y en dónde había osado meterme Josefina!

Puri se arrodilló junto a la puerta y la acarició.

—No puedo hacer nada, chato —dijo llorando—. Es lo mejor *pa* ti. Vete al hospital, ellos saben lo que te tienen que dar.

—¡Abre la puta puerta!

El colérico bramido tiñó de negro los rincones de la casa. Todas cerramos los ojos en actitud defensiva. Metí a Paula en la habitación, abrí la persiana de la terraza y pedí a voz en grito a los vecinos que llamaran a la policía, yo no podía hacerlo desde allí. Un hombre entrado en años, seboso y descamisado se adentró en su casa con paso lento. A través de los visillos blancos de sus cristales pude verlo con el auricular en la mano. En cinco eternos minutos, la sirena de un coche de policía retumbó en la calle. Cuatro minutos después, un servicio sanitario subió las escaleras. No abrimos la puerta. Lo único que pudimos apreciar fue la escasa visión que nos brindaba la mirilla. La voz quejumbrosa del *chato* se fue perdiendo poco a poco entre lamentos, amenazas y lloros. Aquella noche no las acompañó Lina Morgan. Ni a mí me acompañó el sueño. Permanecí toda entera con los ojos como platos, abiertos de par en par, mirando a través de la ventana la estrella más brillante del firmamento, la misma que podría verse, sin duda, desde cualesquiera de los rincones de La Luna. Pero con distinta luz.

37.

Había estado paseando durante horas por todas las calles cercanas a la Puerta del Sol, deambulando sin rumbo fijo, sin un destino prefijado adonde ir. Observando. Un barullo de gente de todas las edades y nacionalidad se movía como un enjambre de abejas, afanadas en sus quehaceres sin tocarse, sin apenas mirarse, pero con una sonrisa en el rostro de muchos de ellos que llegaba a resultarme odiosamente envidiable. Me pregunté si alguien me había mirado así alguna vez, cuando años atrás paseaba ese mismo veinticuatro de diciembre ajena a todo y a todos, centrada en mi propio mundo y en mi propia felicidad, más que plausible en aquel entonces. Corrillos de gente joven tomando vinos en la puerta de pequeñas tabernas atestadas, brindando y cantando villancicos sin rubor; dependientes envolviendo regalos de última hora, previstos para la aparición estelar de Papá Noel; turistas consultando el callejero de Madrid con la esperanza de no obviar nada que fuera digno de visitar; euforia en el ambiente.

Me senté con Paula en un pequeño velador, al lado de varias parejas de distendido semblante y charla amigable, de carácter alegre, ajeno a las prisas y a la preocupación. O al menos, así me lo pareció. Me sorprendí a mí misma analizándolos fijamente, preguntándome cómo serían sus vidas, qué les esperaba cuando se marcharan de allí y qué les había traído hasta aquel lugar.

Yo había salido de casa muy temprano aquel martes. Ana me había dado el día libre y necesitaba aire puro. Del bueno. Del que no podía respirar en aquel antro en el que ahora vivía, rodeada de miserias humanas que no me apetecía compartir porque las sentía como dignas de un mundo con el que no me identificaba. Una fuerza oculta me había impulsado a abandonarlo, aunque sólo fuera temporalmente, para disfrutar de nuevo del espejismo de verme envuelta por mi ambiente de siempre, el que solía disfrutar cada Navidad en compañía de los míos. Las calles del centro, las tabernas con prestigio y solera, los centros comerciales en donde acaparar lo inimaginable para regalar, para compartir con las amistades, para agasajar a quienes formaban parte de nuestro venerado círculo social. Los buenos restaurantes donde deleitarse no sólo el paladar sino todos los demás sentidos con su delicado entorno, su grata compañía y la desmesurada exquisitez con que éramos tratados. Pero para mi desgracia, aquel año sólo iba a poder vislumbrarlo todo desde el escaparate, como un niño glotón y harapiento que se relame al ver los dulces inaccesibles tras el cristal.

Miré a Paula y la angustia volvió a invadirme. Pablo siempre me había obsequiado con una joya en Nochebuena, regalo de Papá Noel. Yo sentía debilidad por lo americano y los Reyes Magos siempre me habían parecido una versión poco glamurosa. Prefería Santa Klaus. Aquella joya se convertía en la atracción de la comida de Navidad, que normalmente compartía con las chicas en alguno de los restaurantes de La Luna, a excepción de ciertas ocasiones en que los compromisos familiares nos habían estropeado la velada a alguna de nosotras. Ser el centro de atención me hacía sentir como una reina y Pablo se pavoneaba de su poderío económico por delante, para regodearse, por detrás, de lo que con aquel regalo trataba de paliar. Y yo no le había comprado nada a Paula que

mereciera realmente la pena. Éste era el primer año en que podría ser consciente de lo que significaba un regalo. Y yo no le había comprado nada digno a mi propia hija.

Apuré la cerveza y un pincho de tortilla reseca que me habían servido ya hacía casi una hora y me levanté. La algarabía seguía en la calle y en el interior de todos los establecimientos de aquella transitada zona, pero yo tenía que volver, muy a mi pesar, pero tenía que volver, no sin antes detenerme en algún centro de El Corte Inglés para recordar el estilo de las grandes firmas, de las fragancias embaucadoras de los buenos perfumes, de los poderes rejuvenecedores de los maquillajes invisibles a los que aquellas mascarillas de plástico antitranspirante pretendían imitar. No los podía olvidar. No los podía desterrar de mi mente. Porque tarde o temprano volverían a formar parte de mi vida. Estaba convencida.

Alrededor de las ocho, Paula comenzó a ponerse impertinente. Debía de dolerle el culo de pasar tantas horas sentada en su silla. Pero aquel día era mío, aquél era mi momento. Los últimos meses habían sido de una angustia constante y las últimas semanas de trabajo en el restaurante habían hecho una mella nada despreciable en mi físico y en mi mente. Sentía que me hundía y que lo hacía por días. No tenía ganas de hablar, de mirarme a la cara y ya ni de levantarme. Todo aquello me superaba y así se lo había hecho saber a Josefina en su última llamada telefónica. Su respuesta no fue muy alentadora para mí, yo la catalogaría de amenaza clara: «*Si dejas el restaurante, te despides de Paula*». Claro y contundente. No sabía hasta qué punto podría cumplirla, pero mi escasa claridad mental no me permitía averiguarlo en aquellos momentos.

Me adentré en la boca del metro para volver a casa. Perdí de vista los reflejos irisados de las luces de colores y dejé de oír los emotivos acordes de las canciones navideñas, dándome la sensación de haber sido engullida nuevamente por el submundo triste y desolador en el que pasaría la Nochebuena más oscura de mi vida.

—Han traído esto *pa* Paula —me dijo Puri nada más vernos entrar—. Un mensajero. Es un regalo.

Me quedé atónita. No sabía de quién podría ser.

—¿Traía tarjeta?

Puri me tendió un sobre pequeño con dibujos de colores. Lo abrí con incertidumbre. Se me vinieron escasos nombres a la cabeza, y algunos de ellos los fui descartando sobre la marcha hasta quedarme prácticamente en blanco. Una letra impresa en color celeste afloró al extraer la tarjeta. No estaba manuscrita. «Feliz Navidad, Paula. Papá.»

Me senté en la silla con el color de cara perdido. Un sinfín de preguntas se me agolpó en la cabeza. ¿Quién firmaba como «papá», si ni yo sabía quién era? ¿Cómo osaba asumir ese papel? ¿Y cómo había conseguido nuestra dirección? ¿Pablo? Imposible. Nos había largado de su vida, no iba a atribuirse una paternidad que me advirtió que impugnaría. ¿Quién entonces? Debía de ser una broma y de mal gusto, pero estaban consiguiendo inquietarme sobremanera. La primera advertencia de no abortar, las flores y la enhorabuena por el nacimiento de Paula, la historia perdida en el centro médico y ahora un regalo de Navidad. Aunar los detalles me erizó el vello. Y que supieran donde encontrarme, aún más.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó Manoli con entusiasmo.

—Dáselo, seguro que le gusta. Muchos niños no tienen la suerte de encontrarse un regalo esta noche —dijo María con pesadumbre en la voz y los ojos vidriosos.

La miré. Le tendí el regalo y llamé a Paula.

—Dáselo tú.

—¿Yo? ¿Me dejas que se lo dé yo? —preguntó emocionada.

Asentí con la cabeza. María sentó a Paula sobre sus rodillas y puso el paquete envuelto sobre su regazo.

—¡Mira, cariño, es para ti! Ha venido Papá Noel.

Puri y Manoli se acercaron, arrodillándose a ambos lados de mi hija. María arrancó el papel y una caja con un lado transparente dejó entrever una muñeca de cabellos dorados y ojos azules. A un lado había un biberón sujeto por un atadero de plástico y al otro lado, un cepillo pequeño para peinarla y un chupe con el que hacerla callar cuando arrancara a llorar. Paula sonrió ilusionada. María abrió la tapa y con ayuda de unas tijeras liberó a la muñeca y la puso en brazos de mi hija. Miré la estampa. Aquellas tres mujeres apenas nos conocían, no sólo por el escaso tiempo que llevábamos conviviendo, sino por la distancia que yo me empeñaba en poner entre nosotras. Sin embargo, mi hija se encontraba en su compañía como si formaran parte de su familia. Aquello me producía sentimientos encontrados que no sabía definir.

Por un momento me sentí tranquila. Permanecí allí sentada, sin intención de recluirme en mi habitación como había sido mi primera intención al llegar a casa.

—Hay sopa de *pescao*, pollo *asao*, patatas al horno y turrón. Hemos *estao* cocinando *toa* la tarde —me anunció Puri—. Hoy es Nochebuena, ¿tú nos vas a acompañar? —Dudé por un instante—. Hoy no es noche *pa* estar solas —añadió.

Un nudo se apoderó de mi garganta.

—Yo no he hecho nada para cenar.

—No importa.

Vi que todas me miraban, esperando mi respuesta.

—Está bien, acepto. Dejadme que yo me encargue de poner la mesa, al menos.

—¡Vaya! —exclamó Puri sonriente—. La marquesa va progresando.

Sonreí y me encaminé a la cocina mientras Paula jugaba con aquella muñeca que producía en mí una excitación inevitable. Extendí el mantel de cuadros descoloridos, los vasos rayados por la fibra del estropajo y los platos de porcelana salpicados de desconchones. Nada de cubiertos de plata, vajilla de Santa Clara, copas de cristal de Bohemia, manteles de hilo bordados a mano... Observé a aquellas mujeres mientras cenábamos. Cabizbajas, mirada triste, ojos vidriosos, absortas en pensamientos desconocidos, sólo interrumpidos por una conversación intrascendente y alguna sonrisa provocada por las monadas de Paula. Algo me incitaba a saber más de ellas. Era una fuerza extraña, algo más que curiosidad.

Puri se me quedó mirando. Se anticipó.

—¿Cómo has *veníó* a parar aquí, marquesa? ¿A ti también te zurran?

Manoli dio un respingo en el asiento.

—¡Mira que eres bruta! —exclamó María—. ¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

—Se puso blanca cuando leyó la tarjeta. Lo que vio escrito no le gustó. A lo mejor era su *ex*.

—No conozco a la persona que envió el regalo —dije en voz baja.

—Pues ponía que era su padre.

—¿Leíste la tarjeta, Puri? —preguntó María sorprendida.

—¡Qué quieres! Me emociono con estas cosas.

—Es una historia un poco larga —dije.

—Seguro que no tanto como las nuestras.

—Pero sí igual de escabrosa —presumí.

—Hoy no es noche de confesiones —anunció María con tristeza.

—¿Y por qué no? Estamos en familia.

—Ninguna de nosotras está en familia, Puri. Mis hijos deberían estar conmigo esta noche, y no con esa familia que no les toca nada.

—Ya los recuperarás. Cuando encuentres un trabajo.

—Y un lugar donde vivir —añadió María—, y un abogado que me defienda, y un juez que me dé su confianza y...

—¿Qué pasó? —me atreví a preguntar ante aquel atropello de afirmaciones.

María mantuvo el semblante rígido y los labios rectos. Le temblaba el mentón.

—Mi marido se largó hace cinco años con una furcia de tres al cuarto. Se llevó su dinero y su trabajo con él. No sé ni dónde anda. Sólo que me dejó con dos niños, el alquiler del piso y sin un trabajo para darle de comer a esos infelices. —Bajé los hombros con un atisbo de desolación. Parecía una recreación similar a la de mi vida—. El dinero no me llegaba y empecé a tontear. Me traía cosas a escondidas del supermercado, cogía algo de dinero de la comunidad, rebuscaba algo suelto en los monederos de mi familia... Un día robé una cartera. En el metro. Mis hijos llevaban varios días a medio comer. A aquel enchaquetado le sobresalía el pico de su cartera de la americana. Alguien me dio un empujón para salir y cuando acordé estaba encima de él, con mi mano en su bolsillo. Me resultó tan fácil que no pude resistirme.

Manoli y Puri la escuchaban intercambiando miradas con Paula, como si ya hubieran oído esa historia cientos de veces. Yo no pestañeaba. Comenzaba a darme miedo pensar que mi vida terminara rodando por aquellos derroteros. Algunas veces lo veía tan cercano que el pavor me paralizaba el cuerpo.

—¡Y la pillaron! —confesó Puri—. Si es que no se puede ser tan tonta. En eso mi chato es el rey. Te quita hasta los calzones sin que te des cuenta.

—¿Por eso te ibas a ir otra vez con él? —preguntó María dolida por su comentario—. ¿Quién le iba a solucionar la vida a quién? ¿Él a ti o tú a él?

—No seas borde, yo ya he *tenío* bastante en mi vida. No quiero empezar otra vez.

—Pues si no hubiera sido por nosotras te habrías vuelto a meter un pico, desgraciada. Después de un año sin probar. Que yo sepa.

—Un año y dos meses. Llevo *to* los días *contaos* aquí, en mi cabeza. No se me escapa ni uno. Son *mu* duros *pa* olvidarlos.

—¿Quién te ayudó a salir? —pregunté tímidamente.

—*La* Josefina. Me encontró un día *tirá* en la calle, vomitando, con un mono de tres cojones. Me llevó a un hospital. Intentó llamar a mi familia, pero... ya ves. Mi padre es un yonqui de los gordos, a mi madre se la llevó el sida y mis amigos están *tos* colgaos. ¿A quién iba a llamar? Me buscó un

centro *pa* rehabilitarme, iba *to* los días a verme. Esa mujer es mi Dios, le debo la vida entera. Me buscó escaleras *pa* fregar porque no sé hacer *na*, dejé el colegio en sexto, y me metió aquí *pa* que estuviera *acompañá*. Llevo tres meses con *la* María y *la* Manoli que son como mis hermanas. Y ahora tengo otra de alta alcurnia —dijo señalándome jocosamente. La congoja me oprimía el estómago. Sentía sus vidas tan distantes, pero a ellas tan cerca de mí... Aunque un grueso muro nos seguía separando, en ciertos momentos ya no lo sentía infranqueable y eso me producía temor y ansiedad. Ansiedad por la necesidad de solucionar mi vida antes de que cayera en picado como las tuyas. Existía un límite que no podía rebasar, pero no sabía exactamente dónde se hallaba—. Y ahora cuéntame algo de tu vida, porque ésta no habla —dijo Puri refiriéndose a Manoli—. Está tan *acojoná* porque su *marío* la encuentre que no se atreve ni a hablar.

—A mí déjame en paz —se limitó a decir.

—Se le revuelven las tripas cuando hablamos de eso. Pero yo ya se lo he dicho. Que si hace falta le mandamos un par de navajeros a ese cabrón, verás cómo se le quitan las ganas de ponerle la mano encima, al cobarde de mierda, que eso es lo que es, un cobarde de mierda.

—Vale, ya, Puri —advirtió María.

—¡Es que me *jierve* la sangre!

—Mi marido nos echó de casa cuando se enteró de que Paula no era suya —dije a bocajarro sin esperarlo.

—¡Toma ya! ¿Y ya está? ¿Eso es todo? —preguntó al comprobar que no seguía hablando—. Algo más ha *tenío* que pasar *pa* acabar aquí, ¿no?

—La historia de María. Me dejó sin dinero, se quedó con la casa, con su trabajo y nuestros amigos. No he encontrado a nadie que quiera ayudarme y os asombraría saber a los cientos de personas que conozco, y todos de buena posición.

—Eso me suena —susurró Manoli—. Cuando vienen los problemas todos huyen. Nadie quiere meterse en medio, por si reciben una *tarrascá*.

—¿Y con ese cuerpo y esa clase que tú tienes no consigues *ná*? —preguntó Puri con incredulidad.

—Por lo pronto un trabajo de pinche de cocina en un bar. Pero no me voy a quedar ahí, eso te lo puedo asegurar. Sólo es algo pasajero, nada más. —El amor propio brotó sin esperarlo. Tantos años en mi mundo no podían volatilizarse de la noche a la mañana sin dejar huella.

—Ten cuidado —advirtió María—. Mi marido era vendedor de coches, nunca nos faltó de nada, aunque tampoco tuviéramos para derrochar. Un mal paso es suficiente para que todo se vaya a pique y cuando empiezas a caer, es difícil remontar. Te viene una detrás de otra.

Aquella aseveración se me atravesó. De repente me sentí sumamente incómoda con aquella conversación. No quería seguir escuchando. Busqué a Paula con la mirada. Se había quedado dormida en el sofá y aproveché la ocasión para excusarme. Hice amago de recoger algún plato vacío de la mesa pero no me lo permitieron. Tenían a Paula en demasiada consideración para hacerla esperar más.

Las dejé inmersas en el silencio de la noche, con las luces de algún árbol navideño luciendo tras el cristal. En nuestra casa, aquella era como una noche cualquiera de un día cualquiera. Y de un año cualquiera. Me volví hacia ellas para mirar su semblante oscuro por última vez aquella madrugada.

—Feliz Nochebuena —les deseé.

—Buenas noches, marquesa.

—¡Voy a ver a mis hijos! ¡Manoli, Puri, voy a ver a mis hijos! —María acababa de colgar el teléfono. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se alisó el pelo y se estiró la falda con una excitación evidente—. Me ha llamado Josefina. Mi abogado ha conseguido que me dejen verlos una tarde. Era una jueza. Seguro que es madre.

—¿Tienes abogado? —pregunté.

—Es uno de oficio, no tiene ni idea, pero le está poniendo un empeño... Todo va despacio, pero es lo que hay.

La imagen de Pablo volvió a mi mente. La estela de su paso por mi vida iba a resultarme difícil de borrar. Él habría conseguido lo que María hubiera querido, se habría tirado a la jueza si hubiera hecho falta. Devolví la atención a María, que estaba sumida en una sublime borrachera de felicidad.

—¿Cuándo? —preguntó Manoli.

—Esta tarde. Dentro de unas horas. Dios mío, estoy muy nerviosa, no sé cómo van a reaccionar.

—Tienes que causarle buena impresión, niña —advirtió Puri—. ¿Tú vas a estar sola?

—No, con Josefina y la asistente social de los niños.

—Pues con más razón. A esa tía le tienes que causar una impresión buenísima, a ver si te los devuelve.

—No depende de ella, depende de la jueza.

—Pero a la jueza le llegará el informe de la asistente social —supuse—. Alguien tendrá que declarar cómo ha sido el encuentro y cómo habéis estado los niños y tú.

—¡Ponte guapa, María! Y estate alegre, como si no pasara nada.

María se limpió la cara y se miró en un espejo pequeño y con los bordes levantados que había en la pared. Tenía el rostro surcado por arrugas de expresión en las comisuras de la boca y en el labio superior y dos surcos profundos en el entrecejo de fruncirlo noche y día. Señales de llanto, de tristeza, de angustia. Me miré. Sentí la necesidad de saber si alguna de ellas había comenzado a surcar el mío.

Entró en el baño y oí cómo corría el agua del lavabo y cómo se cepillaba el pelo. Después de quince minutos salió de allí con el cabello recogido y la cara lavada oliendo a jabón, pero con un aspecto demacrado nada favorecedor. Abrió el armario y extrajo una anticuada blusa blanca atiborrada de jaretas y una falda de tubo en color marrón que acentuaba la huesuda prominencia de sus caderas. Me permití echarme sobre el quicio de su puerta y observarla.

—¿Por qué están con esas personas? —pregunté tímidamente.

—¿Te refieres a mis hijos? —Asentí—. Están con una familia de acogida. No tenía con quien dejarlos cuando entré allí. Ya sabes.

—¿Sólo por el robo de la cartera?

—Eso fue lo primero, la otra noche me quedé en la mitad de la historia. Me detuvieron por el robo de la cartera, aquel tipo no quitó la denuncia, por supuesto. Pero la situación siguió igual o peor. No me preguntes cómo, pero seis meses más tarde estaba pasando chinas por Algeciras. De nuevo lo de

siempre. Empiezas por poco y cuando ves que no pasa nada, que no te pillan, sigues probando suerte con más y más hasta que caes. Me detuvo la Guardia Civil. Cuando me juzgaron, ya tenía antecedentes y tuve que cumplir lo que me cayó. —Me senté en su cama a escuchar. Tragué saliva. Cómo podía haber llegado a eso. Su aspecto no aparentaba que fuera capaz de perpetrar delito alguno—. Ahora, cuando veo a Puri, se me descompone el cuerpo. Pensar que yo contribuí a que gente como ella siguiera enganchada a esa mierda...

—¿Por eso la defendiste aquel día?

—Lo mío fue una cuestión de cuernos y mala suerte. ¡A cuántas mujeres les ocurre lo mismo! Lo de los cuernos, me refiero. —Bajé la cabeza—. Pero ese par de desgraciadas tienen más de que lamentarse. A las dos las han calentado a base de bien. Manoli está viva de milagro y su *ex* sigue en el empeño de acabar con ella. Es un demente sin escrúpulos. Y el «chato», como lo llama Puri, cuando está con el mono no responde de sí mismo, asola todo lo que pisa y a ella, si hace falta, se la lleva por delante. Yo con un trabajo rehago mi vida, tengo esa esperanza. Pero ellas tienen cargas más pesadas de las que librarse.

No había dejado de mirarme. A los ojos. Hablando con voz serena, tranquilizadora, con una entereza que envidié en lo más profundo de mi ser.

Me dejé llevar por un impulso y la cogí de la mano para conducirla hasta mi habitación. Creo que era la primera vez que le permitía entrar desde que llegué.

—Vamos a apurar las pocas pinturas que me quedan. Algo de maquillaje te vendrá bien.

—No, gracias, no te preocupes. Estoy bien. No quiero...

—Por favor. —Oír aquel ruego salido de mis labios me ruborizó—. Manoli, ¿puedes echar un vistazo a Paula?

María se sentó a los pies de la cama. Despejé su cara con algunas pinzas gruesas de colores y comencé a aplicarle un ligero fondo de maquillaje suave y aterciopelado. Perfilé los ojos con lápiz marrón, acentuando su color avellana y di unas cuantas pinceladas bajo las cejas de un irisado tono rosa para aportar algo de luz con que alegrar su mirada. Deslicé la gruesa borla de pelo negro sobre sus pómulos y puse unos toques sutiles de carmín en sus labios ahora ya más relajados.

—Tienes más o menos mi talla. Este vestido te irá bien. No te preocupes —dije al observar la expresión de su rostro—. Es el más sencillo que tengo, lo uso para las compras —sonreí con ironía—. Los zapatos los tendrás que poner tú, me temo que tus pies son más grandes que los míos. —María se observó en el espejo de arriba abajo y su barbilla comenzó a temblar—. ¡Ni se te ocurra llorar! Me echas todo el trabajo por tierra. Suéltate el pelo, pareces más joven.

María tiró de la goma negra hacia atrás y agitó la melena lateralmente. Una mano de peluquería habría sido ideal, pero no iba a un desfile, iba a ver a sus hijos. Pasarnos en el atuendo hubiera dado imagen de falsedad.

—¡Caray, pareces otra! —exclamó Puri—. ¡Manoli, ven a ver esto!

El timbre de la puerta sonó con insistencia. Era Josefina. No entró. Dijo tener prisa y María se apresuró a salir. No me dijo nada, sólo me miró. Pero aquella expresión fue más elocuente que cualquier palabra que hubiera podido pronunciar. Agradecimiento. Ese fue el gesto que inundó su rostro. Creo que nadie en mi vida me había mirado así antes.

—Suerte —le deseé.

38.

(1997)

Terminaron las Navidades con un brillo de esperanza flotando por los rincones, aunque yo no la sentía próxima a mí. En aquella montaña rusa por la que ahora discurría nuestra vida, ellas parecían subir mientras yo seguía bajando a toda velocidad. Las oí tomarse las uvas bailando en el comedor, brindando con una botella de sidra que Josefina les había regalado en su última visita del 96. María había vuelto de la cita con sus hijos con los ánimos renovados. El efusivo abrazo de los pequeños le había calentado el alma y abrigado el corazón. Manaba ilusión por todos los poros de su piel y un ansia especial por recuperarlos a costa de lo que fuera, aunque legal, eso nos lo había dejado claro. A Puri, su negativa a ceder ante el acoso psicológico del Chato le había supuesto un refuerzo sumamente positivo para reafirmar el único objetivo por el que vivía desde hacía un año: abandonar la heroína, una temible justiciera que la había estado subyugando, arrebatándole sin compasión gran parte de sus años dorados de juventud. Y Manoli, desde el anonimato, consideraba todo un logro llevar cinco meses alejada del temor irracional a dejarse ver en público, a actuar como estimara oportuno sin pedir permiso previo, a no temblar al escuchar una llave penetrando en la cerradura de la puerta, a no tener que soportar reacciones violentas ante cualquier nimiedad y a no sentir dolor físico y emocional. No aspiraba a nada más, de momento. Yo sin embargo no podía mirar atrás para contentarme con mi presente. Mi punto de partida era tan alto que pensar en él sólo me producía dolor y una punzante frustración. Dejé pasar los días. Dejé pasar la festividad de los Reyes con un amargor indescriptible ante mi papel hacia Paula. Y respiré aliviada cuando las guirnaldas de colores y el espumillón barato dejaron de adornar las paredes de nuestro salón.

La mañana del ocho de enero, Paula despertó encendida por la fiebre. La rojez de sus mejillas y su cuerpo lánguido acurrucado junto al mío me alarmó. Comencé a mirarla por todas partes sin saber exactamente lo que buscaba, confiando en una intuición maternal que no estaba segura de poseer. Eran las siete de la mañana, miércoles, día de colegio y de trabajo para mí, pero no podía dejar a Paula en la guardería en semejantes condiciones.

Me bajé de la cama y comencé a buscar un termómetro en un cajón de medicinas que hacía las veces de botiquín. No escatimé en ruidos y María se despertó. Paula tenía treinta y nueve grados de fiebre y yo no sabía qué se hacía en semejante situación. Virtudes se había encargado siempre de las primeras reacciones hasta que yo me disponía a llevarla a su pediatra. No tenía medicamentos en casa para ella, ni sabía lo que tenía que comprar.

Me senté junto a ella con la mirada ausente, intentando poner en orden aquella sarta de acontecimientos novedosos que daban al traste con la rutina habitual.

—¿Te vas a quedar ahí sentada tan tranquila? —me preguntó María desde la puerta.

—Estoy pensando lo que hacer —contesté nerviosa.

—Por lo pronto, métela en un baño de agua tibia para bajarle la fiebre, si es que no tienes nada para darle.

—¿Sabes tú lo que hay que darle? —pregunté soslayando el temor a una imagen de mala madre.

—Apiretal. Son unas gotitas para el dolor y la fiebre. Luego tendrás que llevarla al médico.

—No tengo de eso y la farmacia está cerrada.

—Tendrás que llamar a tu jefa y decirle que no puedes ir a trabajar. En la guardería no van a permitir que dejes a Paula sin saber lo que tiene.

Permanecí dudosa unos instantes, mirando a María con detenimiento en un intento de adivinar lo que pensaba. ¿Y si le planteaba dejarle a Paula? No tuve ocasión.

—Tengo una entrevista a las doce con la encargada de un supermercado. Está a unas cuantas calles de aquí. Josefina ha hablado con ellos, buscaban a alguien para reponer los artículos. Responde por mí y no puedo perder la oportunidad. Si no fuera por eso, podría quedarme cuidando de ella.

—¿Y las otras?

Me arrepentí de haberlo preguntado. Aún no confiaba excesivamente en ellas, al menos para cuidar de mi hija. Temía que en mi ausencia el Chato pudiera volver a buscar a Puri y Manoli tenía demasiados altibajos emocionales que afrontar. No estaría tranquila dejándola a su cargo.

—Puri trabaja. Lunes, miércoles y viernes, recuerda, son sus días de limpieza de escaleras. Con Manoli, tal vez.

—No importa —me apresuré a decir—. Llamaré a Ana para decirle lo que ocurre. No creo que haya problema.

Seguí las indicaciones de María y bañé a Paula con agua tibia. Aparte de para hacerla tiritar de frío, aquella maniobra no sirvió para mucho más. Volví a dejarla en la cama, me vestí y bajé a la cabina más próxima sin detenerme a desayunar. Ni tan siquiera un café.

—Te necesito hoy, Olga, no me falles. Tenemos una reserva para una comida de empresa. Cincuenta personas, hay mucha faena aquí hoy.

—Ana, por favor, no tengo con quien dejar a Paula, está encendida en fiebre, no puedo irme así.

—Tráetela contigo, es lo más que puedo hacer. De verdad, hoy va a ser un día de locos. Dale algo para la fiebre y en cuanto comencemos a servir comidas, te vas, te lo prometo.

No pude insistir. Colgué el teléfono y unas lágrimas de desesperación comenzaron a brotar sin pretenderlo. ¡Maldita sea! ¿Por qué algo tan sencillo podía resultar tan complicado? Un año atrás, tan sólo un año atrás, disponía de un médico de urgencias a domicilio y una niñera con plena dedicación. Y ahora no tenía nada aparte de mí misma.

Entré en casa angustiada, acongojada de nuevo por hacer pasar a Paula por aquello sin poder evitarlo. La vestí y traté de darle un biberón que rechazó de inmediato, no tenía fuerza ni para abrir la boca. Yo apenas me arreglé físicamente. Tenía el rostro húmedo y los ojos enrojecidos, con las lágrimas amenazando con fluir a cada momento. Poner maquillaje o perfilármelos hubiera sido inútil.

Tendí a Paula en su silla, retrepándola al máximo y tapándola con una gruesa manta que usaba para el invierno. Estaba a punto de cumplir dos años, los pies salían de la silla, costaba trabajo cubrirla entera. Le puse un gorro, unas manoplas y una bufanda para cubrir su garganta. Tosía con voz carrasposa, pero apenas se quejaba. Imaginaba que ése podría ser el foco de su mal.

Llegué al restaurante a las diez y media de la mañana, después de pasar por la farmacia para comprar lo que me fue recomendado por la auxiliar que parecía tener más experiencia que la propia farmacéutica. Ana me recibió con los brazos abiertos. Miró a Paula y sonrió con ternura. Aquella expresión me pareció sincera y por un momento pensé que ciertamente no había podido evitar mi asistencia al trabajo aquel día. Ella no tenía hijos, pero su actitud hacia nosotras aquella mañana fue entrañable; por unas horas, se hizo añicos su careta de jefa siesa y exigente, permitiéndome continuas idas y venidas para comprobar cómo se encontraba mi pequeña, que dormitaba en aquella silla sin apenas moverse hasta que comenzó a notar el efecto de la medicación. Le di un biberón de leche y algún muñeco con el que jugar y me sonrió. Comenzó a darle patadas a la manta hasta echarla al suelo y unas gotas de sudor perlaron su frente. La fiebre estaba bajando y yo respiré aliviada. Entonces comenzó el trabajo a pleno rendimiento. No me quejé. No dije nada del dolor que me engarrotaba las muñecas de pelar patatas, zanahorias y verduras, y de batir los huevos con el que hacer un revuelto para cincuenta personas. Aquel no era un restaurante de excesiva clientela. Todo se hacía a mano. No había suficiente presupuesto ni excusa para comprar utensilios caros con que facilitar los trabajos culinarios.

A las tres y cuarto de la tarde, Ana me dijo que me marchase. El primer plato estaba servido y el segundo, a punto de salir y Paula comenzaba a aletargarse de nuevo. No lo dudé. Me quité el delantal negro y recogí los enseres de mi hija que había dejado en un rincón de la cocina.

—¿Os habéis enterado ya de lo que ha pasado? —preguntó un cliente atropelladamente al entrar—. Están diciendo que es un atentado de ETA. Se han cargado a un militar.

Ana salió de la cocina a toda prisa. Yo miré a Paula antes de salir tras ella.

—¿Dónde?

—En la puerta de su casa. Le han pegado unos pocos tiros.

—¡Pero que dónde ha sido! —preguntó Ana—. ¿Aquí, en Madrid?

—¡Ahí mismo! Al otro lado de la M-30, en el barrio de La Estrella.

Ana se puso blanca.

—¿Está cerca de aquí? —pregunté alarmada.

—A veinte minutos andando.

Perdí el color del rostro y comenzaron a sudarme las manos. Había oído hablar de ETA, pero siempre desde la seguridad de mi hogar, de mi urbanización protegida, de mis gruesos muros de piedra. El problema terrorista lo vivía como algo lejano, como esos ogros de cuento de los que tanto se habla pero que nunca se te aparecen. Encontrarme al fantasma tan cerca de mí me produjo pavor. Un pavor añadido al que ya acumulaba. Me sentí vendida, desprotegida y vulnerable.

Salimos a la calle y un revuelo comenzó a formarse en cada esquina. Corrillos de gente comentando la noticia que, hasta entonces, no dejaba de ser un simple rumor, pero que infundía un miedo en los vecinos difícil de calibrar.

—También han matado al chófer —decían.

—Un soldado jovencito que iba conduciendo. ¡Son unos canallas! ¡Qué habrá hecho el pobre muchacho para que lo maten!

—Se lo han llevado al Gregorio Marañón. Pero ése ya va muerto. Seguro que va muerto. ¡Le han disparado en la cabeza, a bocajarro!

Las sirenas de policía comenzaron a solaparse, algunas lejanas y otras, a la vuelta de la esquina. Comencé a sentir calor. Me aflojé el cinturón y el nudo de mi foulard y entré a buscar a Paula para marcharme. No quería seguir allí, tan cerca de aquel suceso. Tuve un miedo irracional a salir a la calle y toparme de frente con alguno de ellos. A saber cómo eran. Siempre los identificaba con cara de asesinos, como los de las películas, pero cuando los había visto en alguna ocasión retratados en prensa o televisión me habían parecido normales, como cualquier otro ciudadano de vida rutinaria.

A las tres y media de la tarde, justo antes de abandonar Las Viñas, una explosión se oyó a una distancia cercana a donde estábamos nosotras. Coches de policía cruzaron la avenida haciendo sonar su sirena de alarma y múltiples vecinos se echaron a la calle para conocer de primera mano lo que estaba ocurriendo. Yo decidí esperar, no quise aventurarme a llegar hasta la parada de mi autobús sin saber en lo que terminaría aquello. Estaba nerviosa y asustada. No tardaron en llegar las primeras versiones de lo ocurrido. Los terroristas habían hecho explotar un coche bomba aparcado a menos de quince minutos de nuestro bar, en el mismo barrio de Moratalaz. Supusimos que para hacer desaparecer las huellas de su crimen. Ana me miró a la cara y me preguntó si estaba bien. Yo la vi a ella tranquila, excesivamente tranquila. Tal vez tenía una entereza mayor de lo que yo intuía, o tal vez fuera yo la que parecía no haber vivido en su misma ciudad en los años anteriores.

—Jesús Cuesta. El militar que han matado se llamaba Jesús Cuesta.

No quise oír más. Me despedí de Ana y apresuré el paso deseando salir de aquel barrio lo antes posible. Por primera vez me alegró subir a aquel autobús y verme rodeada de gente, me hizo sentir segura, protegida por quienes auguraba que ya estaban acostumbrados al tipo de desastre que acabábamos de presenciar, sabiendo cómo reaccionar ante él mejor que yo. A pesar de la escasa velocidad a la que el tráfico alterado le permitía circular, poner tierra de por medio contribuyó a que me relajara antes de volver a alterarme ante la caótica situación del centro médico al que acudí para que vieran a Paula. Los trabajadores de administración achacaron la tardanza excesiva en atendernos a que no habíamos pedido cita. Yo no pude evitar pensar que la sanidad pública era tan deprimente y su funcionamiento tan arcaico que difícilmente podrían habernos atendido mejor.

Paula tenía una infección de garganta, anginas, según me tradujeron. Debía darle un antibiótico cada ocho horas y unas gotas para bajar la fiebre y aliviar el dolor, apenas podía tragar. Aún tardaría tres o cuatro días en mejorar sustancialmente y no podría llevarla a la guardería hasta completar los diez días de tratamiento. La infección se podía contagiar. De hecho, no me cabía duda de que ella la había contraído allí, las toses se podían contar por pares.

Amanecí con unas ojeras próximas al suelo. Me hice un café bien cargado y me dispuse a repetir la misma operación del día anterior, si bien decidí pasar previamente por la escuela de Paula para advertirles de su ausencia. La vigilancia de Josefina me asustaba en especial.

Llegué sobre las nueve y media empujando su silla y arrastrando mis piernas por las aceras, abrigada hasta las orejas como una momia andante y con las gafas de sol encajadas para evitar que el aire frío me hiciera llorar. Llamé al timbre un par de veces y tomé refugio en el hall de entrada para resguardarme del aire gélido de la calle.

—Paula está enferma —dije sin mediar saludo—. Tiene anginas y fiebre. Supongo que así no la podré dejar, ¿verdad?

La profesora se agachó para hacerle unas cuantas cucamonas con que hacerla sonreír, sin mucho éxito. Estaba adormilada y apenas podía abrir sus ojos vidriosos.

—Me extrañó que viniera su padre a recogerla ayer. Luego supuse que tal vez se habría marchado

a trabajar sin saber que Paula no vendría esa mañana —dijo inclinando la cabeza para mirarme.

—¿Cómo dice? —Volvió a repetirme una aseveración que me produjo un estupor indescriptible—. ¿Qué padre? —pregunté incrédula—. No tenía que venir a recogerla ningún padre.

—Me dijo que era para llevarla al médico y que luego volvería a dejarla hasta las cinco, como siempre.

—¿A qué hora vino? ¿Cómo era? —Mi corazón palpitó acelerado.

—Sobre la una. Era..., no sé, moreno, alto, delgado, ojos oscuros...

Comenzó a alarmarse al observar la expresión de mi rostro y mi temblor de manos.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es?

—Eso me pregunto yo. Paula no tiene padre, ¿me oye? —grité—. Paula no tiene padre. Sólo yo puedo recogerla, nadie más.

—Lo siento. Sonó muy convincente. Sabía su nombre, su edad, el tiempo que llevaba aquí..., el nombre de usted. Pensé..., ¡oh, Dios mío! Pensé que era su marido.

—¿Se la habría dado? —pregunté con las sienes a punto de estallarme—. ¡Contésteme! ¡¿Le habría dado a Paula si hubiera estado aquí?!

Su silencio y el albor de sus mejillas me deshicieron. Mi respiración se tornó trabajosa, agitada y comencé a notar una opresión en el pecho en vertiginoso aumento.

Levanté las ruedas delanteras de la silla para hacer un giro rápido y salir de allí.

—Espere, Olga, por favor. No se marche así. ¿Quiere que llame a la policía? ¿No tiene algún familiar que pudiera...?

—No tengo a nadie. ¡Absolutamente a nadie!

Aceleré el paso mirando a mi alrededor, fuera de mí. Su nombre, su edad, la fecha en que comenzó a asistir a la guardería... Alto, moreno, delgado... Toda la información retumbaba en mi cabeza sin poderla procesar. No podía pensar. Llevarla al médico y... ¿dejarla de nuevo? ¿Y si no lo hubiera hecho?

39.

La casa de Ana era clásica y algo chapada a la antigua, un piso de tres dormitorios compartido con su madre durante largos años, hasta el día de su último adiós. Conservaba muchos recuerdos de ella y no cabía duda de que parte de la decoración que mantenía intacta había sido del gusto de su progenitora. Tal vez el respeto a su memoria le impedía retocar los detalles más trasnochados que servían para engalanar los muebles y las paredes deslucidas de un blanco grisáceo. Tapetes de croché blanco bajo los jarrones de porcelana china; marcos barrocos de intenso color dorado bordeando antiguas fotografías de los ancestros familiares en color sepia; sofás de cuero abotonados con salientes de madera oscura en brazos y patas, con perfectas volutas talladas y desgastado barniz; candelabros presidiendo los extremos de una larga mesa que debía de llevar años inmemoriales sin abrirse a juzgar por las bisagras entumecidas por el óxido; muñecas de brillante porcelana blanca con mejillas de exagerado tono rosa, vestidos de encaje y pamelas inglesas del siglo pasado, resguardadas tras los cristales de una vitrina de estilo francés.

No sabía la edad de Ana. Puede que rondara la cincuentena, aunque tal vez aparentara más años por su aspecto poco femenino y sin pulir. Siempre la había visto vestida de negro, con pantalón ancho y camiseta de algodón sin adornos ni abalorios, el pelo rizado salpicado de canas y excesivamente corto para su rostro anguloso. Nunca iba maquillada, ni lucía pendientes, anillos o pulseras. Claro que en los dos meses y pico que llevaba conociéndola, tan sólo la había visto en el bar, y estaba claro que no era muy partidaria de llevar engalanamiento alguno en aquel entorno. De cualquier forma, algo me decía que su sello personal no debía de alejarse en exceso de ese patrón.

Desde que comencé a trabajar con ella, habíamos tenido más de un desencuentro. Su tono imperativo e intransigente me resultaba insoportable. No admitía que cuestionara sus órdenes y no atendía en absoluto a mis réplicas y quejas. Poco a poco había ido aprendiendo a torearla, a esquivar sus envites, pero me recomía las entrañas que me arrebatara la opción de responder, cosa que no hacía con Mari Paz, cuyo desparpajo juvenil parecía ser licencia suficiente para escurrir el bulto a la primera oportunidad sin repercusión alguna.

Me sentí extraña sentada allí, en un sillón de su casa mientras ella terminaba de preparar una cena ligera para las tres. No me atrevía a levantarme e invadir el espacio de su cocina como si fuera su amiga. No me atrevía a ofrecerme a poner la mesa como si fuera de la familia. No me atrevía a encender la televisión con la que matar el silencio como si fuera la mismísima propietaria de la casa. Sólo me atreví a esperar en compañía de mi hija, a la que me dediqué a atender con los nervios templados y con la convicción absoluta de que no volvería a pisar la escuela pública de la que habían intentado sacarla. Tampoco sabía exactamente cómo habíamos acabado allí. Supongo que el estado de ansiedad con que llegué a trabajar esa mañana, y el hecho de sentir terror a volver a mi propia casa, habían hecho que Ana se apiadara de nosotras y nos ofreciera pasar la noche en su compañía hasta tener las ideas claras de lo que pensaba hacer.

Oí sus pasos acercándose al salón y la vi entrar empujando una camarera con platos, vasos, cubiertos y fuentes tapadas oliendo a guiso. A saber lo que ella entendía por cena ligera.

Me incorporé y comencé a trasladar los enseres culinarios a la mesa que previamente había vestido con un mantel con bordados de colores. Acerqué a Paula y esperé a que Ana se sentara e iniciara su rutina habitual. El vapor que desprendía la sopa nos advirtió que era recomendable esperar.

—He llamado a Josefina. La he puesto al tanto de la situación.

Su afirmación me sorprendió. No sabía exactamente si quería que lo supiera. No necesitaba más problemas.

—¿Qué le has dicho?

—Que estás asustada porque alguien ha intentado llevarse a Paula de la *garde* y que no tienes intención de volver a esa casa.

—Dicho así suena un poco exigente. Me da miedo volver. Eso es todo.

—También le he dicho que pasarás aquí unos días hasta que te aclares y decidas lo que quieres hacer. Me ha dicho que se pasará por el bar para hablar contigo.

—¿Qué pasaré unos días aquí?

—¿Dónde piensas ir entonces? No quieres volver a casa.

—Pero eso lo has decidido tú. Yo no he dicho que quiera estar aquí. Ni siquiera me has preguntado.

—Está bien. ¿Quieres quedarte aquí?

Su rectificación me dejó perpleja, era lo más parecido a una retractación que le había escuchado nunca. Miré a Paula y permanecí unos segundos en silencio. No lograba encajar todo aquello.

—¿Por qué lo haces? —pregunté sin mirarla.

—¿Brindarte mi casa? No eres la primera ni serás la última. Es mi sino. Lo que mueve mi vida.

—Puede que lo hagas con quienes consideres tus amigos, pero, reconócelo, yo no soy santo de tu devoción.

—Eso es cierto. Por eso esto es como un reto para mí. Me gustan las causas difíciles. —No sabía si hablaba en serio o derrochaba sarcasmo a raudales.

—Déjalo, entonces. Ya tenemos suficientes roces en el trabajo, mejor no ampliarlos a los ratos libres.

—No tengo nada contra ti —dijo variando el semblante—. Lo tengo contra tu actitud.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. Tu actitud se puede cambiar. Tu persona, no.

—¿Y mi persona no te saca de quicio?

—De momento no la conozco lo suficiente. Pero tengo buenas vibraciones contigo. La fachada es lo que te afea. —En un acto reflejo me miré de arriba abajo—. No es tu fachada física, es lo que aparentas. Te comportas como una frívola superficial. Das importancia a menudencias intrascendentes, te quejas por nimiedades, miras a cuantos tienes alrededor por encima del hombro y te crees superior a ellos por venir de donde vienes. ¿Sabes cuál es el problema?

—Dímelo tú.

—Necesitas una cura de humildad. Y yo te la estoy dando.

—Tú no eres nadie para intentar cambiar lo que soy.

—En mi terreno, sí. En mi bar, sí. Fuera puedes seguir siendo como quieras, allá tú. Las consecuencias se cebarán contigo, no conmigo.

—Das por hecho que tiene que haber consecuencias...

—Estás aquí, ¿no? Desconozco lo que te ha hecho caer por estos lares, Josefina no me lo ha contado. Pero no niego que me gustaría saberlo. No puedo ayudar a la gente si no sé algo de su historia.

—Pero es que yo no te he pedido ayuda.

—No negarse a recibirla es casi lo mismo que pedirla.

Le ofrecí a Paula una cucharadita de sopa, necesitaba ganar tiempo para pronunciarme. Tenía un serio conflicto entre el orgullo y la necesidad. Ambos tiraban en direcciones opuestas.

—Alguien me sigue los pasos desde que salí de casa de mi marido. No sé quién es ni lo que busca, pero me da pavor. Parece tener fijación con Paula. El porqué estoy aquí, en este barrio y en esta situación, no pienso desvelártelo. Al menos de momento —apostillé.

—¿No tienes a nadie a quien acudir?

—No. Y si lo tengo, no quiero hacerlo.

Ana se llevó unas cuantas cucharadas a la boca con un mutismo absoluto, aunque sin dejar de observarme. Me molestó que me analizara de aquella manera.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó mirando a mi hija, que se entretenía en intentar coger los fideos con sus deditos.

—Cambiarla de guardería, si es que encuentro otra. Mientras tanto, tendré que llevármela al trabajo. Pero si me dices que no puedo tenerla allí, entonces tendré que buscar otro.

—Eso suena desafiante.

—Así es.

Comenzaron a sudarme las manos. Aquel órdago podía salirme caro. Si perdía el empleo, también yo estaría perdida.

—Mari Paz me ha dicho que se va. Sus padres quieren que siga estudiando, así es que cuando le cumpla el contrato necesitaré más apoyo en la cocina.

—¿Eso es una oferta?

—De contrato a tiempo completo. Ocho horas.

—¿Cuándo se marcha?

—Dentro de un mes y medio.

—¿Y cuál será mi sueldo entonces? —me atreví a preguntar.

—Ciento diez mil pesetas.

—¿Y cómo podré vivir y pagar el alquiler con ese sueldo?

—Igual que lo hacen montones de españoles —contestó irascible—. Haciendo números para

llegar a fin de mes. Pero eso es lo que hay. Si tienes mejores propuestas, acéptalas.

Le limpié la boca a Paula y le trocé una loncha de jamón cocido con la parsimonia justa para tomar aire. No quería resultar desagradecida, pero me parecía imposible subsistir en tales condiciones.

—Está bien —dije al fin—. Buscaré algo para vivir. Pero por aquí, no quiero volver a Vicálvaro. Ese tipo no debe encontrarme otra vez.

—Te repito que puedes quedarte un tiempo, hasta que te renueven el contrato, si quieres. Luego podrás alquilar algún apartamento pequeño en Moratalaz. ¡Bueno, si no saltan chispas entre nosotras antes de esa fecha!

Sonreí. Me pareció hasta humana, después de todo.

—¿Y Paula?

—Intentaremos hacerle un hueco acogedor en la cocina, pero más vale que se entretenga, van a ser unas cuantas horas. De todas formas, ponte en contacto con Josefina cuanto antes para buscarle nueva guardería, a ser posible con horario laboral.

Terminamos de cenar en silencio, interrumpido únicamente por la charla ininteligible de Paula, ocupada en desvestir una de las muñecas de porcelana que Ana había sacado de la vitrina.

—La va a romper —advertí.

—Ya es hora de renovar la decoración.

No sabría cómo describir la despedida de mis compañeras de piso. Algo que no supe identificar se removió en mi interior cuando les dije adiós y tomé conciencia de que probablemente no sabría cómo acabarían sus vidas. Me extrañó que ese detalle me importara, apenas había estado unos meses acompañándolas. Tampoco esperaba que mi partida las conmoviera, no había sido especialmente agradable con ellas, pero vi aflorar un brillante lagrimeo a los ojos de Puri y un afecto marcado en el rostro de María que me fue difícil borrar en las horas siguientes.

Mi convivencia con Ana duró dos meses. Nos costó adaptarnos, pero su paciencia y mi necesidad hicieron un tándem perfecto. Llegué a echarla de menos cuando Paula y yo nos trasladamos a aquel apartamento de escasos treinta metros, a dos manzanas de donde ella vivía. Mi sueldo no daba para más y no podía seguir dependiendo de Ana, necesitaba un espacio propio donde vivir, un lugar que considerara exclusivamente mío. Sin embargo, me supuso un desorbitado esfuerzo adaptarme a él, me sentía desplazada y desubicada. Comprendí, después de unos meses, que no era el lugar, sino mi vida lo que yo no terminaba de encajar. El agotamiento diario no evitaba que de continuo mi mente vagabundeara por La Luna intentando adivinar, infructuosamente, lo que podría estar ocurriendo allí, lo cual me obligaba a imaginar, suponer y conjeturar de manera peligrosa. Fuera de aquel enclave, mi vida era insufrible. Llegué a plantearme la posibilidad de presentarme ante la puerta de cada una de ellas, reclamar la presencia de sus ignorantes maridos y soltarle a bocajarro que existía una probabilidad bastante alta de que Paula fuera su hija. Deseché la idea varias veces siendo consciente de la escasa credibilidad que despertaría en ellos, pero volvía a retomarla cuando atisbaba que la sombra de la duda podría hacer mella en sus vidas y en sus plácidas convivencias maritales. Tal vez aquella venganza no mejorara mi maltrecha calidad de vida, pero tampoco a ellas les permitiría vivir como si nada hubiera ocurrido mientras yo luchaba a diario por subsistir en aquellas condiciones. No

podía resistirme ante la idea de que quedarán impunes. ¿Y Pablo? Me resultaba imposible conciliar el sueño cuando su imagen entraba en mi mente. Ahora más que nunca me sentía como un grano de arena al pie de un alta montaña imposible de derrumbar, impotente ante la idea más que probable de que alguna furcia hubiera usurpado mi cama, mi casa y los beneplácitos de que yo disfrutaba a diario. Que él saliera indemne, una y otra vez, de todas mis embestidas me hacía sentir extremadamente torpe, inepta y mema por excelencia.

Terminó un verano agotador. Presa de aquella rutina insalvable, el cansancio había optado por instalarse en mi rostro dejando una persistente huella que demacraba mi aspecto en mucha mayor medida que el propio paso de los años. No había más arrugas, sólo un halo oscuro surcando mis ojos y un brillo perdido en algún lugar del camino que me había llevado hasta allí, y que presentía que tardaría largo tiempo en recuperar.

A primeros de septiembre, Paula volvió a la guardería, la misma a la que había venido acudiendo en los meses posteriores a nuestro cambio de casa y de barrio donde vivir. Aunque todo nos quedaba cerca, Ana me había permitido tenerla en el restaurante en los meses de verano para poder disfrutar de ella. Y ella de mí, aunque la «yaya Ana» comenzaba a ganar terreno en su vida de forma alarmante. Se entendían a la perfección y comencé a sentir celos por ello, aunque supongo que era mi propia conciencia la que me hacía interpretar aquella relación como un signo de mala madre. Observé a Paula en numerosas ocasiones, durante minutos que podrían sumar horas, días. Raro era el momento que no me lamentaba de todo lo que la estaba privando por mi mala cabeza, por no haber sabido ser más cauta en mi comportamiento, más astuta en mi traición. Sin embargo, ella no dejaba de sorprenderme. Paula no dejaba de producirme estupor por su actitud ante la vida, incipiente y tal vez insignificante para mí, pero sin duda alguna complicadísima para ella. La sonrisa dibujaba en su rostro era difícil de borrar. Disfrutaba de cualquier menudencia, enaltecía cualquier muestra de afecto hacia ella y tenía una asombrosa y envidiable capacidad de adaptación. No parecía necesitar nada, era feliz con casi cualquier cosa, a pesar de sus carencias. Sociable, abierta, tolerante. Su energía y su vitalidad optimista hacían que me detuviera a pensar, a analizar detalles en los que jamás hubiera reparado antes. Si no fuera porque me avergonzaba decirlo, hubiera admitido que Paula, a su edad, me estaba aleccionando con su inocente forma de sentir la vida. Y de vivirla.

40.

(1998)

La insistencia de Ana pudo conmigo. No quería asistir a una de sus tertulias de mujeres, las imaginaba aburridas, soporíferas. Pero mi vida se había circunscrito durante el último año a un triángulo de actividades en cuyos vértices se encontraba mi hija, mi casa y el bar, y no tenía forma de salir de ahí. Ana había incidido en la necesidad de relacionarme con otra gente, de charlar, intercambiar impresiones. Decía que podía hacerme bien, levantarme el ánimo, ayudarme a ver las cosas de manera diferente.

—Vente con nosotras, Olga.

—No me apetece charlar. ¿Que tienen de interesantes vuestras tertulias? Eso no me va a solucionar los problemas.

—Al menos te entretienes, cambias de aire, sales de la rutina.

—También son rutinarios vuestros encuentros. Dices que os veis todas las semanas. ¿En un día fijo?

—No, al final de cada cita fijamos la siguiente, según las obligaciones que tengamos.

—Es lo mismo. Es verse por verse, nada más.

—¿Tú no lo hacías con tus amigas?

—Hacíamos cosas diferentes cada vez y en lugares distintos.

—Hablando también se puede volar hasta sitios diversos, visitar mundos desconocidos.

—Apuesto a que tus amigas nunca han salido de Moratalaz.

—Descúbrela tú.

—No pienso pasarme dos horas escuchándolas lamentarse, o hablar de platos de cocina, de la ropa de los niños o del colegio. Nada de eso me interesa, para eso ya tengo mi vida, que de por sí ya es bastante penosa.

—Yo llevo escuchando tus lamentos desde que entraste aquí.

Su perseverancia o tal vez el deseo de no escucharla hicieron que me decidiera a acompañarla y ése fue el comienzo de muchos otros encuentros que desembocaron en lo que sería mi nuevo círculo social.

La cita tendría lugar en casa de Ana. Cada día planteaban una actividad para realizar mientras charlaban, una excusa cualquiera para que aquello no pareciera una sesión de terapia de grupo, aunque, en realidad, cualquier cosa tenía cabida en sus conversaciones.

Me vestí discreta, más por obligación que por gusto, y le puse a Paula un vestidito de algodón

blanco y unas zapatillas de tela adornadas de florecillas. Debía llevarla conmigo. Tal vez fuera la única niña de la reunión pero no podría dejarla en ningún otro lugar. De cualquier forma ya no me fiaba de dejármela atrás.

Llegué a casa de Ana sobre las ocho. Cuatro mujeres se encontraban junto a ella, afanadas en poner unos pinchos y algunas bebidas en la mesa del salón. Me sentí desplazada al ver la soltura con que aquellas mujeres disponían a su antojo sin preguntar, inmersas además en sus risas y comentarios jocosos. Ana nos presentó sin darme muchas explicaciones de quién era cada cual. Mencionó sus nombres a velocidad vertiginosa, señalándolas con el dedo en la distancia mientras yo hacía un esfuerzo bestial por retenerlos en mi memoria y cuando nos sentamos se dirigió a ellas para indicarles que yo era Olga, dando a entender que ya les había hablado previamente de mí. Aquello me molestó. Consideré que ellas partían con ventaja al disponer de una información acerca de mí de la que yo carecía en relación a ellas.

Me senté en un sillón, un poco apartada del centro de discusión. Ana comenzó a sacar cajitas de colores y las abrió disponiéndolas sobre la mesa en perfecto orden. Repartió cordones de cuero negro y puso unas cuantas tijeras sobre la mesa al alcance de todas.

—Vamos a hacer pulseras para venderlas en el mercadillo solidario del domingo —me dijo al ver mi cara de perplejidad. No me acerqué, pero sí lo hizo Paula atraída por tanto colorido.

—Han dejado parado a mi marido —soltó Emilia sin dejar de insertar cuentecillas en el cordón de cuero.

Todas levantaron la vista al unísono.

—¿No hay trabajo? —preguntó Ana con preocupación.

—No me ha querido explicar por qué. Supongo que habrá flojeado, cada vez se reparan menos cosas. ¡Este queso está buenísimo!

Su giro en la conversación y el hecho de que no hubiera inflexiones en su voz me sorprendió, captando mi atención de manera especial. No debía de ser una noticia muy halagüeña para ella y sin embargo la había soltado como quien anuncia una pequeña desgracia completamente ajena a su entorno familiar, sin inmutarse. Observé su rostro. No acertaba a adivinar qué edad podría tener, pero estaba por asegurar que bastantes menos años de los que aparentaba. Su media melena morena y corta, salpicada de canas por las sienes y en el nacimiento del pelo sobre la frente, dejaba al descubierto las profundas arrugas que surcaban sus ojos y el contorno de la boca. No había brillo en sus ojos, su opacidad le infundía una mirada triste y cansada, y la flacidez de su piel y de su cuello denotaba una falta de hidratación y de cuidado personal prolongado a lo largo de los años. Por un momento, reparé en lo que me pareció una clara indiferencia por su parte, pero algo desconocido dentro de mí me obligó a pensar que ésta podría ser, tan sólo, otra más de las malas noticias que habría recibido en su vida.

—¿Crees que volverán a llamarlo? —preguntó Trini.

—No lo sé. De momento tendrá que arreglar los papeles del paro y luego ya veremos.

—Te veo tranquila. Eso es bueno —apuntó Ana.

—Han sido tantas veces... Estoy acostumbrada a los altibajos. Él no es hombre de pasar mucho tiempo en el mismo sitio, cuando lleva una temporada empieza a cansarse de la rutina del trabajo y en éste lo estaban explotando.

—Sí, pero no están las cosas para delicadezas —afirmó Trini con languidez.

—Por eso ha estado aguantando. Pero ésta puede ser la oportunidad de encontrar algo mejor, quién sabe, yo soy de las que dicen que no hay mal que por bien no venga.

—Yo pienso igual, cuando una puerta se cierra, otra se abre —dijo Ana con convicción—. Hay que ser optimista. Algo saldrá, ya verás.

—Dame dos bolas azules, Toñi —continuó Emilia—. ¿Cómo va tu hijo?

—Ayer traje a casa a dos amigos que no me gustan ni un pelo. ¡Toma! —dijo acercándole las bolas—. Uno de ellos tenía una pinta de colgado...

—Creo que conozco a uno de ellos —apuntó Marisa, que acababa de llegar—. Es el hermano de uno que estuvo conmigo en el instituto.

—¿Cuándo los has visto?

—Por el barrio, en más de una ocasión. Incluso en horas de clase —apuntó con cautela.

Vi como a Toñi le cambiaba el semblante. Sus ojos claros se abrieron como platos y el rictus de su boca le hizo apretar los labios.

—¡Lo sabía! Sabía que estaba volviendo a las andadas.

—¿Has hablado con él? —inquirió Ana con preocupación.

—No me deja acercarme, se pone a la defensiva nada más empezar la conversación. Dice que yo no soy nadie para decirle con quién tiene que salir ni lo que tiene que hacer, que ya es mayorcito para cuidarse solo.

—¿Y su padre no dice nada? —cuestionó Emilia extrañada—. ¡En mis tiempos íbamos nosotras a contestar así! Mi padre me habría dado un bofetón que me hubiera echado los dientes al suelo.

—Su padre se pasa el día trabajando para que podamos vivir todos, llega a casa deslomado de cargar ladrillos y sacos de cemento. Lo único que le faltaba es que yo fuera planteándole problemas cuando llega a casa por la noche harto de echar horas. Además, estoy segura de que mi hijo no lo escucharía para nada, no deja de lamentarse de que sea su padre.

—Se creen que se lo merecen todo, la culpa es nuestra por consentirles tanto. Hemos pasado de tener unos padres déspotas y autoritarios a ser demasiado permisivos. Al final, nos estamos llevando guantadas por todos lados; antes, de nuestros padres y ahora, de nuestros hijos —afirmó Lola mientras enseñaba a Paula como atravesar una bolita con el hilo—. Ten cuidado con ella —advirtió dirigiéndose a mí y señalándola a ella—, aún estás a tiempo de hacerlo bien.

No dije nada. Sonreí ligeramente ruborizada, no quería intervenir en aquella conversación, no deseaba tener que confesarme ni desvelar absolutamente nada de mi pasado ni de mi presente. Hasta el momento, me había limitado a intentar seguir el hilo de una conversación en la que me faltaban datos de base para poder entender. No sabía cómo pretendía Ana que me integrara en aquel grupo sin tener antecedentes de sus vidas ni de cómo era cada cual. Tiré del brazo de mi hija para sentarla a mi lado y utilizarla de excusa para desviar la atención que todas ellas parecían haber posado sobre mí. Ana se percató de la situación y reanudó la conversación derivándola hacia temas más intrascendentes. Me sorprendió que le preguntara a Marisa por su hija, la juventud de su rostro no revelaba más de la veintena.

Había muchas sorpresas ocultas en aquel grupo, muchas vidas plagadas de detalles por descubrir que a mí me resultarían más que sorprendentes, y eso es lo que fui haciendo durante los años siguientes en que continuaron aquellas reuniones y otras tantas citas que me absorbieron sin yo

pretenderlo en casa de Ana, en el bar o en cualquier otro lugar válido donde poder charlar y cambiar impresiones con cada una de ellas.

—¡Cuéntame algo de tus amigas!

Eso fue lo primero que solté cuando llegué al restaurante a la mañana siguiente. Apenas me dio tiempo a quitarme la chaqueta. Ana tenía puesto un pañuelo en la cabeza, un grueso delantal negro y unos guantes de goma rojos y se afanaba en fregar a conciencia el menaje de cocina.

—Esto deberías estar haciéndolo tú, llegas tarde —me contestó ufana.

—Acosté a Paula demasiado tarde ayer, esta mañana no podía levantarla. Hemos llegado al colegio con veinte minutos de retraso.

Ana no contestó. Le había tocado en el punto débil: Paula. A mí no me perdonaba nada, seguía insistiendo en que acabaría domándome aunque fuera lo último que hiciera en la vida, en que conseguiría hacer de mí una mujer de provecho que no estuviera lamentándose a perpetuidad. Pero si le mencionaba a Paula, se deshacía en pedazos. Le inspiraba una ternura descomunal.

—Ahí tienes tres kilos de judías para el potaje de hoy. Ya puedes empezar a cortar —me ordenó sin miramientos.

—No sé cortar judías —dije encogiéndome de hombros.

Ana me miró durante unos cuantos segundos. Se rascó la ceja con el grueso dedo índice enfundado en goma y suspiró.

—Pasarán años hasta que consiga que puedas hacer algo tú sola. Trae para acá.

Dio un tirón a la fuente de plástico que contenía las judías y comenzó a cortar los bordes de la vaina mostrándomela con detalle.

—Sólo lo haré una vez, así es que fíjate bien.

—Cuéntame algo de tus amigas —insistí obviando la rudeza con que me hablaba y que ya sabía que sólo formaba parte de su fachada de jefaza intransigente.

—¿Qué te han parecido?

—No sé qué decirte, en un par de horas es difícil formarse una imagen.

—Pero sí una primera impresión. Apuesto a que son muy diferentes a tus amigas ricachonas.

—Tanto unas como otras tienen sus propios problemas —contesté a la defensiva.

—No conozco los de tus amigas, pero estoy por apostar que son menos vitales que los que tienen las mías.

Miré a Ana mientras jugueteaba con la primera judía que debía cortar. Me asombraba su capacidad para mantener conversaciones de toda índole sin detener el ritmo de sus quehaceres.

—Me parecieron flojas de espíritu —me atreví a decir—. Resignadas con su situación, como si no tuvieran otra salida y tuvieran que aguantarse con todo lo que les caiga.

Ana soltó una carcajada que me sobresaltó.

—Flojas de espíritu —repitió—. Pero, ¿tú te has visto? Acabas de caerte al agua y estás a punto de ahogarte sin remisión. En lugar de nadar a favor de la corriente, te empeñas en seguir avanzando en sentido contrario y mientras lo haces, te ahogas en tus propios lamentos, compadeciéndote de ti misma a todas horas. Esas mujeres te llevan años y años de ventaja en sus desgracias y aún se

mantienen a flote. Aprende de ellas —dijo deshaciéndose de los guantes con soberbia.

—Trini no tiene carácter —insistí—. Sólo hay que ver la forma en que se viste, tan anticuada, con ese vestido floreado que parecía la bata de trabajo de cualquier asistenta; la manera en que se peina, con el cabello ondulado engominado hacia atrás y sujeto por ese pasador de madera exótica típico de mercadillo; el tono lánguido de su voz, habla susurrando, como si pidiera perdón por todo lo que dice. Con ese temperamento tan débil no va a ningún lado.

—Pero nunca pierde la sonrisa —me contestó con ofuscación—. Trini es una mujer con un corazón que no le cabe en el pecho —advirtió Ana con los labios rígidos y mirándome directamente a los ojos—. Se pasa las mañanas enteras limpiando escaleras mientras su madre está en un centro de día para enfermos de Alzheimer. Llega a casa a las tres de la tarde, les pone de comer a sus hijos y continúa su actividad frenética para tenerlo todo listo y recogido a las seis de la tarde en que su madre vuelve a casa, porque a partir de ese momento, ya sólo tiene tiempo para atenderla a ella.

Sus palabras y la forma en que las pronunció, me hicieron sentir mal.

—Yo también trabajo todo el día y además tengo que ocuparme de Paula.

—Ella tiene tres hijos de los que preocuparse y un marido que no la ayuda demasiado, por no decir que nada.

—Tampoco yo tengo un marido que vele por mí.

—Pero, ¿sabes cuál es la diferencia? Que tú no puedes dejar de mirar al pasado, no puedes dejar de mirar la puerta que se te ha cerrado y eso te impide ver la que se acaba de abrir. Muchos quisieran tener un trabajo como el tuyo, una hija como la tuya y la posibilidad de vivir en un apartamento propio aunque sea de alquiler. Trini no espera que la vida sea justa y ¿sabes por qué? Porque esas injusticias las ha vivido desde pequeña. Tú, no. Por eso ella mira al frente y aprovecha las oportunidades que le brinda la vida con esperanza.

Seguí cortando judías hasta dolerme los dedos y los riñones de la postura forzada que había adoptado en la silla. No quise quejarme. Nada pretendía menos en ese momento que tener que darle la razón. Aunque la tuviera.

No volví a reunirme con ellas durante algunas semanas, en parte porque no coincidieron en un día libre para verse, pero tampoco a mí me apetecía en exceso. A veces me sentía entre ellas como un cisne en una charca de patos, pero no eran ellas las que sentían fascinación por mí, era yo la que se encontraba desplazada en su mundo y la que albergaba una mezcla de sentimientos que no sabía cómo calificar. No era estrictamente admiración, pero sí un cierto anhelo ante su capacidad de supervivencia. Su conformismo les hacía disfrutar de pequeñas nimiedades que yo había considerado intrascendentes hasta que ahora comenzaban a faltarme. «Tú te lamentas porque las has perdido, ellas celebran haberlas encontrado. Ahí está la diferencia» —me había dicho Ana alguna vez. La cocina del restaurante acabó convirtiéndose en un hogar casi más confortable que mi propia casa. Las horas que pasábamos allí encerradas nos obligó a acondicionarla para poder acoger también a Paula, que había comenzado el colegio aquel septiembre con un horario escolar reducido con respecto al que tenía en la guardería. Construimos un rincón acolchado en el suelo para que ella pudiera disfrutar jugando y una mesa camilla con una estufa y un pequeño televisor donde descansar a ratos sin tener que salir de aquel entorno en el que cada vez en menor medida me molestaban los olores y su ruido de cacharros y cubiertos. Creo que la compañía de Ana y el bullicio cercano de los clientes del bar me aliviaban sobremanera de una soledad que había comenzado a resultarme más insoportable

incluso que mis carencias económicas. La charla constante de Ana me tranquilizaba. Su tono, su templanza, la mesura con que se comportaba, la ausencia de prisa en su vida y sobre todo su capacidad para sortear mis cambios de humor atemperaban los altibajos en mi carácter, y en no escasas ocasiones hacía que me detuviera a pensar en profundidad acerca de aspectos y detalles que a mí, sin duda, se me hubieran pasado por alto. Teníamos perspectivas muy diferentes ante la vida; yo deseaba bebérmela entera, ella tenía suficiente con ingerir unos cuantos sorbos, siempre había preferido la calidad a la cantidad, aunque su concepto de calidad también difería del mío; ella no necesitaba emprender grandes acciones para gozar de la sensación de estar disfrutándola, saboreaba pequeños momentos cotidianos como si fueran manjares divinos, pero yo no hallaba suficiente satisfacción en tal tipo de menudencias; yo encontraba problemas en aspectos por completo intrascendentes para ella... Admiraba su tolerancia, su respeto por los demás, su tendencia a sobrevalorar las virtudes y menospreciar los defectos, aunque a veces tenía la extraña sensación de que a mí no me permitía tener el más mínimo. Sin embargo, me parecía curioso que tras cada encontronazo un sentimiento interno de bienestar se apoderara de mí, como si realmente hubiera aprendido algo con una regañina que en la mayoría de las ocasiones me sonaba incluso maternal.

—De ser tú mi madre, con tan sólo la mitad de las cosas que me dices ya habríamos tenido más de una bronca de órdago.

—Yo soy tu jefa; en el fondo, sientes que me debes un respeto. La confianza con tu madre hace que con ella lo olvides.

—Debe de ser eso. A ella nunca le consentí que me hablara así, tal vez por eso nos llevábamos tan mal.

—Las madres siempre quieren lo mejor para sus hijos. Supongo que sólo pretendía educarte.

—No, ella sólo pretendía que no le diera problemas, lo demás le daba igual.

—¿Cuánto hace que no hablas con tu madre?

—Desde que salí de su casa —dije mirando hacia otro lado.

—¡¿No la has llamado en dos años?! —preguntó Ana alarmada.

Tardé unos segundos en contestar. Dudé si sentía vergüenza de reconocerlo.

—¿Para qué? La llamaré cuando pueda devolverle su maldito dinero.

—No seas rencorosa, Olga. El odio y el rencor te hacen más daño a ti que a los demás.

—No puedo olvidar lo que me hicieron —dije con recelo—. No soporto que vivan sus vidas como si nada hubiera pasado mientras yo estoy rota en mil pedazos intentando levantarme.

—Esa sensación de odio con la que estás hablando te golpea sólo a ti, te amarga cada momento en el que surge y te impide disfrutar de otros placeres que están al alcance de tu mano en este mismo instante. ¿Has pensado que tal vez ella podría haber sentido algún tipo de remordimiento por no haberte defendido?

—Tú no la conoces. Ni siquiera yo la conocía. El dinero se interpuso entre nosotras, ya llegará el momento de volvernos a encontrar.

—Aprende a mirar el aspecto positivo de las cosas: tú no te pelearás con tu hija por dinero ahora que ya no lo tienes. Un problema menos —sonrió.

Miré a Paula. En aquel momento jugaba con unas piezas gruesas de construcción que intentaba ensamblar con sus manitas pequeñas y regordetas. Me invadió una ternura indescriptible y sentí una

extraña agitación cuando imaginé por breves segundos que tuviera que separarme de ella. La seguí mirando absorta durante un tiempo mientras mi mente hilvanaba con rapidez algunos sentimientos que acababa de descubrir. Por primera vez fui realmente consciente de que no sentía la necesidad de culparla, la eximía de la responsabilidad que yo había hecho recaer sobre ella; aunque tampoco podría asegurar que la considerara una víctima de cuanto nos estaba aconteciendo.

—¿Te puedo dejar la revista con el patrón y la tela, Ana?

Toñi había entrado en la cocina sin dejarse oír. Tenía prisa en su voz y un deje de preocupación que le hacía fruncir el ceño de una manera especial. Se había recogido el pelo hacia atrás en un moño bajo que sabía lucir con cierta elegancia. No había maquillaje en una piel castigada que podría lucir esplendorosa con un par de tratamientos de belleza y un cuidado mínimo diario. Era una mujer de figura delgada pero de temperamento fuerte, a juzgar por su forma de hablar, incluso por sus andares, firmes y altaneros. Sus expresivos ojos claros hablaban por ella. Su manera de expresarse no derrochaba cultura, pero algo me decía que no se amilanaba fácilmente ante los problemas. La forma que había tenido de hablar de su hijo en nuestro anterior encuentro me hacía pensar que era de esas mujeres que cogen el toro por los cuernos cuando lo creen necesario. Tenía que reconocer que había algo en su personalidad que despertaba mi curiosidad.

—¿Qué ocurre? ¿No piensas venir? —le preguntó Ana con extrañeza.

—No quiero dejar solo a mi hijo. Lleva todo el día un poco nervioso y desde hace una hora parece que está también algo agresivo. Anda por el piso de un lado a otro, hablando por teléfono y graznando en voz alta sin que pueda entenderlo. Le he preguntado varias veces, pero la comunicación con él se me hace imposible cuando se pone así.

No dije nada, por supuesto. No conocía la historia de Toñi ni de su hijo y además, yo no era quién para aplicar una lección de psicología que yo misma desconocía.

—Siéntate —la invitó Ana—. ¿Quieres tomar algo?

—No, me marcho. No me fío de que se largue y no sepa dónde encontrarlo. ¡Ay, Ana, que creo que ha vuelto!

—No pienses mal, mujer. Puede ser cualquier otra cosa, ya lo sabrás. Ten paciencia, está en una edad muy mala.

—La juventud y el fracaso en los estudios son una bomba de relojería cuando se juntan —musitó cabizbaja—. Te dejo esto. Si podéis cortármelo, me haréis un gran favor. Tengo que coserlo antes de la boda. Si es que voy, claro, porque las cosas no están para fiestas.

—No te preocupes —la animó Ana—. No teníamos otros planes para hoy. Te lo llevo mañana.

—Yo vendré a recogerlo y así te cuento. Si no hablo con alguien reviento y ya sabes que con Pedro no puedo. Gracias, Ana —dijo al salir, sin volverse para mirarnos.

—¡Putra droga! —exclamó Ana. Nunca la había oído soltar una palabra tan fuerte y con tal contundencia. La miré con elocuencia sin atreverme mucho a preguntar, esperando a ver lo que ella estaba dispuesta a contarme—. Se creen gallos cuando todavía son pollos sin espolones. ¡No pasa nada, no pasa nada! A un cigarro le sigue un porro, y lo peor es que cada vez necesitan emociones más fuertes.

—No todos van más allá de un porro.

—Los que tienen sensatez. Pero, ¿qué le puedes pedir a un niño de catorce años que está todo el día tirado en la calle, frustrado por sus malas notas y sin nada de lo que poder presumir? Buscan sentirse importantes y si tienen la mala fortuna de toparse con esa gentuza que les regala el oído haciéndoles sentir como hombres para introducirlos en el negocio...

—¿Está empezando, o ha estado ya?

—Ha estado enganchado a los porros hasta el punto de depender de ellos para estar más o menos bien, animado. Toñi ha luchado lo indecible para sacarlo de ahí, porque el niño se empeñaba en decir que no eran perjudiciales y que ella era una anticuada y una inculta. Dejó su trabajo para quedarse en casa y dedicarse a él, a vigilarlo y a levantarle la moral, intentando que no perdiera los cursos en el instituto. Pero los amigos siempre vuelven y si tienen intereses económicos, más aún.

—Aconsejan cambiar de ambiente, ¿no? —sugerí.

—Eso es muy fácil decirlo. Pero, ¿cómo se cambia de ambiente cuando no tienes dinero para mudarte de barrio o incluso de ciudad? Y aun así, en todos sitios existe. Mientras no cambie su actitud personal con respecto a eso, no hay nada que hacer. Si no lo encuentra aquí, lo buscará en otro sitio. No quiero ni pensar que haya vuelto otra vez, se me parte el alma de ver a Toñi, está sola en esto. ¿Vas a venir esta noche? —me preguntó de forma repentina.

No tenía intención de ir, pero algo se me había removido por dentro. Había sentido pena por Toñi sin apenas conocerla y esa congoja me estaba produciendo verdadera angustia. Caí en la cuenta de que al menos ella podía contar con un grupo de buenas amigas que no dudarían en ayudarla si fuera necesario. Entonces me vi sola. Si a mí me ocurriera algo más, no sabría a quién recurrir. Tan sólo a Ana. Tal vez.

—Sí, cogeré algo de cena para Paula y voy para allá.

41.

Llegué a la puerta de la cafetería a las diez y cuarto de la mañana de aquel domingo ligeramente nublado, pero Ana aún no estaba allí. Después de asomarme al interior del establecimiento para comprobar la ausencia de mi jefa, bajé a Paula del coche y me senté en una de las mesas que había en la puerta, recibiendo de buen grado el aire fresco que me alborotaba el pelo, agradeciéndolo, más que lanzando maldiciones como solía hacer siempre que me desbarataba la disposición de mi melena. Aquel día habíamos decidido darnos un pequeño homenaje acudiendo a la churrería de mayor prestigio del barrio, un local de apenas cincuenta metros cuadrados embadurnado de humo y con la grasa difundiéndose por todos los rincones como gotas de rocío, para desayunar como señoras, servidas por otras empleadas de nuestro mismo gremio. No hice intención alguna de pedir nada hasta estar segura de que acudiría alguien a nuestra cita matinal. La convocatoria se había hecho extensiva a todo el grupo de Ana, pero las múltiples obligaciones de cada una de ellas hacía difícil que pudieran verse juntas alrededor de la mesa que yo ocupaba en aquel momento.

Marisa fue la primera en aparecer, acompañada de una pequeña que, a juzgar por comentarios anteriores y, sobre todo, los surgidos en la reunión de la última noche, debía de ser su hija. A pesar de la década de diferencia que había entre nosotras, me sentí un poco intimidada por su presencia sin que Ana estuviera allí para moderar el diálogo. Aquella chiquilla tenía un desparpajo especial, era extrovertida, charlatana y muy vivaracha y no quería que comenzara a hacerme preguntas incómodas dejándose llevar por una curiosidad casi infantil que trataba de disimular bajo el manto de la madurez que pretendía aparentar. Siempre me pregunté qué hacía una chica de veinte años en el grupo de Ana, compartiendo tertulia con aquellas otras mujeres que, en el mejor de los casos, ya habían sobrepasado la cuarentena. Pero nunca había reparado en preguntarlo.

Me alivió observar a Ana acercarse a lo lejos en compañía de Lola, otra de las mujeres más enigmáticas del grupo, por cuanto que su aspecto superaba con creces el estilo de las demás, y eso la discriminaba ante mí. Lola debía de andar rondando los cuarenta. Tenía los ojos verdes y una piel tersa y aterciopelada como ninguna otra. Lucía un corte de pelo con cierto estilo que llevaba cuidadosamente despeinado, repuntado por la parte de atrás, con aire sofisticado. Aunque solía llevar un maquillaje discreto y natural, sus ojos perfilados acentuaban su mirada y sus labios rojos le aportaban una manifiesta sensualidad. No acertaba a adivinar el nexos de unión entre Ana, ella y todas las demás, no creía que estuviera inmersa en sus mismos problemas y era evidente que los conflictos personales o familiares eran, sin lugar a dudas, lo que había unido a esas seis mujeres con la clara intención de compartir sus penas y ayudarse mutuamente. Pero la escasez de recursos no parecía ser, precisamente, uno de los aspectos comunes entre Lola y el resto de sus amigas.

—He visto a Azahara jugando con Paula, creo que van a hacer buenas migas —me dijo Ana antes de saludarnos—, tienen la misma edad. Le dije a Marisa que la trajera, las dos pequeñas estarán muy bien compartiendo juego mientras nosotras charlamos. ¿Has pedido ya?

—Os estaba esperando.

—Hola, Olga —me saludó Lola—. Me alegro de volver a verte. ¿Qué tal, Marisa?

—¡Mira qué niña, mami! —exclamó Paula señalándome a su nueva amiga.

—Juega con ella, cariño, se llama Azahara.

—¿A quién se parece? —me preguntó Lola mirando a Paula—. Es preciosa, pero esos bucles rubios y esos ojos verdes es obvio que no son tuyos.

Sonreí algo intimidada. No estaba preparada para responder a preguntas personales.

—Mi padre era rubio, no tanto como ella, pero tenía el pelo bastante más claro que yo, y los ojos creo que son de mi abuela materna, he visto alguna foto de ella y me los recuerdan.

—Es muy alegre y muy vitalista, no para —agregó—. Me recuerda a mí de pequeña, aunque espero que no sea tan perfeccionista como yo. ¿Vendrá alguien más? —preguntó a Ana. Su cambio en el tema de conversación me produjo un cierto alivio.

—Creo que no. Trini no tenía con quien dejar a su madre, sus hijos se han marchado de acampada y su marido... ya sabes, no puede contar con él.

—¿Cómo se encuentra su madre?

—Cada vez más decaída. Esta semana ha empezado a usar pañales también durante el día, está perdiendo el control y además hay que acompañarla al aseo, ya no es capaz de ir sola.

Yo vigilaba a Paula al tiempo que escuchaba, pero no podía evitar sentirme un tanto desplazada entre ellas. La naturalidad con que se hablaban y el conocimiento mutuo de sus vidas y de sus problemas les hacía formar una piña en la que no había lugar para mí.

—Yo hablé con Emilia hace unos días —continuó Lola—. Me la encontré por casualidad y estuvimos un buen rato charlando, estaba muy desanimada. A su marido no le ha quedado desempleo, no va a cobrar absolutamente nada porque la empresa en la que ha estado trabajando estos últimos años no lo tenía asegurado.

—No me ha dicho nada —apuntó Ana extrañada—. ¡Qué mujer! Si no le preguntas, no habla.

—Ya sabes cómo es. No le gusta preocupar a nadie.

—Pero estamos aquí para eso, para apoyarnos, para desahogarnos cuando algo nos afecta. ¡Los problemas parecen menores cuando se comparten!

—Hoy iban a hablar con un familiar de Emilia que tiene un taller mecánico, con la esperanza de que hubiera algún hueco en el que meterlo. La edad que tiene es muy delicada para encontrar un nuevo empleo, nadie quiere a cincuentones a un palmo de jubilarse.

Aquella aseveración me produjo un cierto estupor. Encontrarse sin trabajo de manera repentina, con escasas expectativas y sin la posibilidad de contar con un remanente económico suficiente para poder subsistir hasta encontrar un nuevo empleo, me produjo una sensación de angustia difícil de definir. Creo que por un momento pensé en mí misma sin la ventaja que supuso haber contado con aquel dinero inicial que me pareció irrisorio, pero que a aquella mujer sospecho que le hubiera resultado una pequeña fortuna a juzgar por su modo de vida.

—Tú también comerás churros, ¿no, Lola? —le preguntó Ana con un guiño cómplice—. Cuatro medias de churros, tres cafés con leche y un batido de chocolate —listó—. ¿Las niñas tomarán algo?

—No, Azahara ya se ha tomado su leche —replicó Marisa.

—Paula, también. Además, tengo aquí algunas galletas para ella.

Miré a Lola y examiné su silueta. Era perfecta. Tal vez tenía una cierta obsesión por la figura, de ahí la pregunta de Ana en relación a los churros. A mí me había criticado excesivas veces el recelo que yo sentía por comer ciertas cosas. Me decía que una alimentación sana no tiene porque desecharse por una mera cuestión física, por lo que no entendía el porqué le permitía a ella ciertas licencias en ese aspecto. Aunque bien pensado, lo que teníamos intención de desayunar aquel día no era lo que se dice equilibrado y sano.

—Si hubiera contado las veces en que vomité los malditos churros después de tomarlos... —dijo Lola con una media sonrisa que se me antojó melancólica.

Marisa la miró sin extrañeza. Aquella mañana estaba excesivamente callada, con la atención puesta en su hija más que en nosotras. O mejor dicho... en las demás, porque tampoco yo sentía el suficiente valor como para participar en la conversación. Prefería escuchar.

—No creí que pudieras ser capaz de volver a probarlos —confesó Ana.

—Fue un reto personal. Me dije a mí misma que cuando volviera a comerlos estaría curada.

No sabía de lo que hablaban. ¿Curada de qué? Lola no tenía aspecto de haber tenido problemas de salud ni de ninguna otra índole, parecía sacada de mi mundo, más que del lugar en el que ahora nos encontrábamos.

—Menos mal que estabas allí, Ana. No sé lo que habría sido de mí si no me hubieras apoyado de la forma en que lo hiciste, te lo repito una vez más.

—No seas boba, era lo menos que podía hacer. Después del tiempo que estuve cuidándote no iba a dejar que lo asumieras sola.

Ana debió de ver mi expresión de perplejidad, porque sonrió y se dirigió a mí para aclararme ciertas cosas.

—Fui la *tata* de Lola cuando ella tenía 10 años, de ahí nuestra amistad. Yo tenía entonces 25 y sus padres me contrataron para que me ocupara de ella mientras trabajaban. Los dos pasaban el día fuera de casa.

—Sí, Olga, mi padre se iba a trabajar y mi madre salía de casa para no verme.

—¿Todavía con esas pamplinas? —le reprochó Ana.

—Era la verdad. Tú te empeñabas en pintarlo todo de color rosa, pero yo sé que no era así, no la justifiques. Mi madre no estaba orgullosa de mí, se avergonzaba de mi aspecto físico, de mis caderas anchas y mi barriga prominente, y odiaba mi forma de comer, no podía tolerar la ingesta de chocolate, golosinas o bollería industrial como la que todos mis amigos llevaban al colegio para tomar en el recreo.

Me incorporé ligeramente en la silla, agudizando el oído y centrando la atención.

—Eras demasiado perfeccionista, Lola —matizó Ana.

—Cuando tienes a una persona a tu lado recordándote tus defectos y censurando tus errores las veinticuatro horas del día, no tienes alternativa. Ella no quería a una hija, habría preferido parir a una modelo. Su culto personal a la belleza intentó llevarlo conmigo hasta el último extremo y las consecuencias las pagué yo. Quería agradarla, por encima de todo, quería que estuviera orgullosa de mí. Me quedé en los treinta y cinco kilos, y me habría quedado con veinte si hubiera podido con tal de verla feliz.

—Ella no quería que llegaras hasta ese extremo, Lola, tener que ingresarte en un hospital le resultó duro de sobrellevar. Pero ahora no es momento para hablar de eso, ya pasó.

—Ana, tú siempre dices que cuando una es capaz de hablar de sus males con naturalidad es señal inequívoca de que los ha superado —apuntó Marisa rompiendo su prolongado silencio.

—Pero hay resquemor en sus palabras. Cuando las emociones son negativas y están descontroladas es mejor evitarlas, no nos ayudan, nos producen daño.

Un camarera joven e inexperta se acercó a nosotras con una bandeja metálica sobre la que humeaban los cafés y los platos de churros entrecruzados. La conversación se interrumpió para hacerle un hueco y ayudarla en el reparto. Marisa cogió una servilleta y la relió en el extremo de un churro grueso y parcialmente hueco por dentro con el fin de no quemarse y Ana la secundó sumergiéndolo en el café y dejándolo unos cuantos segundos buceando en su interior para que absorbiera al máximo aquella pócima revitalizante de tostado color. Esperé a ver la reacción de Lola después de aquella pequeña conversación de la que yo creía haber deducido un problema de anorexia sufrido en su adolescencia, intentando adivinar si era cierto que lo había superado ya. Las secuelas dicen no desaparecer nunca y el temor latente a las recaídas es la tónica común como en cualquier otra adicción. Lola me parecía una mujer equilibrada, estable, pero daba la razón a Ana en su apreciación de que existía un deje negativo en los sentimientos que manifestaba hacia su madre, aunque tal vez aquello fuera sólo un indicativo más de la superación de su enfermedad, llegar a reconocer que todo había sido una consecuencia de la exigencia materna y no una convicción o creencia personal.

Lola cogió un churro y comenzó a morderlo con pulcritud, sin combinarlo con el café. Me pareció elegante y más educado que hacer flotar unos cuantos trozos en el vaso como si fueran pequeños barcos a la deriva a los que rescatar con ayuda de la cuchara. Yo la imité, la mezcla del aceite refrito con el sabor del café me producía una cierta repulsa, prefería tomarlos por separado.

Inicié con la vista un giro de 180 grados para buscar a Paula y la encontré sentada en el suelo, rodeada de tierra que amontonaba con sus manos pequeñas y con la ayuda de una pala verde que Azahara había traído. Reía e intercambiaba vocablos y expresiones cortas con su nueva amiga entendiéndose a la perfección. Me agradó verla relacionarse, sobre todo cuando a esa edad, según afirmaba su *profe* de guardería, aún tenían tendencia a jugar en solitario la mayor parte del tiempo y la palabra «compartir» todavía no había sido agregada a su particular forma de entender la vida. Una pala, unas cuantas piedras de formas diversas y sus propias manos. No tenía más juguetes en su poder. Y se la veía feliz. Ni triste, ni recelosa, ni aburrida. Feliz. Entonces me miré a mí misma, sentada ante una mesa pequeña con una tapa metálica deslucida por los cercos de los platos y de los vasos que había soportado a lo largo de los años, bebiendo café en un vaso largo de cristal translúcido, sin brillo, surcado por las huellas imborrables del estropajo y compartiendo un plato colmado de churros que no dudaba en coger con las manos como el resto de quienes me acompañaban, y en mitad de una plaza transitada por gente variopinta que igual paseaba, charlaba, corría o vociferaba, si era necesario, para entenderse con quien estaba en la lejanía de cincuenta metros o más. Llevaba puestos unos vaqueros, una camiseta blanca y unas zapatillas deportivas a las que me había habituado con mayor facilidad que a los zuecos blancos de hospital que Ana se empeñaba en que usara por mi propia comodidad. Y a pesar de ser domingo, no me sentía incomodada por llevar un atuendo así, ni por notar mi pelo alborotándose descontrolado por el viento matinal. Noté un sentimiento extraño e inexplicable ante tal apreciación personal, sobre todo al ser consciente de que no me quería marchar de allí, de que me sentía a gusto escuchándolas hablar

de sus problemas. No supe bien si era curiosidad, o simplemente que prefería estar sentada haciendo aquello antes que volver al agobiante trabajo en la cocina del bar. De cualquier forma, aunque se tratara de esto último, no dejaba de resultarme inconcebible que me sintiera tan tranquila y relajada tomándome un café en aquellas condiciones y sin la necesidad de buscar ninguna otra actividad excepcional que me alegrara el día de fiesta.

Pero no podía durar eternamente. La conversación cambió de rumbo recalando en temas ajenos a ellas mismas, desde el encarecimiento de la cesta de la compra hasta los últimos estrenos de cine de los que Ana y Lola parecían disfrutar hablando, pasando por otra serie de actividades o asuntos que siempre eran tratados desde la distancia que producía el hecho de haberlos visto en televisión o de haberlos escuchado en radio, pero nunca según la experiencia personal de haberlos vivido.

Aquel día y muchos otros de los que vinieron después a lo largo de los meses, me di cuenta de que las referencias externas formaban parte de sus vidas suplantando lo que no vivirían probablemente jamás. La imaginación era una inmensa fuente de poder y el uso del condicional en su lenguaje cotidiano cobraba una importancia bestial. «Si yo hiciera un viaje en barco creo que sentiría más miedo que placer», «si mi marido tuviera un trabajo fijo, nos iríamos unos días de vacaciones a la playa», «si mi hijo sentara la cabeza, podría encontrar un trabajito con el que costear sus gastos», «si el avión no costara tan caro, iría a ver a mi hermana a Palma de Mallorca, debe de ser bonito volar», «si tuviera a alguien que me ayudara un poquito con mi madre, podría ir al gimnasio de la esquina o a caminar a diario, las varices me están matando». La mayoría de sus deseos inalcanzables resultaban pequeñeces que yo estaba harta de realizar. Las primeras veces que escuché ese tipo de expresiones me resultaba inconcebible que alguien pudiera considerar dichas hipótesis tan lejanas de alcanzar, tan difíciles de conseguir. Ahora que comenzaba a saber un poco de ellas y de su forma de vida, empezaba a entender que les resultara complicado satisfacer tales aspiraciones, sobre todo porque el círculo vicioso que las oprimía a ellas, también comenzaba a sentirlo muy próximo a mí, hasta el punto de que yo a veces me sorprendía a mí misma haciendo uso de esa misma forma verbal, lo cual me producía auténtico pánico. Aun así, la resignación de que hacían alarde me parecía inaceptable. Para mí habían perdido por completo la esperanza de mejorar, de progresar, aunque Ana siempre me lanzaba la misma réplica: «No confundas la falta de esperanza con la racionalidad de saber dónde estás y a lo que te enfrentas. Si eres realista con tu situación, sabrás afrontarla para poder salir de ella sin perder por ello la esperanza. Pero si no eres consecuente con lo que te atañe, pensando que algún día todo cambiará como por arte de magia, puede que termines ahogándote sin remisión.» A mí me resultaba difícil discernir entre una cosa y otra. No estaba acostumbrada a padecer problemas en propia piel y mucho menos crónicos. Pero tenía que reconocer que el instinto de supervivencia formaba parte de nuestra cadena genética, aunque hubiera permanecido en estado latente durante años, porque ciertos aspectos que en un principio creí que jamás podría soportar, comenzaba a obviarlos y a ignorarlos, y ya no los consideraba tanto como algo perturbador en mi nueva vida.

Llegué al bar de Ana poco después de las nueve y media, enfundada en una chaqueta gruesa de ante con la que resguardarme del frío de una mañana especialmente desapacible, y tras haber dejado a Paula en el patio del colegio, en la fila de su nuevo curso de primero de infantil al que no le había costado adaptarse gracias a las habilidades sociales adquiridas en la guardería a la que había estado asistiendo hasta entonces. Aquél sería su primer curso en un colegio de mayores —como solía llamarlo yo ante ella para motivarla a acudir con más agrado—, sin que el cambio me hubiera

supuesto un descalabro en cuanto al horario o a la rutina que teníamos preestablecida por motivos de trabajo. Paula acudía al comedor del centro, por lo que desde las nueve y media hasta las cinco de la tarde yo tenía disponibilidad absoluta para estar a merced de Ana y del oficio de pinche de cocina que me esforzaba en aprender. Ya no sentía las manos entumecidas con tanta frecuencia y las tendinitis en el pulgar derecho de sujetar y presionar el pelador de las patatas o las tijeras del pescado también parecían haber disminuido en intensidad. Me sentía más libre de circular por aquella cocina a voluntad propia y, aunque con mucho temple y sobrado tacto, iba poniendo en práctica una iniciativa particular que hasta hacía un tiempo muy escaso me estaba completamente vetada. Las discusiones culinarias entre mi jefa y yo iban espaciándose en el tiempo por una compenetración obligada y por un conocimiento por mi parte cada vez más exhaustivo, aunque ella se empeñara en calificarme de desastre a la menor oportunidad; no tanto así los enfrentamientos temperamentales motivados por otros aspectos ajenos a la cocina y sí cercanos a nuestros orígenes y a nuestra forma de ser. Aunque en tal sentido las posiciones iban acortando distancias, aún nos quedaba un trecho considerable por recorrer.

Dejé la chaqueta en el armario de la ropa y entré en la cocina intentando adivinar de quién era la voz que conversaba con Ana y que me resultaba familiar. Se la oía entrecortada y con un cierto matiz grave. Era Toñi. Estaba de pie frente a Ana mientras ésta le tendía un vaso de tila al compás del tintineo de una pequeña cucharilla con la que removía aquel líquido amarillento. Ni me saludaron, aunque sí me dirigieron una mirada fugaz para comprobar mi identidad.

—¿Y cómo sabes que en realidad no iba a clase? —le preguntaba Ana—. Tu vecina ha podido equivocarse.

—Su hijo oyó al mío comentarlo con sus amigos en el baño del instituto. Dijeron que este jueves le tocaba a él.

—¿Cómo se llama el hijo de tu vecina?

—Miguel.

—¿Y Miguel también está metido en todo ese lío?

—No, ese chico es un buen estudiante. Estaba dentro del váter con la puerta cerrada cuando entró el grupito entero para hablar del tema. Salió cagado de miedo.

—¿Y es capaz de contarlo? —preguntó Ana extrañada.

—Mi hijo y él eran muy buenos amigos de pequeños, supongo que lo hace por un sentimiento de protección hacia él.

Miré a Toñi de soslayo mientras ponía una olla con agua a hervir; según el menú, había huevos rellenos de primer plato. Me llamó la atención observar los tirones con los que se entrecruzaba, una y otra vez, la rebeca gruesa de lana gris que llevaba puesta, como en un intento de protegerse. La oscilación de su cuerpo me decía que de poco estaba sirviendo la tila que iba ingiriendo a pequeños sorbos. Y su tez se mostraba contraída marcándose una arruga profunda en el entrecejo que denotaba una preocupación palpable. Aún no sabía de qué exactamente estaban hablando.

—¿Dónde ha ido a por ella?

—Miguel dice que a Las Barranquillas. Pero no es para él, es para venderla. Según parece, antes iban a comprarla a Torregrosa, pero hace un mes que terminaron de dismantelar toda esa barriada de chabolas y algunos de los que vendían la droga allí, lo hacen ahora en Las Barranquillas.

—Bueno, al menos no es para consumirla él —aseveró Ana con la intención de tranquilizarla—.

Eso te explica que siga con los porros sin pedirte dinero, ¿no?

—¿Y tú crees que teniéndola entre las manos tantas veces no va a terminar cayendo?

Dejé de echar huevos en la olla y la miré. El rostro de Toñi me conmovió. Tenía el miedo clavado en los ojos y un temblor en las manos difícil de controlar.

—A ver, siéntate —ordenó Ana.

—¡No me puedo sentar, tengo que ir a ver si es verdad!

—¿Ir... a dónde? ¡¿A Las Barranquillas?!—

—Dónde sea. Quiero verlo con mis propios ojos, quiero saber de dónde la saca y lo que hace con ella, si la vende o se la pincha.

Un escalofrío me sacudió la piel.

—Llévame, Ana —le suplicó casi sollozando—. Llévame tú en el coche hasta allí, no entraremos, te lo prometo, sólo quiero dar una vuelta por los alrededores, a ver si lo encuentro.

Vi la descomposición reflejada en el rostro de Ana. La rodeó con los brazos y la miró a los ojos con intención de hablarle, pero apretó los labios y calló. Se dirigió con diligencia hasta el cajón de una cómoda y sacó un manojo de llaves entre las que se encontraban las de su coche, un viejo Renault aparcado dos calles más allá desde hacía varias semanas.

—Llévala tú, Olga —me ordenó tendiéndome el llavero—. Yo tengo que esperar a los proveedores, me traen la carne y la verdura para el fin de semana, no puedo irme. Deja los huevos y acompáñala tú.

El temblor de mis piernas hizo que me sujetara a la silla más próxima que encontré, pero la contundencia con que Ana me dio la orden y el rostro implorante de Toñi me impidieron dar una negativa razonable.

—Yo no sé dónde está eso —advertí con la voz entrecortada y un tanto asustada.

—A veinte minutos de aquí —aclaró Toñi con urgencia—. Tenemos que coger la M-40 y después...

—Ve indicándome por el camino, no me des explicaciones, no tengo idea ni de dónde estoy yo ahora.

Enfilamos la M-40 en dirección a una barriada de chabolas de la que yo no había oído hablar en mi vida, pero que ya no olvidaría nunca. A medida que nos íbamos distanciando de Moratalaz con la idea de acercarnos a aquel suburbio inmundo, mi estómago se iba contrayendo. Ni en las películas había tenido yo ocasión de ver tanta podredumbre, basura ni miseria juntas, y todo ello sin habernos adentrado aún en la zona más próxima al poblado, al que yo no me pensaba acercar por mucho que Toñi me lo pidiera. Yo no tenía recursos personales para vivir donde habitaba ahora, cuanto menos para valerme en aquel entorno en el que sentía amenazada mi integridad física sin ni siquiera haberme bajado del vehículo.

—¿Qué coche tiene tu hijo? —le pregunté, después de habernos cruzado con un par de ellos tras abandonar la autovía de circunvalación.

—Mi hijo no tiene coche.

—Entonces, ¿cómo ha venido hasta aquí?

—Dice Miguel que utilizan una *cunda*. Otra persona los trae hasta aquí en su coche por algo de

dinero, una especie de taxi que se presta a eso. Los espera fuera del poblado y ellos entran a por la mercancía. Éste es el Camino de la Magdalena, para por aquí. Miguel me dijo que el coche suele esperarlos aquí.

Detuve el vehículo, aseguré las puertas y dejé el motor en marcha por si había que salir huyendo de allí. Tenía el estómago completamente oprimido y las manos sudorosas. Vimos pasar unos cuantos coches por delante de nosotros, pero a Toñi le pareció que ninguno de los que iban en su interior era su hijo. Otros pasaban caminando delante de nuestro auto, mirándonos fijamente mientras iban haciendo vaivenes incontrolados. Sus ojos entornados, su mirada perdida, la ropa desflecada y sucia, la baba cayéndole por la comisura de la boca sin acertar a llevarse la mano hasta el rostro para poder limpiársela. A escasos cien metros de nosotros, una chica estaba sentada en el suelo, con la camisa remangada por encima del codo y sujetando un artilugio con la mano derecha que no quise apreciar con detalle. La angustia comenzó a invadirme cuando vi la desesperación en la mirada de Toñi, que barría aquel campillo en todas direcciones para descubrir con valentía si su hijo estaba allí. No quise que lo encontrara. La ignorancia le impediría tomar cartas en el asunto, pero también le permitiría mantener la esperanza de que todo aquello no fuera verdad, de que no estuviera sucediendo en su vida nada tan temeroso como lo que sospechaba que pudiera estar pasando.

—Compran heroína y coca. La heroína se la venden a quienes no pueden venir hasta aquí, o no quieren, por temor a las rencillas personales que se traen entre manos muchos de los que se dedican a esta mierda —me dijo Toñi con ofuscación—. La coca la venden en las discotecas y a la gente de pasta para sus fiestas privadas. Esos no se ensucian las vestimentas acudiendo a barriadas como ésta, piden que se la lleven a domicilio, así no corren riesgos innecesarios. Pero la pagan muy bien, y los desgraciados como mi hijo se prestan a hacer de camellos o de intermediarios para poder costearse sus propias dosis.

Las lágrimas de Toñi afloraron con timidez. Yo cerré los ojos, me dolían las entrañas de escuchar su tono de voz.

—¿Tu hijo consume? —me atreví a preguntar.

—Porros. Pero ahora ya no sé si algo más.

La vi frotarse las manos y temí que estuviera a punto de derrumbarse.

—Y... ¿qué se hace cuando descubres que tu hijo está metido en todo esto?

Clavó sus ojos en mí con extrañeza.

—Todo. Cualquier cosa. Hasta matar, si es necesario.

Permanecimos más de cuarenta minutos allí, observando cualquier movimiento que nuestra vista pudiera alcanzar. Pero no apreciamos nada extraño que pudiéramos relacionar con José Luis, su hijo.

—Vámonos —me dijo al fin—. Esto es más difícil de lo que pensaba. Pero ya volveré. Con una *cunda* de ésas, si es necesario, pero volveré.

La fuerza con que pronunció la última frase me produjo admiración. Nunca pensé que pudiera albergar tal sentimiento hacia una mujer tan alejada de mi mundo, pero así fue. Toñi despertó en mí un profundo sentimiento de admiración.

Paula y yo regresamos a casa alrededor de las nueve, después de haber pasado las dos últimas

horas en un parque infantil cubierto, con piscina de bolas, un castillo hinchable en el que dar saltos infinitos y un laberinto de pasadizos acolchados de múltiples colores por los que acceder a un tobogán elevadísimo para la estatura de Paula, pero por el que ella no dudaba en deslizarse. Me senté en la cafetería de aquel establecimiento para poder verla a través de la cristalera que separaba ambos recintos. Y me sorprendí sonriendo con sólo observarla corretear y entremeterse como una lagartija nerviosa por la algarabía de niños que pugnaban por conseguir llegar a lo más alto. Algunas breves imágenes, de claridad manifiesta, afloraron a mi mente haciéndome recordar pasajes de mi infancia. Los recintos infantiles que yo solía frecuentar en compañía de mis amigos no tenían nada que ver con aquél en el que estábamos, ni en tamaño, ni en atracciones, ni en su decoración. Aquellos eran un sueño comparados con éste. Pero, curiosamente, los rostros de felicidad de estos niños no tenían nada que envidiarles a aquellos otros, tal vez porque no habían tenido la oportunidad de conocer algo mejor. Ana comentó una vez que no podemos depender del entorno para ser felices y todos aquellos chicos, incluyendo a Paula, parecían darle la razón. Mi hija vino incontables veces a saludarme a través del cristal, con sus ojos verdes destellando luz, sus mejillas sonrosadas por el esfuerzo, sus rizos rubios alborotados y la ropa torcida por la viva actividad en la que estaba inmersa. «Te quiero, mami» —leí varias veces en sus labios a través del vidrio. Me sentí orgullosa. Desde que acompañara a Toñi en aquel viaje a las entrañas de aquel submundo en el que no nos atrevimos a entrar, mi necesidad de abrazar a Paula, de charlar con ella, de compartir su tiempo y sus pequeñas necesidades aumentó considerablemente, no sé bien si por un miedo irracional a verla envuelta alguna vez en algo turbio que pudiera arruinarnos la vida por completo o porque mi amor por ella era mucho más profundo de lo que nunca pensé que pudiera llegar a ser. Aunque mi instinto me decía que se trataba de esto último.

Cerré la puerta del portal para impedir la entrada del frío intenso de aquel diciembre y pasé por mi buzón sin nombre antes de abordar las escaleras para subir a casa. Había un papel doblado en su interior, sin sobre. Di por hecho que se trataba de alguna nota que Ana me había dejado en mi ausencia y lo extendí para poder leerla. «He tardado en encontrarte, princesa. Me alegra que ambas estéis bien. Y me sorprende, también.»

Una ola de calor y un miedo intenso se apoderaron de mí. Me senté en las escaleras sin atreverme a subir, abrazando a Paula en contra de su voluntad; estaba excesivamente nerviosa después de la actividad intensa de aquella tarde. Alguien continuaba siguiéndonos los pasos y no entendía el porqué de aquella fijación en nosotras. En numerosas ocasiones, el sueño truncado me había obligado a analizar quién podría estar interesado en saber de mi vida, anunciándome sus progresos directa o indirectamente. El único nombre que no podía apartar de mi mente era el de Pablo, pero creo que le hubiera bastado con saberme hundida en la miseria, no era necesario hacerme partícipe de que estaba al tanto de ello; aunque su perversión y su elevado deseo de venganza podrían llevarlo hasta ese extremo tan miserable. Por otro lado, de ser él quien quisiera conocer mi paradero, me extrañaba que no hubiera utilizado tal información para hacerme llegar su renuncia oficial a la paternidad de Paula, como así anunció en su día. Desde que salí de casa no había vuelto a hablar con él, ni había tenido contacto alguno. Desconocía si realmente había emprendido alguna medida legal en tal sentido, pero yo no me daría por aludida, ni haría consulta alguna al respecto hasta recibir la comunicación del juzgado pertinente. Mientras Paula fuera descendiente legal de Pablo, tendría derechos de herencia, y yo no quería renunciar voluntariamente a esa posibilidad, máxime ahora que mi situación no le auguraba un futuro prometedor ni solvente.

—¿Por qué estamos aquí, mami?

Paula me sacó de mis elucubraciones y descubrí que era incapaz de subir a casa. Nada me garantizaba que quien quiera que fuese el autor o autora de la nota, no me estuviera esperando allí, y esa posibilidad me causaba un pavor irracional, aunque supusiera ponerle rostro de una vez por todas y aclarar el asunto que le había llevado hasta nosotras reiteradas veces.

—Ya nos vamos, cariño, mamá ha olvidado decirle algo a Ana. Vamos a su casa primero y luego volvemos, ¿de acuerdo?

Abotoné el abrigo de mi hija y salí del portal cogiéndola con fuerza de la mano, mirando hacia un lado y otro para comprobar no sabía exactamente qué, porque ni siquiera intuía lo que debía buscar. Aceleré el paso con la respiración entrecortada, no me notaba la sangre en la cara, tan solo en las sienes, agolpándose con una fuerza rítmica. Giré la vista hacia atrás una decena de veces, a la derecha, a la izquierda, y respiré algo más calmada cuando llegué a su casa y pulsé el botón del portero automático con toda la intensidad a que me obligaron los nervios. Ana me abrió la puerta sin preguntar, cogí a Paula en brazos y subí los escalones casi de dos en dos. Nada más llegar al rellano, salió a recibirnos y yo me colé por la rendija entreabierta de la puerta sin apenas mirarla; sólo deseaba la seguridad del interior. Entonces oí voces. Esperaba que Ana estuviera sola para poder soltar a bocajarro el miedo que me estaba produciendo calambres en el estómago, pero había más gente charlando en el salón.

—Pensé que hoy no vendrías, me dijiste que ibas a llevar a Paula al parque de bolas. —Había olvidado que tenían intención de reunirse ese día—. Pero... entra, me alegra que te hayas animado al final. ¡Hola, cariño, ¿lo has pasado bien en los toboganes?!

Ana se agachó para estar a la altura de Paula y ésta la abrazó con efusividad. Comenzó a contarle las genialidades de aquellos pasadizos secretos acolchados, la infinidad de bolas de colores entre las que se había sumergido cientos de veces y los niños a los que había conocido y a quienes había ganado en sus carreras y en sus juegos de escondite. Aproveché ese momento para pensar lo que hacer. No me apetecía escuchar ninguna historia ajena, la mía propia me tenía completamente bloqueada, pero necesitaba el consejo de Ana sobre lo que hacer; me daba miedo volver a casa, pero era consciente de que no podía pasarme la vida huyendo y cambiando de lugar de manera permanente.

Oí las voces lineales de Emilia y de Toñi. El tema de conversación no parecía precisamente alegre, tal vez estuvieran compartiendo los últimos acontecimientos en relación con el hijo de ésta, o con el marido desempleado de Emilia, o con la madre enferma de Trini, de quien también me había parecido oír comentario alguno. Demasiados problemas para una sola noche.

Lola abrió la puerta del salón y se dio de bruces con nosotras.

—¡Olga! No sabía que estabas aquí, Ana dijo que no vendrías. —Llevaba unos cuantos vasos en la mano y un plato vacío que repuso de pequeñas cortezas de cerdo mientras yo le contestaba—. Tienes mala cara, ¿te encuentras bien? —me preguntó a la vuelta de la cocina—. Entra, ¿quieres agua o...?

—No, gracias, no te preocupes. Ya me marcho.

—¿Te vas? —preguntó Ana extrañada—. Pero, si acabas de llegar...

—Ven aquí, a ti te pasa algo, ¡estás pálida, chiquilla!

Lola tiró de mí adentrándome en el salón. Ana la siguió con Paula en brazos. Toñi, Emilia y Trini interrumpieron su conversación para volverse a mirarnos y una de ellas acercó una silla hasta la mesa.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te encuentras mal? ¿Una bajada de azúcar, de tensión?

—¿Es por la niña? ¿Le ocurre algo a Paula?

Tenía todas sus miradas clavadas en mí, pendientes de mi respuesta, con perplejidad en el rostro y una mueca de preocupación que me pareció sincera. Durante esos breves segundos, su conversación pasó al olvido, quedó relegada a un segundo plano del que ya no se recuperó. Ahora querían saber lo que me ocurría y lo que había provocado que el albor de mis mejillas no terminara de evaporarse.

—Tienes las manos sudando —dijo Toñi, estrechándolas entre las suyas—. Voy a por un poco de agua. Hazle aire, Emilia, con esa revista que tienes ahí.

Ana acercó su silla a la mía y me miró a los ojos.

—¡Cuenta! —me ordenó con dulzura.

—No, de verdad, no quiero interrumpir...

Me abrumaba ponerme a contar algo delante de todas ellas, apenas sabían de mi vida, o eso pensaba yo. Ana estaba al tanto de los últimos incidentes, pero hacérselo entender a ellas suponía comenzar por el principio, o hacer un resumen significativo de unos acontecimientos que me avergonzaba confesar.

—No interrumpes nada —aseguró Emilia—, nuestros problemas seguirán estando ahí la próxima vez que nos veamos, no son ninguna urgencia.

La miré con detenimiento y me pareció apreciar en sus ojos esa luz especial que nunca le había visto a mi madre y que me incitaba a confiarle mis miedos como si lo fuera. Me sentí extraña. Y segura. Me sentí segura sentada a su lado cuando me incitó a hablar con una elocuente elevación de sus cejas. Tendí a Ana el papel doblado y esperé su reacción.

—¡Oh, no, otra vez, no! —exclamó—. ¿No se va a cansar nunca?

Las demás la miraron conscientes de que poseía una información de la que ellas carecían. Pero su prudencia la hizo callar, cediéndome la decisión de contar hasta donde yo me sintiera capaz de llegar. Sus miradas seguían clavadas en mí. Emilia me abanicaba el rostro con las hojas deslucidas de una revista, Toñi mantenía asida una de mis manos mientras en la otra sujetaba el vaso de agua que me había ofrecido instantes antes, Ana releía la nota una y otra vez, intentado extraer más información de la que allí había escrita y Lola tenía a Paula en su regazo, entremetiendo sus dedos por los rizos gruesos y esbozando una sonrisa con la que tranquilizarla.

Me limité a contarles que me había quedado embarazada de otro hombre y que mi marido nos había echado de casa. Aclaré el nivel social y económico del que procedía y que me había hecho la vida imposible en el sentido de no ser capaz de encontrar trabajo por haber intercedido negativamente para que así fuera. Y que alguien, desde que abandoné La Luna, nos había estado siguiendo y amenazando, lo que me había llevado a cambiar de hogar en más de una ocasión. Ellas no cuestionaron absolutamente nada de cuanto les dije, o lo que es más, sus escasas preguntas sirvieron para aclararles más de un aspecto que hasta ese día de seguro que habría sido inexplicable para ellas, pero no hubo ninguna recriminación por mi conducta, ninguna tachadura moral a mi forma de proceder. Indagaron lo suficiente como para hacerse una idea de la importancia del problema, de si era aconsejable ponerlo en manos de la policía o si la intrascendencia del mensaje actual no hacía necesario ni siquiera un nuevo cambio de domicilio. Su intención sincera fue la de ayudar, de la forma que tuvieran en sus manos. Y su único consejo, como no podía ser de otra forma, el de afrontar la situación, el de plantarle cara a lo que hubiera de venir, el de luchar, y el de buscar lo mejor de

aquello que, a partir de ahora, encontrara en mi camino porque, según ellas, los afortunados no tienen necesariamente lo mejor de lo mejor.

Pasamos de nuevo la noche en casa de Ana, pero no pude conciliar el sueño con facilidad. Me sentí con una fuerza renovada, más independiente de lo que nunca lo había sido. Esclava de mi destino y de mi fatalidad, pero no era la única. Otras muchas, al igual que yo, también se encontraban inmersas en tesituras problemáticas difíciles de afrontar y de resolver, algunas incluso peores que las mías, y por primera vez era capaz de reconocerlo. Aunque lo más reconfortante de todo fue el hecho de no sentirme sola. Mi mundo acababa de abrirse a nuevas amistades en las que creí poder confiar, con la interna convicción de que ellas no me defraudarían.

42.

(2000)

La angustia me sacudió el pecho cuando vi desaparecer a Paula por el lúgubre pasillo de aquel hospital público que ya habíamos visitado más de una vez. Iba recostada en la cama, encorvada sobre su abdomen para paliar el dolor punzante y difuso —según terminología médica—, que venía padeciendo de forma continuada desde hacía tres días y que se había acentuado intensamente en las últimas horas, razón por la que Mario Costa, su profesor de Educación Física, había decidido llamarme para que pasara a recogerla. La encontré con la tez plomiza, demacrada y con los ojos llorosos. Se abrazó a mi cuello con toda la fuerza de que fue capaz y me hizo sentir impotente al no poder aliviarla de lo que comenzaba a afectarla con cierta regularidad. Su pediatra habitual desconocía el origen del dolor y yo comenzaba a tener la impresión de que daba palos de ciego medicándola sin ninguna efectividad; Paula no respondía al tratamiento.

La miré con los ojos vidriosos al comprobar que apenas podía hablar y que rápidamente devolvía sus manitas a la zona del estómago para comprimirlo mientras se ponía en pie alentándome a que nos marcháramos de allí. La cogí en brazos y avancé hacia la puerta masajeándole la espalda con movimientos circulares, tal y como Ana me había aconsejado hacer en alguna ocasión. El profesor de Paula me miró con gesto de preocupación y se ofreció a llevarnos hasta el hospital con una encantadora insistencia. Se lo agradecí con una sonrisa sincera que él me devolvió con creces.

Los análisis y algunas otras pruebas no habían hecho más que empezar. Paula debía permanecer en observación aquella noche para que el personal médico y sanitario pudiera analizar su evolución y engordar su historia clínica con cualquier dato significativo respecto a los escasos indicios que habían podido apreciar hasta el momento. Llamé a Ana para advertirla de la situación y me senté a esperar. Comencé a notar el frío de la soledad recorriéndome la espalda al comprobar que casi todos cuantos tenía a mi alrededor se encontraban acompañados, y me asoló un miedo acuciante ante la incertidumbre de no saber si en aquel hospital serían capaces de adivinar a qué se debía el padecimiento de mi hija. Aunque era probable que aquella duda razonable me la produjera en mayor medida la escasa información a la que me permitían tener acceso, que la falta de capacitación médica en sí.

Los minutos comenzaron a prolongarse en el tiempo haciéndose interminables. La perspectiva de seguir caminando entre hospitales para poder combatir la dolencia de Paula me turbaba. No podía desprender su rostro de mi retina, y la mueca contrariada de dolor y expectación ante lo que yo interpretaba como una demanda clara de mi protección me dolía en el alma. Me hubiera cambiado por ella sin dudarlo. Hubiera pactado con el diablo para sentir en propia piel lo que mi hija pudiera sufrir desde ese mismo instante. Y aquel pensamiento me abstraigo de nuevo; nunca lo había sentido por nadie y nunca pensé que pudiera sentirlo por ella alguna vez. Comenzaba a tomar conciencia

plena de que Paula formaba parte inherente de mí, de mi propio ser, y me sentí mal por no haber acariciado esa misma emoción desde sus primeros días de vida, por haberla apartado de mi rutina insustancial como si no la hubiera parido yo.

El celador alcanzó el lugar en el que me encontraba empujando la cama en la que Paula dormía. Le habían suministrado un calmante para hacerla descansar y la subieron a la habitación que nos habían asignado. Una estancia pequeña donde apenas cabían un par de camas, dos taquillas en las que guardar los enseres personales y un par de sillones donde se suponía que debía dormir el familiar que acompañara al enfermo. Por el momento, nos encontrábamos solas, a la espera de que se produjera un nuevo ingreso que nos obligara a compartir el espacio, el silencio o el exceso de ruido que cada cual quisiera o se viera en la necesidad de producir. Nada que ver con las instalaciones hospitalarias privadas, en las que se cuidaba al enfermo en la misma medida que a cuantos tuviera a su alrededor. Pero las escasas dimensiones que en los últimos años acompañaban mi vida me hizo tomarlo con una resignación mayor de la que yo misma había podido prever. La placidez y el sosiego de que ahora gozaba Paula me infundió una tranquilidad tal que todos los demás detalles parecieron desplazarse automáticamente hacia un segundo plano. Le acaricié el rostro, le aparté un mechón de pelo rubio que caía sobre sus ojos y puse un sutil beso en su mejilla para no despertarla.

Miré mi reloj y vi que aún eran las siete. La estancia hasta el día siguiente se me habría hecho eterna si no hubiera sido por la visita de Ana, que llegó acompañada de Emilia y de Trini. No las esperaba. Sus obligaciones y los problemas incesantes que las solían acompañar hicieron que me sorprendiera que hubieran podido extraer algo de tiempo para venir a vernos. Y de ánimo, porque aún seguía preguntándome a diario cómo podían aguantar habitualmente cargas tan pesadas como las que ellas tenían que sobrellevar.

—¿Cómo está la niña? —me preguntó Ana con gesto de preocupación.

—Ahora está tranquila. Le han puesto un calmante para el dolor y se ha quedado dormida.

Trini depositó su chaqueta sobre la cama vacía y se apoyó en ella sentándose ligeramente sobre el borde.

—¿Otra vez el estómago? —inquirió.

—Llevaba algunos días con gastroenteritis. La pediatra me prescribió dieta blanda, pero seguía con diarrea y malestar general. Al parecer, en la clase de educación física hizo un esfuerzo mayor de lo que debía, tienen una competición deportiva la semana que viene y Paula no se resiste a perder fácilmente.

—¿Cómo has venido? —se interesó Emilia.

—El profesor de Paula nos ha acompañado en su coche. Quería quedarse todo el tiempo aquí, pero no lo conozco de nada, me habría resultado embarazoso tenerlo a mi lado y no saber de lo que hablar. ¡Aunque admito que es un hombre encantador! Espero que puedan decirnos a qué es debido todo esto y podamos salir de este lugar con un tratamiento bajo el brazo.

—No abandones la esperanza, es lo último que se pierde.

Miré a Emilia a los ojos cuando terminó de pronunciar la frase. No había brillo en sus ojos, los tenía hundidos, y el aspecto cansado. Se dejó caer en el sillón vacío que correspondía al paciente ausente de la cama de al lado.

—¿Cómo va tu marido, Emilia? —le pregunté con cierto temor.

Se frotó las manos y adoptó una postura erguida, tensa.

—Nos estamos comiendo todo lo que yo tenía ahorrado —contestó con pesadumbre—. Sale por las mañanas, todas las mañanas, como un reloj. Él dice que busca trabajo, pero yo ya no sé qué pensar. La edad es un grave problema.

—¿Ya no cobra ninguna prestación?

—Nunca ha cobrado prestación, Olga.

Recordé que eso ya lo había referido Lola, pero aun así, su aseveración me alarmó. Emilia tampoco tenía trabajo y su familia contaba con tres hijos más en edad de estudiar.

—Cuando solicitó un informe de su vida laboral para que le pagaran el desempleo, le dijeron que no aparecía esta última empresa en la que había estado trabajando. Y no tenía tiempo suficiente cotizado como para cobrar el paro.

Emilia gesticuló con resignación bajo la mirada atenta de Ana. Y de la mía, que trataba de escudriñar lo que podría estar sintiendo en tal momento con un panorama futuro que a mí, sin conocer aún lo que confesaría después, ya me parecía bastante desolador.

—¿Necesitas algo, Emilia? —preguntó Ana—. Sé que has sido ahorradora como las buenas hormiguitas, pero si no puedes aguantar mucho más tiempo, dímelo. Sabes que haré lo que esté en mi mano.

—Lo mismo te digo —añadió Trini—. No me sobra mucho, pero te arrimo lo que pueda.

Las miré a las tres. Por un momento envidié los fuertes lazos que las unían, su complicidad y su actitud despreñida para proporcionarse ayuda mutua de manera desinteresada. Pero me agradó que me invadiera la sensación interna de no sentirme desplazada. Si hubiera tenido capacidad económica suficiente para haberla podido ayudar, creo que lo habría hecho sin importarme nada, y ese pensamiento placentero me transportó momentáneamente a un estado de bienestar, de sentirme integrada y, por qué no, también halagada por quienes no habían dudado en acompañarme aquella tarde para compartir conmigo unos temores y preocupaciones que, por el momento, no tenían nada que ver con la magnitud de los suyos.

—De seguir así, temo que no tardaremos en tener problemas serios —continuó Emilia—. Hace un par de días que uno de mis vecinos me alertó de que había visto a mi marido jugando a la máquina tragaperras de un bar cercano a casa. Y según parece, no es la primera vez. Todas las mañanas coge algo de dinero para sus pequeños gastos, pero ahora no estoy tan segura de que sean pequeños. —Le tembló la voz, pero se recompuso con rapidez antes de que pudiéramos articular palabra—. Ya hablaré con él más adelante —apostilló.

—Haz lo que sea preciso en el momento preciso, Emilia, no aplaces las cosas —advirtió Ana—. Puede que luego sea demasiado tarde.

Paula se removió ligeramente. Entreabrió los ojos y me buscó con mirada somnolienta. Le cogí las manos para hacerla sentir segura, acariciándole el dorso con ternura. Volvió a entornarlos y siguió durmiendo. La conversación se vio interrumpida, pero yo las alenté a seguir. Empezaba a comprender que dar rienda suelta a los problemas resultaba ser un reconstituyente excepcional, aunque el hecho de airearlos no acarrearía una solución. Compartirlos era un buen acicate para sobrellevarlos mejor y yo me sentía a gusto en su compañía y escuchando cuanto tuvieran que decir, aunque sólo fueran lamentos. La fortaleza que irradiaban parecía flotar en el ambiente el tiempo suficiente como para que yo la absorbiera sin ser consciente de ello. Y me hacía bien.

—¿Como está tu madre, Trini? —le pregunté para animarla a transferir la preocupación que estaba

convencida de que flameaba en su mente.

—Cada vez necesita más dedicación. Y desde que me la llevé a casa no he dejado de tener problemas con Luis. La convivencia entre ambos no es buena, él no es tolerante, supongo que porque es su suegra y no su madre. Tengo que ayudarla a asearse, a vestirse, incluso a caminar algunos días, porque se levanta desequilibrada y temo que se caiga. Tengo que atender también a mis hijos, y a él. Y no puedo multiplicarme. Pero ahora la mayor atención la necesita ella y mi marido no lo entiende, pretende que siga comportándome con él como si nada ocurriera.

Trini bajó la cabeza, como si se avergonzara de hablar de su marido en esos términos y se sintiera culpable, además, por no poder atender las demandas de todos los que formaban parte de su vida, cuando era materialmente imposible en las condiciones vitales en las que se encontraba ella. Una vez más, el maldito dinero. Volvía a ser consciente de lo que significaba y de los problemas reales que podía evitar sin que aquellos que lo disfrutaban, o lo habíamos disfrutado alguna vez, tuviéramos conciencia de ello. Qué fácil hubiera sido contratar a una cuidadora personal de forma continuada. Especializada, incluso. Su vida seguiría siendo exactamente igual que antes de que surgiera ese obstáculo, pero sin restarle a su madre la dedicación requerida.

—La edad se convierte en un problema —apunté con timidez—. A medida que nos hacemos mayores, los contratiempos comienzan a aparecer.

—Sí, pero ese tipo de problemas es excusable. Mi madre no tiene culpa de padecer demencia, no tiene culpa de darme más trabajo y más quebraderos de cabeza de lo normal. Pero la intolerancia de mi marido... Él es perfectamente capaz de razonar, está sano. Y sin embargo, su forma de comportarse me está haciendo mucho más daño que mi madre.

Su razonamiento me hizo callar. Medité en torno a lo que acababa de decir y me pareció coherente y cierto.

—Es lo que nos ha tocado, Trini —interpeló Emilia—. Nos comprometimos a vivir con ellos y ahora ya no hay marcha atrás. En todas la familias hay problemas, si no son estos, vendrán otros.

—¿Nunca os plantearíais una separación? —me atreví a preguntar.

Ambas esbozaron una sonrisa marcada por un leve sarcasmo.

—Acabarían tirados en la calle, como los perros —contestó Emilia con tristeza—. En el fondo no son nada sin nosotras. Somos el timón de la casa, las que organizamos, las que decidimos y las que cargamos con las consecuencias de sus problemas hasta que les buscamos una solución. Pero los queremos, ¿verdad, Trini? —afirmó mirando a su amiga con el brillo especial inundando sus ojos.

—Ellos también nos quieren a nosotras, a su manera, pero es así. Yo no podría vivir sola, mis hijos necesitan a su padre. Y además, huir de los problemas es de cobardes —ratificó con gallardía—. De ellos se aprende. Cada vez que superas uno, te haces un poco más fuerte y eres más capaz de afrontar el siguiente.

Vi sonreír a Ana, orgullosa de sus amigas con las que, sin duda, habría intercambiado en multitud de ocasiones mensajes de superación dignos de elogio. Yo apenas había recibido enseñanzas teóricas de ese tipo a lo largo de mi vida hasta darme de bruces con ella, que aprovechaba la más mínima ocasión para soltarme misivas subliminales de corte psicológico, filosófico y moral, como si pretendiera nutrirme la mente para eliminar las arrugas grabadas en ella por el desuso. La experiencia de mis últimos años avalaba la aseveración de Trini. La superación personal de las dificultades sobrevenidas te enseña a sacar pecho en las siguientes con mayor seguridad. Ahora sabía

que la ausencia de Pablo no era óbice para que yo siguiera adelante a pesar de las dificultades, pero no había sido capaz de descubrirlo hasta verme completamente sola. No había sido capaz de conocer mis propias capacidades hasta haberme despojado del halo sobreprotector del que un día fue un marido tan execrable o incluso más de lo que ahora resultaban ser ellos.

—Deberíamos marcharnos —apuntó Ana—. Es tarde.

Se levantaron sin dilación y se acercaron a la cama de Paula para observarla de cerca. Seguía tranquila. Ana le dio un cariñoso beso en la mejilla y le dedicó una sonrisa tierna y dulce que mi hija habría disfrutado especialmente de haber estado despierta.

—Pasa buena noche —me deseó—. He anotado el número de teléfono de la habitación. Mañana te llamo para saber cómo sigue.

Abandonaron aquella estancia con paso lento. Yo permanecí apoyada en el quicio de la puerta, observándolas hasta desaparecer al fondo del corredor. Y me dejé llevar de nuevo por un conglomerado de pensamientos profundos que insistía en acompañarme de forma incesante desde que la represalia de Pablo me cambiara la vida. Me pregunté cómo les era posible disfrutar de su existencia, y rememoré las palabras de Ana, paladeándolas muy lentamente. «Descubren el placer en lo elemental: respirar, dormir, caminar, charlar, ver, tocar o saborear. Ése es su gran secreto. Y su gran mérito.»

43.

El murmullo creciente de voces procedentes del exterior invadió los rincones de la cocina hasta verse ahogado por el sonido agudo de las sirenas de dos vehículos de policía estacionados con brusquedad en mitad del asfalto. El revuelo formado por algún incidente que sin duda escapaba a lo que habitualmente solía vivirse en la zona de Moratalaz en la que residíamos y trabajábamos a diario nos invitó a salir. Me sequé las manos con un trapo de felpa que acostumbraba a llevar anclado en mi delantal y esperé a que fuera Ana quien diera el primer paso para poder escudarme tras ella al abordar la calle. Aunque mi grado de valentía había ido ganando puntos con el paso del tiempo, el sentimiento de vulnerabilidad que todavía me acompañaba me impedía salir espontáneamente para involucrarme en lo que no me atañía, máxime si el fin único era obtener información de todo ello. Un grupo numeroso de personas se arremolinaba en torno a un cordón policial imaginario que les impedía avanzar hasta el lugar en el que dos agentes de la autoridad parecían forcejear con un par de jóvenes, sembrando la expectación de múltiples curiosos cuyas conjeturas comenzaban a cobrar vida cual realidades contrastadas y ciertas. Pero nos resultaba imposible poder ver la escena con claridad, y mucho menos, anticipar los detalles de un suceso que saldría perfectamente relatado en la prensa diaria al día siguiente, si es que su transcendencia lo hacía digno de mención, por lo que decidimos volver a los quehaceres tediosos y aburridos que habíamos dejado abandonados. Hasta que una hora más tarde, Toñi irrumpió en el bar con la tez pálida y un temblor alarmante en su cuerpo, sin apenas poder verbalizar de manera coherente la razón que la había llevado a ese estado nervioso.

Ana dejó caer una tapadera metálica sobre la encimera gris y tiró de la olla para apartarla del fuego y poder atenderla. El llanto alterado de Toñi me alarmó. El hipido que la acompañaba le impedía hablar y no dudé en calentar un poco de agua para hacer una tila doble que la pudiera tranquilizar en la medida de lo posible. Ana llegó hasta ella, la abrazó y la meció suavemente para infundirle la seguridad de sentirse acompañada, apretándola fuertemente contra sí. La delgada complexión de Toñi se perdió entre la hombruna corpulencia de Ana, permaneciendo allí refugiada hasta que le tendí la infusión incitándola a beber. El temblor de sus manos había menguado ligeramente, pero la rojez de sus ojos me impresionó.

Cuando creí apreciar que Toñi estaba en disposición de hablar, apagué el televisor. La reiterada noticia del accidente de un avión de Air France —el Concorde—, nada más despegar en el aeropuerto de París, con la previsible cifra de un centenar de muertos, perdió repentinamente la importancia que había adquirido hasta el momento, nublada por lo que ahora resultaba ser vital para Ana y para mí: el suceso fatal que afectaba a una de nuestras mejores amigas y, por extensión afectiva, también a nosotras.

—Han detenido a mi hijo. La policía se ha llevado a José Luis.

Ana me miró y cerró los ojos, inspirando profundamente para asimilar la noticia de lo que ya

había presagiado que terminaría ocurriendo, a juzgar por lo que había compartido conmigo en más de una ocasión. Yo me llevé las manos a la boca y las imágenes de las Barranquillas afloraron a mi mente como el preámbulo de un destino que parecía estar escrito. Y Toñi lo sabía. Lo había presentido siempre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana con un hilo de voz.

Toñi se limpió las lágrimas y echó los hombros hacia atrás estirándose, como si la entereza y la firmeza de ánimo fuera inducida por la postura corporal.

—Ha estado tres días sin aparecer por casa. No ha ido a clase y los amigos que yo conozco no sabían nada de él. Me puse enferma de pensar que pudiera estar acompañado por esa gentuza con la que ahora se relaciona y no me atreví a denunciar su desaparición, ni a avisar a la policía. No he podido dormir pensando en dónde podría estar metido y haciendo qué. He tenido que contarle a Pedro lo que se trae entre manos y se ha puesto enfermo, no deja de preguntarme por qué no le he dicho nada hasta ahora, está destrozado —afirmó arrancando a llorar de nuevo mientras se frotaba las manos con fuerza una contra otra, tal vez, con rabia.

—¿Ha aparecido ya? —pregunté inquieta.

—Llegó esta mañana, oliendo a basura y con la ropa sucia. Se metió en su habitación, no quería que lo viera, ni que hablara con él. Cerró la puerta delante de mí dando voces y pegando puñetazos en la pared para que lo dejara en paz. Me asusté, pero no podía dejarlo estar, tenía que saber dónde se había metido y lo que había hecho. Pedro estaba en casa. Jamás lo he visto sacar pecho de esa manera, dio una patada a la puerta y entró envalentonándose, sin dejarse amedrentar. Mientras ellos discutían, miré a mi hijo a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y una mirada brillante y peligrosa, como si estuviera poseído. Pensé que se había metido algo, Ana, tenía que haberse metido algo fuerte para ponerse así.

—¿Y qué tiene que ver la policía en todo esto? ¿Lo han pillado con algo encima? —preguntó Ana con rapidez.

Me asombraba la capacidad que tenía de conocerlo todo con detalle sin haberlo vivido en primera persona. Pero entendí que las amistades con las que solía relacionarse se encargaban de aleccionarla. Cuando la conocí, pensé que sería fruto de la casualidad que se viera rodeada de problemas encarnados en todas y cada una de sus amigas. Con el tiempo supe que ella los buscaba; su predisposición innata a ayudar a los demás la condicionaba por completo a la hora de construir su círculo social.

—Lo acusan de haber cometido un robo con arma blanca.

El corazón me dio un vuelco y los ojos de Ana, abiertos de par en par, me alentaron a pensar que también el suyo se había puesto boca abajo.

—Espera, espera, puede ser un malentendido, un error de la policía —alertó Ana para tranquilizarla.

—Lo han identificado. Varios testigos lo han reconocido y la policía, al cachearlo, ha encontrado en uno de sus bolsillos la navaja que utilizaron —confesó cubriéndose el rostro con las manos, completamente desarmada—. ¡¿Qué voy a hacer, Ana?! ¡Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?!

—Buscar un abogado —sentenció Ana.

—¿Y quién puede pagar un abogado?

Su pregunta me hirió como si el arma blanca de José Luis me hubiera seccionado. Siempre analicé el trabajo de Pablo como algo burocrático, material y superficial. Ni siquiera cuando estaba inmersa en mis estudios de Derecho acerté a verlo de otra forma. Ahora era consciente de que no eran sólo formalismos legales lo que estaba entre sus manos, también la vida y el futuro de un ser humano podían pender de ellas. Y no era justo que la falta de recursos económicos les impidiera acceder a sus servicios de una forma ecuánime.

Toñi apuró el último resto de tila que quedaba en el vaso y me miró con los ojos hundidos.

—¿Cómo está Paula? —me preguntó.

Me dejó perpleja. ¿Cómo podía detenerse a pensar en mi hija en tales circunstancias? Respondí volviendo a desplegar internamente la admiración que sentía por ella.

—De momento, bien —contesté—. El dolor cesó de forma repentina cuando aún estábamos en el hospital y hasta ahora no ha vuelto a repetirse, al menos ella no se ha quejado. Pero seguimos sin saber lo que tiene, las pruebas que le hicieron estaban dentro de la normalidad. Ya veremos lo que ocurre.

—Me alegro —dijo esbozando una sonrisa franca.

Me embargó un sentimiento de afecto y, por un momento, advertí la necesidad de besarla. Pero la presencia repentina de un agente judicial en la puerta de nuestra cocina me frenó.

—¿Doña Olga Mendizábal?

—Soy yo —respondí sorprendida.

—Le traigo una notificación del Juzgado. Firme aquí.

Estampé mi rúbrica con un trazo desigual y esperé a que se marchara para sentarme con el sobre entre las manos sin atreverme a abrirlo. Las miradas de Toñi y de Ana se centraron en mí, al tiempo que el miedo y la ansiedad tornaban tan denso el ambiente que apenas se podía respirar.

La fuerte ventisca del día anterior había cubierto el parque con las pocas hojas secas que aún quedaban en las copas de los árboles. Todavía podía apreciarse un resquicio de viento, pero la sutileza con que se mecía me resultaba una caricia placentera mezclada con los rayos de un sol que calentaba tenuemente. A pesar de la temperatura fría que nos había traído el mes de diciembre, el zoológico mostraba una animación eminentemente infantil y ante todo, lúdica, como preámbulo a unas fiestas navideñas que no tardarían en llegar.

Observé a Paula dar de comer a los patos en compañía de Azahara y de Marisa, que las vigilaba estrechamente mientras Lola y yo nos dejábamos caer en un banco de madera próximo al estanque. Mi hija reía alborotada cada vez que alguna de aquellas aves se acercaba y picoteaba con una brusca sacudida de cuello los pequeños granos que ellas habían hecho flotar sobre la superficie acristalada del agua. El aleteo y el salpicoteo de algunas gotas diminutas en su rostro y en sus manos la hacían gesticular con su particular encanto infantil y dulce que ya no me cansaba de admirar. No recordaba la última vez que yo habría podido visitar aquel lugar, pero aún menos en la compañía de quién podría haberlo hecho. Y no se me hubiera ocurrido llevar a Paula allí de no haber sido por la sugerencia de Lola, que en el fondo sentía nostalgia por una infancia que ella misma parecía no haber disfrutado en toda su intensidad y que había vivido de manera fugaz con su propia hija; le había sabido a poco, su pubertad prematura y su carácter anormalmente maduro le había robado, según

ella, algunos años a una de las etapas más puras e inocentes de nuestra vida.

Paula había sufrido algunos episodios intensos de gastroenteritis en los últimos meses y su estado se tornaba tan lamentable que yo había aprendido a marchas forzadas a valorar los momentos en los que la veía disfrutar sin sentirse aquejada de malestar alguno. Apreciaba con claridad como mi interés vital se había reducido drásticamente hasta centrarse en ella y poco más. Y dolía. Dolía en lo más profundo observar cuán vulnerable e indefensa podía llegar a mostrarse y lo impotente que resultaba ser yo ante tal situación. Tal vez por ello, cuando Lola me sugirió la idea de llevar a Paula a disfrutar de un día al aire libre, rodeada de animales a los que admirar y a los que observar de cerca, no lo dudé, aprovechando la etapa de dolores ausentes y de otras afecciones que no sabía cuánto tiempo podría tardar en evaporarse otra vez.

Lola sonreía admirando la estampa de las dos pequeñas, al igual que yo, percibiendo que su felicidad estaba en el aquí y ahora, una manera simple y efectiva de degustar la vida en cada instante, momento a momento, sin preocuparse de si aquello que vendría después constituiría la felicidad plena o tan sólo un espejismo que jamás nos permitiría acapararla por completo, como solíamos pretender fatídicamente a medida que nuestra edad avanzaba, no sé bien si por un instinto irreal o porque nos habían educado a ansiarlo todo sin ser conscientes de ello.

Mis pensamientos cambiaron de rumbo de forma espontánea.

—Pablo ha impugnado la paternidad de Paula, quiere renunciar a ella —confesé sin preámbulos—. Aunque era de esperar, ya me lo advirtió.

Lola me miró mientras yo me sentía incapaz de despegar la vista del rostro de mi hija.

—¿Lo lamentas?

—No sé qué pensar. Me pesa haber privado a mi hija de un bienestar económico fundamental. Muchas oportunidades para ella quedaron atrás el día en que salí de casa.

—¿Y del afecto? ¿La has privado del afecto también?

Desvié la mirada y ahondé en sus ojos claros y bien perfilados. Su expresividad me incitó a pensar en ello con detenimiento. Tardé en contestar.

—No, supongo que no. Creo que Pablo no hubiera derrochado un sentimiento demasiado profundo hacia ella aun creyendo que era suya. Y yo... —titubeé.

—Es difícil saber cuánto amor le hubieras ofrecido de haber seguido inmersa en tu vida anterior. Nadie más que tú puede saberlo, o más bien, imaginarlo, porque nunca podemos aventurar de lo que seremos capaces hasta vernos sumergidos de lleno en cualquier situación. Pero apuesto a que no le hubieras dado mayor dedicación y cariño del que ahora estás compartiendo con ella.

—Siento un dolor intenso cuando miro a Paula, por haber actuado así. Ahora sé que ella ha sido la cabeza de turco en mi vida, la víctima real de que yo perdiera la cordura y actuara como una insensata sin escrúpulos. No era consciente de lo que estaba en juego, Lola, mi vida era tan evidente, tan segura para mí, tan... incuestionable que no reparé en la posibilidad de que pudiera perderlo todo sin poder dar marcha atrás. Y todavía me supone un gran esfuerzo resignarme a todo esto, a dar por hecho que nada podrá cambiar para volver a ser como antes.

—¿De verdad querrías volver al punto de origen? ¿A ser tal cual eras y tal cual vivías?

El griterío de unos cuantos críos corriendo junto a mí tras las palomas no evitó que me abstraiera y meditara lo que Lola me planteaba y que yo no me había atrevido a pensar hasta ahora. Llevaba

cuatro años dejándome llevar por instinto porque mi mente no estaba capacitada para razonar y obrar en consecuencia, pero algo me hacía concebir un cambio sustancial en mi forma de actuar, de sentir y de comportarme que no dejaba de sorprenderme cada vez más. Siempre había escuchado que los hechos traumáticos podían provocar cambios sustanciales a nivel físico, psicológico y conductual de manera brusca y en un corto espacio de tiempo, aunque algunas otras veces se produjeran a largo plazo. Y no me cabía la menor duda de que la sacudida vital que el desenlace de aquel juego había provocado en mí me estaba rehaciendo en gran medida como mujer y como persona. Tanto, que estaba empezando a dudar de que yo fuera la Olga Mendizábal que salió de La Luna aquel mes de agosto del 96.

—No —contesté al fin—. No querría volver al mismo punto de origen. Hay algo en mí ahora que me gusta sentir, y que me llena como nunca antes lo hizo. Pero sí que querría recuperar ciertas cosas. Un compendio de ambas sería lo ideal, pero me temo que eso es imposible y no sé si podré perdonarme por ello alguna vez.

—El momento de ser feliz es ahora, Olga. La felicidad no depende de lo que ocurre, sino de cómo tú lo percibes. ¡Mira a tu hija! No ha conocido más vida que ésta, y la disfruta, se siente alegre con lo que le rodea, aunque pienses que merecería mucho más. Ella no lo necesita. Yo tuve una infancia desahogada, pude disponer de más cosas que las estrictamente básicas. Pero todo era material. El afecto de mi madre, sin embargo, no lo tuve, tan sólo su rechazo, su continua recriminación por no ser como ella pretendía que fuese. Y eso minó mi infancia, mi adolescencia y parte de mi juventud. Le debo a Ana una estabilidad emocional que no habría tenido si no hubiera aparecido en mi vida, por eso quiero mantenerme junto a ella, seguir unida a su grupo de amistades, porque siempre se rodea de quienes necesitan algún tipo de apoyo. Y yo quiero tender mi mano como una vez ella hizo conmigo. Al final, eso es lo que realmente nos reconforta, lo que nos hace crecer como personas y sentirnos bien por dentro. Todo lo demás sobra, disponer de lo básico es suficiente. Mi mayor preocupación se centra ahora en mi hija. Tiene quince años, una edad muy vulnerable y yo quiero estar ahí para lo que pueda demandar, para guiarla y orientarla, porque siento que así contribuiré a proporcionarle el equilibrio que necesitará en su vida para vivir con plenitud.

—También yo estoy preocupada por Paula. No aciertan a descubrir la causa que origina sus problemas digestivos y no sé dónde acudir. En momentos como éste echo de menos mi vida anterior, porque habría podido ir con ella donde fuera preciso y sin cortapisas económicas.

—Puede que no sea cuestión de dinero, Olga. Tal vez no sepan el origen del mal, simplemente, pero no por una carencia de medios, ni siquiera de conocimientos médicos. ¿Le han hecho pruebas de todo tipo, incluyendo las que puedan estar relacionadas con la alimentación? Han cerrado las fronteras para evitar la entrada de carne procedente de Francia e Irlanda por el mal de las vacas locas, ¿has oído hablar de él? —Negué con la cabeza; pensar en el origen desconocido de la enfermedad de Paula bloqueaba mi mente con más rapidez de la deseada, pero aquella no dejaba de ser otra opción a plantear—. No dudes en llamarme si necesitas que te acompañe, Olga. Lo haré gustosa, de verdad. No estás sola, nos ayudamos unas a otras cuando lo necesitamos, es lo único que tenemos para no desfallecer en el intento de superar los problemas que surgen día a día. ¡Y tienes a Ana! Es una gran mujer y una gran persona. Temperamental, pero dulce, inteligente y... yo diría que, por puro instinto, una gran conocedora de la psicología humana —apuntó sonriendo abiertamente.

—Es mi ángel de la guarda —apostillé—, le debo todo lo que ahora tengo y lo que ahora soy.

Paula vino corriendo hacia mí y me abrazó con fuerza. La senté sobre mis rodillas y escuché

cuanto tenía que contarme, ayudándose de sus ojos verdes y de sus expresiones grandilocuentes. Miré el reloj, era hora de volver, el sol decaía y comenzaba a intensificarse la sensación de frío. No quería correr riesgos con Paula, cualquier cosa podría afectarla, a saber qué.

Me tumbé boca arriba en la cama al llegar a casa, acurrucando a mi hija bajo el calor de una manta de terciopelo azul. Me invadió una placentera sensación de bienestar. Hice un barrido mental a lo largo del día que habíamos disfrutado, minuto a minuto, y descubrí que quedaba limitado a un largo paseo entre animales, a una frugal comida a base de bocadillos y a una charla que me había reconfortado en gran medida. Incidí en analizar qué era lo que me había hecho sentir tan a gusto si no habíamos experimentado absolutamente nada excepcional. Y creí descubrir que también se podía ser feliz por defecto, no siempre por exceso. La carencia de problemas que enturbiaran mi mente durante las horas que disfruté en el parque había sido suficiente para provocarme una sensación de paz que me hiciera encontrar la felicidad del momento, y empaparme de ella intensamente sin esperar nada más.

44.

Entré en el bar acelerada y nerviosa por llegar algo más tarde de lo habitual. De tener a la riña de Ana había pasado al sentimiento de irresponsabilidad que me embargaba cuando aquello sucedía, al no cumplir con un deber que ya formaba parte inherente de mi vida y que me permitía subsistir dignamente en compañía de mi hija, siendo consciente de que la cualidad a la que ahora me refería como subsistencia distaba bastante del concepto que poseía de ella años atrás. Pero Ana ni me miró. Daba vueltas y vueltas al caldo que había vertido en una olla junto a una ristra de verduras variadas de temporada que conformarían el primer plato del menú del día, con la vista ausente, anclada en un punto fijo que le permitía pensar en algo por completo inaccesible para mí.

No quise importunarla temiendo que me hiciera algún tipo de recriminación que últimamente obviaba por deferencia a mi hija, que sin duda era causa habitual de mis incumplimientos laborales. Aunque no era en mí en quien centraba sus reflexiones, sino en Emilia. Una gripe común la había agarrado con la suficiente fuerza como para tenerla amarrada a la cama más tiempo del que su naturaleza vital y su resistencia habitual solían permitirle. Y Ana temía que se encontrara sola, sin la compañía necesaria de algún miembro de su familia que reparara en ofrecerle los mimos que cualquier enfermo requería. Pero no podía ausentarse de allí, los almuerzos constituían la comida más prolija del día y una sustancial fuente de ingresos que no podía hacer peligrar, así es que me ofrecí, con un tímido hilo de voz, a hacerle una visita que me permitiera comprobar si necesitaba mi ayuda y ofrecérsela.

Lo que creí que podría generar disputa por la interpretación maléfica de que deseaba largarme de allí, se convirtió en una muestra de agradecimiento por parte de Ana, que me dedicó una mirada profunda y una sonrisa dulce apenas dibujada que me hizo sentir orgullosa de haber tomado esa sincera iniciativa. Y de que ella la hubiera apreciado de tal forma. Me di cuenta de que me gustaba impresionarla, me hacía sentir bien contar con su aprobación moral, acostumbrada como estaba a sufrir los reproches que ella siempre justificaba como parte de una reeducación necesaria de mis valores personales. Cumplir sus expectativas comenzaba a cobrar para mí una importancia vital y su aprobación era el refuerzo perfecto que me alentaba a repetir conductas semejantes a la menor oportunidad. Tal vez por la admiración que su forma de ser y de entender la vida comenzaban a despertar en mí.

La penumbra que asolaba la casa de Emilia y el aire viciado y denso que parecía no haber sido renovado durante días me asfixió al entrar. Su hijo había desaparecido nada más cederme el paso, perdiéndose en el interior de una habitación de la que no tenía intención de salir, a juzgar por el tiempo transcurrido sin dejarse ver. Me tomé la libertad de abrir ventanas durante quince o veinte minutos, el acúmulo de virus debía salir de allí si querían evitar un contagio seguro. Entré en el dormitorio de Emilia para comprobar su estado después de abordar un lúgubre pasillo de baldosas desgastadas y paredes carcomidas y reseca por el tiempo y los roces continuos. Ella dormitaba, con

la persiana a media altura, dejando filtrarse unos tibios rayos de sol que pintaban su rostro de claroscuros. Se le oía la respiración forzada y se apreciaba la flojedad de sus brazos dejados caer a ambos lados del cuerpo. Me acerqué despacio para no importunarla, y a decir verdad, con una falta de confianza ante cómo debía comportarme; había cuidado de Paula en estos últimos años, pero era incontable el tiempo transcurrido sin ocuparme de velar por la salud de alguien que no fuera ella, si es que lo había hecho alguna vez. Le toqué la frente para comprobar la aparición de fiebre, y su destemplanza era evidente.

Le traje un vaso de agua, le tendí un antitérmico y esperé a que la fiebre bajara mientras buscaba alguna pequeña cacerola en la cocina donde calentar la sopa ligera que Ana me había ordenado darle. Miré a mi alrededor y observé los muebles descoloridos, con los cantos repujados por la humedad y los vahos procedentes de miles de cocciones a que habían estado expuestos, los utensilios deteriorados y una vajilla de Duralex deslucida y rayada por los arrebatos del estropajo. Eso sí, con una limpieza impecable que demostraba que la vejez y la antigüedad no tenían por qué dejarse acompañar por la inmundicia.

Volví al dormitorio y encontré a Emilia algo más despabilada. Me sonrió y respiré aliviada. Coloqué la bandeja sobre la mesilla de noche y la ayudé a incorporarse doblando la almohada a su espalda para mantenerla erguida. Su mano mostró un ligero temblor al desplazar la cuchara por el interior del plato de sopa y se la arrebaté con suavidad para poder dársela yo.

—Gracias —susurró.

—¿Te encuentras mejor?

—Me alegro de verte.

Su confesión me hizo sentir útil y aquello me gustó.

—¿Hay alguien que te cuide en estos días? —le pregunté temiendo una respuesta negativa.

—Ya sabes cómo son los hombres, van a lo suyo —contestó con entereza, restando importancia a la situación—. Los niños tienen sus estudios, sus amigos... y a mi marido cada vez lo veo menos por casa. Y cuando viene prefiero no decirle nada, está de un mal genio insoportable.

Las arrugas profundas de Emilia se habían acentuado en los últimos meses, aunque trataba de aligerar la gravedad de su rostro con una sonrisa permanente que no acertaba a adivinar de dónde podía sacar.

—¿Cómo están las cosas? —pregunté al observar cómo giraba una y otra vez la alianza que portaba en su anular.

—Hace un mes vino un amigo suyo a casa para pedirme que le diera cincuenta euros que decía que le debía mi marido.

—¿De qué?

—Intenté hablar con Antonio unas cuantas veces, pero no soltó prenda, me dijo que no le hiciera caso, que era un caradura y que sólo quería sacarme el dinero. Pero hace dos semanas volvió otra vez, amenazándome. Dice que no es lo único que le debe, que es mucho más, y que ya no está dispuesto a costear sus vicios. Le pregunté a qué vicios se refería y me dijo que al juego.

—¿Sigue con las tragaperras?

—Su amigo dice que está enganchado al bingo.

Emilia se llevó la mano a la frente con pesadumbre y comenzó a frotarla enérgicamente, como si

quisiera borrar ese último pensamiento que sin duda la alteraba.

—¿Y tú qué crees?

—Le dije a mi hijo que echara un día detrás de él para ver a dónde iba. Al tercer día de seguirlo entró en uno de esos bingos y tardó dos horas en salir. —Seguí ofreciéndole la sopa a cucharadas pequeñas, pero me temía que la conversación le estaba quitando el apetito en mayor medida que la gripe—. Le advertí a ese hombre que Antonio no había pisado un bingo en su vida y me aseguró que estaba equivocada porque él lo había acompañado la primera vez. Le tocaron cinco mil pesetas en las maquinatas y su amigo le planteó jugárselas en el bingo, porque los premios eran más altos y así podría darme algo para pasar el mes.

Sentí la indignación pegada a mi piel al apreciar la tristeza y la desesperación en cada gesto de Emilia, en cada una de las expresiones de su rostro, de sus manos.

—¡Qué gentuza de tipo! —exclamé alterada—. Las malas influencias sólo traen penurias. ¡Y ahora tiene la desfachatez de venir a pedirte el dinero a ti, después de haber sido él quien lo metiera en ese mundo!

—Eso mismo le dije yo. Él asegura que le sugirió esa idea sólo una vez, que no pensaba que se engancharía tan fácilmente. Pero la necesidad asfixia y si ves de cerca el dinero que se mueve allí y lo fácil, en apariencia, que es ganarlo... Yo creo que él piensa que es cuestión de intentos y que lo mismo que les toca a otros, tarde o temprano le tocará a él. Digo yo que será eso, porque ya no sé qué pensar. Si estar en el paro era malo, esto es lo peor que nos puede pasar, Olga, esto es la ruina para nosotros, el juego es otra droga que cada vez te pide más, y mis hijos aún necesitan dinero para poder terminar sus estudios, o para poder costearles sus gastos si no consiguen trabajo. —Emilia derramó dos lágrimas que no tardó en borrar haciendo uso de la parte superior de la sábana blanca. Parpadeó varias veces, me miró y me sonrió. Quise gritarle que no tenía por qué mantener la compostura, entendía perfectamente cómo se debía de sentir, hasta yo notaba la angustia ascender por mi cuerpo sin ser aquél un asunto que incidiera en mi vida de forma directa, ¡cuánto más ella! Pero callé. Supe que formaba parte de su fortaleza, de su manera de ser, de su educación como mujer, como madre, como esposa. Y así me lo hizo saber—. Ya he notado por dos veces que me faltaban cinco euros del monedero, así es que todo debe de ser verdad. —La miré con tristeza y creo que ella captó ese sentimiento que no pude evitar desbordar a través de mis ojos y de la rigidez de mis labios. Ella suspiró—. El secreto de la vida es aceptarla tal cual se presenta y esto es lo que a mí me ha tocado vivir —dijo apretándome las manos con fuerza—. Anda, márchate, se te va a hacer tarde, Ana te estará esperando.

—Ella ha querido que viniera.

—Lo sé. Dale un beso de mi parte. Y gracias a ti, Olga. Este rato contigo me ha sentado mejor que esas pastillas que tomo para esta maldita gripe o lo que quiera que sea.

Retiré la bandeja, le di un beso y la recosté de nuevo, dejando a mano todo lo que creía que podría necesitar en las próximas horas.

En menos de quince minutos había llegado de nuevo al bar. Ana acababa de colgar el auricular del teléfono y se giró con un halo de sobriedad en la cara.

—Paula está en el hospital —me anunció—. Llamaron del colegio hace algo más de una hora, pero yo debía de estar fuera porque no lo oí. La niña se encontraba mal y su profesor no ha querido esperar hasta localizarte, él mismo la ha llevado hasta allí. ¡Pero no te asustes! Me ha dicho que los

médicos ya están con ella. Yo no puedo acompañarte. Coge un taxi, yo te lo pago.

No esperé a que Ana me diera dinero alguno. Salí de allí sin haberme desprendido de la chaqueta, como alma que lleva el diablo. El camino hasta el hospital se me hizo eterno. A pesar de haberle transmitido al chófer el carácter de urgencia que tenía mi viaje, no parecía dispuesto a acelerar más de lo que solía hacerlo habitualmente, en complot con las señales luminosas que nos hicieron parar infinitas veces a lo largo de nuestro recorrido.

Traté con ahínco de no saturarme de pensamientos negativos con respecto a lo que pudiera estar sucediéndole a Paula; sus problemas de salud me atormentaban de manera continuada y una sensación de intensa rabia se apoderó de mí por un instante. Observé a los transeúntes que caminaban por las aceras, a mujeres acomodadas en las terrazas de las cafeterías, a empresarios engominados al volante de su último modelo, a conductores de autobús con el tedio dibujado en el rostro, incluso al mismo taxista que me llevaba al hospital con gesto aburrido mientras escuchaba la voz lineal de la operadora de radio mezclada con una música manida que estaría harto de escuchar. Y me descubrí imaginando cómo serían sus vidas y preguntándome si también tendrían problemas de igual magnitud a los que sufríamos nosotras. Nunca hasta ahora miré a quienes tenía a mi alrededor tratando de bucear en su interior, en su mente y en lo que había escondido tras su fachada física. Gozar de una vida sin preocupaciones me incitaba a presumir que también los demás disfrutarían de ese mismo privilegio, sin darme por aludida con respecto a los problemas con los que cada uno de ellos pudiera convivir. Pero desde que los padecía, me sorprendía con relativa frecuencia preguntándome a mí misma cuál sería la traba en la vida de cada ser con el que tenía la oportunidad de cruzarme, dando por hecho, tal vez por maléfica envidia, que sería completamente injusto que yo cargara con sufrimiento alguno mientras ellos disfrutaban de una vida libre de obstáculos por los que preocuparse. Ahora me cuestionaba si ese mismo sentimiento podría haberlo tenido antes alguien con respecto a mí. La imagen de María, mi asistente, acudió a mi mente de forma inmediata, y también la de algún otro al que ni siquiera me había dignado a mirar de frente con detenimiento para conocer de primera mano el tipo de calamidades que pudiera estar sufriendo sin que yo me percatara de ello, y cómo sería capaz de afrontarlas. Y lo lamentaba. Sentía el resquicio de un lamento cuando la figura ajada de Emilia, Toñi o Trini se perfilaban ante mí. Por fin era consciente de sus necesidades, y no tenía cómo ayudarlas. Y sin embargo, cuando tiempo atrás contaba con medios humanos y materiales para haber podido solventarles sus problemas sin esfuerzo, no habría apreciado su mísera existencia aunque se hubieran expuesto ante mí.

Dejé de elucubrar cuando cesó el movimiento del taxi a las puertas del hospital. Entré en Urgencias por la zona de admisión y pedí información acerca del lugar en el que se encontraba Paula. Mi corazón palpitaba a un ritmo trepidante, tenía que mirarla a los ojos, ellos me lo decían todo, siempre me confesaban abiertamente y sin tapujos cómo se sentía.

Abordé uno de los corredores del pasillo de consultas y me topé con Mario Costa, el profesor de Educación Física y tutor escolar de mi hija. Caminaba junto a la camilla en la que llevaban a Paula. Agilicé el paso para alcanzarlos antes de que la perdiera de vista. Ni siquiera reparé en saludarlo.

—¡Mami!

Su vocecita, radiante de alegría por verme, me emocionó y se me empañaron los ojos.

—¿Cómo estás cariño?

—Otra vez me duele —dijo oprimiéndose el abdomen—. Y aquí, en las manos. Y en los pies.

—Pronto dejará de dolerte, los médicos te curarán, ya lo verás —la animé dulcificando al máximo

la voz y haciendo acopio de una entereza que me faltaba.

—¡Quítame las hormiguitas, mami!

—¿Qué hormiguitas, cariño? Aquí no hay hormiguitas.

—Están en mis pies, se han metido por dentro —me advirtió quejosa dando una patada a la sábana para poder enseñármelos—. Y aquí también —dijo mostrándome las palmas de las manos—. Están escondidas y no las encuentro. ¡Búscalas tú, mami, y las matas a todas! —me suplicó llorosa.

Miré a Mario con la incógnita reflejada en la cara.

—Tengo que llevármela —advirtió el celador—. Pueden permanecer en la sala de espera. Les avisarán por megafonía.

Di un beso a Paula y le susurré al oído cuánto la quería, asegurándole que todo iría bien. Mario me sujetó por los brazos y me separó de ella suavemente.

—Gracias por acompañarla, no sé cómo agradeceréelo —le dije con franqueza.

—Mejor tutearnos, ¿no? Vamos a sentarnos y te cuento.

Le sonreí asintiendo y caminamos hasta una amplia sala repleta de sillas alineadas, unidas unas a otras para facilitar que cualquiera pudiera recostarse para matar el cansancio de una espera prolongada, o para violar la intimidad de las confidencias que los acompañantes de cada enfermo se hacían en torno a los buenos o malos augurios que no podían apartar de su pensamiento; aunque, a juzgar por lo que pude escuchar allí, el tiempo de espera también daba para adentrarse en intimidades personales que no tenían nada que ver con la cuestión hospitalaria. Observé en décimas de segundo la pluralidad de individuos que nos rodeaba, compartiendo todos un mismo lugar por una causa común, pero cada cual inmerso en su mundo y actuando como si habitara en la más perfecta soledad. Me sentí una de ellos, una más en aquella vorágine impersonal en la que el protagonismo, sin duda alguna, lo cobraba la enfermedad por encima de la clase social, la raza, la religión o el poder económico. Y albergué de forma clara una emoción contradictoria. Desazón por el anonimato al que aún no estaba por completo acostumbrada, por la extraña sensación de haber perdido el privilegio de exigir, por tener que acatar las normas impuestas al común de los usuarios de aquel servicio público; y agradecimiento, por la atención de que mi hija gozaba aun siendo desconocida, por el despliegue de medios técnicos y humanos que hasta ahora no habían dudado en efectuar a pesar de mi escasa contribución económica al sistema sanitario, por el trato ecuánime y cálido recibido aun sin sentirse en la obligación de dispensármelo por el hecho de ser un cliente privado de su cartera de servicios.

Me giré levemente para mirar a Mario. Se mantenía en silencio, respetando mi tiempo de intimidad para poder asimilar aquella nueva recaída.

—No entiendo por qué no me han dejado pasar con ella, soy su madre —me quejé, rompiendo el silencio que nos separaba.

—A la hora de hacerle pruebas o análisis, hay pediatras que opinan que los niños se ponen más nerviosos cuando están en compañía de sus madres. Pero no te preocupes, podrás hablar con ellos y estar en compañía de Paula antes de lo que piensas.

—¿Qué es eso de las hormiguitas? —le pregunté—. No es la primera vez que refiere el dolor de las manos y de los pies, pero eso no lo había dicho nunca.

—Creí que lo sabías, lo ha comentado más de una vez en clase en estos últimos días, pero casi

siempre ha sido después de hacer algún tipo de ejercicio físico con las manos. Pensé que le habría ocurrido también en casa o en el parque.

—Nunca me dijo nada. Es pequeña, muchas cosas de las que siente tal vez ni me las refiera. Yo debería de haberme dado cuenta, pero...

—No te atormentes, Olga, es imposible controlarlo todo.

—Tampoco le dedico el tiempo suficiente, mi trabajo me absorbe demasiado. Pero no tengo otra opción, yo... estoy sola con Paula —confesé intentando justificarme.

—Lo sé. —Su afirmación rotunda me sorprendió y la expresión de mi rostro me delató—. No te asustes —continuó, esbozando una sutil sonrisa que me agradó más de lo esperado—, no te he estado investigando. Soy su tutor, recibo los informes de los demás profesores y me gusta echar un vistazo a las fichas y dibujos relacionados con aspectos familiares, morales y educativos a nivel personal. Aportan información muy valiosa para su desarrollo y su equilibrio psicológico y a estas edades es crucial estar alerta de todo ello para poder prevenir y reorientar conductas anómalas, antisociales o alteraciones emocionales significativas. En los dibujos que hizo en la semana dedicada a la familia tan solo aparecían tres personas: su madre, su tía y ella. No había rastro de su padre por ningún sitio.

—Tendría que haber ido al colegio en más ocasiones para hablar contigo acerca de Paula, ¿verdad?

Temí su respuesta. Aquél aspecto de la educación de mi hija se me había pasado por alto y lo acababa de descubrir. Siempre me preocupó su felicidad, pero di por sentado que la carencia económica era lo único que podía afectarle, y en tal sentido sí que había podido apreciar suficientes indicios de que se sentía bien, de que no echaba en falta lo que yo siempre creí que podría ser necesario en su rutina habitual. Pero la estructura familiar convencional y sus lazos afectivos no estaban presentes en el caso de mi hija, y yo no me había preguntado nunca hasta qué punto podría estar influyéndole no contar con un referente paterno en su vida.

—Si hubiera encontrado algún motivo de alarma, te habría citado para hablar de ello. Paula es una niña feliz. Es sociable, abierta, extrovertida, amiga de sus amigas y trabajadora. Ríe, bromea, juega... Es inteligente. Y fuerte, muy fuerte. Física y psicológicamente.

Las palabras de Mario me reconfortaron como un dulce bálsamo, me habría resultado muy difícil tener que hacer frente a cualquier problema de índole psicológica en tal momento. Pero estaba dispuesta a escucharlo. Quería escucharlo. Y necesitaba saber, aun siendo consciente de que, de haberse presentado nuevos obstáculos, también tendría que abordarlos sola.

Le sonreí. Por su forma dulce de hablar de Paula, por el aprecio hacia ella que vi reflejada en la expresión de sus ojos, por acompañarme en aquella sala sin prisa alguna, por haberse extralimitado en sus funciones educativas velando por la seguridad y por la salud de mi hija como si hubiera entre ellos un vínculo familiar que realmente no existía, por arrojarme ante lo que pudiera ocurrir en esta nueva recidiva. Y porque me sentí bien conmigo misma. Valiente, autosuficiente, capaz, atributos que hasta entonces no habían sido aliados en mi vida.

—Deben de gustarte mucho los niños, ¿verdad? Tu forma efusiva de hablar de ellos te delata. ¿Tienes hijos? —me atreví a preguntar rayando la indiscreción.

—No, no tengo hijos, no estoy casado —me contestó con total naturalidad—. Pero es verdad que me gustan los críos, disfruto con ellos. A veces me implico demasiado, pero me resulta inevitable.

—No quiero abusar de tu condescendencia, Mario, si tienes que marcharte... Estaremos bien.

—Me siento muy a gusto aquí. Acompañándote.

Noté su mirada clavada en mis ojos y el tono meloso con que pronunció sus palabras acarició mis oídos. Me gustó. Me hizo sentir halagada por haber creado esa atmósfera entre nosotros en un lugar y en un momento en el que era impensable que un atisbo de romanticismo nos pudiera acompañar. Una efímera ensoñación me hizo abstraerme de cuanto nos rodeaba, incluso del motivo que me había llevado hasta allí, para centrarme en la posibilidad remota de que me pudiera volver a enamorar. Me pregunté el porqué de aquel sentimiento tan repentino. Pablo nunca se había deleitado con mi simple compañía, nunca me había dedicado una mirada profunda despojada de lascivia, nunca había valorado mis propias capacidades y jamás me había tratado de igual a igual. Ni me había regalado una sonrisa franca, noble y encantadora como la que había dibujada en la boca de Mario. Ahí estaba la razón. Y puede que fuera también mi necesidad de amor lo que me incitó a corresponderle con una caída de ojos de lo más elocuente.

La llamada por megafonía a los familiares de Paula me hizo desviar bruscamente la atención y recobrar el sentido de la cruda realidad en la que me encontraba inmersa. No era necesario un ingreso hospitalario, aunque la intranquilidad que me asolaba últimamente habría menguado de haberme visto protegida por el amparo médico y farmacológico de aquel centro sanitario; la estabilidad física de Paula era más efímera cada vez y en cada nueva recaída los síntomas parecían recrudecerse e intensificarse, sin la esperanza de poder disfrutar de un tratamiento efectivo como cualquier otra dolencia o afección.

Reiteré al médico todo cuanto yo había podido apreciar en relación al padecimiento de Paula: molestias digestivas y estomacales, dolor abdominal, varios cuadros de gastroenteritis en los últimos meses, dolor en las manos y en los pies, el consabido hormigueo que ella misma me había revelado ese mismo día y que yo desconocía que lo hubiera manifestado antes. Y un nuevo apunte por parte de Mario que también me había pasado desapercibido: una sensación de calor en las palmas de las manos de las que mi hija se había quejado en varias ocasiones sin haber tocado previamente nada que lo hubiera podido provocar, ni tan siquiera un roce o algún golpe por mínimo que fuera.

Me dirigí a la oficina de cita previa con los informes médicos para concertar el día y la hora en que tendríamos que acudir a la consulta de un especialista en aparato circulatorio. A la vista de la nueva sintomatología pretendían descartar que hubiera alteraciones de tal índole provocadas, tal vez, por cambios de temperatura o incluso por la tensión emocional ante los exámenes o cualquier otro aspecto escolar o familiar. Algo me decía que pretendían avanzar por varias rutas paralelas sin saber si finalmente confluirían en una única o simplemente terminarían descubriendo dolencias variadas de etiología diferente.

La siguiente prescripción médica que recibí fue la de elaborar un cuadrante diario con la alimentación de Paula, acompañado de cualquier síntoma que pudiera manifestar y anotando detalladamente sus características, la hora de comienzo y la duración del mismo, si es que no acabábamos de nuevo en el hospital antes de que concluyera el dolor. Una alergia o una probable intolerancia a algún componente alimentario también formaban parte de las hipótesis que se barajaban y sobre las que habría que investigar.

Como siempre, después de un episodio de dolor agudo, Paula se había dormido tras notar los efectos de los analgésicos y demás medicación suministrada, aunque en sueños seguía abriendo y cerrando las manos sutilmente para deshacerse —quise interpretar— de las hormiguitas que se le

habían colado bajo la piel y de las que yo no había sido capaz de librarla. Así es que agradecí de nuevo a Mario que la hubiera acompañado durante mis últimas gestiones para tramitar la cita y opté por sentarme para permitir que mi hija descansara en la camilla del hospital durante algo más de tiempo; ya tomaría un taxi de vuelta a casa después. Pero Mario se negó a marchar. Miró su reloj y se percató de que estábamos ante la caída de la tarde y no habíamos probado bocado alguno. Desapareció ipso facto y volvió con dos bocadillos y unas latas de cerveza que devoramos mientras seguíamos charlando y profundizando en nuestras vidas cotidianas como jamás me atreví a imaginar que pudiera llegar a hacer con alguien a quien acababa de conocer apenas unas horas antes. Pero me sentí muy bien. Extremadamente bien.

45.

Circulábamos por la M-30 a escasa velocidad. La estrecha abertura del cristal de mi ventanilla permitía que una brisa ligera rozara la piel de mi rostro sutilmente, como si me besara. Oscurecía y Madrid comenzaba a motearse con luces anaranjadas aún difuminadas por el resplandor agonizante del ocaso. Observé la estampa, semejante a un óleo teñido de trazos ocres y azafranados y suspiré relajada, permitiendo a mis sentidos embaucarse y disfrutar de la belleza de lo natural que yo apreciaba como si una mano divina lo hubiera dibujado expresamente para mí, aunque siempre hubiera estado ahí. Y del silencio, roto con suma delicadeza por una melodía clásica cuyas notas me impelían a dialogar con mis sentimientos de manera íntima y personal. Y a dejarme abatir por la emoción que Mario suscitaba en mí con cada uno de sus gestos deliciosos y de sus roces excitantes al conducir.

No habían sido excesivas las ocasiones que habíamos tenido de encontrarnos a solas en los meses transcurridos desde aquel primer encuentro en el hospital; sin embargo, notaba la existencia entre nosotros de un hilo de conexión especial. No acertaba a adivinar qué había en él que me hacía sentir sosegada, tranquila, segura de mí misma. Con Mario no necesitaba aparentar, podía mostrarme tal cual era sin ningún temor a verme ridiculizada por mi forma de pensar y podía mantener un diálogo abierto en torno a cualquier tema que pudiera surgir sin ser menospreciada o minusvalorada mi opinión. Me sentía respetada y en absoluto tachada de superficial, o de ignorante si confesaba desconocer el trasfondo de cualquier acontecimiento cultural o de actualidad. Y no me veía en la necesidad de fingir aficiones que no me atraían para retenerlo junto a mí; todo lo contrario, mis gustos personales formaban parte de esos escasos planes en común que habíamos podido compartir hasta ahora en cada uno de nuestros encuentros.

Mario me dedicaba ojos de admiración, con un brillo especial carente de la obscenidad permanente de Pablo, o del hastío que de manera alternativa mostraba hacia mí. De nuevo, por primera vez en mi vida, me sentía al lado de un hombre como una mujer plena, con defectos justificables y virtudes valoradas, y no como un trofeo sexual del que alardear y disfrutar. Aunque debía reconocer que la perspectiva con la que yo visionaba ahora el mundo y a cuantos circulaban a mi alrededor también había experimentado un giro radical de la que yo misma me sorprendía. No sabría conceptualizar lo que Mario significaba en mi vida, ni el papel que jugaba en ella. Creo que el miedo a un nuevo descalabro sentimental me obligaba racionalmente a definirlo como un buen amigo, como un excelente amigo. Pero los arrebatos emocionales que ciertas veces me veía obligada a refrenar me inducían a pensar que podía encontrarme a punto de traspasar la frontera difusa que separa a una buena amistad de un amor incipiente. Sea como fuere, no pretendía dilucidar la verdad, prefería dejarme llevar y acaparar por cada minuto de felicidad que nuestra cómplice relación me pudiera deparar, sin mayor pretensión. Me producía miedo aventurar las cosas y los acontecimientos. Si algo había aprendido en los últimos años era a vivir el momento, no daba abasto a solucionar los

problemas cotidianos que emergían con una facilidad pasmosa; podría asegurar, incluso, que vivía en un problema continuo, por lo que rehusaba adelantar los que podrían sobrevenirme en un futuro incierto. Y de igual forma, tantas veces esperé ansiosa y plena de esperanza lo que nunca llegó que ya no osaba lanzar los deseos al viento por temor a que se evaporaran.

Lo miré y le sonreí. Nos acercábamos a Moratalaz y no sabía cuándo lo volvería a ver. Paula aproximó su cuerpo y se asomó entre los dos asientos, poniendo sus manos sobre nuestros hombros respectivos. El gesto me resultó entrañable y familiar, y me invitó a preguntarme si también ella echaba de menos una figura paterna en su vida. Mario acarició su mano y mi corazón se sobresaltó, noté humedecerse mis ojos. Habría sellado aquel momento si me hubiera sido posible, con un vínculo afectivo entre los tres que no se fraccionara nunca.

Entré en el bar al borde de las ocho de la tarde, había algunas mesas reservadas aquel sábado para cenar. A pesar de la hora tardía, encontré a Ana sentada junto a Lola y a Marisa en un rincón del salón apenas ocupado por una decena de personas más. Azahara jugaba a distancia construyendo figuras de papel con las servilletas blancas y un tanto recias en las que figuraba el nombre del establecimiento. Al verla, Paula corrió a su encuentro mientras yo me dirigía hacia ellas examinando el gesto con que me miraban. Marisa desvió la vista con rapidez, pero aun así, pude apreciar que tenía los ojos ligeramente irritados y húmedos. Me quité la chaqueta y tomé asiento junto a ellas, deseando no haber interrumpido nada trascendente. Ana deslizaba un trozo de papel doblado entre sus dedos con aparente nerviosismo y me lo tendió sin decir nada. Me asusté.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? —pregunté.

—Ha llamado Josefina. Hay posibilidad de que puedas ocupar un puesto de cajera en un supermercado que está a unos veinte minutos de aquí. Es jornada de mañana y tarde, pero podrías contar al menos con los fines de semana libres para poder pasar más tiempo con Paula.

El anuncio me cogió completamente desprevenida y tardé en reaccionar. Aquello era lo que había estado esperando desde que fui consciente de la dureza del trabajo que desempeñaba junto a Ana en la cocina, sin contar con las horas intempestivas que debía dedicarle, tomando en consideración que me veía obligada a compaginarlas con la rutina infantil de mi hija. El que Josefina me estaba ofreciendo era un puesto de trabajo más cómodo, menos sacrificado y más acorde a nuestras necesidades. Un hombre entraba en mi vida y, de forma paralela, yo también daba un giro a mis costumbres y a mis hábitos adquiridos hasta el momento. Debía alegrarme, la suerte parecía que por fin se dignaba a dedicarnos su sonrisa. Pero no me sentí feliz. Ana. La comodidad de un nuevo empleo me haría perder a Ana, y con ella, la seguridad que me acompañaba cada minuto que pasaba a su lado, la estabilidad y el equilibrio emocional que me aportaban sus palabras, sus consejos continuos, sus paradigmas filosóficos que en un principio me resistía a escuchar, pero que ahora me resultaban balsámicos, además de aleccionadores. Notaba en mí una mayor fortaleza, una autoestima más sólida y una autosuficiencia superior a las que me acompañaban cuando abandoné La Luna, pero aún me quedaba mucho camino por recorrer. El tiempo y las circunstancias habían jugado a favor de mi evolución, constituyendo un auténtico revulsivo que difícilmente podría haber tenido efecto de no haberme visto sola ante una adversidad tan fuerte. Pero aún no me sentía capaz de volar sola. Ni deseaba hacerlo. Me enorgullecía saber que Ana había entrado en mi vida para quedarse y que ocupaba un lugar privilegiado en el corazón de Paula del que jamás me plantearía desbancarla. Tal posibilidad me tensó.

—No quiero irme, Ana, no aceptaré ese empleo.

Tanto ella como Lola me miraron con desconcierto.

—¿Estás loca? Vas a ganar lo mismo que aquí, el trabajo es más cómodo y pasarás con Paula sábados y domingos, coincidiréis en vuestro tiempo libre. ¿Qué tienes que pensar?

—Estoy acostumbrada a trabajar contigo.

—Cuesta un poco acostumbrarse a los cambios, pero no tardarás en cogerle el aire al nuevo empleo, estoy segura. Apuesto a que cobrar es más fácil que cocinar.

—No lo entiendes, ¿verdad? No es el trabajo lo que echaré de menos, es a ti —confesé con rubor.

—¿Vas a decirme que me has tomado cariño después de los desencuentros que hemos tenido tú y yo? —preguntó sonriendo.

—No debemos temer a los amigos que nos atacan, sino a los que nos adulan, tú me lo dijiste, ¿recuerdas? —Ana elevó la comisura de la boca con gesto amable—. Para mí eres como una madre, Ana. No niego que al principio me exasperaba tu temperamento, tu forma de hablarme y de recriminarme todo lo que te venía en gana, y que odiaba que me dijeras lo que tenía que hacer, no ya en el aspecto laboral, sino personal. Pero me has abierto los ojos, ahora lo sé. Me has hecho cambiar de perspectiva en muchas cosas, me has apoyado de forma sutil, sin que yo pudiera ser consciente de ello, pero lo has hecho y te lo agradezco como no te puedes imaginar.

—No tienes que quedarte aquí por agradecimiento, Olga.

—No es sólo por eso, es que me siento bien aquí. En esa cocina me encuentro como en casa. Trabajo, cuidado de Paula, me confieso, dialogo contigo, comparto las vivencias de mis amigas, recibo consejos... Perderé todo eso si me marchó. Y Paula también se lo perderá. Tendrá que renunciar a pasar el tiempo contigo como lo hace ahora, y ella te adora, Ana, no puedes pedirme que me vaya, por favor.

—No te estoy pidiendo que te marches, Olga, deseo lo mejor para ti, simplemente.

—Lo mejor para mí depende de lo que también sea mejor para Paula. No quiero parecer interesada, pero la posibilidad que tú me brindas de atender las recaídas imprevistas de mi hija no la tendré en ese otro lugar, no me conocen, ni a ella. Aquí me siento querida, protegida y cuidada, y cuento con tu confianza para flexibilizar el trabajo si Paula me requiere.

—Allí ganarás lo mismo a cambio de menos horas de trabajo, ¿lo sabes?

—No me importa ganar menos, Ana, nos apañamos con lo que tenemos —dije con voz temblorosa ante la aparente tozudez de mi jefa—. Lo que recibo de ti y el ambiente que me rodea compensa con creces la diferencia de sueldo o las horas de más que tenga que trabajar aquí.

Lola nos miraba con atención, con un dulce gesto surcando sus labios. Puso una de sus manos sobre la mía con un deje protector al notar que temblaba ligeramente. Paula se acercó con una pajarita de papel en la mano que Azahara le había enseñado a hacer.

—¡Mira, yaya! —exclamó mostrándosela con entusiasmo—. ¡Te la regalo, ¿la quieres?!

Miré a Paula, con sus bucles rubios alborotados por la brisa que había venido recibiendo en el coche y los ojos ilusionados. Y a continuación miré a Ana. Ella cogió la pajarita blanca y la posó sobre el dorso de su mano, elevándola para hacerla volar. Paula le sonrió entusiasmada y la abrazó. Vi la emoción contenida en los labios de Ana.

—Está bien. Ya concretaremos. ¿Cómo ha estado hoy? —me preguntó siguiendo a Paula con la vista.

—Ha vuelto a sentir molestias después de comer, incluso náuseas —dije con pesadumbre—. Por un momento creí que iba a vomitar. Hice que se tendiera sobre mis rodillas y le di un masaje en la espalda para relajarla. La presión sobre el abdomen parece que le reconforta. Estoy ya cansada y desesperada con todo esto.

—¿Siguen sin darte explicaciones? —me preguntó Lola.

—Siguen dando palos de ciego. Y yo me siento impotente de ir de hospital en hospital y de visitar el centro de salud cada dos por tres para que le alivien los síntomas que padece cada vez más a menudo. Y lo peor es que mientras no acierten con un diagnóstico, Paula seguirá así. Los médicos tienden a pensar que todo se debe a diferentes dolencias, a enfermedades distintas, porque los síntomas son muy dispares, pero a mí me cuesta trabajo creer que siendo tan pequeña ya pueda tener tantos achaques, como diría mi madre. Siento mucha pena por ella, la están machacando a base de pruebas y tan sólo tiene siete años —confesé con la voz quebrada—. Le han hecho endoscopias para descartar úlceras digestivas, electrocardiogramas y ecocardiogramas para comprobar cómo funciona el corazón, por el cansancio excesivo que muestra a veces, pruebas para la circulación sanguínea por el hormigueo de las manos y de los pies, incluso hemos visitado al traumatólogo para descartar que pueda tener pinzamientos en la vértebras cervicales que lo puedan estar provocando. Nos han remitido al reumatólogo para que estudien a qué puede deberse el dolor de las manos y pies. Le han hecho analíticas de todo tipo, incluso pruebas de alergia, y también la ha visto un endocrino para descartar que pudiera ser celíaca y que los problemas digestivos pudieran venir de ahí. Pero todo está bien, no hay nada extraño o anormal en los resultados. Siguen buscando y mientras tanto, para tratar de justificarse, me dicen que puede ser estrés o ansiedad a causa del colegio o de nuestra situación familiar, incluso que los hábitos alimentarios que Paula tiene tal vez no sean los más adecuados para una niña de su edad.

—¿Y qué es lo que crees tú? —me preguntó Ana con el ceño fruncido.

—Mario la viene observando en el colegio desde que es su tutor, y de un tiempo a esta parte mucho más.

—¿Por qué ahora más? —interrumpió Lola—. ¿Él la encuentra peor?

Me ruboricé ligeramente, Lola no sabía nada de mi relación con Mario.

—Su profesor y yo hemos salido unas cuantas veces en los últimos meses. Su relación con Paula va un poco más allá de la estrictamente profesional y él no ha apreciado nunca indicios de estrés o ansiedad en el comportamiento de Paula ni en su estado emocional. Y tampoco creo que exista ningún problema en nuestras costumbres alimentarias; Paula almuerza además en el comedor del colegio todos los días.

—¿No hay ningún otro centro médico donde puedan verla?

—No lo sé, Lola —contesté con resignación—. Pero si continúa con todos estos problemas mucho más tiempo, haré lo que sea necesario para llevarla donde haga falta, no pienso quedarme cruzada de brazos.

—¿Podemos ir a la calle a jugar? —me preguntó Paula interrumpiendo la conversación.

—No, cariño, mamá tiene que trabajar.

—Yo también quiero ir —replicó Azahara.

Desvié la vista hacia Marisa esperando su reacción. Ella no contestó. Mantuvo el semblante serio y apagado que había mostrado hasta entonces. Recordé que mi llegada había irrumpido en la charla

que mantenía con Lola y con Ana y que, a juzgar por el enrojecimiento de sus ojos, no debía de estar carente de problemas.

—Yo me las llevo —se ofreció Lola—. Estaremos en la plaza un ratito y luego las traigo, antes de que comience a hacer más fresco.

—De acuerdo, yo me voy a la cocina, creo que hay faena por hacer.

Me levanté con premura para dejar que Ana y Marisa prosiguieran su conversación en la intimidad.

—Viste las mesas, Olga —me ordenó Ana—. Eso corre más prisa que la cocina.

Me giré en redondo y cogí el rollo de papel blanco que había sobre una alacena de madera envejecida situada junto a la ventana. Comencé a cortarlo a la medida adecuada de cada mesa para colocarlo como mantel. Vi a Ana coger las manos de Marisa entre las suyas y mirarla a los ojos.

—¿Por qué crees que tu madre lo sabe? —escuché preguntar a Ana.

—Me lo ha dicho directamente —contestó Marisa en un susurro casi imperceptible—. Dice que los rumores hace ya mucho tiempo que comenzaron en el barrio, pero que no había querido creerlos nunca porque confiaba en mí y daba por hecho que no sería capaz de acostarme con un profesor habiendo mil chavales en el instituto de los que poder enamorarme.

Aquella aseveración me hizo agudizar el oído. Siempre me había preguntado dónde estaba el padre de Azahara, pero di por hecho, a juzgar por la juventud de Marisa, que un descuido le habría hecho quedarse embarazada de alguno de los chicos con los que hubiera tenido una relación amorosa.

—¿Y a cuento de qué ha creído esos rumores ahora?

—Vio a mi profesor hace unos días comprando en un supermercado que hay cerca del instituto. Mi madre iba con una amiga y fue ésta la que le dijo quién era él. Dice que Azahara es un calco de ese hombre, que tiene que ser cierto lo que dice la gente porque el parecido es enorme.

—No le hagas caso —sentenció Ana—. Ésa no es una prueba válida, muchas personas se parecen entre sí y no tienen ninguna relación ni parentesco alguno. Sigue haciendo tu vida como hasta ahora, no la escuches.

—¿Quiere denunciarlo, Ana! —exclamó Marisa arrancando a llorar—. Yo era menor de edad cuando me quedé embarazada, ¿te acuerdas?

—Sí, pero han pasado ya varios años, Marisa, ni siquiera sé si a estas alturas aún podría hacerlo.

—Me da igual, no quiero que mi madre pueda crearle problemas.

—Él te los creó a ti —afirmó Ana con rotundidad—. Te dejó con un gran problema encima y se desentendió.

—Yo no se lo dije —confesó con temor—. Él nunca supo lo que ocurrió. Dejé de verlo cuando comprobé que me había quedado preñada porque sabía que tendría problemas legales si continuaba con él.

—¡Dios, Marisa, eso no me lo habías contado! Y creo que tu madre también debería saberlo.

—No me creará.

—Inténtalo. Cuando llegues esta noche a casa, siéntate a hablar con ella y hazle ver que Azahara no ha tenido un padre durante todo este tiempo porque tú le negaste el derecho a saberlo. Sé franca con ella, es la única forma de eximirlo a él de responsabilidad, si eso es lo que pretendes.

—No puedo volver. Mi madre ha dicho que no quiere verme, que ha invertido todos estos años en cuidar de Azahara y de mí creyendo que todo había sido un desliz de adolescentes y que ha resultado ser la canallada de un degenerado y un engaño por mi parte. Me ha dicho que me vaya a buscarlo y le exija a él las responsabilidades correspondientes, que ella ya ha cumplido bastante.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Ana un tanto alarmada.

—No lo sé.

Marisa bajó la cabeza y la dejó caer sobre los dedos de su mano, cerrando los ojos para respirar profundamente y recobrar la voz que acababa de perder tras la pregunta de Ana.

—Vente a casa —acerté a decir espontáneamente—. Las niñas podrán estar juntas y así Azahara no extrañará el cambio.

—Te lo agradezco, Olga, pero no quiero ser una molestia.

—No es ninguna molestia, Marisa. El apartamento es pequeño, pero ya nos arreglaremos. Las niñas pueden dormir juntas y el sofá está disponible también. Ellas lo pasarán bien, se compenetran a la perfección y tú podrás pensar tranquilamente cómo aclarar la situación. Puedes quedarte el tiempo que necesites, te lo digo de corazón.

Ana me dedicó una mirada orgullosa y me sonrió. Esperé la decisión de Marisa con las manos abarrotadas de cubiertos aún por colocar.

—Está bien —dijo al fin, insinuando un gesto de alivio—. ¡Gracias!

Dejé momentáneamente los tenedores y los cuchillos sobre una de las mesas para facilitarle las llaves de casa; yo saldría tarde de trabajar y ella tal vez necesitaba un poco de paz y sosiego tras el complicado día que debía de haber vivido.

Cuando me disponía a abrir el bolso, vi a las niñas pasar por delante de mí como una exhalación camino a la barra para pedir agua. No habían parado de correr durante todo el tiempo, deslizándose por los toboganes y trepándolos hábilmente, según nos relató Lola divertida, y estaban sedientas y agotadas. Una nueva amiga las acompañaba. Me acerqué a ellas para preguntar a Paula si lo había pasado bien. Le vi el rostro encendido y enrojecido por el esfuerzo. La rocé con el dorso de la mano y noté el exceso de calor acumulado en su piel. Observé a Azahara y a la pequeña que había venido con ellas. Tenían la frente y la nuca impregnadas de sudor y el pelo húmedo. Me permití la licencia de levantarle las camisetas y tocar sus cuerpos. Estaban resbaladizos. Entonces analicé a Paula aún con mayor detalle. A pesar del esfuerzo evidente, no había indicio alguno de sudor en ningún poro de su piel. Y ahora caía en la cuenta de que llevaba cierto tiempo sin notar que eso ocurriera. Tendría que preguntar a Mario, a ver si tras las clases de Educación Física o los juegos habituales de recreo él también se había percatado de esa nueva y extraña manifestación.

46.

(2003)

El 15 de febrero, día del octavo cumpleaños de Paula, fue uno de los más emblemáticos de los acontecidos en mi vida en los últimos años, no tanto por los sucesos acaecidos, sino por lo que para mí supuso la interpretación de los mismos. Aquel día me invadió una sensación de claridad sublime, como si las brumas se hubieran disipado mágicamente empujando a mi mente a resurgir con una capacidad extraordinaria para dar sentido al presente y a la forma en que yo debía vivirlo; sin temor, despojándome de un pasado que me estaba dañando de manera irreparable, y sin albergar la esperanza incierta de un futuro prometedor que no sabía si llegaría. Las palabras de Ana que yo había intentado tantas veces hacer caer en barbecho por resultarme incomprensibles, cobraban fuerza como brotes verdes en primavera, deseosos de crecer, multiplicarse y expandir sus frutos para dejar huella en mi existencia y en lo que debía instaurarse como la óptica idónea de entender la vida. Di la razón a Ana, el más espléndido futuro va a depender de la necesidad de olvidar el pasado, de perdonarnos los errores cometidos y todo aquello que alguna vez lastimó nuestro corazón y que resulta ser un lastre demasiado pesado de acarrear, ocupando además un lugar innecesario por inútil.

Había dedicado la mañana a culminar los preparativos de una modesta celebración de cumpleaños para Paula, en el bar de Ana, ¿dónde si no?, en casa no había espacio para albergar al grupo previsible de personas que acudiría a acompañarla. Mi jefa había adoptado el papel de yaya ejemplar y había conseguido cerrar el establecimiento al público aquel sábado por la tarde para que pudiéramos disfrutar del evento con distensión. Siempre sospeché que sentía una cierta compasión por Paula, y eso le hacía mimarla en demasía, tal vez. Pero le agradecí el gesto, mi hija lo merecía.

Invitamos a Azahara, a sus amiguitas allegadas del colegio, a nuestro grupo inseparable de mujeres y a Mario. Compré una piñata repleta de pequeños regalitos y golosinas variadas, algunos refrescos y bocadillos para merendar y una tarta preciosa con una casita de chocolate y ocho velas de colores. Todo aquello me pareció poco, pero Paula se encargó de desmentirme y de hacerme ver, una vez más, que se sentía feliz con lo más simple, con lo más sencillo, que disfrutaba de los pequeños detalles de forma desmesurada. Inconscientemente, parecía haberse propuesto deleitarse, desde el mismo instante de su nacimiento, de todas y cada una de las nimias alegrías que se presentaran ante ella, sin aguardar la llegada de una gran felicidad en pro de la que muchos malgastan su vida entera.

Durante la tarde, observé un gran revuelo cuando asaltamos la calle para efectuar las últimas compras, así como un regalo especial para Paula, un gran gentío con carteles y pancartas dobladas bajo el brazo en dirección a las bocas de metro y a las paradas de autobús que los llevarían al Paseo de la Castellana, la Gran Vía o la Plaza de las Cibeles con el deseo enfervorecido de manifestarse en contra de la posible y más que probable guerra de Estados Unidos contra Irak, y que nuestro presidente Aznar no dudaba en apoyar. El televisor estaba encendido cuando entré en el bar

alrededor de las siete de la tarde, mostrando un «No a la guerra» unánime en setenta países. Millones de personas unidas, luchando por un objetivo, por un ideal que no se resignaban a dejar en manos de otros sin tomar parte activa en una decisión que sin duda alguna nos afectaría a todos. Y fue en ese preciso instante cuando lo supe, cuando fui consciente, con una claridad divina, de que las grandes y las pequeñas batallas se ganan luchando a brazo partido, sin desfallecer, sin dejarse amilanar por la magnificencia del enemigo que osa hacernos frente, sin menospreciar nuestra propia capacidad de superación y la fuerza que cobra valor con cada una de las etapas superadas con tesón y de las que siempre se extrae una enseñanza inestimable. Aunque tal reflexión no hubiera sido necesario extraerla de aquella muestra de solidaridad mundial, tenía otras al alcance de la vista a diario. Allí estaban las amigas de Ana, mis amigas: Emilia, Trini, Toñi, Lola, Marisa, aparcando sus grandes problemas personales y familiares para compartir con nosotras el momento de gloria de Paula, sonrientes, zalameras, cariñosas, como si nada a su espalda las obligara a doblegarse y esconder la cabeza bajo el ala de la desesperación, de la impotencia, de la tristeza. Abanderadas de su causa personal, sin perder la compostura, la esperanza. Y sin detenerse a perder el tiempo en lamentaciones inútiles que no llevan a ninguna parte, con una máxima constante escrita en la frente para poder recordarla al mirarse al espejo cada mañana: «No esperes que la vida sea justa». Me emocioné al verlas y me sentí agradecida hasta la saciedad al hacer un inevitable recorrido por la situación actual de cada una de ellas. La lucha interminable de Emilia por hacerle entender a Antonio que se encontraba inmerso en una ludopatía palpable que lo obligaba a recaudar dinero de cualquier parte para satisfacer su necesidad de jugar, con la consiguiente negativa violenta por parte de él a reconocer tal hecho y dejarse ayudar; los débitos acrecentados a los amigos, conocidos y familiares que a ella le resultaba imposible devolver, sin contar con los objetos de valor, como pequeños electrodomésticos, desaparecidos de casa para ser vendidos al mejor postor; y la búsqueda incesante de un trabajo que la había abocado a ejercer de peluquera a domicilio para poder costear al menos la comida diaria con la que poder subsistir. Trini, sacrificando su vida y su bienestar por su madre, sus hijos, su marido y la amante de éste, sintiendo remordimiento al no haber podido dedicar a él, por su obligado vínculo hacia su madre, el tiempo y las atenciones que todo matrimonio reclama, y considerándose culpable y causante de que él se hubiera visto en la necesidad de buscar en su vida una sustituta de la que debiera de haber cumplido con su papel de esposa, según exige la ley de Dios y de los hombres, como ella solía relatar. El calvario de la droga vivido por Toñi de manos de un hijo que había encontrado en la cocaína su puerta de salida a un mundo sin opciones de futuro para él, y de la que se negaba a desligarse porque era la única capaz de tenderle una mano efectiva que le hiciera ver las cosas de color de rosa; un corazón de madre partido en dos por no haber sabido protegerlo lo suficiente de una garra maléfica que estaba destruyendo su vida y la de cuantos tenía a su alrededor, pero recomponiéndose a diario de sus propias miserias para seguir forjándose como el soporte indispensable en el que su chico habría de apoyarse algún día para levantarse sin volver a desmoronarse otra vez. Lola, la eternamente agradecida Lola, desviviéndose por ayudar a quienes pudieran necesitarlo, al igual que un día hiciera Ana por ella, y con un grado de suma preocupación por la edad crucial y los altibajos emocionales de su propia hija a la que por nada del mundo quisiera ver pasar por un problema de índole parecida a la que asumió y superó ella con su misma edad. Y Marisa, que aún seguía viviendo en casa porque su madre se había negado en rotundo a permitir que volviera a convivir con ella mientras siguiera oponiéndose a actuar contra el docto padre de Azahara. Las miré a todas, una a una, y por alguna extraña razón, la imagen de Elena, Linda, Teresa y Laura resurgió en mi mente. Dos mundos opuestos viviendo bajo el mismo cielo, caminando en igual dirección pero sin atreverse a tocarse, como rectas paralelas que alcanzarán el infinito sin

conocer jamás de su existencia mutua. A menos que un acontecimiento extraño arroje a una de ellas del camino trazado y la obligue a cruzar el vacío que las separa hasta adentrarse en ese otro lugar desconocido del que tal vez ya no podrá volver, y que posibilitará que sea testigo de excepción de ambas formas de vida.

Volvimos a casa felices. Nos sentamos sobre mi cama, las cuatro, y durante largo tiempo escuchamos a Paula contar las anécdotas que la habían hecho disfrutar de aquel día como nunca, mostrarnos los regalos que no dudó en compartir con Azahara como si fuera la hermana que aún no había podido ni podría tener. La expresión de sus ojos verdes, vivos, llenos de luz, bajo aquella especie de turbante rojo que Ana le había colocado a modo de disfraz para hacerla sentir reina por un día me hizo sentir orgullosa, alegre y tranquila, y olvidar sus males como si ya fueran producto del pasado.

Cuatro días más tarde, volvieron a resurgir recrudescidos e intensificados como nunca antes se habían manifestado. Todos a la vez. Un cuadro de gastroenteritis con dolor abdominal, molestias gástricas, náuseas. Y un dolor muy intenso en las manos y en los pies, acompañado por una quemazón en las palmas de las manos que no tenía forma de calmar aun sumergiéndolas en agua fría.

Preparé una bolsa con sus objetos de aseo, mis enseres personales y algo de ropa para las dos. Me vestí y llamé a un taxi tras haber hablado previamente con Ana para anunciarle que había decidido ir con Paula al hospital y que no tenía ninguna intención de salir de allí sin un diagnóstico cierto y un tratamiento efectivo, aunque ello implicara montar guardia permanente en el hall del centro hospitalario. Me sentía fuerte, capaz de plantar cara a las adversidades que pudieran presentarse ante mí, no me amedrentaría esta vez. Me negaba a permitir que Paula continuara sufriendo sus dolencias impunemente y haría cualquier cosa por evitarlo.

Los pasillos de aquel hospital comenzaban a resultarme tan familiares como los de mi propia casa. Sería capaz de aventurar con total exactitud el número de pasos que separaba un extremo de cualquier otro, incluso esbozar mentalmente los perfiles dibujados de los desconchones que tantas veces había intentado convertir en figuras animales para matar el tiempo en el que Paula se encontraba ausente cuando debía someterse a las pruebas y analíticas de rigor. Comenzaba a llamar por su nombre a las enfermeras y hasta me permitía intercambiar alguna parrafada con ellas a media noche, cuando la calma parecía reinar hasta verse interrumpida por algún timbre de quienes, como yo, se resistían a observar impasibles el sufrimiento de su vástago ante la indolencia del personal sanitario, que mostraba una tendencia adquirida con los años de profesión a dar por hecho que exagerábamos.

Paula dormía. Le habían dado el ingreso directo nada más llegar y comprobar su historial de antecedentes y recidivas y le habían suministrado la medicación necesaria para paliar, en la medida de lo posible, el dolor y las molestias que sentía, hasta el día siguiente en que nuevamente comenzaría el discurrir habitual de análisis y exploraciones con la única esperanza de que hubiera surgido algún otro síntoma que les aportara la clave de un enigma que ya formaba parte vital de nuestra existencia. Me acomodé en el sillón a sabiendas de que no podría dormir, mi grado de excitación no me lo permitiría. Me sentía en guardia. La actitud defensiva que había mantenido hasta el momento se había convertido en una postura de ataque directo, como en un *transformers* de juguete de los que gustaban a Paula. No estaba dispuesta a escuchar nuevas excusas ni conjeturas que ya había comprobado que no conducían a ningún lugar. Quería soluciones.

A las siete de la mañana, una enfermera entró en la habitación para ponerle un termómetro bajo el

brazo y Paula comenzó de nuevo a quejarse del dolor en las manos y en el abdomen. Di un respingo del sillón y pregunté cuándo la visitaría el médico y quién sería. Ella me miró con una mezcla de extrañeza por mi actitud impetuosa y de cansancio por no haber podido pegar ojo en toda la noche. Me remitió a sus compañeras del turno de mañana sin más aclaraciones y yo me dispuse a esperarlas dando paseos de un lado a otro como un animal de circo.

Poco después de las diez, un médico de mediana edad y aspecto afable me saludó cortésmente y tiró de la ropa de cama hacia atrás para examinar a Paula, habiendo echado previamente un vistazo superficial al abultado historial médico de mi hija que guardaba en una carpeta blanca con el emblema del hospital. A medida que abría la camisa del pijama que Paula llevaba puesto, me pidió que le describiese todos los síntomas que había podido observar en ella hasta el momento, cualquier cosa que se me viniera a la mente, aunque en apariencia nada tuviera que ver con su enfermedad; él discerniría unos de otros. Su rostro me resultó desconocido, no recordaba haberlo visto en ingresos anteriores y desconocía la especialidad médica que practicaba. Pero la seguridad con que me habló me animó. Comencé a relatarle lo que había visto, escuchado y comprobado personalmente, los cuadrantes alimentarios, el diario de actividades y los síntomas consiguientes, que en su gran mayoría no dejaban de parecerme toda una ristra de aparentes casualidades. A los pocos minutos de haber comenzado mi retahíla, dejó la carpeta a los pies de Paula y centró por completo su atención en mí y en cuanto le estaba contando. Su ceño fruncido, su mirada directa y la ausencia de interrupciones me hizo sentir escuchada y, ante todo y sobre todo, comprendida, lo que me produjo un regocijo interno que no recordaba haber sentido en ninguna de nuestras visitas anteriores. Cuando hube acabado, él me mostró una especie de mancha de color rojo oscuro y aspecto rugoso y algo prominente que Paula tenía junto al ombligo.

—¿Este angioqueratoma lo ha tenido siempre?

—No, eso no estaba antes, le ha salido recientemente —contesté algo contrariada por haber obviado ese detalle en mi exposición anterior.

—¿Tiene alguno más?

—Creo que está apareciendo otro junto al pubis.

Terminó de examinarla en silencio y tomó nota en el historial. Volvió a guardar su bolígrafo en el bolsillo de su bata blanca y recogió los papeles que había esparcido sobre la cama.

—¿Sabe usted lo que tiene mi hija? —pregunté con una afectación inevitable en la voz, temiendo la evasiva habitual.

—Sospecho que sí.

Un escalofrío me sacudió y un incipiente temblor de manos se hizo notar. Me invadió un fuerte deseo de abrazarlo y llorar, pero mi sentido del decoro y de la buena educación me retuvo. Miré a Paula con lágrimas en los ojos, invocando internamente que hubiera un tratamiento efectivo que devolviera a mi hija la calidad de vida que había ido perdiendo a raudales.

—Por lo que he podido apreciar en la historia, ya han descartado que pudiera tratarse de otras enfermedades como fiebre reumática, colitis ulcerosa, enfermedad de Rauynaud, gota, encefalitis diseminada, alergia al gluten..., entre otras muchas afecciones. Todo esto me recuerda un caso clínico que tuvimos en Chile el año pasado. Déjeme que lo estudie más a fondo. Y no se preocupe —me advirtió, dejando entrever una leve sonrisa que le devolví magnificada.

Asentí con la cabeza porque había perdido la voz. Me froté las manos, rodeé la cama y acurruqué

a Paula entre mis brazos soñando que teníamos contados los días de estancia en el hospital. Quise creerlo. Necesitaba creerlo y hacérselo creer a ella.

Esa misma tarde, un enfermero vino a anunciarme que a primera hora de la mañana vendrían a recoger a Paula para hacerle algunas pruebas. Exigí que me dijera en qué consistían. Un estudio de la córnea, un análisis de orina y una biopsia de piel.

Diez días más tarde, el doctor apareció ante la puerta de nuestra habitación con gesto complacido y me pidió que lo acompañara a su despacho para explicarme en qué consistía el padecimiento de Paula. El corazón me dio un vuelco. Apreté la mano de Ana, que tenía la buena fortuna de estar siempre en el lugar oportuno y en el momento justo, y seguí la estela de la bata blanca de nuestro salvador terrenal hasta un pequeño cubículo de escasos metros cuadrados donde tomé asiento con los nervios a flor de piel. Me daba igual el nombre que le diera. Sólo quería escuchar que había posibilidad de curación.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la enfermedad de Fabry? —Mi gesto de absoluta perplejidad contestó por mí—. Es una enfermedad muy poco común, clasificada como una enfermedad rara, de ahí que no sea diagnosticada fácilmente, sobre todo considerando que provoca una amplia gama de síntomas, lo que hace que pueda ser confundida con otras muchas enfermedades diferentes. Lo que ha ocurrido en el caso de Paula suele ser común, pasar un largo período de tiempo sin un diagnóstico correcto que no hace sino empeorar el estado general de organismo y, en algunos casos, producir daños irreversibles en los órganos y en los tejidos del cuerpo. Afortunadamente, nada de eso ha ocurrido con ella, las pruebas y análisis que se le han practicado indican que todo funciona correctamente, podemos decir que la hemos detectado relativamente a tiempo.

—Y... ¿qué es lo que la produce? ¿Un virus?

Aquella era una información que no me resultaba especialmente útil, pero sentía una irrefrenable curiosidad por conocer el origen del mal que tantos momentos penosos nos había originado.

—Es algo complejo de explicar. Digamos, para que lo entienda, que hay un gen defectuoso en el cuerpo que evita que éste produzca una enzima especial necesaria para eliminar ciertos desechos del organismo, que de esta forma permanecen dentro de las células provocando todos los síntomas que hemos mencionado antes y afectando, a la larga, a órganos vitales y a múltiples tejidos.

—¿Un gen defectuoso? —pregunté con suspicacia.

—Es una enfermedad hereditaria, señora Mendizábal —afirmó rotundo—, un trastorno genético dominante asociado al cromosoma X. Por eso su hija ha manifestado los síntomas. De ser un trastorno genético recesivo, las mujeres sólo serían portadoras, pero en este caso, al ser dominante, todos los hombres afectados por este gen manifestarán la enfermedad y las mujeres podrán portarla únicamente o manifestarla también, aunque normalmente la intensidad en ellas suele ser menor.

—Permita que me aclare —solicité confusa y contrariada—. ¿Esto quiere decir que yo puedo ser portadora de la enfermedad de...?

—De Fabry —puntualizó—. Efectivamente, usted puede ser portadora, y me temo que sea así, a no ser que el padre de Paula haya manifestado los mismos síntomas también.

No supe qué alegar, no tenía ni idea de la situación en que pudiera encontrarse el padre de Paula. Ni siquiera sabía quién era el padre de Paula. Me aterró pensar que yo pudiera haber sido la artífice de sus dolencias y lo hubiera ignorado hasta ahora.

—¿No puede transmitirse de abuelos a nietos? —pregunté aun a riesgo de parecer ignorante.

—Si se refiere a que si puede saltarse una generación, no. Usted o el padre de la niña deben portar el gen defectuoso del que le he hablado. Eso indica que deberá someterse a una prueba para comprobarlo, si tuviera más hijos correría el riesgo de volver a transmitirlo.

Le conté a Ana con todo detalle el origen de nuestros males y mi temor a padecer la misma dolencia de Paula, aunque el doctor ya me había dicho que los síntomas suelen iniciarse en la infancia y adolescencia, con lo cual respiré con cierto alivio, aunque decidí someterme a la misma biopsia de piel que le habían practicado a mi hija y hacerme un análisis de orina para observar la actividad enzimática que me había referido el médico horas antes.

Su revelación me dejó perpleja. No había nada anormal en mis genes, al menos en el que debía de ser causante de la enfermedad de Fabry maldita, cuyo nombre ya no se borraría jamás de mi mente, lo que significaba que el padre de Paula debía no sólo de portar la enfermedad, sino también manifestarla en su total intensidad, según el dictamen médico precedente.

Una triste desazón me sacudió el cuerpo. La estúpida desfachatez de someterme a aquel juego propio de mentes vacías como las nuestras había provocado que Paula tuviera que renunciar a un referente paterno en su vida, que debiera vivir en una situación de precariedad económica que podría haber sido inevitable y que estuviera afectada por un mal del que podría haberse librado si Pablo hubiera sido quien contribuyera a que ella viniera al mundo. Me quedaba el regocijo de saber que no la había privado de un entorno afectivo fuerte y saludable, así como de un equilibrio emocional lo suficientemente estable como para hacerla feliz. Pero a mi conciencia ya no le bastaba con ello para poder compensar el daño que pudiera haberle causado con todo lo demás.

Algunos días más tarde, comenzaron a aplicarle un tratamiento de altísimo coste, un medicamento llamado Fabrazyme comercializado en exclusiva por Genzyme —un laboratorio biotecnológico de Estados Unidos— para tratar la enfermedad de Fabry a nivel mundial.

Los síntomas mejoraron en pocos meses. Pero me costaba conciliar el sueño cada noche. Una pesadilla recurrente me atenazaba sin poder hacer nada por evitarlo. Aunque tal vez hubiera una forma de escapar de ella. Averiguar, de una vez por todas, quién, a excepción de Pablo, era el maldito padre de Paula.

TERCERA PARTE



«Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes».

(Khalil Gibran)

47.

(Junio 2003)

El autobús se detuvo bruscamente cuando alcanzó el lugar en el que Olga había decidido bajarse. Se hallaba a unas tres manzanas del Café Brasil, donde la temida cita tendría lugar. Podría haberlo hecho en la parada siguiente, pero no le apetecía que sus viejas amigas la vieran llegar en transporte público, aún no. Respiró hondo y arrancó a caminar con paso firme, mirándose de soslayo en el vidrio oscuro de los escaparates para comprobar lo que quedaba del porte airoso y presuntuoso de aquella época en que la vivía acogida en el seno de La Luna. Y lo vio cambiado. Tal vez porque sus ojos habían aprendido a franquear la frontera física para mirar más allá, para atisbar la esencia más humana que solía esconderse discretamente donde muchos jamás serían capaces de asomarse.

Se preguntó hasta el hastío cómo las encontraría y, sobre todo y ante todo, cómo reaccionarían, porque en su llamada telefónica a Elena para concertar la cita no había querido desvelar la razón de ser de aquel encuentro. Ni siquiera sabía si habrían acudido o, por el contrario, habrían echado a correr ante el temor a resucitar viejos fantasmas. Pero allí estaban, las cuatro, charlando amigablemente cuando ella entró en la cafetería frotándose las manos visiblemente nerviosa y dubitativa. Su aspecto no había variado en aquellos siete años. Las cremas caras, los entrenadores personales y los golpes de bisturí debían mantenerse activos y sus tarjetas de crédito al alcance de la mano, a juzgar por su estilismo impecable y exclusivo. Por un momento, tuvo intención de analizar su propio atuendo para poder compararse con ellas, pero no tardó en recobrar una seguridad en sí misma relativamente joven, aunque suficiente como para centrarse en la verdadera razón que la había llevado hasta allí sin importarles un ápice todo lo demás.

La conversación se interrumpió, violentadas por la presencia de Olga junto a la mesa en la que ellas disfrutaban de un café con pastas de sabor exquisito. La cortesía y su esmerada educación las obligaron a levantarse y saludarla con dos besos livianos en las mejillas y preguntarle casi al unísono y con sonrisa forzada qué tal estaba, fingiendo interés por un estado que realmente les suscitaba miedo y del que hubieran preferido seguir ignorantes.

Un diálogo intrascendente y un tanto absurdo continuó por un tiempo indefinido que pareció eterno, prolongando artificialmente el momento de abordar lo que todas esperaban con un cierto grado de ansiedad, temerosas de volver a ser cuestionadas en su forma de obrar y por haber vivido su vida ajenas a las consecuencias que una de ellas había tenido que soportar sin la ayuda de quienes un día no dudaron en definirse a sí mismas como buenas amigas.

Olga vaciló por un momento, sin saber si desechar aquella esquiva conversación para exponer de forma clara y contundente la duda existencial que había ido a resolver, pero necesitaba saber de ellas, y desconocía si se produciría algún otro encuentro posterior que le permitiera satisfacer la curiosidad de cómo habían transcurrido aquellas vidas paralelas a la suya, aunque tal información

careciera de relevancia alguna para su objetivo personal. Dedujo que nada más tenía que perder, y aquel pensamiento incrementó su percepción de fortaleza. Por el contrario, la mirada temerosa con que ellas la obsequiaron hizo que las sintiera vulnerables tras su impecable fachada de cristal esculpido.

—¿Qué tal está Javier, Linda? ¿Aún sobrevive a los ataques de papá? —preguntó Olga en tono afable.

—Mi padre está más calmado, la vejez amansa a las fieras. O puede que haya sido mi hija la que haya hecho mella en su odioso carácter.

—¿Conseguiste quedarte en estado? —preguntó sorprendida.

—Tuvimos una hija hace cuatro años. La clínica de Emilio hizo el milagro.

La voz lineal de Linda denotaba que no se encontraba cómoda con aquella conversación, no le apetecía dar excesivas explicaciones de su vida personal.

—¿Y tú, Teresa? ¿También has tenido hijos en estos años?

Linda no le permitió contestar. Su malestar era palpable, deseaba culminar aquel encuentro y volver a su refugio dorado con la mayor prontitud posible.

—¿A qué has venido, Olga? —inquirió a bocajarro.

—Tan directa como siempre.

—¿A qué has venido? —repitió.

Olga se irguió en la silla y carraspeó.

—Quiero saber quién es el padre de mi hija.

—¿A vueltas con lo mismo? Creí que las cosas habían quedado claras hace tiempo.

—No temas, Linda, no voy a reclamarte nada de lo que te pertenece —advirtió con aspereza.

—No te lo permitiría. Me ha costado demasiado esfuerzo conseguir lo que tengo para que tú vengas ahora a arrebatárselo a mi hija.

—Me alegra ver que sacas las uñas por tu hija. Yo también estoy aquí en defensa de la mía.

—Mi hija es de Javier —sentenció Linda—. Nació por derecho, igual que el crío de Laura. Si Paula fue víctima de tu error, la culpa es exclusivamente tuya por haber decidido participar en aquello. Jugaste con fuego y te quemaste, no hay más.

La crispación comenzó a hacerse notar. El ataque de Linda pretendía acorralar a Olga, mantenerla contra las cuerdas para no dejarla avanzar en su intento de entrometerse en sus vidas holgadas y de futuro prometedor.

—También se ha quemado mi hija por algo con lo que no contábamos —rebató Olga—. Ninguna de vosotras advirtió que uno de vuestros maridos estuviera enfermo y me parece una actitud deleznable.

—¿A qué te refieres? —se interesó Laura.

—Paula padece una enfermedad hereditaria grave. Quiero saber quién se la ha transmitido y en qué grado la sufre él. Cualquier dato adicional que yo pueda obtener repercutirá en el bienestar de mi hija y en la posibilidad de que yo pueda hacer algo más por su salud.

Aquella información imprevista las hizo ponerse en guardia. Si había afectado a Paula, podría

afectar también a su descendencia futura.

—¿Una enfermedad hereditaria de qué tipo? Yo no he apreciado nada en Jorge que me haga pensar que está enfermo. Y mi hijo también se encuentra bien —puntualizó Laura.

—Una alteración genética. Mi hija sufre la enfermedad de Fabry, y yo estoy perfecta, así es que alguno de vuestros maridos la debe portar obligatoriamente para haber podido transmitírsela.

—¿Qué pretendes que hagamos, Olga? —preguntó Teresa con delicadeza.

—Que me informéis si alguno de ellos ha sufrido a lo largo de su vida y de forma continuada molestias gastrointestinales, dolor abdominal, dolor y calor en las manos y los pies, hormigueo... Si les habéis visto angioqueratomas en el cuerpo...

—Javier no padece de nada de eso y no ha mencionado nunca tener síntomas semejantes —cortó Linda.

—Lo ideal sería que se hicieran una prueba...

—¡Déjate de pamplinas, Olga, terminemos con esto de una vez! Yo no sé vosotras, chicas, pero yo no voy a decirle a Javier que se haga prueba alguna. ¡¿Qué explicación le iba a dar yo si no hay ningún motivo aparente que lo justifique?!

—Yo tampoco le voy a decir nada a Jorge, no he visto en él ningún síntoma de los que dices, así es que poco te puedo ayudar. No puedo ofrecerte una información válida para que tú sepas cómo debes tratar a tu hija. Con eso debería bastarte, ¿no? Si ninguno de ellos la está sufriendo, ¿qué más da que la porten?

—Yo tampoco puedo ayudarte, Olga, Esteban y yo nos separamos hace dos años —confesó Teresa—. Tenemos buena relación, pero no podría justificar mi pregunta ni mi interés en que se haga una prueba médica que no me afecta ni repercutirá para nada en mi futuro ni en mi vida.

Olga acogió la noticia con estupor, habría apostado a que la relación entre ambos era más estable que cualquier otra. No se atrevió a preguntar, en parte por no desviar el hilo de la conversación, pero también porque lo consideraba una indiscreción; después de la ruptura de su relación amistosa encontraba fuera de lugar ahondar en ello.

—Tú aún no te has pronunciado, Elena. ¿Pretendes mantenerte al margen? Todo esto también va contigo.

—Emilio no tiene nada de lo que apuntas. Está perfectamente.

—Él tendría muy fácil hacerse esa prueba, dispone de todos los medios necesarios.

—No insistas, Olga, no lo voy a hacer. Opino igual que Laura, de nada te servirá descubrir quién es su verdadero padre si no manifiesta esa enfermedad.

—Alguna de vosotras miente —acusó con gravedad en la voz—. El médico que atendió a Paula me dejó muy claro que en el caso de que fuera su padre quien padeciera esa alteración manifestaría los síntomas con total seguridad. Es genéticamente dominante. Uno de vuestros hombres debe estar enfermo, aunque vosotras os neguéis a confesarlo aquí por miedo a involucrarlo.

Se dedicaron unas a otras una mirada desconfiada, analizando cualquier gesto o expresión del rostro que las pudiera delatar.

—Te juro que Javier no tiene nada de lo que dices —exclamó Linda con irritación—. Además, si lo tuviera, mi hija estaría enferma como la tuya, ¿no? Vosotras habéis visto a Arantxa, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a las demás—. ¿Habéis notado algo extraño en ella? ¿Os he contado yo que

tenga problemas de salud?

Negaron en silencio y se apresuraron a asegurar, casi al unísono, que sus circunstancias personales eran casi idénticas a las relatadas por Linda.

—Elena, tú tienes que saber algo de todo esto. ¡Habla de una vez, no he venido hasta aquí para nada! —inquirió Olga perdiendo la compostura.

Aquella acusación directa hizo que Elena se removiera en su asiento, no sabía por qué la inculpaba. Olga metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y le tendió un papel doblado que Elena desplegó con sumo cuidado.

—Una buena amiga mía me lo dio justo antes de salir de casa. Han sido varias las amenazas y las advertencias que he estado recibiendo de forma anónima, aludiendo a Paula y a nuestra situación. He sentido miedo hasta hace poco tiempo en que decidí hacer frente al acoso. Mi amiga debió de pensar que una nueva misiva sin firmar volvería a ponerme los nervios a flor de piel y decidió guardarla hasta ahora. Ésta es muy clara, Elena, y apunta directamente a ti. Así es que dime qué tienes tú que ver en todo esto —ordenó masticando las palabras.

El temple de Elena se desplomó al leer la escueta frase escrita en aquella hoja de papel blanco cortado de forma manual y descuidada. «Elena puede ayudarte.» Tras breves segundos de incapacidad para reaccionar, observó con rapidez a las cuatro mujeres que la rodeaban y que esperaban con impaciencia cuanto tenía que decir, mientras clavaban en ella sus miradas acusatorias y claramente inquisitoriales. Recobró la voz, levemente temblorosa, y se dispuso a defenderse brindándoles la verdad absoluta sin ningún rubor. No iba a asumir una culpa de la que había preferido eximirse desde un principio.

—Emilio no tiene nada que ver con Paula, Olga. No puede ser su padre, yo no participé en aquel juego tan repugnante.

La perplejidad cobró un protagonismo absoluto.

—¿¿Qué idiotéz estás diciendo, Elena?! ¡Tú estuviste allí como todas nosotras! —contestó Linda con ofuscación.

—Me inseminaron con suero, no había esperma en esa muestra. No estaba dispuesta a correr el riesgo de quedarme embarazada de esa forma, me parecía deleznable.

El semblante de desconcierto que habían mostrado hasta entonces dio paso a una ira contenida que no sabían cómo controlar ni canalizar. La traición a que se habían visto sometidas y que su amiga acababa de desvelar les cortó la respiración. El lazo de unión que habían mantenido hasta entonces se fracturó sin contemplación alguna y no dudaron en descargar su furia contra Elena por haber jugado con ellas de semejante forma.

—¡Maldita hija de puta!! —exclamó Linda—. ¿¿Te creías mejor que nosotras?! ¡Tú nos arrastraste a aquello, tú recogiste el testigo que dejó Olga e hiciste lo imposible para que accediéramos a jugar!

—Te equivocas —se defendió—. Lo planteé porque vi que lo estabais sopesando seriamente y quise saber hasta dónde erais capaces de llegar con vuestras mentes retorcidas —escupió con aversión—. Todas tuvisteis un motivo para hacerlo, y no creo que fuera muy loable. El dinero te pudo, Linda, y yo te lo puse en bandeja.

Olga no pronunció palabra alguna durante aquel cruce de acusaciones. Acababa de percatarse de que el pacto de silencio en torno a aquello se había mantenido desde su salida precipitada de La Luna; aunque no era de extrañar, considerando que ninguna de ellas se había visto directamente

afectada y que constituía un riesgo delatarse en cualquier ínfima conversación.

—Ya he oído bastante, esto es inaudito. Yo me marchó —anunció Laura poniéndose en pie—. Eres deleznable, Elena.

—¿Temes que se descubra por qué tú también quisiste participar, Laura? —se defendió Elena—. Tú y yo sabemos que no sólo te dejaste convencer, hubo algo más.

—No quiero seguir escuchando —apostilló Laura—. Dejemos los trapos sucios tal y como estaban.

—Me voy contigo —anunció Linda—. Que te vaya bien, Olga, y suerte con Paula.

Agarraron de forma impulsiva sus chaquetas de verano y sus bolsos de firma y avanzaron hasta la salida con paso decidido y en silencio. Teresa permaneció sentada, temerosa de esbozar comentario alguno.

—¿Te has parado a pensar que ninguno de ellos sea el padre de Paula? —sugirió al fin—. No pretendo ofenderte, Olga —matizó—, pero si es verdad que ninguno de ellos está visiblemente enfermo...

—No he estado con nadie que no sea Pablo. La única opción alternativa es que algo fallara en el laboratorio. Pero eso lo tendrías que decir tú, Elena.

—Tengo que irme —advirtió ella a la defensiva—. Déjalo estar, Olga, no remuevas la basura. Entiendo que lo hayas pasado mal, pero con todo esto lo único que conseguirás será reabrir viejas heridas, y me temo que sólo servirán para producirte más dolor.

Elena desapareció sin dar tiempo a réplica alguna por parte de Olga. Ésta permaneció sentada frente a Teresa, sin musitar palabra. No podía terminar de otra forma. Aquel encuentro estaba abocado al fracaso, aspirar a contar con su ayuda sabiendo que volverían a sentirse amenazadas había sido un completo error. Se frotó la frente con pesadumbre, la posibilidad de contar con información de primera mano en torno a la enfermedad de Paula se había disipado incluso antes de que comenzara a perfilarse realmente la probabilidad cierta de que apareciera su desconocido padre biológico. Era injusto tanto para ella como para su hija, sobre todo considerando que no pretendía reclamar por parte de él su papel de progenitor ni su responsabilidad económica. En tal sentido, tanto Mario como ella jugaban una baza fundamental en la vida de Paula.

Miró a Teresa y la observó tensa, como si no supiera si permanecer junto a ella o marcharse como las demás.

—¿Qué pasó entre Esteban y tú? —le preguntó condescendiente.

Teresa esbozó una sonrisa con un leve matiz de pesadumbre.

—La imagen de Jorge cobró demasiada fuerza en mi vida, Olga —se lamentó—. No podía borrarlo de mi mente, lo veía reflejado en todas partes. Tú sabes por qué participé en ese juego, ¿verdad?

—Lo sospecho, sí.

—Los meses siguientes los pasé fatal. Aunque no había llegado a quedarme en estado, pensar que habría sido capaz de traicionar a Esteban engendrando un hijo de Jorge fue algo que mi conciencia no pudo llegar a superar. Me pregunté si volvería a desear algo así con otros. Y me di cuenta de que jamás podría amar a Esteban de la misma forma en que amaba a Jorge y que no podría vivir el resto de mi vida reprimiéndome, sin dar rienda suelta a ese sentimiento, sin experimentar esa emoción

arrebatadora que te hace perder la cabeza por alguien. Esteban la sintió por mí en su momento, tal vez aún la sentía cuando lo dejé, pero yo no.

—Aún lo querías cuando rompiste.

—Sí, pero seguir con nuestra relación habría sido injusto para los dos. Él merecía mi dedicación, mi amor y sobre todo, una fidelidad completa por mi parte, y yo no podía asegurar que no le fallara algún día. Yo merecía sentir un amor pleno por alguien, con toda mi alma y mi corazón. Era muy joven para renegar de ello, Olga.

—¿Qué tal está él?

—Comienza a levantar cabeza —apuntó con un deje de remordimiento—. Sé que lo ha pasado muy mal, pero seguimos siendo buenos amigos, le debo muchísimo.

—Quiero darte las gracias por tenderme una mano cuando me marché, Teresa. Ahora sé cuánto supuso para mí tu ayuda.

—Era lo menos que podía hacer por ti, aunque me habría gustado hacer más.

—Gracias por no haberte marchado como ellas.

—Me temo que ahora sí que tengo que dejarte. Cuídate. Y cuida de Paula. Querría haber podido resolverte algo, pero no está en mi mano.

Olga volvió a casa en la misma línea de autobús que la había llevado hasta allí, aunque acompañada por distinta actitud y con las emociones cambiadas. Se sentía desarmada, confusa y decepcionada por la reacción mostrada por ellas, por las acusaciones presenciadas y por haber sido testigo de lo fácil que podía resultar romper una relación cuando los intereses se veían mínimamente amenazados. Ahora podía asegurarle a Paula que su vinculación con ellas no era propia de buenas amigas, sino de simples conocidas como la vecina Rosario. Y se congratuló profundamente por haber conocido y descubierto la nueva cara de la amistad: la de la entrega, la del sacrificio, la del apoyo incondicional.

Contó a Ana cómo había sido el encuentro con una apatía fruto del desencanto y la desilusión, que no tardaron en evaporarse cuando dos semanas después sonó el agudo timbre del teléfono y apreció la voz atenuada de Elena al otro lado del auricular.

—Olvidé preguntarte cómo te había ido en todos estos años, Olga —confesó Elena sin saludo previo—. Supuse que mal, pero me gustaría que me lo contaras con más detalle. Y ayudarte en todo lo que esté en mi mano. ¿Podemos vernos?

48.

Para Elena supuso un arduo esfuerzo encontrar el lugar en el que Olga la había citado para intercambiar impresiones en torno a los sucesos acaecidos en sus vidas durante los años anteriores. Aquel parque de arboleda próximo a la Avenida de Moratalaz resultaba para Elena un paraje inusitado, jamás había paseado por aquella zona de Madrid. A Olga sin embargo le gustaba especialmente porque ahora constituía el único pulmón de oxígeno vegetal del que podía disfrutar de tarde en tarde. El susurro de las hojas mecidas por el viento, el aroma a tierra mojada en los días de lluvia, el brillo del sol reflejándose en las copas de los árboles traían recuerdos a su mente de aquello en lo que siempre reparó de forma exigua. Sentarse a la sombra de alguno de ellos en momentos de cansancio, de tensión o de pesadumbre ante un futuro vago e impreciso le permitía respirar profundamente y abstraerse con el único fin de liberarse por escasos instantes de la realidad del momento. Una terapia natural que se había acostumbrado a practicar con Ana y que encontraba altamente placentera.

Decidieron pasear cuando Elena llegó. Mantener el cuerpo en movimiento les permitiría liberar la tensión nerviosa con mayor facilidad, o al menos no serían tan conscientes de ella. Dirigir la mirada al frente y no a los ojos también les posibilitaría sincerarse más, esquivando el temor a sentirse observadas, analizadas en cada gesto. Aun así, Elena había tenido tiempo suficiente para escrutar a Olga: el matiz deslucido de su cabello oscuro, la piel ligeramente desnutrida, los nudillos de las manos enrojecidos, las uñas cortas, los vaqueros desgastados. No había perdido esa belleza oriental que la hacía lucir particularmente joven, pero había quedado atrás el glamour que luciera en el pasado y que aderezaba su atractivo.

—No te has dejado ver en todo este tiempo —advirtió Elena.

—No dejé nada en La Luna por lo que mereciera la pena volver.

—¿Ni siquiera tu madre?

—Me dejó muy claro que yo sólo era una fuente de problemas. Mi mejor amiga me ha enseñado en poco tiempo mucho más que ella en toda mi vida, es una buena sustituta.

—No le has dado la oportunidad de arrepentirse por la forma en que te trató. Ni a ninguna de nosotras.

—¿Qué te hace pensar que habría arrepentimiento por vuestra parte? En la cita del Café Brasil me dejasteis muy claro que volveríais a actuar igual que entonces.

—¿Qué hubieras hecho tú, Olga?

—¿Antes o ahora?

—¿Hay alguna diferencia?

—Sí. Antes, tal vez hubiera reaccionado como vosotras, pero ahora no. Ahora os habría brindado

mi ayuda, y en lo que a mí respecta, de haberse planteado el juego en esta etapa de mi vida, no habría participado. No sólo soy consciente de las consecuencias que antes no me detuve a pensar, también he conocido de cerca situaciones personales que han hecho que me avergüence muchas veces de jugar con mi vida y con la de mi hija de aquella manera. Y de haberme echado problemas encima inútilmente mientras otros están deseando deshacerse de ellos y no pueden.

Elena giró la cabeza y la observó un instante. Hablaba con despecho y con un sentimiento profundo que le sorprendió.

—Supongo que ha sido duro.

—Más de lo que te puedes imaginar. Llega un momento en que sientes que ya no te queda nada, sólo esperanza; pero hay veces en que también sientes como se esfuma. A pesar de todo, debes vivir apoyándote en ella y nada más. Lo que sí es cierto es que el esfuerzo hace que valores mucho más la recompensa que llega después. Nos lo dieron todo hecho, Elena, no apreciamos nada de lo que teníamos.

—Algún día te contaré la historia de mi vida y de mi niñez, Olga. Yo sí que aprecio lo que tengo. Por eso no quise participar en ese juego, porque cada noche cuando me voy a dormir recuerdo de dónde provengo.

Los ojos de Olga se clavaron en los de Elena. Tantos años de amistad sin preguntarse jamás lo más trascendental de cada una a nivel personal, perfectas desconocidas adivinadas apenas por sus rasgos físicos y corporales.

—Sí, hay muchas cosas que nos deberíamos de contar y que a mí me gustaría saber. Pero no me atrevo a preguntártelas, Elena, aunque tarde o temprano lo haré. Mi prioridad ahora es Paula. Sé que conocer a su padre no nos sacará apenas de nada, pero la curiosidad me mata. Necesito saber cómo vive, cómo ha sobrellevado él la enfermedad. Igual ni siquiera sabe que la padece.

—No te entiendo.

—Los síntomas son tan variados y la enfermedad tan rara, que podrían haberlos achacado a otras dolencias sin llegar a hacer un diagnóstico acertado.

—Olga, no he dejado de pensar en todo esto desde que nos vimos. Lo que contaste en relación a la enfermedad de Paula es demasiado evidente, no creo que la padezca ninguno de los nuestros, nos habríamos dado cuenta de ello. Y tampoco creo que las chicas lo estén ocultando.

—Excluyo a Teresa, pero no me fío de Linda ni de Laura.

—A Linda la inseminaron en la clínica de Martí con el esperma de Javier, Olga. Cuando ha habido complicaciones previas para quedar embarazada por medios naturales debido a un problema de compatibilidad como el suyo, todo se analiza al máximo. Se busca cualquier problema genético que pueda echar por tierra una fecundación artificial, lo habrían visto. Y Jorge... sólo puedo decirte lo que tú ya sabes, que tiene dos hijos sin ningún problema.

—Si es Jorge quien porta la enfermedad, las chicas nacerían todas afectadas, pero los chicos no. Ninguno. En los chicos, él aporta el cromosoma Y. El cromosoma X, que es el defectuoso, lo aporta Laura. Así es que esa prueba no sirve para descartarlo.

—Estás bien informada —advirtió sorprendida—. De cualquier forma, deberíamos de hablar con Martina, a ver si ella puede aclararnos algo.

—O con Emilio —apuntó observando su reacción.

—No me involucres más, Elena, por favor, deja a Emilio al margen. Si descubre lo que hice, se rompe mi matrimonio y pone a Martina en la calle sin dudarlo un sólo instante.

Analizó el gesto de Olga, esperando su reacción soberbia; al fin y al cabo, ella lo había perdido todo, no tendría por qué mirar ahora por el bienestar de las demás. Pero asintió en silencio, con complacencia.

—Está bien. ¿Cuándo podemos hablar con ella?

—¿Tienes tiempo ahora?

Un atisbo de nerviosismo hizo mella en Olga. Miró su reloj, tenía que recoger a Paula del colegio al terminar las clases de la tarde. Contaba con cuatro horas, incluyendo la que perderían para comer.

—Podemos tomar algo en la cafetería de los laboratorios, si te parece, así terminaremos antes. Sé que Martina está allí hoy y Emilio salió de viaje ayer, así es que podremos hablar tranquilas.

Las imágenes que Olga había mantenido latentes durante diez años cobraron una fuerza inusitada a medida que avanzaban por la carretera que las llevaba directas hasta el lugar donde seguían ubicados los laboratorios Martí. Una angustia cierta cohibió su forma de comportarse, incluso de hablar, por la impotencia súbita de no poder volver atrás, de recordar de cerca el momento absurdo en que recorrió aquel tramo la última vez para secundar lo que jamás debía de haber comenzado. Rememorar aquel trance la hizo sentir como si le hubiera sido concedida una segunda oportunidad que se volatilizaba ahora entre sus dedos sin poderla retener para cambiar el destino que le sobrevendría después. «¡Cuántas decisiones nefastas se toman en nuestras vidas sin coherencia y sin razón!» —pensó—. «¡Cuántos errores habremos de cometer para acertar a saber que lo más simple es casi siempre lo más sensato y lo más cabal».

Elena advirtió a Martina de su llegada a través del móvil. Entraron discretamente en uno de los reservados de la cafetería por la puerta de acceso del personal directivo y tomaron asiento a la espera de que ésta llegara. Elena pidió un vermut y Olga prefirió cerveza sin nada para picar, tenía el estómago cerrado y un palpable nerviosismo que le alteraba el pulso en grado sumo. Elena trató de tranquilizarla, pero el rubor interno a verse cuestionada de nuevo por Martina apenas le permitía adquirir el temple necesario para no salir huyendo.

Los saludos previos no se alargaron en exceso. Un gesto de sorpresa al reconocerla y de estupor ante la incertidumbre de lo que pretenderían de ella después de tantos años se mezclaron en el rostro de Martina sin que Olga supiera interpretar lo que podría estar pensando. Y se sintió vulnerable por ello, extrañamente, cuando tiempo atrás habría obviado la opinión merecida por cualquiera que no estuviera incluida en su círculo social. Le sorprendía que ahora le pudiera afectar en tanta medida la imagen íntegra que como persona y como mujer pudieran tener de ella los demás.

—Martina, ¿has oído hablar de la enfermedad de Fabry? —le preguntó Elena sin preámbulos.

—No, no tengo conocimiento de ella. Aunque alguno de mis compañeros de la división farmacológica tal vez podría saber algo más.

—No, no, no —se apresuró a intervenir Olga—, no importa.

—Su hija Paula padece esa enfermedad —refirió Elena—, es hereditaria y bastante grave. Y como tú ya sabes, Paula se engendró aquí.

Martina miró a Olga con gravedad y devolvió la vista a Elena con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? ¿Paula es fruto de aquella inseminación que practicamos? —preguntó

incrédula.

—Así es. Lo que no acertamos a comprender es lo que pudo haber pasado. Por lógica uno de nuestros maridos debería de ser su padre y el portador de esa enfermedad, pero estamos casi seguras de que no lo son.

—¿Emilio? —cuestionó Martina.

—Sabemos que Emilio no pudo ser y Pablo, su marido, tampoco. Pero no creemos que los tres restantes la puedan llevar en sus genes como para habérsela podido transmitir a Paula. ¿Qué se te ocurre que pudiera haber pasado, Martina? ¿Tú analizaste esas muestras en algún momento, antes o después de congelarlas?

Martina acogió la pregunta con desconcierto.

—¿Cómo iba yo a analizar esas muestras, Elena? Me las trajisteis con el tiempo justo para la congelación. Y además, ¡eran vuestras! —exclamó Martina a la defensiva.

—No te alarmes, no te estamos cuestionando. Únicamente queremos descartar posibilidades. Olga quiere saber quién es el padre de Paula y de no ser ellos, ¿quién demonios podría ser y cómo?

Martina negó con la cabeza mientras mantenía la mirada ausente, recordando y recomponiendo el procedimiento que había tratado de disolver en su memoria durante años.

—Hice correctamente todo el proceso. Aunque no fuera una inseminación en toda regla, existían ciertos riesgos y procuré hacerlo todo según marcaba el protocolo, a excepción de la parte final. Por lo demás, todo fue bien.

—Pues yo creo recordar que algo no salió como estaba previsto, algún contratiempo nos puso nerviosas. ¿Tú recuerdas algo de eso, Elena? —preguntó Olga.

—Tardaste en encontrar las muestras, Martina, —apuntó Elena—, los registros no estaban grabados en el ordenador donde tú los pusiste. No recuerdo si dijiste que hubo un recuento o qué es lo que ocurrió, pero alguien cambió las fichas informáticas de lugar.

—Sí, sucedió algo de eso, pero al final las encontré y todo fue bien.

—¿Estás segura? —insistió Olga—. Sólo aparecían los números. ¿Y si cogiste las que no eran?

La sombra de la duda se plasmó en el rostro de Martina. Se retrepó en la silla con el semblante serio, tratando de reorganizar nuevamente la secuencia de actos que tuvo lugar aquella noche. Pero el paso de los años contribuía a que ciertos detalles resurgieran vagos y difusos. En su momento, no creyó haberse equivocado, pero ahora no sería capaz de asegurarlo por completo. La forma en que almacenó aquellos registros y aquellas muestras sí que rompió el protocolo habitual, vulnerando en parte las medidas de seguridad. Pero, ¿cómo decírselo a ellas? ¿Cómo decirle que cualquier otro donante de su laboratorio podría ser el padre de Paula?

—Yo apostaría a que lo hice bien, Olga, pero han pasado muchos años y no recuerdo todo aquello con nitidez —se excusó—. Muy pocas personas tenían acceso al laboratorio y a los sistemas de registro y conocíamos a la perfección nuestra forma de trabajar. Dudo que alguien las pudiera trastocar haciendo que yo me confundiera.

—Pero cabe esa posibilidad, por lo que veo —matizó Olga tras su explicación—. ¿Y si hubiera sido así? ¿Qué se supone que tendría que hacer yo ahora para adivinar quién es el padre de mi hija?

Tanto Elena como Martina esquivaron su mirada, no querrían encontrarse en semejante tesitura. Ciertamente, cualquier mujer que deseara engendrar un hijo de un donante anónimo podría hacerlo y

desconocería su origen de por vida, pero lo asumiría por voluntad propia. Y éste no era el caso.

—Me temo que no lo sabrás —sentenció Martina.

Olga suspiró con notoriedad. No esperaba encontrar un obstáculo tan ostensible nada más comenzar.

—A ver —intervino Elena—, ¿de dónde proceden los donantes que hay aquí?

—Muchos son de Madrid, pero también proceden de otros lugares de España, Elena, no hay una limitación geográfica. Y aunque tan sólo fueran de Madrid, sería como buscar una aguja en un pajar. Aunque nos remontáramos a los registros de hace diez años, había miles.

—Miles de donantes sanos. Pero con esta enfermedad, ¿cuántos? —dijo Olga pensativa.

—¿Y cómo vas a saber cuáles estaban enfermos? No creo que pusiera en sus fichas que padecían la enfermedad de Fabry, Olga —replicó Elena jocosa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Martina de forma repentina—. Había pasado por alto ese detalle. No es posible.

—Explícate, Martina —ordenó Elena.

—Es prácticamente imposible que sea un donante de nuestro laboratorio —afirmó provocando el estupor de Olga—. No se admite a cualquier hombre como donante de esperma, se siguen controles exhaustivos que exigen, además de la calidad del semen o su resistencia a la congelación, la ausencia de enfermedades de transmisión sexual en el momento de la donación y, por supuesto, hereditarias. Habríamos detectado una alteración genética de ese tipo, chicas, no creo que existiera una sola muestra en este laboratorio con ese tipo de enfermedad.

La aseveración de Martina terminó de destrozar las expectativas de Olga. No entendía absolutamente nada de todo aquello, no había estado con ningún otro hombre, a excepción de Pablo, y la única dosis de esperma ajeno que aceptó en su cuerpo fue la administrada por Martina diez años atrás en aquel mismo lugar. Observó el rostro de Elena, pensativo y desconcertado, con el ceño fruncido y la mirada perdida a lo ancho y largo de su cerebro, en busca de una explicación lógica para todo aquello.

El silencio se prolongó por un tiempo dilatado, sin dar pie a conjetura alguna, porque no la había. Olga desplomó sus hombros en señal de abatimiento, mientras Martina continuaba analizando aquel enigma en el que había participado y al que no podía dar interpretación alguna.

—Creo que ya no tenemos nada más que hacer aquí —objetó Olga—. Tengo que recoger a Paula del colegio y ni siquiera hemos probado bocado. Aunque yo he perdido el apetito.

Elena se levantó sin articular palabra y esperó a que Olga recogiera su bolso y su chaqueta con la parsimonia y la languidez impresa por el desaliento.

—Lo siento de veras, chicas, me gustaría haber podido ayudaros. No sé qué deciros, ni qué sugerencia haceros. Sólo se me ocurre pensar que el número de enfermos con esa patología debe de ser escasísimo y en algún hospital de Madrid se deben estar tratando. Lo que no puedo deciros es cómo acceder a ellos; los historiales clínicos son confidenciales. Pero tal vez sea un punto de partida para empezar a buscar.

Aunque con una esperanza ínfima, Olga acogió la sugerencia con agrado, al menos no saldría con las manos vacías de allí.

—Gracias, Martina.

—Incluso acudir a alguna de las asociaciones de enfermedades raras, es probable que exista alguna específica para el Síndrome de Fabry —añadió—. Tal vez te puedan informar en la FEDER, Olga, en la Federación Española de Enfermedades Raras —puntualizó—. Eso podría llevarte a conocer a otras personas que también la padezcan, muchos suelen estar asociados a ellas para recibir asesoramiento médico, psicológico o social. ¿Quién sabe? El padre de Paula podría estar allí.

El gesto de Martina reveló un deseo claro de ayudar, contrarrestando la sensación de impotencia manifestada ante la extraña situación vivida.

Elena acompañó a Olga en su coche hasta la puerta del colegio de Paula. Hicieron el viaje de vuelta en completo silencio, inmersas en sus pensamientos propios y confusos. Ambas tenían sentimientos contradictorios al respecto: la impresión de que aquello no podía terminar allí en conjunción con la desazón de pensar, tal y como Martina había asegurado, que sería como buscar una aguja en un pajar y con los recursos extremadamente limitados.

—Un perfecto desconocido perdido en Madrid, dando por sentado que sea de aquí —afirmó Olga con pesadumbre antes de abandonar el vehículo—. Seguimos en contacto, Elena. Gracias por todo.

Lanzó un beso al aire y caminó hasta adentrarse en el patio del centro escolar donde Paula la esperaba con el semblante sonriente y distendido que solía lucir ahora con mayor frecuencia. Elena arrancó con lentitud y giró para volver a retomar la M-40 en dirección al norte de Madrid. Al bajar la ventanilla en busca de aire fresco, un pensamiento alarmante se atrevió a adentrarse en aquel habitáculo con olor a piel curtida y a perfume caro: Olga había estado recibiendo notas intimidatorias en relación a Paula y a su enfermedad. Por tanto, ellas desconocían la identidad del padre de la niña, pero no al revés. Él no sólo sabía quiénes eran ellas, también sabía dónde encontrarlas, por lo que no debía de tratarse de alguien tan desconocido como presuponían.

49.

Mario contaba con una hora libre antes de entrar en clase e invitó a Olga a tomar un café tras dejar a Paula a las puertas del colegio. El curso escolar había comenzado sin incidentes graves para ella, lo cual alegró a Olga ahora que sabía que Mario no volvería a ser tutor de su hija en el nuevo año. Aun así, él no le quitaba la vista de encima. La observaba continuamente desde la distancia, dejando que la pequeña se valiera por sí misma sin problema alguno; su enfermedad y el hecho de estar rodeada de personas mayores de manera habitual le habían aportado una madurez crecida con respecto a su edad. Sin embargo, la inquietud ausente en Paula se había transferido a Olga incrementada al máximo y Mario era plenamente consciente de la extraña situación por la que ella atravesaba sin poder adivinar a qué era debido. Su vínculo afectivo seguía estrechándose cada vez más, pero aún no había alcanzado un nivel de confianza suficiente como para que Olga se sincerara y le revelara los detalles escabrosos de su vida anterior, y menos, los extremos en los que ahora se movía. No obstante, una última conversación mantenida con él, en la que Mario le había cuestionado cuál sería el momento oportuno de hablarle a Paula de su padre, le había inferido un alto grado de preocupación. Era impensable para ella desvelarle su origen con detalle, a Paula le resultaría imposible de comprender y para ella misma sería algo extremadamente vergonzoso de sobrellevar. Pero cómo convivir el resto de su vida con una mentira de tal calibre.

El tiempo transcurrió a velocidad vertiginosa, la charla agradable y la placentera compañía mutua hicieron que los minutos se disiparan sin apenas darse cuenta. Olga se apresuró a recoger lo que había dejado sobre la mesa de la cafetería para acudir a su puesto de trabajo en la cocina de Ana, de donde se había negado a salir y en la que seguía ejerciendo de pinche a las órdenes de su jefa y amiga.

Se despidió de Mario con un tenue beso en los labios y bajó del coche caminando apresuradamente hasta darse de bruces con Ana en el interior del bar. La saludó de corrido sin detenerse a escuchar que volvía a llegar tarde. Se limitó a colocarse el delantal y extrajo las verduras de la cámara frigorífica para trocearlas sin esperar las instrucciones oportunas.

—¿Se puede saber qué te traes entre manos últimamente? —preguntó Ana sin desviar la vista del albarán de entrega de su último pedido.

—Nada, me he parado a desayunar con Mario, nada más.

—No intentes engañarme, Olga, ya te conozco, hay algo que te preocupa y mucho. Estás ausente, nerviosa, te sobresaltas por cualquier cosa y hasta mascullas entre dientes hablando sola como las locas.

—Pienso en voz alta.

—Déjate de patrañas. Vas de acá para allá soliviantada y ya te has citado varias veces con esa tal Elena en los últimos dos meses. Desde que hablaste con ella el día de la reunión, que aún no me has

contado de lo que trataba, no estás tranquila. ¿Es por los anónimos? ¿Has vuelto a recibir alguno más?

Olga dejó de cortar y concentró toda su actividad mental en dilucidar si había llegado el momento de poner a Ana en antecedentes de todo lo que había ocurrido en su vida para acabar allí. Necesitaba contar con su aceptación o afrontar su rechazo abierto, disponer de la tranquilidad diaria de no tener que ocultar nada de lo que pudiera suceder a partir de aquel momento. Pero sobre todo, necesitaba calmar su conciencia confiándose a quien le había tendido una mano desinteresadamente y sin enjuiciarla cuando más lo requería. Tenía la intuición de que su equilibrio emocional se estabilizaría de nuevo cuando sintiera cerca la mano amiga de Ana siendo cómplice de los últimos avatares que no sólo afectaban a ella, sino también a Paula, por quien Ana sentía devoción y un cariño especial.

Un rubor incipiente le hizo saber que instintivamente había dado por hecho que la confesión estaba próxima. No sabía por dónde ni cómo empezar.

—Hay que poner el menú del día en el tablón de la puerta.

—Ya lo he hecho, nada más entrar —advirtió Olga—. He mirado la planificación de recetas de esta semana y lo he anotado.

—¿Y por qué le estás echando puerro a la crema? Esta receta no lleva puerro —le advirtió Ana.

—La última vez que la hicimos no había apio y le echamos puerro, y tenía mejor sabor, menos fuerte y con una textura más suave, así es que le voy a echar puerro en lugar de apio —objetó con firmeza.

—¡No es a ti a quien le tiene que gustar, es a nuestros clientes!

—También lo dijeron ellos —contestó vertiendo los trozos cortados en la olla puesta al fuego.

Olga retomó la incertidumbre de saber cómo abordar su confesión.

—¿Y desde cuando dictas tú las órdenes en mi cocina? —protestó Ana volviendo a interrumpir su monólogo mental.

—¿Quieres que te cuente lo que me traigo entre manos o no?! —preguntó ofuscada—. ¿Quieres saber la verdad de por qué acabé en esta cocina después de llevar treinta años viviendo en La Luna?!

Ana se giró y dejó caer sobre la encimera los utensilios de cocina que tenía en ambas manos.

—Ya sé por qué abandonaste La Luna —contestó con voz tenue para calmarla.

—No, no tienes ni idea. Pablo nos echó de casa al saber que Paula no era suya, pero no tienes la menor idea de cuál es su origen y te recomiendo que te sientes antes de que comiences a escuchar lo que tengo que contarte.

El tono irascible y nervioso con el que Olga se dirigió a ella la hizo enmudecer y sentir un cierto temor ante lo que parecía ser una revelación excepcional. Confiaba en que no se asustaría, al fin y al cabo, había visto situaciones muy extrañas en las vidas ajenas de quienes habían venido acompañándola hasta ahora, por lo que difícilmente podría espantarse con lo que Olga se dispusiera a confesar. Pero se equivocó. Jamás había escuchado algo tan soez y tan depravado. Tardó en reaccionar. Y cuando lo hizo fue para levantarse y continuar con lo que había dejado a medias antes de tomar asiento por recomendación de Olga. Ésta se sirvió un vaso de agua para hidratar su boca seca y refrescar, en la medida de lo posible, el sopor que le había provocado vomitar su secreto bochornoso e inmoral. Se concedió un tiempo de margen antes de exigirle a Ana que emitiese algún sonido que le hiciera entrever la opinión que todo aquello le merecía. Pero el mutismo fue absoluto.

—¿No vas a decir nada? —preguntó al fin.

Ana respiró hondo, se ajustó el pañuelo que le sujetaba el pelo y se frotó los ojos diciéndose a sí misma que creía haberlo visto y oído todo hasta instantes antes.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy estupefacta, dame tiempo para digerirlo. Ahora mismo no puedo creer que la persona con la que estoy hablando y a la que he visto comportarse con cordura, sensatez y humanidad en estos últimos años sea la misma que cometió esa desfachatez que me acabas de contar. Me cuesta asimilarlo, es como si me hubieras hablado de una persona completamente extraña.

—Las citas con Elena son para averiguar quién es el padre de Paula —añadió Olga pensativa.

—Presupongo que ya has descartado definitivamente que pueda ser alguno de ellos. ¿Te fías de su palabra? —preguntó Ana con sobriedad en la voz.

—Una de ellas no termina de convencerme, no tengo otros elementos de juicio para poder corroborar que lo que dijo en aquella reunión era cierto. Pero no va a desdecirse de nada de aquello.

—Le pediste que hablara en presencia de las demás, no a solas contigo.

—¿Qué diferencia hay? Ahora, ellas son más amigas de Laura que yo.

—Eso no significa que quiera airear ante ellas todos sus trapos sucios. Habla con esa tal Laura, igual deduces algo de sus palabras que te pueda hacer cambiar de opinión.

Olga insinuó un gesto reflexivo durante unos minutos, pero desechó la idea.

—Fue la primera que se levantó para marcharse de allí, no querrá volver a oír hablar del tema.

—Lo tienes todo perdido, Olga. Si no lo haces, siempre albergarás la duda de que te haya podido mentir.

Ana volvió a poner el dedo en la llaga. Aun sin tomarse un interés especial por lo que hablaba era capaz de reconducir la situación con un raciocinio impecable. Conseguía sorprender a Olga de forma reiterada y no podía explicarse cómo y cuándo había adquirido tal habilidad.

—Lo pensaré, no tengo valor para hacerlo en este momento —confesó al fin.

—¿Por qué has decidido resucitar ahora tus miserias del pasado, Olga?

Bajó la vista unos segundos y luego miró a Ana directamente a los ojos.

—Después de haber pensado en ello muchas veces, siento que se lo debo a Paula. He jugado con la vida de mi hija y le debo una explicación futura, por muy dolorosa e indecente que me pueda resultar.

—Me parece muy correcto —afirmó Ana con un gesto de complacencia—. Pero ahora, mientras te decides a realizar esa llamada, sigue haciendo esa crema de puerros como te plazca. A este ritmo empezaremos a servir comidas a la hora del café.

No lo dudó. Ana se había marchado para acompañar a Toñi a un centro de la Cruz Roja especializado en el asesoramiento y tratamiento de toxicómanos; le habían hablado de la posibilidad de que su hijo pudiera iniciar un programa de administración de metadona y lucharía por conseguirlo si le auguraban que también era eficaz contra la adicción a la cocaína. Así es que Olga disponía de un par de horas para hacer a Laura la temida llamada que llevaba días demorando por falta de valor.

Descolgó el auricular y pulsó los dígitos haciendo un esfuerzo por acertar hasta llegar al último, en que titubeó antes de apretar la tecla de llamada para hacerlo sonar. Tras cuatro interminables tonos, la voz de Laura resurgió al otro lado. Olga carraspeó.

—Buenos días, Laura. Soy Olga.

Un silencio largo se hizo notar.

—Olga..., no tengo mucho tiempo de hablar...

—Laura, por favor, no me cuelgues —suplicó.

—Es que no tengo nada más que decirte, Olga, ya lo dejé todo claro en aquella reunión.

—¡Espera, Laura! Tú siempre estuviste a mi lado. Pasamos el mal trago de nuestro embarazo juntas, sentiste el mismo miedo que yo a lo que nos pudiera pasar, la misma angustia por nuestra traición. No entiendo por qué no quisiste ayudarme entonces y ahora tampoco.

—Olga no es que no quiera ayudarte, es que no puedo. Jorge no tiene nada que ver con tu situación, no sé cómo decírtelo para que me creas. Pasa página, olvídate de este asunto, vive tu vida como mejor puedas. ¡No hurgues en las heridas, déjalas que cicatricen!

—A ti te resulta muy fácil hablar así, Laura, no has pasado siete años resurgiendo de la nada y con una niña pequeña a la que atender. Has continuado con tu vida cómoda, al lado de tu marido, sin preocupaciones de ningún tipo. Pero ése no es mi caso.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que he vivido tranquilamente como si nada hubiera pasado? ¡Aún trato de calmar mi conciencia, Olga, y desde que sé cómo has vivido todos estos años, todavía más! No puedo dejar de sentirme culpable por ello, ¿lo entiendes?! —Olga guardó silencio, contrariada por aquella revelación—. En muchas ocasiones he pensado que de no haber sido por mí, tal vez tú no habrías planteado todo aquello, y nosotras no lo hubiéramos secundado.

—Yo lo hice por despecho hacia mi marido, Laura, harta de que me los pusiera con cualquiera que se cruzara en su camino. Fue una decisión mía.

—Sí, pero estoy segura de que aquel altercado de Pablo en el Hotel Carlos I fue el desencadenante. Aquello fue la gota que colmó el vaso, ¿verdad?

Olga perdió la voz momentáneamente, no era consciente de que Laura estuviera al tanto de todo aquello. No creía haber dado explicaciones tan explícitas en torno a los devaneos de Pablo, sobre todo porque aquel suceso resultaba ser en exceso humillante para ella.

—Laura..., ¿cómo sabes tú lo del Carlos I?

Tardó en contestar, se percató de que había hablado demasiado a causa de la emoción.

—Yo propicié aquel encuentro de Pablo con las prostitutas, Olga —confesó con una vergüenza palmaria.

Olga se dejó caer sobre el respaldo de la silla, sujetándose en el borde de la mesa con la mano que tenía libre. No entendía nada de lo que estaba escuchando, pero le parecía atroz, cruel y completamente despiadado.

—Explicame lo que significa todo eso, Laura, porque ahora no acierto a saber qué te hice yo para que cometieras semejante desatino con mi vida.

—Todas teníamos una razón oculta para jugar. Yo también. Intenté haceros creer que me había dejado llevar por vosotras, pero mi objetivo era exactamente igual que el tuyo, vengarme de tu

marido —Olga arrugó el entrecejo incrementando la concentración que le permitiera comprender algo de lo que estaba escuchando—. Él no buscó esa cita con las prostitutas en aquel hotel, la preparé yo. Fue una trampa para grabarlo y chantajearlo, Olga, pero tú te presentaste estropeando toda la planificación de aquel montaje. Aún no sé cómo demonios pudiste enterarte de que estaba allí.

—Elena me lo dijo —contestó espontáneamente—. Pero no me preguntes cómo lo sabía ella, porque no lo sé, no quiso desvelármelo. Pero me llamó para advertirme de lo que estaba ocurriendo.

—¿Elena?

—Sí, Elena. Por lo que veo hay demasiados trapos sucios ocultos entre nosotras. Lo que todavía no me has explicado es qué tenías tú contra Pablo para poner también mi vida en la cuerda floja.

—Arruinó a mi madre. De la forma más inmundada que puedas imaginar. La dejó prácticamente en la calle tras el divorcio con mi padre. Y eso no se lo podré perdonar nunca. Pero jamás pensé en las consecuencias, en los efectos colaterales de lo que ideé. Nunca pensé que tú fueras a pagar directamente por sus errores mientras él salía indemne de la situación. Y eso es lo que no puedo perdonarme, Olga, yo no tenía nada contra ti. Y sigo sin tenerlo, ¿lo entiendes? ¡Te ayudaría si estuviera en mis manos, sería la mejor forma de calmar mi conciencia!

El tono de voz de Laura derrochaba una sinceridad clara y clamaba por su perdón. La confluencia de pensamientos en la mente de Olga era imposible de dominar, no podía descifrar lo que sentía en aquel momento. Al igual que todos los colores del arco iris confluyen en el blanco cuando se mezclan, también sus sentimientos entrecruzados consiguieron neutralizar completamente lo que se suponía que debía de sentir, dejándola vacía por dentro, ausente, como si divisara la escena desde un plano superior ajeno a ella.

No se atrevió a recriminar sus actos; a fin de cuentas, Laura se había dejado llevar por un impulso fuerte sin medir las consecuencias, al igual que ella. Y al igual que las demás. La ofuscación profunda puede hacer que el objetivo personal de cada cual resurja ante nosotros como lo único importante en nuestras vidas, por encima de las metas de cuantos tenemos alrededor. Y el grado de obcecación en una situación tal puede llegar a ser tan sublime que una ceguera temporal nos impida mantener la coherencia a la hora de tomar las decisiones que pondrán nuestra vida en peligro sin remisión, tal y como había ocurrido diez años atrás en cada una de ellas.

—Gracias por sincerarte, Laura —susurró antes de colgar.

Miró hacia atrás al oír los pasos lentos de alguien aproximándose a ella. Emilia había entrado en la cocina y se había sentado tras un saludo breve con cariz apocado y tristeza en la voz. Olga acercó una silla y le levantó el rostro para invitarla a hablar. Lo más probable es que hubiera ido buscando a Ana, pero aún no había llegado y no podía permitir que Emilia se tragara en soledad la angustia de lo que hubiera ido a contar.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó con un deje de empatía que la hizo reaccionar.

—Acabo de ponerle a Antonio las maletas en la puerta, Olga —confesó llorando—. Le he dado un ultimátum: el juego o yo.

—¿Y qué ha hecho?

—Se ha marchado. Las ha cogido y se ha marchado sin decir nada. Me he ofrecido a ayudarlo a rehabilitarse, a asistir con él a la terapia y a hacer todo lo que esté en mi mano para que pueda salir de ésta. Pero es tozudo como una mula. ¡Me ha dejado, Olga! Después de 30 años juntos, Antonio me

ha dejado.

Olga la abrazó con fuerza y lloró con ella, deseando poder aspirar al máximo un poco de su espíritu de superación.

Desde la muerte de la abuela Mercedes, Elena no se había sentido con ánimos suficientes como para deleitarse asistiendo a citas que sólo buscaran su mera diversión. La trágica ruptura del único vínculo que le unía a sus orígenes vitales más humildes y uno de los bastiones fundamentales de su vida había supuesto un descalabro que le estaba costando superar en muchísima mayor medida de la que siempre pudo sospechar. Pero la necesidad de renovar su vestuario de temporada y algunos objetos de índole personal la obligaron a planificar una jornada de compras por el centro de Madrid.

Cogió una chaqueta de tela aterciopelada para combatir la bajada de temperaturas con que el final de septiembre se había dejado acompañar y llamó a la puerta del despacho de Emilio para advertirle de que era probable que no estuviera de vuelta para almorzar con él.

Emilio le hizo una indicación con la mano para que entrara y esperara un instante a que terminara la conversación telefónica que había comenzado un tiempo antes. Elena se sentó y comenzó a ojear su agenda personal a la búsqueda de próximas citas que hubiera podido olvidar.

—¡Escúchame! —advirtió Emilio a su interlocutor—. Ésta no es una cuestión que pueda hablarse por teléfono, habría que sopesar las ventajas y los inconvenientes más despacio, pero ya te digo que no soy muy partidario de iniciar ninguna nueva línea de estudio de momento. Invertimos mucho dinero en la investigación de fármacos para las enfermedades raras. (...) Sí, de acuerdo, estuvimos a punto de conseguirlo, pero no sirvió de nada. Genzyme se nos adelantó y ahora comercializa el Fabrazyme en exclusiva, y lo seguirá haciendo durante bastantes años aún. Ese fármaco ha sido un total acierto y no me cabe duda de que recuperarán la inversión con creces, pero fueron más rápidos que nosotros y eso nos ha hecho perder mucho dinero —afirmó con rudeza—. La próxima vez, antes de abordar cualquier línea de investigación, tendremos que asegurarnos de lo que hace la competencia al respecto y al nivel que están, ya veremos de qué forma, sobre todo en algo tan costoso como lo pueden ser este tipo de enfermedades.

Elena desvió la mirada de su agenda. Le sonaba haber escuchado aquellos nombres y había sido en boca de Olga, si no recordaba mal. Además, Emilio había mencionado la investigación de enfermedades raras por parte de su laboratorio, cosa que ella desconocía por completo. Desde siempre había mantenido el trabajo de Emilio en un plano completamente ajeno a su vida personal, consideraba que ya era suficiente el exceso de horas dedicadas a ello por parte de su marido como para hacerle hablar y compartir ese tipo de noticias con ella a su vuelta a casa. Pero ahora el tema le interesaba, si bien antes debía cerciorarse de que estaba en lo cierto con respecto al fármaco mencionado por él.

Llamó a Olga por teléfono y se limitó a preguntarle cómo se llamaba la medicación que estaban aplicando a Paula y qué laboratorio la comercializaba, rehuyendo las explicaciones que Olga requería. Ésta lo confirmó y Elena volvió a entrar en el despacho de Emilio, apreciando que ya había terminado su exacerbada conversación.

—¿Conoces la enfermedad de Fabry? —le preguntó sin rodeos. Emilio se sorprendió de que ella conociera el nombre de aquel extraño síndrome.

—Sí, es una enfermedad considerada médicamente como «rara» —contestó con cautela.

—¿Martí tiene algo que ver algo con la investigación de esa enfermedad?

—¿A qué vienen esas preguntas? Tú no sueles interesarte por esos temas.

—Vi un reportaje no hace mucho en televisión en el que la mencionaban y me ha sorprendido oírte hablar de ella ahora.

—Yo no he mencionado esa enfermedad en mi conversación —advirtió provocando el estupor de Elena—. He hablado del medicamento que se administra a quienes padecen esa enfermedad.

—Bueno, tal vez yo la haya relacionado por el parecido que hay entre ambos nombres —se excusó—. Es cierto, tú has mencionado el Fabrazyme. Pero pertenece a otro laboratorio, ¿no?

—Sí, estuvimos investigando esa enfermedad para crear un fármaco que pudiera tratarla, pero Genzyme se nos adelantó. Aunque esa investigación no se llevó a cabo aquí, en Madrid, sino en Houston, en colaboración con Morgan Lab.

—Entonces, ¿ahora ya no tenéis nada que ver con esa enfermedad?

—Elena, ¿qué te traes? —preguntó receloso—. No podemos comercializar fármacos, pero sí seguimos con la investigación genética que comenzamos hace ya años.

—¿En Estados Unidos se practica terapia genética para curarla?

—Lleva ya bastantes años en experimentación, pero no se practica legalmente. ¿Por qué me estás preguntando todo esto, Elena? ¿Conoces a alguien que la padezca?

La pregunta de Emilio la desconcertó, tal vez estaba siendo demasiado directa, cuando debería emplear una mayor sutileza, pero no sabía de qué otra forma podría hacerlo para recabar la información completa que necesitaba saber. Y aún quedaba una última consulta, la más peliaguda, quizás.

—Emilio —titubeó—. ¿Crees que algún donante de esperma del laboratorio de Madrid podría portar enfermedad de Fabry?

Él se quitó sus gafas y la penetró con su mirada haciéndola sentirse intimidada. Las preguntas que hasta ahora había formulado podían responder a una curiosidad general en torno a la enfermedad y al trabajo realizado en relación a ella en sus propios laboratorios, pero aquella última consulta era excesivamente concreta y particular. Y extraña.

—¡Impensable e imposible! Los controles son exhaustivos para cada donante y jamás se admitiría una muestra contaminada o con alteraciones genéticas.

El tono displicente de Emilio la hizo sentir nerviosa. Varió inmediatamente el hilo de la conversación y se despidió de él con un beso en los labios y la advertencia de que llegaría tarde.

Se metió en el coche con una extraña sensación en el cuerpo. No pensaba revelar a Olga que Martí podía tener relación directa o indirecta con la enfermedad que padecía su hija. Poner a Emilio en el punto de mira no le apetecía en absoluto. Ella no había participado en el juego, pero no podría demostrárselo a Olga, tenía que creer en su palabra, sin más. Revelarle la conversación mantenida con Emilio la haría dudar.

A pesar de todo, un cierto recelo se apoderó de ella con respecto a su propio esposo, al recordar nítidamente aquella presencia extraña que fue testigo, por un tiempo indescifrable, de la reunión que tuvo lugar, entre todas ellas y Martina, en la bodega de su propia casa aquella noche de Fin de Año.

50.

La reunión de aquella noche se había trasladado, por primera vez, a casa de Olga. No había perdido sus buenas dotes de anfitriona y aunque los medios de que ahora disponía gozaban de una suntuosa precariedad, no necesitaba incrementar su destreza y su habilidad para complacer a sus invitadas, éstas eran bastante fáciles de contentar.

Poner su hogar a disposición de todas ellas y notar su cálida acogida como si siempre hubiera formado parte de sus vidas la hizo albergar una emoción especial. Sentirse apreciada, querida, cuidada y escuchada contrastaba con la soledad sentida tras reclamar la ayuda de quienes habían usado el apelativo de amigas durante tantos años sin serlo en realidad. No cuestionarla, no analizar su forma de actuar o de comportarse y mostrarle un agradecimiento desmedido ante cualquier muestra de solidaridad hacia ellas había constituido un modelo de conducta que Olga había ido absorbiendo de manera paulatina hasta hacerlo formar parte de su existencia y de su vida cotidiana.

Desde que abandonara La Luna, tal vez disfrutara ahora una de las etapas de mayor equilibrio emocional. La compañía y el amor desinteresado que le brindaba Mario la izaba hasta el cielo en momentos de intimidad, incitándola a desterrar el recuerdo de la tóxica relación mantenida con Pablo; la destreza adquirida en el desempeño de su labor profesional y los perjuicios que su cuerpo acostumbrado al trabajo diario le evitaba sentir, acortaban la sensación de esfuerzo y de maltrecha vida que la embargaban años atrás; el apoyo franco y sincero de sus nuevas amigas, sus manos tendidas hacia ella en cualquier momento y la disposición de éstas a dejarse llevar por sus consejos, considerados cada vez como más coherentes y sensatos, le infundían la agradable percepción de sentirse útil; y el estado de mejora y bienestar de que Paula disfrutaba desde que comenzara a medicarse la tranquilizaba profundamente y evaporaba en parte el grado de culpabilidad que sentía por haberla traído al mundo de tal manera.

Se sentaron a cenar exponiendo, como siempre, los últimos lances librados en cada hogar, poniendo sobre el tapete la situación más apremiante, a la búsqueda de la más acuciante solución con que hacerle frente. Y había que reconocer que en determinadas ocasiones resultaba difícil elegir cuál de ellas anteponer a las demás. Pero aquella noche no hubo lugar a discusión. La sinceridad que Olga quiso hacer valer eclipsó el hilo de los acontecimientos ajenos, que aunque sumamente problemáticos no revestían una novedad especial. Aquella primera reunión estaba llamada a ser el comienzo de una etapa de su vida cristalina para quienes la habían integrado en su mundo a pesar de las tangibles diferencias personales, sociales y morales con las que había comenzado su relación, alentada tal vez por el consejo tácito de Mario de que la honestidad es la madre de todas las virtudes, recogido tras la confesión con que lo había hecho partícipe también a él.

La ausencia de Paula había propiciado el ambiente adecuado para exponerles de dónde había partido y el porqué real del nacimiento de su hija y de los anónimos recibidos que una semana antes había estado analizando en compañía de Ana y de Elena, aunque no hubieran acertado a adivinar aún

su procedencia exacta, a pesar de las extensas indagaciones y de las innumerables conjeturas que habían sido capaces de poner sobre la mesa entre las tres a medida que habían ido percatándose de nuevos detalles en torno a ello:

—Saca todas las notas que has recibido, Olga, y ponlas sobre la mesa. Vamos a recapitular, a ver lo que podemos sacar en claro —había dicho Ana en presencia de Elena.

Olga había ido en busca de un cofre pequeño de madera del que extrajo los papeles recortados de tamaños diferentes que le habían ido llegando por cauces distintos, y que había desdoblado y expuesto sobre la mesa en el mismo orden en que habían llegado hasta sus manos.

—Éste fue el primero que recibí nada más quedarme embarazada: «Espero que sigas adelante con tu embarazo. De lo contrario, Pablo lo sabrá todo.» —leyó Olga—. Recuerdo que nos reunimos todos en casa para una barbacoa nocturna y yo me planteé la posibilidad de abortar. En aquel momento pensé que había sido a raíz de esa conversación, pero puede que fuera casual, cuando lo dije tan sólo estábamos presentes las chicas.

—En ella refiere a «Pablo», no a «tu marido» —alertó Ana—. Eso quiere decir que lo conoce, no suele llamarse a nadie por su nombre si es un desconocido. Quien sea el que lo haya escrito, además de a ti, también lo conoce a él.

—Llevas razón, ésa fue la primera idea que tuve cuando la recibí. Pensé que había sido alguna de vosotras, Elena, que queráis llevar el juego hasta el final.

—¿Y qué interés especial íbamos a tener nosotras en que tuvieras a tu hija? Aquello no nos iba a reportar ningún beneficio, todo lo contrario, lo único que podría traernos eran problemas —alegó a la defensiva.

—La segunda nota creí que me la había enviado Pablo. La recibí en el hospital con un ramo de flores después de haber tenido aquel parto tan complicado. «Ha merecido la pena tenerla. Enhorabuena, la niña es preciosa». Me extrañó que viniera de él y que se alegrara de tener un hijo sin haberlo decidido personalmente; pero, ¿quién más podría haber sido?

—«Ha merecido la pena tenerla» —releyó Ana—. No se limitó a darte la enhorabuena, esa primera parte da a entender que conocía las complicaciones que tuviste para traerla al mundo.

—O tal vez se refería a todo el proceso previo —apostilló Elena—, pero en cualquier caso, ya te estaba siguiendo los pasos de cerca, Olga, y con detalle.

—Siempre me ha seguido los pasos más que de cerca. En dos ocasiones ha corrido un riesgo extremo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elena.

—Una de las veces en que llevé a Paula a su revisión pediátrica, cuando aún vivíamos en La Luna, su historial médico había desaparecido, tardaron en encontrarlo. Eché la culpa a Pablo, creí que había sido él por su sospecha en torno a la paternidad, pero me dejó claro que no había tenido nada que ver con ello.

—¿Y para qué iban a querer el historial de Paula? —preguntó Elena pensativa.

—Esa misma pregunta me hice yo en aquel momento. Pero al ver ahora una de sus últimas notas, y por el hecho de que intentara llevarse a Paula de la guardería cuando vivíamos en el piso de acogida, tiendo a pensar que él ya aventuraba los problemas de salud que podría tener mi hija.

—¡Espera, espera! —exclamó Elena—. ¿Piso de acogida? ¿¿Has estado en un piso de acogida?!

¿Y qué es eso de que quisieron llevarse a Paula?! ¿Secuestrarla, te refieres?! —preguntó alarmada—. ¿Y no lo denunciaste a la policía?!

—No me hagas tantas preguntas, Elena, ahora no es momento de contestar —advirtió esbozando una sonrisa—. Lo del piso de acogida ya te lo contaré en otra ocasión y respecto a un secuestro..., no sé si considerarlo así, prefiero pensar que me la hubieran devuelto, aún me pongo histérica cuando lo pienso. Pero sí, quisieron llevársela. Y la nota a la que me refiero es ésta: «He tardado en encontrarte, princesa. Me alegra que ambas estéis bien. Y me sorprende, también.»

—Ésta la recibiste cuando Paula todavía no había comenzado con los síntomas de la enfermedad —puntualizó Ana recordando aquel momento—. Acababas de mudarte a tu piso de Moratalaz.

—Así fue. Y fijate, en ella especifica que le sorprende que estemos bien. Quien quiera que sea, sabía de la enfermedad de Paula antes de que la manifestara, Elena, estoy casi segura.

—¿Insinúas que todo esto no ha sido casual? —inquirió Elena alarmada.

—Sí. Cada vez estoy más convencida de que el padre de Paula no nos ha estado siguiendo por el simple hecho de ser su padre. Él sabía que Paula portaba esa enfermedad.

—¿Por qué dices «su padre»? ¿Tan segura estás de que es él?

—Mira la nota que recibimos la Navidad que estuvimos viviendo en el piso de acogida. Venía junto a un regalo para ella: «Feliz Navidad, Paula. Papá.»

—Bueno, eso tampoco es muy fiable, Olga —objetó Ana—, podrían haber puesto eso para desviar la atención.

—Tal vez. Pero atad cabos y analizad la situación: quien porta en sus genes la enfermedad de Paula es su padre, no yo. Si él conocía desde un principio la problemática de mi hija, no es de extrañar que quisiera hacerle un seguimiento exhaustivo para averiguar cómo estaba. Lo que no entiendo es por qué no se ha presentado abiertamente a mí y me ha confesado lo que había.

—¿Y no crees que sería demasiado cruel que sabiendo que Paula podría estar sufriendo, os dejara en la ignorancia de saber cuál era su enfermedad y el tratamiento que se le podría dar? Puede que tuviera algo contra ti, Olga, pero... ¿dejaría sufrir a la niña siendo su padre? —apuntó Elena con cierto escepticismo.

—Ya he pensado también en eso, llevo meses que no puedo quitarme este enigma de la cabeza. La última vez, hace dos semanas, cuando llevé a Paula al hospital para que le pusieran su tratamiento habitual...

—¿Tienes que llevarla al hospital? —interrumpió Elena.

—Sí, la dosis de Fabrazyme se la inyectan por vía intravenosa. Le pregunté al médico cuándo empezó a comercializarse el fármaco. Me dijo que a mediados de 2001. A excepción de la última nota, todas las demás llegaron antes de que hubiera un tratamiento efectivo para el síndrome de Paula. Su padre podría haberme confesado la enfermedad que tenía, si es que él lo sabía, pero no hubiera tenido todavía solución alguna. Lo que aún me pregunto y no acierto a entender es lo que busca exactamente de nosotras.

—De todas formas —objetó Ana—, yo sigo sin comprender cómo has podido quedarte embarazada de Paula a raíz de la inseminación en el laboratorio de tu marido, Elena. Y yo creo que averiguar eso es fundamental para poder dar una explicación a todo lo demás.

Ambas asintieron en silencio. Aquel trance tan extraño no iba a ser fácil de explicar, al menos

para ellas.

—La última nota te involucra directamente, Elena. Pero no sé qué tienes tú que ver en todo ello.

Olga le enseñó la nota para que la ojeara de nuevo; cuando se la mostró en la reunión, Elena apenas le había dirigido una mirada de atención. «Elena puede ayudarte.»

Soltó de nuevo el papel sobre la mesa y Ana lo recogió frunciendo el ceño.

—¿A ver? ¿Qué es esto que aparece aquí, en esta esquina?

Olga se acercó a la luz para verlo bien. Parecía la marca de un dibujo impreso en el papel.

—No lo sé —contestó Olga bajo la mirada silenciosa de Elena—. Parece parte de un dibujo, pero no sé qué puede ser.

Aquella puesta en común de aclaraciones y conjeturas esbozadas por las tres una semana antes fue compartida resumidamente esa noche con el resto de quienes ya habían comenzado a cobrar importancia en su vida, estrechando sus lazos de manera visible, cada vez más.

Pasadas las diez y media, Mario llegó a casa acompañado de Paula. Las amigas de Olga y de Ana ya se habían puesto en pie para marcharse; aunque era viernes, sus obligaciones domésticas, familiares y conyugales eran intemporales y continuadas, por lo que no podían volver demasiado tarde a casa. En el momento de salir, Elena apareció bajo el quicio de la puerta exterior del piso de Olga, enfundada en un abrigo de piel negro y con una contrastada elegancia respecto a las invitadas que la habían precedido. Olga se extrañó al verla a horas tan intempestivas y sin haber avisado de su llegada, pero auguraba que alguna buena nueva debía de traer, por lo que pidió a Ana que permaneciera acompañándola hasta que confesara lo que la había llevado hasta allí.

Elena ni saludó.

—Olga, déjame ver la última nota que recibiste, la que mencionaba mi nombre.

Volvió a sacarla del cofre y la desdobló, tratando de plancharla al máximo con las palmas de sus manos. Elena abrió su bolso, extrajo un folio timbrado y puso la nota de Olga sobre el mismo, a media altura del papel. El dibujo cortado que aparecía en el vértice de aquella nota coincidía a la perfección con el extremo inferior de la marca de agua impresa en el folio que Elena había traído. Era el emblema de los laboratorios Martí.

Olga volvió a mirar a Elena con gravedad. Aquella última misiva había salido de allí. El círculo volvía a circunscribirse al laboratorio y a quienes estaban relacionados con él. Y Elena, por un momento, lamentó haber sido quien iniciara las pesquisas que volvían a poner a Emilio no sólo en el punto de mira de Olga, sino en el suyo propio.

51.

(2004)

11 de marzo.

Mario se había levantado algo más temprano de lo habitual. Como cada jueves, contaba con una hora libre a primera hora de la mañana y había decidido acompañar a Olga y a Paula al hospital para que ésta recibiera su medicación sin necesidad de tener que usar el transporte público. Había llenado el lavabo con agua templada y se disponía a afeitarse mientras escuchaba la radio en cadena Ser, como solía ser su costumbre habitual. Su cabeza vagaba entre las ondas de radio y las ondas mentales que emitía incesantemente para planificar metódicamente sus próximos minutos, el día, incluso aquello que tendría lugar en las próximas semanas y que consideraba de especial interés. A veces perdía el hilo de lo que estaba escuchando, hasta que alguna noticia se contaba con la mención de una palabra especial que llamaba poderosamente su atención y lo devolvía a la realidad. A las ocho menos diez de la mañana, Iñaki Gabilondo interrumpió el hilo del programa para anunciar que se había producido una explosión en las vías del AVE en la estación de Atocha. Mario dejó la cuchilla en suspenso y desvió su mirada hacia el aparato, como si así pudiera recabar una información más exhaustiva y urgente. No había muchos más detalles por el momento, pero la imagen de ETA y de un nuevo atentado con el que sacudir la madrileña vida cotidiana fluyó como la espuma.

Terminó de rasurarse maldiciendo internamente a los desalmados que eran capaces de provocar tanto daño con una crueldad sublime sin inmutarse y procedió a vestirse con rapidez. Había quedado en recoger a Olga sobre las nueve de la mañana. Encendió el televisor del dormitorio y no pudo evitar mantenerse pegado a la pantalla sin poder reaccionar. Hablaban de unas cuantas explosiones más, de un atentado de gran envergadura poco habitual en los antecedentes de la banda armada. Se habían producido tres explosiones en las vías de Atocha, en un tren de cercanías procedente de Alcalá de Henares, otras cuatro detonaciones a quinientos metros de la estación y dos más, una en el Pozo del tío Raimundo y otra en Santa Eugenia. Mario notó que se le cortaba la respiración. Los rótulos que aparecían bajo la imagen del televisor anunciaban que la capital y sus habitantes se habían despertado entre el caos, los gritos y las sirenas de las ambulancias, los vehículos de bomberos y la policía. En el vértice superior izquierdo de la pantalla unas cuantas imágenes se repetían incesantemente, mostrando un reguero de personas heridas, con la cara ensangrentada, la ropa hecha girones y los brazos tiznados de negro, deambulando por los alrededores de la estación sin saber bien a dónde dirigirse, sonámbulos. Otras imágenes, aún sin nitidez suficiente, ofrecían el panorama desolador de un tren casi partido en dos, atravesado transversalmente por un boquete de metros de diámetro cual si fuera la boca de un túnel, y un amasijo de hierros, puertas, cristales y enseres personales dispersos por las vías del tren, rodeando a cuantos se encontraban tirados en el suelo intentando averiguar el alcance de unas heridas que no llegarían a notar por ser presos del estupor, la consternación y el shock traumático de lo acontecido por sorpresa.

Con la rabia y el dolor metidos en la boca del estómago, Mario apagó el televisor, se enfundó su chaqueta y salió a la calle para coger el coche e ir hasta casa de Olga, donde ésta lo esperaba con el miedo en el cuerpo por pensar que esa misma mañana tendría que haber cogido el metro por dos veces para ir hasta el hospital. Cuando Paula y ella subieron al coche saludaron a Mario con un «¿te has enterado?» tétrico y la cara pálida. La radio seguía encendida y las noticias llegaban a la redacción en una mezcla de sucesos contados, testimonios narrados y análisis políticos de cómo repercutiría un hecho de tal magnitud en la jornada electoral del domingo siguiente. Mario escupió un par de improperios al apreciar que pudieran hacerse conjeturas políticas cuando lo menos importante era presagiar qué partido pagaría las consecuencias de todo aquello; los ciudadanos madrileños ya las estaban pagando con creces, y de una forma tan desgarradora que no lo podrían olvidar jamás, y en ello debían centrarse los comentarios y los informes que se dieran a todos los que, como ellos, estaban pegados a un medio de comunicación para saber más.

Les llevó un largo tiempo poder llegar hasta el hospital. Tanto las salidas como las llegadas a Madrid por tren habían sido bloqueadas por RENFE y la mayoría de los trabajadores de la periferia madrileña tuvo que usar su vehículo propio para poder acceder a su puesto de trabajo colapsando las vías principales de acceso a la capital. El sonido de las sirenas se hacía cada vez más frecuente y algunos helicópteros comenzaron a sobrevolar sin descanso las zonas afectadas y todas las colindantes. Los Cuerpos de Seguridad del Estado también habían tomado el control de muchos accesos que considerarían cruciales en la investigación policial que se estuviera llevando a cabo a marchas forzadas y con una urgencia inusitada para poder obstruir la salida de quienes habían perpetrado aquel brutal atentado, al tiempo que bomberos, Samur, protección civil y voluntarios trataban de paliar los efectos devastadores a nivel humano y sanitario. La rabia intensa, la impotencia y el dolor sentido alcanzaban tal nivel que les impidió intercambiar palabra hasta entrar en el recinto del centro sanitario, en el que médicos y personal de enfermería habían sido ya movilizados tras poner en marcha el Plan de Emergencia ante catástrofes.

Mario extrajo su teléfono móvil del bolsillo delantero de su chaqueta y llamó a su jefa de estudios para advertirla de que no estaría de vuelta en el colegio con tiempo para dar su siguiente clase. La zona de consultas externas estaba masificada. Se había considerado que la mayoría de los pacientes no revestían importancia suficiente como para no poder esperar el tiempo necesario en favor de la dedicación de sus médicos habituales a las urgencias que pudieran presentarse procedentes de las zonas afectadas por las explosiones. Olga pidió información con el fin de saber si Paula podría recibir su dosis de Fabrazyme aquella mañana y, a pesar de obtener una respuesta afirmativa, volvió sin saber con precisión a qué hora sería posible suministrársela. El único tema de conversación en los pasillos del hospital se centraba en la maldad de ETA, a quien se atribuían los hechos sin esperar los resultados fiables de las primeras investigaciones llevadas a cabo por la policía y los cuerpos de seguridad. Y en el hecho de haber actuado indiscriminadamente contra población civil trabajadora y humilde, como eran los pasajeros habituales de los trenes a los que habían hecho volar por los aires. Muchos de ellos lloraban al ver las imágenes de los muertos carbonizados tirados en mitad de las vías y a muchos otros bañados en charcos de su propia sangre. Aquellas imágenes grabadas en sus retinas iban a ser imposibles de eliminar. Y de superar.

Mario se sentó junto a Paula y le cedió su móvil para que la pequeña se entretuviera con un básico videojuego hasta que pudiera ser atendida, mientras pasaba el brazo por los hombros de Olga para atraerla hacia sí y ofrecerle una protección que necesitaba sobremanera en aquel momento. Ella lo miró a los ojos con semblante serio y mutismo en la voz, pero dejando entrever su profundo

agradecimiento. A veces hay silencios que lo dicen todo, y las palabras sobran.

Emilia apenas podía detener el temblor de sus manos. Una de sus vecinas la había alertado de cuanto estaba sucediendo, al saberla desconocedora de noticia alguna por no ser habitual en ella que escuchara ningún medio de comunicación a lo largo de la mañana, que dedicaba por entero a sus quehaceres domésticos. Las tardes sin embargo las empleaba en un nuevo trabajo al cuidado de una señora mayor, con el que poder subsistir desde que Antonio perdiera su empleo y no lo volviera a recuperar.

Su hijo tenía que coger el tren de cercanías que lo llevara hasta la Universidad de Alcalá de Henares, donde había comenzado a cursar su primer año de Turismo. Escuchar de su vecina que había sido el cercanías que procedía de allí uno de los afectados, la había hecho escupir el corazón por la boca y casi desmayarse. Llevaba algo más de una hora dando vueltas por la casa, sin querer escuchar nada para no alarmarse más, pero muriendo por dentro ante la imposibilidad de conocer, de primera mano, el destino que aguardaba a su hijo, y a ella misma, en esa mañana de marzo.

Repasó mentalmente a quién podría acudir para tener acceso a un mínimo de información, pero la situación en tal momento era tan caótica que nadie se dignaría a frenar su actividad para poder ofrecerle los datos que requería. Su hijo no disponía de un teléfono móvil en el que poder localizarlo. Y su marido no estaba a su lado para poder llevarla en el coche a los alrededores de la estación, y aquello era precisamente lo que más deseaba en el mundo, poder asomar la cabeza por cada rincón, a través de la gente o de los trenes masacrados intentado buscarlo de forma activa, en lugar de sentarse en una espera paciente que la destrozaría de miedo y de ansiedad antes de que pudiera llegarle noticia alguna.

Sobre las once de la mañana, el timbre de la puerta la sorprendió con una tila doble en la mano. La tez pálida, demacrada y horrorizada de su hijo apareció ante ella. Soltó la taza bruscamente y lo abrazó hasta hacerse daño, mientras él recobraba la calma para poder contar la atrocidad que acababa de presenciar.

A una hora cercana al mediodía, Lola aún continuaba con la nariz pegada al televisor para no perder detalle de aquel crimen de gran magnitud. Estaba sola. Su hija aún no había vuelto del instituto, que trataba de seguir impartiendo sus clases dentro de una normalidad imposible de mantener. Y a saber dónde estaba Paco, su marido; aunque no dudaba que se encontraba en mitad del caos en su función de reportero gráfico de El País.

Un par de horas más tarde, su llamada telefónica para avisar de un retraso en su vuelta imposible de precisar, le sirvió como desahogo al poder contar a su mujer de forma acelerada y muy alarmada el horror que había presenciado en la estación de El Pozo y en Santa Eugenia, a las que se había desplazado para recabar datos e imágenes del atentado.

Estudiantes, trabajadores, amas de casa, ancianos, todos testigos directos de un espectáculo ante el que habían perdido la capacidad de hablar; el terror se la había arrebatado. Ni siquiera eran capaces de contestar a las preguntas que los periodistas formulaban intentando recoger los testimonios primeros de lo que había sucedido a tempranas horas de esa mañana. Cuerpos mutilados, cadáveres y heridos evacuados en taxis y en cualquier otro medio de transporte que pudiera haberse habilitado a falta de las ambulancias que aún no habían llegado a la zona a pesar el desastre. Personas buscando a

sus familiares que se habían dado cita en la estación en la misma hora de la explosión, como cada día, para ir a trabajar o a desempeñar cualquier otra actividad en la capital, y de la que desconocían el paradero, rezando porque hubieran llegado a tiempo para subir al convoy anterior o incluso tarde, para perder así de forma inevitable el tren fatídico que acabaría con su vida.

Lola escuchó decir a Paco que sería el reportaje más duro del que tuviera que dar crónica en su vida profesional. Y no le faltaba razón. Su tono de voz lo auguraba y el brillo de sus ojos, aunque invisible para Lola, también.

Muchos hubieran deseado haber sido sordos y ciegos para no ser testigos del horror, aunque los demás sentidos se intensifican cuando otros menguan, y el instinto y las malas vibraciones también actúan como confidentes negros de acciones sobrecogedoras imposibles de ignorar.

Trini tardó en ser consciente de lo ocurrido. La enfermedad de su madre se había agravado en los últimos meses y acaparaba su atención en un grado demasiado elevado como para dejar espacio en su vida a otros asuntos de los que ocuparse. Aun así, el barullo de la escalera la había hecho abstraerse por un momento de las atenciones maternas para asomarse al rellano a ver qué pasaba. Noticias encontradas, magnificadas, ciertas y algunas incluso parcialmente falsas llegaron a sus oídos provocándole una reacción de nerviosismo que no pudo contener. Volvió a la seguridad de su hogar con el anuncio de que los muertos ya podían contarse por decenas, y entre ellos niños, estudiantes y jóvenes trabajadores. Y miró a su madre, preguntándose, con todo el dolor clavado en el alma, si la vida había sido justa con alguien alguna vez.

La asistenta de Elena acababa de recoger las tazas y los platos del desayuno sin que Emilio y ella apenas hubieran probado bocado. Los medios de comunicación salpicaron la mesa de noticias escabrosas ante las que era imposible evitar que el estómago acabara cerrado a cal y canto. La llamada que uno de los visitantes médicos de laboratorios Martí había hecho a Emilio lo alentó a levantarse del asiento para tomar parte activa en todo aquello. La necesidad imperiosa de ayudar y poner a disposición de los sanitarios un mayor número de medios y de material apto para atender a las víctimas del atentado lo amotinó. Su representante farmacológico había visitado un centro médico privado próximo a la estación de Atocha a primera hora de la mañana. A la terrible explosión y a la cortina de humo elevada al cielo, siguió, minutos más tarde, un reguero de personas deambulando por la calle a la búsqueda de un lugar donde poder ser atendidos y habían terminado recalando allí, solicitando asistencia para sus cuerpos maltrechos y heridos. Poco tiempo después, y ante la necesidad de prestar unos primeros auxilios indispensables a un cada vez mayor número de víctimas, se habilitó el polideportivo de Daoiz y Velarde como hospital de campaña, aunque con escasos recursos materiales para poder hacer frente a todas las personas que vieron en aquel lugar su tabla de salvación para poder resistir.

Ante tal crónica de los acontecimientos y de las necesidades surgidas con urgencia, Emilio no dudó en hacer una llamada pertinente a la división de farmacia del laboratorio para que material sanitario de primeros auxilios fuera llevado hasta allí: vendas, suero, gasas, guantes de látex, antisépticos...

El rostro de abatimiento de Emilio ante tal catástrofe la hizo sentirse orgullosa de él y volver a sopesar con escepticismo cómo podría reaccionar ahora de forma tan humanitaria si años antes había

sido capaz de perpetrar una cruel afrenta contra Olga y su propia hija.

Toñi se había echado a la calle para recorrerla entera de arriba abajo en compañía de un aire fresco que evaporara sus nervios y la incertidumbre de no saber el paradero exacto de su marido. La constructora Dragados había subcontratado a Grupo Olivares, la empresa de construcción en la que Pedro llevaba trabajando diez años como albañil, para la consecución de las obras de los túneles de Atocha; pero además realizaba las obras de un nuevo trazado de autovía al sur de Madrid. Su versatilidad profesional hacía que pudiera ser requerido en ambos lugares por igual, y normalmente no sabía a qué punto debería dirigirse hasta llegar esa misma mañana a la oficina central de la empresa desde donde partían las furgonetas hacia uno u otro lugar. Llevaba toda la semana en el *Túnel de la Risa* y lo más probable es que de nuevo hubiera ido a parar allí, a los pies de Atocha y a un palmo de donde habían estallado las primeras bombas poco después de las siete y media de la mañana.

Después de divagar largo rato sobre lo que resultaría más conveniente para calmar su inminente ataque de pánico, decidió que volvería a subir a casa y rebuscaría por los cajones el número de teléfono de la oficina central, aunque sólo fuera para cerciorarse de en qué medida se encontraba alejado del foco del peligro.

Estaba en Atocha. Una sacudida le hizo perder el norte de sus actos y comenzó a moverse como una autómeta, aunque su mente pugnaba por buscar razones coherentes para no alarmarse inútilmente. Las noticias que había podido conocer a través de radio y televisión hablaban de que las detonaciones habían tenido lugar en las vías, y Pedro, aunque próximo al lugar, no se encontraba en el punto exacto del siniestro. No obstante, era difícil predecir si antes de incorporarse definitivamente a su puesto de trabajo, había podido visitar las instalaciones de la propia estación, como la cafetería en la que solía tomar su desayuno inicial o alguna tienda en la que comprar tabaco o cualquier otro utensilio de uso personal que pudiera necesitar. Y aunque aquello no fuera probable ni habitual, en circunstancias semejantes le resultaba completamente inevitable dar por hecho que era muy factible que se diera la más malévola combinación de hechos posible que le hiciera sufrir las consecuencias nefastas de una decisión inoportuna.

Una hora después, una llamada telefónica procedente de la oficina de personal del Grupo Olivares la informaba de que Pedro se encontraba físicamente bien, aunque muy afectado emocionalmente, como tantos otros ante cuyos ojos había desfilado el horror encarnado en los cuerpos masacrados que intentaban abrirse paso con ayuda ajena o por su propio pie.

Ninguna de las modelos de Solum's Cloths se encontraba con ánimo suficiente para posar. Jamás hubo tanto silencio en el estudio de fotografía ni en los despachos anexos, en los que sólo podía escucharse la voz de los tertulianos que habían sido llamados con carácter urgente para participar en los programas especiales de radio organizados con el fin de cubrir la noticia de la forma más exhaustiva y veraz posible. Cada poco tiempo, el moderador de turno interrumpía el hilo del debate para seguir dando detalles en relación a los muchos frentes abiertos bajo una causa común: la de teñir Madrid y España entera de negro por un largo periodo de tiempo.

La sesión de fotos de Teresa debía de haber comenzado ya, pero su semblante mantenía un rictus imposible de corregir, por lo que Jorge decidió posponerla hasta que todo volviera relativamente a

la normalidad. El desfile popular que se había instaurado ya como una costumbre anual de la firma, y en el que Teresa ya era asidua participante, tardaría aún bastante tiempo en celebrarse, por lo que desecharon las prisas hasta el momento en que una nueva sonrisa pudiera aflorar a su rostro con total naturalidad.

Laura entró en el estudio con voz queda y gesto umbrío, y anunció que habían habilitado una unidad móvil de donación de sangre ante el llamamiento urgente que los hospitales habían hecho a primeras horas de la mañana. «¿Vamos a donar, Teresa?» —le preguntó con convicción—. Cuando llegaron a la Puerta del Sol, la fila de personas esperando para regalar una pequeña porción de su vida serpenteaba la plaza hasta llegar a la calle Arenal, medio kilómetro de perfil humano mostrando solidaridad en un mutismo absoluto. Laura y Teresa ocuparon su lugar a la espera paciente de que les llegara el turno reglamentario, mientras trataban de imaginar cómo serían a partir de ahora las vidas de todas aquellas víctimas y de las familias que las rodeaban.

Javier Olivares se despidió de Linda y de su hija Arantxa con sendos besos en las mejillas. A pesar de las mofas de que habían sido objeto sus albañiles en los comentarios jocosos que innumerables veces había intercambiado con Pablo Ferrer, sopesar la posibilidad de que se hubieran visto envueltos en algo tan cruel que pudiera sesgarles la vida lo consternó. Tenía a muchos hombres trabajando en el *Túnel de la Risa* y necesitaba saber de primera mano la suerte que podrían haber corrido. No quiso delegar esa función. Alcanzó el lugar tras una dura lucha por sortear los obstáculos que le impedían llegar hasta allí, aunque no pudo acceder al mismísimo lugar donde ellos se encontraban. La policía y el personal de seguridad de RENFE habían creado una barrera humana que les impedía abordar la estación y colapsarla aún más de lo que ya estaba, lo cual dificultaría la labor de quienes realizaban una función de verdadera utilidad.

La salida paulatina de casi todos ellos lo hizo respirar, aunque no pudo difuminar su preocupación por completo. Uno de sus trabajadores había sido alcanzado por la onda expansiva cuando circulaba por un acceso próximo a las vías y se encontraba en el hospital de campaña habilitado frente al Ministerio de Agricultura, a la espera de que pudieran extirparle los cristales y los trozos de metal incrustados en varias partes de su cuerpo.

Marisa y Ana compartieron espacio, tiempo y comentarios parcos durante toda la mañana. Se refugiaron una en la otra, como madre e hija, arrojando a Azahara que, afortunadamente, no era del todo consciente de la envergadura de la catástrofe. Tomaron un té caliente que les reconfortara del frío extraño que se les había colado en el cuerpo y que las hacía tiritar de vez en cuando por la fiebre del dolor y de la repugnancia hacia los bárbaros que no se sabía ya la nacionalidad que ostentaban. Los rumores y las nuevas pruebas comenzaban a alterar de rumbo del viento oscuro y siniestro que había asolado Madrid. Ahora parecía proceder de fuera de nuestras fronteras y no del norte de nuestro propio país.

La noche llegó, aunque truncando el sueño de millones de españoles unidos por un pensamiento y una emoción comunes. Un mismo cielo para todos ellos, un mismo ruego hermanándolos sin discriminación alguna. Las rectas paralelas consiguieron cruzarse aquel día y aquella noche,

enlazando con firmeza el este y el oeste, el norte y el sur, La Luna y Moratalaz, sin reproches ni censuras, sin frivolidades ni actitudes sustanciales, dirigiendo la vista, por una vez, hacia el mismo punto y en la misma dirección, y con un sentir único y especial que los hizo parecer semejantes como siempre debieron y deberían ser.

52.

—Olga, tengo la dirección del padre de Paula. Sé dónde vive.

La afirmación de Elena dejó a Olga en suspenso, con el teléfono parcialmente desplazado de la oreja, boquiabierta y con la mirada apuntando a cualquier lugar del infinito en el que habría querido refugiarse para no salir. Pasó la mano por su cuello y lo oprimió ligeramente para destensar la rigidez que aquellas palabras le habían provocado como una reacción automática de miedo ante lo que supondría introducir a un extraño en sus vidas sin conocer sus pretensiones reales. La curiosidad se tornaba ahora su enemiga. No se detuvo a pensar antes que con su búsqueda incesante estuviera posibilitando que aquel hombre reclamara una paternidad que no estaba dispuesta a concederle, que estrechara vínculos con ellas interponiéndose en el triángulo afectivo que formaban Paula, Mario y ella, y en el que cada vez se encontraba más a gusto, más cómoda y más segura. Ahora que él parecía haberse distanciado, haber renunciado a saber de ellas y a inmiscuirse en el normal desarrollo de su vida diaria, Olga lo desafiaba a continuar con su papel no revelado para tratar de alejarlo inmediatamente después. Pero necesitaba una explicación, no sería capaz de dejar pasar los años con la incertidumbre remordiéndole en las entrañas.

Volvió a acoplarse el auricular cuando su mente salió del letargo temporal en que se había sumido.

—¿Qué me estás diciendo, Elena?! ¿Cómo que sabes dónde vive?!

—Contraté a un detective privado.

—¿Y no me dijiste nada?!

—No quería que te hicieras ilusiones, no sabía si obtendría resultados o no. —Mintió. No quiso hacerla partícipe hasta que su detective particular no perfilara un nombre definitivo al que achacar la paternidad de Paula. De haber sido Emilio, no tenía clara la decisión que hubiera adoptado—. ¿Es que no te alegras?

—Sí, sí, claro que sí —rectificó—. Pero no lo esperaba, creí que habíamos llegado a un punto muerto. Incluso que tú no querías continuar después de saber que aquel mensaje salió del laboratorio de Emilio. Elena, no será... —pronunció con temor.

—No, no es Emilio, ya te lo dije, Olga.

—Estoy aterrada, Elena, no sé si quiero ir hasta allí.

—¿Ahora vas a echarte atrás? Llevas ocho años con su sombra a tu espalda, me he gastado un dineral en pagarle a la agencia para que hiciera lo que fuera preciso y ¿eres tú la que te vas a echar atrás?

—¿Y si quiere a Paula?

—Es un riesgo que tendrás que correr. Eso... o permanecer el resto de tu vida con la incógnita de

saber cómo ocurrió.

—Ve tú, Elena.

—No jodas, Olga —exclamó espontáneamente—. Lo más que puedo hacer es acompañarte, pero no puedo presentarme allí sola y pedir explicaciones en tu nombre.

Apenas se dio cuenta de que el temblor de sus piernas la hacía flaquear. Paula la miraba absorta, con el verdor de sus ojos realzado por un brillo especial, sus bucles rubios alborotados, enmarcándole el rostro embelesado al mirarla. La idolatraba, idolatraba la actitud positiva de Paula a pesar de su edad, su capacidad de hacer de cada momento malo un sufrimiento efímero, la eterna sonrisa dibujada en su cara como quien siempre lo tuvo todo cuando había vivido con ayuda de lo más básico, la empatía que mostraba hacia ella con sólo mirarla un instante, sus abrazos fuertes a pesar de su pequeñez, su capacidad para transmitirle con sus palabras inocentes y pueriles y con cada uno de sus gestos que era la mejor madre del mundo y que sentía un orgullo por ella difícil de ocultar. Muchas veces pensó que su hija había venido a este mundo con la misión última de enseñarla a vivir, y aunque siempre le pareció que aquél era un sentimiento un tanto místico, ahora lo podía asegurar sin temor a equivocarse. Paula presentía en su corazón infantil que Olga se encontraba en una encrucijada delicada de afrontar, y a pesar de ignorar cuál sería el origen de su temor, no dudó en infundirle la tranquilidad necesaria para seguir adelante. Le acarició las mejillas con sus manos regordetas y le regaló una sonrisa amplia mientras se acercaba a su oído para susurrarle:

—Tú no te pongas triste, mami, que yo te quiero un montón. Y siempre voy a estar contigo, ¿sabes?

El brillo asoló los ojos de Olga y reparó en que su mutismo había dejado abandonada a Elena tras el auricular del teléfono.

—Está bien, Elena. ¿Cuándo podemos ir?

—Tú lo decides. Cuando encuentres valor suficiente, me llamas. Yo te acompaño, no te preocupes.

La dulzura con que Elena pronunció sus últimas palabras hizo que la sintiera más cerca de lo que nunca pensó que volvería a estar. Su hija multiplicaba sus alegrías y sus amigas reducían su angustia, su tristeza, incluso la percepción acentuadamente negativa de sus problemas. Y ahora Elena parecía contribuir a ello también.

El siete de abril fue el día señalado para abordar una nueva etapa de su vida. Pasó una mañana tensa, con un barullo de sentimientos contradictorios turbándola hasta volverla irascible con quienes tenía a su alrededor. Las voces internas le impedían articular palabra de cara al exterior, sumergiéndola en un silencio profundo en el que tan sólo podía mantener diálogo consigo misma.

Se vistió despacio, respiró hondo y salió dedicándole a Ana una mirada cómplice que ésta devolvió con un gesto elocuente deseándole suerte, mientras enredaba sus brazos con los de Paula atrayéndola hacia sí, como si quisiera protegerla de lo que pudiera sobrevenir.

A pesar de no sentir un ápice de apetito y de notar el estómago estragado como si se le hubiera hinchado al máximo, Olga entró en la Trattoria Lorenzo, el restaurante italiano en el que se habían dado cita para comer como paso previo a su temida visita. Elena aún no había llegado, pero había reservado mesa junto a una ventana pequeña por la que penetraban los rayos del sol matizados por un visillo de hilo beige y absorbidos por el revestimiento de madera oscura del local. Olga se desprendió de su chaqueta y se retocó el pelo, colocándolo insistentemente detrás de sus orejas con gesto nervioso. Un camarero joven se acercó a ella para tomarle nota de lo que quería beber. Pidió un vermut rojo que le sirvieron con una aceituna en su interior atravesada por un palillo de madera

con la que comenzó a jugar para matar el tiempo hasta que Elena llegara. Las risas incontenibles de las chicas que ocupaban la mesa de al lado desviaron su atención centrándola en ellas. No había ningún chico, sólo seis mujeres divirtiéndose de manera distendida, a juzgar por su buen humor y por los comentarios jocosos que entremezclaban de manera desenfadada con un diálogo dedicado a la lectura y al mundo literario de los que charlaban sin prisa por marcharse de allí. Algunas copas de cerveza vacías aún ocupaban la mesa junto a una botella de Lambrusco descorchada y a los platos del postre que no habían terminado de saborear. Una de ellas elevó ligeramente la mano para hacer una seña al mismo camarero que se había acercado anteriormente. Al momento, éste repartió sendos vasitos pequeños en los que servir un licor extraído de una botella plateada y roja que Olga desconocía. El tiempo transcurrido sin poder disfrutar de salidas nocturnas en los restaurantes que antes solía frecuentar la había hecho perder el control de las bebidas de moda. Por un momento consiguió evadirse de su realidad para rememorar de manera inconsciente las reuniones de placer a las que solía acudir en compañía de sus amigas diez años antes; aquellas chicas se las había evocado. Sin embargo, percibió que no se trataba de un recuerdo del que ahora pudiera sentirse orgullosa. Entre unas y otras existían diferencias sustanciales: en su grupo de amigas nunca habían hablado de libros ni de aspecto cultural alguno, y tampoco creía que las chicas a las que ahora observaba pudieran pasarse los días enteros hablando de ropas de firma, maquillajes selectos u operaciones de cirugía estética con las que mejorar su físico. Se las veía bien vestidas y de cuidado aspecto, pero con un desenfado y una naturalidad que ella perseguía ahora en gran medida y de los que siempre tendría que haber hecho alarde sin temor a sentirse menospreciada por las demás.

Elena tomó asiento irrumpiendo en su circunloquio.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien —contestó Olga centrando ahora su mirada en ella.

—Aún estamos a tiempo de volver atrás.

Olga negó sutilmente con la cabeza.

—No, Elena, no puedo volver atrás, necesito seguir quemando etapas para vivir. Es cierto que no podemos depender de lo que nos rodea para ser felices, podría olvidarme de ello sin más, apartarlo de nuestro camino y seguir construyendo el futuro como he intentado hacer hasta ahora. Pero no puedo, esto afecta de lleno a nuestras vidas y será un lastre demasiado pesado de acarrear.

—Te noto muy cambiada, Olga —confesó pensativa.

Ella sonrió, con la tez serena y una caída de sus ojos negros alejada de la sensualidad de antaño, ahora dulce como la miel.

—He aprendido tanto en este tiempo que ni yo me reconozco. Ahora lucho internamente para no avergonzarme de mí misma. Hiciste bien en no participar en aquello, Elena, en no perder de vista tus orígenes. Te dieron razones poderosas para no cometer locuras y valorar lo que tenías. Supongo que a cada cual le llega esa enseñanza en su momento. Y éste ha sido el mío. Pero ya podría haber sido un poco más suave, progresiva. Aunque igual estaba tan obcecada y tan perdida que no habría sido posible devolverme la cordura, la sensatez o la moral sin una sacudida bestial como ésta.

—Yo también cometí locuras, Olga, no te creas. Pero pienso que logré cortarlas a tiempo.

—Jugamos con fuego y me quemé. Pero el castigo ha sido demasiado severo, el cambio de vida fue tan brutal... —confesó, dejando escapar las palabras como si las saboreara—. Aún no sé cómo pude volver a empezar desde la nada, no me creía capaz, fue durísimo. Aunque más dura fue la

decepción de no encontrar la ayuda de nadie. —Elena bajó la cabeza—. ¿En qué mundo vivíamos, Elena? Cualesquiera de las amigas que tengo ahora abre la boca y no le da tiempo a pedir ayuda cuando ya están todas las demás arropándola. Son como una colmena, trabajando siempre en pro del bien común y procurando la felicidad de cada uno de sus individuos. A mí no quiso ampararme ni mi madre, y todo por dinero —dijo con voz quebrada y una cierta repulsa—. Aunque ahora tampoco soy ya capaz de culparla. El tiempo te concede distancia suficiente para analizarlo todo con más objetividad, y ahora tiendo a pensar que tal vez yo habría hecho lo mismo, con el mismo grado de ambición que lo hizo ella. Me avergüenzo al pensar que yo pudiera haber actuado así, pero es la verdad. Y creo que es honesto reconocerlo.

—El dinero, el poder, el miedo... Hay muchos factores que influyen en las decisiones que tomamos y en el momento en que las tomamos. Tampoco es justo cuestionarlas después, las circunstancias ya no son las mismas.

—El poder de Pablo y el miedo de todos los que lo conocían evitó que yo encontrara un trabajo digno sin tener que recurrir a los servicios sociales. —Elena se irguió en la silla violentada por lo que Olga le estaba contando, mientras las chicas de al lado seguían su charla distendida, debatiendo en torno a otras tantas experiencias escabrosas vividas por mujeres en las que se entremezclaban hábilmente ficción y realidad, y soltando alguna que otra risotada ante las anécdotas triviales que parecían sucederse en sus vidas con una frecuencia envidiable—. Sus tentáculos alcanzaron hasta el último rincón.

—Se portó asquerosamente mal contigo. ¡Es un mal nacido! —escupió Elena con acritud.

—De todos los que me volvieron la espalda, él era el único que tenía un buen motivo para hacerlo.

—Él no era precisamente un rosario de virtudes, había hecho lo mismo que tú cientos de veces. No, lo mismo que tú, no. Él te fue infiel con mujeres de carne y hueso, que es aún peor. Pero claro, él no puede quedarse embarazado —ironizó—. Su castigo fue cruel en exceso, lo suyo no tiene nombre —afirmó Elena alterada.

—Se comportó como se esperaba de él, se lo dije a mi madre en su momento, y ahora te lo digo a ti. Fue el único que actuó como yo preveía que podía actuar. Yo sabía que jugar con una infidelidad era la mejor forma de hacerle daño, de herir de muerte su amor propio. No intento justificarlo, pero entiendo que en aquel momento su ira y su despecho no le permitieran ofrecerme encima lo que era suyo. La culpa fue mía por no haberme interesado nunca en saber cuál era mi posición en su vida y en sus finanzas. Pequé de ingenua y lo pagué después.

Elena se removió incómoda, estiró el cuello para distenderlo y aspiró el aire con aroma a madera envejecida.

—Olga...

—¿Las señoras tomarán algo de postre? —interrumpió el camarero.

—Yo no puedo comer más y un café me pondrá aún más nerviosa —apuntó Olga—. Traígame una tila, por favor.

—Yo sí quiero café, solo, por favor. Necesito estar alerta —susurró cuando aquel hombre se hubo marchado.

—¿Qué me estabas diciendo?

Elena se detuvo. La irrupción del camarero parecía haber sido una señal.

—Se me ha ido de la mente, ahora ya no me acuerdo —mintió.

—Bueno pues... terminemos de tomarnos esto y acabemos con todo de una vez. Tengo el corazón a punto de desbocarse.

El eco de la respiración de Olga resonó durante los diez minutos íntegros que duró el trayecto. No se atrevió a preguntarle el nombre, ni siquiera dónde vivía, se dejó llevar por las directrices de Elena, que consultaba un pequeño plano de Madrid en el que había indicado la dirección exacta con un aspa roja y el camino desde Moratalaz hasta allí. Estacionó su vehículo en una calle próxima a la Avenida Entrevías y bajaron arrastrando sus pies como si llevaran argollas impidiéndoles avanzar.

—¿Qué le vamos a decir cuando nos abra la puerta? —preguntó Olga con un temor evidente.

—No pienses ahora en eso. Mejor improvisar.

Elena giró el plano para orientarlo según la disposición real de las calles. Estaban a un par de edificios de distancia del lugar que buscaban y no tardaron en alcanzar a ver el portal en cuya fachada figuraba el número exacto que había anotado en el papel. La puerta estaba abierta. Una mujer fregaba el acerado y las miró en silencio de arriba abajo, sin interceptarle el paso. Elena comenzó a subir peldaños hasta el primer piso, mientras Olga se rezagaba intencionadamente intentando recuperar el resuello que había perdido por completo ante un incipiente ataque de pánico. ¿Cómo sería? ¿Qué edad tendría? ¿Cuál sería su reacción al verla allí, en su propia casa? Y lo más importante..., ¿qué intenciones tendría con respecto a Paula a partir de ese momento? Muchas preguntas cortándole el aliento aún sin contestar.

Escuchó sonar el timbre de la puerta, Elena lo había pulsado sin darse cuenta de que ella había perdido el paso antes de subir. Se apresuró a alcanzarla, no quería dejarla sola ante quien pudiera abrir la puerta en cualquier momento. Una voz masculina preguntó quién era, pero ninguna de las dos contestó, se limitaron a cerrar los ojos hasta oír como cliqueaba la cerradura y crujían las bisagras al abrirse. El gesto asustado de Elena se tornó en sorpresa de forma brusca y repentina.

—¿Luis?! —exclamó. Luis Bermúdez se mantuvo impasible, como una efigie congelada sin emoción aparente—. ¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí?

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no crees?

—Yo..., no esperaba encontrarte aquí. Busco a Ramiro... ¡Oh Dios mío! ¡No puede ser lo que estoy pensando! —Olga miraba a Elena perpleja, no conocía a Luis ni tampoco la relación que ambos habían mantenido con anterioridad—. ¡Busco a Ramiro... Bermúdez!

—Habéis resultado ser más inteligentes de lo que pensaba. Aunque con dinero todo es más fácil, ¿verdad, Elena?

—¿Alguien puede explicarme lo que está pasando aquí? —preguntó Olga sintiéndose ignorada.

Un ruido sordo en la puerta de al lado los alertó de que algún vecino podría estar escuchando. Luis se giró y volvió a entrar en casa dejando la puerta abierta, con una muda y desgana invitación para que lo siguieran en caso de no marcharse por donde habían venido.

—Él es Luis Bermúdez, Olga. Trabaja en Martí, es la mano derecha de Emilio.

Olga se quedó estupefacta.

—Pero..., ¿él es...?

—No. A no ser que mi amigo se equivocara al anotar el nombre y me diera el de su... hermano —recalcó—; pero no lo creo. ¡Aunque eso tal vez debería de explicárnoslo él! —dijo señalándolo con

un movimiento de cabeza.

La impavidez de Luis contrastaba frontalmente con la actitud incisiva de ambas. Elena lo miraba a los ojos incrédula aún por lo que estaba observando y nerviosa por haber descubierto la cara oculta y pérfida de la persona a la que un día consideró noble, sensible y romántico, incapaz de hacer daño a nadie. Olga, por su parte, analizaba al detalle sus rasgos para cerciorarse de que no se asemejaban en nada a los de Paula, mientras se frotaba las manos una contra otra de forma frenética para matar los nervios. Luis notó la mirada penetrante de Olga clavada en su rostro, en su cuerpo y en sus manos. Se levantó y se acercó a una vitrina de cristal esmerilado que había en el salón y volvió con una fotografía de mediano tamaño que le tendió a Olga.

—Es él. Ramiro. El padre de Paula —anunció con un deje de emoción en la voz.

Olga la sujetó como pudo a pesar del temblor de sus manos. Contuvo un suspiro al verla. Tenía los mismos ojos verdes y el mismo pelo rizado de Paula, aunque de un tono dorado más oscuro que el de ella. Encontrar y sentir tan de cerca los orígenes genéticos de su propia hija le produjo una sensación extraña, la de haber llenado un vacío que la había estado acompañando a lo largo de su vida, tal vez.

—¿Tu hermano era donante? —preguntó Elena con incredulidad.

—No, no era donante. Habría sido imposible, su enfermedad no se lo hubiera permitido.

—Tú mismo hacías los controles y supervisabas los resultados, podrías haber... —Luis no la dejó terminar.

—No había ninguna razón para que Ramiro fuera donante, no tenía intención de tener hijos ni de facilitar que ninguna mujer pudiera tenerlos gracias a él.

—Entonces, no entiendo nada —afirmó Elena—. No sé cómo Olga pudo quedarse embarazada de tu hermano.

—¡Qué torpe eres, Elena! Las puse yo. Esas muestras las puse yo en sustitución de las que vosotras trajisteis.

Quedaron atónitas. Era lo más coherente, no podría haber ocurrido de otra forma, pero escuchar su confesión de una forma tan directa y desprovista de cualquier mínimo atisbo de culpabilidad o remordimiento las dejó completamente desconcertadas.

—¿Tú las pusiste? —acusó Elena—. ¡¿Para qué?! ¡¿Con qué fin?!

—Escuché vuestra conversación en la bodega la noche de Fin de Año. Me faltó poco para vomitar allí mismo. ¡Y con Martina! Jamás hubiera esperado de ella algo así, aunque supongo que vuestra amistad personal tuvo mucho que ver. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo, jugar a inseminarse con semen de vuestros maridos —siguió diciendo con asco en la voz—, traicionándolos vilmente por mera diversión de niñas ricas, aburridas, malcriadas y... abominables. Y jugar con la vida de vuestro hijo procurándole un origen tan... ruin.

—Era nuestra vida, no tenías por qué haberte inmiscuido.

—Me parecía mentira que fueras capaz de aquello, Elena. Me hablaste tantas veces de tus orígenes, de la pobreza con la que soñabas cada noche, de las enseñanzas morales de tu abuela... Me defraudaste profundamente, creí que todo eso era lo que nos unía, lo que nos hizo estar juntos.

—Estar juntos, ¿en qué sentido, Elena? No entiendo nada —afirmó Olga que asistía a aquel cruce de acusaciones como si ella hubiera perdido por completo el protagonismo en todo aquello.

—¿No te lo ha contado nunca? ¿No te ha contado que fuimos amantes durante años? Aunque eso

ahora ya no importa.

—Pero sí importó en su momento para que hicieras lo que hiciste, ¿verdad? ¿Fue despecho, tal vez? ¿O lo llamo venganza, Luis?

—¿Sabes lo que es observar a diario vuestra vida vacía y superficial? ¿Escuchar la forma en que despreciabais a quienes no estaban a vuestra altura social y económica? ¿Ser consciente de vuestras posibilidades para conseguirlo todo, mientras yo tenía la imagen de sufrimiento de mi familia y de mi hermano, valorando cada minuto de su vida y sin poder disfrutar de lo más insignificante y de lo más básico? Y mi hermano no era el único, Elena, había mucha gente humilde en este barrio que necesitaba hacer milagros muchos días para poder vivir con dignidad, para poder llevar un simple plato de comida a la mesa, a pesar de estar dispuestos a trabajar en lo que fuera y cuando fuera. ¡Era injusto! ¡Completamente injusto! —Exhalaba las palabras como si le quemaran, como si las hubiera guardado tanto tiempo que necesitara esputarlas para sanear su interior, para curarse el alma del odio y de la impotencia sentida durante años—. Quise que experimentarais en vuestra propia piel la crueldad de la vida, a la que ninguna de vosotras habéis conocido. Que aprendierais a vivir con dignidad y con moralidad plena. Y creo que lo he conseguido, ¿verdad, Olga?

Ésta no respondió. El dolor que le estaban produciendo sus palabras se mezclaba con un sentimiento de lástima que la obligaba incomprensiblemente a compadecerse de él.

—Eres un monstruo, Luis —lo acusó Elena—. Podrías haberte vengado de otra forma, no tenías que haber jugado con vidas ajenas e inocentes como la de Paula.

—¿Y vosotras sí?

—Nuestros maridos estaban sanos, no le iban a hacer ningún mal a quien naciera de ellos.

—Si a vosotras no os importaba jugar con vuestros hijos, yo aprovecharía esa insensatez para buscar una cura definitiva para mi hermano.

Olga se dio por aludida.

—Explícate —le ordenó.

—¿Sabes por qué hice lo imposible por trabajar en Martí, Elena? Para salvar a mi hermano. ¿Sabes por qué peleé por secundar los proyectos genéticos que abordamos en Houston? Para salvar a mi hermano. ¿Sabes por qué luché a muerte por conseguir que Martí investigara las alteraciones genéticas de enfermedades raras a pesar de su altísimo coste? Para encontrar un medicamento eficaz que salvara a mi hermano. Estaba harto de que todos los laboratorios trabajaran buscando únicamente la rentabilidad económica, y que dejaran morir a enfermos como él porque no pueden permitirse el lujo de costear medicación para una minoría como lo son ellos, mientras los fármacos para enfermedades comunes que no revisten mayor importancia como un resfriado o una gripe cuentan con una variedad inimaginable de productos que tan solo sirven para aliviar los síntomas, pero que ni siquiera las curan. —El dolor era patente en su tono de voz—. Empecé a suministrarle el fármaco experimental, sin legalizar aún, que mi amigo Paul me enviaba de manera clandestina desde Houston jugándose el pellejo y su puesto de trabajo, pero la enfermedad avanzaba cada vez más y muchos de sus órganos empezaron a quedar afectados seriamente. La terapia genética era la única vía factible, pero estaba todavía en experimentación y así continúa. Se desconocían los efectos adversos que podría tener, posibles complicaciones que desembocaran en la manifestación de síntomas extraños, incluso de otras enfermedades. Emilio no estaría dispuesto a pactar con Morgan Lab. la aplicación de terapia genética en mi hermano, pero si alguna de vosotras tenía una hija con la

enfermedad de Fabry, la cosa cambiaría, sobre todo si la padecía su propia hija. Antes que verla morir, haría cualquier cosa por ella y eso me permitiría conocer si daba resultado o no.

Tanto Olga como Elena lo escuchaban con atención pasmosa y con los ojos desorbitados. No sólo era venganza, también constituía una urdimbre trazada meticulosamente con un objetivo personal que no sabían ahora como catalogar, pero que en su fuero interno lo sentían como menos reprochable que al inicio de aquella conversación.

—Tuviste mucha suerte —apuntó Olga—. No sólo podríamos no habernos quedado embarazadas, también podría haber sucedido que nuestros hijos no nacieran con la enfermedad de Fabry, no todos la heredan.

—Si es la madre quien la porta, las probabilidades de heredarla se reducen al cincuenta por ciento, tanto en niños como en niñas. Pero si quien la porta es el padre, los niños nacerán sanos y las niñas todas enfermas.

—Lo sé. Pero, ¿y si yo hubiera tenido un niño? —lo desafió Olga.

—Imposible. Limpié las muestras antes de congelarlas. Sólo era posible engendrar niñas.

Elena y Olga se miraron. Jamás podrían haber pensado que todo estuviera tan milimétricamente planificado. Se sintieron utilizadas, víctimas de un cruel experimento tramado en la sombra.

Se hizo un silencio largo. Aquella confesión pareció devolver a Luis la serenidad perdida, al tiempo que a ellas les había arrebatado la capacidad de reacción y el temperamento alterado con que entraron allí.

—¿Cómo está él ahora? —preguntó Olga con cierta preocupación. Luis la miró y sus ojos se ensombrecieron.

—Muerto —Olga dio un respingo en su asiento ante lo que interpretó como un presagio para Paula—. Pero no te asustes, no fue por su enfermedad, a pesar de estar comido a males. El 11 de marzo debía pasar una revisión médica y recibir su dosis de Fabrazyme. Salió de casa poco antes de las siete y media de la mañana para coger un tren hasta el hospital, en la estación de El Pozo. Lo demás ya os lo podéis imaginar.

Volvieron al coche sin poder dar nombre a las emociones sentidas, sobre todo Olga, que no acertaba a adivinar si era pena, alivio, desazón, tristeza o alegría lo que albergaba su cuerpo tras haber asimilado una información vital para dar sentido al nacimiento y a la enfermedad de Paula. No deseaba la muerte a nadie, cuanto menos a Ramiro, que había sido una víctima inocente de aquel entramado al igual que lo fuera Paula. Pero ya que había sido por completo inevitable, consideraba que tal vez fuera para ella la opción menos complicada, aunque sintiera un claro remordimiento por pensar de semejante forma. Ahora podría dar una explicación a Paula y podría poner nombre y apellidos a la figura paterna que siempre faltó, cubriendo un hueco en su vida que necesitaba rellenar, pero evitaría la posibilidad de tener que luchar contra los requerimientos paternos después de haberla disfrutado en exclusiva durante nueve años.

Elena detuvo el coche frente al portal de la casa de Olga, sintiendo que aquello ponía fin a una etapa en la que ambas se habían vuelto a reencontrar y de la que le había gustado disfrutar. Aquel cambio personal de Olga la había cautivado y pensó que le apenaría volver a perderla.

—Gracias por todo, Elena, te debo mucho.

—Ha sido un placer, Olga. También yo tenía la necesidad de saber.

—Para mí era mucho más que eso. Liberarme de lo que fue durante años un secreto inconfesable ya me devolvió gran parte de mi equilibrio emocional. Pero no podía continuar mi vida sabiendo que aún me quedaban cosas por descubrir. La única forma que tenía de gozar de una tranquilidad plena era afrontar mi pasado al completo, reflotarlo todo y hacerle frente. Ahora sé que ya no queda nada oculto a lo que temer o que lamentar. Ya puedo vivir en paz. —Elena cerró los ojos y titubeó un instante. Respiró hondo y agachó la cabeza, frotándose el cuello tal y como horas antes había hecho durante el almuerzo con el fin de aliviar la tensión acumulada—. Cuídate mucho, Elena —dijo abriendo la portezuela del coche para bajar.

—¡Olga! —Ésta se detuvo sobresaltada—. Olga..., no sé si debería decirte esto. Tal vez no, tal vez esté cometiendo un error imperdonable, pero si no lo hago seré yo la que no podrá vivir en paz.

—Pues entonces, suéltalo —exclamó con voz temblorosa.

—Hace un tiempo escuché una conversación entre Pablo y Javier Olivares. Hablaban de ti.

Olga se irguió, a la expectativa de lo que pudiera decirle. Ya había absorbido demasiada información en un mismo día, no sabía si podría asimilar algo más.

—Sigue, Elena.

—Olga..., Pablo te mintió. Nunca hubo separación de bienes entre vosotros. La mitad de todo cuanto teníais... era tuyo.

El rostro de Olga se descompuso. Tragó saliva haciendo un esfuerzo desmesurado, como si de golpe se le hubiera obstruido hasta el alma.

—¿Quieres decir que...? —No se atrevió a terminar la frase.

—...que todo cuanto ha ocurrido en tu vida a lo largo de todos estos años se podría haber evitado. Y me temo que ahora ya es demasiado tarde para reclamárselo.

Olga tardó en reaccionar y cuando lo hizo fue para perderse en un llanto amargo e incontenible durante horas, sin saber si era fruto de un sentimiento de impotencia al descubrir que no habría podido ser más imbécil o, tal vez, por la necesidad de descargar la tensión que la había estado atenazando hora tras hora durante meses.

Cuando el último átomo de desesperanza, de rabia y de dolor abandonó su cuerpo para entremezclarse con la realidad que la rodeaba, una frase mil veces repetida por Lola resonó como un eco envolviéndola por completo, y entonces sonrió: «Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas». Pero ella no había perdido el sol. Su pequeño sol espléndido estaba en casa, en su casa, rodeada por Mario, Ana y todas las demás estrellas que le habían mostrado el camino para ser mejor, trazando colores en su vida gris, y a las que tuvo la gran suerte de descubrir mirando el cielo bajo el que Pablo la obligó a vivir.

Quién sabía. Después de todo, hasta podría tener algo bueno que agradecerle.

EPÍLOGO.

(Febrero 2007)

Llegué a la iglesia de Santa Catalina pasadas las once de la mañana, el funeral de mi padre había comenzado ya. Un infarto cerebral acabó con su vida sin que apenas hubiéramos vuelto a intercambiar palabra, tan sólo el saludo cordial que yo le dediqué dos años atrás cuando llamé a casa para hablar con ellos tras haber hecho las paces conmigo misma.

Entré y me senté en la última fila, agradeciendo haber llegado tarde y no verme en la tesitura de decidir si seguía o no el protocolo habitual de ocupar los primeros asientos para recibir el pésame posterior a la ceremonia. Mi posición me permitía observar a cuantos se habían dado cita esa mañana, aunque a algunos me resultaba muy difícil reconocerlos por la espalda. No sentí miedo de estar allí, ni a la idea de encontrarme frente a ellos. Mario me acompañaba, pero no necesité verme amparada por él ni por nadie más de mi entorno actual para sentirme fuerte, segura de mí misma y de mi papel en la vida. Tan sólo la presencia de Pablo conseguía inquietarme ligeramente, tal vez porque aún conservaba intacta su imagen temible al no haber tenido ocasión alguna para hacerla bajar de su pedestal de antaño.

Allí estaba mi madre, vestida de luto riguroso, aunque luciendo un porte impecable y haciendo alarde de una entereza que bien podría confundirse con la ausencia de una pena que no tenía por qué sentir después de una vida sometida a él por propia voluntad, y todas las que un tiempo atrás dijeron ser mis amigas, aunque algunas de ellas no ejercieran como tales. Linda, Teresa, Laura, Elena y sus maridos respectivos, incluso Esteban, que había tenido la cortesía de asistir para brindarle su última despedida. Y Pablo. Mi temido Pablo, al que vi dirigirme una mirada altiva de la que no había logrado desprenderse a pesar de los años.

Lo observé acercarse y un quejido extraño atravesó mi estómago, pero me agradó percibir que por primera vez en mi vida no me sentía intimidada por lo que pudiera decirme. Ni tan pequeña.

—Me alegro de verte, Olga —me saludó, alisándose el pelo con ambas manos. Tenía la tez demacrada, había perdido peso y no había brillo alguno en sus ojos. Su piel ajada me estremeció, le hacía parecer mayor de lo que en realidad era. Incluso el tono de su voz había perdido la fuerza y el atractivo con el que conseguía embaucarme cuando me hablaba.

—Yo también me alegro —contesté sin dulzura en la voz.

—¡Vaya! Pensé que dispararías a matar nada más verme.

—No podemos quedarnos anclados en el pasado para siempre, no podríamos avanzar, ni madurar. Hay que pasar página y seguir, sin rencores. El odio que te tuve durante mucho tiempo me hizo más daño a mí que a ti —confesé con ánimo apacible, sosegado.

—Tienes buen aspecto.

Percibí un leve matiz nostálgico en sus palabras.

—Yo siento no poder decir lo mismo, estás hecho una...

—...una mierda, dilo.

—Perdona, no pretendía ser tan brusca —contesté esbozando una sonrisa conciliadora.

—El sida no es buen amigo para convivir con él.

Su respuesta me noqueó, perdí la capacidad de expresarme, me costó un magno esfuerzo saber lo que decir. Ví a Laura aproximarse por su espalda, mirándome de frente sin que Pablo se percatara de su presencia.

—¡Oh, lo siento! Yo... no sabía nada —me excusé.

—Adelante, pregúntame cómo fue. Seguro que te alegra. —No esperó a que yo dijera nada. Parecía querer soltarlo para redimirse ante mí—. Una prostituta me contagió. Dicen que quien juega con fuego acaba quemándose.

Di un pequeño paso hacia atrás, sobrecogida por lo que acababa de revelarme. Entonces miré a Laura, que seguía impassible detrás de él, y la vi lanzarme un guiño cómplice y esbozar una sonrisa abierta y maliciosa, forzando a mi mente a recobrar imágenes dolorosas para mí en las que ella había tenido mucho que ver, y que ahora deducía que se habían vuelto a repetir.

—Sí, quien juega con fuego acaba quemándose —afirme claramente contrariada.

—A partir de ahora todo te irá mejor —apuntó Pablo—. La herencia de tu padre te permitirá recobrar tu vida y todo pasará a ser un mal recuerdo, nada más.

Me dolió profundamente que trivializara lo acontecido en mi vida de tal manera. Pero no le contesté, no merecía explicaciones de ningún tipo por mi parte. Y yo ya no necesitaba ni estaba obligada a dárselas.

—Tengo que irme. Cuídate.

—Adiós, Olga.

Agarré la mano de Mario y abandoné aquel lugar y a quienes estaban en él, sin girarme, dando definitivamente la espalda al mundo en el que no quería volver a estar. Repetí mentalmente las palabras de Pablo en relación con la herencia de mi padre, la misma por la que habría peleado a muerte una década atrás y a la que ahora miraba a través de un prisma diferente que la hacía descomponerse en matices muy distintos a los de antaño. Tomaría lo que me correspondiera legalmente y por derecho, pero no consentiría perder el norte de la realidad. Y mi realidad ya no residía en la Luna. Ahora estaba al otro lado de la misma, en la Tierra, de donde yo jamás volvería a levantar los pies.



CENSO DE PERSONAJES

PRIMERA PARTE.

ALBERTO. Hijo de Jorge Soler y de Amparo, su primera mujer.

AMANDA. Prostituta. Relacionada con Pablo Ferrer.

AMPARO. Ex—mujer de Jorge Soler. Madre de Alberto.

BEGOÑA CASTELAR. Madre de Laura Soler. Casada con José Carlos Montero.

BRETT SANZ. Padre de Linda Sanz. Arquitecto.

DIEGO. Hijo de Jorge Soler y Laura Soler.

ELENA CALDERÓN. Nacida en 1962. Casada con Emilio Martí —químico, socio y gerente de los laboratorios farmacéuticos Martí—. Hija de Roberto Calderón. Nieta de Mercedes. Amante de Luís Bermúdez —trabajador y mano derecha de Emilio Martí—.

EMILIO MARTÍ. Nacido en 1958. Casado con Elena Calderón. Químico, socio y gerente de los laboratorios farmacéuticos Martí, empresa familiar.

ESTEBAN PALMA. Nacido en 1958. Casado con Teresa Martín. Accionista mayoritario y director general de la cadena hotelera Palmahotel.

JAVIER OLIVARES. Nacido en 1964. Casado con Linda Sanz. Arquitecto en la empresa constructora de su padre.

JOSE CARLOS MONTERO. Padre de Laura Soler. Casado con Begoña Castelar. Empresario.

JORGE SOLER. Nacido en 1953. Divorciado de Amparo y casado en segundas nupcias con Laura Soler. Diseñador de costura y dueño de la cadena de ropa Solum's Cloths (cuyo nombre responde a sus dos apellidos, Soler y Umbral). Padre de Alberto (de su matrimonio con Amparo) y Diego (de su matrimonio con Laura).

LAURA SOLER. Nacida en 1960. Casada con Jorge Soler —diseñador de costura y dueño de la cadena de ropa Solum's Cloths—. Hija de José Carlos Montero —empresario—y Begoña Castelar. Madre de Diego.

LINDA SANZ. Nacida en 1961. De origen inglés. Casada con Javier Olivares —arquitecto—. Hija de Brett Sanz —arquitecto y empresario de la construcción—.

LUCÍA PERELLÓ. Casada con Ramón Mendizábal y madre de Olga Mendizábal.

LUÍS BERMÚDEZ. Amante de Elena Calderón. Trabajador de los Laboratorios Farmacéuticos Martí y mano derecha de Emilio Martí, marido de Elena.

MAGDALENA (MAGDA) MENGUAL. Casada con Roberto Calderón, padre de Elena Calderón.

MARÍA. Inmigrante ilegal, asistenta interna en casa de Pablo Ferrer y Olga Mendizábal.

MARTINA. Química. Trabajadora de los Laboratorios Farmacéuticos Martí y amiga personal de Elena Calderón.

MERCEDES. Abuela materna de Elena Calderón.

OLGA MENDIZÁBAL. Nacida en 1964. Casada con Pablo Ferrer —abogado y socio mayoritario del bufete Ferrer y Asociados—. Hija de Ramón Mendizábal y Lucía Perelló. Madre de Paula.

PABLO FERRER. Nacido en 1960. Casado con Olga Mendizábal. Abogado y socio mayoritario del bufete Ferrer y Asociados.

PAUL. Contacto de Luís Bermúdez en la filial de los Laboratorios Farmacéuticos Martí en Estados Unidos.

RAMÓN MENDIZABAL. Casado con Lucía Perelló. Padre de Olga Mendizábal. Empresario.

ROBERTO CALDERÓN. Casado con Magda Mengual. Padre de Elena Calderón. Empresario.

SORAYA. Prostituta. Relacionada con Pablo Ferrer. Conocida de Laura Soler.

TERESA MARTÍN. Nacida en 1965. Casada con Esteban Palma —accionista mayoritario y director general de la cadena hotelera Palmahotel—. Acogida desde pequeña por la familia de Estaban Palma, su marido.

VIRTUDES. Niñera de Paula en casa de Pablo Ferrer y Olga Mendizábal.

SEGUNDA PARTE.

ANA PALACIOS. Jefa de cocina en el Restaurante «Las Viñas». Compañera de trabajo, jefa y amiga personal.

ANGELES SALVATIERRA. Graduada Social. Titular de la Asesoría Laboral, Fiscal y Contable.

AZAHARA. Amiga de Paula Mendizábal. Hija de Marisa.

EMILIA. Amiga personal. Miembro del círculo de amistades de Ana Palacios. Casada con Antonio, mecánico de automóviles.

JOSEFINA CALERO. Asistenta Social, guía y asesora.

LOLA. Amiga personal. Miembro del círculo de amistades de Ana Palacios. Casada con Paco, reportero gráfico del diario El País.

MANOLI. Compañera en el piso de acogida.

MARI PAZ. Pinche de cocina en el Restaurante «Las Viñas». Compañera de trabajo.

MARIA. Compañera en el piso de acogida.

MARIO COSTA. Profesor y tutor de Paula. Nueva pareja sentimental de Olga Mendizábal.

MARISA. Amiga personal. Miembro del círculo de amistades de Ana Palacios. Madre de Azahara, amiga de Paula.

PAULA MENDIZABAL. Nacida en febrero de 1995. Hija biológica de Olga Mendizábal.

PURI. Compañera en el piso de acogida.

TOÑI. Amiga personal. Miembro del círculo de amistades de Ana Palacios. Casada con Pedro, oficial de la construcción. Madre de José Luis.

TRINI. Amiga personal. Miembro del círculo de amistades de Ana Palacios. Casada con Luis.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela comenzó a gestarse hace algo más de seis años, cuando yo aún no había tomado contacto directo con este mundo literario tan complejo y bonito a la vez. Quiso la suerte, o el destino tal vez, que mis «relatos de mujer» se cruzaran en su camino y tomaran la delantera irrumpiendo en él, abriendo puertas y brindándome la oportunidad de conocer gente maravillosa con una afición común sobresaliendo por encima de todas las demás: la lectura y la escritura. En aquel marzo de 2011 en que «Ellas También Viven» vio la luz comenzó para mí una experiencia única a nivel personal y un aprendizaje intensivo a nivel literario, hasta el punto de afirmar que «Los colores de una vida gris» sería radicalmente distinta si «mis niñas» no me hubieran cogido de la mano previamente para absorber conocimientos de los que antes carecía, siendo consciente de que el proceso de aprendizaje no terminará nunca.

No quiero limitar mis agradecimientos a quienes han formado parte en la creación de esta novela, sino a todos aquellos que en mayor o menor medida han influido en mi vida desde que comencé mi corta andadura literaria.

A mi marido, Alfonso. Porque me ha dado la oportunidad de conocer intensa y profundamente lo que significa amar y ser amada, de degustar la recompensa de no dar nada por perdido, de vivir los avatares de la lucha por los sueños sola y acompañada. Porque me ha hecho sentir maravillosamente bien al compartir conmigo mis proyectos, aportándome la primera crítica de esta novela como lector vivaz y exigente con los entresijos del argumento, debatiendo sobre él y hablándome de sus personajes como si tuvieran vida propia. Por su entusiasmo, su apoyo y sus buenos consejos. Por ser el hombre de mi vida.

A mis hermanos. Porque con ellos vivo a diario la mejor cara de una familia de la que me siento orgullosa. Porque siempre he recibido de ellos su apoyo incondicional a cuanto he decidido emprender, su ayuda constante, su energía positiva y su alegría por el éxito de mis logros. Porque han sido y siguen siendo un bastión indispensable en mi vida, tanto en los buenos como en los malos momentos. Porque gozan de un optimismo, una vitalidad y una fortaleza que me alcanza siempre como un aura que me hace sentir segura.

A mis hijos. Porque son lo mejor que me ha pasado en esta vida y los que más sentido le aportan. Porque me han hecho vivir experiencias únicas y sentir emociones indescriptibles. Por hacer alarde de paciencia en más de una ocasión y conocer con creces el significado de palabras o frases como «espera», «ya voy», «un momentito sólo», «en cuanto termine este párrafo»..., o algún que otro impropio cuando su interrupción, justificada o no, volatilizaba mi inspiración hasta no se sabía

cuándo.

A mis padres. Porque hicieron que sus hijos fueran su única razón de ser y de existir, construyendo su vida en exclusiva en torno a nosotros. Porque me enseñaron el valor del esfuerzo, del tesón, de la responsabilidad, del trabajo bien hecho, inculcándome ese empeño por terminar todo aquello que decido empezar. Porque han sido partícipes orgullosos de mis conquistas, y todo un ejemplo a imitar.

A mi gran amiga Pilar Sánchez. Porque su propuesta de escribir «algo» en relación al tema de fondo de uno de mis «relatos de mujer» fue la mecha que prendió fuego a lo que estaba oculto en mi interior, provocando una especie de vorágine continuada que terminó en la creación de «Ellas También Viven» y en mi irrupción en este mundo literario. Porque siempre ha sido una de mis «lectoras cero» de todo cuanto he escrito, incluyendo esta novela, de la que recibí su crítica y sus apuntes acertados que me hicieron matizar algún que otro aspecto para mejorarlo. Por su apoyo incondicional y por el afecto que me profesa, y que es recíproco, por supuesto. Por estar ahí siempre que la necesito.

A mis amigos Marga Ramon y Alberto González. Porque con ellos he sido consciente del alcance de la amistad virtual —en el amplio sentido de la palabra— que proporcionan las redes sociales y que en nada tiene que envidiar a la amistad física, a excepción del placer de charlar de tú a tú, mirándote a los ojos y mostrando tus gestos abiertamente sin necesidad de utilizar esos pequeños emoticonos que expresan la emoción impresa en las palabras escritas. Porque han sido igualmente «lectores cero» de esta novela, aportándome su crítica y su punto de vista a determinadas cuestiones que me han resultado de utilidad para su mejora. Por haber vivido conmigo una buena parte de esta aventura, siendo receptores pacientes de mis inquietudes y consejeros literarios e incluso emocionales en más de una ocasión.

A Ana Gómez, “Kayena”. Porque además de ser bloguera y excelente crítica literaria, ha demostrado ser una mujer entrañable de la que siempre he recibido una ayuda inestimable cuando la he necesitado. Porque nunca podré olvidar su disposición total y absoluta a convertirse en una de mis madrinas de ceremonia —junto a Almudena Donate— en mi presentación de «Ellas También Viven» en Madrid, así como su forma de hablar de mis relatos y de referirse a mí cada vez que tiene ocasión de hacerlo. Porque no dudó en aceptar ser otra «lectora cero» de esta novela cuando se lo pedí diciéndole que estaba muerta de miedo, ofreciéndome una crítica literaria completísima de lectora voraz con la actitud íntegra, clara y sincera que yo tanto valoro de ella, así como algunos apuntes de extrema utilidad. Porque la siento amiga.

A las administradoras, y a algún administrador, de blogs literarios que he tenido la ocasión de conocer a raíz de la publicación de mi libro de relatos. Porque les debo en gran parte el hecho de estar aquí, de haber conseguido asomar un poquito la cabeza en este mundo virtual plagado de libros, escritores y lectores. Porque me han demostrado siempre un cariño que trasciende la mera crítica literaria de mi obra, habiendo llegado a entablar con algunas de ellas una relación amistosa muy entrañable. Porque me han tendido la mano desinteresadamente aceptando mis relatos aun siendo una completa desconocida, regalando comentarios de elogio por doquier. Porque les debo mucho.

A Ellas, a mis niñas, a las protagonistas de mis relatos que tantos halagos han recogido y tantos buenos ratos me han hecho vivir. Porque me han enriquecido muchísimo a nivel literario y personal. Porque han sabido ganarse la admiración de tantísimos lectores, tendiendo una especie de alfombra para hacer más fácil el camino de quienes vinieran detrás.

A quienes día a día me alientan con sus mejores deseos para seguir adelante.

Y por último, a dos señoras a las que no tengo el gusto de conocer personalmente, aunque bien me gustaría: Adele y Barbra Streisand. Porque me han prestado su música para hacerme volar, para hacerme sucumbir entre sus notas innumerables veces provocándome un trance de inspiración divina que me ha permitido aislarme del mundo real por un momento y sumergirme con rotundo éxito bajo la piel del personaje cuyas emociones y sentimientos debía transmitir, sintiéndolas formar parte de mí.

A todos ellos, GRACIAS.

Pilar Muñoz.

Abril - 2014

Table of Contents

LOS COLORES DE UNA VIDA GRIS

PILAR MUÑOZ ÁLAMO

CREDITOS

DEDICATORIA

PRÓLOGO.

(Junio 2003)

PRIMERA PARTE. "Si haces lo que no debes, deberás sufrir lo que no mereces."

1.

(Junio 1992)

2.

3.

4.

5.

(1993)

6.

7.

8.

9.

10.

11.

12.

13.

14.

15.

16.

17.

18.

19.

20.

(1994)

21.

22.

23.

24.

25.

26.

27.

28.

(1995)

29.

(1996)

30.

SEGUNDA PARTE. "La joya no puede ser pulida sin fricción, ni el hombre perfeccionarse sin dificultades."

31.

32.

33.

34.

35.

36.

37.

38.

(1997)

39.

40.

(1998)

41.

42.

(2000)

43.

44.

45.

46.

(2003)

TERCERA PARTE. "Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes."

47.

(Junio 2003)

48.

49.

50.

51.

(2004)

52.

EPÍLOGO.

(Febrero 2007)

CENSO DE PERSONAJES

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

AGRADECIMIENTOS